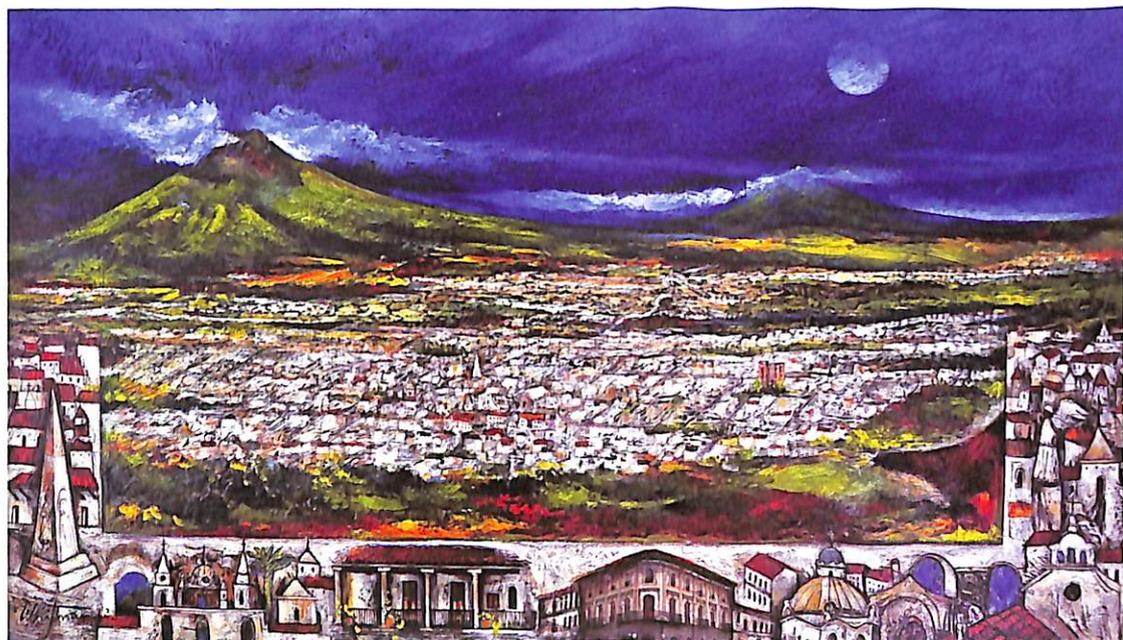


MONOGRAFÍA DE IBARRA

VOLUMEN
VIII



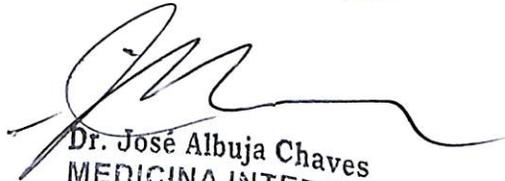
Sociedad Cultural "Amigos de Ibarra"

Monografía de Ibarra

Volumen

VIII

Para la Biblioteca
Municipal de Ibarra
atte



Dr. José Albuja Chaves
MEDICINA INTERNA
Cód. M.S.P.L: 1 F: 10 N° 27
INHMT. N° 10-08-006

23 agosto / 2019

Sociedad Cultural "Amigos de Ibarra"

DONACIÓN. 2019-08-23



Obra auspiciada por la
Municipalidad de San Miguel de Ibarra

Sociedad Cultural "Amigos de Ibarra"

Dr. José Albuja Chaves, *Presidente*

Sr. Fausto Yépez Almeida, *Director de Relaciones Sociales, Tesorero*

Sr. José Luis Valdivieso Aguirre, *Secretario*

MIEMBROS DE LA ENTIDAD

Ing. Edmundo Carrión Noboa	Dr. Fernando Moreno Almeida
Sr. Silvio Morán Madera	Sr. Ronald Mosquera Almeida
Dr. Amílcar Tapia Tamayo	Dr. Amílcar Varela Jara
Sr. Fausto Yépez Almeida	Dr. José Albuja Chaves
MSc. Luis Fernando Revelo	Lic. Jacinto Salas Morales
Dr. Luis Muñoz Herrería	Dra. Martha Victoria Larrea
Dr. Pedro Manuel Rosales Miño	Lic. Carlos Barahona Sandoval
Dr. Jorge Isaac Cazorla	Sr. José Luis Valdivieso Aguirre

MIEMBROS FUNDADORES

Proyecto Estatutos 26 de noviembre de 1997

Dr. Carlos Suárez Veintimilla	Prof. Roberto Morales Almeida
P. Enrique Almeida O.P.	Dr. Edmundo Recalde Granda
Dr. Fernando Moreno Almeida	Dr. Amílcar Tapia Tamayo
Dr. Jorge Isaac Cazorla	Ing. Edmundo Carrión Noboa
Lic. Nelson Dávila Cevallos	Dr. Amílcar Varela Jara
Prof. Mariano Machado Arroyo	Sr. Silvio Morán Madera
Sr. Fausto Yépez Almeida	Sr. Ronald Mosquera Almeida
Dr. Rodrigo Villegas Domínguez	

Monografía de Ibarra

Volumen
VIII

Editor del volumen
Enrique Ayala Mora

Sociedad Cultural “Amigos de Ibarra”
Ibarra, 2015

Monografía de Ibarra

Director: Roberto Morales Almeida

Tomo VIII

Editor: Enrique Ayala Mora

© Sociedad Cultural Amigos de Ibarra, 2015
Ibarra, Ecuador

Registro autoral 046990

ISBN 978-9942-963-16-1

Hecho e impreso en el Ecuador

Coordinación editorial: Taller Gráfico La Huella, Edwin Navarrete

Edición: Taller Gráfico, Margarita Andrade

Diseño gráfico y cubierta: Taller Gráfico, Edwin Navarrete

Fotografías: Archivos del Municipio de Ibarra, Banco Central del Ecuador, Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador; archivos de autores, Hugo Pavón, Taller Gráfico, Edwin Navarrete.

Ilustración de Cubierta: *Ibarra*, Withman Gualsaqui.

Impreso por Fausto Reinoso, Av. Rumipamba E1-35 y 10 de Agosto, Of. 203
09.2015

Contenido

Presentación	7
<i>José Albuja Chaves</i>	
Introducción	11
<i>Enrique Ayala Mora</i>	
Primera parte: perspectivas generales	
Breve enfoque histórico de la producción literaria de Ibarra	27
<i>Roberto Morales Almeida</i>	
Literatura en Ibarra a inicios del siglo XXI	47
<i>Juan Carlos Morales Mejía</i>	
Artistas plásticos de Imbabura a finales del siglo XX	56
<i>Inés Flores</i>	
Historia de Imbabura en el último periodo. Una perspectiva general	73
<i>Enrique Ayala Mora</i>	
Segunda parte: estudios específicos	
El Caranqui Inca, atractivos económicos que motivaron la expansión incaica en el área septentrional andina norte y datos que aporta la investigación del sitio incaico de Caranqui	115
<i>José Echeverría-Almeida</i>	
La ruta a la Mar del Sur y la fundación de Ibarra	133
<i>Rocío Rueda</i>	
Esclavos de la tierra, los campesinos negros del Chota-Mira, siglos XVII-XX	154
<i>Emmanuelle Bouisson</i>	
La batalla de San Antonio de Ibarra. 27 de Noviembre de 1812	179
<i>Eduardo Alfredo Arias</i>	
Villamanta ayllucunapac punta causai.	
Los migrantes imbayas de Quinchuquí en Ibarra	187
<i>Antonio Males M.</i>	
Identidad afrochoteña	211
<i>José F. Chalá Cruz</i>	
Racismo y vida cotidiana en el mercado de Ibarra	235
<i>Samyr Salgado</i>	
Tercera parte: hitos, testimonios y personajes	
Valor histórico de Pílanquí.	
Sede en Ibarra de la Casa de la Cultura de Imbabura	289
<i>Pedro Manuel Zumárraga</i>	
Autódromo de Yahuarcocha. El sueño que transformó a Ibarra	296
<i>Jacinto Salas</i>	

San Antonio, visto por un testigo del tiempo <i>Oswaldo Villalba</i>	311
Paisajismo e ilustración científica en el Ecuador. Rafael Troya y Alphons Stübel <i>Alexandra Kennedy Troya</i>	319
Daniel Reyes <i>Oswaldo Villalba</i>	335
Víctor Manuel Peñaherrera <i>Julio César Trujillo Vásquez</i>	339
Mariano Suárez Veintimilla <i>Enrique Ayala Mora</i>	349
Cuatro pensadores socialistas de Imbabura <i>Germán Rodas Chaves</i>	355
César Dávila Torres, poeta y jurista <i>Ramiro Dávila Grijalva</i>	365
Julio César Trujillo: luchador incansable por la justicia <i>Ramiro Ávila Santamaría</i>	371
Hugo Larrea Benalcázar, Memoria de un destacado político y periodista ibarreño <i>Enrique Ayala Mora</i>	381
Cuarta parte: Sociedad Cultural Amigos de Ibarra Crónica de la Sociedad Cultural "Amigos de Ibarra" <i>José Albuja Chaves</i>	387
La casa de la Ibarreñidad, antiguo hogar de la familia Ayala, actual Centro Cultural del Municipio de Ibarra <i>Enrique Ayala Mora</i>	403
Quinta parte: homenaje a Roberto Morales Almeida Roberto Morales, Artesano de la conciencia y la memoria de su tierra adoptiva <i>Enrique Ayala Mora</i>	433
El profesor Roberto Morales Almeida, Uno de los más preclaros gestores de la "Entelequia de la Ibarreñidad" <i>José Albuja Chaves</i>	436
Anexos:	
Autores del volumen VIII	441
Contenido general de la Monografía de Ibarra	444
Colaboradores de la Monografía de Ibarra	451

Presentación

José Albuja Chaves

Sale a luz el tomo VIII de la *Monografía de Ibarra*, proyecto gestado por la Sociedad Cultural "Amigos de Ibarra", dentro del lúcido reto planteado por sus fundadores, el mismo que especialmente fuera alentado por tres distinguidos ibarreños que ya no están entre nosotros: Abelardo Morán Muñoz, Juan Viteri Durand y Roberto Morales Almeida.

El tomo I tuvo la conducción del primer presidente de la entidad, don Abelardo Morán, no obstante que el producto ya editado en abril de 1995 no alcanzó a hojearlo y asimilarlo personalmente, pues le sobrevino la muerte pocos meses antes de su presentación, dejando, eso sí, un amargo vacío entre sus compañeros que soñaron conjuntamente por plasmar una obra de caracteres relevantes para la historia de nuestra Ciudad Blanca.

Tomaría la posta don Roberto Morales, en su condición de nuevo presidente, personaje que condujo la entidad y el proyecto hasta publicar el tomo VII de la colección que fuera presentado el año 2008, con una entrega constante, disciplinada y sapiente, recopilando datos, desempolvando archivos y solicitando a varios y distinguidos autores y escritores trabajos de investigación o, a su vez, copiándolos de otras fuentes desintegradas y sueltas en diferentes espacios de publicación a nivel local y nacional.

Hoy llegamos con el último tomo y el Maestro Roberto Morales tampoco está junto a nosotros físicamente. Dejó trazado el camino del libro final, y se despidió, tierna y amicalmente, de este suelo telúrico al que le honró en alto grado, pero también nos trasladó la misión y el compromiso de cumplir totalmente con el anhelado proyecto histórico-cultural, deber que saldamos en esta ocasión entre regocijos y nos-

talgas, por lo cumplido en el tiempo, y por el camino desbrozado por unos soñadores adelantados que nos miran a la distancia desde el infinito.

El libro que hoy se entrega, a más de la presentación de rigor y una importante introducción, contiene cinco partes que se resumen en: Perspectivas generales; Estudios específicos; Hitos, Testimonios y Personajes; Sociedad Cultural Amigos de Ibarra; y, Homenaje a Roberto Morales Almeida. Se cierra, de esta manera, todo el panorama del devenir histórico de Ibarra, desde los antecedentes de su fundación española, pasando revista al fatídico terremoto de 1868 y llegando desde *El Retorno* de 1872 hasta nuestros días.

Conscientes estamos que este último tomo, en verdad, no cierra totalmente el acontecer histórico de nuestra ciudad en sus más de 400 años de existencia como urbe organizada y pujante. Todavía hay mucho que desentrañar y materializar acerca de acontecimientos que no lograron incluirse en los tomos anteriores por diferentes razones, pero que se explican, como en toda obra humana, por lo dilatado y vasto en que devino el proyecto en sí, por lo menos para nuestro medio, pues la colección íntegra es un esfuerzo y la síntesis de una tarea paciente y perseverante, con muchos obstáculos sorteados en el camino y en el tiempo que se convierte en elemento vertiginoso que no permite pausas y que acelera e impulsa acciones constantes si se quiere llegar a destino, tal como desembarcar en puerto seguro y señalado.

Y en este sentido, en la ruta final en especial, ha sido factor determinante y decisivo el aporte personal de Enrique Ayala Mora, ibarreño de prestigio reconocido dentro y fuera del país, por su experiencia, sus conocimientos y, sobre todo, por su apego a esta su ciudad de origen y de raigambres familiares del terruño en vastas generaciones, poniéndose al frente del requerimiento para editar el colofón de la colección en que deviene hoy este libro, cuando sus mentalizadores se fueron definitivamente y muchos de sus fundadores también los siguieron, dejando un rezago humano que, lejos de amilanarse, ha decidido tomar la posta para el cometido de acciones futuras que se refieran al acontecer ibarreño y su desarrollo histórico y cultural. A su identidad. Entonces, es menester destacar semejante aporte y agradecer entrañablemente a este coterráneo que ha dado nuevamente muestras fehacientes de alentar proyectos y acciones que avizoren para nuestra tierra un desarrollo humano integral, en el que la historia y los valores se

conviertan en antesala que nos conduzcan a establecer una sociedad justa e igualitaria, que no un sueño o una quimera, solamente.

Casi como tras bastidores, siempre ha estado Fausto Yépez Almeida, estimulando y acompañando en tareas paralelas orientadas a concretar las publicaciones de todos los tomos publicados, por lo cual hay que justipreciar su aporte y su entrega a la obra que advierte en contexto muchos ingredientes que al final se materializan junto al proyecto.

Los trabajos y colaboraciones de los diferentes autores en toda la colección han sido básicos y determinantes para lograr un cuerpo cierto de credibilidad y para trasladarlo a las nuevas generaciones como basamento para las acciones que se sucederán con el paso de los nuevos lustros. Son, pues, testimonios y evidencias, que quedan impregnadas desde hoy, y hacia el mañana, como improntas humanas. Nuestra permanente y jamás desmentida gratitud a todos ellos.

Pocas, poquísimas, casi contadas con los dedos de una sola mano, son las instituciones del medio que arriman el hombro cuando de suscitarse y apoyar los hechos y gestaciones culturales se trata. Felizmente, en este sentido, la Sociedad ha sentido en el Ilustre Municipio de Ibarra, en todas las últimas administraciones especialmente, la mano amiga y fraterna de la colaboración económica y material para concretar todos los tomos del proyecto, por lo cual se convirtió, de esta manera, en un aliado estratégico importante para la edición de todos los libros que hoy forman la colección completa, pero realmente también en forma parcial y perentoria, pues ya vendrán de seguro otras demandas y nuevas visiones en las cuales seguirán en aquella misión ciudadana que congratula y se agradece con honestidad y franqueza altiva.

Que los ibarreños se apropien de estas publicaciones y las aprehendan en su interior de querencia y conocimientos, especialmente aquella juventud y niñez que camina con una hoja de ruta diferente generacionalmente, pero que deben llevar bajo el brazo el arma de su historia y de su grandeza.

Introducción

Enrique Ayala Mora

Un gran éxito

Haber llegado al volumen VIII y final de esta *Monografía de Ibarra* es un notable triunfo. Si escribir un libro es ya un gran esfuerzo, publicar una obra colectiva de ocho volúmenes es una proeza. Y esta se debe a la iniciativa de la Sociedad Cultural "Amigos de Ibarra", muy especialmente a su principal animador Roberto Morales Almeida quien, asistido por Fausto Yépez, ha llevado adelante la tarea de preparar esta publicación. Mis primeras palabras en esta presentación deben ser, por ello, un homenaje a Roberto, ese gran intelectual, maestro y periodista a quien tanto debe nuestra tierra. Al mismo tiempo siento el grato deber de expresar mi agradecimiento a José Albuja y a Fausto Yépez, dignatarios de la Sociedad, por el encargo que he recibido de editar este volumen, que Roberto ya no pudo hacerlo, y de esta manera culminar esta gran obra, que ya es un significativo éxito. Espero estar a la altura de tan honroso cometido, no solo para cumplir con el compromiso, sino también por servir a Ibarra, mi tierra, a la que he dedicado, modestamente, varios de mis esfuerzos intelectuales.

Cuando se inició la publicación de esta obra, en las "Primeras palabras" del primer tomo escribió Hugo Larrea Benalcázar: "Largas son las hazañas de toda índole que tuvieron como protagonistas a los ibarreños. Con el propósito de recordarlas y dejar un testimonio de la presencia de Ibarra en destino nacional, un grupo de 'amigos de Ibarra', integrado por prestigiosos escritores, historiadores, educadores y científicos de nuestra tierra se propuso acometer la empresa de escribir este testimonio y entregarlo al conocimiento de nuestro pueblo".¹

1 Hugo Larrea Benalcázar, "Primeras palabras", Grupo "Amigos de Ibarra", *Monografía de Ibarra*, vol. I, Ibarra, Talleres diario *La Verdad*, 1995, tercera página inicial.

Ese grupo que luego se constituyó en Sociedad "Amigos de Ibarra" ha mantenido ese esfuerzo por casi dos décadas, hasta culminar una obra de ocho tomos.

El empeño tuvo dificultades. En Imbabura hay disponibilidad de fuentes documentales en los archivos edilicios y notariales, en los eclesiásticos y privados. Pero no están clasificados. Hace falta muchos recursos, sobre todo humanos, para organizarlos. Además, como lo he sostenido desde hace años, en Ibarra hay pocos libros de consulta, no llegan revistas especializadas, casi no pasan conferencistas que mantengan viva una corriente académica y, doloroso es reconocerlo, son muy escasas las personas con formación y disposición intelectual para mantener un diálogo crítico y enriquecedor sobre la producción cultural, especialmente en el campo de la Historia.² Quien se dedica a escribir, lo hace en condiciones precarias, sin apoyo académico y, a veces, hasta sin reconocimiento social.

En el pasado hubo esfuerzos por escribir historia local y provincial. "Los más notables científicos del Ecuador han investigado sobre la provincia. En Ibarra vivió el padre Juan de Velasco. El obispo Federico González Suárez dedicó grandes esfuerzos a la 'Prehistoria' de la región. Jacinto Jijón y Caamaño, notable intelectual y terrateniente, escribió también sobre Imbabura. Max Uhle y Carlos Emilio Grijalva deben ser incluidos en la mención, aunque sus nombres no agotarían la lista".³ Pero, aun con esa base, desde la segunda mitad del siglo XX fue decayendo el interés por la investigación histórica y la provincia careció de una buena historia general. En el país no hemos podido contar, sino muy excepcionalmente con estudios de esas características.

La mayoría de los trabajos que pretenden desarrollar historias provinciales dejan bastante que desear por sus debilidades y lagunas. La excepción fue la obra de uno de los más notables pensadores del Ecuador del siglo XX, Pío Jaramillo Alvarado, con su *Historia de Loja y su Provincia*.⁴ "Doctor en Ecuatorianidades", profeta y maestro, quiso ser también historiador de su tierra y escribió esa obra de inmensa calidad, única en su género en el país. La tarea de escribir una historia provincial, en el caso de nuestra tierra, la acometió Rodrigo Villegas

2 Cfr. Enrique Ayala Mora, "Prólogo", R. Villegas Domínguez, *Historia de la Provincia de Imbabura*, Ibarra, Centro de Ediciones Culturales de Imbabura, 1988, p. 28.

3 *Ibid.*, pp. 13-14.

4 Pío Jaramillo Alvarado, *Historia de Loja y su Provincia*, Loja, Consejo Provincial de Loja, 1982.

Domínguez. Su *Historia de la Provincia de Imbabura* apareció en 1988 y de inmediato llenó un sentido vacío.⁵ Fue una obra oportuna, de gran calidad historiográfica que, con varios ajustes y un texto de actualización, se reeditó en 2014.⁶

Las monografías imbabureñas

Por muchos años, la monografía provincial o local contenía una visión global y normalmente individual de la historia, los recursos naturales y humanos, la geografía y los datos curiosos de la localidad. El género “monografía”, si podemos llamarlo así, se ha cultivado mucho en nuestro país. Hasta los años cuarenta fue quizá la *síntesis* que se esperaba escribiera la intelectualidad local sobre ciudades y parroquias. Incluía normalmente un cúmulo de informaciones de tipo histórico, biografías de los notables, referencias sobre producción y comercio, curiosidades y muchos elementos más, cuyo eje unificador era que todo el contenido se refería al lugar objeto del trabajo. En la introducción a la *Historia de Imbabura* de Villegas, sin ser exhaustivo, hice una referencia a las que se han producido en nuestra provincia. Aquí la transcribiré.

En el caso de Imbabura, contamos con varias *monografías* cantonales y locales, y breves ensayos con descripciones generales de la provincia. El primer autor conocido fue el presbítero Amable Herrera, cura de Otavalo, que escribió una centena de páginas sobre la Provincia de Imbabura.⁷ Su obra más importante, sin embargo, es una *Monografía del cantón Otavalo* escrita a inicios del siglo XX.⁸ Otro intento temprano de monografía provincial fue un folleto de Cristóbal Tobar Subía, *Monografía de Imbabura*.⁹ Posteriormente, Tobar amplió su trabajo pero lo limitó al cantón Ibarra. Se publicaron varias ediciones cada vez más ampliadas de su *Monografía de Ibarra*.¹⁰ La obra más volumino-

5 Rodrigo Villegas Domínguez, *Historia de la Provincia de Imbabura*, Ibarra, Centro de Ediciones Culturales de Imbabura, 1988.

6 Rodrigo Villegas Domínguez, *Historia de la Provincia de Imbabura*, edición, presentación y estudio complementario: *Historia de Imbabura en el último periodo*, Enrique Ayala Mora, Ibarra, Corporación Imbabura, Universidad Técnica del Norte, Universidad Andina Simón Bolívar Sede Ecuador, 2014.

7 Amable Agustín Herrera, *Notas históricas de Imbabura*, 1906.

8 Amable Herrera, *Monografía del cantón Otavalo*, Quito, Tip. y Encuad. Salesiana, 1909.

9 Cristóbal Tobar Subía, *Monografía de Imbabura*, Quito, Tip. y Encuad. “La Prensa Católica”, 1922.

10 La obra ha tenido tres ediciones: en 1930, La Prensa Católica, Quito; en 1950, La Prensa Católica, Quito; en 1985, Centro de Ediciones Culturales de Imbabura, Ibarra.

sa escrita sobre el tema y, ciertamente, una de las más importantes, es *Ibarra y sus provincias* del presbítero Juan de Dios Navas.¹¹ El libro escrito en dos volúmenes se refiere a las actuales provincias de Imbabura y Carchi, pero se centra en la ciudad de Ibarra. Incluye una gran cantidad de información de archivo, pero está cargada de las preocupaciones clericales de su autor. Su utilidad es, empero, muy significativa.

Posteriormente aparecieron varias monografías locales. Haremos mención a algunas. El *Ensayo de Monografía de la célebre parroquia de Urcuquí* del canónigo Ricardo Reyes.¹² La *Monografía del Cantón Antonio Ante*, del profesor Pedro Manuel Zumárraga.¹³ La *Monografía de la parroquia de Pimampiro*, del profesor Luis Alfonso Martínez de la Vega.¹⁴ El *Estudio monográfico del cantón Cotacachi* del profesor Alfredo Albuja Galindo.¹⁵ Este último autor no se limitó a ese esfuerzo editorial. En su valiosa producción se cuentan varias obras dedicadas al estudio de la historia y la cultura de la provincia. La primera fue *Imbabura en páginas de Historia y Letras*.¹⁶ La segunda, un libro de mayor alcance, *Imbabura en la Cultura Nacional*.¹⁷ Una obra muy significativa fue la *Monografía de Otavalo* de Álvaro San Félix.¹⁸

También se dieron varios esfuerzos por presentar trabajos de tipo sintético para información de un público amplio. José Miguel Leoro publicó un artículo de ese tipo.¹⁹ Por otra parte, Hugo Larrea Andrade publicó su conocida *Monografía sintética* a mediados del siglo XX.²⁰

11 Juan de Dios Navas, *Ibarra y sus provincias*, Quito, Imp. del Clero, 1934. Reeditada por la Casa de la Cultura Núcleo de Imbabura en 2008.

12 Ricardo I. Reyes, *Ensayo de Monografía de la célebre parroquia de Urcuquí*, Ibarra, Imprenta Cultural, 1941.

13 Pedro Manuel Zumárraga, *Monografía del cantón Antonio Ante*, Quito, La Prensa Católica, 1949.

14 Luis Alfonso Martínez de la Vega, *Monografía de la parroquia de Pimampiro*, Ibarra, Imprenta Municipal, 1956.

15 Alfredo Albuja Galindo, *Estudio monográfico del cantón Cotacachi*, Quito, Talleres Gráficos Mierva, 1962.

16 Alfredo Albuja Galindo, *Imbabura en páginas de Historia y Letras*, Ibarra, Imp. Municipal, 1970.

17 Alfredo Albuja Galindo, *Imbabura en la cultura nacional*, Ibarra, Imp. Municipal, 1979.

18 Álvaro San Félix, *Monografía de Otavalo*, dos volúmenes, Otavalo, Instituto Otavaleño de Antropología, 1988.

19 José Miguel Leoro, "Síntesis monográfica de Imbabura", en *Revista de la Casa de la Cultura, Núcleo de Imbabura*, tomo II, No. 3, 1955, pp. 92-104.

20 Hugo Larrea Andrade, *Monografía sintética del cantón Ibarra*, Quito, Edit. Victoria, 1961.

También debe mencionarse los trabajos geográficos de Abelardo Morán Muñoz, publicados unos años más tarde.²¹

Hasta los años ochenta no existía un libro de historia provincial.²² Ante este vacío, como hemos visto, Rodrigo Villegas Domínguez, uno de los más notables hombres de cultura de la provincia, preparó su *Historia general de Imbabura*, que sería el primer tomo de una "Monografía de Imbabura" que no continuó publicándose.²³ Pocos años después, los "Amigos de Ibarra" comenzaron a pensar en una monografía de la ciudad que, como hemos visto, se preparó desde inicios de los noventa e inició su publicación en 1995.

Esta Monografía de Ibarra

La *Monografía de Ibarra*, al contrario de otras, que incorporan estudios sobre recursos naturales, artes o tradiciones locales, se centró en aspectos históricos y algunas necesarias referencias geográficas. Con este énfasis, fue un renovado esfuerzo de buscar la identidad de nuestra provincia. Carlos Suárez Veintimilla recordaba en el prólogo del segundo tomo: "*Nil volitum quin precognitum*, decía la sabiduría latina, 'No hay nada amado que no haya sido antes conocido'".²⁴ Un objetivo central de la obra fue ampliar el saber histórico imbabureño, de modo que la gente ame más a su tierra conociéndola mejor. El conocimiento de la Historia es un imperativo. Para cada pueblo, "escribir y reescribir su historia es una necesidad de supervivencia".²⁵ Pero ese ejercicio no es una vuelta al pasado. Decía Vilar: "El objetivo de la Historia no es *hacer revivir el pasado*, sino *comprenderlo*".²⁶ Es preciso recobrar la *actualidad* del trabajo histórico para vivir el presente.

21 Se trata de temas de geografía general y una guía turística.

22 Hay varios folletos y artículos cortos que bajo el nombre de "monografía" o "guía" ofrecen visiones generales de la provincia pero, como se ha visto, los libros se refieren a los cantones, salvo el caso de la Monografía de Navas, que se refiere a Imbabura y Carchi.

23 En 1986, el Centro de Ediciones Culturales de Imbabura se propuso publicar una "Monografía de Imbabura" en tres tomos. Se formuló un esquema general y se prepararon algunos capítulos, pero no se logró que se entregara la mayoría de las contribuciones y la obra no pudo seguir luego de publicado el primer tomo, que justamente fue la Historia de Imbabura de Rodrigo Villegas.

24 Carlos Suárez Veintimilla, "Prólogo", Grupo "Amigos de Ibarra", *Monografía de Ibarra*, vol. II, Ibarra, Talleres del diario *La Verdad*, 1997, p. I.

25 Enrique Ayala Mora, edit., *Nueva Historia del Ecuador*, vol. 1, Quito, Corporación Editora Nacional/Editorial Grijalbo, 1988, p. 9.

26 Pierre Vilar, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico*, Barcelona, Crítica, 1980, p. 22.

Con conciencia de la función de la historia, se organizó esta Monografía dividiendo sus volúmenes con criterio diacrónico, desde la época aborígen hasta el siglo XX. Siguiendo el método que precisamente se denomina "monográfico", cada volumen agrupa varios artículos que tratan un tema específico correspondiente al respectivo período. Varios de ellos son de corte más general, en tanto que otros son específicos. En algunos casos varios artículos tratan el mismo tema, pero con diversos enfoques. La mayoría de los textos fueron escritos expresamente para la Monografía, previa solicitud al autor. Otros fueron especialmente adaptados a partir de obras más extensas. Un buen número, debido a su pertinencia, fueron tomados de otras publicaciones. En ciertos casos se transcribe documentos originales, pero esto más bien ha sido una excepción.

El énfasis del contenido de la obra es la biografía y la narración política. Tiene mucha crónica institucional de entidades eclesiásticas y civiles; vidas y referencias de gobernantes y actos de gobierno. La vida urbana, sobre todo colonial, es uno de los temas más tratados. El prólogo del tercer volumen, por ejemplo, dice: "Contiene este volumen numerosos e interesantes trabajos sobre muchas facetas de la Villa de San Miguel de Ibarra y de sus barrios: los estamentos, matrimonio, dotes, compra-ventas, poderes; los últimos restos del sistema social predominante en los siglos anteriores de la Colonia, la venta de esclavos".²⁷ La obra privilegia los trabajos que dan cuenta de la cotidianidad en la villa colonial, de las costumbres y actividades urbanas, con mucho menos interés en la vida rural.

Uno de los ejes de la Monografía es la trayectoria urbanística de Ibarra y su papel en la búsqueda de la salida al mar. Dice el mismo prólogo: "La formación y avance progresivo de los barrios, y la importancia que va adquiriendo la plaza grande, llamada a convertirse en el centro y alma de la villa, y de la ciudad de Ibarra, con el transcurso del tiempo. Su influencia que va creciendo, sobre las otras poblaciones, y la formación de su conciencia de ciudad, proyectada hacia el mar".²⁸ Efectivamente, la obra sigue la tradición de las élites ibarreñas de poner como el gran objetivo de la urbe la construcción de la vía a San Lorenzo, el puerto ecuatoriano que está más cerca de Panamá. La obra

27 Carlos Suárez Veintimilla, "Prólogo", Sociedad Cultural "Amigos de Ibarra", *Monografía de Ibarra*, vol. III, Ibarra, Talleres diario *La Verdad*, s/f., pp. I-II.

28 *Ibid.*, p. II.

que “hubiera sido la principal arteria de crecimiento y desarrollo que hubiera permitido un gran paso en el plano económico de la Región Norte de la Real Audiencia de Quito”.²⁹

La *Monografía de Ibarra* sigue la línea de la historia tradicional ecuatoriana, que se articula alrededor de biografías de los personajes notables y la crónica de las instituciones.³⁰ La gran mayoría de sus textos son de corte descriptivo y no tocan sino marginalmente la historia socioeconómica y los enfoques antropológicos cuando ya habían tomado cuerpo en el país y en América Latina. Aunque cuando se planificó y comenzó a escribirse ya soplaban en el país vientos de renovación, la línea de la obra fue muy tradicionalista. Hay, por ejemplo, más temas genealógicos que estudios agrarios, más crónica eclesiástica que historia de los sectores populares y subalternos.

El objetivo de la obra fue cubrir la trayectoria de Ibarra, “centro vital del norte ecuatoriano desde su fundación española hasta nuestros días”.³¹ Pero en su primer volumen se encuentran varios estudios de la Época Aborígen, aunque no están actualizados. De otro lado, si bien la monografía llega al siglo XX, la mayoría de sus estudios se refieren a la Colonia. Y entre ellos hay variados temas. También hay bastantes trabajos sobre la Independencia. En cambio, sobre la Época Republicana hay menos artículos y la mayoría son de naturaleza biográfica, sin análisis de aspectos estructurales.

La Monografía fue editada con gran esfuerzo, que no solo significó organizar las contribuciones de los diversos autores, sino buscar la gran cantidad de ilustraciones, gráficos y fotos que se incluyeron en la obra.³² Pero se debe reconocer que tiene visibles fallas editoriales, como que en algunos volúmenes no se incluye portadilla, fecha de edición ni impresor, o no se consignan los datos de publicación.³³ En al-

29 Amílcar Tapia Tamayo, “El camino Quito-Ibarra-Esmeraldas en el siglo XVII”, Grupo “Amigos de Ibarra”, en *Monografía de Ibarra*, vol. II, pp. 142-143.

30 El énfasis monográfico y biográfico han sido un eje de la historiografía conservadora que predominó en la Academia Nacional de Historia. Julio Tobar Donoso fue uno de los autores más influyentes en el mantenimiento de esta línea (Cfr. Julio Tobar Donoso, *Monografías históricas*, Quito, Edit. Ecuatoriana, 1937).

31 Grupo “Amigos de Ibarra”, *Monografía de Ibarra*, vol. I, contratapa.

32 La inclusión de las ilustraciones, algunas desconocidas, que aparecen en la *Monografía* es muy valiosa, pero no todas tienen sus datos correctos y no se ha conseguido los derechos de publicación, lo cual no deja de ser una dificultad.

33 Se ha omitido el registro de derechos de autor, ISBN, créditos editoriales y, en algunos volúmenes, la fecha, lugar de publicación y editorial. Desafortunadamente, con esto se incumplen

gunos casos, inclusive, se han escapado erratas en el texto, que no han sido debidamente advertidas.

Pero, más allá de estas limitaciones, resulta indudable que la Monografía es sumamente valiosa. Contiene el mayor volumen de información disponible sobre Ibarra y su comarca. Muchos de sus artículos, como ya se observó, son originales y se escribieron expresamente para la obra como un elemento de impulso a la producción historiográfica. En algunos volúmenes se incorporan trabajos sobre temas indígenas y afroamericanos. Varios estudios son avances serios en la investigación.

Contenido de la Monografía³⁴

El primer volumen, después de las “Primeras palabras” ya citadas, se abre con tres textos que describen el entorno geológico y geográfico de Imbabura. Luego se incluyen varios estudios sobre la Época Aborigen en lo que hoy es Imbabura. No dejan de tener interés, pero no están actualizados con lo que para entonces ya se conocía sobre los “señoríos étnicos” del norte.³⁵ El resto del volumen, y su mayor parte, está dedicado a la fundación de la Villa de San Miguel de Ibarra, sus antecedentes, establecimiento y primeros años. Se trata del mayor conjunto de estudios que se hubiera logrado sobre el tema. Por uno de ellos se conoce que el año siguiente a la fundación, en 1607, ya el presidente Miguel de Ibarra en carta al Rey de España informa de las exploraciones realizadas para abrir el camino a la “Mar del Sur”.³⁶

El segundo volumen está dedicado a la Villa de Ibarra en el siglo XVII. Contiene una biografía del presidente Miguel de Ibarra, la descripción de los pueblos del Corregimiento de Ibarra, referencias sobre el “Camino de Malbucho” al océano Pacífico, algunos aspectos demográficos, la vida de los esclavos negros, de los caciques indígenas, el comercio, la instrucción pública y semblanzas de varios notables. Como Roberto Morales lo anota: “En el primer siglo de vida del Co-

normas vigentes y la obra pierde la posibilidad de ser citada e incluida en los circuitos bibliográficos. Este último volumen se ha editado obviando todas esas fallas.

- 34 Este volumen incluye como anexo un listado del contenido completo de los ocho volúmenes de la *Monografía de Ibarra*.
- 35 Se puede mencionar, entre otros: Frank Salomon, *Los señoríos étnicos de Quito*, Otavalo, Instituto Otavaleño de Antropología, 1980.
- 36 Jorge Villalba Freire SJ., “Apertura del camino a la Mar del Sur, 1607”, Grupo “Amigos de Ibarra”, *Monografía de Ibarra*, vol. I, p. 237.

regimiento ya se evidencian las características de un pueblo que plas-maba reciamente el mestizaje biológico, la aculturación de los sectores aborígenes, el cultivo de virtualidades castellanas como hontanar de vocaciones insignes para la evangelización y la cultura”.³⁷

El tercer volumen, quizá el mejor logrado de la *Monografía*, está dedicado al siglo XVIII. La mayoría de sus estudios tratan sobre la vida social y de las familias, los barrios de la ciudad, sus habitantes y estamentos sociales. Javier Gomezjurado detalla “quiénes fueron los diversos personajes y familias que habitaron Ibarra en los últimos veinticinco años del siglo XVII, y ubicarlos en función de lo que esas personas contaron en sus testamentos, en los niveles sociales de la época”.³⁸ También hay estudios sobre gobernadores y alcaldes de naturales, el comercio con Popayán, la presencia y expulsión de los jesuitas, especialmente la presencia del padre Juan de Velasco en Ibarra. El volumen recoge varias relaciones de la Ibarra colonial de eclesiásticos y viajeros, algunas de ellas muy poco conocidas.

El cuarto volumen se dedica a los finales del siglo XVIII e inicios del XIX. Incluye estudios sobre los promotores de la salida al mar, especialmente el Barón de Carondelet. Y trata fundamentalmente de la Independencia, aunque la mayoría de los textos no se refieren a Ibarra, sino a la Revolución de Quito.³⁹ No podían faltar artículos sobre la Batalla de Ibarra, la única que dirigió Bolívar en el actual territorio ecuatoriano, el 17 de julio de 1832, y sobre la presencia del Libertador en la ciudad. El volumen incluye una biografía de Calixto Miranda y Suárez, notable eclesiástico ibarreño que tuvo un destacado papel en la Independencia.⁴⁰

El quinto volumen trata sobre Ibarra en el siglo XIX, hasta 1868, fecha del terrible terremoto que destruyó Imbabura. Con la Independencia y la incorporación a Colombia se estableció la Provincia de Im-

37 Grupo “Amigos de Ibarra”, *Monografía de Ibarra*, vol. II, pp. 387-388.

38 Javier Gomezjurado Zevallos, “Los estamentos sociales en Ibarra colonial”, Grupo “Amigos de Ibarra”, en *Monografía de Ibarra*, vol. III, p. 213.

39 El artículo de Jorge Salvador Lara, “La patria heroica”, contiene la versión más tradicional del proceso, es demasiado largo y apenas si menciona a Ibarra. El de Alejandro Carrión, “Cómo nació la patria”, es un texto de divulgación que está demás.

40 Jorge Salvador Lara, “El Maestrescuela Calixto Miranda, prócer ibarreño de la Independencia”, Sociedad Cultural “Amigos de Ibarra”, en *Monografía de Ibarra*, vol. VI, sin referencias editoriales, p. 345.

babura, con su capital en Ibarra.⁴¹ Este hecho lo recoge el volumen. Luego incluye varios artículos con biografías y semblanzas de dos notables ibarreños, Pedro Moncayo y Esparza y Teodoro Gómez de la Torre. La mayor parte del libro contiene 12 artículos sobre el terremoto, la más alta cantidad de estudios dedicados a un tema que contiene la Monografía. El asunto lo amerita, porque el hecho marcó la vida de la ciudad para siempre.

Los siguientes volúmenes ya no siguen una secuencia temporal. Con la Monografía sucede lo que con las obras de Navas y Tobar Subía; después del terremoto ya no se periodiza el relato histórico. Se lo reduce a biografías y comentarios sobre hechos puntuales. El sexto volumen contiene un interesante artículo sobre la nueva ciudad después del "Retorno" de sus habitantes en 1875, luego del terremoto.⁴² Recoge también semblanzas del canónigo Mariano Acosta y los pintores Rafael Troya y Luis Toromoreno, así como referencias biográficas de personas y familias notables, datos sobre establecimientos educativos, iglesias, conventos y calles de la ciudad. Hay un artículo sobre la presencia de la mujer en el desarrollo de Ibarra y la fundación de la Sociedad de Artesanos. Concluye con un novedoso estudio de 107 años de Imbabura en la filatelia ecuatoriana.

El séptimo volumen, igual que el anterior, recoge textos de variada índole, comenzando por un informe del gobernador de Imbabura de 1871, después del terremoto, y una visión del impulso luego del "Retorno". Dedicamos varios artículos a una historia de la diócesis de Ibarra. Incluye nuevos trabajos sobre Pedro Moncayo, un interesante estudio sobre el periodismo de Imbabura y cinco semblanzas de ibarreños ilustres, cuatro de ellos eclesiásticos. Hay también un artículo sobre la poesía de José Domingo Albuja, una excepción en una obra que no trata temas literarios.

- 41 Ley de División Territorial de la República de Colombia (citada por Roberto Morales Almeida, "Enfoque del devenir histórico de Ibarra", Sociedad Cultural "Amigos de Ibarra", en *Monografía de Ibarra*, vol. V, sin referencias editoriales, p. 1).
- 42 Francisco Morales Villota, "Retrospectiva del hábitat ibarreño. La nueva ciudad de El Retorno", Sociedad Cultural "Amigos de Ibarra", en *Monografía de Ibarra*, vol. VI, p. 1.

Este volumen VIII

Roberto Morales dejó preparado el volumen VII de la Monografía, que se publicó cuando su salud era ya muy precaria. Para el octavo solo contaba con tres artículos que había pedido previamente. La tarea de editarlo quedó pendiente. Por ello, cuando recibí el encargo de prepararlo, me propuse un triple objetivo. Por una parte, me propuse dar continuidad al gran proyecto que se había planteado, manteniendo sus objetivos y su carácter histórico fundamental. Por otra parte, me preocupé de corregir los vacíos y limitaciones que la obra tenía. Me dediqué a buscar textos que dieran cuenta de actores colectivos, de la vida del pueblo llano de Ibarra, de aspectos socioeconómicos no tratados en volúmenes anteriores. Por fin, me esforcé por mejorar la calidad editorial de la obra, dotándola de características que cumplen los estándares mínimos que una publicación actual debe tener.⁴³ El resultado es que este octavo y final volumen contiene estudios con mayor énfasis en historia social y de los sectores populares, pone la mirada en actores distintos y en procesos colectivos, pero mantiene el espíritu general de la obra, que se enunció al principio. Al fin, juzgarán los lectores si este énfasis resultó ser el correcto.

Como se trata de un volumen final, este abre con una presentación de José Albuja Chaves, actual presidente de la Sociedad "Amigos de Ibarra". Luego se inserta esta introducción, que la he preparado como editor. Luego, la obra se divide en cinco partes, que agrupan a los estudios según su carácter.

La primera parte recoge perspectivas generales de la historia de Ibarra. Se abre con un "Breve enfoque histórico de la producción literaria de Ibarra" de Roberto Morales Almeida, que es parte de un trabajo que escribió a pedido mío y me pareció era adecuado para esta obra. En segundo lugar aparece el corto ensayo "Literatura en Ibarra a inicios del siglo XXI", que preparó Juan Carlos Morales para completar la visión anterior. En ella se da una perspectiva de los nuevos escritores. También como una visión de conjunto que complementa varios artículos específicos que aparecen en volúmenes anteriores, se incluye el trabajo de Inés Flores, "Plástica de Imbabura en la segunda parte del

43 Por ejemplo, este volumen se publica con una cuidadosa organización editorial, con los créditos completos, con el respectivo ISBN y los registros de derechos de autor.

siglo XX". La autora lo preparó expresamente para esta Monografía y escogió también los gráficos a color que se publican. Por fin, esta parte cierra con mi texto "La Historia de Imbabura en las últimas décadas", que la escribí hace algunos años para esta obra por pedido de Roberto Morales.⁴⁴ Ofrece una perspectiva de los últimos años.

La segunda parte está dedicada a estudios específicos. Se inicia con el trabajo de José Echeverría, "El Caranqui Inca", que presenta una visión de los nuevos e importantes descubrimientos que se han hecho con la participación del autor. Luego se incluyen dos estudios de historiadoras profesionales muy reconocidas: "La ruta a la Mar del Sur y la fundación de Ibarra" de Rocío Rueda, y "Esclavos de la tierra: los campesinos negros del Chota-Mira, siglos XVII-XX" de Emmanuelle Bouisson. Ambos trabajos fueron publicados en *Procesos, Revista Ecuatoriana de Historia*. El texto "La batalla de San Antonio de Ibarra" de Eduardo Alfredo Arias fue una contribución especial para este volumen.

La dimensión étnica se ha concretado con tres textos preparados expresamente por sus autores a partir de obras que han publicado en años anteriores. Se trata de "Los migrantes imbayas de Quinchuquí en Ibarra" de Antonio Males, "Identidad afrochoteña" de José Chala Cruz, y "Racismo y vida cotidiana en el mercado de Ibarra, Samyr Salgado".

La tercera parte se denominó "Hitos, testimonios y personajes". Está destinada a recoger artículos breves referidos a hechos o personas relevantes, o a visiones sobre aspectos o procesos destacados de la vida de Ibarra. Se incluyen: "Valor histórico de Pílanquí, sede en Ibarra de la Casa de la Cultura de Imbabura" de Pedro Manuel Zumárraga, que da cuenta de uno de los edificios patrimoniales más importantes de la ciudad; "Autódromo de Yahuarcocha: el sueño que transformó a Ibarra" de Jacinto Salas, que narra la construcción de esa obra; "San Antonio, visto por un testigo del tiempo" de Oswaldo Villalva, que ofrece una visión de la antigua parroquia, hoy integrada a la ciudad, como era hace ya varias décadas.

Esta parte incluye varias visiones sobre grandes personajes ibarreños. "Paisajismo e ilustración científica en el Ecuador: Rafael Tro-

44 Este artículo ya se ha publicado como un folleto (2009) y como parte de la Historia de la Provincia de Imbabura de Rodrigo Villegas (2014). Me pareció pertinente incluirla porque se escribió para esta Monografía y porque cumple con un papel de visión general.

ya y Alphons Stübel”, de Alexandra Kennedy, da una visión renovada del gran pintor y su relación con los científicos, que se complementa con varias ilustraciones a color. “Daniel Reyes”, de Oswaldo Villalva, es una semblanza del notable maestro sanantonense. “Víctor Manuel Peñaherrera” es un estudio sobre el notable jurista realizado por Julio César Trujillo, otro destacado hombre de leyes, sobre el que se incluye un testimonio de Ramiro Ávila Santamaría.

He creído necesario incluir en esta parte un corto esbozo biográfico de Mariano Suárez Veintimilla, el más influyente político de Imbabura en el siglo XX. El artículo “Cuatro pensadores socialistas imbabureños”, de Germán Rodas, rescata a nuestra provincia como uno de los centros productores de pensamiento de izquierda. “César Dávila Torres” es un testimonio de Ramiro Dávila Grijalva que rescata la personalidad del gran abogado y poeta. Habiendo sido Hugo Larrea Benalcázar un propulsor de esta Monografía, me pareció oportuno incluir un corto texto de mi autoría que rescata sus dimensiones de periodista y político.

La cuarta parte de esta obra está dedicada a la Sociedad Cultural “Amigos de Ibarra”, editora de esta Monografía, y a los aportes que ha hecho a la colectividad. Por ello, se presenta una “Crónica de la Sociedad Cultural Amigos de Ibarra”, escrita por José Albuja Chaves. Se incluye también mi artículo “La casa de la Ibarreñidad” que escribí a pedido de Roberto Morales para este volumen, a partir del libro que publiqué sobre el tema.⁴⁵ La quinta parte es un homenaje a Roberto Morales Almeida, “artesano de la conciencia y la memoria de Ibarra, su tierra adoptiva”.

El libro cierra con varios anexos. Primero, las referencias de los autores que han contribuido con él. Segundo, por tratarse del volumen final, se incluye el contenido general, uno por uno, de los ocho volúmenes de la *Monografía de Ibarra*, y, por fin, un listado de todos los autores, por orden alfabético, con referencia del volumen y la página en que aparece su contribución.

45 Cfr. Enrique Ayala Mora, *La Casa de la Ibarreñidad, antiguo hogar de la familia Ayala, actual Centro Cultural de la Municipalidad de Ibarra*, Ibarra, Fundación Cultural Enrique Ayala Pasquel, 2012.

Conclusión

Al terminar estos párrafos introductorios, ratifico mi homenaje y el testimonio de gratitud a Roberto Morales, a Fausto Yépez y a los demás colaboradores de esta obra por su esfuerzo y sus contribuciones, tanto más meritorias, cuanto que se han hecho a título enteramente gratuito. No cabe duda de que en esta gran obra se ha puesto mucha voluntad y mucho amor a la tierra, que superan con creces las fallas y limitaciones que se han anotado, así como los errores editoriales que se han repetido en varios volúmenes.

De manera especial, se debe agradecer a todos los sucesivos alcaldes de Ibarra que han apoyado la edición de esta obra. Es bueno que las autoridades aprecien los esfuerzos culturales y los estimulen, al menos con la edición de obras preparadas sin ningún apoyo oficial, a base de grandes sacrificios de los coordinadores y autores.

En las “Primeras palabras” de esta Monografía, Hugo Larrea Benalcázar decía: “Todos han arrimado el hombro, han puesto manos a la obra y han dedicado sus mejores horas al trabajo de recopilar documentos, preparar bocetos, discutir temas y originales para la gran tarea de redescubrir, con justificada pasión creadora, el mundo esplendoroso de la ibarreñidad”.⁴⁶ Así fue y, al final, la obra está concluida y el esfuerzo ha sido coronado por el éxito. El espíritu del “Retorno”, de la búsqueda perenne que caracteriza a los ibarreños, ha empujado también esta *Monografía de Ibarra* hasta su feliz culminación.

Enrique Ayala Mora
Ibarra, septiembre de 2014

46 Hugo Larrea Benalcázar, “Primeras palabras”, Grupo “Amigos de Ibarra”, en *Monografía de Ibarra*, vol. I, segunda página inicial.

Primera parte

Perspectivas generales

Breve enfoque histórico de la producción literaria de Ibarra¹

Roberto Morales Almeida

En tiempos coloniales

Es obvio que un breve esbozo de la producción literaria, en cualquiera de las provincias del país, se lo realice de acuerdo al devenir cronológico. Entonces, en nuestra provincia de Imbabura, hay que puntualizar que, en la etapa colonial, se inicia el cultivo de las letras en el ambiente del primer Colegio de Ibarra, regentado por los jesuitas, que se fundó en 1685, y funcionó cerca de un siglo, hasta la expulsión de los religiosos de la Compañía, en 1767. Se sabe que se generaron en las aulas de ese plantel numerosas vocaciones de misioneros y hombres cultos, pero casi nada se conoce de su labor literaria. Así, por ejemplo, hay datos sobre el rol protagónico que sostuvo, en la Universidad de San Gregorio, el ibarreño Manuel Carvajal, exponiendo con brillantez el sistema heliocéntrico (de Copérnico y Newton), como la gran novedad científica, no solo en Quito, sino en las colonias de España.

Los dos insignes cronistas de la era colonial, Juan de Velasco y Mario Cicala, consignan noticias sobre dos personajes de valiosa vocación literaria: el cacique indiano Jacinto Collahuazo, y la joven religiosa Francisca Viteri, del claustro de las conceptas.

Por supuesto, hay historiadores que cuestionan la obra de Collahuazo, que sirvió de base a la *Historia Antigua del Reino de Quito* del P. Velasco quien, con la lúcida sencillez que le caracteriza, expone en un señero capítulo de su historia, sobre los valores indianos de América:

1 Se transcribe aquí la parte correspondiente del texto referido a Ibarra, que Roberto Morales escribió como un "Breve enfoque de la producción literaria de Imbabura" a pedido del editor de este volumen, para ser publicado en otra obra.

Conocí a D. Jacinto Collahuazo, enfatiza, indiano cacique de la jurisdicción de Ibarra, en la edad de 80 años, de grande juicio y de singulares talentos. Había escrito, cuando mozo, una bellísima obra titulada *Las Guerras Civiles del Inca Atahualpa, con su hermano Atoco, llamado comúnmente Huáscar Inca*. Fue delatado por ella, al Corregidor de aquella Provincia, el cual por un indiscreto y arrebatado celo, no solo quemó aquella obra y todos los papeles del cacique, sino que lo tuvo algún tiempo en la cárcel pública, para escarmiento de los indianos, no se atreviesen a tratar esas materias. Después de viejo, reprodujo lo sustancial de su obra, a petición de un religioso dominicano, su confesor, de cuya letra la he leído, admirando la cultura y erudición de aquel cacique.

El P. Cicala, en su *Descripción histórico-topográfica*, enfatiza la exquisita sensibilidad religiosa de una joven ibarreña, a quien auspició para que profese de acuerdo a su clara vocación. Y que, con frecuencia, le escribía solicitándole libros de autores místicos. Infortunadamente, solo el prolijo cronista transcribe una carta, admirable en su contenido y en su forma. Enfoca el entorno claustral en su comunidad de conceptos, exultando un insigne bienestar personal y, singularmente, escorza un signo ambiental, que bien se puede considerar como una anticipada valoración de la ibarreñidad, en su expresión terrígena: *Yo nací aquí pero no sabía que había este paraíso en la tierra*. Estaba señalando la premisa orteguiana: “la personalidad es producto del entorno en que vive”.

Independencia y república temprana

En la etapa de luchas por la autonomía de 1809 a 1812, el lapso de la *Patria Heroica*, se destacan dos patricios ibarreños de notable cultura: Calixto Miranda y Suárez y Antonio Ante. Empero, poco o nada se conserva de sus expresiones literarias, solo se sabe que el doctor Miranda fue el autor del primer proyecto de Constitución del Estado de Quito, por lo que el jurista César Dávila Torres lo califica de “fundador del Derecho Constitucional Ecuatoriano”.

Fue Imbabura el escenario sangriento del trágico final de la *Patria Heroica*, en las batallas de San Antonio y Yaguarcocha, jornadas admirables que no han sido aliviadas en su magna significación. Y corren los años de la autonomía republicana, en los cuales se crea y desarrolla un colegio en Ibarra, para formar a la juventud del norte ecuatoriano, o sea, de las actuales provincias de Imbabura y Carchi, entonces, en juris-

dicción unificada; pero no florecen las letras. Hay que esperar que a mediados del siglo XIX se radique por largas temporadas, en Pimán, el poeta filósofo, la más alta cifra del romanticismo telúrico, Julio Zaldumbide, el primer cantor de la hermosura del "Paisaje de la Laguna de San Pablo" y de las sugestionantes manifestaciones de la luz del ambiente atmosférico en el valle del Chota, fenómeno maravilloso que solo podía captarlo la inspiración del insigne aeda. La mañana, el mediodía, la tardecina declinación del espejismo de la luz solar dejan su delicada huella estética en los armoniosos escorzos versales del amante de este escenario tropical, tan unimismado con la terrígena naturaleza imbabureña.



Entrada a la hacienda Pimán, donde vivió Julio Zaldumbide. Hoy, una hostería regentada por sus descendientes.

Como con lúcida sencillez puntualiza la nieta del egregio poeta filósofo, la admirable pianista Celia Zaldumbide, "en el oasis de Pimán dedicó su inspiración a cantar al árbol, las avejillas, las flores, el arroyo, las estaciones, todas las horas del día, la noche; y en la noche las fugaces estrellas... la eternidad, el sueño, el ensueño de la música, y siempre, a flor de pluma, el *leitmotiv* del amor y del dolor".

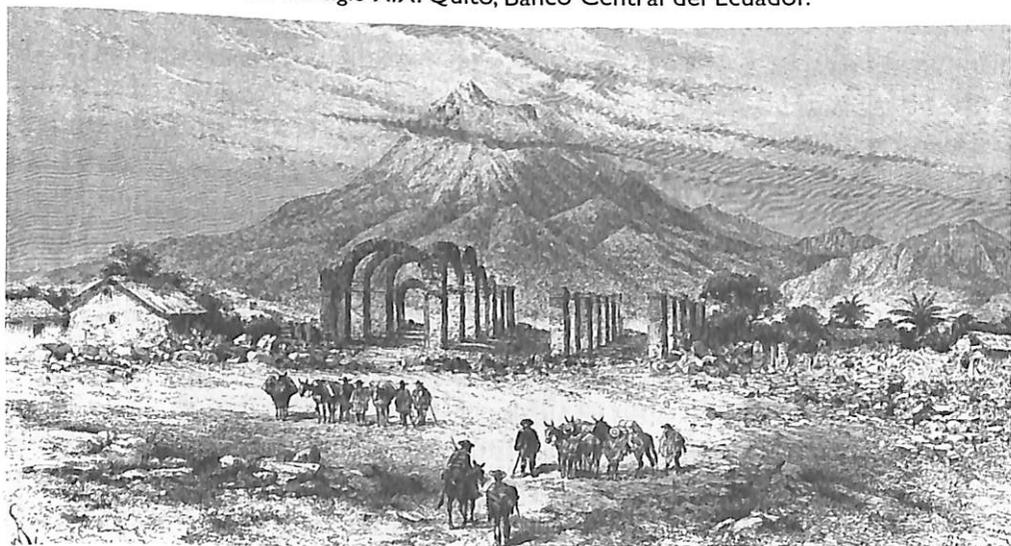
Teodoro Gómez de la Torre fue la más destacada figura social de Imbabura. Nace un 9 de noviembre de 1809 y desempeñó prominentes cargos a lo largo de su fecunda existencia de militar, diplomático, político. Fue el único sobreviviente de la generación de próceres de la Independencia, que celebró el primer centenario del nacimiento de Bolívar, en 1873. Sus *Memorias autobiográficas* constituyen un precioso documento histórico del quehacer nacional, hasta el terremoto. Realizó también largas investigaciones y traducciones de testimonios documentales, como los de la fundación de Ibarra, y otros, que se conservan inéditos.

Al enfocar un esquema de la literatura de Imbabura, se advierte que, a raíz del terremoto de 1868, surge un marcado interés por captar y relieves la tremenda realidad del fenómeno. Por eso se logran visiones,

ensayos y hasta poemas de valía y significación histórica, científica y literaria. Así, por ejemplo, la tan ponderada carta de Montalvo a Víctor Hugo, que se editó en *El Cosmopolita*, en la cual el insigne estilista aprehende el clímax de la vorágine del fenomenal movimiento telúrico. Empero, poseen el más entrañable e impactante contenido y castiza forma, los perfiles del dantesco escorzo que logra trazar Manuel Zaldumbide, sobreviviente de la catástrofe, personaje de amplia cultura que, precisamente, en ese entonces, era el gobernador de Imbabura. Incuestionables son por su visión científica los ensayos que trazaron el politécnico Cornelio Aguilar SJ., y el investigador, tan conocido, Joseph Kolberg.

Todas esas apreciaciones sobre el terremoto constituyen aportes esenciales para justipreciar el devenir histórico de la región imbabureña, cuyas áreas de desarrollo tienen dos etapas: *antes y después del terremoto*. Antes del dantesco sacudimiento de tal magnitud que, con exacto énfasis, dijo García Moreno, en su condición de jefe civil y militar de Imbabura: "parecía que la tierra ha hervido", ya figuraba con perfiles nacionales la personalidad de quien el egregio maestro Mariano Acosta calificó de *ser el mayor de los imbabureños*, el doctor Pedro Moncayo y Esparza, cuyo campo de labores es señero: periodista, político, historiador, diplomático de vastísimas iniciativas y eficacia.

Ruinas de Ibarra después del terremoto de 1868. Grabado de Riou, Edouard André, Grabados sobre el Ecuador del siglo XIX. Quito, Banco Central del Ecuador.



Nace Moncayo en junio de 1807. Su abuela lo acoge con afecto maternal y lo educa en los planteles de más prestigio de Quito. Ya de abogado, se distingue por su idealismo y su afán de luchador por mantener un auténtico régimen nacionalista-constitucional. Por eso se une al selecto grupo de ciudadanos que constituyeron *El quiteño libre*, cuyo órgano de expresión fue el famoso periódico que ostentó ese nombre. Y el joven político ibarreño fue su administrador, redactor y dinamizador infatigable, ante la persecución que desató el florismo en el poder.



Pedro Moncayo y Esparza. 1807-1888.

La trayectoria de las luchas del doctor Moncayo en el periodismo es recia y brillante, por lo cual merece el signo de "Fundador del periodismo de combate". Son célebres en la historia del periodismo nacional todos los periódicos de franca embestida contra regímenes dictatoriales, creados por el doctor Moncayo, a más del famoso *El quiteño libre*, *El viejo chihuahua*, *El padre Tarugo*, *Fray Francisco*, *La linterna mágica*. Como historiador elaboró notables obras sobre el devenir histórico ecuatoriano. Allí están *El Ecuador de 1825 a 1875* y varios estudios que enfocan los derechos del Ecuador ante la ambición peruana.

Como diplomático supo representar con enorme altura al Ecuador en Francia, Perú, Chile. Y como político, de clara ideología liberal, llegó a ser diputado en varias oportunidades y hasta fue electo Presidente de la Convención en 1852. Se refugió en Valparaíso, en medio de la más noble estimación de los intelectuales chilenos. Fallece muy lejos de su querida Ibarra, a la que entrega una valiosa oferta como herencia, un 2 de febrero de 1888. Tratándose del insigne periodista Pedro Moncayo, no está por demás señalar que para 1850 aparece el primer periódico ibarreño, *El Imbabureño*, creado por un benemérito profesor de escuela de San Antonio, Camilo Pompeyo Guzmán. Fue órgano de difusión cultural, que se editó contadas ocasiones, y no hay ninguna colección de sus ejemplares.

Hacia el siglo XX

Cronológicamente, auscultando, se constata que reinstalada Ibarra en su área fundacional de 1606, después de *El Retorno*, un 28 de abril de 1872, florece una promoción de docentes, gente de cultura y afanes de progreso comunitario, que auspician hechos de eficaz proyección, como los colegios Seminario San Diego, Teodoro Gómez de la Torre (que primero se llamó San Alfonso), en cuyas aulas se formaron destacadas personalidades imbabureñas puesto que se involucraba, hasta 1880, a las dos provincias del norte nacional en la jurisdicción de Imbabura. Y Mariano Acosta, José Domingo Albuja, Julio Andrade Rodríguez, Carlos Emilio Grijalva, Víctor Manuel Peñaherrera y más, de esa primera promoción de idiosincrasia de ibarreñismo, más propiamente de *ibarreñidad ingénita*, trazaron una notable impronta cultural.

Mariano Acosta, educador, prominente orador sagrado de prestancia, político muy acatado, escribió textos didácticos, boceteó la personalidad de destacados ibarreños, como del coronel Gómez de la Torre, que fuera edecán de Bolívar. José Domingo Albuja, docente de los más prestigiosos, arquitecto de fama, escribió poesías exultando la realidad de su tierra natal, su devenir histórico, de entorno romántico, de sabor terrígeno y clásica maestría. Su *Antología poética* se publicó en 1926, en una edición muy limitada. Julio Andrade, general de la República, fue un dinámico líder liberal, luchador junto a Alfaro. Protagonista del civilismo y el derecho en el quehacer gubernamental. Sus discursos, de castiza tónica, están en publicaciones desperdigadas.

Carlos Emilio Grijalva formó su poderosa mentalidad de científico en el colegio San Diego, en cuyas aulas fue alumno de Federico González Suárez. Sus obras de Arqueología, Filología, Historia de pueblos aborígenes de Imbabura y Carchi tienen hegemonía en el ámbito de primeras y fundamentales aportaciones. Por eso, Jijón y Caamaño lo calificó de sabio auténtico al esclarecer la viabilidad de la prehistoria. Y florece un insigne médico y poeta, Juan José Páez, a quien Ibarra ha olvidado injustamente, siendo el primero que facturó poemas con sabor terrígeno.

El ilustre maestro Víctor Manuel Peñaherrera fue el mayor exponente de docencia en la Facultad de Jurisprudencia de la Universidad Central, después del egregio Luis Felipe Borja, a quien relevó en la Cátedra de Derecho Procesal. Decano de la Facultad, consejero de Esta-

do y miembro de organizaciones judiciales más prominentes, formó por cuatro décadas a varias promociones de abogados ecuatorianos. Sus obras sobre Derecho y Procedimiento Penal y Civil, en todos sus aspectos, son magistrales. Desde el Congreso desarrolló una labor legislativa muy acatada y proyectada en leyes y decretos. Ese relevante prestigio del maestro Peñaherrera tuvo un egregio seguidor en la personalidad de otro jurista ibarreño, Alfredo Pérez Guerrero, docente universitario, legislador, periodista, rector de la Universidad Central, cimentador de la autonomía universitaria, en el campo del Derecho y de la conciencia nacional. Sus libros han sido manuales de estudio de muchas promociones de abogados, como Derecho Civil Ecuatoriano, temas jurídicos, etc. Ahora una nueva universidad de Quito lleva su ilustre nombre, con honrosa prestancia.

Entre los notables juristas de ibarreña oriundez, que son varios, tienen un sitio distinguido los doctores: Manuel Pasquel Monge, poeta notable, alto funcionario judicial; Luis Jaramillo Pérez, profesor universitario, ministro de Previsión Social, ministro de la Corte Suprema; Aníbal Guzmán Lara, prestigioso Juez Civil, ministro de la Corte de Ibarra, autor de varios libros de un lúcido y sapiente estudio didáctico de estudios objetivos en material civil, laboral y criminal, resultado de una valiosa experiencia y un detenido estudio de muchos casos de procesos en el ambiente nacional.

Nuevas generaciones

La segunda promoción de valores de la *ibarreñidad*, que se plasma en las primeras décadas del siglo XX, de 1910 al 30, la integran poetas, juristas, prosistas, docentes que, varios de ellos, tuvieron que ausentarse del maternal suelo de oriundez a Quito, para lograr su formación universitaria o ejercer, exitosamente, su profesión.

La presencia de monseñor Federico González Suárez, como obispo de la Diócesis, en 1895, fomenta la cultura con caracteres apreciables, pues ejerce la docencia en las aulas del San Diego, en las del Instituto Superior, de fecunda creación, con cátedras de Filosofía, Derecho, Historia Universal, que funcionó como una extensión universitaria. Con su dinamismo visionario, el egregio historiador programó y auspició la celebración del tercer centenario de la fundación de Ibarra en 1906. Pero también escribió libros de admirable contenido estético, como *Hermosura de la Naturaleza*, y formó la bien nutrida Biblioteca de la Curia, con

miles de libros de enorme valía, que se han esfumado al paso de los años.

La promoción a la que aludimos involucra a una pléyade de ibarreños de valiosa proyección cultural, de cada uno de los cuales anotaremos alguna característica, pues fueron personas privilegiadas, como Cristóbal Tobar Subía, Carlos Suárez Veintimilla, Alfredo Rodas Reyes, Luis Toromoro Miño, Juan Ignacio Canelos, Rafael y Hugo Larrea Andrade, Manuel Pasquel Monge, Luis y Liborio Madera, Ricardo y Gonzalo Cornejo Rosales, José Ignacio Burbano Rosales, Humberto y Guillermina García Ortiz, Carlos Rivadeneira Flores, Manuel Terán Monge que prestigian a Ibarra, como hontanar inexhausto de telúrica belleza, unimismándose a realidades de los ambientes de Otavalo y Cotacachi.

Contadas palabras diremos de los antes consignados nombres de personajes de la *ibarreñidad*: el destacado jurista Tobar Subía fue el investigador y autor de la primera *Monografía de Ibarra*, en la que se afianzan la mayoría de conocimientos sobre el devenir de nuestro ámbito citadino.

Carlos Suárez Veintimilla es el mayor poeta del telurismo imbabureño. La tan ponderada hermosura del entorno provincial la exultó en un enfoque versal original y armonioso, cautivante. Su primera cabal, *Antología*, la publicó el Municipio de Cuenca, gracias al auspicio del alcalde Serrano Aguilar, en 1973. Pero luego de terminar sus estudios en el Colegio Hispanoamericano y la Universidad Gregoriana de Roma, publicó *Cuadernos de ausencia y de presencia*, a los que siguieron *Caminos del corazón inquieto*, y *Cinco cantos de soledad*, *Horas*, y ensayos de fondo histórico y sobre motivos ocasionales. Para 1995, el Centro de Ediciones Culturales de Imbabura publica, en tres tomos manuales, con un estudio sobre la alta valía del poeta, de la ágil pluma del historiador Enrique Ayala Mora, la producción completa del cantor de la *ibarreñidad* esencial.



Carlos Suárez Veintimilla

Alfredo Rodas Reyes es el plasmador de la dorada gavilla admirada por propios y extraños: *Orquestación, Esplendoroso y triste, Desolación, Diamantico* son algunos de sus poemarios; y, *Claudel, Amiel de cuerpo entero, Críticos literarios*, y muchos ensayos de hondo análisis, constituyen su aporte a la crítica de uno de los académicos más serios y sustanciosos del país.

Rafael Larrea Andrade, autor del hermoso *Himno a Ibarra* y también del de la provincia de Imbabura, fue poeta, relator, docente y un amplio suscitador de ideales políticos innovadores, desde el periodismo local. *Alma mártir* es novela de fondo sentimental. *El rosal de mi vida* recoge algunos de sus poemas. Y *Lecciones de moral y cívica* contiene las más nítidas enseñanzas de formación del buen ciudadano.

Hugo Larrea Andrade fue un escritor multifacético: poeta, relator, periodista, dramaturgo. Sus obras publicadas en pocos ejemplares son, ahora, rarezas literarias. Su tónica fue de un romanticismo moderado y difundió sus cuentos, poemas, relatos históricos desde la radio municipal "La Voz de Imbabura", de la cual fue su director. *Alma en éxtasis, Fontana, Imbabura, Sinfonía andina, El surtidor romántico* son los títulos más conocidos; hay esquemas de obras proyectadas, que dejó sin editar.

José Ignacio Burbano Rosales fue un políglota admirable, pues conocía a fondo inglés, francés, alemán, italiano, idiomas que estudió en su largo y proficuo desempeño de cónsul. Su obra más valiosa es la *Antología de poetas rusos*, editada en 1967, en la colección Biblioteca Cajica de Cultura Universal, con un magnífico prólogo de Francisco Guarderas. Las versiones, como lo advierte, las realizó del francés e involucran poemas selectos de: Pushkin, Lermontov, Tyutchev, Tolstoi, Merezhkovsky, Briúsov, Sologub, Blok. Pese a que Burbano Rosales estuvo lejos la mayor parte de su vida, siempre vivió el entrañable recuerdo de su oriundez, y cantó la telúrica hermosura ibarreña en poemas de la más auténtica forma modernista. Su pluma, de castiza limpidez, escorzó sapientes ensayos sobre temas de estética, historia de la cultura ecuatoriana, algunos de los cuales los publicó la revista *Anales de la Universidad Central*.



Rafael Larrea Andrade



Rafael Troya. *El Cotopaxi visto desde el río Aláquez*. 1892.

Manuel Enrique Pasquel Monge, jurista que desempeñó notables cargos en el Poder Judicial, fue el poeta de la exquisitez en las vivencias familiares y amicales. Su lirismo de romántica tónica lo captó en los moldes clásicos, que se estudiaban en las aulas sandieguinas. Recogió sus transparentes creaciones versales en una antología que tituló: *Rimas negras* (1914).

Luis Toromoreno y José Ignacio Canelos fueron dos artistas ibarreños de valiosa creatividad que se radicaron en Cuenca y realizaron obra perdurable que ha dejado una huella que no se olvidará en la historia del devenir cultural, ni de su tierra de origen ni en la de su adopción.

“Torito”, como le decían amablemente los cuencanos, fue el más descollante discípulo del famoso Rafael Troya. Su anhelo visceral de conocer amplios horizontes de cultura, lo llevó a Colombia, Perú, Bolivia, Argentina. En Bolivia se radicó por varios años. En La Paz y Sucre se ganó enorme prestigio por los magníficos retratos que plasmó de personajes y familias notables. Hizo exposiciones prestigiosas de paisajes y motivo terrígenos, generosamente cotizados, cuyo producto lo gastaba en círculos amicales, en publicaciones de sus creaciones

poéticas muy aplaudidas. De regreso al Ecuador ofreció su aporte de enseñanza en la Universidad de Cuenca. Fue Director de la Escuela de Pintura y creó la magnífica galería de rectores, iniciándola con la del poeta Remigio Crespo Toral. Artistas y escritores cuencanos aplaudieron y admiraron al artista y poeta de idiosincrasia que se identificó con la tónica de su singular ambiente.

El insigne artista del pentagrama, Canelos, también se radicó en el ámbito de la cuencanidad. Fue nombrado profesor del conservatorio, al que imprimió un notable ritmo de estudio y afanes creadores. Su gran capacidad en el arte clásico y en el popular le creó un sólido prestigio. Sus pasillos, vales, pasacalles, etc., se popularizaron entre los aficionados al arte, sin que su creador reclamara derechos, pues jamás se preocupó por la figuración vanidosa.

Pedro Pablo Pérez Torres armonizó su labor de enseñanza de los fundamentales principios de la exactitud matemática con la armonía versal del soneto. Y a su poemario *Acuarelas*, de lúcida visión de los perfiles estéticos de Ibarra e Imbabura, lo realza con ensayos fundamentales sobre la personalidad de ilustres varones como Pedro Moncayo, Mariano Acosta, González Suárez, Espejo, Maldonado. Claro que, como sucede en la creación literaria de muchos ibarreños, hoy constituye una rareza bibliográfica.

Una figura descollante y múltiple de la cultura de Ibarra, en su entorno ciudadano, pero fundamental, y que se proyecta con caracteres perdurables, es la del ilustre jurista, insigne investigador del devenir de su tierra natal, doctor Luis F. Madera. Ha elaborado estudios bien documentados sobre el devenir de la ibarreñidad, desde la fundación de la Villa de San Miguel hasta su etapa de culminación, como el nervio dinámico del norte ecuatoriano. Toda labor de desarrollo ha enfocado el criterio lúcido y sapiente del doctor Madera. Por eso, sus estudios fundamentales versan sobre la realidad urbanística, el desenvolvimiento cultural, el del periodístico, el social, las personalidades más descollantes, la labor municipal. Empero su vocación de jurista le llevó hasta la presidencia de la Corte Suprema del Ecuador. Sus escritos bien logrados, hasta ya pasado un siglo de su fecunda existencia, llenarían varios tomos, como lo exige una justa publicación.

El canónigo Elías Liborio Madera, del mismo destacado hogar de valores, fue erudito conocedor de la historia ibarreña, insigne orador, muy acatado docente, fundador de la primera revista religiosa de la

diócesis, que también incluía la difusión de documentos y noticias del quehacer ciudadano, *Hojas sueltas*, que se publicó por muchos años, desde 1901, y que es un verdadero archivo noticioso.

Nuestra blanca ciudad a lo largo del siglo pasado generó familias de integrantes de lúcida vocación cultural: los Madera, Acosta, García Ortiz, Cornejo Rosales, Pasquel, Leoro, Villamar, Peñaherrera, Merlo, Gomezjurado, Pérez, Guzmán y otros prestigiosos apellidos, que exultan la valía de la *ibarreñidad*. Así, el caso ejemplar de los Cornejo Rosales, de notables aptitudes culturales: poetas, juristas, artistas, periodistas.

Empero sería largo incluirlos en esta síntesis muy apretada; por eso consideramos, de paso, la prestancia del doctor Ricardo Cornejo Rosales, que desplegó una dinámica y fecunda visión de sociólogo, docente universitario e ideólogo innovador. Periodista de fuste, funcionario judicial de alto coturno, fue electo Presidente de la Corte Suprema. Sus poemas y ensayos son de la más alta categoría. Ciertamente que una semblanza igual se puede pergeñar de su ilustre hermano Jorge, jurista y catedrático prestigioso.

Humberto García Ortiz es una de las personalidades más lúcidas del siglo XX, no solo de Ibarra sino del Ecuador. Sociólogo, docente, internacionalista, periodista, poeta de una transparencia y un poder evocador cautivante. Su singular talento y su entrañable entrega al estudio de sus áreas de vocación, singularmente la Sociología, le abrieron horizontes de enorme prestigio académico como auténtico maestro en las aulas universitarias. Sus libros: *La forma nacional*, *Las rutas del futuro*, *Sociología del nacionalismo moderno*, *Visión americana del Continente Americano*, y muchos ensayos que honraron las páginas de revistas de prestigio nacional y continental, son un áureo tesoro de la cultura ecuatoriana. Enfocó en verso de perdurable armonía el devenir histórico de la *ibarreñidad*. Y pergeñó en prosa límpida y cautivante el escorzo más valioso de los personajes que plasmaron el prestigio de la ciudad como protagonistas del mito del Ave Fénix. Exultar la valía de la múltiple creación literaria del egregio maestro García Ortiz demanda muchas páginas. En esta apretada síntesis no lograremos sino una sencilla mención a ese enorme aporte del docente y pensador a la cultura nacional.

La descollante personalidad de su hermana, María Guillermina, se perfila como uno de los más singulares talentos literarios del país, en



Monseñor Leonidas Proaño dinamizó el periodismo en Ibarra con *La Verdad*.

el siglo XX. “Maestra de juventudes y altísimo símbolo del pensamiento femenino de la patria”. Poetisa, relatora, periodista, lingüística, hasta ahora se comenta la sapiencia de su libro *Lo eterno femenino*, exultación magnífica de la mujer como el mayor acicate de superación de la humanidad.

El conocido “Matemón”, Manuel Terán Monge, fue poeta romántico, afanoso cultor del so-

neto clásico como paradigma de la expresión formal. Por eso, el insigne crítico Humberto García Ortiz afirma: “Los sonetos de Matemón no piden favor a los de los mayores artífices de Hispanoamérica”. Publicó varias antologías: *Minutos*, *Una llama en el viento*, *Semilla roja*, *Una llama en la noche*, *Frente al sol* que son, ahora, rarezas bibliográficas.

Otra promoción que dijéramos de más actualidad, florece en la tónica entrañable de la *ibarreñidad*, y la personifican: Víctor Guzmán, monseñor Leonidas Proaño, notables dinamizadores del periodismo; José Miguel Leoro, insigne auspiciador del núcleo de la Casa de la Cultura; Carlos Rivadeneira, investigador acucioso del quehacer histórico en Ibarra; Juan Viteri Durand de múltiple labor literaria; y, por supuesto, Federico Yépez Arboleda, César Dávila Torres, José Flores Recalde y Enrique Ayala Mora que han creado una fecunda y destacada labor de valía en muchos campos de la cultura ecuatoriana. El aporte de los escritores antes aludidos es tan valioso que requiere de amplia justipreciación. Empero, reiteramos que pretendemos perfilar la más apretada síntesis.

El periodismo

Como ya se anotó, el periodismo en nuestro entorno provincial comienza hacia 1850, no tomándose en cuenta la trascendental y larga jornada del creador del periodismo de lucha política, que se inicia con *El quiteño libre*, dinamizado por Pedro Moncayo, desde 1833. Ibarra es una de las capitales de provincia, en la cual se ha editado más de un centenar de publicaciones periódicas. De todas ellas se resume un



Ibarreños dedicados a la producción periodística.

acendrado amor a la tierra, al ideal de auspiciar el progreso comunitario. La aspiración serrana de lograr una salida al mar, finalidad máxima de la fundación de la Villa de San Miguel de Ibarra, aparece como un denominador común. Obviamente, han aparecido publicaciones de vida efímera, publicadas por compromiso político o algún evento social, que no han logrado mayor significación. Pero también se constatan periódicos que han mantenido larga trayectoria. Así, hay que citar *Hojas sueltas*, de índole religiosa, de reseñas históricas, publicada en diez series, de 1901 a 1918, bajo la dirección del sacerdote de acendrado ibarreñismo y destacado promotor cultural, monseñor Elías Liborio Madera.

El ferrocarril del Norte del insigne periodista y consagrado docente Víctor Manuel Guzmán, se publicó a lo largo de treinta y un años para exultar y mantener el anhelo de la ferrovía al Pacífico. En sus páginas (julio de 1919), el poeta Alfredo Gómez Jaime publica el hermoso soneto *Ibarra*, joya del tesoro cultural ibarreño. *El bien social*, órgano de la Sociedad de Artesanos, aunque por etapas, logró vivir largos años (de 1918 a 1944), como vocero de la esa institución. *La Verdad*, que nació como semanario un 14 de mayo de 1944, ascendió a bisemanario (1948) y llegó a diario (1952), gracias a la reciedumbre de los altos ideales de servir al pueblo, hacer realidad la justicia social, del egregio periodista, docente y líder de la Iglesia ecuatoriana, monseñor Leonidas Proaño Villalba.

Hay que advertir que en el acogedor ambiente ibarreño se han iniciado en el ejercicio del periodismo plumas que, con el tiempo, llegarían a figurar en el país y aun en el exterior. Humberto García Ortiz edita y mantiene *La Palabra* (1926) con escritos de admirable lucidez intelectual. En la década de los cuarenta (1944), destacados estudiantes como Galo Leoro Franco y Hugo Larrea Benalcázar publican en *Ante-*

na sus primeros ensayos, que evidencian su vocación intelectual, que fructificará en su granada madurez.

No se puede pasar por alto la valiosa labor que han logrado dos selectas publicaciones, en la que se han acopiado medulares estudios de historia, literatura, documentos y testimonios del devenir de Ibarra, Imbabura y sus valores culturales. Aludimos a *Gaceta municipal*, dirigida por el investigador de la trayectoria citadina, como paleógrafo y excelente conocedor de los documentos del Archivo Municipal, el profesor Carlos Rivadeneira Flores. Y también nos referimos a *Revista del Núcleo de Imbabura de la Casa de la Cultura*, auspiciada desde su primer número por el profesor José Miguel Leoro Vásquez, garboso estilista, destacado biógrafo de Pedro Moncayo, ensayista de fuste y docente de los más acatados en el magisterio nacional. Y fue el dinamizador de la labor del núcleo, que lo dirigió por varios períodos, con un prestigio creciente. En su labor cultural hay que señalar que consiguió que el destacado escritor señor Gonzalo Zaldumbide acceda a publicar su famosa novela *Égloga trágica*, en forma cabal pues, como es sabido, solo se conocía capítulos de la obra en su primera parte, que se habían editado en 1916 en la *Revista de la Sociedad Jurídico Literaria*, bajo el seudónimo R. de Arévalo.

Por supuesto que se requeriría un amplio estudio para justipreciar la valía del periodismo ibarreño. Lo antes enfatizado, constituye un breve resumen.

Algunos autores en especial

Para finalizar este esbozo del panorama literario de Ibarra, nos permitimos trazar en breves líneas un escorzo del aporte cultural de un grupo de literatos que son los más apreciados en el ambiente, y que también han logrado aceptación nacional y hasta en el exterior. Esos personajes serían monseñor Leonidas Proaño Villalba, Jorge Villacís Guiasi, Juan Viteri Durand, Alfredo Rodas Reyes, Federico Yépez Arboleda, César Dávila Torres, José Flores Recalde, Enrique Ayala Mora.

Monseñor Proaño, el Obispo de los Indios y los marginados, poeta, periodista, sociólogo, insigne luchador por hacer realidad la justicia social, ha plasmado libros, ensayos, estudios que han despertado en el Ecuador e Hispanoamérica hondas inquietudes de renovación del obsoleto, tradicional sistema económico-cultural hegemónico en

los pueblos tercermundistas, subdesarrollados, de cultura occidental cristiana. Sus libros como *Creo en el hombre y la comunidad*, *Concientización, evangelización y política*, *Educación liberadora* se han proyectado como lúcidos programas de pensamiento transformador y acción eficaz y creadora en la población interesada en el sendero de su desarrollo, a tono con la cultura y la civilización. Figura cuestionada por las obras trascendentales que logró en su vasta Diócesis de Riobamba ha sido, por muchos años, la más admirada en el criterio de muchos obispos del Nuevo Mundo. Jorge Villacís Guiasi fue por mucho tiempo párroco en pueblos de Imbabura y Carchi, pero su ardua labor de apostolado le proporcionó un vasto campo de observación que lo captó en relatos de notable realismo, en sus cuentos y novelas de lenguaje coloquial como *Vanidad y resignación*.

Juan Viteri Durand es figura sobresaliente en las letras del país: poeta, novelista, didacta, ensayista, pensador, jurista de alto coturno, su producción señera ha sido justipreciada con destacada valoración. Su *Canto a Ibarra* fue galardonado (1956) por la lucidez estética con la que mira su lar nativo. Su docencia universitaria la auspició con libros como *Vocabulario filosófico*, *Filosofía griega presocrática*, *Lecciones de Filosofía general*, *Axiología de las profesiones* y otros libros y ensayos que están dispersos en periódicos y revistas. Como novelista: *Memorias de un empleado público*, *Tres veces Guzmán*, *Zarkistán*; este singular relato es pionero en la temática sobre la visita asombrosa de personajes extraterrestres. Ricardo Cornejo Rosales, jurisconsulto destacado, es un prestigioso docente universitario, poeta de medular inspiración, ensayista de los más sapientes en el campo de la sociología y la política, periodista de fuste e ideales renovadores. Infortunadamente sus libros son una joya bibliográfica que requieren nuevas ediciones, especialmente para los estudiantes y profesionales como *El cuerpo del delito*, *El condominio*, etc.

Alfredo Rodas Reyes es un magistral sonetista, prosista de nítida lucidez, condecorador insigne de la literatura francesa, cuya lengua dominaba. Sus antologías, ya agotadas, han merecido admiración continental. *Desolación*, *Iluminación*, *Diamantico*, le han valido el calificativo de ser el Amado Nervo del Ecuador por su fondo esencial y su armonía versal. Como analista de alta valía, sus estudios *Paul Claudel*, *Amiel de cuerpo entero*, *Críticos literarios* y muchos más han sido considerados como joyas en esa difícil disciplina de la justipreciación de la literatura nacional y francesa.

No es posible pasar por alto la presencia y la prestancia de dos pensadores de prestigio internacional. Su labor se sitúa en campos distintos del amplísimo ámbito de la filosofía: el marxismo y el tomismo. Aludimos al doctor Agustín Cueva y a fray Enrique Almeida, ambos conocidos y prestigiosos en sectores universitarios de la hegemonía de Marx y Tomás de Aquino, respectivamente. Por supuesto que sus aportes en ensayos, libros, conferencias, docencia son amplios y apreciados en el Ecuador y en Hispanoamérica; y, han logrado notable acogida por su contenido medular valioso y su transparente forma expositiva.

Por supuesto que las obras de Agustín Cueva han conseguido amplias ediciones y una gran acogida en ámbitos universitarios y de alta calidad intelectual de Hispanoamérica, porque su autor fue docente en la Universidad Central del Ecuador; en la Universidad de Concepción, en Chile; en la Universidad Autónoma de México; y, gracias a sus especializados conocimientos de los problemas sociales y de la literatura hispanoamericana, fue profesor invitado a dictar cursos y conferencias en universidades de Europa y del continente hispano. Entre las obras más valiosas, inquietantes y ricas de enfoques culturales, más difundidas, hay que señalar: *Entre la ira y la esperanza*, *El proceso de dominación política en el Ecuador*, *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, *Lecturas y rupturas*, *Las democracias restringidas en América Latina*.

Y el padre Enrique Almeida, O.P, ha merecido el renombre de ser el más destacado tomista del Ecuador y hasta de Hispanoamérica. Ostenta el título de Doctor en Filosofía y Teología, es miembro de la Pontificia Academia Romana Tomás de Aquino y fundador de la Sociedad Internacional Tomás de Aquino, Sección Ecuador y dinamiza las "Semanas Nacionales Tomistas". Ha publicado como una docena de libros, no solo en torno a su especialidad de tomista por predilección, sino también sobre asuntos históricos teológicos estéticos como: *El arte genial de Víctor Mideros* y *La trayectoria del insigne artista Fray Pedro Bedón*. Para los estudiosos de filosofía y teología de signo cristiano, los trabajos publicados por el padre Almeida constituyen una actualización de esas disciplinas de clásica trayectoria.

Federico Yépez Arboleda es un insigne humanista que conoce no solo a los clásicos griegos y latinos, sino a los más destacados autores de varios idiomas vigentes. Y ha contado y analizado a los más lúcidos maestros en libros como *La vida luminosa*. Y también ha exultado la her-

mosura de la tierra imbabureña. De César Dávila Torres y sus poemarios: *Poesía junta, Sangre gozosa*, enfatiza César Andrade y Cordero: "En la joven poesía ecuatoriana se ha presentado una figura de alto valor, de envergadura convincente, de personalidad densa, de jugos nutricios que llegan del alma". José Flores Recalde, hábil y castizo narrador, pionero en el enfoque de la vida militar, como en *Boinas rojas*, es periodista de fibra para esbozar los conflictos sociales tan frecuentes en el cotidiano devenir de la gente de clase media, que acude a las filas del ejército, escuela de disciplina.

Enrique Ayala Mora es la figura más conocida en el ambiente intelectual y político del país. Doctor en Ciencias de la Educación en la Universidad Católica del Ecuador, y doctor en Historia en la Universidad de Oxford (Inglaterra), es rector de la Universidad Andina Simón Bolívar, profesor de la Universidad Central del Ecuador. Ha participado en infinidad de cursos universitarios para enfocar historia de América y ha dictado conferencias sobre la problemática del devenir nacional y de hispanoamérica. Su producción literaria es vasta y de amplio contenido, por lo cual es un tanto difícil enumerarla. De los numerosos libros que ha escrito, con lúcido enfoque de actualidad innovadora: *Resumen de Historia del Ecuador* (No. 1 Biblioteca General de Cultura), *Movimientos sociales y movimientos universitarios en el Ecuador*, *Lucha política y origen de los partidos en Ecuador*, *Historia de la Revolución Liberal Ecuatoriana*, *Historia, compromiso y política*, *Ecuador Patria de todos*, *manual de Cívica* y muchos otros títulos, entre los cuales pueden mencionarse varios sobre temas imbabureños como: *Pensamiento político de Pedro Moncayo* e *Imbabura en el corazón*. Empero, su aporte más valioso y significativo ha sido la planificación y edición de la *Nueva Historia del Ecuador*, en quince volúmenes, obra considerada como la más amplia y actualizada. Claro que requeriría un largo ensayo enfocar el contenido, la metodología y la aceptación logradas por el académico doctor Enrique Ayala Mora, a lo largo de su consagración al cultivo de la Historia y la cultura del país y de Hispanoamérica.

Presencia femenina

No puede pasar desapercibida la producción literaria femenina del momento que constituye un aporte valioso, como el que ya anotamos, acerca de la pluma sabia y delicada de Guillermina García Ortiz. Son varias las mujeres ibarreñas que han publicado poemarios de



Guillermina García Ortiz

apreciable contenido lírico y narraciones sobre motivos turísticos folclóricos y costumbrísticos. Empero, en este muy sumario informe, solo vamos a aludir a la labor literaria de Piedad Gomezjurado, Ana Lia Bernal, Eulalia Almeida, Martha Victoria Larrea, Pola Cevallos, Mariana Guzmán Villena, cuya labor de incuestionables merecimientos se ha difundido en el ambiente, con general justipreciación.

La licenciada Piedad Gomezjurado, fundadora del Centro Femenino de Cultura, tiene poemas de motivos ciudadanos, infantiles, cuentos y escorzos biográficos bien logrados. Sin duda, Eulalia Almeida es la voz poética más armoniosa por su magistral dominio de la forma versal y su traslúcido enfoque de motivos estéticos. Ha publicado "Cristales", antología recibida con general aplauso, cual fruto selecto de inspiración. La doctora Martha Victoria Larrea ha publicado poemarios y libros didácticos, de fondo y forma lúcidos y muy valorados en el ambiente cultural y docente. La profesora Paola Cevallos ha mantenido una indeclinable labor periodística con múltiples motivos ambientales. Su novela *Gentes de esta tierra*, de enfoques costumbristas, ha sido muy conceptuada.

Autores actuales

En la actualidad se constata un cuadro muy afanoso en el cultivo del periodismo, el ensayo, el cuento, la tradición, la novela, que lo integran Juan Carlos Morales Mejía, José Albuja Chaves, Luis Fernando Revelo, Jorge Luis Narváez Torres, Huilo Ruales Hualca y otros jóvenes escritores que han logrado editar varios libros interesantes; singularmente, Morales Mejía que ha seleccionado *Mitologías de Imbabura*.

Sin poder dar una visión completa, se puede mencionar otros autores contemporáneos. Williams Castillo (Ibarra, 1954). Ha obtenido varios premios literarios, entre ellos el Primer Premio de Poesía Universidad Central del Ecuador. Tiene estudios de Psicología. Sus cuentos constan en antologías de autores nacionales. Autor de *Caravana del anonimato*, *El oculto erotismo de la tragedia*, *Pelotón bajo la luna*, *Capitula-*

ción sin testigos, entre otros. Su pasión por la narrativa y la poesía se consolidó en el taller literario Pablo Palacio. Nelson Villacís (Ibarra, 1969). Poeta y ensayista. Tiene publicado los siguientes libros: *Ungüentos para adelgazar una flor*, *Con más amor que ego* y *Eva, ebriedad y enigma*. Es director del colectivo "Página Cero". En sus recitales se fusiona la música, poesía, danza, pintura y fotografía. Por ello le apuesta al *body art*. Practica el esoterismo y la meditación. Es egresado de Comunicación Social de la Universidad Central del Ecuador. Pablo Yépez Maldonado (Ibarra, 1958). En los 80 participó en el Taller Literario Matapiojo. Actualmente es miembro del Consejo Editorial de la revista *Espacios*. Es autor de: *Con las manos en los bolsillos*, *Reconstrucción metálica*, *Tocas piano duende de la magia* y *La alcoba de los patojos*. Su obra ha sido reconocida a través de varios galardones a nivel nacional.

Ibarra, 2006

Literatura en Ibarra a inicios del siglo XXI

Juan Carlos Morales Mejía

Los que se fueron

Muchos de los escritores ibarreños, que pudieron formar una experiencia interesante en la urbe, se marcharon a Quito para volver esporádicamente. Uno de esos casos es el de Vicente Robalino (Ibarra, 1960). Estudios de Derecho en la Universidad Central de Quito, doctorado en Literatura en la Universidad Católica de Quito, maestría en Literatura Iberoamericana en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Fue integrante de los talleres literarios de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, coordinados por Miguel Donoso Pareja, en Quito, en los años 80. Ha publicado los poemarios: *Póngase de una vez en desacuerdo* (1990), *Sobre la hierba el día* (2001) y *Cuando el cuerpo se desprende del alba* (2006).

En sus poemas nos dice: "Sobre la hierba del día / un pájaro entona / la soledad de Dios: la altura. / En ese instante / el paisaje cae vertiginoso / hacia la nada". Su poesía, de profundas influencias poéticas mundiales, aún tiene entre sus objetos presentes esa mirada de la ciudad ausente. Por ejemplo, en un reciente recital en librería Rayuela, en Quito, evocó al río Tahuando, desde una mirada de niño.

Como pensador también de lo poético señala:

Si el acto creador es una lucha infernal entre el querer decir y lo dicho, la escritura como elección de vida es un espacio exento de restricciones y convenciones, donde solo se puede llegar a crear cuando convertimos al acto creador en una necesidad, en un alimento diario. Fuera de la escritura no hay más que vacío o una realidad que, por sí misma, es pobre; en ella el ser humano ha sido convertido en una cosa, en un objeto...

Otro de estos casos es el de Williams Castillo. En la década de los ochenta integró el taller de Literatura "Pablo Palacio" y el Consejo Editorial de su revista *Débora*; textos suyos se han publicado en *Letras del Ecuador* de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, institución en donde coordinó el taller de narrativa; y, actualmente, es director de *Cuadernos de la Casa* y la revista *Letras del Ecuador*. El poeta Raúl Arias destaca respecto a la cuentística de este autor: "(...) ha reunido con paciencia admirable los trozos de una conciencia social convulsa, ordenando una sucesión de historias donde la locura, los abismos, las obsesiones, el terror, reinan".

Entre sus obras están: cuento: *Caravana del anonimato* (Quito, 1988); *Pelotón bajo la luna*, Premio Municipalidad de Ibarra (Quito, 1990); *Autorretrato sin maquillaje*, III Premio, II Bienal de Cuento Ecuatoriano "Pablo Palacio" (Quito, 1993). Poesía: *El oculto erotismo de la tragedia*, Premio Universidad Central del Ecuador (Quito, 1989); *Capitulación sin testigos* (Quito, 1995).

Colectivos poéticos

Pero qué pasaba, mientras tanto, en la urbe que huele a cal blanca... Una ruptura importante en la literatura en Ibarra se produce con la irrupción de jóvenes, aparentemente desaliñados, en el colectivo *La Bodoquera*, en la década de los 80 del siglo pasado. Sus escritos -distribuidos en modesto papel de empaque con dibujos alucinantes- trataban de subvertir unos textos cansinos y, de cierta manera, oficiales que habían anclado a las letras ibarreñas más próximas al costumbrismo. Hay que destacar los nombres de Paúl Gutiérrez, lamentablemente fallecido prematuramente; Miguel Arcos, quien en la actualidad propone un arte contemporáneo desde Europa; Marco Terán, pintor; Pablo Vega, comprometido con la música del mundo; Jorge Luis Narváez, cineasta y escritor; Williams Castillo, vinculado con la cultura en Quito.

Estas vanguardias, así como sucedió en la pintura, cuestionaban el orden establecido y tenían profundas influencias de ese movimiento que habría de cambiar el mundo: el rock, que llegó con todo el embate del Mayo del 68 y las consignas de *Prohibido prohibir* o *La imaginación al poder*, pintadas en las paredes de París y que, como todo, llegó al país con algunas décadas de retraso. Ese fue el primer momento porque, más adelante, como se verá en los 90, los *graffitis* también irrumpieron en Ibarra, la ciudad de las paredes blancas.

Efectivamente, existió un importante movimiento que seguía la línea de eclosión de Quito donde, también por falta o pereza de las instituciones culturales de la época, la literatura salió a las calles. De esos años quedan en el imaginario *graffitis* memorables como: “Imbabura: la provincia de las lagunas mentales” o “En el país de los dormidos el que ronca es Presidente”, en alusión a toda la desestabilización institucional que padeció el país, teniendo siete presidentes en 10 años.

Pero no todos los escritores que se fueron a Quito se quedaron allá. Otros volvieron. Es el caso de Nelson Villacís (Ibarra 1968), al inicio un provocador irreverente y después, como él mismo se define, un místico. En 2001 nace el colectivo poético *Página cero*, por donde –a lo largo de nueve años intensos– pasaron por sus talleres, y los respectivos recitales, más de 50 poetas. El gestor Villacís, con poemarios como *Eva, ebriedad y enigma* o *Tartamundo*, logró dotar a la poesía ibarreña de otro sentido, lejos de los cenáculos que aupaban una poética más provinciana.

El sitio de encuentro fue el Café Arte cuyo propietario, Olmedo Moncayo, además de amante del jazz y él mismo pintor, contribuyó a que su espacio se convierta en una alternativa de lo contemporáneo, mientras las instituciones culturales, que en verdad debieron preocuparse por los jóvenes, se contentaron con levantar el polvo de la nostalgia.

De *Página cero*, al igual que el colectivo La Bodoquera, se destacaron varios integrantes: Gabriela Ponce, quien publicó varios poemarios y sigue activa en la escritura; Paúl Rey, quien eligió la danza contemporánea; Juan Pablo Varela, actualmente en las filas del sistema; Vanesa Mosquera o el infortunado Charly De Castro. Con lecturas, al inicio, de Baudelaire, Verlaine, Rimbaud, o Walt Whitman, el colectivo puso énfasis en la generación Beat, con lecturas de textos de Allen Ginsberg, Jack Kerouac o Gregory Corso. Para habla de Latinoamérica se eligieron textos de Mario Benedetti, Octavio Paz, Juan Carlos Onetti y Julio Cortázar.

Un personaje interesante de la literatura ibarreña es Jorge Luis Narváez Torres. Dice una reseña: “Es un escritor de arte, que hace periodismo literario y comulga con todas las expresiones culturales”. Ibarreño nacido en Quito, este escritor es un iconoclasta de la palabra y un activista de la literatura libre y absolutamente moderna. Es autor de tres libros: *Los tatuajes de Lola Kupenda* (1989), Centro de Ediciones Culturales de Imbabura; *Cantos egoístas y baladas brujas* (1997),

Casa de la Cultura Ecuatoriana; *La síntesis del espejismo* (2000), edición particular. Ha sido un importante gestor cultural, poniendo énfasis en las culturas urbanas de Ibarra, donde ha organizado encuentros literarios como la coordinación general del Encuentro Internacional de Escritores: 'Escribir en el fin del Milenio', Corporación Eskeletra, 1999. Es licenciado en Comunicación Social de la Escuela de Comunicación Social de la Universidad Técnica del Norte, y su pasión es el cine. De allí que fue el director del documental *Alpachaca: puente de tierra*, premio Augusto San Miguel, 2007, del Ministerio de Educación, en esta categoría. Como parte de los departamentos de Cultura o Comunicación del Municipio de Ibarra consiguió Primer Premio Nelson Estupiñán Bass, 2010, a las mejores prácticas institucionales en contra del racismo, organizado por el Ministerio Coordinador de Patrimonio de la Presidencia de la República del Ecuador.

El Huilo en Albura

Juan Rulfo tiene a Comala, donde los muertos caminan; Gabriel García Márquez, la vasta geografía de Macondo, donde Remedios La Bella asciende al cielo en cuerpo y alma; Juan Carlos Onetti erige a Santa María por medio de las palabras; Cortázar camina con la Maga mientras añora el Riachuelo. Huilo Ruales Hualca (Ibarra, 1947) transforma a la Ciudad Blanca en un espacio de seres espermáticos, verdaderos antihéroes, llamada Albura (la picaresca de lo blanco visto también como excluyente). Esa es una de sus claves. Lo hace desde un lenguaje de lo marginal, desde un humor corrosivo y poético, hasta configurar su propio universo literario y una voz de ingenio intransferible. No hay un diálogo callejero que no pueda ser parte de la literatura, nos recuerda Borges.

Conseguí vivienda. Es un cuarto en forma de revólver de madera. El cañón es la cocina. El gatillo en el baño. El resto es dormitorio-escritorio. Lo mejor es la ventana. Por allí entra y sale el sol. El ruido de los trenes que empiezan a ulular desde las tres de la mañana. Esta habitación se ubica en el primer piso de un edificio ocupado por ancianos y se encuentra en la orilla de la ciudad vieja. Para llegar a ella basta caminar diez minutos, cinco de ellos a través de un puente sobre el Canal del Midi. Me gusta este cuarto. Creo que es un buen lugar para matarme, -nos dice en su relato *La mudanza*-.

Sus frases son ráfagas descarnadas de una realidad de espanto. Eso parecería al inicio. Pero no. El autor pone al lector al filo de la navaja. La obra del Huilo, como hablamos los ibarreños, es a veces como un *grafiti*: una pedrada dada al descuido; otras ocasiones es como el final perfecto de un cuento ganado por *nocaut* que, como nos recuerda Julio Cortázar, deberían ser los cuentos, que a diferencia de la novela se gana por asaltos; pero también existen los relatos trepidantes donde el lector se queda sin aliento. Es una obra sin miramientos, como destruir los bustos de las estatuas a plena luz del día.

Por eso es irreverente, porque este escritor de aguda inteligencia crea sus personajes y situaciones desde una poética de lo marginal. Es decir, logra que la cotidianidad –las evocaciones de su infancia o su adolescencia trasfigurada por medio de la ficción– se vuelva su orbe.

Nos dice: “Los poetas son muertos antiguos que andan extraviados en este mundo” o “Conseguí vivienda. Es un cuarto en forma de revólver de madera”, más adelante señala: “Una vez que tuvo la certeza de lo inevitable de su muerte se mató”. Sus frases son ráfagas descarnadas de una realidad de espanto. Eso parecería al inicio. Pero no. El autor utiliza estos recursos para poner al lector al filo de la navaja. De eso también se trata la literatura, porque desde esta América morena le torcimos el cuello al cisne de engañoso plumaje, en referencia a esa literatura acartonada que se hacía y se hace en las tierras de donde vinieron las carabelas.

Desentraña a su tierra: “Érase una vez Ibarra, pequeña ciudad blanca como la ceguera, en la que el tiempo se movía lentamente y sin estridencias, algo así como si se viviera en puntillas para no despertar a Dios”. Esta nota a propósito de que está en prensa el libro *Lo que el viento se llevó*, por la generosidad del autor y el auspicio de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo de Imbabura. A veces, el hijo pródigo regresa a casa, donde camina la loca Lupe y el sonido de los tacos de la Paca Cucalón aún se escucha en las noches de luna. Como parte de su serie de escritores, la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo de Imbabura, publicó una antología de Ruales titulada *Lo que el polvo se llevó*.

La obra de Ruales abarca narrativa, poesía, teatro y crónica. En narrativa ha publicado: *Y todo este rollo también a mí me jode*, *Loca para loca la loca*, *Fetiché y Fantoche*, *Historias de la ciudad prohibida*, *Cuentos para niños perversos*, *Maldejojo*, *Esmog*. En poesía: *El ángel de la gasolina*, *Vivir mata* y *Pabellón B*. Tres de sus piezas han sido llevadas a escena: *Añicos*

(Ecuador); *El que sale al último que apague la luz* (Francia); *Satango* (Francia). Sus crónicas se publican regularmente en varias revistas. Ha obtenido varios premios nacionales e internacionales. La versión alemana de *Maldejojo* fue seleccionada por Literatureklub del año 2000 (Colección en lengua alemana de literatura No-Europea).

Morales, el escritor de lo fantástico¹

Juan Carlos Morales Mejía (Ibarra, 1967) realiza el proyecto *Mitologías de Ecuador*, que reúne investigación mitológica, desde la vertiente literaria, con más de 150 relatos investigados y escritos. Como parte de este proyecto, de editorial Pegasus, sobre mitos de Ecuador, ha publicado: *Mitologías de Imbabura*, *Leyendas de Ibarra*, *Los dioses mágicos del Amazonas (mitos shuar, cofanes, siona, quichuas, huahoranis)* y los cuadernillos de: *La caja ronca*, *El duende de Íntag*, *El duende de San Vicente* y el texto *El Gobierno de San Pedro y San Pablo*, traducido al inglés y francés, e ilustrado por José Villarreal Miranda. Merced a este trabajo, en 2013, fue designado como miembro de la Academia Nacional de Historia de Ecuador.

Es Magíster de Estudios Latinoamericanos, mención Cultura, por la Universidad Andina Simón Bolívar; tiene una especialización en Historia del Arte, periodista por la FACSOC, de la Universidad Central, fotógrafo por el Centro de Imagen de la Alianza Francesa y ha sido becario de la UNESCO. Además, tiene una especialización en Historia del Arte. Realizó un acercamiento a la vida del músico popular Segundo Rosero, con el libro *Cómo voy a olvidarte*. Es coguionista e idea original del film del mismo nombre que se rodó en septiembre de 2003 en Imbabura.

Efectuó una antología de literatura y fútbol en *Historia de pelotudos*. Escribió tres libros sobre historial local, para los 200 años del Reasentamiento de Riobamba, para Editorial Pedagógica Freire: *Riobamba: del Luterano al terremoto*; *Riobamba: la villa peregrina* y *Riobamba: antiguos oficios*. Es autor de *Fabulario del dragón*, libro de cuentos fantásticos, traducidos al inglés y francés, ilustrado por el artista Jorge Porras. Ha publicado *La campana en el espejo* (poesía) y el poemario *Arquero de Luna y Circus*. Editó el audiolibro *La marcha del ratón*, con ilustraciones de

¹ Esta parte del texto lo insertó el autor por petición insistente del editor de este volumen de la *Monografía de Ibarra* (Nota del editor).

Pablo Caviedes, y música del autor, sobre los derechos de los niños en época de migración.

Recorrió parte de América Latina para escribir el libro *Graffiti: en clave Azul*. Ha trabajado en los diarios *La Verdad*, de Ibarra, *Hoy* y *El Comercio*, de Quito durante diez años. Escribe crónicas de viajes para la revista *Ecuador infinito*. Como cantautor, ha musicalizado textos de Borges, Huidobro, Vallejo, Whitman, Dávila Andrade, Carrera Andrade, Preciado, Euler Granda, Loinaz, Benedetti, Cardenal. Participó, junto a la intérprete francesa Véronique Pestel, en el proyecto "Poeta: puente entre dos orillas", en una gira por Ecuador.

Sus libros más destacados son: *Fabulario del dragón*, literatura fantástica traducida al inglés y francés, publicado por Trama, y premio Latinoamericano, en Buenos Aires, Argentina; *Tierra de centauros*, publicado por la Casa de la Cultura Ecuatoriana, núcleos de Quito e Ibarra; y, la serie de poemarios: *El poeta y la luna*, *El poeta y el mar*, *El poeta y las islas*. Aquí un micropoema: "Un poeta / sueña en su amada / bajo la luna nómada / Ese instante es más eterno / que el resplandor de miles de espadas / en el campo de batalla".

Villarreal, el pintor y la palabra

Un caso excepcional en las letras de Ibarra es el emprendido, literalmente en solitario, por José Villarreal Miranda (Ibarra, 1957) quien es, a la vez, el pintor más destacado de su generación. Borges nos recordaba que, a veces, ante tanto vértigo, es preciso volver a los clásicos para, curiosamente, ser contemporáneos. Curiosa metáfora advertida por Villarreal, lector asiduo, de lo que conocemos como griegos, pero que son mucho más antiguos.

Brevemente hay que describir su pintura para entender sus textos: su temática aborda las seis o siete metáforas que rigen el mundo, pero con un lenguaje del siglo XXI, como el tema de Eros y Tánatos, que nos sugieren que las utopías nunca estarán completas sin interrogarnos sobre el destino humano. En una época de vértigo –con los preceptos de un anacoreta–, la innovación de Villarreal acaso sea interrogar a los clásicos, especialmente desde el esplendor del Renacimiento, para una búsqueda de devolverle al arte su perdida esencia, ante el encandilamiento de los propulsores del no-futuro y de la ilusión tecnológica, que hace creer que la manipulación es una certeza.

De allí que el pintor puede viajar y realizar contramarchas en sus búsquedas de un erotismo que linda con el esplendor de las cenizas, con temas universales que no se olvidan –como sus aves–, aletear en las antiguas simbologías, que lo han llevado incluso a dejar su virtuosismo en el dibujo. Son parte de la transfiguración de sus lecturas pero también de una postura de vida: la espera en solitario y el anonimato como una suerte de epifanía que confiere a su Gran Arte el espíritu de perdurable.

En su primer libro *Islas en la bruma*, producto de su madurez, realiza lo que se conoce como metaliteratura, es decir, tomar un texto y transfigurarlo. Obviamente, no se trata de un ejercicio simple sino que, más allá de problematizar la realidad hasta convertir al texto en una suerte de artefacto, nos devuelve el sentido de la ficción emparentado con el mito. Este arte secuencial, que apela también a lo visual, nos recuerda a ese interés de los escritores del siglo XVI, quienes hurgaron en los antiguos para renovar su época. No podemos, como occidentales que somos, descartar todo el peso que tuvo el esplendor de los clásicos griegos. Ulises sigue atrapado en las islas de las sirenas y Penélope continúa tramando su tela, donde aparece la batalla de Troya.

Precisamente en Troya o sueño en tres actos nos dice: “Entonces veo el perfil de las oscuras naves griegas que se pierden en el negro horizonte cuando dan vuelta por la esquina, también me aturden los aplausos del auditorio a los hipócritas e histriones más destacados de esta noche, a quienes premia entusiasta y laudatorio un hierofante antiguo y cansado. Hace frío. La madrugada viene lenta, será otra noche blanca. Querida, queda aún resolver el problema con los tigres”.

Acaso, para el lector que inicia, estos textos pueden resultar crípticos, pero están destinados a perdurar, porque no nacen de la improvisación, sino de maravillosas lecturas de esos clásicos que aún viven en nosotros.

Las nuevas voces

La poeta ecuatoriana radicada en México, Valeria Guzmán (Krasnodar, Rusia, 1988) es la figura más prominente de la nueva generación. Vivió su niñez y adolescencia en Ibarra y, apenas a los 15 años, se involucró en la sección de literatura del diario *La Verdad*, con especiales sobre Whitman o Huidobro. Mientras estudiaba en la Benemé-

rita Universidad Autónoma de México, en la Facultad de Filosofía y Letras, en el colegio de Lingüística y Literatura Hispánica, la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo Imbabura, tuvo el acierto de publicar su poemario.

Su tesis de pregrado se titula “Los animales en la tradición lexicográfica de la lengua española (del siglo XVII al XX)” y ahora cursa una maestría en Lingüística aplicada en la Universidad Autónoma de México, UNAM. Su primer poemario, *Efusiva penitente*, fue publicado por la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo Imbabura. Con un epígrafe de Hilda Hilst: “Fui monja / vestida de negro / en el laberinto azul”, esta obra nos lleva a la desmitificación de los cantos coloniales para adentrarse a lo erótico. “Misericordia, / Señor dador de gloria, apiádate de esta penitente / que yace a tu costado”, dice un verso. Otro exclama: “Ayuno / para comerte / en la vigilia”. “Es hora del ángelus / y solo sé rezar la encarnación / sobre tu cuerpo”, donde precisamente ahonda en el canon de la literatura religiosa, tan cara a Sor Juana Inés de la Cruz, pero para mostrarnos al cuerpo desde una visión transgresora. Ese éxtasis llega precisamente en la deconstrucción de lo religioso para volverlo profano, casi una herejía.

Por su parte, en *Constelada*, inicia con un epígrafe de Octavio Paz: “Hay instantes que estallan y son astros”. Esta poética, amparada en la física, nos devuelve la condición del Universo pero anclado en el individuo y su Eros: “¿Cuántas espirales han descrito / nuestros cuerpos / en la soledad de la noche?”.

En cambio, como las nuevas promesas se destaca María Alejandra Almeida Albuja (Ibarra, 1992). Ganó el XV Concurso Nacional de Literatura “Terminemos el Cuento” en el año 2010, convocado por la Unión Latina y la Embajada de España. El concurso consistía en que jóvenes de 14 a 18 años completaran con un final inédito el inicio del cuento *Cuando me gustaba el fútbol* del escritor ecuatoriano Raúl Pérez Torres. De los 409 trabajos presentados ese año, los jueces le otorgaron el primer lugar debido a “la originalidad, correcto uso del lenguaje, buena adjetivación, buen ritmo de la narración, un final original, lógico y desgarrador”. El premio del concurso consistió en un viaje cultural a Uruguay, con representantes de otros países de América Latina.

Artistas plásticos de imbabura a finales del siglo XX

Inés Flores

Introducción

El recorrido de esta publicación del arte imbabureño se enfoca en términos de la plástica, bajo el signo de la síntesis. Esto exigía una cuidadosa selección del amplio universo que constituye la producción pictórica de la provincia, obligándonos a reducir al extremo los nombres que podíamos incluir.

Las líneas trazadas no pretenden ser cronológicas, pero aspiran a ser sistemáticas, con particular atención al entorno de cada artista; a sus inquietudes en orden a la creatividad y a su percepción del arte actual en el país.

Con este trabajo se intenta, por tanto, aportar una visión global y coherente del arte imbabureño, incluyendo artistas que han surgido en las últimas décadas, con una obra que responde al necesario rigor crítico, en el marco del panorama de la pintura nacional.

Luis Aguirre Torres
Ibarra, 1958-2013

La figuración que practica Luis Aguirre, a partir de un renovado espíritu expresionista, que ahora se traduce como transvanguardia, posee una gran fuerza, basada en el color, y a veces en una línea demarcatoria de personajes y escenas de la vida diaria. Con el tiempo, Aguirre ha venido perfeccionando su oficio, pero sin apartarse de sus líneas matrices ni de su original temática.

Gilberto Almeida

San Antonio de Ibarra, 1928

Gilberto Almeida es un pintor sorprendente; cada una de sus obras causa esa sensación de asombro y admiración que provoca lo inesperado; porque él, como todo artista auténtico, siempre está aventurándose con nuevas propuestas. Pero lo que hace se halla dentro de un concepto muy propio del “americanismo” en la pintura, próximo a la filosofía del hombre nuevo. Experimentado en el oficio, ha usado todos los materiales conocidos y algunos tan insólitos como los clavos, texturas y collages, que han dado a su producción plástica un carácter absolutamente lúdico.

José Bastidas

Otavalo, 1960

Interesado en la figuración expresionista, José Bastidas se concentra en las formas humanas, alejándose del realismo, y resuelve su trabajo en espacios limitados donde apenas cabe la enorme dosis de ironía que pone en sus obras. Tanto las figuras como las acciones están cargadas de energía, al punto que sorprenden por las atrevidas soluciones adoptadas frente a los problemas plásticos que el artista se plantea. Los cuadros de Bastidas, bañados de una luz irreal, apelan tanto a la inteligencia como a la sensibilidad del espectador, ya que muestran el mundo secreto que existe tras esas formas y colores.

Gustavo Cáceres

Ibarra, 1947

Toda imagen es, en el fondo, una lucha contra el azar y un resumen simbólico del concepto que Gustavo Cáceres tiene del mundo ilimitado de la selva, con su magia natural, sus leyendas y mitos. Sus temas pintados se insertan en un escenario resuelto en atmósferas irreales que responden a un imaginario en el cual juegan, de manera sutil, la composición, el ritmo creativo y la existencia misma de los seres que la habitan. Cada obra la recrea con placer, la dibuja con cuidadosa prolijidad, en versiones que se acercan al misterio.

Carmen Cadena

Atuntaqui, 1950

Carmen Cadena resuelve la escultura como descripción y representación, con imágenes acentuadas de incomparable percepción técnica. Los relieves, con protuberancias y huecos, dan vida a la superficie y a las figuras refinadamente ejecutadas. Cada tema es tratado como un acto formador, con un realismo y una nobleza incomparables, constituyéndose en arte independiente con leyes propias.

Sus personajes, fielmente adheridos al placer estético, están totalmente colmados de humanidad. El placer táctil por la forma, le lleva al gusto sensorial por la materia, transformándola en signo elocuente de algo global y totalizador.

Este monumental conjunto alcanza un intenso sentimiento cívico por la fuerza de significación hondamente patriótica. Su callada permanencia le acerca a las formas clásicas que, combinadas con las modernas, dan lugar a un arte heroico y severo, alejado de toda concesión.

Jaime Calderón

San Blas, Imbabura, 1961

Quizá Jaime Calderón es el único artista en el país que se ha dedicado al desnudo femenino como tema exclusivo de su quehacer. El encanto de las formas de la mujer lo sedujo desde sus épocas de estudiante, y a partir de entonces ha trabajado con distintas modelos series diversas cuya excelencia ha sido observada por la crítica. Él reconoce la deuda que tiene con Schiele y con Klimt, esos grandes maestros del género, y añade que no ha encontrado en ningún otro tema tanta armonía y tanta expresión como en el cuerpo de la mujer. "Por eso -dice- por medio de él puedo expresar la soledad, la nostalgia, la esperanza o cualquier otro sentimiento; o, simplemente, ejercer con amor, con pasión y a veces con rabia, cuando las cosas no salen como uno quisiera, el oficio para el que vivo".

Carlos Castillo

Ibarra, 1956

Castillo es el protagonista de sus telas, al ser él mismo quien se ubica en ellas con su poder vivencial y emotivo. Sus deseos, al reflejar lo interior más que lo exterior, son tratados simbólicamente y transforma-

dos en imágenes que unen lo imaginario a lo real. Castillo logra reunir en un momento dado lo narrativo de su ficción, el mito, la tragedia, con lo figurativo de la imagen. Esta figuración, sin embargo, es una nueva *figuración*, lo contrario del realismo tradicional, porque el artista hace suya la figura para luego transformarla y abstraerla a su gusto.

Pablo Caviedes

Cotacachi, 1971

En sus máscaras y esculturas, realizadas con hueso, concha y resina modelada, y con las que crea un fantástico repertorio de sus seres extraños, Caviedes hace un sorprendente derroche de imaginación. Los trabajos de pintura sobre cartón ofrecen la posibilidad de apreciar sus cualidades artísticas. Un excelente dibujo y una correcta composición están acompañadas de una acertada técnica que prefiere los grises, negros y pardos. Las obras de Caviedes, más allá de las múltiples sensaciones que provocan, muestran ejemplarmente el momento en el que la artesanía y la obra de arte son una unidad.

Rafael Díaz

Urcuquí, 1958

El sentido plástico de Rafael Díaz le lleva a trabajar a base de una gran dinámica de descubrimientos y significaciones, que se van concentrando en una representación original de crítica social penetrante. Es un ir más allá de lo burlesco, desplazando lo lúdico sin borrarlo. El pintor penetra por esa vía en la realidad humana, para tocar el espectáculo ligado a las complejas situaciones de su medio. Con destreza de virtuoso dibujante genera atmósferas significantes, escenarios con criaturas cuyo gesto o pose desnudan el contenido emocional del tema.

Whitman Gualsaqui

Otavalo, 1960

Gualsaqui siempre se interesó en pintar la figura humana. En sus inicios se identificó con el expresionismo abstracto, para más adelante entrar en el color, intenso, reflejo de su vida familiar y de su entorno geográfico. La cultura y las tradiciones de Imbabura son otra marcada influencia en su obra. Al insertarse con las vivencias lugareñas nacen los rostros de niñas y adolescentes resueltos con un dibujo singular. Extraídos de las fiestas populares y de la memoria del pintor como

renacimiento de tiempos antiguos, sus flores, aves, frutas se repiten arrancadas del pasado para proyectarse al futuro. Su talento, sencillez y honestidad lo definen como un artista respetuoso del quehacer pictórico de los de su generación.

Nicolás Herrera

Los Andes, Carchi, 1961

Herrera es un artista que está en constante investigación y evolución. Sus colores y formas expresionistas se mueven entre el simbolismo y el arte no figurativo; en su obra, la cromática y el manejo de la luz son los factores principales. Su temática podría dividirse en varios apartados o series. En primer lugar, destaca su acercamiento a la zoología; en segundo lugar, la cuestión ecológica; y, en tercer lugar, los torsos humanos y naturalezas muertas, siempre desde una perspectiva simbolista. Sus lienzos, con una gran carga onírica, reclaman autonomía frente al aspecto que ofrece la realidad.

Salomé Lalama

Ibarra, 1955

La creatividad de Salomé Lalama está determinada por la trascendencia de su acción pictórica. La innovación artística contemporánea es su constante preocupación, que la ha llevado a concordar su propio estilo con los nuevos conceptos estéticos.

El dibujo, la composición y la riqueza de su paleta realzan la atinada concepción de su obra. Su diálogo cromático juega dinámicamente con la gestualidad matérica, atravesado por una poderosa corriente espiritual que anima el impulso imaginativo de la artista.

Ruby Larrea

Ibarra, 1945

El encanto de la obra de Ruby Larrea se halla en la sutileza de su pintura, como se aprecia sobre todo en las figuras femeninas que pueblan su imaginario, tratadas tan delicadamente que a veces lucen tenues sobre el soporte y que siempre, o casi siempre, contienen detalles preciosistas a modo de volutas o arabescos.

Artista también dedicada a la docencia, presenta varias temáticas en sus obras, desde los paisajes urbanos de Quito hasta la figura hu-

mana, especialmente en rostros más o menos coloreados, donde la artista proyecta el espacio mental de la sociedad; pero, no son retratos, son más bien rostros imaginarios que forman parte de un gran proyecto titulado *Los mil rostros de Eva*: una ilimitada exploración de los rasgos faciales femeninos, de ese infinitamente cambiante paisaje del rostro humano donde se pueden leer todos los sentimientos, todas las emociones, todas las pasiones.

Jorge Ortega
El Ángel, Carchi, 1953
Ibarra 2010

Escultor y ceramista, Jorge Ortega es un original intérprete de las formas que ofrece su entorno. Con un repertorio que enfatiza en las máscaras la tradición autóctona, en la figura humana y en lo fálico, ha desarrollado una técnica que le permite servirse de los más diversos materiales, con los cuales experimenta para conseguir diversos efectos. Una galería de seres imaginarios puebla el espacio de su propuesta estética; muchos responden a un afán de ordenamiento simbólico, como un universo fantástico construido a base de la asimilación y recreación del bestiario rescatado de la memoria ancestral.

Germán Pavón
Otavalo, 1933-Quito, 2000

La fórmula de la pintura de Pavón tiene que ver con las calidades formales superrealistas y la estilización geometrizable, con raíces indias y mestizas, y en una línea de búsqueda de lo mágico. En posesión de manera tan rica, como fastuosa, realiza obras espléndidas. Pavón se dejó tentar también por el paisaje y el folclor. Multiplicó los "Quitos" de estilización fuerte, casi dramática, aunque otros fueron estereotipados. Captó motivos folclóricos de una manera menor, demasiado cercana a la ilustración. La nota dominante de su última etapa fue un paisaje de técnica tradicional, con dejos clásicos, al que la presencia humana da lucimiento, porque luce sus innegables facultades de dibujante y colorista.

Jorge Perugachy

Otavalo, 1954

La pintura de Perugachy es una pintura muy personal cuya evolución, al margen de las tendencias de uso, responde a su propia lógica. Una lógica que, a su vez, tiene que ver con un proceso coherente en el curso del cual están los temas de siempre: el paisaje, el retrato, el bodegón, el desnudo, que dan paso a sus mujeres andinas, mujeres de la noche, a sus vírgenes, a sus ángeles. Al artista le preocupa lo matérico, por su relación con la madre tierra, de ahí sus texturas tan características. El resultado es una obra consistente, de gran impacto visual.

Jorge Porras

Cotacachi, 1968

Lo de este artista es ir más allá de lo real, por medio de una transposición cifrada en extraños signos, junto a imágenes que desarrollan en la tela un andamiaje de vidas fantásticas. Esa imaginación desbordante está respaldada por un gran virtuosismo en el oficio. Y no se trata de fijar simplemente los rasgos de un personaje en particular, sino de transmitir mediante esos rasgos un sentido, de sugerir una historia cargada de significados. O quizá nos hacen intuir un reino inexplorado que, en sus formas barrocas, entre la luz y la sombra, guarda los secretos de la materia. Son contenidos de ficción que aluden con frecuencia a lo andino.

Edgar Reascos

Ibarra, 1943

Los cuadros de Reascos son una exaltación lúdica e imaginativa de una temática en la que predominan los rostros humanos, engalanados generalmente con penachos, marcados por los signos del mestizaje regional, y rodeados de cierta aureola mágica y poética. En espacios bañados por una luz dosificada, con cuidado aparecen sus personajes que pueden remitirnos a las tradiciones y mitos aborígenes, libremente interpretados por el artista y cuyo tratamiento plástico nos remite al barroco. El dibujo de Reascos es preciosista y su paleta muy personal, viva y de colores brillantes.

Rosy Revelo

Ibarra, 1965

En las primeras muestras pictóricas de Rosy Revelo se apreciaba el ímpetu que arrebató a la juventud por autoafirmarse, por revelarse distinta y dispuesta a enfrentar no con una sino con varios argumentos el desafío de la Creación. En la tentación de la materia pictórica incurrió la artista y lo hacía con soltura, casi con desenfado, aun a costa de dejarse atrapar por la novedad de las texturas. Más segura de sí, ahora ha encontrado en la simbología cósmica el venero inextinguible de sus composiciones que no omiten signos vernáculos y encuentran en los rojos cálidos un hogar siempre encendido. En su trabajo muestra una personalidad inconfundible, que se manifiesta en ciertos toques reveladores de una singular sabiduría técnica y en un afortunado sentido del color; tanto como en el sólido equilibrio de sus composiciones, cuyo contenido nos remite a sus vivencias personales.

Fernando Torres

San Pablo, Imbabura, 1952

Para Fernando Torres, la pintura es un medio insustituible para encontrarse a sí mismo. Desde el fondo del espacio de cada obra emergen las implicaciones mágicas de las formas cargadas de luz y de color, en las que se puede adivinar un sustrato indígena. No hay complacencia ni concesión alguna en sus manchas abstractas, de expresivos contrastes cromáticos, que identifican al estilo del pintor; así como su tratamiento de la materia y el inteligente desarrollo del discurso plástico.

José Villarreal

Ibarra, 1957

Muchas de las estilizadas figuras de José Villarreal, en la dirección neoexpresionista, responden a un afán de ordenamiento simbólico dentro del imaginario universo construido con el método de recreación de imágenes. Estos deforman la figura humana para darle cierta expresividad, bajo la influencia del maestro mejicano José Luis Cuevas. Sus temas, desarrollados en series grotescas de "gran agresividad volumétrica", están resueltos con fuerte cromática contrastada y acoplada a su paleta cargada de ironía. Una galería de seres irreales puebla el espacio de sus propuestas estéticas; son animales fantásticos y

divinidades que se dejan adoptar por el artista, intensificando los valores visuales de cada composición.

Karlomán Villota

Mira, Carchi, 1970

Dibujo enérgico y brutal, escenas caóticas, colores violentos: estamos ante el arte de Karlomán Villota. Sus retratos molestan indudablemente; cuentan historias que conocemos muy bien, puesto que son las nuestras. Hay en su trabajo una gran unidad que, paradójicamente, pasa por algunas diversidades. La unidad es el rigor del dibujo, el impacto del color, la permanencia de la emoción, la excitación, las lágrimas, la ira, la indignación, el placer. Karlomán se arriesga a sorprender, a molestar. Su obra es profundamente humana; apela al cerebro como a los sentidos. Por eso es universal.

Luis Vinueza

Cotacachi, 1971

La obra de Luis Vinueza, cuya técnica revela un enorme empeño del perfeccionamiento, penetra de lleno en un terreno difícil que no admite concesiones. Es la traducción de ciertos hechos de todos los días, llevados al lenguaje artístico con una visión formal y grave. Producto de una verdad interior, el trabajo de este artista nos comunica nada menos que el brutal secreto de lo cotidiano. Vinueza refleja la realidad del pueblo en términos de un costumbrismo alejado del tratamiento anecdótico y de las maneras fáciles y visualmente atractivas. Por eso, y por el nuevo contenido de conciencia y sensibilidad que asume, es frecuente en su obra la descomposición de las imágenes para incrementar la fuerza de su propuesta plástica.

30 de julio de 2014



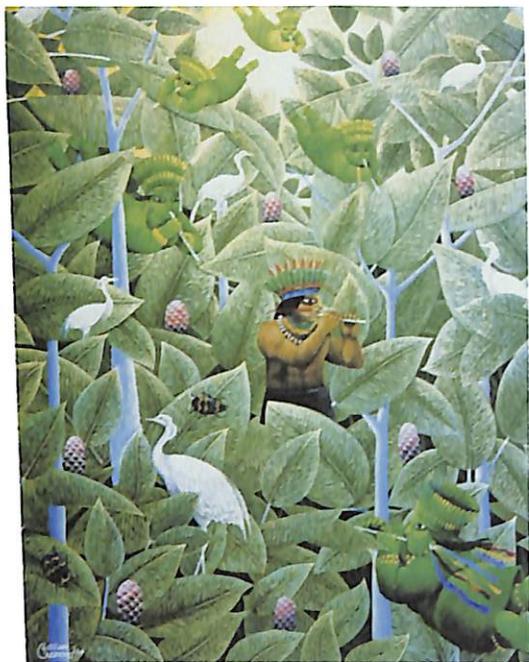
Gallo madrugador.
Gilberto Almeida, 1993.



Jungla. Luis Aguirre, 1999.



Pareja. José Bastidas, 2005.



Espíritu de la música. Gustavo Cáceres.



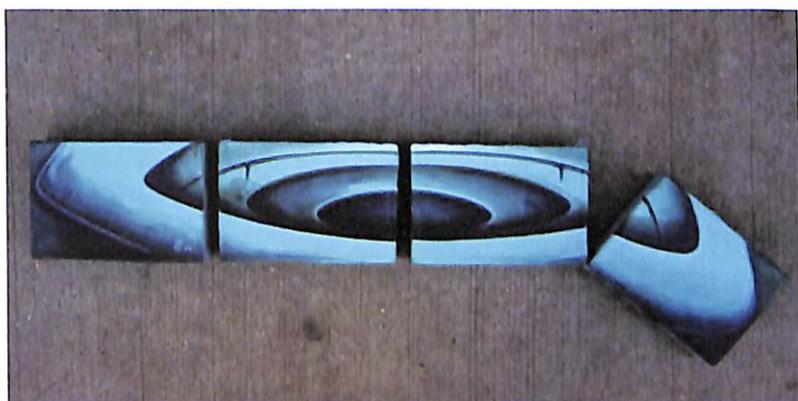
Ella y el Imbabura. Jaime Calderón, 2006.



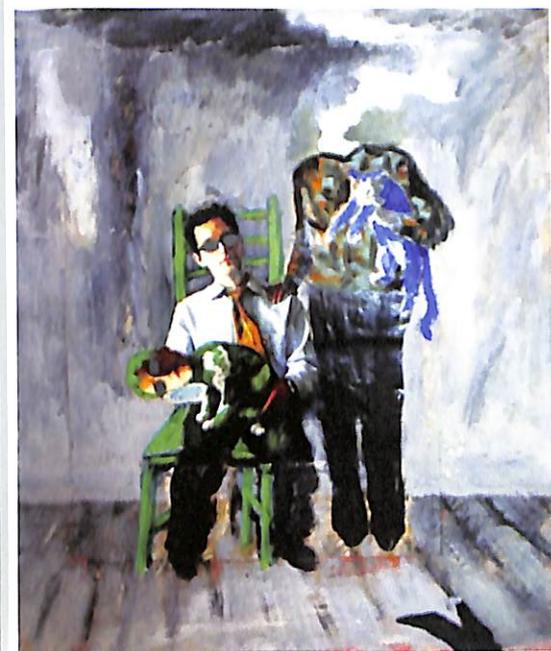
Manuela. Carmen Cadena, 2006.



El coronel y sus ninfas.
Carlos Castillo, 2005.



Color de los sueños. Pablo Caviedes,
2006.



Gato azul, gato verde. Rafael Díaz, 2006



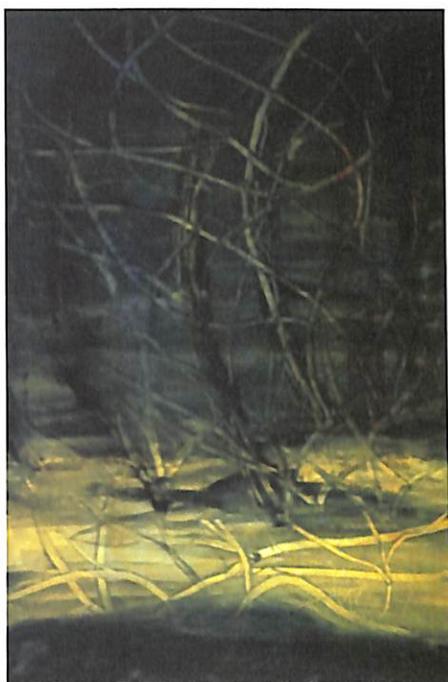
Serie color y ternura. Whitman Gualsaqui 2009.



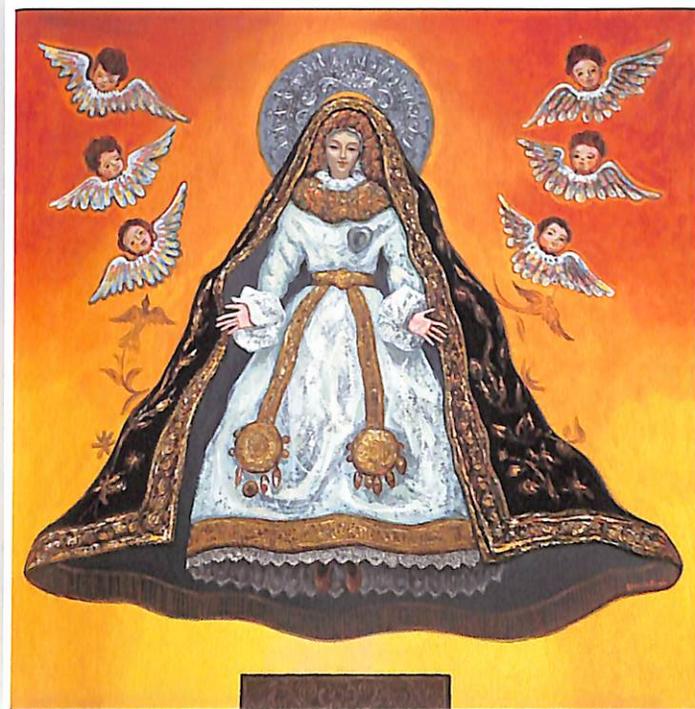
Ruego a Dios. Nicolás Herrera, 2003.



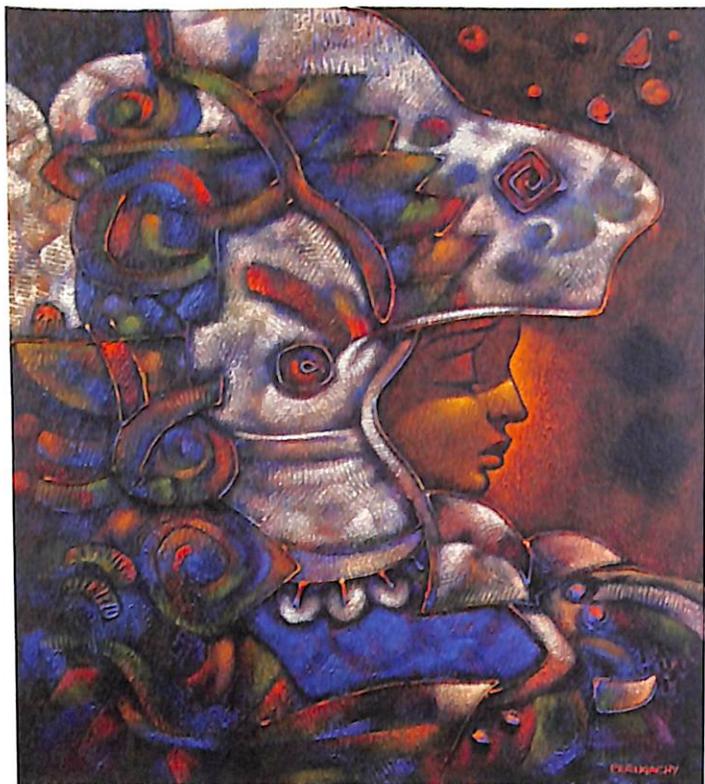
La carta. Salomé Lalama, 2006.



Vegetación submarina. Ruby Larrea, 1988.



La Dolorosa de la Asunción.
Germán Pavón, 2000.



Virgen del Sol. Jorge Perugachi,
2001.



Rostro. Edgar Reascos, 1996.



Arquero de fortuna. Jorge Porras, 2005

Jorge Ortega.



Orígenes. Rosy Revelo, 2003.

Colores santos. Fernando Torres, 2006.



Árbol con sandías.
José Villarreal, 2006.



Codificación O.
Karlomán Villota, 1998.



Cangahua, carbón + hombre.
Luis Vinuesa, 2006.

Historia de Imbabura en el último período

Una perspectiva general

Enrique Ayala Mora

Este trabajo

Escribir historia de los años recientes no es tarea fácil. Tenemos los hechos a la mano, pero carecemos de la perspectiva para verlos y juzgarlos. Muchas veces, inclusive, somos sus protagonistas y tenemos una visión de actores. Sin embargo, no podemos dejar de considerar los procesos inmediatos en que estamos envueltos para consolidar nuestra identidad, para entendernos mejor, para mirar con mayor optimismo al futuro. Por ello, estas páginas están dedicadas a esbozar una visión de Imbabura en las pasadas décadas. Por fuerza, este ensayo es general, ofrece un panorama de conjunto. Privilegia grandes actores y tendencias en pocas páginas. Tiene un limitado número de notas, citas y apenas unas pocas cifras, datos y nombres propios. Ante todo es una invitación al debate y a la investigación ulterior.¹

Este trabajo abarca el período que se inició en los años sesenta y llega hasta nuestros días. Como en América Latina y el mundo, en nuestro país y en Imbabura, en la década de los sesenta comenzó un nuevo período histórico. Con la crisis de la exportación bananera de 1960, se aceleró el agotamiento del modelo económico asentado sobre exportaciones de productos primarios agrícolas. En la búsqueda de un nuevo modelo, se planteó en el país un esfuerzo industrializador y se

1 Este ensayo, que consiste en una visión general de Imbabura en los últimos años, ha sido preparado expresamente para la "Monografía de Ibarra", a petición de Roberto Morales y Fausto Yépez, a quienes agradezco su confianza. Dada su naturaleza, no puede sino ser una perspectiva rápida y de conjunto que solo podría ser profundizada por trabajos específicos, que no se pueden realizar ahora, fundamentalmente por carencia de materiales sistematizados. Pongo de manifiesto desde el principio a los lectores sobre esta limitación advertida de este trabajo.

profundizó un proceso de modernización que tuvo consecuencias en muchos campos. Pocos años después, a inicios de la década de los setenta, Ecuador se transformó en exportador de petróleo.

Dotado de grandes recursos, el Estado se robusteció, incursionando en la producción y comercialización; los grupos sociales se reubicaron; el panorama político se renovó, y la sociedad cambió aceleradamente. Pero a inicios de la década de los ochenta se dio una nueva recesión económica, que trajo consigo el agotamiento del reformismo y el triunfo de la derecha. Los años finales del siglo XX fueron de crisis, con un creciente predominio del capitalismo y la agudización del empobrecimiento y la dependencia. Solo en los últimos tiempos estamos saliendo del predominio neoliberal y buscando nuevos caminos.

En este marco de agitación y cambios, la sociedad ecuatoriana y dentro de ella la sociedad imbabureña se han transformado notoriamente en las últimas décadas. Se han dado grandes transformaciones económicas, sociales y culturales. El panorama político ha cambiado y se ha ido definiendo un nuevo proyecto nacional que se asienta en la diversidad del país. La irrupción de la tecnología nos ha cambiado la vida, como al resto del mundo. Somos conscientes de que vivimos un cambio civilizatorio.

La modernización y la globalización son fenómenos que afectan a la sociedad mundial, pero sus efectos no son homogéneos. Realidades de acentuada diversidad geográfica y étnica, como la de nuestra provincia, tienden a ser influenciadas con mayor fuerza. Por ello, este ensayo va a estudiar fundamentalmente los cambios, las rupturas que se han dado en el medio nacional y regional, al mismo tiempo que pretende aportar a un gran esfuerzo intercultural.

Población y territorio

En 1957 se inauguró el Ferrocarril Ibarra-San Lorenzo. Un proyecto que por muchos años había sido considerado como la salvación económica de Ibarra y su comarca al fin se había cristalizado. Pero sus efectos no fueron, ni de lejos, los que se esperaba. La colonización de las tierras aledañas al río Mira fue muy escasa, la posibilidad de desarrollar el puerto de San Lorenzo fue bloqueada por fuertes intereses guayaquileños y por limitaciones geográficas. El esperado renacimiento económico no vino. Las líneas de desarrollo de la provincia

y su capital tuvieron que reorientarse hacia el turismo, el comercio y los servicios. Se inició de esta manera un nuevo período en la historia imbabureña, que comenzó con la búsqueda de una nueva idea-fuerza que aglutinaría a la sociedad con un objetivo común.

A inicios de los sesenta, la población de Imbabura era de 174.039 personas. De ellas, según el Censo de 1962, una minoría, 47.538 habitantes eran urbanos, y 126.501 eran rurales.² En cuarenta años, la situación había cambiado notoriamente. Según el Censo de 2001, el total de habitantes era 344.044, de los cuales 172.214 eran urbanos, y 171.830 rurales.³ La población total se había duplicado en cuatro décadas, y de un predominio rural, se había pasado a una creciente mayoría urbana. Aunque en una proporción algo menor, las tendencias provinciales siguieron las del país. Para 1962 la población total del Ecuador era 4.476.007, de los cuales 1.612.346 eran urbanos y 2.863.661 rurales. En 2001 llegó a 12.156.608, con 7.431.355 urbanos, y 4.725.253 rurales.⁴ En las últimas décadas, la tasa de crecimiento poblacional del Ecuador ha sido de las más altas de América Latina. Pero se ha dado en ritmos regionales distintos. El más bajo ha sido en la Sierra; en la Costa ha sido mayor, y el de la región amazónica ha sido notable, dentro de sus proporciones. Imbabura es una de las de mayor crecimiento en el Callejón Interandino, en buena parte porque ha recibido migración interna del Carchi y del norte de Esmeraldas. También ha llegado migración externa, fundamentalmente de la vecina Colombia, (el cuadro A contiene los datos poblacionales por cantones de la provincia de Imbabura, según el censo de 2001).

El proceso de acelerada urbanización del país en los últimos años se manifestó con fuerza en Imbabura. Sus seis ciudades cabeceras cantorales han crecido muy significativamente. Ibarra, por ejemplo, en 1959 tenía 19.110 habitantes.⁵ A inicios del siglo XXI llegó a tener 108.535.⁶ Todo ello ha traído necesidades de desarrollo de infraestruc-

2 Cfr. Enrique Ayala Mora, *Resumen de Historia del Ecuador*. Anexos: Población total, urbana y rural del Ecuador, según regiones y provincias, Quito, Corporación Editora Nacional, 2007, pp. 133-135.

3 Instituto Nacional de Estadística y Censos, INEC, Datos del Censo Nacional 2001.

4 Enrique Ayala Mora, *Resumen de Historia del Ecuador*, anexos, pp. 133-135.

5 Hugo Larrea Andrade, *Monografía sintética del cantón Ibarra*, Ibarra, Editorial La Victoria, 1961, p. 29; INEC, Censo de 2001.

6 El dato está tomado del Censo de 2001 (INEC). Los datos de la población de las demás ciudades de la provincia constan en el cuadro A.

Cuadro A
POBLACIÓN DE LA PROVINCIA DE IMBABURA, 2001

	Provincia Imbabura	Ibarra	Antonio Ante	Cotacachi	Otavalo	Pimampiro	Urcuquí							
Población total	344.004	153.256	36.053	37.215	90.188	12.951	14.381							
Porcentaje cantonal	100,0	44,5	10,5	10,8	26,2	3,8	4,2							
Sexo	344.044	100,0	153.256	100,0	36.053	100,0	37.215	100,0	90.188	100,0	12.951	100,0	14.381	100,0
Hombres	167.818	48,8	74.469	48,6	17.473	48,5	18.773	50,4	43.368	48,1	6.494	50,1	7.241	50,4
Mujeres	176.226	51,2	78.787	51,4	18.580	51,5	18.442	49,6	46.820	51,9	6.457	49,9	7.140	49,6
Grandes grupos de edad	344.044	100,0	153.256	100,0	36.053	100,0	37.215	100,0	90.188	100,0	12.951	100,0	14.381	100,0
Menos de 15 años	119.633	34,8	49.491	32,3	11.748	32,6	14.898	40,0	33.584	37,2	4.662	36,0	5.250	36,5
15 a 24	64.506	18,7	29.380	19,2	6.868	19,0	6.234	16,8	17.251	19,1	2.115	16,3	2.649	18,4
25 a 64	133.182	38,7	62.895	41,0	14.195	39,4	13.095	35,2	33.049	36,6	4.852	37,5	5.096	35,4
65 años y más	26.723	7,8	11.490	7,5	3.242	9,0	2.979	8,0	6.304	7,0	1.322	10,2	1.386	9,6
Áreas geográficas	344.044	100,0	153.256	100,0	36.053	100,0	37.215	100,0	90.188	100,0	12.951	100,0	14.381	100,0
Área urbana	172.214	50,1	108.535	70,8	17.775	49,3	7.489	20,1	30.965	34,3	4.654	35,9	2.796	19,4
Área rural	171.830	49,9	44.721	29,2	18.278	50,7	29.726	79,9	59.223	65,7	8.297	64,1	11.585	80,6

Fuente: INEC, Censo 2001.

tura vial y de servicios, que siempre han quedado por debajo de la demanda y se han distribuido en forma inequitativa.

Imbabura es la provincia de mayor diversidad étnica del Ecuador. Alberga desde hace siglos una activa población indígena, que en muchos sentidos es un símbolo local. La mayoría de sus habitantes es mestiza. Aquí el mestizaje es vigoroso y se expresa en poblaciones urbanas y rurales con una fuerte identidad. Los negros de Imbabura son el eje originario de la población afroecuatoriana de la Sierra y constituyen un grupo muy representativo, no solo por su número, sino también por su presencia social. Hay en la provincia, además, pobladores que se autodenominan “blancos”, y descendientes de inmigrantes árabes y europeos, así como una fuerte migración de colombianos, que representa una continuidad de una vida fronteriza con siglos de intercambio. Según el Censo de 2001, los indígenas de Imbabura son 86.986, mestizos 222.446, negros 10.993, mulatos 5.499, “blancos” 17.828 y “otros” 2.902.⁷ Las cifras de indígenas y negros podrían ser menores que en la realidad, pero el censo dio una visión bastante clara de la gran diversidad de nuestro pueblo.

Desde que se creó la actual provincia del Carchi en 1880, segregándola de Imbabura, su territorio quedó establecido, según lo vemos en los mapas. Pero hay una disputa con Esmeraldas en el extremo occidental, en la zona denominada “Las golondrinas”. Por lo demás, durante años hubo amplios espacios que tenían muy baja ocupación po-

Mapa político de la provincia de Imbabura, con la zona por delimitar en las márgenes del río Guayllabamba.



blacional. Han sido precisamente en las cuatro últimas décadas del siglo XX cuando esas tierras han recibido fuertes oleadas de colonos y se han saturado como destino migratorio. Tal ha sido el caso de la zona de Intag, del cañón del río Mira, y de algunos lugares del Oriente de la provincia. Esa penetración poblacional ha estado acompañada de la construcción de varias vías de comunicación que atraviesan horizontalmente la provincia. Junto a ese desarrollo de la infraestructura, desde luego, se dio una modernización de las vías de comunicación interprovincial y cantonal, especialmente de la carretera Panamericana. El soñado ferrocarril, por su parte, ha tenido menos suerte. Con el tiempo se han ido levantando las vías y hoy el servicio es casi inexistente.

La economía

En el Ecuador, los años sesenta se iniciaron con una crisis que se venía gestando con la caída de las exportaciones y los precios del bano. Los precios de los artículos, sobre todo los de primera necesidad, que se habían mantenido estables por una década, se dispararon; la agitación y la protesta arreciaron. No era una situación pasajera sino un colapso del modelo primario agroexportador, el agotamiento de las estructuras tradicionales y el inicio de un conflictivo proceso de modernización y cambios de corte reformista. Un esfuerzo de modernización y racionalización, acompañado de los consiguientes conflictos y tensiones sociales, fue la forma concreta que asumió este proceso en el que se produjeron significativas variaciones en la ubicación y rela-

ciones de los grupos sociales, al mismo tiempo que se acentuaba la dependencia del país respecto del sistema mundial.⁸

En la provincia de Imbabura, donde se habían mantenido vigentes las estructuras agrarias tradicionales, el impacto de la crisis y la modernización fueron significativos. Luego de la emisión en 1964 de la Ley de Reforma Agraria se afectaron varios predios, entre los que deben contarse algunos que pertenecieron a la Iglesia católica, y se vendieron y parcelaron varias haciendas tradicionales. Por la ley, se suprimieron las relaciones precapitalistas, el huasipungo y las formas precarias; se impuso la entrega de tierras a los antiguos "huasipungueños" y se promovió el desarrollo de empresas modernas.⁹ Los cambios fueron impulsados por una contradictoria suerte de causas; el interés de sectores terratenientes por modernizarse, la lucha campesina por reforma agraria y el impulso de las políticas del Estado por ampliar el mercado interno, elevar la productividad y la absorción de tecnología.

Aunque no hay datos pormenorizados por provincia disponibles, puede estimarse que en Imbabura, como en el país, menos del 10% de la tierra productiva se entregó a los campesinos, casi siempre desplazados a zonas de escasa productividad. Con la ley desaparecieron los tradicionales latifundios, pero la tierra siguió concentrada y se agudizó la existencia del minifundio. Sin embargo, la Reforma Agraria dinamizó el mercado de tierras. Por temor a la expropiación, por ausentismo o por escasez de mano de obra, una buena proporción de la tierra cambió de manos y se modernizaron algunas unidades productivas.

En la segunda mitad del siglo XX Imbabura siguió siendo una provincia predominantemente agrícola. Se continuó produciendo granos, especialmente maíz. La caña de azúcar se mantuvo como un cultivo de tierras calientes como Chota e Intag. Otros cultivos de clima templado y ceja de montaña se mantuvieron. Se dieron mejoras en la ganadería, pero fueron más bien excepcionales. En los últimos años se han establecido varias plantaciones florícolas y se han iniciado cultivos llamados "no tradicionales" como ciertas frutas y vegetales para la exportación y el mercado de las grandes ciudades del país. El III Censo

8 José Moncada, "La economía ecuatoriana 1960-1963", en *Ecuador: presente y futuro*, Quito, El Conejo, 1983, pp. 12-13.

9 Cfr. Osvaldo Barsky, *La reforma agraria ecuatoriana*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1984.

Estableció los siguientes porcentajes sobre la provincia:

Cultivos permanentes	6	Pastos naturales	15
Montes y bosques	34	Páramos	9
Pastos cultivados	15	Cultivos transitorios y barbecho	14
Otros usos	3	Descanso	4
Total			100%

Nacional Agropecuario de 2001, contabilizó 283.658 hectáreas en Imbabura.¹⁰

En Imbabura, como en todo el Ecuador, la modernización y el avance del capitalismo en el agro trajeron una reducción de puestos de trabajo, sin que la mano de obra expulsada del campo a la ciudad hubiera podido ser absorbida por la industria y los servicios, sino muy parcialmente. Los migrantes del campo a la ciudad engrosaron las filas de los subempleados urbanos en Guayaquil y Quito; en mucha menor medida en Ibarra. Pese a las transformaciones agrarias, se mantienen rasgos muy preocupantes. Según el Censo ya citado, en Imbabura solo un 3,6% de las personas productoras han recibido crédito agropecuario, contra un 96,4% que no lo ha recibido. Asimismo, de entre ellas, 4,3% han recibido asistencia técnica y el 95,7% no lo ha recibido.¹¹ De igual manera, la pobreza, la falta de medios de comunicación y servicios siguen siendo rasgos dominantes del sector rural.¹²

El censo de 1974 estableció que la población económicamente activa de la provincia de Imbabura era de 64.767 personas. De ellas, la mitad estaba en el cantón Ibarra (ver cuadro B). Para entonces un 44% estaba dedicada a la agricultura, ganadería, caza y selvicultura.¹³ Un 22% se dedicaba a "industrias manufactureras", que en su inmensa mayoría eran establecimientos artesanales. Seguían los servicios con un 14% y el comercio con un 7%. Al cabo de 27 años, en 2001, el Censo revelaba significativas transformaciones. La población económicamente ac-

10 III Censo Agropecuario Nacional, Imbabura, INEC, SICA, MAG, 2001.

11 *Ibid.*

12 Marco Antonio Guzmán, *Pobreza, modernización del Estado y privatización en el Ecuador*, Cuenca, Universidad del Azuay, 1996, p. 70.

13 Censo de población de 1974, INEC.

Cuadro B
POBLACIÓN ECONÓMICAMENTE ACTIVA POR RAMA DE ACTIVIDAD ECONÓMICA
DE LA PROVINCIA DE IMBABURA, CENSO 1974

	Ibarra	Antonio Ante	Cotacachi	Otavalo	Total
Agricultura, ganadería, caza y selvicultura	15.505	1.825	5.951	4.812	28.093
Explotación minera	47	8	4	26	85
Industria manual	4.006	2.457	1.617	6.362	14.442
Suministros	224	12	9	11	256
Construcción	1.520	278	188	640	2.626
Comercio	2.485	600	270	1.310	4.665
Transporte A.	1.255	169	81	333	1.838
Intermediación	198	9	7	44	258
No declarados	1.413	403	129	634	2.579
Trabajador	375	98	161	404	1.038
Servicios	5.467	887	725	1.828	8.907
Total	32.495	6.746	9.142	16.404	64.787

Fuente: INEC.

Cuadro C
POBLACIÓN ECONÓMICAMENTE ACTIVA POR RAMA DE ACTIVIDAD ECONÓMICA
DE LA PROVINCIA DE IMBABURA, CENSO 2001

	Ibarra	Antonio Ante	Cotacachi	Otavalo	Pimampiro	Urcuquí	Total
Agricultura, ganadería, caza y selvicultura	9.928	2.826	6.781	7.702	3.463	3.674	34.374
Pesca	12	0	0	4	0	0	16
Explotación minera	156	26	27	56	4	2	271
Industria manual	8.250	3.815	1.725	8.309	237	228	22.564
Suministros	214	15	11	25	6	16	287
Construcción	4.412	1.200	887	2.471	145	216	9.331
Comercio	12.074	1.968	846	5.659	403	256	21.206
Hoteles	1.561	184	194	670	41	26	2.676
Transporte A.	3.536	646	340	1.256	129	119	6.026
Intermediación	443	48	24	139	3	4	661
Inmobiliarias	1.493	257	113	403	21	34	2.321
Administración pública	2.512	372	255	797	120	87	4.143
Enseñanza	3.608	567	491	1.462	135	101	6.364
Servicios sociales y salud	1.569	224	117	361	24	31	2.326
Otras actividades	2.366	258	123	439	95	55	3.336
Hogares cc	2.450	649	762	1.628	240	289	6.018
Organización	12	1	1	2	0	0	16
No declarados	5.171	1.193	638	2.207	266	200	9.675
Trabajador	315	64	39	140	9	22	589
Total	60.082	14.313	13.374	33.730	5.341	5.360	132.200

Fuente: INEC.

tiva de Imbabura alcanzaba 137.560 personas (ver cuadro C). De ellas, un 26% se dedicaban a la agricultura, ganadería, caza y selvicultura.¹⁴ El 17% estaba en la rama de "industrias manufactureras". También en este caso la mayoría corresponde a personas dedicadas a actividades artesanales.¹⁵ Seguidamente, el 16% correspondió al comercio y el 7% a la construcción. Las actividades tradicionalmente catalogadas como

- 14 (Ibid.) Entre los censos de 1974 y 2001 hay una diferencia en la clasificación de las ramas de actividad económica. En el segundo censo de los mencionados, hay un mayor número de ítems, lo cual hace pensar que las actividades estarán más desagregadas.
- 15 Como ya se anotó, la ampliación de las ramas de actividad entre los censos de 1974 y 2001 no permite una comparación entre las cifras, aunque sí resultan ser indicativas de la realidad.

“servicios” se hallan desagregadas. Una comparación de las cifras, en lo que es posible, permite ver un descenso de la población económicamente activa dedicada a la agricultura, ganadería y afines, frente a una elevación del número de personas envueltas en el comercio y los servicios en general.

Mientras en el Ecuador de los años sesenta se daba un moderado auge de la industrialización, en Imbabura las escasas industrias que existían sufrieron crisis o se liquidaron. Tal fue el caso de dos fábricas textiles de Otavalo, del ingenio azucarero San José y especialmente el de la fábrica “Imbabura” de Atuntaqui que, luego de haber sido una de las más grandes del país, fue reduciéndose hasta su cierre total. Dos excepciones hubo en el campo industrial, ambas impulsadas por el sector público, el ingenio azucarero de Tababuela y la fábrica de cemento “Selva Alegre”.¹⁶ El ingenio fue establecido por el IESS, pero muy mal administrado. Fue vendido a un grupo de traficantes cubanos que lo explotaron sin pagar siquiera el precio convenido. Al fin, el IESS entregó la planta con grandes ventajas a los propios productores de caña de Imbabura y Carchi, proveedores de la planta. Caso similar fue el de la fábrica “Selva Alegre”, cuyo principal accionista era el Banco de la Vivienda. Luego de años de mala gestión terminó por ser vendida al capital extranjero.

Las dos empresas mencionadas han tenido mucha influencia en la economía de la provincia. Pero su existencia y funcionamiento no representa una tendencia. Si a nivel nacional en esos años se dio un reducido crecimiento industrial con limitaciones estructurales, en Imbabura no hubo proyecto industrialista. En el ámbito del país, la sustitución de importaciones fue baja. Se sustituyó un tipo de importaciones (bienes finales) por otro (bienes intermedios y de capital).¹⁷ La dependencia de la industria del sector externo aumentó y creció con falta de integración vertical dentro de la industria manufacturera, con alto grado de concentración intersectorial y regional. Las dos ciudades grandes absorbieron una alta proporción de ese limitado crecimiento. A lugares como nuestra provincia no llegó el impulso industrial.

16 Rodrigo Villegas Domínguez, *Historia de la provincia de Imbabura*, Ibarra, Centro de Ediciones Culturales de Imbabura, 1988, p. 261.

17 Rov Vos, *Industrialización, empleo y necesidades básicas en el Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional, 1987, pp. 17 y ss.

Fue así como en Imbabura se dio un modelo económico centrado en la pequeña producción. Además de la agricultura, los ejes económicos fundamentales que se han consolidado son la pequeña manufactura y la artesanía, por un lado, y los servicios y el comercio por otro. La provincia es un importante destino del turismo



Artesano de la madera.

exterior, aunque quizá el mayor es el turismo interno que viene de otras provincias, y el que proviene de la vecina Colombia, pero este último está condenado a las fluctuaciones del cambio monetario. Como se ha visto, una parte creciente de la población económicamente activa está dedicada o conectada a esas actividades. De entre ellas, unas están directamente relacionadas con el turismo (sitios de hospedaje como hoteles u hostales, restaurantes o tiendas de artesanías); otras trabajan en servicios y comercios conectados. En la producción de artesanías, muy variada y extendida en toda la provincia, hay una gran cantidad de mano de obra, desde los talladores de San Antonio y los trabajadores de cuero de Cotacachi, hasta los tejedores de Otavalo y las bordadoras de Angochagua y La Esperanza. Hay pues, producción artesanal urbana y rural, masculina y femenina, con un gran acumulado de experiencia, en muchos casos de varias generaciones, y al mismo tiempo con enorme capacidad de innovación y de creación de nuevos productos. La capacidad de trabajo manual calificado es uno de los más altos y reconocidos valores de la gente de Imbabura.

Los pequeños y medianos centros de producción ocupan a la mayoría de los imbabureños, aunque el crédito estatal y privado les llega muy poco, pues es absorbido en alta proporción por la gran empresa asentada en Quito o Guayaquil. Aun así, este sector ha experimentado un sostenido crecimiento. El caso más paradigmático, no solo a nivel nacional, sino internacional, es el del auge textil de Atuntaqui, donde luego del cierre de la fábrica, se desarrollaron pequeños y medianos talleres que, con gran calidad en sus productos, compiten exitosamente con los bienes importados, e, incluso, exportan a mercados del exterior. Sus ferias textiles son ahora un gran referente nacional y fronteri-

zo. Atuntaqui es uno de los cantones del país con más bajo desempleo, libre de analfabetismo, buena gestión local y con un crecimiento económico bastante equilibrado.¹⁸

En los últimos decenios del siglo, en Imbabura como en el resto del país, se dio un gran desarrollo de la construcción, que tuvo un auge en los setenta, en buena parte gracias a la inversión estatal. La construcción absorbió parte de la mano de obra migrante rural, pero las tasas de desempleo continúan siendo altas. Siguiendo una tradición ya vieja, el transporte público ha sido una fuente de trabajo importante para los imbabureños. Hay varias cooperativas y empresas de transporte que operan desde la provincia. El mayor crecimiento del empleo en los últimos años ha tenido en Imbabura los servicios y el comercio, por un lado, y las actividades vinculadas con el Estado, por otro. Los servidores públicos han aumentado significativamente.

Desde los setenta, el volumen del comercio internacional se expandió por las exportaciones petroleras. Aunque ese incremento se dio en primer lugar en materias primas, productos intermedios y bienes de capital, el flujo de “petrodólares” provocó un incremento proporcional mayor del ingreso de artículos suntuarios. En las últimas décadas del siglo crecieron rápidamente redes de tiendas y supermercados, centros comerciales, sofisticados sistemas de venta a crédito y empresas especializadas de distribución. La rápida ampliación de la red vial fue acompañada de un crecimiento enorme del parque automotor. La expansión económica –que no es ciertamente desarrollo– alcanzó también a los grupos populares que accedieron al mercado de electrodomésticos y otros productos importados, varios de los cuales comenzaron a venderse en el comercio informal.

El gran crecimiento del comercio y los servicios se ha expresado en el auge del sistema financiero en el Ecuador.¹⁹ Se crearon numerosos bancos y los ya existentes expandieron su cobertura y elevaron su capital. En Imbabura se multiplicaron las instituciones financieras. En los años cincuenta apenas existían el Banco de Fomento y el Banco del

18 Pese a la importancia del fenómeno de Atuntaqui, no hay publicaciones recientes sobre el tema, salvo algunas entrevistas periodísticas al alcalde Richard Calderón. Sobre la situación en años anteriores puede consultarse: Pedro Manuel Zumárraga, *Atuntaqui progresista*, Ibarra, Centro de Ediciones Culturales de Imbabura, 1992.

19 Cfr. Germánico Salgado, *Del desarrollo al espejismo*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar/Corporación Editora Nacional, 1995.

Pichincha. A inicios del siglo XXI, funcionan en la provincia más de diez bancos del sistema nacional, con sucursales y agencias en todos los cantones. Se crearon, además, la mutualista “Imbabura” y varias cooperativas de ahorro y crédito de significativo volumen.

El flujo de acumulación, sin embargo, se ha mantenido de la provincia a las dos capitales del país. Los depósitos que se efectúan en Imbabura son mayores que los montos de crédito concedidos localmente. Lo cual indica que el sistema financiero es una “ventanilla” para captar recursos que se van a los centros económicos. Esta realidad se patentizó en varios momentos en que se han dado corridas financieras. Una de ellas se dio en 1995. Y la más profunda fue la desatada entre 1999 y 2000, cuando sobrevino la crisis económica más aguda de la historia, en la que cerraron varios bancos por manejos dolosos de sus directivos, con la complicidad del gobierno de Mahuad.²⁰ La situación golpeó duramente a grupos muy amplios de la población, especialmente a los sectores populares y medios. En Imbabura los ahorros de muchos rentistas se disolvieron en las quiebras bancarias, e incluso en las quiebras de personas dedicadas a créditos usurarios.

Desde mediados del siglo XX, especialmente desde los años setenta, el Estado se consolidó como actor central de la economía.²¹ Asumió tareas de planificación, control y promoción, y se constituyó en dueño de empresas. Se reforzó una tendencia desarrollista que privilegiaba la planificación y la intervención estatal. La Constitución de 1967 consagró varios derechos sociales y atribuciones económicas del Estado. Las dictaduras militares emitieron gran cantidad de leyes que ensancharon al sector público. La Constitución aprobada por plebiscito en 1978 consagró la planificación, el control estatal y el reconocimiento de varias áreas de propiedad (estatal, privada, mixta y comunitaria). La Constitución de 1998 fue más bien de corte privatista, aunque también amplió las garantías.²² La de 2008, en cambio, enfatizó en la defensa de

20 Wilson Miño Grijalva, *Breve historia bancaria del Ecuador*, Quito, Corporación Editora Nacional, 2008, pp. 254-273.

21 Iván Fernández, “Estado y clases sociales en la década de los setenta”, en *Ecuador: el mito del desarrollo*, Quito, El Conejo, 1982, p. 81.

22 Cfr. Santiago Andrade Ubidia, Julio César Trujillo y Roberto Viciano Pástor, eds., *La estructura constitucional del Estado ecuatoriano*, Quito, CEPS/Universidad de Valencia/Universidad Andina Simón Bolívar/Corporación Editora Nacional, 2004.

los recursos naturales y volvió a expandir el sector público y a generar grandes obligaciones presupuestarias para el Estado.²³

Con este marco económico y jurídico, cambió la estructura del Estado y sus dependencias provinciales. Se reorganizó el esquema ministerial y varias dependencias; se crearon otras especializadas con cobertura sobre sectores que antes no habían estado bajo control estatal. Se modernizó la recaudación de impuestos.²⁴ Para una provincia como Imbabura, donde no existen grandes empresas privadas o actividades económicas que ocupen a grandes sectores de la población, el crecimiento burocrático ha sido vital, ya que muchos han pasado a depender en sus ingresos de la actividad pública. Esta realidad, sin embargo, tiene consecuencias. Los gobiernos no han podido detener el crecimiento del gasto público y han acudido al endeudamiento externo e interno masivo, con serios problemas para la economía nacional.²⁵

Estructura y organización de los imbabureños

El Ecuador ha cambiado mucho en este último medio siglo. Hasta mediados del siglo XX era un país predominantemente rural. Su economía era poco diversificada, con limitada base industrial, reducido mercado interno, poca innovación tecnológica, concentración de propiedad y explotación de mano de obra barata. Los sectores dominantes eran terratenientes, comerciantes y banqueros. Los sectores medios eran reducidos. La mayor parte de la población eran campesinos, pequeños propietarios y artesanos. En Imbabura, como ya hemos anotado, predominaba una sociedad tradicional en la que los grupos dominantes eran grandes terratenientes ausentistas, que en su gran mayoría

23 La Constitución entró en vigencia en octubre de 2008. Contiene avances jurídicos progresistas, aunque también algunos retrocesos. Su texto es repetitivo, demasiado extenso y detallista. Tiene varias contradicciones. Cfr. *Constitución 2008. Dejemos el pasado atrás*, Gaceta Constituyente, 2008.

24 Los montos de recaudación de los principales impuestos son más bien reducidos en Imbabura, como puede verse de las cifras del SRI del año 2007:

Fuente	Imbabura	Total nacional
Impuesto a la renta	30.279.600	4.768.658.000
Impuesto al valor agregado	10.425.800	1.518.385.700
Impuesto a los consumos especiales	11.600	380.773.200

Fuente: Servicio de Rentas Internas, SRI, *Boletín de recaudación y gestión*, 2007.

25 Cfr. Alberto Acosta, *La deuda eterna*, Quito, Grupo de Trabajo sobre Deuda Externa y Desarrollo, 1990.

provenían de las grandes familias tradicionales de Quito. Los grupos dirigentes locales eran propietarios rurales y comerciantes medianos, profesionales, funcionarios públicos y miembros del clero. Excepcionalmente, se destacaban también algunos artesanos, orfebres o sastres, que habían amasado regular fortuna.

Desde los años sesenta, la mayoría de los grandes latifundistas quiteños que tenían propiedades en Imbabura y varios de los locales, vendieron sus haciendas y se transformaron en propietarios urbanos rentistas, principalmente en Quito, siendo reemplazados por nuevos empresarios agrícolas, que junto a quienes conservaron sus predios rurales y los modernizaron, se convirtieron en una moderna burguesía agraria, dedicada a la producción agropecuaria. Solo muy excepcionalmente surgieron agroindustrias en la provincia. De entre ellas la más exitosa ha sido la FLORALP.²⁶ Como ya se anotó, no hubo en la provincia desarrollo de la manufactura privada, salvo excepciones, entre ellas el de los establecimientos textiles de la familia Pinto en Otavalo. La acumulación más importante de capital se ha dado en el comercio y los servicios. Pequeños y medianos almacenes se han convertido en grandes casas distribuidoras, asentadas en Ibarra y varias cabeceras cantonales. Dos o tres de estas firmas, que son al mismo tiempo grupos familiares, han pasado a dominar negocios como la venta de vehículos, y se han convertido en los más ricos de la provincia, aunque en el nivel nacional son proporcionalmente poco representativos. En Otavalo, varias familias de indígenas dedicadas al comercio de artesanías han amasado significativas fortunas.

El sector de la construcción creció y con él crecieron los rentistas vinculados a la propiedad inmobiliaria aunque, como se ha observado, esta no se edifica en la provincia, sino que se ha concentrado en Quito y Guayaquil. Una excepción serían las inversiones, por cierto significativas, que se han hecho en el campo de los servicios turísticos. Gran cantidad de viejas haciendas se han restaurado como hosterías y se han construido varios hoteles y restaurantes en toda la provincia.²⁷

- 26 Esta empresa fundada por una familia de inmigrantes suizos asentados en Ibarra, cuyos sucesores han continuado su trabajo, ha dinamizado la economía campesina de las parroquias del sur del cantón Ibarra. Al mismo tiempo se ha constituido en un ejemplo de gestión e innovación en productos lácteos, que han ganado varias distinciones internacionales.
- 27 El capital invertido en proyectos turísticos provino no solo de inversionistas imbabureños, sino también, cuando los montos fueron muy elevados, de personas y firmas de fuera de la provincia. Pero han generado mucho empleo local.

Como se ha visto, la banca que opera en la provincia es la que existe a nivel nacional. Quizá se deba mencionar, como excepción, al pequeño "Banco Capital" de reciente creación, que tiene capitales de Ibarra, acumulados en la actividad comercial. En los últimos años, la economía del país ha sufrido un fuerte proceso de concentración, en el cual el sistema financiero cumplió un papel central. La burguesía ecuatoriana incorporó a los grupos modernos en ascenso y en su interior se consolidó un sector monopólico, una veintena de grandes grupos económicos con inversiones en numerosas empresas de varios sectores productivos.²⁸ Estos grupos, con identificación regional con Guayaquil, Quito y en menor medida Cuenca, congregan a grandes inversionistas nacionales junto a filiales de empresas extranjeras, fundamentalmente norteamericanas, que operan en el país. Los grupos comerciales de Imbabura se han robustecido, pero ninguno de ellos tiene participación destacable en el sistema financiero, ni poder ni presencia nacional. Los sectores económicamente fuertes de la provincia están vinculados, y en varias maneras subordinados, a los grupos monopólicos.

En Imbabura hay una vieja tradición organizativa de los agricultores, en especial de los productores de caña, que primero tuvieron que enfrentar a los propietarios extranjeros del ingenio Tababuela y luego lograron comprarlo al IESS.²⁹ También se han organizado los propietarios rurales frente a varias tomas de tierras que se han dado en la provincia. En realidad, estas han sido muy pocas, pero han logrado despertar temor en los hacendados. Los centros agrícolas han cumplido un papel de agrupamiento gremial, pero han tenido poco peso social y político. Mayor presencia han logrado las cámaras de comercio locales. Sin embargo, quizá por la dispersión de sus intereses, no han tenido tampoco incidencia en la vida social. Al contrario, las "cámaras de la producción" de nivel nacional, se consolidaron como representantes de los empresarios. Aunque a veces surgió alguna pugna entre diversos sectores, por lo general su acción ha sido coordinada y se ha dirigido fundamentalmente a presionar al Estado por incremento de inversión y garantías fiscales. La acción de las cámaras ha tenido gran peso y han llegado a actuar como fuerzas alternativas a los partidos políti-

28 Cfr. Guillermo Navarro Jiménez, *Los poderes fícticos*, II parte, Quito, Zitra, 2006.

29 Algunos datos sobre la trayectoria de esa empresa se encuentran en la obra ya citada de Rodrigo Villegas Domínguez, *Historia de la provincia de Imbabura*, pp. 262-263.

cos, pero en su dirección nacional han pesado muy poco sus miembros de Imbabura.

Los sectores medios experimentaron en Imbabura un notable crecimiento debido a la expansión de las actividades productivas privadas, el comercio y servicios, que demandan cuadros profesionales, técnicos y administrativos, y debido también al crecimiento del Estado, que incorporó gran cantidad de personal en varias áreas. Los colegios y federaciones profesionales de médicos, abogados, contadores, ingenieros, arquitectos y otros se multiplicaron en la provincia, y fueron logrando importante incidencia en la vida económica y social, inclusive a veces en la política. Los servidores públicos crecieron, salvo aquellos con estatus legal de obreros, no lograron una organización fuerte, pero consiguieron ventajas remunerativas, garantías y estabilidad. La Unión Nacional de Educadores, UNE, se ha mantenido como una importante fuerza gremial, en la que a veces se han destacado imbabureños como dirigentes nacionales. La organización estudiantil tuvo su auge hace algunos años, pero conserva presencia en la universidad pública y en algunos establecimientos secundarios.

En Imbabura, la agitación y el crecimiento industrial de los sesenta y setenta tuvieron poca incidencia. En estas dos décadas, sin embargo, se dieron importantes acontecimientos en las organizaciones de trabajadores. La Federación Provincial de Trabajadores se desligó de la CEDOC y paso a autodenominarse "independiente". La CEDOC nacional estableció su filial provincial, la FECTRIM. Su división repercutió en Imbabura.³⁰ Se creó la FDTI en años posteriores. Los promotores del "sindicalismo libre" en Imbabura se organizaron en la FETRALIM, filial de la CEOSL. En las empresas públicas, EMELNORTE, el ingenio azucarero Tababuela, que pasó luego a llamarse IANCEM, la Cemento Selva Alegre y la Empresa Eléctrica, se formaron organizaciones laborales que tuvieron gran influencia en la provincia.

Con el inicio del régimen constitucional en 1979 vino una reactivación de los trabajadores en Imbabura, que se dio con limitaciones. De todas maneras, el protagonismo que lograron en el escenario del país

30 A mediados de los setenta se dio el rompimiento entre demócrata cristianos y socialistas. Los primeros se llamaron CEDOCLAT. Los segundos, incorporados al FUT, se autodenominaron CEDOC socialista. El Estado reconoció a ambas organizaciones, la primera como CEDOC y la segunda como CEDOCUT (Cfr. Juan Paz y Miño, *La CEDOC en la historia del movimiento obrero ecuatoriano*, Quito, Voluntad, 1988).

durante los setenta y ochenta las organizaciones laborales, también se expresó en Imbabura, en buena parte porque la movilización y el impulso unitario de los trabajadores expresaba una tendencia general de la sociedad, especialmente la demanda de mejores condiciones de vida y la necesidad de enfrentar las políticas de ajuste económico y sus consecuencias sociales. Dicho de otra manera, aunque pocos, los trabajadores unidos en un frente lograron ser portadores de las aspiraciones de amplios sectores de la sociedad, como pequeños comerciantes, trabajadores por cuenta propia, servidores públicos, maestros, indígenas y jóvenes. Ese fue el papel que cumplió a nivel nacional el Frente Unitario de los Trabajadores, FUT.³¹ En 1980 se realizaron reuniones para constituir el Frente Unitario de Trabajadores en Imbabura (FUTI). Se formalizó entonces una dirección, aunque su funcionamiento fue irregular. Su presencia en la movilización, en cambio, fue significativa.

En mayo de 1973 se realizó un importante congreso provincial de la FPTI. El evento recogió en su documento central los planteamientos de denuncia de las políticas estatales y la penetración imperialista. Enfatizaba en que sus demandas expresaban “no solo los intereses de la clase obrera, sino de todas las masas laboriosas del país, de los patriotas y de la nación en su conjunto”.³² Proponía acciones unitarias dentro del FUT, colaboración con otros sectores sociales, búsqueda de una auténtica democracia y solidaridad con los pueblos en lucha. La FETRALIM, filial de la CEOSL, aunque con menos movilización, mantuvo una política de consolidación sindical, especialmente en la organización de trabajadores del sector público y servicios.

La división de la CEDOC tuvo un impacto negativo en Imbabura. La CEDOC-CLAT tuvo escasa presencia. En cambio, la Federación de Comerciantes Minoristas es la más fuerte de la provincia y ha proyectado su influencia a nivel nacional. La CEDOC socialista, que se denominó luego CEDOCUT, tuvo escasa presencia. En cambio, la acción de la FENOC, que luego pasó a llamarse FENOCIN, ha sido determinante en la historia social de Imbabura de los últimos años. La Unión de Organizaciones Campesino-Indígenas del Cantón Cotacachi, UNORCAC, ha sido un importante referente a nivel nacional. También ha tenido pre-

31 Jorge Dávila Loor, *El FUT, trayectoria y perspectivas*, Quito, Corporación Editora Nacional/CDS, 1995.

32 Documento Central del Congreso de la Federación Provincial de Trabajadores de Imbabura, FPTI, Ibarra, mayo de 1983, pp. 2-3.

de tipo parroquial y barrial. Los transportistas crecieron, pero se aislaron porque las alzas de precios del transporte son impopulares. Los esfuerzos por organizar a los pobladores de las barriadas suburbanas y migrantes sin tierra, se han topado, por una parte, con la dificultad de permanencia de las estructuras, y por otra, con la acción de clientelas políticas. De todos modos, la mayoría de los trabajadores no está organizada.

La sociedad imbabureña

Se ha dicho que el Ecuador es, en términos geográficos y étnicos, una pequeña América Latina. Nuestro país tiene toda la gran variedad de climas y de espacios regionales del subcontinente. Y también su diversidad étnica, puesto que su población comprende indígenas, mestizos, negros, mulatos, blancos y descendientes de migrantes de Europa, Asia y África. Se puede decir, con igual lógica, que Imbabura es, a su vez, un Ecuador en pequeño. Nuestra provincia tiene la mayor diversidad geográfica del país. En su territorio se encuentran microrregiones asentadas a más de cuatro mil metros de altura, hasta espacios de ceja de montaña con clima cálido. En menos de medio día sería posible caminar sobre la nieve del monte Cotacachi y dirigirse de inmediato a las planicies de clima templado del centro de la provincia, hasta el cálido valle del Chota y su cálido ambiente.³⁴ En la provincia, además están varias de las reservas ecológicas más importante del país.

Por la diversidad de su gente, Imbabura sería un pequeño Ecuador y una pequeña América Latina. Como se ha dicho ya, la provincia es la de mayor diversidad étnica del país. Los indígenas imbabureños son continuidad de las culturas milenarias más importantes de América Andina y en muchos sentidos son emblemáticos en la provincia. Mantienen su cultura y la desarrollan en sus fiestas, su música, vestido y sobre todo en la vida cotidiana. Pero al mismo tiempo han demostrado gran adaptabilidad a la modernidad y son actores fundamentales del desarrollo económico regional. Sus organizaciones fueron determinantes en el proceso de ascenso del movimiento indígena a nivel nacional en los setenta, ochenta y noventa.

34 Enrique Ayala Mora, "La identidad de Imbabura: belleza y diversidad", en Rodrigo Villacís Molina, *20 pintores de Imbabura*, Quito, Imprenta Nación, 2006.

Imbabura ha sido un espacio de gestación del mestizaje. Lo fue desde el primer momento de la colonización española y así continúa hasta el presente. Desde ya hace algunas décadas, los mestizos son la gran mayoría de la población provincial. Tienen algunos rasgos comunes, pero también elementos de diversidad según fueran habitantes urbanos, campesinos o colonos. Están dedicados a la agricultura, la artesanía, el comercio y los servicios. A veces, los mestizos tienen actitudes de ambigüedad y racismo.³⁵ Pero han desarrollado valores propios y una vigorosa identidad que se manifiesta en una rica cultura y arte con expresiones muy destacadas. Escritores, maestros y músicos destacados de la provincia son mestizos.

Los negros de Imbabura, los afrochoteños, que históricamente fueron sujetos de esclavitud, discriminación y explotación, han mantenido con persistencia su cultura y su arte, pero también son actores dinámicos de la vida económica y política. Como todos sabemos, se han destacado en el deporte como exponentes nacionales e internacionales. Muchos han abandonado el valle original para ir a vivir a las ciudades, pero allí vuelven periódicamente al Chota porque lo ven como raíz y eje de su identidad.³⁶

Las tierras de Imbabura han estado abiertas por siglos al asentamiento de inmigrantes de otras latitudes. Aquí se han asentado tradicionalmente gentes venidas de otras provincias, principalmente del Carchi y de Esmeraldas. También lo han hecho, en varios momentos históricos, colombianos que hallaron aquí su hogar. La relación transfronteriza ha sido siempre activa y hay gran cantidad de imbabureños que descendemos de colombianos. Aunque en grupos más bien pequeños, se han asentado en Imbabura familias venidas de países europeos y del Medio Oriente. La presencia de árabes, por ejemplo, ha sido muy influyente en la vida económica e inclusive en la política provincial.

Con todos sus componentes diversos, la sociedad contemporánea de Imbabura es muy vigorosa. En ella se manifiestan y desarrollan sus diversidades y perfiles propios, pero también existe un espacio de unidad. Su naturaleza multiétnica y multicultural, su antigua experien-

35 Cfr. Manuel Espinosa Apolo, *Los mestizos ecuatorianos y las señas de identidad cultural*, Quito, Tramasocial, 2000.

36 Iván Pabón, *Identidad Afro, procesos de construcción en las comunidades negras de la cuenca Chota-Mira*, Quito, Abya-Yala, 2009, p. 53.



La interculturalidad es una búsqueda expresa de superación de prejuicios, el racismo, las desigualdades.

La interculturalidad se construye mediante un esfuerzo expreso y permanente. Va mucho más allá de la coexistencia o el diálogo de culturas; es una relación sostenida entre ellas. Es una búsqueda expresa de superación de prejuicios, el racismo, las desigualdades, las asimetrías que caracterizan a nuestro país y a nuestra provincia, bajo condiciones de respeto, igualdad y desarrollo de espacios comunes.³⁷

No debemos perder de vista que una sociedad intercultural es aquella en donde se da un proceso dinámico, sostenido y permanente de relación, comunicación y aprendizaje mutuo. Allí opera un esfuerzo colectivo y consciente por desarrollar las potencialidades de personas y grupos que tienen diferencias culturales, sobre una base de respeto y creatividad, más allá de actitudes individuales y colectivas que mantienen el desprecio, el etnocentrismo, la explotación económica y la desigualdad social. La interculturalidad no es tolerarse mutuamente, sino construir puentes de relación e instituciones que garanticen la diversidad, pero también la interrelación creativa. No es solo reconocer al "otro", sino también entender que la relación enriquece a todo el conglomerado social, creando un espacio no solo de contacto sino de generación de una nueva realidad común. En Imbabura se ha dado uno de los más importantes esfuerzos de desarrollo de la interculturalidad de América Latina, liderado por varias personalidades indígenas, mestizas y negras, especialmente por el primer alcalde indígena de Otavalo, Mario Conejo.

37 Enrique Ayala Mora, *Ecuador, patria de todos*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar/Corporación Editora Nacional, 2004, p. 52.

cia de relaciones e intercambios, la hacen un espacio privilegiado para el desarrollo de la interculturalidad. Pero, como lo he manifestado reiteradamente, "la interculturalidad no es característica "natural" de todas las sociedades complejas, sino objetivo al que deben llegar.

La unidad social y la interculturalidad no se construyen, sin embargo, sino con justicia social.³⁸ La sociedad imbabureña toda ha cambiado notablemente desde los años sesenta. Pero la modernización no ha traído homogeneidad social. Nuestra provincia es un reflejo del desarrollo del capitalismo en Ecuador, que ha sido profundamente desigual. Junto a los avances técnicos y al crecimiento económico se han mantenido, y a veces se han acentuado, grandes diferencias socioeconómicas. La pobreza y la explotación siguen siendo una característica de nuestro pueblo. Por ello, ninguna propuesta de cambio puede hacerse sin una radical transformación social que busque la equidad y la redistribución económica.

Desde los años sesenta, a inicios del siglo XXI, la sociedad ecuatoriana en su conjunto sufrió grandes transformaciones, que se hicieron presentes con fuerza en el espacio imbabureño. Los efectos de la modernización afectaron, a veces de modo dramáticamente diverso, a todos los espacios regionales y estratos sociales. Para países como el nuestro, con gran población rural analfabeta y sin servicio eléctrico, la introducción del transistor en la radio desde los sesenta significó que en poco tiempo prácticamente toda la población tuviera acceso a ese medio de comunicación. En los setenta y ochenta, cosa similar sucedió con la televisión, que llega aún a los más pobres. Hacia fines de siglo, la telefonía celular e internacional, las computadoras personales y otros artefactos electrónicos de uso cotidiano llegaban a un amplio sector de la población. El uso de correo electrónico e Internet se incrementaba. De este modo se han divulgado hábitos, prácticas y concepciones antes confinadas a los sectores altos y medios; se ha profundizado la influencia cultural e ideológica de los países ricos, se han extendido sus usos cotidianos, hábitos de consumo y formas de comunicación. Imbabura, quizá por su diversa composición étnica y su movimiento turístico, ha sufrido muy directamente el impacto de esas transformaciones. En algunos aspectos, su modernización reflejada ha sido más profunda que la de otros sectores de la geografía nacional.

En los años sesenta, la Iglesia católica experimentó un gran cambio. Intentó ponerse a tono con los tiempos. El Concilio Vaticano II y las reuniones de los obispos latinoamericanos, sobre todo la de Medellín, tuvieron hondo impacto en el Ecuador. Cambiaron las formas

externas del culto, valores morales y políticos tradicionales. Un sector de cristianos asumió su opción de fe como compromiso con los pobres por el cambio de la sociedad y gestó un movimiento por el socialismo, cuya figura más destacada fue el obispo imbabureño de Riobamba Leonidas Proaño.³⁹



Leonidas Proaño, el "obispo de los pobres".

En Imbabura, sin embargo, el impacto del movimiento progresista del catolicismo fue mucho menor que en otros lugares. Paradójicamente, en la provincia de Proaño, salvo destacables excepciones, las autoridades vaticanas designaron varios obispos extremadamente conservadores, entre ellos especialmente aquellos miembros de la organización "Opus Dei", que combatieron todo intento de formación de una Iglesia de los pobres y mantuvieron una línea extremista en la vida religiosa y la formación del clero, identificada con posturas de derecha.

En las décadas pasadas se han destacado algunos eclesiásticos imbabureños, entre ellos el cardenal Bernardino Echeverría, cotacacheño e importante figura de la derecha eclesiástica, que fue administrador apostólico de la Diócesis; varios obispos y buen número de religiosos y religiosas dedicados al magisterio. Sin embargo, la influencia social de la Iglesia se ha reducido, y en un ambiente de secularización y tolerancia, se ha dado un crecimiento de otras Iglesias y sectas, en su mayoría protestantes. Amplios grupos sociales, sobre todo medios, han optado por la indiferencia religiosa, o por una práctica católica meramente formal para bautizos, bodas y entierros.

En nuestra provincia, como en todo el país, los tradicionales valores familiares de raíz rural han cambiado.⁴⁰ Los padres quieren tener un número mucho menor de hijos. Los divorcios han aumentado y ya no implican discrimen, sobre todo para la mujer. Las actitudes hacia la sexualidad han variado en amplios grupos sociales, aunque se man-

39 Leonidas Proaño, *Creo en el hombre y en la comunidad*. Autobiografía, Quito, Corporación Editora Nacional, 1989, (hay varias reediciones de la misma Corporación Editora).

40 Enrique Ayala Mora, *Manual de Historia del Ecuador*, vol. 2, Época Republicana, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar/Corporación Editora Nacional, 2008, p. 108.



Selección Ecuatoriana de Fútbol, 2002.

tienen prejuicios o se dan prácticas aberrantes contra mujeres y menores. El vestido es menos convencional y menos identificado con el nivel social o la pertenencia étnica, aunque los pueblos indios han defendido algunos valores propios. Se conservan la música popular tradicional india y mestiza, y el auge de la música roquera. La música latinoamericana y el rock han impactado en sectores medios, altos y populares del país.

Aunque ya era una práctica social extendida, desde los años sesenta los espectáculos deportivos, en especial el fútbol, han ganado mucho terreno. No hay pequeña población o barrio que no reclame su cancha de fútbol. Los encuentros son seguidos con interés por un gran sector de la población y en muchos casos detienen toda actividad cuando se trata de grandes compromisos internacionales. Es particularmente importante para nuestra provincia, que la clasificación de la selección nacional para el campeonato mundial 2002 estuviera integrada por la mayoría de jugadores de Imbabura, el capitán Alex Aguinaga, ibarreño, y seis jugadores titulares con parecido número de suplentes provenían del valle del Chota. También en la clasificación de 2006 el papel de los afrochoteños fue destacada. Estos triunfos nacionales han levantado el decaído espíritu patriótico en una época de crisis y desaliento nacional.⁴¹

41 El éxito deportivo de los negros del Chota ha sido objeto de amplias referencias en la prensa nacional del Ecuador y del exterior. Los seleccionados nacionales se han transformado en importantes figuras. Algunos de ellos, como Agustín (el *Tin*) Delgado han creado fundaciones de servicio social para su gente afrochoteña.

En la población imbabureña, los hábitos higiénicos y de salud han cambiando, aunque su práctica se ve limitada por la escasez de agua potable y canalización, y por los altos precios de las medicinas. En algunos aspectos, los grupos organizados de mujeres han logrado crear conciencia pública sobre la equidad de género. Aunque mucho más limitadamente que en otros lugares del país, nuevas formas de organización social se han desarrollado, sobre todo con la presencia de organismos no gubernamentales (ONG), con diversas actividades antes ejercidas por el Estado o las personas privadas. Como veremos, los grupos de acción cultural han logrado gran presencia provincial, como ha sucedido también con agrupaciones sociales y deportivas, entre las que debe destacarse al Club de Automovilismo y Turismo de Imbabura, CATI.

Los cambios sociales producidos son profundos y continuarán en el siglo XXI. Pero la imagen de modernización y renovación no debe hacernos perder de vista que hay dimensiones de la vida social que se han mantenido. Es notoria la persistencia de continuidades que han permanecido en las raíces andinas de nuestro pueblo, algunos de cuyos rasgos más profundos se expresan en una defensa de la identidad que asume una forma que la modernidad encuentra arcaica y subversiva al mismo tiempo. Sobre todo las prácticas sociales vinculadas con la religión y la fiesta se mantienen con vigor en los sectores populares, que siguen celebrando misas, novenas, pases del Niño y procesiones, aunque en algunos casos han incorporado elementos de tecnología moderna, como el uso de vehículos y sistemas audiovisuales.

En el Ecuador de las décadas finales del siglo XX, el deterioro socioeconómico y la necesidad de empleo promovieron la migración al exterior. El país tiene ahora grandes contingentes de inmigrantes legales e ilegales en Estados Unidos, Canadá, España, Italia, Suiza y otros países europeos. A partir de datos muy parciales que existen, puede establecerse que Imbabura no es de las provincias de más alta migración en el Ecuador. Durante los años ochenta, aquí la migración al exterior fue pequeña y fundamentalmente de sectores sociales medios. En los noventa se elevó sensiblemente el número de migrantes, venidos más bien de sectores populares, cuyo destino era fundamentalmente España. Esta tendencia se ha mantenido en la primera década del siglo XXI, aunque el ritmo parece haber disminuido. La migración ha cambiando nuestro país. Lo ha integrado más al mundo y le ha traído re-

mesas de dinero que han sido su segunda fuente de ingreso por años.⁴² Pero también ha causado despoblamiento del campo, deterioro de las relaciones familiares y descalabro de muchos hogares. A eso hay que añadir el desarraigo de los migrantes, el sentido de frustración y ciertas actitudes racistas que los persiguen en los países de su residencia. En lo que a la escena local hace relación, puede detectarse que no hay ningún nivel de organización entre los migrantes imbabureños en el exterior.

La escena política

En nuestro país, la vida política ha sido siempre agitada. A lo largo de las últimas décadas del siglo XX, Ecuador recorrió dos veces el camino de la dictadura y el retorno constitucional. En ese tránsito, el escenario cambió, se modernizaron algunos aspectos de la vida pública, pero se mantuvo un divorcio entre sociedad y Estado, y escasa vigencia de la democracia. Siguiendo una tendencia latinoamericana, en los años sesenta se dio un ascenso del reformismo con propuestas desarrollistas que halló eco en las Fuerzas Armadas y en nuevas fuerzas políticas.

Desde los sesenta, las Fuerzas Armadas tomaron el poder institucionalmente en dos ocasiones (1963-1966 y 1972-1979) y gobernaron con un proyecto de orden y reformas.⁴³ Después de las dictaduras, en 1979, se inició una etapa de vigencia constitucional que se extendió hasta el año 2000, en que se dio una gran crisis y comenzó la etapa histórica que estamos viviendo. En las décadas pasadas se amplió el electorado con el voto de los analfabetos, se consolidó un Estado ordenador de la sociedad y un nuevo espectro político. En las últimas décadas han crecido los partidos, se han dado nuevas formas de organización y ha aumentado la influencia de los medios de comunicación. El sistema político, empero, es débil y poco representativo. La inestabilidad y los golpes de Estado han sido una realidad recurrente.

42 En 1991, el monto de las remesas enviadas por ecuatorianos desde el exterior fue 109 millones de dólares. En el 2000 esas remesas se elevaron a 1.364 millones de dólares. Crecieron trece veces y llegaron a constituir el 10% del PIB. Solo las exportaciones petroleras generaron una cifra más alta (\$ 2.442) el mismo año, (*Cartillas sobre migración*, Quito, mayo 2002, pp. 7-9).

43 Cfr. Rafael Quintero, "La democracia ecuatoriana sitiada", en *Estado, política y democracia en el Ecuador*, Quito, El Conejo, 1988, pp. 158-159.

A nivel nacional, el espectro político tradicional que prevaleció por años, asentado en el enfrentamiento conservador-liberal por la vigencia del laicismo y la confesionalidad del Estado, se fue agotando y cambió. Surgió un nuevo escenario, con el papel del Estado en la economía como eje divisor de fuerzas, y un nuevo espectro de derecha a izquierda.⁴⁴ Los partidos tradicionales, Conservador y Liberal, se debilitaron y dividieron. De la división liberal surgieron el Frente Radical Alfarista (FRA), "Alfarismo Nacional" y la Izquierda Democrática (ID). En los sesenta se fundó la Democracia Cristiana, que en 1979, con el ala "progresista" del Partido Conservador, formó la Democracia Popular (DP). ID y DP ocuparon el "centro" político con propuestas reformistas. Empero, en los ochenta, cuando ejercieron el poder, siguieron los programas de ajuste y no realizaron las ofrecidas reformas.

El Partido Social Cristiano (PSC) se consolidó como el eje de la derecha que, derrotada en los setenta, logró reconstituirse en los ochenta con un programa neoliberal. El populismo se ha mantenido vigente con varias fórmulas. Concentración de Fuerza Populares (CFP) creció en los sesenta y setenta. En 1979 ganó la elección pero sufrió una división y se volvió marginal. Su espacio ha sido ocupado por el Partido Roldosista Ecuatoriano, PRE.

A inicios de los años sesenta, la protesta social se intensificó en las condiciones del triunfo de la Revolución cubana y el ascenso de la lucha antiimperialista continental. Pero aunque el sentimiento pro-izquierdista se difundió, las organizaciones de izquierda sufrieron quiebras. El Partido Socialista se dividió. Su ala radical formó en 1963 el Partido Socialista Revolucionario, PSRE. El Partido Comunista se dividió en las líneas pro Moscú y Pekín. Surgieron grupos que plantearon la lucha armada, pero no la concretaron. Con la vuelta a la constitucionalidad, las fuerzas de izquierda optaron por la participación electoral. En 1978 surgió el Frente Amplio de Izquierda, FADI. El ala maoísta del comunismo (PCMLE) constituyó el Movimiento Popular Democrático, MPD. Las fracciones socialistas se reunificaron en 1983 en el PSE, que en 1995 se fusionó con el FADI. El desarrollo político del movimiento indígena de los noventa se expresó en el Movimiento Pachacutick, "brazo político de la CONAIE".

44 Enrique Ayala Mora, *Los partidos políticos en el Ecuador: síntesis histórica*, Quito, Ediciones La Tierra, 1989, p. 38.

Luego de dos décadas de ascenso del reformismo, que robusteció la presencia del Estado en la economía, a inicios de los ochenta se patentizó su agotamiento, y se inició el predominio de posturas derechistas de corte privatista que se propusieron reducir el Estado y aplicar duras medidas de ajuste que intentaron, sin éxito por cierto, superar la recesión de largo plazo, que acompañó al país hasta el nuevo siglo. Frente a esto se levantó un vigoroso movimiento de los pueblos indígenas, que en los noventa reivindicó sus derechos colectivos y articuló la resistencia al neoliberalismo. En dos décadas, la modernización trajo nuevas formas de organización y propaganda, pero se mantuvieron el clientelismo y el gamonalismo. Ante el fracaso de la derecha, de las fórmulas reformistas (DP e ID), y de varios gobiernos populistas, el Ecuador inició el siglo XXI con una crisis de representatividad del sistema político.⁴⁵ Surgieron grupos de reivindicación del ejercicio de la ciudadanía y la lucha contra la corrupción, presente en la política y en la sociedad toda. Las mujeres han logrado mayor participación en las organizaciones políticas e instituciones del Estado. La primera década del siglo se cierra con la expedición de una nueva Constitución y las expectativas levantadas por un gobierno que reivindica el nacionalismo y el progresismo.

La provincia de Imbabura fue por largos años dominada por el Partido Conservador. Sus candidatos a legisladores y directivos de los municipios y el consejo provincial ganaban con relativa facilidad las elecciones, con el apoyo de una fuerte votación rural y de clientelas urbanas controladas por notables locales y por el clero, que hasta los años sesenta tuvo fuerte y abierta participación política junto a la derecha conservadora. Los liberales y socialistas ganaban solo puestos de minoría, aunque a veces, con candidatos que tenían gran simpatía popular, alcanzaron alcaldías y presidencias de concejos municipales, sobre todo en Ibarra y Otavalo. Hasta la década de los sesenta el predominio conservador se mantuvo. En las elecciones constituyentes de 1966 y las legislativas del 68 y 70, la derecha obtuvo aplastantes triunfos. Desde el inicio de la etapa de vigencia constitucional en 1979, la tendencia cambió. Con una fuerte urbanización y secularización de la sociedad, el electorado se inclinó por candidaturas del reformismo, del

45 Rafael Quintero, *Entre el hastío y la participación ciudadana: partidos y elecciones en el Ecuador (2000-2002)*, Quito, Abya-Yala/ILDIS, 2002.

populismo o la izquierda. Solo excepcionalmente y por minorías, los candidatos de derecha lograron algunos puestos.

En las elecciones tiene su peso el perfil individual de los candidatos y también el empuje que da a las listas su identificación con fórmulas ganadoras a nivel nacional. En no pocos casos, un personaje de prestigio ha obtenido altas votaciones, así como aspirantes prácticamente desconocidos han triunfado cuando eran candidatos de un aspirante presidencial favorito en una elección general. Pero es evidente que en Imbabura, como en las demás provincias del país, se ha dado una presencia más o menos constante de fuerzas políticas que tienen un respaldo sostenido y permanente. Vamos a hacer referencia a esas fuerzas, que han actuado en la provincia en las últimas décadas. En este artículo, por necesidad de una visión estructural y de conjunto, vamos a privilegiar una perspectiva general de las tendencias políticas y no la referencia a personalidades individuales.⁴⁶

El partido que desde 1979 tuvo más presencia y mayores éxitos electorales a nivel provincial y en la mayoría de los cantones, es la Izquierda Democrática. Con un discurso modernizante, inclusive a veces con una imagen de “izquierda”, la ID logró captar las antiguas bases de la derecha, especialmente rurales, y consolidó un respaldo urbano de sectores medios y populares, fundamentalmente con una política de corte clientelar, de redistribución de recursos públicos mediante asignaciones para obras locales. Entre muchas figuras de esa organización política que han ocupado las más altas dignidades provinciales debe destacarse a Luis Mejía Montesdeoca, antiguo funcionario del Ministerio de Finanzas que, justamente, con esa experiencia basó su exitosa y repetida participación política como legislador y como prefecto provincial, en el manejo de asignaciones presupuestarias para la ejecución de obras para barrios, parroquias e instituciones. Mejía, sin duda el político de mayor influencia en Imbabura en las últimas tres décadas, abandonó la ID, pero se mantuvo en la vida pública, con respaldo popular significativo. El otro partido reformista, la DP, ha te-

46 Esta es una opción metodológica y, desde luego, no implica un juicio de valor sobre la actuación de los políticos imbabureños, muchos de los cuales son personas notables. En los párrafos siguientes se hacen consideraciones sobre los partidos y movimientos, con menciones individuales de carácter excepcional cuando se trata de personas que son representativas de las tendencias, que han tenido participación política extendida y presencia en la escena nacional.

nido también presencia en Imbabura, pero menor. Ha logrado varias diputaciones y dignidades locales. El desastroso gobierno de Mahuad, empero, le restó casi todo su apoyo.

La izquierda en Imbabura había tenido escasísima presencia electoral, salvo varios triunfos municipales del socialismo; pero en los ochenta y



Concentración política en el parque Pedro Moncayo.

noventa logró un repunte muy significativo. El Partido Socialista, que en Imbabura se reagrupó en 1984 con la presencia de la antigua militancia, del socialismo revolucionario y de la más destacada dirigencia de los trabajadores e indígenas, logró una organización rural y urbana considerable, llegando a ocupar varias veces la legislatura y en dos ocasiones la alcaldía de Ibarra y la de Antonio Ante. En los años ochenta inició su participación política electoral su dirigente más destacado en la provincia, Enrique Ayala Mora, quien ha tenido una activa presencia nacional.⁴⁷ Imbabura es una base importante del Partido Socialista-Frente Amplio, cuya presidencia nacional está actualmente ocupada por la imbabureña Silvia Salgado Andrade. El MPD, por su parte, también ha logrado algunos triunfos electorales, basados en su control gremial de los maestros, sobre todo cuando candidatizó al dirigente universitario Antonio Posso Salgado, que luego se separó de sus filas, siendo electo legislador por el Movimiento Pachacutik. Esta última organización política, si bien ha logrado votaciones importantes en varios cantones, ganando las primeras alcaldías indígenas, no ha logrado consolidarse como fuerza provincial. Posturas etnocentristas y la dispersión del movimiento indígena imbabureño han provocado esta realidad.

47 Enrique Ayala Mora, *Nuestra propuesta socialista, Imbabura en el corazón*, Ibarra, Consejo Provincial Socialista de Imbabura, 1990.

El populismo ha logrado una cuota de votación significativa en Imbabura. Especialmente el PRE ha tenido varios triunfos electorales. La figura más destacada de esa corriente ha sido Marco Proaño Maya, que se retiró recientemente de sus filas. Antes había formado parte del CFP.⁴⁸ Luego militó en el Partido Demócrata. El líder del PRE Abdalá Bucaram mantuvo popularidad en la provincia por varios años. La derecha, como se ha indicado, nunca logró volver a su predominio del pasado, pero mantuvo una cuota de respaldo electoral que le ha permitido al Partido Social Cristiano, en varias ocasiones, alcanzar una diputación o puestos municipales.

El respaldo obtenido en los últimos años por candidatos del PRIAN y Sociedad Patriótica, ha estado vinculado con las candidaturas nacionales de sus líderes, Álvaro Noboa y Lucio Gutiérrez. Es muy temprano para saber si tendrán ulterior presencia provincial. Desde el triunfo de Rafael Correa en 2006, el Movimiento País ha sido la fuerza dominante en el país y en Imbabura. Pero, lejos de constituirse como una organización política orgánica de izquierda, País ha funcionado como una fuerza asentada sobre bases clientelares, con una composición difusa y a veces contradictoria, donde los enfrentamientos personales y de grupo parecen pesar más que las definiciones programáticas e ideológicas.

Cuando se escribe este texto, la tendencia representada por Rafael Correa domina al electorado de Imbabura, que ha demostrado reiteradamente su aspiración por un cambio profundo del país, que venza la corrupción y ponga al Ecuador en el camino del desarrollo autónomo y la defensa de sus recursos y su soberanía. Frente al gran desafío del futuro, solo podemos esperar que esa aspiración se cumpla.⁴⁹

48 Marco Proaño Maya, *Yo CFP, ensayo político*, Quito, sin pie de imprenta, 1980.

49 Este texto fue escrito en el año 2009. Desde entonces hasta el presente, (2014) la situación ha cambiado. El gobierno de Rafael Correa se ha definido cada vez más con un proyecto de modernización refleja del capitalismo, que plantea una política extractivista de los recursos naturales y se enfrenta a las organizaciones sociales. En la elección seccional de febrero de 2014 el Movimiento País fue derrotado en Imbabura como en el resto del Ecuador, y ya no puede considerarse como la fuerza política dominante en la provincia.

Educación y cultura

Imbabura ha tenido desde el pasado importantes instituciones educativas y ha sido cuna de destacados maestros.⁵⁰ Desde los años cincuenta, en la provincia como en todo el país, se acentuó la expansión del sistema educativo iniciada años antes. El Estado realizó un gran esfuerzo de construcción y dotación de centros educativos. Se incrementó el número de profesores y alumnos. También se crearon numerosos planteles privados, algunos de tipo comercial. Casi todos los establecimientos, empero, enseñaban “humanidades” y sus egresados no tenían espacio laboral, constituyéndose en candidatos para la universidad. El Estado hizo un esfuerzo para impulsar la educación técnica. Al mismo tiempo dio importancia a la alfabetización. En este campo se han hecho algunos avances. Para 1990 la tasa de analfabetismo se había reducido al 11,7% y el 2001 era del 9,0%.⁵¹ En ese lapso la escolaridad se elevó de 6,7 a 7,3 años. Sin embargo, no se logró una elevación de la calidad de la educación, cuya cobertura mantiene disparidades regionales, de género y etnia. Las demandas indígenas lograron que se estableciera la educación bilingüe intercultural, que en la provincia de Imbabura ha tenido un significativo desarrollo.

Imbabura fue tradicionalmente una provincia de alto analfabetismo. A lo largo de las décadas pasadas se logró reducirlo en forma significativa hasta que en 2001 llegó al 12% de la población.⁵² De todas maneras, esta es una cifra superior al porcentaje nacional ya mencionado. Debe notarse, sin embargo, que hay situaciones diferentes entre los diversos cantones. En 2008, por ejemplo, el cantón Antonio Ante se declaró libre de analfabetismo.

Uno de los rasgos más destacados de la vida de la provincia en las últimas décadas ha sido el crecimiento del sistema educativo, al que ya se hizo breve referencia (ver cuadro D). En el año escolar 2004-2005, había en la provincia 705 planteles educacionales de preprimaria, primaria y media, con 5.242 docentes, 96.431 alumnos, 587 administrativos y 462 miembros del personal de servicios.⁵³ El crecimiento

50 Pedro Manuel Zumárraga, *Figuras estelares del magisterio imbabureño*, Ibarra, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo de Imbabura, 1995.

51 Instituto Nacional de Estadística y Censos, INEC, *Datos del Censo Nacional 2001*.

52 *Ibid.*, provincia de Imbabura.

53 Fuente INEC, datos finales, año escolar 2004-2005.

Cuadro D
PROVINCIA DE IMBABURA
PLANTELES, PROFESORES, ALUMNOS, ADMINISTRATIVOS Y DE SERVICIO POR NIVEL
Año escolar 2004-2005, datos finales

Cantón	Preprimaria					Primaria					Media					Total				
	Plantel	Prof	Alum	Adm	Serv	Plantel	Prof	Alum	Adm	Serv	Plantel	Prof	Alum	Adm	Serv	Plantel	Prof	Alum	Adm	Serv
Ibarra	68	129	3 168	50	23	150	1 096	24 153	32	96	44	1 258	16 744	216	89	262	2 483	44 065	298	208
Antonio Arba	13	29	738	7	5	24	230	5 376	4	23	5	169	2 165	41	18	42	428	8 279	52	46
Cotacachi	13	23	521	7	3	109	330	7 707	0	14	11	197	2 044	41	26	133	550	10 272	48	43
Olavito	37	77	1 873	13	9	110	751	17 302	14	49	28	569	8 164	129	75	175	1 397	27 339	156	133
Pimampiro	4	6	158	1	1	40	115	2 229	0	9	5	81	852	15	5	49	202	3 239	16	15
S. Miguel de Urcuquí	8	10	251	1	4	32	109	2 329	0	6	4	63	657	16	7	44	182	3 237	17	17
Total Imbabura	143	274	6 709	79	45	465	2 631	59 096	50	197	97	2 337	30 626	458	220	705	5 242	96 431	587	462

Fuente: INEC.

cuantitativo, por desgracia, no trajo también calidad. El deterioro de la educación ha sido notable y el Estado la ha descuidado en forma permanente. Tampoco en el sector privado se ha priorizado los contenidos. Muchos de los establecimientos particulares miran prevalentemente al negocio. Solo en los primeros años del siglo XXI se dio cierta preocupación pública por la educación. En una consulta popular en 2006, se consagró un compromiso de elevación de la inversión pública y la calidad educativa. Pero ese compromiso debe ser asumido por el sector público y la sociedad toda para que pueda ser debidamente cumplido.

Una tradición muy importante de trabajos sobre la naturaleza de la educación, sobre sistemas pedagógicos y propuestas de reforma educativa en que se destacaron a nivel nacional en el pasado Fernando Chávez y Gonzalo Rubio Orbe, no ha tenido continuidad en los años recientes. Luego de la generación de Abelardo Morán, Ana Luisa y Juan Francisco Leoro, Alfredo Albuja Galindo y Juan Francisco Cevallos, entre otros, en nuestra provincia ha habido, y los hay ahora, maestros que han influido en sus campos, pero no hay reflexión pedagógica y didáctica como la que hubo en otra época.

En los años sesenta, el rápido aumento de bachilleres presionó sobre las universidades del país, que crecieron en proporciones y en número. En Imbabura, la aspiración de contar con un centro de educación superior se cumplió con la creación de la sede de la Universidad Católica del Ecuador, impulsada por el gran humanista Hernán Malo González. En pocos años se creó también la Universidad Técnica del Norte, que funcionó un tiempo como extensión de la Universidad de Loja y luego se transformó en el centro superior público más grande de la región. Su conductor más destacado ha sido Antonio Posso Sal-

gado. Su actual rector es Miguel Naranjo Toro. Ya en la primera década del siglo XXI se fundó la Universidad de Otavalo, gestada a partir del núcleo del Instituto Otavaleño de Antropología.

Además de las instituciones universitarias imbabureñas mencionadas, funcionan en varias ciudades de la provincia, sin ningún control efectivo, extensiones de numerosas universidades, sobre todo privadas, cuyas matrices están establecidas en otros lugares del Ecuador. En su mayoría, empero, la calidad de su oferta docente es muy baja. En cuanto a investigación, es virtualmente inexistente en la provincia y no parece que los centros superiores hubieran privilegiado este aspecto de la promoción científica, tan importante para un país que se propone vencer el subdesarrollo. La proliferación de instituciones superiores ha llegado en el Ecuador –y en Imbabura– a tal punto que, lejos de garantizar su nivel, más bien refleja un notable deterioro, que no ha podido ser superado, pese a esfuerzos aislados que se han dado en varias universidades y escuelas politécnicas.

En la primera mitad del siglo XX la cultura tuvo un notable desarrollo en Imbabura. En la segunda mitad, empero, ese ímpetu disminuyó o se dio en forma bastante desigual. En la poesía, por ejemplo, solamente descolló con gran proyección nacional e internacional la figura de Carlos Suárez Veintimilla, poeta religioso y del paisaje imbabureño. Adicionalmente se debería mencionar en este género a Luis Plutarco Cevallos Guerra, Alfredo Rodas Reyes, Federico Yépez y a Juan F. Ruales, que también se ha destacado en otros campos.⁵⁴ En la poesía quichua, Imbabura cuenta con el autor más importante del país, Ariruma Kowii.

No hay una figura nacionalmente destacada de la novela desde los años sesenta, con la excepción de Gustavo Alfredo Jácome, autor de varias novelas y otros aportes a la lengua, pero debe mencionarse a Juan Viteri Durand, José Flores Recalde y Jorge Villacís. Han publicado obras relevantes en la narrativa Huilo Ruales, David Andrade Aguirre, Fernando Moreno, Jorge Luis Narváez, Fernando Bonilla, Juan Carlos Morales, entre otros. En el campo de la enseñanza de la literatura se destacaron los religiosos Ernesto Proaño y Alberto Haro.

54 Es muy importante indicar que este artículo se refiere al período que va desde el inicio de los años sesenta hasta nuestros días. No menciona, por tanto, a personalidades cuya principal producción fue anterior a esa década.

En la plástica, en cambio, la provincia se ha consagrado en los últimos años como una verdadera potencia con proyección nacional e internacional. A la tradición de los grandes maestros como Troya, Toromoreno, los Reyes, los Mideros, Mena Franco y Gómez, se sumaron varias generaciones de notables pintores como Gilberto Almeida, Jorge Perugachi y Germán Pabón, seguidos de Nicolás Herrera, Karlomán Villota, José Bastidas, Edgar Reascos, Luis Aguirre, Gustavo Cáceres, Carlos Castillo, Pablo Caviedes, Oliverio Corrales, Salomé Lalama, Rubí Larrea, Jaime Obando, Solymar López, Jorge Porras, Rosy Revelo, Fernando Torres y José Villarreal. La lista, en que buena parte han sido alumnos del Colegio Daniel Reyes, es larga porque el tema lo amerita, pero no es exhaustiva. Ciertamente hay otros tantos pintores destacados que merecerían ser nombrados, pero nos topamos con los límites de este artículo.⁵⁵ En la escultura se ha mantenido la tradición en San Antonio y pueden ser mencionados varios de los Potosí y los Almeida, Alcides Montesdeoca y Luis García Linto, entre muchos más que la limitación de este espacio impide enlistar, aunque fuera muy rápidamente. Hay que mencionar, además, a varios talladores de altares que han exportado sus obras con notable éxito a Europa. También han surgido algunos talleres de promoción artística, como el de producción de grabado que dirige Luis Vinuesa. Un papel muy destacado en la promoción de la plástica ha cumplido la distinguida crítica y experta Inés Flores.

En Imbabura se han destacado varios autores en los estudios arqueológicos e históricos. Víctor Alejandro Jaramillo, César Vásquez Fuller y Carlos Rivadeneira Flores venían trabajando desde antes de los sesenta y lo siguieron haciendo hasta sus últimos años. Alfredo Albuja Galindo, hombre público, dirigente político y maestro, escribió sobre historia cultural y periodística. Rodrigo Villegas Domínguez, abogado y maestro, trabajó sobre la Época Aborígen y escribió la *Historia de la provincia de Imbabura*, una de las mejores historias locales del país.⁵⁶ El padre Jorge Villalva combina su vocación religiosa con la docencia, la investigación histórica y la preservación documental. Fray Agustín Moreno se ha dedicado al conocimiento y rescate del arte y la

55 Una excelente perspectiva de la pintura imbabureña contemporánea y sus principales figuras se encuentra en el libro de entrevistas de Rodrigo Villacís Molina, *20 pintores de Imbabura*.

56 La obra ya fue citada: Rodrigo Villegas Domínguez, *Historia de la provincia de Imbabura*.

cultura, especialmente coloniales. También deben ser mencionados los religiosos Severo Gomezjurado y Luis Octavio Proaño.

Roberto Morales Almeida, político, maestro y periodista, ha hecho grandes contribuciones a nuestra identidad local. Los últimos años los ha dedicado a la preparación de la *Monografía de Ibarra*, obra colectiva que edita la Sociedad Amigos de Ibarra. En este género, la monografía local, se debe mencionar también a Pedro Manuel Zumárraga, Álvaro San Félix, Oswaldo Villalba y Cecilia Peñaherrera. Entre quienes han escrito ensayo sobre identidades locales está Marcelo Valdospinos Rubio.⁵⁷ Varios autores, entre ellos Luis Alfonso Martínez de la Vega y Abelardo Morales Granda y Francisco Villacís, recopilaron las tradiciones locales. Miguel Ángel Gomezjurado preparó algunas antologías y biografías de notables locales. Se dedicó también a las prácticas y escritos esotéricos.

Al frente de una corriente de renovación historiográfica del Ecuador, que ha coincidido con procesos similares en toda América Latina, está Enrique Ayala Mora, editor de la *Nueva Historia del Ecuador*, de la *Historia de América Andina* y de numerosos trabajos especializados, varios de ellos sobre la provincia de Imbabura.⁵⁸ También han realizado investigaciones historiográficas José Echeverría y Alexandra Martínez. En la renovación de los estudios sociales en el país se destacó Agustín Cueva Dávila, sociólogo y ensayista, profesor de la Universidad Central y de la Universidad Autónoma de México, que tuvo influencia en los estudios sobre Ecuador y América Latina.⁵⁹ René Báez ha realizado importantes aportes al pensamiento económico del país.

Siguiendo una tradición iniciada en los años veinte, el indigenismo y la antropología han tenido entre los imbabureños destacados exponentes. Luego de dos grandes figuras nacionales como Fernando Chávez y Gonzalo Rubio Orbe, hay que mencionar a la obra pionera de Aníbal Buitrón y a los aportes colectivos que a la investigación

57 Cfr. Marcelo Valdospinos Rubio, *La otavaleñidad*, Otavalo, Editorial Gallo capitán, s.f.; *Imbabura, telúrica*, Ediciones IOA, 1998.

58 He incluido esta referencia personal, estrictamente descriptiva, porque varias personas que han leído este texto me lo han sugerido, considerando que su contenido debía ser completo sobre los imbabureños que han trabajado en varios campos de la cultura.

59 Agustín Cueva es considerado el sociólogo más importante del país. Varias de sus obras han sido publicadas en el exterior y todas ellas son constantemente reeditadas en el país. Se han hecho varios estudios sobre su pensamiento.

y publicación científica hizo el Instituto Otavaleño de Antropología, cuya elevada cantidad de estudios y libros impide mencionarlos individualmente junto con sus autores. José Almeida Vinueza ha realizado notable trabajo como antropólogo.

El pensamiento filosófico o historia de las ideas ha sido poco cultivado entre los imbabureños.⁶⁰ Entre los docentes de Filosofía hay que mencionar a Benigno Mantilla Pineda, que trabaja sobre Filosofía del Derecho, a Nelson Reascos y a Marcelo Villamarín, que tienen también trabajos sobre pensamiento político. En este campo se deben mencionar a Julio César Trujillo Vásquez, Fabián Villamar Espinosa de los Monteros y Enrique Ayala Mora. Imbabura ha sido en el pasado tierra de juristas.⁶¹ Aquí no vamos a mencionar los nombres de los que han sobresalido en toda la historia, fundamentalmente porque este artículo se refiere a las últimas décadas.⁶² El más connotado de entre los imbabureños, y quizá de los juristas ecuatorianos de la segunda mitad del siglo XX, ha sido Julio César Trujillo, legislador, dirigente político y maestro universitario. También han publicado obras jurídicas importantes Aníbal Guzmán Lara, César Dávila Torres y Hernán Ribadeneira Játiva. Se han destacado como internacionalistas Galo Leoro Franco y Luis Moreno Guerra.

El periodismo tuvo su más destacada figura en el ya mencionado obispo Leonidas Proaño, fundador del diario *La Verdad*, y en sus continuadores Roberto Morales Almeida, Wilson Flores y el grupo original de la "Sociedad Cardijn". A ellos se debe añadir, entre otros, a César Morales Granda y Jacinto Salas, así como los promotores de nuevos periódicos. En la radiodifusión se han destacado Jaime Félix, Abelardo Morán, Silvio Morán Madera y Marco Chicaiza. No es posible listar a muchos otros representativos. A nivel nacional han descollado en el periodismo Jaime Chávez Granja, Hugo y Lincoln Larrea Benalcázar, así como Alfonso y Gabriel Espinosa de los Monteros.

60 Debe destacarse que el padre Enrique Almeida promovió varios estudios y reuniones filosóficas. Ha ejercido las funciones de obispo de Ibarra, el destacado profesor de Filosofía y Teología Julio Terán Dutari.

61 Alfredo Albuja Galindo, *Imbabura en la cultura nacional*, Ibarra, Imprenta Municipal, 1979, p. 267.

62 Como ya se advirtió, en este artículo no vamos a mencionar a quienes realizaron su principal labor intelectual antes de la década del sesenta, aunque varios de ellos, como Humberto García Ortiz, Ricardo Cornejo Rosales o Luis Jaramillo Pérez, vivieron hasta años después.



Ñucanchi Llacta es el más antiguo grupo de danza popular.

El florecimiento de la música en Imbabura que se dio en la primera mitad del siglo XX no ha tenido continuidad con el mismo vigor. Ha habido en la provincia algunos destacados ejecutantes, pero poca creación en los últimos años. Una excepción sería Armando Hidrovo, notable autor y eje-

cutante que produjo hasta su muerte en los años ochenta. En este campo ha comenzado a tener presencia nacional Fernando Báez.

En lo que se refiere a la música popular indígena, entre algunas que se han destacado, hay una en especial que debe mencionarse. Alfonso Cachiguango Fichamba, fundador del grupo *Ñanda Mañachi*, ha impulsado una renovación de la música indígena y ha recopilado una gran cantidad de piezas autóctonas, al mismo tiempo que ha realizado numerosos arreglos y composiciones. Ha hecho numerosos viajes al exterior. La música afrochoteña es uno de los valores más altos de la cultura nacional. La composición y ejecución de la *bomba* del Chota ha tenido en los últimos años enorme aceptación nacional e internacional. Su más importante exponente es Germán Congo.

Una antigua tradición de orquestas dedicadas a la música bailable ha continuado entre otras, con la *Rumba Habana*. La danza tradicional cuenta con una gran cantidad de grupos en la provincia. El más antiguo y con mayor continuidad es *Ñucanchi Llacta*. Paco Salvador ha realizado importantes innovaciones en la danza.

El fenómeno de cultura popular más destacado que se ha dado desde Imbabura, con proyección nacional e internacional, es del desarrollo de la música roquera, cuyo más importante exponente ecuatoriano es Segundo Rosero, que además de continuar una tradición ya asentada introdujo en las preferencias del público, con su particular estilo, versiones de la *bomba* tradicional afrochoteña. Rosero es uno de los artistas más cotizados del Ecuador, con un enorme éxito en otros países de América y Europa. Hay algunos otros exitosos cantantes.

Siempre los recursos dedicados a la cultura han sido muy limitados. Por ello, desde los años sesenta, el recién fundado Núcleo de la Casa de la Cultura de Imbabura tuvo que funcionar con muy escaso financiamiento, con el aporte voluntario de sus miembros. Su *Revista*, empero, ha aparecido anualmente con artículos y ensayos en donde se aprecia el clima cultural y la producción de la provincia. Desde los setenta, los ingentes ingresos petroleros del Estado fueron dedicados en pequeña pero significativa parte, a la cultura. Varias entidades oficiales auspiciaron temporadas de teatro y música, concursos artísticos, investigaciones y publicación de obras. Este mecenazgo oficial llegó muy poco, o casi nada, a Imbabura. En la provincia, otras instituciones han realizado trabajo cultural voluntario.

Hay en toda la provincia una gran cantidad de asociaciones, clubes y grupos culturales, de música y teatro que tienen una vida activa y mucha productividad. Viven del trabajo voluntario y los aportes de sus miembros. Es imposible presentar aquí a todas esas instituciones, pero quizá se deba mencionar a algunas de ellas. El Instituto Otavaleño de Antropología, que ha tenido una trayectoria importante.⁶³ También deben mencionarse al Centro Cultural Femenino Ibarra, la Fundación "Pedro Moncayo" y el "Taller Cultural Causanacunchi", que en su momento catalizó un renacimiento de las expresiones culturales indígenas en ascenso. La Sociedad "Amigos de Ibarra", alentada por Roberto Morales y Fausto Yépez, ha cumplido un papel fundamental en la promoción de la identidad local.

Al revisar esta breve, y forzosamente incompleta, mirada de la cultura imbabureña se debe constatar un rasgo importante de la realidad. Mientras en el pasado muchos de los personajes que se destacaron en la cultura, vivieron en la provincia, fundamentalmente en Ibarra, Otavalo y Cotacachi, y por ello se dedicaron allí a la enseñanza o a la producción en contacto con el ambiente local; muchos de los que han sido mencionados como exponentes en varios campos desde los años sesenta, han vivido o viven fuera de la provincia, en Quito o en el exterior. Esto ha permitido, desde luego, que esos imbabureños tuvieran la posibilidad de influir desde espacios más amplios en el nivel nacional o internacional. Pero también ha significado que las institu-

63 Plutarco Cisneros Andrade, *El Instituto Otavaleño de Antropología. Un caso en el contexto cultural ecuatoriano. Sus aportes a la Antropología contemporánea*, Otavalo, publicación del IOA, 1992.

ciones locales no pudieran contar con su aporte cotidiano. Se ha dado así una suerte de "fuga de cerebros".

Salvo muy raras situaciones de excepción, las instituciones imbabureñas no han podido constituirse en centros de producción de pensamiento y no han logrado establecer lo que podríamos denominar "escuelas locales" de derecho, crítica literaria, historiografía o antropología, como ha sucedido en ciertos campos en Cuenca o Loja, por ejemplo. Ha habido, sin duda, notables juristas, escritores e historiadores, pero no se ha generado corrientes con un sello imbabureño o local. Frente a esa realidad, lo digo con autocrítica responsable, debemos incentivar a los autores imbabureños, dondequiera que estén, a que reflexionen y escriban sobre su tierra y su gente, como un aporte a la producción colectiva, tratando de mantener diálogo con aquellas personas y entidades que trabajan en la provincia.

La cultura imbabureña, rica y diversa, se ha desarrollado con fuerza en medio de un vigoroso despertar de los pueblos indígenas, de la reafirmación de las identidades mestizas y de la visible presencia de los aportes afroecuatorianos. Al mismo tiempo que se ha dado un desarrollo desigual de la cultura formal, las manifestaciones de cultura popular han cobrado fuerza, aunque la masificación de los medios de comunicación, especialmente de la televisión fuertemente influenciada por contenidos exógenos, representa una presión muy grande de desnacionalización y dispersión cultural. En nuestra provincia ha avanzado la conciencia de la diversidad de la sociedad ecuatoriana e imbabureña y la necesidad de preservar los valores de todos sus componentes. Por ello Imbabura es un campo privilegiado para la construcción de la sociedad intercultural del futuro, en donde, además de la lucha contra las desigualdades, la explotación y el racismo, se abra un espacio común de unidad para un proyecto nacional ecuatoriano amplio y participativo.

Ibarra, febrero de 2009

Segunda parte

Estudios específicos

El Caranqui Inca

Atractivos económicos que motivaron la expansión incaica en el área septentrional andina norte y datos que aporta la investigación del sitio incaico de Caranqui

José Echeverría-Almeida

Salvo contadas excepciones, comúnmente, los arqueólogos e historiadores se han limitado a una repetición simple de lo que escribieron los cronistas que acompañaron a los conquistadores o que llegaron después o que escucharon alguna narración sobre las costumbres aborígenes y las guerras locales. De los estudios modernos sobre el tema, pocos trabajos insinúan la consideración de los aspectos económico-sociales y religiosos como el motor que estimuló la presencia cruel de los Incas en este territorio. Así por ejemplo, Frank Salomon (1980), Chantal Caillavet (2000) y últimamente, Tamara Bray (2003) señalan como un elemento fundamental de la expansión imperial, la producción, en su sentido amplio, esto es incluyendo "las relaciones sociales y los cambios culturales que resultan de las actividades productivas."

Lissa Kathrin Rankin (1994) y otros autores señalan que en menos de cien años (1440 a 1525) el *Tawantinsuyu* se extendió desde el río Maule en Chile hasta la región conocida como Quito. Una franja aproximada de 4.500 km de largo por 500 km de ancho; una población estimada de 8 millones (Oberem 1988:140) y 15 millones según Sapper, citado por Pease (1991:73).

La transformación de una confederación de cacicazgos en un "estado teocrático" requería no solo de la ayuda de los dioses, sino de un aparato administrativo eficaz, autoridades eficientes y una base económica sólida, que garantizara el bienestar de la elite gobernante, de los sacerdotes, del ejército y de la población en general.

Por eso hemos visto en el caso de los Incas, que paralelamente a las actividades de conquista, se planifica y construye una red de caminos principales y secundarios, para que fluyera rápidamente la información y los bienes materiales.

Para consolidar la economía del Tawantinsuyu, el área de la sierra norte del actual Ecuador y el sur de Colombia se mostraba atractiva para satisfacer muchas de las necesidades del imperio incaico. En este territorio, la diversidad del clima, topografía y vegetación permitieron un desarrollo de la agricultura y adaptación de plantas y animales a diversos pisos ecológicos, que posibilitó tener productos agrícolas durante todo el año, quizá desde hace 4000 años, acorde a los datos proporcionados por las evidencias encontradas en el fondo de la laguna de San Pablo, investigación realizada juntamente con el Dr. John Stephen Athens (1999; 2001).

¿Quiénes habitaban la sierra norte del Ecuador y sur de Colombia al momento de la invasión incaica?

Una de las riquezas de la sierra norte del Ecuador y sur de Colombia, pocas veces valorada, fue la población nativa, con habilidades y destrezas innatas y con experiencias en labores productivas ensayadas durante miles de años. La apropiación de esta fuerza productiva fue un elemento de atracción por parte del imperio incaico. Esta población se hallaba organizada en Cacicazgos al mando de caciques o curacas y principales. La gran masa de población estaba subordinada a la élite cacical a través de un sistema gradual de redistribución de bienes y de control de la mano de obra. El área de los Caranquis que abarcaba por el sur desde Pifo y el valle del Guayllabamba y por el norte el valle del Chota-Mira y la etnia Pasto que continuaba hacia el norte, desde el valle del Chota hasta el Norte de Nariño. Esta extensión coincide con el área conquistada por los incas, que en tiempo de los españoles fue la jurisdicción del Corregimiento de Otavalo (1563) considerado económicamente el más importante y de alto desarrollo sociocultural.

La inferencia de la densidad poblacional en esta área es de suma importancia porque de esta realidad se pueden derivar algunos aspectos económicos que interesaron a los incas. Acorde a los cálculos de la población existente en el Corregimiento de Otavalo en vísperas de la conquista española (Larraín 1980) la proyección poblacional del área Caranqui fluctuaría entre 107.705 y 132.768 habitantes. Los Pastos en esta época eran más numerosos. En el siglo XVI, los Pastos constituían la población más numerosa y mejor organizada de la zona interandina de Carchi-Nariño. Durante los años 1534-1558 se calcula una población aproximada de 239.604 (Larraín 1980; Landázuri 1995:46; Rómo-

li 1977: 78-79). La fuerza de trabajo era el mayor factor rentable de la economía inca, lo que le llevó al soberano a influir en los matrimonios y no dejar mujer soltera (Villanueva Sotomayor 1994: 160).

A más de los habitantes, el área septentrional andina norte tiene una geografía privilegiada.

Diversidad ecológica y producción agrícola

Geográficamente, se han detectado en la sierra norte del Ecuador y sur de Nariño siete pisos ecológicos que van desde el subtrópico hasta los nevados. De estos pisos, cuatro son bien marcados. De modo que se pudo obtener una gran variedad y diversidad de bienes naturales y económicos y sobre todo, el aprovisionamiento de productos fue factible durante todo el año. La disponibilidad de terrenos cultivados en distintos pisos ecológicos fue una estrategia adoptada por los caciques locales y por los incas, especialmente para complementar los recursos para la diaria subsistencia y para compensar pérdidas de cultivos por fenómenos naturales como las heladas, a veces frecuentes, en el altiplano de la sierra norte. La población local había desarrollado tecnologías agrícolas semejantes a las existentes en Perú y Bolivia, los campos elevados y las terrazas. En la sierra norte había más de 4.000 hectáreas con campos elevados (Preston 1984: Tabla 1; Gondard y López 1983: 148-149). Vestigios de camellones, una variedad de campo elevado son aún visibles al sur de la laguna de San Pablo y en Paquiestancia, Cayambe. Las pendientes fueron modificadas mediante andenes y terrazas; Gondard y López identificaron en la sierra norte alrededor de 25 km² de terrazas.

Gran parte de las plantas domesticadas tempranamente en América fueron sembradas por las poblaciones de la sierra norte, se cultivó principalmente maíz (*Zea mays*), fréjol (*Phaseolus vulgaris*), papa (*Solanum tuberosum*), camote (*Ipomea batatas*), zanahoria blanca (*Arracacha americana*), yuca (*Manihot esculenta*; *M. utilissima*), jícama (*Pachyrhizus sp.*), maní (*Arachis hipegea*), chocho o altramuz (*Lupinus sp.*), aguacate (*Persea americana*), guayaba (*Psidium guayaba*), guaba (*Inga edulis*), granadilla (*Passiflora ligularis*), pepino (*Solanum muricatum*), tabaco (*Nicotina sp.*), cabuya blanca (*Fourcroya sp.*), cabuya negra (*Agave Americana*) y variedad de cucurbitáceas como el zambo (*Cucurbita máxima*), el zapallo (*Cucurbita ficifolis*); en los climas subtropicales: coca (*Erythroxylon sp.*), algodón (*Gossypium birsutum*), ají largo (*Capsicum annuum L.*), ají

rocoto (*Capsicum annuum L.*), una calabaza de corteza dura (*Crescentia cujete L.*) denominada "puro", para elaborar recipientes. Es decir, productos familiarizados con los incas y que lo requerían en abundancia. El maíz, especialmente transformado en chicha era un elemento infaltable en las ceremonias y rituales, que debieron haber sido más frecuentes durante la conquista incaica.

Varios autores, entre ellos Adelman (1998), Murra (1975), Pease (1980, citado por Caverro 1986) indican que el maíz fue muy importante para los incas. Precisamente, el territorio de los Caranquis y Cayambis era una zona maicera por excelencia, como lo es hasta hoy. Gondard y López (1983: 35) identificaron en la sierra norte: 34.100 hectáreas de cultivo de maíz y 12.100 hectáreas de papas; los autores citados enfatizan que el maíz fue un marcador de la cultura. Precisamente, muchas de las fiestas tradicionales que persisten hasta la actualidad están relacionadas con el calendario agrícola del maíz. El beber la chicha era parte obligatoria del ritual y un elemento infaltable en la casa del cacique local y del Inca a fin de animar las reuniones sociales.

En los pisos bajos como el valle del Guayllabamba, el Pisque, Ibarra y el valle del Chota-Mira, terrazas fluviales del río Ambi, la zona de Intag se cultivó el algodón, la hoja de coca, el ají, el añil y en Salinas del Chota se procesaba la sal-tierra.

A más de los productos agrícolas bajo el control directo del cacique local, se conseguía proteína animal a través de los cazadores especializados. La carne de monte era solo para la élite incaica. La habilidad de cada grupo étnico para elaborar determinados productos fue socialmente reconocida. Entre los Pastos había gente especializada en cacería, pastoreo y en la agricultura. La carne fue curada al sol, algo similar al charki andino. A más de los recursos agrícolas y de cacería había minas de metales preciosos y grupos humanos especializados en orfebrería.

Minas de metales preciosos

En la monografía de San José de Minas escrita por el cura José María Coba Robalino 1923, citado por Maximina Navarro (1986: 102) se lee:

El nombre de San José de Minas... a causa de los lavaderos de oro que hubo en las cabeceras del arroyo Ambubiro. En el río Kala hay una mina de plata perdida a causa de un terremoto. Antiguamente era explotada

por los indios habitantes de ese lugar y luego después fue explotada por el Municipio de Otavalo por orden del Libertador Simón Bolívar en 1825.

En la relación escrita por el Padre Antonio Borja ({1591} 1992: 482) hay datos importantes sobre la existencia de minas de oro al pie de la cordillera de los Quijos, a las espaldas de Chapi, de donde se sacó mucho oro y plata. La zona aurífera corresponde a la cordillera de Pimampiro. Los indios, hombres y mujeres del pueblo de Chapi, que se hallaban en la ruta hacia las poblaciones orientales de los Cofanes y Quijos hacían alarde con grandes adornos de oro (Navarro 1986). En Pimampiro todavía se conserva el topónimo "Cullquijaca" una antigua mina de plata localizada en la margen occidental del río Mataquí (Jaramillo 1968: 211).

El cerro Chiltazón ubicado en la parte noroeste de la actual provincia del Carchi era famoso por las minas de plata, que continuaron siendo explotadas hasta la época de la Colonia. Muchos ríos de la provincia del Carchi tenían oro de lavadero como en Bolívar y La Paz (Pisán, Túquer y Taques). También El Pun tenía minas de oro (Navarro 1986). En las montañas occidentales de la región de Otavalo, zona de Intag, había minas de plata, oro, cobre, cristal de roca (ANH 1885). En la parte colombiana, norte de Nariño, había minas de oro en territorio de los abades, quienes tributaban en oro.

Las abras o bocas de montaña fueron utilizadas para comunicarse con poblaciones ubicadas más allá de las cordilleras y proveerse de productos provenientes de áreas muy lejanas. Para el intercambio había grupos especializados.

Productos provenientes de áreas muy lejanas

Desde Quito hasta Pasto existieron los *mindalae* "yndios mercaderes" que conseguían bienes exóticos populares (algodón, sal, ají...) y bienes exóticos suntuarios (coca, concha *spondylus*, plumas, oro y otros objetos de ostentación), estos últimos de uso restringido para los caciques locales. Estos productos daban a su poseedor un alto poder simbólico. En Otavalo, el cronista Sancho Paz Ponce de León (1582) constató la presencia de esta gente especializada en intercambio de bienes. El conocimiento que tenían los *mindalae* de los lugares donde existía oro debió llamar la atención de los incas, así como posteriormente sucedió con los españoles, quienes aplicaron a los *mindalae* un tributo alto en oro (Salomon 2011:196).

El trabajo de los mindalaes (mercaderes) fue favorecido con el establecimiento de enclaves o colonias multiétnicas y colonias extraterritoriales y los mitimaes, migración forzosa de un grupo o la totalidad de una determinada población que era desarraigada de su lugar de origen y trasladada a otro lugar distante del Tawantinsuyu. Esta estrategia no era únicamente militar, sino que obedecía a un propósito económico: incrementar la producción con gente especializada en determinadas actividades económicas.

La relación sierra-selva practicada por los caciques de la sierra norte se interrumpió en la época de los incas, para evitar el apoyo que desde la ceja de montaña oriental recibían los Caranquis y Cayambes en su lucha contra los Incas. Sin embargo, el interés económico que despertaba la región amazónica estaba presente en las estrategias incaicas. Oberem (1967-1968: 153; 1971: 43-46) señala que Huayna Capac realizó una expedición al río Coca y trajo algunos indios de este sector a Quito. También su hijo Atahualpa incursionó a tierras bajas amazónicas posiblemente siguiendo la ruta de Pimampiro-Chapi, derrotero conocido por los aborígenes locales, a juzgar por los datos dejados por el padre Antonio Borja (1582) (1965):248-249):

Este pueblo de Chapi está cerca de la montaña de los Quixos, y la mayor parte de los naturales deste dicho pueblo de Chapi se llaman los montañeses. Tienen estos indios de la montaña contratación con los indios de la guerra y resgatan los unos con los otros. Los indios de la guerra traen muchas veces muchachos y muchachas a vender a trueque de mantas (de algodón), sal y perros... otras veces traen bandul (achiote) con que estos naturales se embijan y se pintan y tiñen mantas. Traen pita y traen papagayos y monos: traen muchas yerbas secas.

El intercambio o cambalache de bienes naturales y económicos se vio favorecido también con el establecimiento de lugares de mercado, los cronistas españoles se refieren a estos espacios de ferias públicas con el término náhuatl "tianquiztli" (tianguéz = plaza). El término kichwa es *catu* o gato, *hatuk*. Al norte del área Pasto, un centro de intercambio importante fue Ancuyá. En la sierra norte ecuatoriana, Landázuri (1995) menciona que en el valle del Chota-Mira hubo al menos dos centros de intercambio: Pimampiro y Las Salinas. Otros mercados importantes estuvieron en Quito, según información del Libro Primero de Cabildos de Quito, Tomo I, 1529-38 (citado por Hartmann 1971: 217). Los *tianguis* o *katug-pata* (plaza del mercado) estuvieron localiza-

dos en sitios estratégicos y tuvieron la característica de ser un territorio neutral y seguro, adonde todos los participantes acudían con naturalidad.

El cañón del Mira, que divide las actuales provincias de Imbabura y Carchi fue el derrotero natural que conducía a las poblaciones del litoral que poseían oro, platino, esmeraldas, plata y los productos exóticos del mar: caracoles y la concha *spondylus*. En la relación de Lita consta que el cacique –de nombre Caranqui– que mandaba en este pueblo, había sujetado a los indios de Lachas, Cahuasquí y Quilca. A quince leguas de distancia de este último pueblo estaban los Utubíes. Fray Gerónimo de Aguilar (1582; 1965: 246) escribió refiriéndose a los Utubíes:

Es tierra húmeda y caliente y enferma y peligrosa de indios de guerra que hay en menos de quince leguas y noticias que son más de cinco mil ánimas e indios de mucha riqueza y que tiene mucho oro, y la mayor parte dellos están y viven a la orilla de la mar.

Maximina Navarro (1986: 128 y ss.) se refiere a los datos aportados por Pedro Vicente Maldonado recopilados por José Rumazo González en el Tomo VI, pág. 162:

...en sus riquísimos minerales de oro que hemos descubierto en los ríos Santiago, Guembí Grande, Guembí Chiquito, Onsoles, San Miguel de Zapallos, Tululbí, Durango y Mira, con otros varios que desaguan en el Bogotá, Cayapas, Cachaví y otros de grandísima extensión de mineros...

Edmundo Guillén (2005: 258-272) escribió que la bahía de San Mateo (desembocadura del río Esmeraldas) fue el máximo límite del imperio. Cuando Wayna Capac ingresó en este territorio, la multitud de gente hostil fue sometida gracias a la actuación de los capitanes Michinacamayta y Chanco Yupanki. Entre los despojos tomados en esa región figuraron muchos objetos que habían pertenecido a Thupac Inka, los cuales habrían sido entregados por este Inka como obsequio cuando personalmente o por medio de sus capitanes llegó hasta estas tierras.

Un sitio que evidencia el intercambio de estos materiales exóticos y además con talleres de elaboración de objetos, es Los Soles (Bellavista, San Antonio de Ibarra) denominado anteriormente “el desfiladero del Inca” (Jaramillo 1968) donde actualmente se hallan investigando Carlos Montalvo y Eric Dyr Dahl.

Este potencial humano y económico de la sierra norte de Ecuador y sur de Colombia era una tentación para los incas, que lo anexaron al Tawantinsuyu aplicando todas las estrategias desde las más diplomáticas hasta las más sangrientas. Los enfrentamientos duraron más de diez años, hasta la última que fue la batalla ocurrida en las orillas de la laguna de Yahuarcocha.

Según Juan de Betanzos (1551), el ejército de las etnias locales seleccionaron Yahuarcocha por tener en sus alrededores fortalezas y porque en última instancia podían esconderse en los totorales. El cronista Murúa (1590) indica que hubo 70.000 soldados al mando de Huayna Capac. Herrera y Tordesillas (1615) señala que en la batalla de Yahuarcocha murieron 50.000 soldados de las etnias locales. En el Manuscrito de Quito (1642/1644) se lee que el ejército incaico se componía de 100.000 soldados. Cieza de León (1553) escribió que todas las cifras de los muertos en Yahuarcocha son exageradas, pero estima que los muertos pudieron ser 20.000.

Después de esta batalla, la población masculina nativa quedó reducida a los adolescentes por lo cual, los Caranquis fueron apodados los *huambracunans*. Con una relativa paz, el Inca decidió escoger el asentamiento aborigen de Caranqui para edificar un centro administrativo. El sitio de Caranqui era estratégico, para continuar la conquista de los territorios del norte, pues entre Quito y el Cuzco hay 2000 kilómetros de distancia y entre Quito y Cuenca (antigua Tomebamba) hay 418 km, por lo que se requería en el norte, un nuevo sitio administrativo incaico. Precisamente, algunas evidencias materiales de este centro administrativo se descubrieron recientemente en Caranqui, en el centro urbano actual.

Vestigios y datos aportados por el sitio incaico de Caranqui

El proyecto de investigación en el sitio incaico de Caranqui está en proceso, sin embargo, se cuenta ya con algunos datos relevantes para la historia de la incursión incaica en la sierra norte del actual Ecuador.

El centro poblado Caranqui prehispánico fue escogido como capital provincial del extremo norte, probablemente a imagen y semejanza del Cuzco, se edificó la residencia del Inca, un suntuoso templo dedicado al Sol, un *acllawasi*, almacenes, tambos, guarnición militar de mitimaes y otros servicios infaltables en el sistema incaico.

La documentación temprana aportada por los cronistas ofrece algunos datos interesantes sobre Caranqui incaico. Según Cieza de León (1554), que recorrió una buena parte de la sierra norte del actual Ecuador por el año de 1547, en los aposentos de la realeza inca en Caranqui hubo un estanque labrado primorosamente en piedra; un *incahuasi* o residencia del Inca con habitaciones cuadrangulares, puertas trapezoidales, paredes con enormes piedras pulidas, asentadas sin mezcla de mortero. La vajilla para el culto y el servicio era de oro y plata. El templo tenía una gran cenefa de oro y plata para reflejar la luz del sol, y algunas paredes estaban forradas con planchas de oro y plata. La *aqllawasi* fue la casa de mujeres dedicadas a fines específicos, como tejer telas y preparar ropa para el Estado; elaborar la chicha ritual y la chicha para el Inca. Este edificio fue de paredes de piedra, albergaba a doscientas mujeres Caranquis, Cayambis y Pastos que guardaban castidad, pues también estaban destinadas a ser regaladas a guerreros, caciques y beneméritos del Imperio (Cieza 1553).

Cieza de León llegó relativamente tarde a estos territorios, ya no encontró construcciones incaicas íntegras, porque sus compatriotas se habían adelantado en saquear y destruir en su afán enfermizo de buscar oro. Es muy probable que la sede administrativa incaica en Caranqui fuera destruida por Sebastián de Benalcázar (1534) en pretexto de buscar tesoros. Este conquistador se adjudicó los territorios caranquis y en 1549 reclamó para su hijo una extensión más amplia que comprendía "a los indios de Otavalo, los del cacique Collazos y los del cacique Carangue, porque los de Otavalo y Caranque, "es toda una lengua y parcialidad" (Galo Ramón 1987:20, citando a Garcés 1936:357).

De las construcciones enunciadas por Cieza de León, hasta el año 1998 solo se conocían dos fragmentos de paredes de construcción estilo pirca, con hornacinas, ubicados en la actual calle La Huaca. Cuando en 1979, el teniente coronel Ángel Bedoya Maruri publicó un artículo sobre estos vestigios arquitectónicos, el muro Norte tenía 60 m de longitud, con un tramo destruido, equivalente al 50%. En el año 2011 medimos lo que quedaba, apenas 7.70 metros de longitud de muro original. El muro Este: 40 metros de longitud, 2.15 m de altura. El ancho de las paredes es de 90 cm. Sobresalen en estos dos muros el uso de piedras naturales con la cara plana natural o trabajada hacia la parte exterior, un revoque realizado con barro mezclado con paja; la masa de barro aplicada al muro de piedra. En la actualidad, estos vestigios archi-



Arriba, pared norte con hornacinas. Abajo, pared este.

tectónicos se hallan en el más total abandono y en proceso acelerado de destrucción. Conozco de fuentes confiables que hay en el GAD de Ibarra la intención de comprar o canjear los terrenos donde se ubican los muros incaicos. Esta iniciativa parece tener el apoyo del mi-

nisterio de Cultura y Patrimonio y del ministerio de Turismo. Espero que las autoridades pertinentes hagan la gestión de conservación/preservación y puesta en valor de estos vestigios, antes de que se destruyan por completo.

Lastimosamente, el asentamiento aborígen Caranqui y el incaico han sido destruidos en más de un 99,99%, por la industria ladrillera, por los huaqueros, por los primeros españoles asentados en Caranqui y por la construcción de iglesias católicas. De la época colonial, se conoce que, "Diego López Quintana, estante en Quito, entre finales de los siglos XVI y principios del XVII, registró una huaca ubicada en los tambos del pueblo de Carangue, en los paredones, casas y sitios del dicho tambo y casas que fueron del Inga, 20 cuadras en redondo (12.8 cuadras actuales". (Comunicación de Tamara Estupiñán Viteri, 16 de enero de 2008).)

Por los años de 1640, el capitán Juan Martínez de Orbe registra una guaca y construcciones de piedra tallada y mandó destruir por es-

torbar a las faenas agrícolas. “En 1644 los caciques venden en Caranque las piedras de una casa redonda y de un muro para la construcción de la iglesia de Ibarra” (comunicación de Cristóbal Landázuri, 21 de febrero de 2008). Posiblemente se refiera a la iglesia matriz, cuya construcción se inició en octubre de 1606 y fue terminada en 1650.

La “casa redonda”, seguramente fue una *colca* o troje del inca, que eran de forma circular, 6 m de diámetro en promedio. Servían para almacenar productos alimenticios y fueron instaladas en lugares próximos a zonas de notable producción agrícola. Los depósitos estuvieron ubicados en ambientes alejados de las viviendas, sobre superficie visible y limpia, con sol y viento razonables.

Según su destino, los depósitos estaban dedicados a guardar los productos destinados al Sol o al Inca. Los primeros servían para mantener el aparato religioso, a la casta sacerdotal, a las necesidades del culto y al ingente consumo que demandaban los sacrificios. Los segundos se dedicaban a satisfacer las necesidades de la organización estatal, es decir a mantener al Inca, a la nobleza, a los funcionarios, al ejército, a los artesanos, en buena cuenta a todos aquellos que por estar dedicados al servicio del estado, no producían directamente los insumos necesarios. Además, eran atendidos por dichos depósitos los ancianos, los enfermos y las viudas y todos aquellos a quienes un caso imprevisto hubiese colocado en situación de emergencia, como los damnificados por sequías, inundaciones o catástrofes de cualquier tipo. También servían estos depósitos reales para equilibrar la oferta y la demanda de alimentos que pudiera existir en regiones de poca productividad) (Agurto 1987:53).

Investigaciones arqueológicas

En 1998, el arqueólogo Oswaldo Tobar identificó en el actual lote de terreno del municipio de Ibarra algunas estructuras hidráulicas y de vivienda de la época incásica, construidas con cantos rodados y mortero de barro.

En el año 2006, FONSALCI (Fondo de Salvamento del Patrimonio Cultural del cantón Ibarra) puso a la vista un mayor número de estructuras correspondientes a los cimientos de varias construcciones y el área ceremonial denominada “baño del Inka” construido con piedra volcánica, andesita piroxénica con anfíboles. (Este material tiene una dureza entre 6 y 7, en la escala de Mohs), tallada. La estructura es rectangular, 10 x 20 metros, con un área de tierra apisonada y doble piso



Vista general del área ceremonial "baño del Inca". A la derecha, detalles del ingreso. Fotos M. Muse.



de piedra. El primer piso es de piedras rectangulares de contornos uniformes. El segundo piso: con piedras poligonales de diversas formas y tamaños, pero bien encajadas unas con otras. En cada esquina hay gradas para el acceso al interior del área ceremonial que debió encontrarse aproximadamente dos metros más bajo que el nivel normal del terreno.

La parte occidental conservada exhibe mampostería fina, piedras cuadrangulares y rectangulares unidas sin mortero. Esta técnica es usual en la construcción de los centros administrativos incaicos de alta jerarquía. En el lado sur está visible el canal de conducción de agua y a la mitad del estanque, en el lado oriental, hay dos desagües tallados en piedra con sus correspondientes tapas también de piedra, para escurrir el agua hacia la quebrada Huiracocha (denominada también quebrada de Los Quintana).

Desde los años 2008 a 2011 un equipo multidisciplinario está tratando de aclarar la historia, la función y el significado del sitio Inca-Caranqui, en una modalidad de cooperación integrada. Para el efecto se utiliza una combinación de técnicas de GPR detección a distancia, estudios geoquímicos, excavaciones arqueológicas, investigación de archivo, uso experimental de LiDAR para la captura de imágenes en 3D, prospecciones para identificar fuentes de arcillas y tipos de roca en la zona y el análisis arquitectónico detallado. Hasta el momento, se ha contado con el auspicio de Wenner Gren Foundation, Dumbarton Oaks, National Geographic Society, National Endowment para las Hu-

manidades, Wayne State University. Toda esta ayuda, gracias a la gestión de la Dra. Tamara Bray, co-directora del Proyecto.

Un dato muy importante que aportó el análisis radiocarbónico de muestras orgánicas ubicadas en los enterramientos de gente Caranqui localizados en el Inkawasi es su cronología. Comúnmente aceptábamos para los Caranquis un inicio en el año 700 d.C., aunque el arqueólogo John Stephen Athens sospechaba que los Caranquis eran más antiguos, quizá desde el año 1 de nuestra era. El sitio de Caranqui ofreció evidencias mucho más antiguas, nada menos que 160 a.C. y 40 a.C.

Interpretación de la arquitectura incaica en Caranqui

Todas las sociedades humanas tienen su propia tradición arquitectónica, derivada de su manera de pensar, ordenar y crear estructuras o espacios físicos, condicionada a su vez por las peculiaridades del ambiente natural, del ambiente cultural, y de las circunstancias especiales por los que atraviesa el grupo humano.

Conocemos que muchos edificios incaicos fueron construidos con piedra semi tallada o con cantos rodados unidos con mortero de arcilla y también construyeron edificios con piedra tallada. Cada obra arquitectónica responde a condiciones específicas.

En nuestro caso, independientemente de responder al interrogante ¿quién construyó la sede administrativa incaica en Caranqui, Huayna Capac o Atahualpa?, no hay duda de que existió una estrecha conexión entre la arquitectura y los intereses del Imperio incaico.

Aquí, según el cronista Juan de Betanzos ((1987 [1551]:209-221), ocurrieron eventos importantes para el imperio: Atahualpa se coronó Soberano del Tawantinsuyo, aceptó a Cuxirimay Ocllo como su principal esposa, y fundó su propia panaca (voz kichwa, significa linaje de gente noble, familias extendidas de filiación patrilineal, (aunque Zuidema escribe que panaca deriva de pana, que se refiere a hermana en el habla del varón). Por estos acontecimientos importantes, es obvio que la sede incaica en Caranqui debió tener una arquitectura fina de alta jerarquía.

Con esta obra arquitectónica, los incas hicieron una extraordinaria manifestación de poder y al mismo tiempo de creencias religiosas, Caranqui fue escenario de mitos y ritos que acrecentaban año tras año la



Enterramientos caranquis. Fotos Tamara Bray.

te inferiores a ellos (Salomon 1990:7). La construcción de una sede incaica de arquitectura fina en la periferia del Tawantinsuyu era una estrategia político-administrativa y también de carácter simbólico, para impresionar a las poblaciones conquistadas y lograr su permanente adhesión o sumisión.

Los Caranquis no tenían construcciones de piedra tallada por lo que la arquitectura incaica de alta jerarquía debió haberles impresionado sobremedida. Una construcción arquitectónica de piedra tallada “al estilo Cusco” constituyó un soporte material para transmitir en forma sintetizada o alegórica hechos o acontecimientos de importancia social que los Incas quisieron que se perennicen o se comuniquen a una población más amplia o a futuras generaciones. Es universal que a la función útil de un objeto o edificio se le añade comúnmente una función o connotación simbólica, cultural. Más aún, en ausencia de escritura propiamente tal, los objetos adquieren también un valor documental. “Los incas utilizaron la arquitectura con el fin de reforzar su supremacía sobre las culturas locales. Esta arquitectura única era un constante y visible recordatorio de la supremacía incaica en los territorios conquistados” (Protzen 2005: 31; Ruiz Durand 2004: 20).

La dimensión política e ideológica que los autores quisieron darle a las estructuras arquitectónicas de alta jerarquía en Caranqui es un tema que debe ser abordado en forma inter y transdisciplinaria. Necesi-

tamos descubrir los significados visibles e invisibles que encierran este tipo de construcciones. Develar el secreto de la arquitectura, “hacer hablar a estas piedras”. Conocer la microhistoria de esas edificaciones, para poder entender la macrohistoria del Tawantinsuyu en su frontera norte.

Al estudio de la arquitectura fina, de alta jerarquía, hay que añadir la investigación de los rituales y ceremonias que ocurrieron en esta construcción de Caranqui, los canales abiertos y cerrados, el desarenador, el espacio denominado por nosotros “piscina” evidencian que los Incas pusieron especial atención al agua y su movimiento, como señala Tamara Bray (2013) “mediante el manejo del agua, se construyeron relaciones específicas de poder e identidad.”

Conclusión

Está por demás insistir sobre la necesidad de poner en valor el sitio Inca-Caranqui como un recurso científico, y un atractivo turístico y económico que beneficie a las comunidades locales.

Caranqui, como área poblada, es un ejemplo de asentamiento local con sobreimposición inca-hispana. Tres realidades pretéritas que convergen a un solo presente que es necesario identificarlo, para enriqueciéndonos en las tres vertientes podamos ser más creativos en la construcción de un futuro con propia identidad.

Bibliografía citada

- Adelmann, Edward George, *The Relation of Don Joan de Santa Cruz Pachacuti Yampqui Salcamaygua: colonial discourse and indigenous memor in the viceroality of Perú*. Thesis submitted in partial fulfillment of the requirements for the degree of Doctor of Philosophy in Anthropology in the Graduate College of the University of Illinois at Urbana-Champaign. 1998. Urbana-Illinois.
- Agurto Calvo, S., *Construcción arquitectura y planeamiento Incas*. Cámara Peruana de la Construcción, Lima, 1987. Perugraph Editores S.A.
- Athens, John Stephen, “Volcanism and Archaeology in the Northern Highlands of Ecuador”, en Patricia Mothes, coord., *Actividad volcánica y pueblos precolombinos en el Ecuador*. Quito, Abya-Yala, 1999. pp. 157-190.
- *Cronología cultural y agricultura prehistórica: investigaciones arqueológicas en la Sierra Norte del Ecuador*, 1989, 1994 y 1997.

- Benalcázar, Sebastián De, Colección de documentos inéditos Relativos al Adelantado Capitán don Sebastián de Benalcázar, 1535-1565. Descifrados y anotados por Jorge A. Garcés G., publicaciones del Archivo Municipal, vol. X, Quito, Talleres Tipográficos Municipales.
- Betzanos, Juan de, [1551-1557] *Narrative of the Incas*. Translated and edited by Roland Hamilton and Dana Buchanan, Austin, University of Texas Press.
- Borja, Antonio, [1591] "Relación en suma de la doctrina e beneficio de Pimampiro y de las cosas notables que en ella hay, de la cual es beneficiado el P. Antonio Borja", en Marcos Jiménez de la Espada, *Relaciones geográficas de Indias*, t. 184, Madrid, Editorial Atlas, 1965. pp. 248-253.
- Bray, Tamara, *Los efectos del imperialismo incaico en la frontera norte. Una investigación arqueológica en la sierra septentrional del Ecuador*, Quito, Abya Yala - Marka, 2003.
- "Water, Ritual, and Power in the Inca Empire", en *Latin American Antiquity*, vol. 24, N° 2, 2013. pp. 164-190.
- Caillavet, Chantal, "Les chefferies préhispaniques du Nord de l'Équateur: Formes d'habitat et organisation territoriale", en *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, 27(2), 1988. pp. 41-59.
- *Etnias del Norte. Etnohistoria e Historia de Ecuador*, Quito, Casa de Velásquez/IFEA/Abya-Yala, 2000.
- Cavero Carrasco, Ranulfo, *Maíz, chicha, religiosidad andina*, Ayacucho, Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga. 1986.
- Cieza de León, Pedro de, 1550 "El Señorío de los Incas Yupanquis y de sus grandes hechos y gobernación", en *Biblioteca Peruana*, tomo III, primera serie, Lima, Editores Técnicos Asociados S.A., 1968.
- *La crónica del Perú*, primera parte, Colección Austral No. 507, Madrid, Espasa-Calpe, 1962.
- La crónica del Perú*, Bogotá, Ministerio de Educación Nacional/Instituto de Cultura Hispánica, Editorial ABC, 1971.
- Garcés, Jorge, *Libro de proveimientos de las tierras cuadradas, solares, aguas... por los Cabildos de la ciudad de Quito 1583-1594*, vol. 18, 1941. Quito.
- Gondard, Pierre y Freddy López, *Inventario Arqueológico Preliminar de los Andes Septentrionales del Ecuador*, Quito, MAG/PRONAREG/ORSTOM/Banco Central del Ecuador, 1983.
- Hartmann, Roswith, "Mercados y ferias prehispánicas en el área andina", en *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, No. 118, Quito, Editorial Ecuatoriana, 1971 . pp. 214-235.
- Herrera y Tordesillas, Antonio de, [1601] *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano (1601-1615)*, tomo II, Madrid, Academia de la Historia, 1950.

- Jaramillo, Víctor Alejandro, *Repertorio arqueológico Imbaya*, Otavalo, Ed. Instituto del Hombre Americano, 1968.
- Landázuri, Cristóbal, *Curacazgos, pastos prehispánicos: agricultura y comercio, siglo XVI*, Colección Pendoneros, No. 13, Quito, Ediciones Abya-Yala, 1995.
- Larraín, Horacio, *Demografía y asentamientos indígenas en la Sierra Norte del Ecuador en el siglo XVI*, Colección Pendoneros, No. 11, Otavalo, IOA.
- Murra, John V., "El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas", en *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*, Lima, IEP, 1975. pp. 59-116.
- Murúa, Martín de, [1590] "Historia del origen y genealogía real de los reyes incas...", en C. Bayle, edit., *Biblioteca Missionalia Hispánica*, Madrid, 1946.
- Navarro, Maximina, *Investigación histórica de la minería en el Ecuador, siglos XIX y XX*, 1986.
- Oberem, Udo, "Trade and trade goods in the Ecuadorian montaña", en Patricia Lyon, edit., *Native South Americans*, Little Brown & Co. Boston, 1974.
- "El acceso a recursos naturales de diferentes ecologías en la Sierra ecuatoriana, siglo XVI", en *Simposio interdisciplinario sobre organización social y complementariedad económica en los Andes*, Congreso Internacional de Americanistas, París-Bonn, 1976.
- *Estudios Etnohistóricos del Ecuador*, Guayaquil, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Guayas, 1976.
- *Los Quijos: historia de la transculturación de un grupo indígena en el Oriente ecuatoriano*, Colección Pendoneros, Otavalo, Instituto Otavaleño de Antropología, 1980.
- Paz Ponce de León, Sancho [1582] "Relación y descripción de los pueblos del Partido de Otavalo", Otavalo, Imprenta Cultural, 1965.
- Pease, Franklin, *Del Tawantinsuyu a la Historia del Perú*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú/ Fondo Editorial, 1989.
- *Los Incas. Una introducción*, Biblioteca "Lo que debo saber", vol. I, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú/Fondo Editorial, 1994.
- Porras, P. Ignacio, "Descripción de la gobernación de Quixos, Sumaco y La Canela, por el Lcdo. Diego de Ortegón, Oidor de la Real Audiencia de Quito", en *Separata de Cuadernos de Historia y Arqueología*, año XXIII, No. 40, Guayaquil, Casa de la Cultura, 1973, pp. 3-27.
- Preston, David, *Environmental Change and Human Responses in Northern Highland Ecuador*. U.K., Ms. School of Geography/University of Leeds, 1984.
- "Field Lines in Northern Highland Ecuador: Preliminary Account of Field Observations", en *Working Paper*, University of Leeds of Geography, No. 380, January, 1984.

- Protzen, Jean-Pierre, *Arquitectura y construcción Incas en Ollantaytambo*, Lima, Pont. U. Católica del Perú/Fondo Editorial, 2005.
- Ramón, Galo, "La resistencia andina. Cayambe 1500-1800", en *Cuadernos de Discusión Popular*, No. 14, Quito, Ediciones Centro Andino de Acción Popular, 1987.
- Rankin, Lisa Kathryn, *And such was the custom of the Inca: the Imperial mitmaq policy of the Inca*. A thesis submitted... of Degree of Masters of Arts. Trent University. Ontario, Peterborough, 1994.
- Romoli, Kathleen, "Las tribus de la antigua jurisdicción de Pasto en el siglo XVI", en *Revista Colombiana de Antropología*, vol. XXI, Bogotá, 1977, pp. 11-56.
- Ruiz Durand, J., *Introducción a la iconografía andina*, Lima, IDESI/BID, 2004.
- Salomon, Frank, "Systemes politiques verticaux aux marches de l'Empire Inca", en *Annales*, 33e année, Nos. 5-6 (sept-dic), Paris, Librairie Armand Colin, 1978, pp. 967-989.
- "Pochteca and Mindalá: A comparison of long-distance traders in Ecuador and Mesoamerica", en *Journal of the Steward Anthropological Society*. Vol. 9, Nos. 1-2, Illinois, 1978.
- *Los señores étnicos de Quito en la época de los Incas*, Colección Pendoneros, No. 10, Otavalo, Instituto Otavaleño de Antropología, 1980.
- "La política vertical en las fronteras del Tawantinsuyu", en *Memoria*, Quito, Marka/Instituto de Historia y Antropología Andina, No. 1, Quito, 1990, pp. 7-42.
- *Los señores étnicos de Quito en la época de los Incas. La economía política de los señoríos norandinos*. 2a. ed., corregida y aumentada, Quito, Biblioteca Básica de Quito, 2011, p. 42.
- Salomón, F., y Sue Grosboll, "Names and Peoples in Incaic Quito: Retrieving Undocumented Historic Processes through anthroponomy and statistics", en *American Anthropologist*, 88 (2), 1986, pp. 387-399.
- "Nombres y gentes en el Quito incaico: recuperación de un proceso histórico indocumentado a través de la antroponimia y la estadística", en *Visita y numeración de los pueblos del valle de los Chilllos 1551-1559*, Quito, MARKA/Abya-Yala, 1990, pp. 49-68.

La ruta a la Mar del Sur y la fundación de Ibarra

Rocío Rueda

La puesta en marcha del secular proyecto colonial de abrir un camino que conecte la Sierra norcentral (Imbabura, Pichincha, Cotopaxi, Chimborazo), con la “mar del sur” o costa pacífica por la provincia de las Esmeraldas, a partir del siglo XVI, puso en escena a diversos actores e intereses involucrados en esta empresa, como la Corona española y la élite serrana. La Corona en atención a la finalidad misma de la empresa colonial, inicia una política de desarrollo vial tendiente a reducir distancias entre ésta y los nuevos espacios conquistados, para lo cual, plantea la construcción de una vía transversal y un puerto que permita llegar al Pacífico, Panamá y España, asegurando un dinámico intercambio comercial. Hasta el momento Guayaquil era el puerto marítimo que permitía el vínculo desde Pasto hasta Loja con la metrópoli.

Con este fin, se inician tempranas incursiones a Esmeraldas (1526), una región habitada por etnias como los Campaces, Niguas, Lachas, Yumbos, Cayapas y Malabas, aborígenes que fueron calificados como “indios de guerra o indios bravos, en un estado de completa gentilidad, traen guerra unos con otros y mantienen como principal sustento la carne humana, por lo que se les atribuye las más bárbaras costumbres”.¹ Más tarde (1553) se advierte la presencia de población negra que como producto de una serie de naufragios de los barcos que circulaban en la ruta comercial Panamá-Callao, se internaron en tierras esmeraldeñas modificando el cuadro étnico de la región. La falta de

1 “Representación del Procurador del Convento de la Merced de la Audiencia de Quito, en que se pide no se obligue a los indios de Gualea y Nanegal a que trajinen por el nuevo camino de Esmeraldas. Quito”, IX-1740, en José Rumazo González, comp., *Documentos para la Historia de la Audiencia de Quito*, tomo IV, Madrid, Afrodisio Aguado, 1949, p. 296.

cooperación de estos nuevos habitantes, más el carácter violento y agresivo de los aborígenes, sirvió de justificativo a misioneros y capitanes para iniciar desde 1526 expediciones militares de conquista, pacificación y adoctrinamiento con el auspicio de la Corona.²

A pesar de los diversos medios utilizados para el sometimiento, desde el enfrentamiento bélico y el uso de medios persuasivos, el resultado fue infructuoso, esto motivó al Rey a emitir una cédula en 1601, en donde destaca la importancia del control regional de este espacio y la construcción de un camino más corto, que abrevie la distancia entre los centros de producción andinos y los mercados de Tierra Firme.³ Adicionalmente, este documento evidencia un cambio en la política imperial respecto a la reducción de Esmeraldas y la construcción vial. Ahora la Corona da apertura a la iniciativa privada para que invierta en la búsqueda de una ruta comercial al mar Pacífico.

Con este fin, se plantea el recurso de la capitulación, que era un convenio entre el Rey y una persona natural, quien recibía beneficios políticos y económicos a cambio de habilitar el camino y mantenerlo en buenas condiciones. Al respecto el Rey encarga al Presidente de la Audiencia “() capitulase con algunas personas que se encarguen de construir un camino y de pagar lo que de mi hacienda se a gastado hasta agora en eso.⁴ La élite de la Sierra centro-norte acogió esta propuesta, pero para llevar a cabo esta empresa era necesario contar con la formación de un centro urbano administrativo, una villa de españoles, la Villa de San Miguel de Ibarra.

A continuación, tratamos de conocer, a partir de ciertas evidencias documentales, la importancia estratégica que adquirió la ubicación de la villa de Ibarra para implementar un proyecto vial con la intención de dinamizar el comercio de exportación de la Sierra norcentral. Por otro lado, entender cuál fue el nivel de participación del Cabildo de Ibarra, la población de la villa, los pueblos del corregimiento y las élites regionales, en las propuestas viales que se ofertaron desde el siglo XVII hasta los primeros años del siglo XIX. Y por último evidenciar la

2 Rocío Rueda, *Zambaje y Autonomía. Historia de la gente negra de Esmeraldas. Siglos XVII-XVIII*, Quito, Abya-Yala, 2001, pp. 99-123.

3 “Real Cédula para el Virrey del Perú sobre la pacificación y poblamiento de la Provincia de las Esmeraldas”, Valladolid, 29-III-1601, en José Rumazo González, comp., *Documentos para la Historia de la Audiencia de Quito*, p. 296.

4 *Ídem.*

fuerte oposición de diversos sectores locales y fuera de la región, en el fracaso de una aspiración de la élite andina.

La Villa de San Miguel de Ibarra: un centro urbano estratégico en los Andes

Es conocido por todos la importancia que tuvo el sistema urbano como modelo de organización espacial de la América hispana. Las ciudades fueron concebidas como punto de partida y apoyo para nuevas conquistas, como centros administrativos, mercados regionales y con el fin de explotar las regiones auríferas. Estas ciudades que adquirieron categorías administrativas de ciudad, villa o asiento, se conformaron básicamente con población española y se constituyeron en el armazón de un verdadero sistema de producción y de transferencia de riqueza hacia la metrópoli.

En el caso de la villa de Ibarra, su establecimiento responde a un interés eminentemente económico-comercial, de allí que el sitio en donde va a estar emplazada es estratégico; el valle de Carangue era un sitio de paso obligado de los comerciantes que transitaban en el circuito comercial hacia Cartagena, por el norte y por el sur, hacia Lima. Por lo mismo, este espacio era perfecto para abrir un camino transversal al mar que acorte la distancia y active el comercio con el mercado panameño.⁵ Además, se encontraba en medio de comunidades indígenas densamente pobladas al norte de Quito y al sur de Pasto y, adicionalmente ofrecía las condiciones necesarias para ser ocupado: abundancia de agua, leña, fertilidad de los campos y suficientes indios para el servicio de la villa. Todos estos aspectos llevaron al presidente de la Audiencia, Miguel de Ibarra, a encargar al capitán Cristóbal de Troya Pinque, vecino encomendero y Regidor de Quito,⁶ para la reducción y poblamiento de la villa en el mes de septiembre de 1606.

- 5 Este interés se expresa en una carta enviada por el Rey al presidente de la Audiencia, Miguel de Ibarra en 1607, en la que solicita se le informe sobre los avances realizados para abrir un camino desde la villa de Ibarra a la mar del sur, ver *Publicaciones del Archivo Municipal, Plan del Camino de Quito a Esmeraldas según las observaciones astronómicas de Jorge Juan y Antonio de Ulloa, 1736-1742*, vol. XIX, Quito, Talleres Tipográficos Municipales, 1942, p. 204.
- 6 "Poder que da el presidente de Quito de la Audiencia Don Miguel de Ibarra, a Cristóbal de Troya para la fundación de la Villa de San Miguel de Ibarra en el Valle de Carangue", en *Publicaciones del Archivo Municipal, Libro Primero de Cabildos de la Villa de San Miguel de Ibarra, 1606-1617*, vol. IV, p. 4.

El interés económico de las autoridades coloniales por poner en marcha un proyecto vial que fomenta el comercio de exportación, llevó a las autoridades de la Audiencia a convocar a las élites de la Sierra centro-norte a formar parte de este gran reto. Esta decisión de las autoridades de Quito obedeció a la política instaurada en el espacio peruano respecto a la especialización económica regional, con el fin de cubrir los requerimientos mineros de Potosí, producto de lo cual, la Audiencia de Quito, luego de la segunda mitad del siglo XVI, se convierte en productora de textiles, actividad que para inicios del XVII constituye el renglón dominante de la economía. Esta vocación textil se concentró en la Sierra norcentral, desde donde las manufacturas y otros productos agrícolas salían hacia el norte como parte del comercio interregional con Nueva Granada, en el circuito que enlazaba Quito con Bogotá y Cartagena, atravesando ciudades como Pasto, Cali, Cartago y el valle del río Magdalena. Este comercio fue manejado por mercaderes de Buga, Cali, Popayán, Pasto y Barbacoas, quienes una vez en Quito, adquirían géneros a bajos precios, y ofrecían artículos extranjeros, registrando ganancias en sus transacciones.⁷

En el circuito mercantil del sur que iba por el corredor andino, estaba el camino del "Chasqui", que seguía la ruta de Cuenca, Loja, Piura, Trujillo y llegaba hasta Lima. En el eje transversal se encontraba la ruta marítima hacia Guayaquil, que utilizaba la vía que une la Sierra central de la Audiencia con el puerto; la parte correspondiente a la vía terrestre estaba conformada por largos y difíciles trechos de herradura que en el invierno se volvía intransitables, interrumpiendo la vía. Una vez en Guayaquil, las mercancías se transportaban por barco a Tumbes, al Callao y a la ciudad de Lima, desde donde se distribuía a todo el espacio peruano.

Este circuito del sur fue igualmente controlado por la élite de la Sierra norcentral, un sector que operó con agentes encargados del comercio interregional, pues a la vez que llevaban textiles a Lima, a su regreso traían artículos de Castilla para el consumo de las familias acaudaladas.⁸ Los problemas que enfrentó este sector eran los altos costos de transporte cobrados en Guayaquil, hecho que motivó el constante

7 Robson, Tyrer, *Historia demográfica y económica de la Audiencia de Quito*, Quito, Banco Central del Ecuador (BCE), 1988, pp. 123, 124.

8 *Ídem*, pp. 220-231.

reclamo de los agentes de comercio. Esta práctica obedecía al monopolio comercial alcanzado por Guayaquil desde 1605, el cual incluía las rutas hacia Lima, Panamá y Nueva España.⁹

La presencia de una villa, en un sitio estratégico y con un centro político administrativo efectivo, podía llevar adelante el proyecto de abrir una ruta comercial a través de un camino directo hacia el Pacífico y eliminar la serie de trabas que presentaba el circuito comercial del sur. Igualmente, los comerciantes quiteños que se dirigían a Cartagena a adquirir ropa de Castilla podían obviar este mercado privilegiando el de Portobelo, en donde los precios eran más bajos y la mercadería surtida.

Por lo tanto, el proyecto exportador que proponían las autoridades de la Audiencia, incluye a Quito y sus provincias, Nueva España. El rol de Quito al formar parte de esta nueva región económica era convertirse en la principal proveedora de manufacturas y alimentos (tejidos, harinas, jamones, conservas, cereales, jarcias, pólvora, azúcares, cecinas, cuerdas) del mercado panameño. A través de un intenso comercio se multiplicaría la producción, y existiría mayores ingresos para la real hacienda a través de las alcabalas y almojarifazgos, dando un gran impulso a la economía de la Audiencia.

La villa de Ibarra y su esfuerzo por encontrar una ruta al mar. Siglo XVII

Una vez fundada la villa y siguiendo los modelos impartidos en otras ciudades de la Audiencia, se procedió a estructurar el Cabildo y a nombrar autoridades. Inicialmente, el primer corregidor fue el capitán Diego López de Zúñiga, corregidor de Otavalo, pero en diciembre de 1606 asumió el capitán Cristóbal de Troya en calidad de corregidor de la villa de Ibarra y del partido de Otavalo.¹⁰

9 Martín de Fuica, vecino de Quito, quien obtuvo del auspicio del Cabildo de Quito en 1615 para abrir un camino desde Quito a la Bahía de Caracas, señala la gran utilidad que ofrecería un nuevo camino pues a más de sacar las cosechas a Tierra Firme "(...) se librará a esta república porque abiendo como no hay mas puerto que el de Guayaquil rresgatan en el a los mercaderes pesando a peso de oro cada botiquín que alquilan y las bodegas y la sal y todas las demás cosas de que tienen necesidad dichos mercaderes (...)", "Informe del Cabildo para el Presidente de la Audiencia sobre el proyecto de Martín de Fuica y fray Diego de Velasco", en *idem*, pp. 108, 109.

10 Jorge Villalba F., *Miguel de Ibarra. Presidente de Quito, 1600-1608*, Quito, Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE), 1991, p. 376.

A partir de la estructuración del Cabildo, una de las funciones, a más de regir la vida local de la villa, fue impulsar la apertura de la nueva vía hacia la costa pacífica, y en esa medida Ibarra se convierte en la base de operaciones de este gran desafío. Las autoridades del Cabildo, específicamente los corregidores, asumen el rol de “empresarios viales”, o constructores de la obra, para lo cual debían contar con estatus y una amplia capacidad económica. Los cabildantes desde un inicio apoyaron este proyecto; su motivación era las lucrativas ganancias que prometía el comercio de exportación, pues varios de ellos habían incursionado en el comercio interregional. Es el caso de los regidores Juan García y Cristóbal de Ledesma (1619), el de Francisco de Grijalva,¹¹ escribano público del Cabildo en 1627, el del teniente general Antonio de Uclés y el procurador general Juan Morales Negrete.

El corregidor Cristóbal de Troya es quien inicia la apertura del camino al mar, cubriendo todos los gastos de su patrimonio. Claro que la condición de máxima autoridad de la villa, le concedió plenas facultades para aprovechar los escasos recursos con que contaba el Cabildo. Cristóbal de Troya, en la expedición que inició en marzo de 1607, salió junto a veinte soldados de la villa, diez arcabuces, yanaconas e indios de servicio. En su trayecto visitó pueblos como “Yambaqui, San Pedro, Nuestra Señora de Guadalupe y comprobó que estos se encontraban de “() media paz y mal reducidos”,¹² posteriormente llegó al río Santiago y Ancón de Sardinias, sitio que consideró apropiado para establecer un astillero. El informe sobre las facilidades que ofrecía la región para el camino fue enviado al presidente Miguel de Ibarra, quien a su vez lo envió al Rey.

En 1610, el nuevo corregidor de la villa, capitán Miguel Arias de Ugarte, en respuesta a la carta enviada por Juan Fernández de Recalde, presidente de la Audiencia, señala que una de las razones para fundar la villa fue descubrir el camino y abrirse paso y navegación para Panamá en beneficio de Vuestras mercedes y de los vesinos de esa Villa ()”,¹³ y que esta partió con la misión de reducir a los indios Malabas, opuestos a colaborar en las labores del camino. En su expedición

11 Poder, AHBC/I, *Fondo Municipal, Protocolos*, 2-III-1627, f. 81v.

12 “Relación del camino y puerto de la Mar del Sur por Cristóbal de Troya Pinque”, en AHBC/I, *Fondo Municipal, Protocolos*, 3-V-1607, p. 41.

13 “Carta del Presidente de la Audiencia de Quito al Cabildo de Ybarra”, en AHBC/I, *Fondo Municipal, Protocolos*, 7-X-1610, p. 388.

le acompañaron treinta soldados y varios vecinos de la villa, quienes a su regreso debían incentivar a la población para fundar un pueblo de españoles en el trayecto de la nueva vía. Como resultado de esta expedición se inició la construcción del camino de "Yamboqui",¹⁴ obra que para su perfeccionamiento contó con la participación de indios de los pueblos aledaños y los pobladores de la villa, quienes realizaron donaciones de maíz, trigo, carneros y prestaron herramientas como "varetones, gualmos y asadones".¹⁵ Según Arias de Ugarte el aporte de la población debía ser en dinero, asunto que rechazó el Cabildo argumentando la pobreza de los vecinos debido a los gastos realizados en la habilitación de la villa: compra de solares, construcción de casas, cercas, pago de alcabalas y por las contribuciones realizadas para edificar los puentes de Guallabamba, Lita y Pisque.

De lo expuesto se deduce que a más de los corregidores, quienes participaron en el proyecto vial, fue la población de la villa, a través de los soldados enviados para la pacificación y conquista de los naturales, la que entregó provisiones. También se contó con la presencia de mano de obra indígena en la edificación del camino. La concesión de indios a los constructores, al igual que los cargos de corregidor de Otavalo, de la villa de Ibarra y la gobernación de Esmeraldas por dos vidas, fueron, entre otros, los beneficios otorgados por la Corona y registrados en las capitulaciones para la construcción del camino. Este primer documento fue firmado entre el corregidor de Ibarra, capitán Pablo Durango Delgadillo (1612), y el presidente de la Audiencia Fernández de Recalde,¹⁶ documento que sirvió de base para futuras capitulaciones.

La dotación sistemática de mano de obra por parte del Cabildo de Ibarra, se realizó a través del sistema de la mita. Los corregidores, al tener a su cargo la obra del camino, tenían la autoridad para reclutar a los peones indios. Así, en 1612, Durango Delgadillo dispuso de la población de Lita y Cahuasqui, jurisdicción de su corregimiento y como gobernador de Esmeraldas, ocupó a los indios cayapas, malabas y a mulatos, población exenta del tributo por estar destinados al servi-

14 "Pablo Durango Delgadillo pidiendo socorro a la Villa, en el alzamiento de la provincia de Esmeraldas", en *Libro Primero de Cabildos de la Villa de San Miguel de Ibarra, 1617-1635, Publicaciones del Archivo Municipal*, vol. II, pp. 96, 97.

15 "Cabildo en San Miguel de Ybarra. Se trata de la expedición del Corregidor Miguel Arias de Aguarte", en AHBC/I, *Fondo Municipal, Protocolos, 30-X-1611*, doc. cit., pp. 391, 392.

16 John Leddy Phelan, *El Reino de Quito en el siglo XVII*, Quito, BCE, 1995, p. 36.

cio personal del camino. Tanto indios como mulatos se ocuparon en la composición de tambos, como vigías, canoeros y en cortes de madera. Existieron casos como el del Comisario de Tierra Firme y constructor Juan Vicencio Justiniano, quien al ocupar indios tributarios de la Sierra en el eje vial Ibarra-río Mira-Puerto de Gorgonilla (1657) asumió el pago de los tributos a los encomenderos.

De los proyectos descritos y de los resultados obtenidos por otras propuestas viales que siguieron la ruta Ibarra-río Santiago o río Mira en el transcurso del siglo XVII, como la de Francisco Pérez Menacho que continuó la obra de Delgadillo; la de Héctor de Villalobos (1628); o la de Juan Vicencio Justiniani (1657), quien se acercó a la habilitación del camino desde Ibarra al río Santiago fue el corregidor Pablo Durango Delgadillo. Entre 1616 y 1619, trabajó un camino de herradura de menor pendiente y altura que los transitados por los aborígenes; por esta vía, mercaderes con sus caballos y mulas recorrían desde Ibarra hasta el río Bogotá y de allí en canoas hasta el puerto del río Santiago. Sobre la funcionalidad de la ruta, el presidente Antonio de Morga refiere la presencia de fragatas provenientes de Panamá, con lo que se inicia al tráfico de mercancías. Mientras que el obispo de Quito fray Alonso Fernández de Santillán y el oidor Manuel Tello de Velasco certificaron las buenas condiciones de la vía, en el viaje realizado de Panamá al río Santiago y por la ruta terrestre a Quito.¹⁷ Hay que señalar que al tiempo que Delgadillo trabajaba este camino, el Cabildo de Quito auspició la construcción de una ruta alterna que partía desde Quito a la Bahía de Caracas a cargo del mercader quiteño Martín de Fuica.

Los esfuerzos realizados por Delgadillo, las autoridades de los cabildos de Ibarra y de Quito,¹⁸ y las esperanzas puestas por los hacendados serranos en que pronto sacarían sus manufacturas, ganado y productos del campo al mercado panameño, no bastaron para mantener abierta esta ruta. Varias razones conspiraron para su cierre.

En primer lugar, la resistencia puesta por los indios Malabas, debido a que las tareas impuestas para trabajar el camino habían altera-

17 "Carta del Presidente de la Audiencia de Quito al Virrey del Perú", I-15-1616, en *idem*, pp. 240, 241.

18 El presidente Antonio de Morga fue uno de los presidentes que se empeñó en que la obra de Delgadillo se culmine, pues era conocido por todos que una de sus actividades era el comercio especialmente de géneros prohibidos por la Corona. Amilcar Tapia, "El camino Quito-Ibarra-Esmeraldas en el siglo XVII", en *Monografía de Ibarra*, tomo II, Sociedad Cultural "Amigos de Ibarra", 1997, p. 141.

do su ritmo de vida, pues la débil presencia española en la región les había permitido organizar su propio sistema de subsistencia. Este rechazo se evidenció en la sublevación de 1619, que trajo como resultado la destrucción del pueblo de Montesclaros, el puerto de Santiago y desmanes cometidos en la población de Otavalo. La oposición permanente de estos indios exigió del Cabildo de Ibarra el envío de soldados para resguardar los avances de la obra de Delgadillo. Otro obstáculo constituyó la escasa colaboración de los pequeños estancieros de la región, quienes a raíz de las asignaciones de los indios para asistir al camino, se quejaban de la escasa rentabilidad de sus fundos. Los doctri-neros por su parte, prohibieron a sus feligreses acudir a trabajar en el camino, pues esto les impedía continuar con la lucrativa red de comercio que habían montado, en donde los indios cumplían una doble función como productores de bienes y medios de transporte a los mercados de Quito.¹⁹ Todas estas dificultades desalentaron al corregidor y determinaron el fracaso de la empresa vial propuesta por Durango Delgadillo.

No menos significativa resultó la oposición de ciertos virreyes de Lima Príncipe de Esquilache (1614-1621); Marqués de Guadalcazar (1621-1628); Conde del Chinchón (1629) y Conde de Salvatierra (1657), debido al temor que tenían de que los nuevos puertos fomentaran la piratería en el Pacífico y pusieran en peligro los dominios españoles. Esta empresa, según las autoridades, era factible con la ayuda de los zambos que habitaban la costa esmeraldeña. Al obstáculo puesto por los virreyes se sumó la de los comerciantes de Lima y el Callao, quienes mantenían un próspero comercio de granos y ganado con Panamá. Igualmente, para los guayaquileños la presencia de una ruta de comunicación más corta hacia Panamá a través del puerto de Santiago,²⁰ hacía peligrar el monopolio comercial que tenían al ser el único punto de salida marítima de la Audiencia de Quito.²¹

19 Ver Rocío Rueda Novoa, *Zambaje y autonomía...*, pp. 112, 113.

20 Según el presidente Antonio de Morga, el camino de Santiago tenía dos ventajas: el puerto de Santiago estaba 240 kilómetros más cerca de la ruta de Bahía de Caracas propuesta por Martín de Fuica y casi la mitad de la ruta del Santiago era fluvial, mientras que la trocha de Bahía de Caracas era terrestre. "Descripción de la Provincia de Esmeraldas", Quito, 1620, en *ídem*, pp. 230-240.

21 Una de las causas de la oposición de Guayaquil obedeció a la baja comercial que sufría el puerto debido a la política del virrey Esquilache de limitar la exportación de cacao a Centroamérica, en un intento por frenar el contrabando, en John Leddy Phelan, *El Reino de Quito...*, p. 45.

Al declinar el siglo, si bien no fue posible habilitar un camino que activara el comercio de exportación, tomando a Ibarra como punto de partida, sin embargo, esta villa, como centro urbano, ubicado en un sitio de tránsito de la ruta interregional de comercio hacia el norte y el sur, adoptó a partir de su fundación un rol dinámico en el comercio.

Los involucrados en actividades de intercambio eran generalmente españoles o criollos ligados por lazos de parentesco, que tenían la categoría de vecinos y ejercían cargos públicos.²² Dentro del tipo de comercio desarrollado, se identifican varias modalidades: la del comercio menor o de abastecimiento interno, que se realizaba a través de las pulperías o tiendas²³ que eran provistas por tratantes; existen casos en que éstos, a su vez, eran propietarios de estos negocios, como la pulpería de Juan Gómez Ramos. Una segunda actividad de comercio se dio entre Ibarra y las regiones cercanas; los mercaderes ibarreños llevaban al mercado quiteño productos como cereales, lana, algodón y azúcar.

Una tercera modalidad, constituye el comercio de exportación ligado al circuito comercial del sur y del norte. Con el sur, los comerciantes ibarreños adquirían productos agrícolas y ropa, de la tierra de los obrajos de Quito y los transportaban a la feria de Lima o encargaban a agentes para que realizaran las transacciones. Desde esta ciudad traían géneros de Castilla para ser distribuidos en Quito e Ibarra. Entre estos mercaderes se destacan Gaspar de Oñate, Francisco de Grijalva, cuñado de Lorenzo Carvallo, escribano del Cabildo.²⁴ Las relaciones de comercio de Ibarra y el circuito del norte, se intensificó entre 1630 y 1650. Los mercaderes de la villa exportaban lana, textiles y sal a Pasto o entregaban su dinero a agentes que viajaban a Cartagena para adquirir productos de Castilla.²⁵

- 22 Entre los mercaderes por tradición se encuentra la familia Chica Narváez. Alonso de la Chica Narváez fue corregidor de Ibarra en 1617; más tarde su hijo, Diego de la Chica Narváez, fue un importante mercader de la villa. Andrea Ayala Flores, *Mercaderes, tratantes y pulperos en la Villa de San Miguel de Ibarra 16016-1650*, tesis de grado inédita, Pontificia Universidad Católica, Facultad de Ciencias Humanas, 1998, p. 43.
- 23 Entre los productos o géneros de una pulpería se registran: sedas de todo color, pita, cintas de tabasco, cuchillos, sedas, terciopelo de la China, jergueta de Castilla, especies, jabones, confites, biscochuelos, cuerdas, agujas de sastre, etc. Andrea Ayala Flores, "El comercio en la villa de San Miguel de Ibarra 1606-1650. Sus protagonistas", en *Monografía de Ibarra*, tomo II, Sociedad Cultural "Amigos de Ibarra", pp. 234, 235.
- 24 Andrea Ayala Flores, *Mercaderes, tratantes y pulperos...*, p. 44.
- 25 "Carta de obligación", en AHBC/I, *Fondo Municipal, Protocolos, 30-III-1640*, f. 39v.

Durante el siglo XVII la villa de Ibarra alcanzó un buen nivel de intercambio comercial, pero los problemas de la distancia, las sendas infranqueables para llegar a los mercados limeños y de Cartagena y como consecuencia de esto, los precios elevados de las mercancías, no se habían resuelto. El Cabildo de la villa de Ibarra y la élite de la Sierra norcentral continuaron cifrando sus esperanzas en la ruta transversal por Esmeraldas, proyecto que propusieron en el siguiente siglo.

Pedro Vicente Maldonado y el camino Ibarra-río Santiago

Con la nueva centuria, los sectores empeñados en activar el comercio a través de Esmeraldas, van a intervenir en medio de una dinámica diferente, generada por la nueva política mercantil de España a través de las reformas borbónicas emprendidas en el siglo XVIII. Éste constituyó un esfuerzo de la Corona por afianzar su poder imperial y obtener de sus colonias el mayor rendimiento económico y fiscal. Dentro de los cambios económicos regionales, en el transcurso de este siglo, la Audiencia de Quito experimentó un escaso flujo de moneda producto del estancamiento minero de Potosí, rama que había permitido la activación de otros sectores de la economía. Esto trajo como consecuencia la escasa demanda de textiles del mercado quiteño, comprometiendo a la rama artesanal textil su carácter de sector económico dominante de la Audiencia. Adicionalmente, la política exterior de la Corona de considerar los espacios americanos como mercados de los productos europeos y como posibles exportadores de materias primas, llevó al sector textil a subordinarse al agro, conformando el complejo hacienda-obraje. A la vez que el litoral se convierte en el nuevo horizonte mercantil de los serranos, al demandar productos agropecuarios, frente a la especialización de Guayaquil en sembríos tropicales de exportación como cacao, azúcar y tabaco.²⁶

Con la pérdida del mercado peruano, las élites obrajeras de la Sierra norcentral se van a empeñar en vincularse a otros espacios como el mercado minero de Barbacoas y el Chocó, pues el envío de productos agropecuarios y textiles posibilitaba contar con oro y fortalecer la

26 Carlos Marchán R., "Economía y sociedad durante el siglo XVIII", en Enrique Ayala, edit., *Nueva Historia del Ecuador*, vol. 4, Quito, Corporación Editora Nacional/Grijalbo, 1989, p. 238.

economía de la región.²⁷ Con este fin, era necesario reactivar el proyecto vial por Esmeraldas; nuevamente el camino a la Mar del Sur se convierte en la alternativa para el tráfico mercantil y el dinamismo comercial.

En este contexto, don Pedro Vicente Maldonado, miembro de una familia de hacendados, obrajeros y de la burocracia colonial, presenta un proyecto vial por Esmeraldas al virrey del Perú Marqués de Castelfuerte, en 1734; en éste resalta la importancia del comercio por ser “() el espíritu vivificante de los Reynos”, y las bondades que ofrecería el intercambio con las provincias del Chocó y la ciudad de Barbacoas. Señala además a Panamá como un mercado fundamental por ser “la puerta para asomarse a Europa”. Ahora las élites de la Sierra centro-norte van a aprovechar la nueva política de España, y con ese fin dejan atrás un modelo basado en el suministro de textiles al mercado interno colonial y privilegian un nuevo tipo de crecimiento que tenía como base los mercados del norte.

Este era un intercambio comercial que de realizarse por la ruta de Esmeraldas, terminaría con el monopolio comercial guayaquileño y además podía competir con los productos tropicales de exportación que producía el puerto. Entonces se comienza a considerar a Esmeraldas como una región potencialmente agrícola en donde bien se podría “() fundar haciendas de cacahuales, tabacos, cañaverales y traficar dichos productos al reyno de tierra firme y Europa”.²⁸ Maldonado, con el apoyo del presidente Dionisio Alcedo y Herrera, planteó a las autoridades de la Audiencia, en 1735, la construcción de dos caminos con rutas diferentes, pues esto duplicaría el comercio. El primero, partía del pueblo de Nono, sitio cercano a Quito, hasta el denominado Nuevo Embarcadero en Esmeraldas y hacia Atacames.²⁹ Esta ruta era favorable para los hacendados y obrajeros de la Sierra centro (Riobamba, La-

27 *Ídem*, pp. 248-253.

28 “Información ante el escribano de Cámara de la Audiencia de Quito acerca del estado en que se encuentra el camino de Esmeraldas”. Quito 23-VII-1740, en José Rumazo González, comp., *Documentos para la Historia de la Audiencia de Quito*, tomo I, p. 212.

29 Pedro Vicente Maldonado logró habilitar este camino, según el informe del inspector del camino Don Juan de Astorga, “(...) dicho camino es traginable y corriente, según testimonio de los comerciantes llegaron con sus cargas y efectos al puerto de Atacames, luego de su reconocimiento (...) se internaron también sin riesgo por el río Esmeraldas y nuevo camino de la ciudad de Quito”, en *ídem*, pp. 79, 80.

tacunga, Quito) pues abreviaba la distancia a Esmeraldas, a diferencia de la ruta que partía desde Ibarra.

El segundo camino, el cual tiene importancia para este trabajo, fue el que se construyó en el itinerario Ibarra-río Santiago, el denominado camino de Malbucho, proyecto similar al del corregidor Pablo Durango Delgadillo y que se inició en 1739. Según Maldonado, este camino ofrecía muchas ventajas. Los pobladores de la villa podían sacar sus productos de manera ágil y rápida hacia el Pacífico; el descubrimiento de minas de oro en el río Santiago había motivado a las poblaciones de Barbacoas, Quito e Ibarra a realizar entables mineros, actividad que demandaba el abastecimiento de productos que ya eran suministrados por la villa de Ibarra. Para la construcción del camino, Maldonado no contó con el cargo de Corregidor de la villa como era costumbre, sino lo nombró Capitán General de la Provincia de Esmeraldas. Lo que se le concedió fueron facilidades para que los encargados del camino pudieran reclutar mano de obra, contar con la colaboración de los hacendados de la región y de los corregidores de Ibarra, Otavalo y provincia de los Pastos. Estas autoridades debían enviar a la gente desocupada y aquella población que habitaba cerca del camino con la obligación de pagarles un jornal.³⁰

A pesar del interés de Maldonado en la supervisión, este camino no se realizó; los mulatos Francisco y Santiago Rosero, encargados de la construcción desde Alto Tambo hasta el río Turubí, incumplieron el contrato. Las autoridades del Cabildo de Ibarra, en una carta enviada al Obispo de Quito, expresan que a pesar de los esfuerzos realizados por concretar la apertura de este camino, existen factores que, en conjunto, han dificultado esta empresa. En primer lugar, señalan la escasez de medios económicos de la villa y ante todo la falta de voluntad de los hacendados de la zona quienes "() viven retirados en sus haciendas, satisfechos con la mínima utilidad de sus incesantes agonías, desdeñan las esperanzas de conocidos premios por la certidumbre de una reducida comodidad".³¹

Para 1755, el corregidor de Ibarra, Manuel Diez de la Peña, yerno de Pedro Vicente Maldonado, se propuso continuar con este proyecto

30 "Representación de Pedro Vicente Maldonado a la Audiencia de Quito acerca de la extensión de la provincia de Esmeraldas y la jurisdicción de su gobierno", Quito-X-1739, en *idem*, pp. 141, 142.

31 "Carta del Cabildo de Ibarra al Obispo de Quito", Ibarra, 24-X, en *idem*, pp. 379, 380.

y nombró al capitán don Joseph Arboleda alcalde ordinario de la Villa, y a don Thomas Barba como encargados del camino. La obra se realizó a costa de sus bienes y con el aporte de los indios Mayasqueres, Chicalles y Cayapas. La población de la villa de Ibarra debía aportar con cal, piedra y los oficiales necesarios levantar los estribos del puente sobre el río Lita, así como herramientas y víveres para el mantenimiento de los trabajadores. A pesar de que la obra estaba en ejecución y existió el ofrecimiento de la población de Izcuanbé para poblar la boca del río Santiago y mantener habilitado el camino, el virrey de Santa Fe, marqués de Villar se opuso a su avance debido a las facilidades que este camino podía ofrecer para el contrabando y el trato ilícito en el comercio.³² Una vez más, el afán por contar con un camino de enlace Costa-Sierra se perdía; esta vez, la falta de motivación de los hacendados, de los mismos constructores, más la oposición desde Santa Fe, comprometieron el futuro del camino.

El camino de Malbucho: un nuevo reto del Cabildo de Ibarra

A partir de 1774, como producto de la liberación del comercio decretada por los reyes Borbones, en el itinerario Cabo de Hornos-Lima se fomentó el ingreso de textiles europeos de buena calidad y a bajo costo. Esto determinó aún más el recorte de la industria textil quiteña, lo que llevó a la élite del extremo norte del callejón interandino a insistir una vez más en la apertura del camino de Malbucho para que sus manufacturas y productos agropecuarios llegaran a los mercados del norte: Chocó, Izcuanbé, Barbacoas y la Isla de Tumaco.

Para finales de siglo, este proyecto económico resultaba prioritario, especialmente para aquel sector de peninsulares y criollos que acogieron el ideario y programa del pensamiento ilustrado que enfatizaba en el ideal de progreso y prosperidad de las sociedades. Existen decididos promotores de este pensamiento como el obispo José Pérez Calama, Eugenio Espejo, José Javier Ascásubi y Juan Pío Montúfar, que conformaron la "Sociedad Patriótica de amigos del País de Quito". Los esfuerzos de esta sociedad estaban dirigidos a "fortalecer la artesanía, la agricultura y la industria y proyectar una mayor circula-

32 "Carta del Virrey de Santa Fe al Obispo de Quito", Santa Fe, I-1751, en *idem*, pp. 403, 404.

ción monetaria en la Provincia mediante el aprovechamiento de minas y la acuñación de monedas".³³ Pérez Calama insistía en que había que establecer un pacto social entre las provincias que por su aislamiento geográfico y por el mal gobierno no habían podido gozar plenamente de las delicias que prodigaba el mutuo comercio.³⁴

Estas propuestas de los ilustrados quiteños fueron acogidas por el Cabildo de Ibarra, y específicamente por el corregidor Josef Posse Pardo, quienes con el apoyo del presidente de la Audiencia, Juan Antonio Mon y Velarde, propusieron en 1791 la construcción del camino de Malbucho, desde Ibarra al río Santiago, por lo que se emitieron las instrucciones necesarias. Se nombró como director general y superintendente de la obra al corregidor de Ibarra y se incentivó a que los vecinos realizaran contribuciones según sus posibilidades. Los aportes podían realizarse entre uno, cuatro y doce pesos, más los alimentos necesarios para mantener a los peones; el obispo Pérez Calama contribuyó con quinientos pesos, los curas con veinte y cinco pesos en plata y la obligación de asistir con la doctrina a los trabajadores del camino. Se construyeron barras, machetes y hachas para el desmonte del terreno y se procedió a reclutar a los indios forzados de los pueblos de la villa y del corregimiento de Otavalo. De cada pueblo debían asistir los indios por quince días y los hacendados tenían la responsabilidad de su abastecimiento.³⁵ Los reos y vagos también estaban obligados a acudir al camino, población que una vez concluida la obra debían permanecer en calidad de colonos, con asignación de tierras y herramientas y con la condición de mantener el camino transitable.³⁶ Las instrucciones contemplaron la construcción de tambos, una casa hospital y un cementerio; y las tareas diarias de los peones, sobre su tratamiento y castigos impartidos, y sobre la necesidad de contar con un altar portátil para el pasto espiritual.³⁷

33 Keeding Ekkehart, *Surge la nación. La Ilustración en la Audiencia de Quito (1725-1812)*, Quito, BCE, 2005, p. 516.

34 José Pérez Calama, *Edicto Pastoral*, Quito, 1791, p. 14.

35 En 1791, Xavier de Ascáubi realizó una "petición a los hacendados de los pueblos y comarcas por donde pasa el camino de Malbucho para que contribuyan a su construcción y dejen libres a sus trabajadores que están ocupados en el referido camino", en ANH, Tierras, Caja 156, 1-X-1791, fs.

36 "Expediente formado sobre la apertura del camino de Malbucho desde la Villa de Ibarra a la costa del Mar del Sur", en ANH, Gobierno, Caja 27, 1790-1791, 27-I-1791, fs. 1-5.

37 "Relación sucinta del camino y río de Lita", Ibarra-X-20-1791, en *Plan del Camino de Quito a Esmeraldas...*, p. 168.

Con el fin de motivar la asistencia y apoyo de todos los vecinos, se hizo conocer las ventajas del sector como, la calidad del terreno para la producción de cacao, arroz, caña, algodón y la presencia de abundante madera. Se mencionó además la presencia de oro a lo largo del río Santiago, mineral que ya había beneficiado a mineros provenientes de Barbacoas y Popayán. Según el presidente Mon y Velarde "todo el camino que está proyectado es un continuo mineral de un oro subido y abundante, lo que se acredita bien con tres minas que están ya corrientes y otras varias que se van registrando".³⁸

Una vez iniciada la obra se evidenciaron problemas como la resistencia de los indios asignados al camino, muchos de ellos, una vez que conocían la nómina, huían a otros pueblos o se amotinaban, como fue el caso de los indios de Cayambe, o de San Pablo. No poca documentación refiere la ociosidad de los peones en sus labores, por lo que se planteó llevar a familias de esclavos provenientes de las haciendas de temporalidades ubicadas en el valle del Chota, por ser gente que resiste los rigores del clima.³⁹

A pesar de estos inconvenientes, en 1792 el corregidor de Ibarra presenta al Cabildo la obra terminada. El camino partía de Ibarra y se podía trajinar libremente con caballos y sus cargas hasta el puente de Licta, de allí al sitio de Canchayaco y, luego de jornada y media, al llamado Embarcadero. En todo el trayecto los ríos estaban provistos de puentes; restaba únicamente construir tambos en el trayecto Alto Tambo-Embarcadero, formar chacras con pasto para los animales y empalmar y empedrar ciertos tramos. Según testigos que realizaron la inspección del camino, conocieron que el corregidor mantuvo buen trato con los peones, fueron alimentados con carne, biscocho, granos, papas y productos provenientes de sus haciendas, gastando en ello una considerable cantidad de pesos.⁴⁰ Una inversión que bien podía recuperarse con las regalías producto del comercio que pronto se iniciaría entre la dilatada provincia de Quito y la ciudad de la costa pacífica.

38 "Informe del Presidente de Quito dirigido a Don Antonio Porlier acerca del nuevo camino de Malbucho", en *idem*, p. 140.

39 "Carta enviada por José Posse Pardo al Presidente de la Audiencia de Quito", 20-X-1791, fs. 24-27, en *idem*.

40 "Representación que hace el Corregidor de Ibarra, Don José Pose Pardo al Cabildo de la ciudad. Ibarra", IX-1792, fs. 165-172, en *idem*.

Entre 1794 y 1795, una vez habilitado el camino, el Corregidor de Ibarra solicitó se adopten las medidas necesarias para mantener habilitado el camino; entre otras, insiste en el establecimiento de pueblos en Licta y Malbucho para que asistan a los comerciantes, a los animales de carga y perfeccionen los sitios del camino que lo requieran. Para entonces, las autoridades de Tumaco habían iniciado una campaña tendiente a demostrar la precariedad del camino; afirmaban que lo cenagoso del terreno permitía únicamente recorridos a pie, y no el tránsito de animales con carga. Además, que el río Santiago no contaba con canales ni puerto para albergar a naves de gran magnitud.⁴¹ Al parecer, la falta de dinero impidió al corregidor Posse Pardo culminar con la obra propuesta y darle mantenimiento; con el tiempo, la vegetación cubrió el camino impidiendo el tránsito.

Con el Barón de Carondelet como presidente de la Audiencia en 1799, se va a retomar el camino de Malbucho; su política de gobierno, tendente a beneficiar a las élites quiteñas antes que a los intereses metropolitanos, hizo que una de las actividades fundamentales de su gestión fuera impulsar esta empresa. Carondelet, como hombre ilustrado, concebía al camino por Esmeraldas como la columna vertebral de un proyecto económico que buscaba por un lado, establecer un dinámico intercambio de productos serranos con los mercados del norte. El fin era obtener metales preciosos de Barbacoas y el Chocó, único medio para monetizar una economía que había perdido su liquidez luego de la baja producción obrajera. Por otro lado, este proyecto intentaba crear un espacio económico y político autónomo, que hiciera posible un sistema de intercambio libre de los condicionamientos impuestos por los puertos y las rutas asociadas al Callao y a Cartagena de Indias. De esta idea participaron las élites panameñas que vieron en esta propuesta la posibilidad de desarrollar vínculos estables de comercio.⁴²

El mecanismo de financiamiento que encontró Carondelet para habilitar el camino fue la concesión al mercader Miguel Ponce, del derecho de conducción anual del situado a Cartagena. Esto suponía trasladar las mercancías de los hacendados obrajeros y, una vez vendidas,

41 "Informe del teniente de Tumaco sobre las minas de Malbucho", Tumaco, 10-XI-1793, fs.213, en *idem*.

42 Esto explica la gestión realizada por el presidente Carondelet para interesar a los habitantes de Panamá y formen una compañía de accionistas para la construcción del camino, en ANH, Fondo Especial, Caja 166, vol. 398, doc. 90100, fs. 20-49.

parte de este producto se destinaba al pago de los tributos rezagados que mantenían con la Real Hacienda. Con el fin de obtener los cuarenta mil pesos que requería la obra, Ponce ofreció financiarlos de la siguiente manera: aportar con medio peso por ciento de lo que le correspondía a su trabajo y la Corona debía contribuir con un peso.⁴³ Además, los vecinos de Quito estaban dispuestos a prestar su dinero con un interés anual del 5%.⁴⁴

El camino seguía el itinerario Ibarra-río Santiago-Puerto La Tola; la construcción estuvo a cargo del corregidor de Ibarra, Miguel Hernández Bello y como segundo comisionado se nombró a Mariano Yépez. Las instrucciones impartidas para la obra fueron similares a las otorgadas al anterior corregidor Josef Posse Pardo. Para la composición del camino nuevamente quienes debían colaborar eran los hacendados ubicados en el trayecto, por los beneficios que pronto recibirían producto del comercio con Panamá, especialmente de frutas de la región y esclavos, asunto que se les comunicó a los propietarios de la Concepción, Puchinbuela y Cuajara.⁴⁵

Entre los indios que se registran en las tareas del camino constan los de Mira, Tulcán, Pimampiro, Puntal, Salinas, Caranqui, Caguasqui, Tumbabiro, Intac, los indios Chicales y Cayapas; éstos debían acudir semanalmente en número de veinte y cinco, ganando un jornal de dos reales diarios y la ración alimenticia. A diferencia de los proyectos anteriores, esta vez existen cuadrillas de esclavos procedentes de las minas de Domingullo, compradas expresamente para la obra, a los que se sumaron otros esclavos, parte de la cuota ofrecida por los mineros del río Santiago. Esta población se la consideró apta por ser gente de minas "() habituada a sufrir la humedad y el calor diario y por la inteligencia que tienen en la navegación de los ríos".⁴⁶ Si bien avanzaba la

43 "Exposición y propuesta de Miguel Ponce", Quito, 2-V-1800, en *Publicaciones del Archivo Municipal, Plan del Camino de Quito a Esmeraldas...*, pp. 5-12.

44 En el listado de vecinos se registran, entre otros, el mercader Marcelino Pérez con el aporte de 14.000 pesos, el Marqués de Villarocha con 10.000, el vicario general del Obispado don Ramón Yépez aporta 800 y el doctor José Batallas 5.200 pesos. "Libro que comprende la cuenta de la apertura del camino de Malbucho, 1802", en ANH, Gobierno, Caja 58, 1801-1802, carpeta 27, fls. 1-2.

45 "Posibilidad de comercio de frutas y esclavos de las haciendas de Ibarra con Panamá. Ibarra", en ANH, Fondo Especial, 1802-X-8, vol. 406, doc. 9413, f. 156.

46 "Cuenta documentada de los gastos hechos por el Comisionado Don Miguel Hernández Bello", en ANH, Fondo Especial, vol. 5, doc. 9385 fls. 12 al 20.

edificación del camino, ésta se realizó de manera pausada debido a las constantes pestes que aquejaban a los trabajadores como las tercianas o la llamada disentería de sangre. Según Mariano Yépez, un elemento adicional constituyó la ociosidad de los negros, su falta de habilidad en el trabajo, su altivez y altanería. En la práctica, muchos negros huyeron debido a los malos tratos que se les impartía; uno de ellos llegó a Quito a presentar su queja al Presidente de la Audiencia y señaló que los mantenían con cadenas, grilletes y cepos y en completa desnudez y abrigo en sus ranchos.⁴⁷

De acuerdo con la relación realizada por el corregidor de Ibarra, Miguel Hernández sobre el camino en 1804,⁴⁸ este señala que a pesar de las dificultades existentes, principalmente por la negativa de la población para acudir al trabajo debido a que muchos mueren producto de las pestes, el camino de herradura estaba terminado desde Ibarra hasta el puerto de La Tola. Además, se habían fundado poblaciones como San Pedro de la Carolina, Malbucho y San Luis de Carondelet; este último contaba con casas, platanales, cárcel, administraciones de Rentas Reales y Correos. El informe relata la presencia de tambos en cada cierto trecho para el alojamiento de los transeúntes, más ciento veinte mulas para la circulación de las mercancías. El puerto de San Fernando de la Tola estaba poblado y ofrecía las condiciones para iniciar el comercio, evitar el contrabando y el paso de posibles enemigos o corsarios. Ya a partir de 1803, este puerto contaba con la gracia real para ejercer el libre comercio en forma similar a los puertos menores como "Guanchaco y Pacasmayo".⁴⁹

Una vez abierta la ruta en 1804, se inició el tráfico comercial; dos naves panameñas llegaron al puerto de La Tola con productos como cristalería inglesa, vinos, licores y telas, que eran transportados en reuas de mulas al embarcadero de Carondelet.

Hasta el momento el esfuerzo puesto por la población de la villa de Ibarra, su pueblo y las élites de la Sierra centro-norte, parecía rendir

47 "Expedientillo que contiene la correspondencia dirigida al Presidente de la Audiencia por Mariano Yépez", en ANH, Fondo Especial, Ibarra-1803, vol. 3, doc. 9361, fl. 34.

48 El presidente Carondelet comisionó al granadino Francisco José de Caldas para que presente un informe minucioso sobre la obra, informe que se denominó "Viaje de Quito a las Costas del océano Pacífico por Malbucho en julio y agosto de 1803", en *Folleto Miscelánico*, Medellín, Biblioteca Central de la Universidad de Antioquia, Depósito No. 479.

49 "Carta del Barón de Carondelet al Ministro de Justicia", Quito-5-XII-1805, en *idem*, pp. 104-108.

sus frutos, sin embargo, al ser este un proyecto que prometía lucrativas ganancias, aquellos sectores que vieron peligrar sus intereses se pusieron en guardia. Una vez más el Cabildo de Guayaquil apelaba a España para la clausura del camino, las autoridades de Tumaco iniciaron una campaña de desprestigio sobre las pocas condiciones que ofrecía el Puerto de La Tola y apostaron por el puerto de Tumaco para el intercambio entre Quito y Panamá.

No menos importante fueron las críticas al camino de Malbucho realizadas por la élite quiteña encabezada por el administrador de Temporalidades, Francisco Diez Catalán, Luis Muñoz de Guzmán y el Marqués de Selva Alegre, quienes argumentaron que el camino propuesto por Pedro Vicente Maldonado por el sitio de Nono, ofrecía mejores condiciones por ser una ruta más rápida para sacar los textiles de Quito, Latacunga, Ambato y Riobamba.

Para finalizar, los múltiples intentos por consolidar la ruta al Mar del Sur se perdieron debido a múltiples factores. Entre los locales, la ofensiva prolongada de los nativos, las pugnas entre las élites de la Audiencia de Quito, interesadas en impulsar sus propios proyectos regionales y la falta de decisión de los empresarios viales y hacendados del norte. Éstos, tal vez si las minas encontradas en el río Santiago hubieran ofrecido una alta rentabilidad, se habrían motivado para mantener habilitado el camino, participar del comercio y posiblemente convertir a Esmeraldas en exportadora de cacao, tabaco y de la cascarilla que existía en las montañas de Malbucho. Fuera de la región, las élites limeñas, la actitud negativa de ciertos virreyes, y los comerciantes de Tumaco, al sentir que sus intereses peligraban, conspiraron para impedir el proyecto.

Si bien los factores mencionados, en su conjunto son significativos, tal vez si los minerales de oro encontrados en el río Santiago hubieran ofrecido una alta rentabilidad, las élites locales norandinas se habrían sentido motivadas para mantener habilitado el camino, participar del comercio y posiblemente, convertir a la provincia de Esmeraldas en productora de bienes de exportación como el cacao, el tabaco y la cascarilla que se encontraba en las montañas de Malbucho.

Este proyecto vial de larga duración forma parte del imaginario histórico local de la ciudad de Ibarra. Este espacio urbano, desde su fundación en un sitio estratégico del callejón andino, se convirtió en el escenario en el cual van a interactuar diversos actores en busca de

un solo objetivo: la salida al mar. Desde las autoridades del Cabildo, la élite local, la población de la villa y cientos de hombres que en forma voluntaria o forzada acudieron a prestar su contingente para llevar adelante un proyecto que beneficiaba especialmente a las élites. En esta perspectiva, Ibarra cobra vital importancia al convertirse en el centro de operaciones de un proyecto exportador orientado a crear un espacio económico y político, libre de las exigencias de los mercados de Cartagena y de Lima, que de realizarse, hubiera reactivado la débil economía quiteña motivada por la baja producción obrajera.

Bibliografía

- Ayala Flores, Andrea, "El comercio en la villa de San Miguel de Ibarra 1606-1650. Sus protagonistas", en *Monografía de Ibarra*, tomo II, Sociedad Cultural "Amigos de Ibarra", 1997.
- *Mercaderes, tratantes y pulperos en la Villa de San Miguel de Ibarra 1616-1650*, tesis de grado inédita, Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE), Facultad de Ciencias Humanas, 1998.
- Keeding, Ekkehart, *Surge la nación. La Ilustración en la Audiencia de Quito (1725-1812)*, Quito, Banco Central del Ecuador (BCE), 2005.
- Libro Primero de Cabildos de la Villa de San Miguel de Ibarra, 1606-1617*, vol. XV, 1937, Archivo Municipal.
- Marchán R., Carlos, "Economía y sociedad durante el siglo XVIII", en Enrique Ayala Mora, edit., *Nueva Historia del Ecuador*, vol. 4, Quito, Corporación Editora Nacional/Grijalbo, 1989.
- Phelan, John Leddy, *El Reino de Quito en el siglo XVII*, Quito, BCE, 1995.
- Plan del Camino de Quito a Esmeraldas según las observaciones astronómicas de Jorge Juan y Antonio de Ulloa, 1736-1742*, vol. XIX, Quito, Talleres Tipográficos Municipales, 1942, Archivo Municipal.
- Rueda Novoa, Rocío, *Zambaje y Autonomía. Historia de la gente negra de Esmeraldas, siglos XVII-XVIII*, Quito, Abya-Yala, 2000.
- Rumazo González, José, comp., *Documentos para la Historia de la Audiencia de Quito*, tomos I, IV y VIII, Madrid, Afrodisio Aguado, 1949.
- Tapia, Amilcar, "El camino Quito-Ibarra-Esmeraldas en el siglo XVII", *Monografía de Ibarra*, tomo II, en Sociedad Cultural "Amigos de Ibarra", 1997.
- Tyrer, Robson, *Historia demográfica y económica de la Audiencia de Quito*, Quito, BCE, 1988.
- Villalba F., Jorge, *Miguel de Ibarra. Presidente de Quito, 1600-1608*, Quito, PUCE, 1991.

Esclavos de la tierra:

los campesinos negros del Chota-Mira,
siglos XVII-XX

*Emmanuelle Bouisson**

*Alegre Carpuela linda
tierra bendita donde yo nací
me voy pa' lejanas tierras
por ver si de ti me olvido
Carpuela linda
no te puedo olvidar*

Bomba "Carpuela lindo y alegre"

Al norte de Ibarra, pasando el lago Yaguarcocha se sube la cordillera y, al bajar, el paisaje presenta un valle verde encerrado por montañas desoladas y áridas. Una tierra cálida, sin vegetación, bañada por el lodoso río Chota-Mira. Entre los cañaverales verdes de las riberas del río se hallan unos pueblos polvosos, batidos por el viento y el sol ardiente. Aquí viven negros. Hace más de tres siglos fueron traídos para poblar este "valle sangriento" y desde entonces están ligados a sus pedazos de tierra caliente.

Arrancados de sus tierras ancestrales del África como esclavos, se adaptaron a este nuevo medio ambiente y las tierras de los valles del Chota-Mira pasaron a ser sus tierras natales, las tierras donde reposan sus abuelos, tatarabuelos. Hoy día los negros están atados a estos valles cálidos y apartarse de sus tierras es vivido como un rompimiento doloroso. Los versos cantados en la bomba son el testimonio de este sentimiento. ¿Cuál es entonces el cordón umbilical que les retiene a esta tierra de sufrimientos?

Pensamos que con el apego a la tierra se construye la identidad negra. Siguiendo como hilo conductor la tierra, trataremos, a través de una visión histórica global, de destacar el proceso del apego del negro-esclavo, luego huasipunguero y finalmente campesino-parcelario a la tierra.

* Instituto de Altos Estudios de América Latina (París).

De la Chacra¹ al Huasipungo

La cuenca geográfica del río Chota-Mira forma un gran valle interandino que se presenta como una microregión de clima tropical-semiárido. Debido al clima adecuado, en el siglo XVII los españoles y principalmente los padres de la Compañía de Jesús desarrollaron allí el cultivo de la caña de azúcar. Los jesuitas se apoderaron de muchas tierras de los valles bañados por el río Chota-Mira y llegaron a constituir un gran complejo de haciendas azucareras: con las de Chalguayacu, Caldera y Carpuela en el valle del Chota; Tumbabiro y Santiago en el valle de Salinas y en la cuenca del Mira las de Cuajara, Concepción y Chamanal.

Como es sabido, en América Latina la historia de la economía azucarera está relacionada a la de la esclavitud; y a su vez, durante la colonia, la de la esclavitud está ligada a la Compañía de Jesús.² Debido al clima ardiente y sumamente malsano de los valles del río Chota-Mira, los indios trasladados por los españoles de zonas altas como Otavalo, Atuntaqui, San Pablo o Cotacachi, no soportaban vivir en el entonces llamado "valle sangriento".³ Así que frente al problema de la mano de obra la única alternativa fue la inversión en brazos esclavos. Los jesuitas, quienes tenían la capacidad financiera requerida, compraron esclavos en gran cantidad en Cartagena y Popayán para trabajar en sus haciendas cañeras.⁴ Llegaron a poseer en 1767 unos 1.164 esclavos repartidos en las haciendas azucareras de los valles del Chota-Mira (cuadro 1).

- 1 Los campesinos de la zona suelen usar la palabra "chagra" en lugar de "chacra".
- 2 Véase Magnus Mörner, "Los jesuitas y la esclavitud de los negros", en *Revista Chilena de Historia y geografía*, No. 135, 1967.
- 3 Antes de la llegada de los españoles, los indios de la zona tenían en las orillas del río Chota-Mira terrenos cultivados con coca, ají, algodón, maíz y frutales, pero parece que no vivían en el valle sino en zonas altas como Pimampiro o Mira. Sobre la transición colonial, véase Rosario Coronel Feijoo, *El valle sangriento. De los indígenas de la coca y el algodón a la hacienda cañera jesuita: 1580-1700*, FLACSO, Quito, 1991.
- 4 Así por ejemplo, en 1700 el P. Ruiz Bonifacio, Procurador de la Compañía de Jesús de la Provincia de Quito, compró en Cartagena 126 piezas de esclavos (ANH/Q, Esclavos, caja 1, expediente 8). En 1716 el P. Juan de Narváez, Procurador General del Colegio de Quito de la Compañía de Jesús, compró unos esclavos provenientes de Cartagena por 3.033 patacones (ANH/Q, Fondo Especial, caja 9, expediente 715). Sobre las compras de esclavos por los jesuitas, véase Fernando Jurado Noboa, "Una visión global sobre el Chota 1475-1813", en *El negro en la historia*, Centro Cultural Afroecuatoriano, Quito, 1992, pp. 145-154.

Los regulares compraron esclavos llamados bozales, que llegaban directamente del África, en oposición con los esclavos criollos nacidos en América.⁵ Uno tiene que imaginar a esos esclavos bozales traumatizados por la esclavitud y por el viaje sin

Cuadro I La repartición de los esclavos en las haciendas jesuíticas en 1767 ⁶	
Haciendas	Esclavos
Carpuela	110
Chalguayacu	56
Concepción	302
Chamanal	123
Caldera	96
Santiago	101
Tumbabiro	112
Guajara	264

retorno del África a América. Pasaron, entonces, a manos de los jesuitas, sus primeros dueños, con quienes aprendieron una nueva vida lejos de la que conocían en el África. Este período jesuítico nos parece muy importante en la historia del negro de los valles del Chota-Mira, puesto que los esclavos desarraigados se acostumbraron a esta nueva vida enseñada por los padres y, como lo veremos más adelante, fue para ellos la referencia que condicionó su futuro. Pen-

samos además poder entender la clave del apego de los esclavos a sus nuevas tierras en la administración jesuítica y esta clave tiene que ver con la familia y la chacra.

Una familia y una tierra...

Los jesuitas conocían la importancia de la familia para los africanos, pues favorecieron una vida familiar en sus haciendas.⁷ Incitaron a los esclavos a casarse entre ellos mismos y a tener familia, prohibiendo las uniones con mestizos e indios que trabajaban en las haciendas.⁸ Para este propósito los jesuitas compraron esclavos hombres y mujeres en proporción casi igual y lograron tener un equilibrio de sexos en sus

5 Los apellidos que se conocen hasta ahora en la zona indican este origen africano: así por ejemplo, los Carabalí provenían del golfo de Biafra, los Congo del África central, los Mina de la Costa del Oro, los Lucumi del golfo de Benin.

6 ANH/Q, Haciendas, caja 40, expediente 6 y Rosaura García de Pólit, "El mundo negro en Cuajara al tiempo de la expulsión jesuita", en *El negro en la historia*, Centro Cultural Afroecuatoriano, Quito, 1992, pp. 167-169.

7 Sobre la política familiar en las haciendas, véase Magnus Mörner, "Comprar o criar. Fuentes alternativas de suministro de esclavos en las sociedades plantacionistas del Nuevo mundo", en *Revista de Historia de América*, No. 91, 1981.

8 Los jesuitas combinaron en sus haciendas del Chota-Mira una mano de obra esclava masiva con algunos sirvientes indios (conciertos voluntarios). Sin embargo, en los inventarios se encuentran escasos ejemplos de casamientos mixtos y/o de esclavos llevando apellidos indios de la zona.

haciendas. En comparación con otras de esta época, el equilibrio de sexos era una particularidad de las jesuíticas. En general, el trabajo masculino era considerado más importante, por lo que en las demás haciendas había un promedio de dos o tres mujeres por cinco hombres.⁹

Cuadro 2					
La población esclava, hombres y mujeres, en las haciendas jesuíticas en 1782-1783 ¹⁰					
Haciendas	Hombres	%	Mujeres	%	Total
Caldera (1)	54	56,8	41	43,2	95
Carpuela (1)	49	51,6	46	48,4	95
Chalguayacu (1)	43	53,7	37	46,2	80
Chamanal (2)	79	54,5	66	45,5	145
Concepción (2)	180	52,2	165	47,8	345
Total	405	53,3	355	46,7	760

Además los jesuitas se esforzaron por no separar a los miembros de una familia y cada familia tenía su casa. Así, en la hacienda de Caldera había 25 casas de bahareque y paja para 95 esclavos; en la hacienda de la Concepción, que tenía una dotación de 3.345 esclavos, había en el rancho de los negros 48 cuartos, 43 de tejas y 5 de paja; y en la hacienda de Chamanal había 39 casas cubiertas de paja para 145 esclavos. Haciendo una comparación con las demás haciendas, en donde varias veces todos los esclavos vivían en el mismo galpón separados los varones de las mujeres, no había intimidad familiar y la sexualidad era totalmente desestructurada por la falta de mujeres. Además, a veces los dueños veían el casamiento de sus esclavos como un freno a la productividad y se otorgaba el casamiento como un premio al esclavo fiel. Cualquier miembro de una familia podía ser vendido, y desintegrando así a las familias. Los jesuitas, en cambio dieron una particular atención a las familias dentro de sus haciendas, favoreciendo la creación (o recreación según el modelo cristiano) de lazos de parentesco y

9 En 1804 se dio una Real Cédula para que en los ingenios y haciendas de los dominios de Indias e Islas Filipinas, donde solo existían negros varones, se pongan negras hasta que estén casados todos los que deseaban este estado (ANH/Q, Fondo Especial, caja 174, expediente 9592).

10 ANH/Q, Temporalidades (1): caja 20, expedientes 5; caja 22, expediente 6.

compadrazgo. De esta manera en las haciendas jesuíticas de los valles del Chota-Mira se encuentran familias enteras, a veces compuestas por tres generaciones, con tres, cuatro y hasta seis niños y ancianos de 80 años y más.

Haciendo una comparación con la hacienda cañera de Santiago, perteneciente al Monasterio de las Monjas Conceptas de Ibarra, no se encuentran familias bien estructuradas como en las haciendas de los jesuitas. La hacienda de Santiago tenía en 1793 una dotación de 37 esclavos, entre los cuales había tres familias (incluso una familia constituida por una esclava de Santiago casada con un esclavo de otra hacienda de la zona, la de Tababuela); también había tres esclavos casados con libres y dos esclavas casadas con libres.¹¹

Cuadro 3

Las familias y número de niños en las haciendas jesuíticas en 1782-1783¹²

Haciendas	Familias con más de dos niños	Familias con dos niños	Familias con tres niños	Familias con cuatro niños	Familias con más de cinco niños
Caldera (1)	11	4	2	4	1
Carpuela (1)	10	5	2	-	3
Chalguayacu (1)	8	1	1	3	3
Concepción (2)	47	13	10	8	16
Chamanal (2)	22	5	8	6	3

Además, los jesuitas tenían la costumbre de dar a sus esclavos una huerta para el sustento de las familias. Parece que esta práctica fue introducida por los jesuitas y luego se difundió en las demás haciendas. Así, en casi toda América Latina y el Caribe los esclavos de plantaciones llegaron a disponer de una parcela para cultivar alimentos y esas chacras se convirtieron en parte fundamental de sus vidas. Favorecer las familias y dar una chacra a los esclavos no tenía solo que ver con motivos de caridad religiosa sino también con deseos de rentabilidad económica. Apoyar la constitución de familias en las haciendas tenía la ventaja de aumentar la dotación en esclavos por nacimientos; dar una chacra permitía complementar la alimentación de los esclavos sin mayores gastos.¹³ La familia y el pedazo de tierra tenían asimismo la

11 AHBC/I, 2341/47/11/M.

12 ANH/Q, Temporalidades (1): caja 20, expediente 5; (2): caja 22, expediente 6.

13 Los jesuitas daban semanalmente raciones de maíz, carne, sal y tabaco a los esclavos.

ventaja de estabilizar a los esclavos en las haciendas, pues se suponía que así disminuía el número de fugas al asegurar un mayor control sobre ellos.

Pensamos que los esclavos de los jesuitas se ataron a las haciendas de los valles del Chota-Mira por medio de estos dos pilares: la familia y la tierra. Además de esto, podemos decir que los jesuitas hicieron de los esclavos de sus haciendas "proto-campesinos" como lo veremos a continuación.

...Para siempre

Después de la expulsión de la Compañía de Jesús en 1767, las haciendas y sus esclavos pasaron a manos del Rey de España y fueron administradas por el ramo de Temporalidades. Acostumbrados a la vida que les daban los regulares expulsados, los esclavos siempre quisieron tener el mismo trato. Esto resulta de mucha importancia para la investigación a nivel de las fuentes, en la medida en que tenemos pocos datos sobre las haciendas jesuíticas (inaccesibilidad al archivo de la Compañía de Jesús de Quito); sin embargo, como las Temporalidades trataron de mantener el mismo orden, las fuentes de Temporalidades nos dan informaciones sobre el manejo de las haciendas en la época de los jesuitas.¹⁴ En la década de 1780 se hizo la visita de las haciendas de Temporalidades y los testimonios de los esclavos muestran que la referencia en lo que corresponde a las condiciones de vida y trabajo es la de los jesuitas: "después de la expatriación han seguido [los administradores] el mismo orden que los padres", comentaba durante la visita de 1780 Bernabé Lucumi, el negro capitán de la hacienda de Carpuela.¹⁵

En el caso de que los administradores no cumplieran las voluntades de los esclavos, éstos manifestaban sus resentimientos frente a la justicia. En esas quejas los esclavos hacían saber que no eran esclavos del Rey sino de los jesuitas, lo que denota la afición a los padres. En 1778, el esclavo Pedro Pasquel Lucumi de la hacienda de la Concepción, acompañado de otros tres esclavos con sus mujeres, se quejaron del administrador Francisco Aurreco Echea por maltratos (falta de ali-

14 Sobre el manejo de las haciendas jesuíticas, véase Pablo Macera, *Instrucciones para el manejo de las haciendas jesuitas del Perú. Siglos XVII-XVIII*, Nueva Coronica, Lima, 1966.

15 ANH/Q, Temporalidades, caja 18, expediente 9, f. 13.

mentación y de vestimenta, trabajo los días domingo y festivos y castigos rigurosos). Frente a las quejas el presidente de la Real Audiencia de Quito, Josef Diguja, ordenó el 31 de enero de 1778 su destitución y publicó una tarifa sobre el trato de los esclavos que correspondía al de los jesuitas apuntando que “ha sido esta la costumbre que tuvieron estos esclavos”.¹⁶ Este juicio fue el primero de lo que hemos encontrado por parte de esclavos de la zona y resultó ser un éxito judicial.¹⁷ Era el primero de una larga serie de quejas.

En cuanto a lo que nos interesa en este estudio, es decir las chacras de los esclavos, la tarifa de Josef Diguja estipulaba que:

- En los mismos días domingo se les ha de permitir que trabajan las chacras con palas de hacienda como ha sido costumbre.
- No se les embarasara a los que venda los plátanos de sus chagras.
- A los que tienen palas no se les deberá quitar todos los días para que puedan trabajar sus chagras como ha sido costumbre después de acabada la tarea de hacienda.¹⁸

Las chacras representaban algo muy importante para los esclavos, quienes no querían perder el derecho a gozar de un terreno y de sus frutos. Este punto nos parece interesante en la medida en que constituyó una contradicción dentro del sistema esclavista, puesto que los esclavos no podían ser propietarios de nada. Si no eran realmente propietarios de sus huertas, en cambio sí lo eran de los productos que cultivaban y que podían vender. Y gracias a este medio de ganar algunos reales, algunos esclavos alcanzaron a pagar parte del precio de su libertad.

Durante la década de 1780 las Temporalidades vendieron las haciendas y sus respectivos esclavos a nuevos dueños. Esos nuevos amos eran terratenientes quiteños e ibarreños pertenecientes a grandes familias de la aristocracia emparentadas entre sí, como por ejemplo los Gangotena y Tinajero; los Gómez de la Torre y Gangotena; los Chiriboga y Villavicencio. Estas familias poseían a veces varias haciendas y gozaban de gran influencia política y social en la provincia de Imbabura y a nivel del país. Acostumbrados al trato paternalista de los jesui-

16 ANH/Q, Esclavos, caja 8, expediente 1, f. 3.

17 Aurreco Echea tuvo que pagar una multa de 200 pesos de los cuales una parte fue dada a los esclavos maltratados.

18 ANH/Q, Esclavos, caja 8, expediente 1, f. 4.

tas, los esclavos empezarán desde luego a oponerse a sus nuevos dueños, quienes querían cambiar el orden de las cosas. Entre 1780 y 1810, los años fueron marcados por sublevaciones y numerosas quejas de esclavos frente al sistema judicial.¹⁹ Este período nos parece muy importante en la historia de la esclavitud en la provincia de Imbabura en la medida en que se observa la lucha de los esclavos. Pensamos que no hay que considerar a los esclavos como simples víctimas del sistema esclavista sino como actores de su propia historia.²⁰

Algunos de esos nuevos amos compraron haciendas en los valles del Chota-Mira con el propósito de vender unos esclavos. De ahí vienen las sublevaciones de esclavos que no querían salir de sus haciendas y menos ser vendidos como simples animales. Las Temporalidades habían empezado a vender esclavos de las haciendas considerando que había en exceso. Por otra parte, el objetivo era rebajar el valor de las haciendas antes de ponerlas en venta. En 1781 vendieron 36 esclavos extraídos de Chamanal; en 1785, sacaron a la venta 60 esclavos de la hacienda la Concepción y en 1786 vendieron otros 7 de Chamanal.²¹ En la documentación de Temporalidades no hemos encontrado grandes sublevaciones de esclavos como lo que sucedió con los nuevos propietarios, sin embargo se nota que los esclavos no estaban de acuerdo con esas ventas masivas. En 1785, cuando las Temporalidades querían extraer unos esclavos de la Concepción, ellos reaccionaron:

Sorprendimos la hacienda de la Concepción esta mañana a la hora de misa, sin más novedad que una confusión babilónica que me puse en bastante cuidado; pero en fin habiendo conseguido suavisar un poco esta gente que no fue poco aunque continuaban los gritos y alborotos se extrajeron 12 negros, 12 negras y 11 muchachos y espero en la villa [de Ibarra] 15 o 20 de estos últimos que me ha de mandar Don Manuel de Amezaga [administrador de las haciendas] quando parescan de entre los cañaverales a donde se refugiaron sin ser posible dar con ellos.²²

19 En razón de su condición jurídica de esclavo no tenían facultad de presentarse frente a la justicia, sino por medio del defensor de menores. Hay que anotar aquí el papel muy importante de los procuradores defensores de esclavos, quienes tomaron en cuenta la suerte de los esclavos y les ayudaron en sus pleitos judiciales.

20 En los expedientes del Archivo Nacional Histórico de Quito y del Archivo Histórico del Banco Central de Ibarra reposan muchas quejas por maltratos y solicitudes de libertad por parte de los esclavos, revelando que fueron realmente muy activos.

21 ANH/Q, Temporalidades, caja 25, expediente 16.

22 ANH/Q, Fondo Especial, caja 94, expediente 21, f. 28.

Las sublevaciones agitaron violentamente a las grandes haciendas de Cuajara y Concepción y duraron años, lo que perturbó la buena marcha de la producción.

En 1783 el mercader Carlos Araujo compró la hacienda de Cuajara que en 1779 tenía unos 268 esclavos.²³ Carlos Araujo se proponía vender y trasladar esclavos de Cuajara:

...que habiendo comprado la hacienda de Cuajara que fue de Temporalidades con el principal designio de dejar los esclavos necesarios para el servicio de dicha hacienda y sacar los sobrantes para las haciendas que en propiedad tengo en Puchimbuela, San José, San Lorenzo y Palacara.²⁴

Araujo tuvo que afrontar las sublevaciones de sus esclavos, quienes rechazaron la voluntad de su amo de vender seis u ocho piezas de esclavos menores de edad en Quito. El día en que entró en posesión de la hacienda habló con los esclavos:

...los propuse en el mismo acto en el más suave modo que pude la necesidad que tenía de sacar dichas piezas a lo que todos de una voz se opusieron expresando que en esta hacienda trabajarían con voluntad en quanto se les mandase, menos fuera de ella, ni menos el que se les saquen sus hijos porque como padres tenían mucho dolor apartarse de ellos.²⁵

Durante dos años resistió a sus esclavos tumultuosos y se quejaba de que en esos años de propiedad de la hacienda no había podido pagar los réditos con sus frutos. Consideraba que habían demasiados esclavos en la hacienda y su objetivo era vender algunos para poder pagar sus deudas con las Temporalidades.

Frente a la rebeldía de sus esclavos, Araujo tuvo que pedir en 1785 el auxilio de un piquete de soldados para sacarles de la hacienda. La respuesta del fiscal del Rey nos parece interesante en la medida en que se ve que no estaban acostumbrados a ver esclavos rebelarse por razones de venta o traslado:

...pues por su condición de esclavos no pueden ni deven oponerse al libre uso que de ellos quiere hacer su dueño como si las personas más libres

23 ANH/Q, Haciendas, caja 42, expediente 12.

24 ANH/Q, Fondo Especial, caja 80, expediente 5310, f. 227.

25 ANH/Q, Esclavos, caja 10, expediente 1, f. 1.

no estuvieran sujetas a iguales o mayores traslaciones y deben saber los esclavos que no tienen voluntad propia...²⁶

Ellos no entendían por qué esos esclavos rechazaban una traslación “solo porque han nacido allí”.

En 1788, Araujo vendió 30 piezas de esclavos por familias provenientes de Cuajara a Melchor Rivadeneyra, quienes persuadidos por Matias Méndes Solar, el administrador de las haciendas de Araujo, se opusieron a la orden de salir de la hacienda durante un año.²⁷ En 1789 Carlos Araujo tuvo que enfrentarse de nuevo con sus esclavos de San José, Puchimbuela y Cuajara. Como vendió la hacienda de San José y la venta no comprendía a los esclavos, pensaba trasladarlos nuevamente a Puchimbuela y “sin más motivo que el de esta traslación levantaron el grito y amotinándose contra su señor dispararon piedras”.²⁸ Algunos esclavos marcharon a Cuajara para unirse con los demás revoltosos y otros diez esclavos se fueron a Ibarra a quejarse contra Araujo por maltratos y pedir el derecho de cambiar de dueño.²⁹

En 1790 otros cinco esclavos de Puchimbuela, entre los cuales el rebelde Ambrosio Mondongo, Gaspar Soto y Gregorio Soto, vinieron a quejarse en Quito contra Carlos Araujo.³⁰ Así también, en 1793 Araujo vendió 80 esclavos de Cuajara a Gregorio Larrea para su hacienda de San Buenaventura y pocos meses después la mitad de esos esclavos se fugaron y se retiraron de San Buenaventura para regresar a Cuajara.³¹ Unidos los de Cuajara y los prófugos de Gregorio Larrea se retiraron juntos con sus familias a un sitio de difícil acceso llamado Turupampa, poco distante de Cuajara. El corregidor José Posse Pardo tuvo que sacarles acompañado de nueve soldados de Quito y 15 hombres de Ibarra.³²

En 1789 Juan Antonio Chiriboga, quien fue alcalde de la villa de Ibarra, compró a las Temporalidades la hacienda de Concepción entregada con 317 esclavos.³³ Al igual que Araujo, Juan Antonio Chiriboga

26 ANH/Q, Esclavos, caja 10, expediente 1, f. 10 v.

27 ANH/Q, Esclavos, caja 12, expediente 18 y AHBC/I, 4050/306/40/M.

28 ANH/Q, Esclavos, caja 12, expediente 20, f. 7.

29 ANH/Q, Fondo Especial, caja 112, expediente 6618 y AHBC/I, 3068/306/27/M.

30 ANH/Q, Esclavos, caja 12, expediente 1.

31 ANH/Q, Esclavos, caja 24, expediente 24.

32 ANH/Q, Fondo Especial, caja 136, expediente 7637/18.

33 ANH/Q, Hacienda, caja 45, expediente 7.

tuvo que resistir a sus esclavos quienes siguieron el ejemplo de los de Cuajara. En 1789, 60 esclavos de la Concepción se retiraron al monte con sus familias durante casi seis meses en protesta "porque su amo pretendía vender algunos de ellos".³⁴ Para Chiriboga la única solución al problema fue sacarlos a la fuerza del monte y venderlos con sus familias en Guayaquil. En 1790, 17 esclavos de la Concepción vinieron a Quito para quejarse de su amo sin resultado. Juan Antonio Chiriboga quiso entonces vender esos esclavos "que considera revoltosos" a Diego Torres, hacendado de Tumbabiro.³⁵ Pero los esclavos vinieron otra vez a quejarse en Ibarra de su nuevo amo Diego Torres, pidiendo el derecho de regresar a la Concepción. Naturalmente Juan Antonio Chiriboga se oponía al regreso de esos esclavos a la hacienda "bajo el pretexto de haber nacido y criado en ella".³⁶ Otra vez en 1798 los esclavos se rebelaron y se retiraron al monte protestando contra su amo. Como Carlos Araujo, Juan Antonio Chiriboga pensaba vender esclavos para poder pagar sus deudas a las Temporalidades.³⁷

Como se ve con estos dos casos, de Cuajara y la Concepción, los esclavos estaban realmente en total oposición contra sus nuevos amos; y las sublevaciones, último recurso del esclavo frente al amo, se multiplicaban frente a la incapacidad de los dueños en resolver el problema. Los dueños tuvieron grandes pérdidas por cuanto durante esos años el trabajo de las haciendas era perturbado (los esclavos pasaban más tiempo sublevados que trabajando) y tuvieron que pagar los réditos a las Temporalidades. Pero lo que nos parece importante destacar de estos tumultuosos eventos es que dos principios impuestos por los jesuitas sirvieron de referencia a los esclavos, quienes no aceptaban los cambios: es decir no separar a los miembros de una familia y estabilizar las familias en las haciendas. Los esclavos de las haciendas de los valles del Chota-Mira rechazaron realmente el hecho de salir de ellas y de ver a sus parientes vendidos afuera. Los esclavos que Carlos Araujo vendió a Melchor Rivadeneyra dijeron " que si el amo los quería vender los vendiese con la hacienda "³⁸ Y como hemos visto, varias veces

34 ANH/Q, Esclavos, caja 15, expediente 7, f. 18 y AHBC/I, 442/133/2/M.

35 Los jesuitas enviaban fuera de la hacienda a los esclavos rebeldes pero tratando de no separar a las familias.

36 ANH/Q, Esclavos, caja 12, expediente 21, f. 8v. y Fondo Especial, caja 117, expedientes 6820/40-47-89.

37 ANH/Q, Fondo especial, caja 153, expediente 8418/144.

38 ANH/Q, Esclavos, caja 12, expediente 18, f. 6v.

regresaban a sus haciendas de origen. Se ve, en toda la fuerza que oponían, que estaban ligados de verdad a sus familias y sus haciendas: éste nos parece ser el germen del apego a la tierra del Chota-Mira.

Por otra parte, cuando el nuevo amo tomaba la decisión de cambiar el orden de las cosas en cuanto a la alimentación, el trabajo o los castigos, los esclavos se quejaban judicialmente. La ley reconocía el derecho del esclavo a quejarse de su amo en caso de maltrato, pero frente a la voluntad de sus amos de venderlo, éste no podía acudir a los tribunales y entonces no tenía otra alternativa que la rebelión.

Durante la primera mitad del siglo XIX se encuentran en los archivos numerosas quejas por maltratos, esencialmente por castigos rigurosos, por falta en las raciones o en la vestimenta o por tareas pesadas. En esas quejas se encuentran también la reivindicación al derecho de la chacra como lo expresaron Santiago Mina, Andrés Pastrana y Pedro Pavón, esclavos de la hacienda de Santiago, quienes se quejaban en 1801 contra el dueño José Antonio Zaldumbide por maltratos. Decían:

desde tiempo inmemorial se ha dado a cada esclavo un retaso corto de tierra para que sembrado se ayudase a la manutención y para su beneficio, se ha puesto igualmente bueyes y herramienta de hacienda. En la actualidad se nos ha privado de este alivio porque las tierras nos quitaron para sembrar caña y se nos apercibio que si cogiesemos algún buey o herramienta se nos castigaria con rigor. Este hecho tan riguroso nos ha puesto en extremo de perecer por que sin raciones, sin ayuda, sin más consuelo que el padecer no somos capaces de vivir.³⁹

Igualmente, en 1810 seis esclavos de la hacienda de Caldera, perteneciente a Nicolás Calisto, se quejaban del administrador Isidro Cadena por malos tratos y protestaban: "sin darnos lugar en los días festivos para poder cultivar nuestras huertas y sustentarnos de sus frutos".⁴⁰

La chacra dada por los jesuitas vino a ser indispensable para los esclavos y lucharon, entre otras cosas, para mantener esta costumbre. Cuando los esclavos de la Concepción se rebelaron en 1790, las autoridades vinieron a sacarles con nueve soldados a caballo, pero habiéndose fugado para escapar de los soldados, los esclavos se retiraron al monte; las autoridades pensaron entonces: "que se les derrocasse las

39 ANH/Q, Esclavos, caja 16, expediente 6, f. 3v.

40 ANH/Q, Fondo Especial, caja 190, expediente 10680, f. 78.

chagras para reducirles por este medio".⁴¹ Esto ilustra bien la importancia que tenían las huertas para los esclavos. Herbert Klein anota que este motivo se hizo patente en cada movimiento del siglo XIX y dice: "Al comenzar a desmoronarse los sistemas esclavistas uno de los primeros reclamos de los esclavos fue más tiempo y más tierras para sus parcelas".⁴² Como hemos visto, pelearon para conservar las condiciones de vida adquiridas de sus primeros dueños. Sabiendo que el viaje del África a América era sin retorno se adaptaron a su nuevo medio ambiente y se ataron a esta nueva tierra.

Cuadro 4	
La población esclava en la provincia de Imbabura (por parroquias) en 1825 ⁴³	
Parroquias	
Ibarra	391
Tumbajiro	130
Urcuquí	167
Salinas	225
Pimampiro	371
Mira	700
Cuajara	121
Total	2.105

El principio del siglo XIX estuvo marcado por las manumisiones de esclavos, y, a la abolición de la esclavitud, los libertos se quedaron en los valles calientes del Chota-Mira, tierra de sus antepasados. Antes del proceso de abolición de la esclavitud la provincia de Imbabura tenía 2.315 esclavos, de los cuales el 90% estaban ubicados en los valles del Chota-Mira.

La ley del 19 de julio de 1821 sobre la libertad de los partos, manumisión y abolición del tráfico de esclavos del Congreso General de Colombia, tenía por objetivo empezar el progresivo proceso de liberación de los esclavos. Según la ley, los hijos de esclavas que nacieran desde 1821 eran libres, pero debían quedarse en poder de los amos de sus madres hasta los 18 años. Una vez cumplidos los 18 años tenían que pedir, con su partida de bautismo, el derecho de gozar de su libertad. Con la ley del 28 de septiembre de 1852 el general José María Urbina puso un punto final a la esclavitud y decretó que a partir del día 6 de marzo de 1854 "de esa fecha en adelante no habrá más esclavos en el Ecuador" (art. 38). Los esclavos de las haciendas azucareras de los valles del Chota-Mira, una vez liberados de la esclavitud, se quedaron en las haciendas como peones donde encontraron otras formas de ser-

41 ANH/Q, Fondo Especial, caja 117, expediente 6820/47, f. 65v.

42 Herbert Klein, *La esclavitud africana en América Latina y el Caribe*, Alianza Editorial, Madrid, 1986, p. 115. El autor cita algunos casos de rebelión por causa de las parcelas.

43 ANH/Q, Empadronamiento, caja 19, 1825.

vidumbre y otros mecanismos de explotación a través del huasipungo y del endeudamiento.

A manera de ilustración, veamos la lista de los trabajadores de la hacienda de la Caldera en 1853 justo antes de la abolición definitiva de la esclavitud. La hacienda contaba con 43 esclavos de más de 32 años (las generaciones anteriores habían sido liberadas por la ley de 1821), como esclavos declarados libres por la edad (siendo mayores) y 52 peones y sirvientes de los cuales según los apellidos⁴⁴ por lo menos 33 eran ex esclavos.⁴⁵

Según la lista de los trabajadores de la hacienda de Carpuela en 1871, una larga mayoría de los 63 peones eran ex esclavos según los apellidos y todos los peones tenían deudas, salvo ocho, quienes no debían nada pero seguían trabajando.⁴⁶

Cuadro 5

Las deudas (en pesos) de los peones de Carpuela en 1871

	Menos de 10 pesos	De 10 a 20 pesos	De 20 a 30 pesos	De 30 a 40 pesos	De 40 a 50 pesos	Más de 50 pesos
Peones	13	7	6	9	7	13

Entre los que debían más de 50 pesos, algunos tenían deudas superiores a 100 pesos; y cuatro entre 100 y 150 pesos. Una vez liberados, los ex esclavos se quedaron, sea por apego a sus tierras (además no conocían otro lugar que los valles del Chota-Mira donde siempre habían vivido) o también porque estaban obligados a seguir trabajando en las haciendas sujetos por las deudas.

Finalmente, en la descripción de un viajero, el diplomático norteamericano Friedrich Hassaurek, quien visitó en 1866 los valles del Chota-Mira, se delinea el sistema de peonaje por deudas.

Los negros al igual que los trabajadores indígenas de las haciendas son conciertos. Son esclavos de hecho, aunque no de nombre. Se compran sus servicios a través de una venta de la deuda que deben. Mientras los con-

44 Muchos esclavos tenían apellidos de origen africano como Congo, Carabalí, Angola, Mina, se puede reconocer a los ex esclavos con sus apellidos y con los inventarios de esclavos anteriores.

45 ANH/Q, Haciendas, caja 58, expediente 1.

46 AHBC/I, 16 668/104/178/J.

ciertos esten endeudados, estado en el cual permanecen hasta su muerte gracias a la audacia de sus amos, deben trabajar o ir a la cárcel. Apenas si pueden pagar sus deudas, las cuales, por el contrario, se incrementan continuamente, ya que sus ingresos de medio real o de un real no bastan para satisfacer sus necesidades. Cuando la esclavitud fue abolida en el Ecuador, los propietarios de los negros en las provincias azucareras los emplearon inmediatamente como asalariados mientras procuraban endeudarlos por los servicios que les daban. En consecuencia, en vez de salir perdiendo con la abolición de la esclavitud, los dueños de las plantaciones salieron ganando.⁴⁷

La tierra da para comer no para vivir

Como hemos visto, la costumbre de dar una chacra para el cultivo a los negros contribuyó en el surgimiento de “proto-campesinos”. Los esclavos liberados conservaron siempre un pedazo de tierra a través del huasipungo y con la reforma agraria lucharon para legalizar esta parcela. Hoy día son propietarios de sus tierras: la mayoría las recibieron como liquidación del huasipungo y otros por medio de compras.

En la actualidad, los campesinos negros del Chota-Mira viven un momento crucial de su destino, sufriendo por los cambios ocurridos hace apenas 20 años. Son propietarios de las tierras por las cuales siempre lucharon, sin embargo estos pedazos no alcanzan para sustentar a las familias, puesto que la mayoría dispone solo de una a dos hectáreas para sobrevivir con una familia de seis niños como promedio.

Frente a la presión demográfica, la población negra imaginó estrategias para quedarse en sus tierras como son la “siembra a medias” o la actividad comercial para las mujeres. No obstante, para muchos de ellos la última alternativa sigue siendo la migración, temporal primero y luego definitiva. La tierra expulsa a estos hijos ligados a ella desde generaciones.

*El destino ya me lleva
en busca de unos centavos*⁴⁸

Las bombas no acaban de cantar el dolor de salir de las tierras calientes del Chota-Mira.

47 Friedrich Hassaurek, *Cuatro años entre los ecuatorianos*, Abya Yala, Quito, 1994, pp. 357-358.

48 Bomba “El destino me lleva”.

La lucha por la tierra

Como huasipungueros se beneficiaban de un lote de terreno dentro de la hacienda y de ciertos recursos como los pastos o el derecho al agua. Además percibían un salario, frecuentemente nominal, inferior al de los peones libres, que servía más bien para cancelar las deudas heredadas de generación en generación.⁴⁹ A cambio el huasipunguero debía trabajar entre cuatro y seis días en la hacienda. El núcleo familiar era el que cultivaba el huasipungo que los negros solían llamar “tabla”. Por lo general el huasipungo estaba compuesto por 30 o más tablas sembradas de camote, yuca, aguacate, fréjol y frutas como papaya o limón, base de la alimentación diaria.

En la hacienda el trabajo seguía siempre igual desde tiempos remotos, organizado en tareas realizadas por cuadrillas de trabajadores. Los niños varones empezaban a trabajar en la hacienda desde los 13 años de edad, ganando su salario de medio real, y luego de tres o cuatro años de aprendizaje entraban en la categoría de peones. Las tareas se organizaban entre el trabajo de campo en los cañaverales (sembrar, cortar, limpiar la caña) y en el trapiche (moler, alimentar la masa, sacar el bagazo).⁵⁰ Las mujeres se encargaban del deshierbe en los cañaverales y en el trapiche tenían el oficio de “empapelar”, o sea de envolver la panela. Algunas hacían también el servicio doméstico en la casa de hacienda. La jornada de trabajo se repartía entonces entre el empleo en la hacienda y el cultivo del huasipungo y si el peón faltaba al trabajo de la hacienda se le imponía multas.

A mediados del presente siglo, el sistema hacendatario conoció transformaciones importantes de descomposición a raíz de la segmentación de las haciendas por sucesiones hereditarias. Además, al principio de los años sesenta algunos terratenientes dieron por terminada la relación existente con los huasipungueros. Varios propietarios empezaron el proceso de parcelación de las haciendas, antes de la reforma agraria de 1964, básicamente sobre la base de la entrega de una parcela que podía ser o no la del huasipungo ocupado por los trabajadores. Se-

49 Osvaldo Barsky observa que este sistema de concertaje por endeudamiento permaneció legalmente inamovible hasta 1918 en *La reforma agraria ecuatoriana*, Corporación Editora Nacional, Quito, 1984, p. 20.

50 Las tareas eran diversas y todos tenían que desempeñarlas, unos pocos tenían oficios específicos como moledor o melero.

gún Osvaldo Barsky, en la mayor parte de los casos se verifica el traslado de los huasipungos a tierras más pequeñas o de calidad inferior o ambas cosas a la vez, lo que sucedió en la Caldera. También quedaban eliminados todos los demás derechos a los recursos de la hacienda como agua, pastos, leña.⁵¹ En la hacienda de la Caldera, luego de un conflicto entre los trabajadores y los propietarios, los dueños adjudicaron en 1960 a los huasipungueros tierras de 0,5 a 1 hectárea, trasladándolos afuera de la hacienda, quedándose con la parte principal de la propiedad. Una vez parcelada la hacienda para la venta, no fueron los negros sino campesinos blanco-mestizos del Carchi quienes llegaron a poseer las mejores tierras de la antigua hacienda.⁵²

Veamos a manera de ilustración la lucha de los campesinos de la antigua hacienda de Chalguayacu para acceder a las tierras. En 1955 León Ruales, propietario de Chalguayacu, entregó la hacienda en parcelación a la comuna Juncal-Chalguayacu. Al momento de la negociación, la comuna pudo pagar el 50% del valor que ascendía a 634.458,00 sucres. León Ruales dio dos años de plazo a los parceleros para pagar el saldo. En 1957, frente a los problemas para pagar, el Banco Nacional de Fomento concedió a la comuna un préstamo de 300.000,00 sucres hipotecando la propiedad. Este valor debía ser pagado en 20 cuotas semestrales de 25.103,00 sucres en el plazo de diez años. Al principio los parceleros pudieron pagar, pero a partir de 1962 encontraron dificultades por falta de organización y de responsabilidad de los tesoreros.

Los 110 parceleros recibieron lotes de superficie entre 0,050 y 2 hectáreas y a muchos se les dio hasta cuatro lotes en diferentes zonas de la hacienda.⁵³ En esta situación ¿cómo tan poca tierra pudo alcanzar a pagar las deudas? En 1967 la comuna solicitó al presidente de la República, el doctor Otto Arosemena, que interviniera en su favor para conseguir una disminución de las obligaciones con el banco. El informe del ingeniero del IERAC en Ibarra, que pidió el presidente de la República en 1967, comentaba las dificultades encontradas por los

51 Osvaldo Barsky, *La reforma agraria ecuatoriana*, p. 69.

52 Sobre la hacienda de Caldera, véase Lourdes Rodríguez, *Estamos como un puño. Estrategias de reproducción y conflicto en Caldera*, Abya Yala, Quito, 1994.

53 Los 110 parceleros se compartieron 111,569 hectáreas en total (58,162 hectáreas en terrenos de la antigua hacienda y 53,407 hectáreas en terrenos de los antiguos huasipungos) lo que corresponde a un promedio de 1,01 hectáreas por beneficiario. Curia/I, 6423/112/39/C.

parceleros: anarquía en la distribución de tierras entre los socios de la comuna, incapacidad de cumplir con los compromisos de pago, dado que las tierras eran demasiado pequeñas y la contabilidad mala. Y el ingeniero concluyó que: "como se puede ver la situación de la comuna no puede ser más difícil".⁵⁴

El problema no fue solucionado sino que más bien empeoró en 1975 con la creciente del río Chota que destruyó parcelas.⁵⁵ Así, en 1975 la comuna Juncal-Chalguayacu, desesperada, volvió a escribir al presidente de la República solicitando una solución urgente al problema. Manuel García Pozo, presidente de la comuna, escribía: "la comuna Juncal-Chalguayacu abandonada a su suerte por falta de asesoramiento administrativo, contable, técnico en los campos de la producción hasta hace 4 años nos encontramos sin saber cuanto debíamos al banco".⁵⁶

Además solicitaba el asesoramiento contable del Instituto Campesino de Ibarra (perteneciente a la Curia de Ibarra).

En el Ecuador, los años sesenta estuvieron marcados por agitaciones sociales en el campo, manifiestas en multitudes de sindicatos, peticiones, huelgas y otros por el estilo. Este estado de efervescencia fue articulado por el Partido Comunista Ecuatoriano a través de la Federación Ecuatoriana de Indios en la Sierra. En la zona del Chota-Mira fue el doctor comunista Bolívar Bolaños quien impulsó a los campesinos a romper con las cadenas del sistema hacendatario y les ayudó en su lucha por la tierra. Así, en la hacienda de Santa Ana el Dr. Bolaños aparece al lado de 18 ex trabajadores. Según lo que cuentan los campesinos de Santa Ana,⁵⁷ Julio Chalá, ex huasipunguero de la hacienda, peleó tanto con el patrón que este le expulsó. Julio Chalá logró conseguir la adhesión de otros 17 trabajadores quienes fueron también echados. Con el apoyo del Dr. Bolaños este grupo quería acabar con la hacienda y realizaron acciones con el propósito de desestabilizar la producción como romper los aguaderos de la acequia para no dejar moler en el trapiche. Nada consiguieron porque los demás trabajadores no querían oponerse al patrón y resultó que estos 18 ex huasipungueros no

54 Curia/I, 6424/112/39/C.

55 Según Joep Van Zijl, *La agricultura en seis comunidades del valle del Chota*, CESA, 1977 (informe no publicado), aproximadamente 20 has. fueron destruidas por el río afectando las parcelas de 8 campesinos, p. 25.

56 Curia/I, 6253/98/57/C.

57 Testimonios que recogimos de Asdrúbal Padilla, Mario Polo y Leticia Chalá (hija de Julio Chalá).

recibieron tierras por haber sido expulsados de la hacienda. El mismo Dr. Bolaños se encontraba también al lado de los trabajadores de la hacienda de Caldera como activista del conflicto entre los huasipungueros y los patrones. En 1958 los trabajadores pusieron peticiones contra los dueños con presión de huelga. A los 8-9 meses de huelga se determinó por fin la estabilidad con el aumento de salarios y la entrega a los huasipungueros en propiedad.⁵⁸ Solo que, como hemos visto, los huasipungos fueron trasladados fuera del centro de la hacienda y la mayoría recibieron las playas en las orillas del río que fueron destruidas por las crecientes.

Algunos campesinos llegaron a poseer sus tierras en propiedad antes de la reforma agraria. Osvaldo Barsky sostiene la hipótesis de que las entregas realizadas bajo el control directo de los terratenientes fueron más desventajosas para los campesinos que las realizadas con intervención del IERAC.⁵⁹

En 1964 se decretó la ley de Reforma Agraria declarando abolido el huasipungo y el abono a los trabajadores de lo adeudado.⁶⁰ Si el huasipunguero tenía más de 10 años de servicio en la hacienda recibía entonces su parcela en propiedad. Como lo hace notar Jaime Espín: "este huasipungo fue la punta de lanza y la trinchera de los jornaleros para hacer valer sus derechos en tiempo del reparto agrario".⁶¹ con la reforma agraria los campesinos negros llegaron por fin a recibir sus tierras en propiedad. Pero las mejores tierras se convirtieron en fincas, principalmente en el valle de Salinas, o se quedaron en las haciendas que todavía existen como Santa Ana o Cabuyal en la cuenca del Mira.

Como lo demuestra el cuadro 6, los campesinos recibieron muy poca superficie de tierras. Además, en varios casos se les repartió otras tierras que las del huasipungo como en el caso de Santa Ana o tierras de mala calidad. Muchos campesinos recibieron las playas en las orillas del río. Las playas eran la base del huasipungo. Tenían buen suelo y clima para cultivar camote, yuca, maíz, base de la alimentación diaria de la familia campesina. Solo que las playas sufrieron los perma-

58 Lourdes Rodríguez, *Estamos como un puño*, pp. 32 y ss.

59 Osvaldo Barsky, *La reforma agraria ecuatoriana*, p. 75.

60 Sobre el detalle de la ley de Reforma Agraria, véase Osvaldo Barsky, *La reforma agraria ecuatoriana*, p. 51.

61 Jaime Espín, *Campesinos del Mira y del Chanchan*, Abya Yala, Quito, 1993, tomo II, p. 84.

Cuadro 6

La liquidación de huasipungos (algunas haciendas) en 1965-1968⁶²

Haciendas	Beneficiarios	Hectáreas	Promedio
Concepción	67	83,6	1,24
Chamanal	4	6,8	1,7
Santa Ana	50	54,24	1,08
La Loma	37	37,63	1,01
Cabuyal	38	36,95	0,97
Carpuela	104	140,66	1,35
Mascarilla	22	28,17	1,28
Cuajara	57	56,34	0,98
La Victoria	8	7,91	0,98

mentos daños del río. Los campesinos cantan esos desastres en sus bombas expresando que el río "se llevó las tierras".⁶³ En el Mira muchas playas también desaparecieron con la construcción del ferrocarril.

Con la reforma agraria los campesinos adquirieron más libertad que con la abolición de la es-

clavitud. En este sentido, algunos ex huasipungueros siguen pensando que la esclavitud se terminó con la reforma agraria y el fin de la hacienda y del patrón. En la zona se escucha frecuentemente por parte de los mayores comentarios como: "Entonces para después que ya fuimos ya trabajando libremente y ya no éramos esclavos de la hacienda".⁶⁴ Mario Polo, ex huasipunguero de la hacienda de Santa Ana, recuerda y dice:

Ahora vivimos tranquilos cuestión de así de molestia, porque más antes si el sábado o el domingo ya elegía el trabajo para la semana que venía, ahora estamos tranquilos de eso, que los mismos tranquilos y levantemos a hacer nuestra faena nosotros mismos. Lo que antes tenía la hacienda, porque estaba mandado el domingo mismo y si no iba le ponían cuidado en la huerta que no saque lo que tenía trabajado comiendo, por ejemplo tenía camote, yuca, plátano, alla iban a cuidar pa' que no saque, que se quede paradito con su familia en su casa sin sacar nada no tenían ni que comer ahí porque ya desobedecían...⁶⁵

62 IERAC, Estadísticas de las adjudicaciones legalizadas en reforma agraria. Septiembre 1964-junio 1970.

63 Carpuela fue particularmente afectada por la creciente del río Chota en 1976 que destruyó 45 hectáreas, afectando a 43 campesinos de los cuales 18 se quedaron completamente sin tierra, lo que significa el 25% de toda la tierra que dispone Carpuela. Joep Van Zijl, *La agricultura en seis comunidades del valle del Chota*, p. 27.

64 Testimonio citado por Lourdes Rodríguez, *Estamos como un puño*, p. 44.

65 Testimonio que recogimos de Mario Polo (Santa Ana).

El IERAC entregó a los trabajadores “áreas cívicas” localizadas en la zona de la hacienda para que construyan sus viviendas; así que después del reparto agrario, la población ex huasipunguera pudo quedarse alrededor de las antiguas haciendas donde siempre habían vivido y no en asentamientos dispersos como muchos indígenas.

“En busca de unos centavos”

Además de la adjudicación del huasipungo, en muchos casos los antiguos peones compraron también pequeños lotes, aunque con estas compras no pudieron integrarlos en un solo cuerpo.

Como lo demuestra el cuadro 7, la tenencia de la tierras es muy precaria puesto que en 1976, 10 años después de la reforma agraria, el 84% de los jefes de familia tenían propiedades que no llegaban a tres hectáreas ocupando el 63% del área total cultivada. Joep Van Zijl evalúa que en el valle del Chota un poco más de la mitad de los campesinos tenían tierra salvo Chalguayacu-Juncal, donde el 57,4% no tenía nada. Con la transición de huasipungueros a campesino-parcelarios, los negros del Chota-Mira entraron en una economía más monetarizada y se convirtieron en productores comerciales de tomate y fréjol. Así las parcelas sirven a la vez para el autoconsumo y para el mercado; pero con la inserción en la economía capitalista, los campesinos están obligados a hacer un uso intensivo de la tierra con los productos comerciales en detrimento de los productos destinados a su alimentación. Para enfrentar esta nueva situación agro-económica, los campesinos consiguieron ayuda de parte de organizaciones como CESA (Central Ecuatoriana de Servicios Agrícolas). En el valle del Chota, CESA trabajaba desde 1974 con el “Proyecto de desarrollo integral de las organizaciones campesinas del valle del Chota”. La organización en coopera-

Cuadro 7		
La tenencia de la tierra en el valle del Chota en 1976 ⁶⁶		
Hectáreas	No. de jefes de familia	Superficie (Hectáreas)
0-1	160	97,9
1-3	163	320,8
3-5	52	180,2
5 o más	9	62,8

66 Joep Van Zijl, *La agricultura en seis comunidades del valle del Chota*, p. 29. Contiene las comunidades de Chalguayacu-Juncal, Carpuela, Tumbatú, Pusir, Mascarilla y no incluye las tierras llevadas por las crecientes del río Chota en Juncal y Carpuela.

tivas fue adoptada por los campesinos, especialmente bajo el impulso del IERAC, para obtener tierra; estas organizaciones en ocasiones tienen lotes donde trabajan en mingas o individualmente. CESA realizaba con las organizaciones campesinas de las comunidades de Juncal-Chalguayacu, Mascarilla, Carpuela, Tumbatú y Pusir Grande un programa que integraba:

- asistencia técnica en los campos de la fertilización, la maquinaria agrícola, el control fitosanitario, el uso de semilla mejorada, la rotación y la diversificación de cultivos; y,
- asistencia crediticia con créditos de producción y de comercialización.

Además de servicios de capacitación agrotécnica y agroeconómica, CESA llevó adelante un programa de experimentación y de mejoramiento de la infraestructura (especialmente riego).⁶⁷

Actualmente los campesinos tienen en su mayoría menos de dos hectáreas, las cuales no alcanzan para la subsistencia de una familia. Con la presión demográfica nació un nuevo dilema por el acceso a la tierra. Si bien el número elevado de niños por familia no es nuevo para las poblaciones del Chota-Mira, en cambio con la reforma agraria constituye una nueva dificultad. Antes cada nueva pareja recibía su huasipungo mientras ahora el problema de la herencia lleva a la parcelación de lotes ya demasiados pequeños. El grupo que accedió a la tierra en la década de los sesenta representaba el 7% y las segundas y terceras generaciones no tienen acceso a la tierra. Según una muestra, Fernando Guerrero evalúa que los menores de 20 años representan el 56,3%.⁶⁸ ¿Cuál es, entonces, la alternativa para esta población joven que no tiene tierra?

La búsqueda de tierra constituye una preocupación crucial para los menores de 30 años. Los que no tienen tierras propias tratan de mantenerse con la "siembra a medias" que realizan en las tierras de sus padres u otro familiar; es decir que uno pone la tierra y otro la trabaja y se reparten la cosecha a medias. Usualmente es el hijo mayor

67 *Ibidem.*

68 Fernando Guerrero, *Dinámica poblacional y estructura agraria en algunas comunidades de la cuenca del río Mira y el valle del Chota*, Conferencia Episcopal Ecuatoriana, Quito, 1996, pp. 36-38, muestra: Carpuela, Concepción, Caldera, Mascarilla, Santa Ana, La Loma, El Hato, Chamanal, Empedradillo y Estación Carchi.

quien tiene derecho primero; los demás, si no alcanza la parcela, deben buscarla con otro pariente. En muchos casos las tierras son demasiado pequeñas para sustentar a la familia completa; los campesinos tienen entonces que buscar otras estrategias para asegurar su subsistencia y complementar los ingresos de la unidad familiar. La población joven masculina de la zona conoce una gran movilidad dentro de la micro-región, empleándose en las haciendas e ingenios como el de Tababuela o saliendo a las ciudades en busca de trabajo. Fernando Guerrero apunta, sobre una muestra de migrantes temporales, que alrededor del 56% declara salir a trabajar afuera por dos razones principales que son la falta de trabajo directamente ligada a la falta de tierra y los ingresos insuficientes.⁶⁹ Muchos jóvenes buscan empleo en la zafra de los ingenios. Para la zafra, que corresponde al corte de la caña (limpiar y quemar la paja), se necesita mano de obra para no interrumpir el proceso de molienda. El trabajo es tan penoso que algunos dicen que “la zafra es la esclavitud”. En los años setenta, con la crisis del Ingenio Azucarero de Tababuela que proveía muchos empleos, el problema se vuelve aún más difícil.

En la medida en que las mujeres no participan directamente en esta búsqueda de tierra (las hijas no acceden a la tierra sino por medio del casamiento) para ingresar dinero en la familia despliegan estrategias propias de subsistencia como es el comercio, esfera de la mujer. Junto con otras mujeres salen en grupos a vender productos como tomates, fréjoles, pepinillos, vainitas, papayas, en las ferias de Ibarra, Otavalo o Quito. Hasta 1992, muchas señoras, especialmente en Juncal, Chalguyacu, Piquiucho o Caldera, fueron “cacharrereras”, es decir compraban mercadería en Colombia que luego introducían ilegalmente en Ecuador. Con la apertura de la zona de libre comercio entre Colombia y Ecuador, en 1992, perdieron esta fuente de ingresos.

No obstante, el “no tenemos donde trabajar” sigue siendo como un *leit motiv* y cuando no hay más alternativas en la zona, la única solución es salir afuera. La migración a las ciudades como Quito fue un fenómeno en todo el Ecuador después de la reforma agraria. En los valles del Chota-Mira la migración es un problema crucial. Por ejemplo en Santa Ana, donde todavía existe la hacienda, la presión demográfi-

69 *Ibidem*, p. 47. Hay que notar que el 14% salen para estudiar.

ca sobre la tierra es muy fuerte.⁷⁰ La hacienda de Santa Ana, que pertenece hoy a Jaime Bergara, logró mantener alrededor de 1.200 hectáreas y se dedica al cultivo de espárragos y caña. En el caserío de Santa Ana donde viven unas 80 familias, a los 50 ex huasipungueros se les adjudicaron tierras en 1964 por haber sido trabajadores durante más de 10 años en la hacienda. Recibieron un promedio de 1,08 hectáreas por beneficiario.⁷¹ Muchos hombres han salido del caserío en busca de trabajo en la hacienda de San Guillermo o en el ingenio de Tababuela, pero la mayoría han migrado definitivamente a la ciudad de Quito. Santa Ana conoce también una fuerte migración de mujeres que buscan trabajo como empleadas domésticas en la medida en que ellas tienen más dificultades que las mujeres del valle del Chota para realizar actividades comerciales por la falta de movilización en la cuenca del Mira.

Como vemos, la situación económica de los negros del Chota-Mira siempre ha sido dura y continúa siendo precaria. Profundizar en el espacio temporal, recorriendo los siglos, nos permite analizar mejor las características del apego de los negros a las tierras del Chota-Mira y entender su lucha por la tierra. Con las chacras dadas por los jesuitas se construyeron las bases económicas de una sociedad campesina y la conservación de este pedazo de tierra resultó ser importante para la reproducción y la identidad de este grupo marginado, especialmente frente a los campesinos blanco-mestizos, quienes llegaron a tener las mejores tierras que, según los negros, les pertenecían de hecho. A lo largo de los siglos se construyó un territorio étnico, espacio de identidad.

Si en el XVII, los valles sangrientos del Chota-Mira necesitaban mano de obra, ahora esta tierra expulsa a sus hijos. Los que migran a las ciudades como Quito en busca de trabajo no regresan a sus tierras. ¿Qué pasará dentro de unas generaciones si persiste así la hemorragia? Los valles del Chota-Mira caracterizados hasta ahora por su población de negros andinos ¿no serán más que un recuerdo? Una vez desaparecida la generación que tiene la tierra ¿quién le va a suceder si todos los jóvenes se establecen afuera? Pensamos en los campesinos "pastusos", como llaman los negros a los blanco-mestizos del Carchi, que se apropian cada vez de más tierra de la zona.

70 *Ibidem*, p. 18. Señala "que las zonas donde se registra un mayor número de migrantes son previamente aquellas zonas donde todavía predominan las haciendas".

71 IERAC, expediente hacienda de Santa Ana.

Confrontamos las palabras de un ex huasipunguero: “Acá si es bonito vivir, es bonito, por ejemplo que teniendo mi terreno y salir a vivir a otra parte voy a sufrir lo que aquí en mi terreno hago lo que Dios me ayuda”,⁷² con unas cifras: Quito tiene ahora una población negra más elevada que la zona del Chota-Mira.⁷³

72 Testimonio que recogimos de Gumercindo Polo (Santa Ana).

73 “El drama de 700.000 negros” en *El Comercio*, 3/9/96. El autor habla de 50.000 negros en Quito que aumentan con la migración y de 30.000 en el valle del Chota y la cuenca del Mira.

La batalla de San Antonio de Ibarra

27 de Noviembre de 1812

Eduardo Alfredo Arias

La Revolución de Quito

Un hecho muy significativo e importante, poco conocido en la historia de nuestra patria, se desarrolló en suelo imbabureño: la batalla de San Antonio de Ibarra entre las fuerzas realistas y las libertarias, el 27 de noviembre de 1812. El hecho debe recordarse junto con algunas refriegas en Ibarra y en Yahuarcocha, con la captura y sacrificio de varios patriotas, con lo que finalizó la epopeya agos-teña pero abrió la puerta para que, una década después, culminara la ansiada liberación, el 24 de mayo de 1822, con la Batalla de Pichincha.

En la primera década del siglo XIX, Europa sentía el peso arrollador de la dominación bonapartista. En España dominaba Godoy, derrocado en el motín de Aranjuez, al que siguieron la abdicación del rey Carlos IV en favor de su hijo Fernando VII, en Bayona; la ocupación francesa y la imposición de un rey extranjero (1808-1814). El levantamiento del pueblo dio origen a la creación del Consejo de Regencia y a la reunión de las Cortes de Cádiz. Los hechos llevaron a las colonias americanas a la conformación de juntas que, apoyando la restitución de Fernando VII al trono, buscaron su autonomía e independencia.

El 10 de Agosto de 1809, la nobleza criolla quiteña depone al presidente de la Real Audiencia, al octogenario Manuel Urríez, conde Ruiz de Castilla, y conforma una Suprema Junta Gubernativa presidida por el marqués de Selva Alegre Juan Pío Montufar, y como vicepresidente el obispo José Cuero y Caicedo; don Juan de Dios Morales, ministro de lo Interior; don Manuel Quiroga, ministro de Gracia y Justicia; y don Juan Larrea, ministro de Hacienda. Recibió reconocimiento de los corregimientos de Ambato, Latacunga, Riobamba, Otavalo e Iba-

rra. La rechazaron Popayán, Pasto, Loja, Cuenca y Guayaquil. Pronto se dieron contradicciones. La falta de apoyo popular, el descontrol de los gobernantes, una solapada y ambigua posición de la cúpula de la Iglesia Católica al interior de la Junta motivan la renuncia de los flamantes miembros y la restitución del gobierno anterior. Menos de tres meses (80 días) duró la primera Junta, desde agosto de 1810 a octubre del mismo año.

El virrey de Lima, Fernando de Abascal, envió tropas a sofocar la Revolución quiteña, así como el virrey de Santa Fe. En diciembre del mismo año, los patriotas fueron apresados y enjuiciados. Varios intentaron liberar a los presos el 2 de Agosto de 1810, pero el ejército realista, en represalia, asesinó a los próceres, masacró a cientos de gentes del pueblo quiteño y saqueó la ciudad.

La segunda Junta

En septiembre llegó el comisionado regio, enviado por el Consejo de Regencia, don Carlos Montúfar, hijo del marqués de Selva Alegre. Días después, el 22 de septiembre, se reorganizó la Junta Suprema de Quito, poniendo a la cabeza al conde Ruiz de Castilla; vicepresidente, el Marqués de Selva Alegre; secretarios: Salvador Murgueitio y Luis Quijano.

El 11 de octubre de 1811, el pueblo quiteño se rebeló en contra de la debilidad de los miembros de la Junta Suprema y exigió la separación total de España, y la expulsión del conde Ruiz de Castilla, que fue reemplazado por el obispo Cuero y Caicedo. En esta revuelta, el doctor Antonio Ante fue el alma y uno de los más connotados dirigentes.

El 1 de enero de 1812 se reunió un congreso y el 15 de febrero dictó la primera Constitución de Quito, denominada "Artículos del Pacto Solemne de sociedad y unión entre las provincias que forman el Estado de Quito". El documento fue impuesto por la mayoría de los diputados, que eran partidarios de Montúfar. Sus opositores, los partidarios del marqués de Villa Orellana, que se denominaban "sanchistas", abandonaron la sesión y se recluyeron en Latacunga. El coronel cubano Francisco Calderón, que se encontraba en Alausí, fue llamado con urgencia y vino con premura a Latacunga. Los montufaristas tenían el poder político, pero los sanchistas el militar.

Las tropas patriotas enfrentaron la revuelta de Pasto y Popayán que fueron dominadas. En Cuenca, al principio, los patriotas vencieron en varios enfrentamientos. El mayor enemigo de la Junta fue el obispo de Cuenca, Andrés Quintan. En el sur se destacó la actuación militar del coronel cubano Francisco García Calderón quien, por rencillas y enfrentamiento con los montufaristas, abandonó el frente sur y se dirigió a Ibarra a defender la frontera norte.

Enfrentamiento en el norte

El mariscal Toribio Montes, nombrado por el Virrey del Perú presidente de la Real Audiencia de Quito, aprovechó las rencillas y rivalidades mantenidas al interior de la Junta de Gobierno entre los montufaristas y sanchistas. El 7 de noviembre de 1812 sitúa sus tropas frente a la capital Quito, sin encontrar mayor resistencia. Al día siguiente, el 8, vence a las tropas patriotas comandadas por Carlos Montúfar y Antonio Ante, y ocupa sin mayor problema la capital. Los patriotas, en desbandada y en compañía de gran parte del pueblo quiteño, del obispo José Cuero y Caicedo, del alto clero y monjas, huyen con dirección a Imbabura. A lo largo del trayecto, los derrotados patriotas se iban reagrupando en el incipiente ejército de Montúfar y Ante. El historiador Pedro Fermín Cevallos anota:

... los capitanes solo dieron a su movimiento el nombre de retirada, llevó a su colmo la desmoralización. Los más de los soldados arrojaron las armas o se escabulleron con ellas en los campos; otros se retiraron a sus casas, y fueron poquísimos los que entraron a Otavalo e Ibarra en formación. El entusiasmo de algunos hizo que fueran presentándose después por pelotones; y merced a esta virtud, ingrata siempre para los pueblos, porque jamás es recompensada, debido a la formación de un cuerpo como de seiscientos hombres. El coronel Calderón tenía organizados desde antes en esta provincia otros seiscientos; y así, incorporados todos con una caballería improvisada espontáneamente por los pueblos del norte, hubo todavía fuerzas suficientes para defenderse del enemigo.

Tan pronto como los patriotas abandonaron la capital, Montes envió en persecución de los quiteños fugitivos a su lugarteniente Juan Sámano con un fuerte contingente. A los cuatro días de fatigosa marcha, las desbandadas tropas quiteñas se concentran en Otavalo. Eran 600 hombres con armas. Luego de un alto, los patriotas se dirigieron

a Ibarra para integrarse a las tropas del coronel Francisco Calderón, que se encontraban asentadas en esa villa. El encuentro entre las dos facciones tuvo visos de frialdad y desconfianza. Nuevamente surgieron agrias discusiones entre los jefes montufaristas y sanchistas, Carlos Montúfar quería rendirse mediante una capitulación honrosa. Calderón era del criterio de continuar la lucha armada. Solamente debido a la cercanía del enemigo, se reconciliaron los dos jefes militares patriotas. Montúfar y Calderón depusieron sus aberrantes y absurdas rivalidades y decidieron tener una entrevista, previa a una tregua entre patriotas y españoles; Sámano se comprometió a interceder ante Montes. El encuentro se realizó frente a los dos ejércitos, en la histórica y sagrada Orozco-Tola, tumba del shyri Cacha. Según varios historiadores, la entrevista se efectuó el 23 de noviembre. Ese mismo día, un grupo de indígenas otavaleños asaltaron y mataron a un piquete de soldados españoles que portaban armas y municiones para abastecer a la tropa de Juan Sámano, además de 1032 pesos para cancelar el sueldo de las tropas. Días después fueron capturados, obligados a pagar el dinero y ajusticiados por Sámano. Transcribimos textualmente la cita de Jijón:

Los diputados todos insistieron, desde Anafo, a las 9 a.m. del 23, en la necesidad de una entrevista, y celebrese una a la vista de los dos ejércitos, ya que Sámano no pudo resistir a la iniciativa de Montúfar y, separándose también de sus fuerzas, salió al encuentro de don Carlos a quien luego se juntaron Villa-Orellana y Matheu; se convino entonces que Sámano no prosiguiese la marcha y los patriotas volviesen a Ibarra. Sámano permaneció hasta el 24 en Atuntaqui, aceptó el tener una conferencia con los delegados del congreso.

El día 25, Toribio Montes remitió una comunicación a Sámano, en respuesta al armisticio solicitado por los patriotas, cuyo texto era una traición a los quiteños. Por casualidad, la carta cayó en manos del coronel Calderón, comandante de las tropas del norte y de Antonio Ante, ideólogo de la revolución. Al leerla, se llenaron de ira e indignación ante la prepotencia y traición del general español. Inmediatamente, Antonio Ante redactó el siguiente texto firmado por Calderón y fue enviado a Sámano:

El pliego de los capítulos sanguinarios que la casualidad trajo a nuestras manos el 25 del presente, y se lo dirigió a usted. El mismo día, con pliego a que Ud. no contestó, y causó la trágica escena (cuál fue la trágica escena a que alude, no se ha llegado a conocer), tiene dispuesto a los hom-

bres que no tiene más delito que el sostener sus justos derechos y evitar los fatales desastres, que han experimentado estas desgraciadas provincias, dispuestas a morir, antes que vivir tan infamemente: si el monstruo de la humanidad, titulado Presidente, se produce tan cruelmente, cuando trata de seducir y engañar, y tiene armas al frente, ¿qué hará cuando se rindan estas? No dejará hombres que puedan discurrir, y solo brutos que reciban la ley que su despotismo les quiere dar.

¿En dónde está la libertad del americano, tan decantada por los respectivos gobiernos que han creado en España? La humanidad y buena fe que he advertido en Ud. me hace intimarle que evite su indispensable ruina y la de estos infelices americanos, envalentonados con la quimera y el licor. Por si hubiese el oficio antecedente padecido algún extravío, incluyo nueva copia del pliego citado, para que se admire la benignidad y religioso modo de pensar del que lo escribe. Sobre todo, espero la más pronta contestación, para mi Gobierno.- Dios guarde a Ud. muchos años.- Cuartel General en Ibarra, 27 de noviembre de 1812. Francisco Calderón.

Las tropas quiteñas habían emprendido el viaje hacia Ibarra en espera a la contestación de Montes. Sámano era un militar realista caracterizado por su rudeza sanguinaria, astuta y falaz. Durante la noche del 26 de noviembre, avanzó hasta la población de San Antonio de Ibarra y situó a sus hombres en sitios y domicilios estratégicos, con sus cañones camuflados. Convirtió la plaza local en un verdadero fuerte. Luego se atrincheró en el templo, abriendo troneras de tiro en sus gruesas paredes, esperando la llegada de los pertrechos que Montes le enviaba desde Quito.¹ Ventajosamente, el cura párroco Fernando Terrán avisa a los patriotas que las tropas españolas se habían tomado San Antonio.

La batalla de San Antonio

El avance de las tropas de Sámano hacia Ibarra y la ocupación de San Antonio significaba la ruptura de la tregua solicitada. Entonces el coronel Calderón, inmediatamente, reunió a la oficialidad y dividió el ejército en cuatro columnas: la primera bajo su mando, la segunda comandada por Carlos Montúfar, la tercera por el capitán francés Gouyon

1 Varios autores sostienen que luego de la entrevista en Orozco-Tola, los dos ejércitos, patriota y realista, marcharon amigablemente juntos hacia Ibarra. Sámano, aduciendo que deseaba dar descanso a sus hombres, se detuvo en San Antonio de Ibarra. Los patriotas siguieron hacia Ibarra, sin sospechar las malévolas intenciones del jefe español.

o Gullón, y la cuarta al mando de Pólit. Marcharon a diferentes puntos para sorprender al embustero Sámano. Era cerca de mediodía cuando las brigadas patriotas emprendieron el ataque a las tropas hispanas por el cementerio del poblado. Escuchemos a Pedro Fermín Cevallos:

Los capitanes Chiriboga y Gullón, y los oficiales Núñez y Moscoso, que regimentaban un escuadrón, apresuraron también su marcha al oír el ruido del combate, y sin detenerse un instante acometen con tanto arrojo, que dentro de cinco minutos se hacen dueños de los cañones montados en la plaza, matando a unos cuantos de sus defensores, y obligan a los demás a refugiarse dentro del templo, edificio que Sámano había convertido en fortaleza. Gullón fue mortalmente herido en el combate.

Metido Sámano dentro de las paredes del templo lanzaba acaso hecho proyectiles mortíferos desde las claraboyas y ventanas y sus soldados los arrojaban chanceando como seguros de no estar expuestos al fuego de sus enemigos: "Insurgentes, allá va la epístola de San Pablo; allá va esa antífona", decía al soltarlos, aludiendo al papel de los misales con que habían fabricado los cartuchos, trabajados no más en la noche anterior.

Como se ve, los españoles se encontraban muy bien atrincherados en el interior de la iglesia y no les importó la profanación de la "casa de su Dios", ni los libros sagrados que defoliaron para construir con sus hojas cartuchos y matar a sus semejantes. En medio de esporádicos tiroteos desde el templo, el rígido cerco de las brigadas patriotas que impedía cualquier acción ofensiva, y ante el peligro de ser derrotados por hambre y sed, Sámano pensó en rendirse. El combate duró medio día desde las 11 de la mañana a las 6 de la tarde. Llegada la noche cesó el fuego. De pronto, entre los patriotas corrió el rumor que "tropas españolas se acercaban en auxilio de Sámano". Ante el rumor, las brigadas quiteñas, al amparo de la noche, se replegaron hacia Ibarra, llevándose los cadáveres y heridos, entre ellos al capitán Gullón. Al clarear el día siguiente, el coronel realista se sorprendió al ver que el campo de batalla estaba libre de enemigos. Además, ese mismo día recibió algunos cajones de los pertrechos que días antes habían sido asaltados por los indígenas otavaleños.

La Batalla de San Antonio tuvo un alto costo para los patriotas, que pelearon con valor en campo abierto y desprotegidos: 73 muertos y más de dos centenares de heridos. De los españoles únicamente perdieron la vida 20 soldados, y hubo 50 heridos, pues se encontraban debidamente atrincherados.

Derrota y testimonio patriótico

Sámano y su ejército, bien apertrechado, marcharon hacia Ibarra en persecución a los patriotas, a quienes sorprendió en la ciudad. Luego de una desesperada refriega, los quiteños fueron vencidos y emprendieron una desorganizada huida por distintos rumbos; Carlos Montúfar se dirigió al sur y se recluyó en sus haciendas, Antonio Ante fugó a Ambato donde fue apresado. El obispo Caicedo y varios religiosos se dirigieron a la costa por el camino de Malbucho. Fue apresado y conducido a Quito. Nicolás de la Peña y su esposa Rosa Zárate huyeron hacia el mar. Fueron capturados en Barbacoas, fusilados y decapitados en Tumaco. Sus cabezas enviadas a Toribio Montes fueron exhibidas en Quito.

El 1 de diciembre, el coronel Francisco Calderón y el resto de sus tropas parten de Ibarra y se encaminan hacia el Cauca para integrarse a las fuerzas revolucionarias de Nueva Granada. Es sorprendido a orillas de la laguna de Yahuarcocha, donde se enfrenta a las huestes de Sámano en desigual combate. Son vencidos y caen prisioneros el coronel Francisco Calderón, el mayor Manuel Aguilar y el capitán francés Marcos Gullón. Son ajusticiados en la ciudad de Ibarra. Además, los realistas se apoderaron de 573 fusiles, 13 cañones, abundante parque, vituallas y la bandera insignia de la revolución. En esta batalla, el legendario lago Yahuarcocha, una vez más, se tiñe de sangre en defensa del sagrado patrimonio nacional. Con este combate, se hace un paréntesis desfavorable en las épicas luchas por la libertad del pueblo quiteño.

Francisco Calderón fue padre de Abdón Calderón Garaycoa quien, diez años más tarde, también entregaría su vida por la libertad de su patria, en la Batalla de Pichincha, el 24 de mayo de 1822. Fuera de Ibarra, no se conocen ni figura ni el nombre de Francisco Calderón. El mito de su hijo, "El héroe niño", ha eclipsado la grandiosa figura de su padre. La ciudad de Ibarra ha querido honrar y perpetuar su egregia figura por entregar su vida al servicio de la libertad, inmortalizando su nombre en una plazoleta en el centro de la urbe. También en San Antonio de Ibarra, en el sitio en que se desarrolló la épica batalla que inmortalizó al patriota cubano coronel Francisco Calderón, existe un parque que lleva su nombre, en cuyo centro se alza un monumento con su señera figura.

Obras consultadas

- Manuel María Borrero, *La Revolución Quiteña 1809-1812*, Editorial Espejo S.A.
- Pedro Fermín Cevallos, *Historia del Ecuador*, Clásicos Ariel.
- Roberto Andrade, *Historia del Ecuador*, tomo I, Reed & Reed.
- Federico González Suárez, *Historia General de la República del Ecuador*, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1971.
- José María Le Gauthier Rodas, *Historia de la República del Ecuador*, tomo I, Prensa Católica, 1920
- Oscar E. Reyes, *Breve Historia del Ecuador*.
- Rodrigo Villegas, *Historia de la provincia de Imbabura*, Centro de Ediciones Culturales de Imbabura, 1988.
- Pedro M. Zumárraga, *Monografía del cantón Antonio Ante*, La Prensa Católica, 1949.
- Enrique Ayala, edit., *Nueva Historia del Ecuador*, vol. 6, Corporación Editora Nacional/Grijalbo.
- Eduardo A. Arias, *Por los caminos de Imbabura*, 1987.
- Federico E. Tabuco, *Síntesis histórica de la República del Ecuador*, Editorial Santo Domingo, 1968.
- Juan de Dios Navas E., *Ibarra y sus provincias*, Imprenta del Clero, 1934.
- J. Jijón y Caamaño, "Influencia de Quito en la emancipación del continente americano", en *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, No 21, 22 y 23, 1919.
- Carlos de la Torre Reyes, *La Revolución de Quito del 10 de Agosto de 1809*, Talleres Gráficos de Educación, 1961.

Villamanta ayllucunapac punta causai

Los migrantes imbayas de Quinchuquí en Ibarra

Historia oral¹

Antonio Males M.

A Juancho y María Mercedes

Atoc taita: ¿Cunanga pishi ñancuna, urcucuna,
 huaycucuna puringa?, ¿campac ricsicuna
 quiquinmanta tapushpaca ¿Imatashi
 nina canga?, ¿pishi cabiacuna japinga,
 pishi rigrapi churanga?
 ¿Cunanga ¿pishi
 llamagucunahuan huasiman chayanga?
 Niguay ari, taita: ¡ña ñucashami saquijungui!" .

Taita Antonio: ¿Ahora, quién recorrerá los caminos,
 los cerros y las quebradas?, ¿qué será de
 decir a tus conocidos cuando pregunten por
 vos?, ¿quién cogerá la sogá y la colocará
 sobre la espalda?
 ¿Quién llegará con las ovejas hasta la casa?
 Dímelo Taita: ¡ya me estás dejando solo!" .

Segundo "chileno" Chiza (+)
Ritual fínebre

Introducción

Este trabajo es la historia de un grupo de familias indígenas de la comunidad de Quinchuquí, Otavalo, que, a comienzos del siglo XX, migraron a la ciudad de Ibarra como consecuencia del deterioro que había sufrido sus condiciones fundamentales de vida.

Es un caso relacionado con el proceso de cambios y transformaciones que en la época atraviesa la sociedad ecuatoriana. Tanto en el

1 Por motivos de limitación de espacio, aquí se publica una parte (introducción y capítulo segundo) de una versión resumida del libro del autor *Historia oral de los imbayas de Quinchuquí 1900-1960*, publicado por Ediciones Abya-Yala, Quito, 1985. Una primera reimpresión del texto fue realizado en 1998, en una edición en homenaje a los 50 años de fundación del Club Social y Deportivo Imbayas de la ciudad de Ibarra (1948), promovida por el Centro Cultural Imbayas de la misma ciudad.



Se han establecido diversos mecanismos para mantener al indígena dominado.

orden social y económico, cuanto en lo cultural, político e ideológico. Este proceso llama la atención por el hecho de que algunas comunidades presentan etapas y momentos en los cuales se producen rupturas y núcleos de resistencia de los grupos indígenas reconstituidos en

torno a elementos de identidad étnica. Consecuentemente, es una de las repercusiones de las transformaciones que soporta la estructura social y económica del Ecuador.

Su acceso a los recursos materiales indispensables para mantener a los miembros de la unidad familiar estaba limitado por las condiciones económicas y sociales prevalecientes en la región. Su incorporación a las haciendas como trabajadores agrícolas no les permitía reunir los suficientes ingresos; esta situación se agrava por la existencia de mecanismos extraeconómicos, mediante los cuales los terratenientes se apropiaban del sobretrabajo de los indígenas. Además, constituye factor importante la caída que soportan las haciendas como centros dinamizadores del sistema socioeconómico en su conjunto pues, en aquellos años, se presenta un debilitamiento de la economía nacional y regional, particularmente del sector agrícola. A esto se incluye la escasa demanda de la producción textil de los obrajes que se localizaban al interior de la hacienda. En el presente caso, en la hacienda de Pinsaquí.

En los albores del siglo XX, la mayoría de las familias de Quinchuquí dependían económicamente de la hacienda. Sin embargo, aquella relación no era la única a través de la cual obtenían sus recursos básicos de subsistencia. La economía familiar doméstica en Quinchuquí incluía, además, la producción textil tradicional, las actividades agrícolas domésticas y, en contados casos, el comercio de animales en la región, pero aún así los recursos no eran suficientes para asegurar las condiciones de vida de las familias y sus miembros, considerando que

se hacía indispensable la existencia de un fondo destinado a los eventos ceremoniales y rituales que demandaba su vida social y cultural.

Frente a esta situación, varias familias de la comunidad migran a diversos sectores de la región norte andina del país y un grupo de estas familias de Quinchuquí fija su asentamiento en Ibarra, en busca de lograr un espacio que les permita, en condiciones favorables, sobrevivir y reproducirse socialmente. Su incorporación al medio urbano solo será posible mediante la formulación y funcionamiento de nuevas estrategias socioeconómicas. En primer lugar, utilizan instituciones económicas, sociales y culturales particulares y características de la comunidad indígena: la reciprocidad y "ayudas" entre las familias; la intensificación del trabajo en la unidad familiar mediante una marcada división social del mismo. La socialización de la experiencia y el conocimiento entre las familias y parientes garantizó la continuidad y permanencia de su actividad en la economía local.

Una vez consolidado su asentamiento en la ciudad, forjan su sobrevivencia y reproducción mediante la combinación de su actividad económica con las manifestaciones sociales y culturales. Las fiestas comienzan a ser organizadas en el propio contexto urbano, recreando su cultura y adoptándola a la nueva realidad en la que se inscriben. Esta orientación de su vida e instituciones será determinante para estas familias localizadas en la ciudad, pues habían forjado una realidad a partir de sus requerimientos fundamentales y, por lo tanto, no se desarrollan condicionados por aquellos del medio urbano. De hecho, hay ciertos efectos que los van distanciando de sus relaciones con la comunidad de origen, como resultado de las exigencias que demanda el ejercicio de su actividad económica; sin embargo, como recurso a su alcance, profundizan su participación en los eventos sociales y culturales y reafirman su identidad, ya a través de las mismas celebraciones, ya a través de la asimilación de factores fundamentales urbanos, como la práctica deportiva del fútbol, experiencia que es orientada en términos sociales y que les posibilita superar una contradicción social con los sectores urbanos y, a su vez, afianzar las relaciones de unidad entre el conjunto de familias, generando una estrecha relación entre las generaciones.

De allí, su vida en la ciudad seguirá su curso caracterizada por instituciones sociales en permanente renovación. Su identidad misma soporta un intenso proceso social, cultural y político que genera friccio-

nes o choques como consecuencia directa del contacto con la sociedad blanco-mestiza urbana; estas familias incorporan nuevos valores que les permiten reafirmar su presencia en la nueva realidad social, como sujetos activos y conscientes de su propio destino.

En esta medida, el otorgar alguna forma y contenido a la densa y rica experiencia vivida y acumulada por estas familias indígenas que parte importante de su vida la forjaron en su comunidad de origen, y otra no menos difícil y dura en la ciudad, se nos hacía imposterable. Este estudio cuenta la historia de los hombres y mujeres, de los mayores y los jóvenes, de las familias de Quinchuquí. Este trabajo se ha realizado a partir de que como investigador, pero fundamentalmente como miembro de esta comunidad, me siento comprometido y motivado a introducirnos en su pasado, teniendo perfecta cuenta del presente.

En otro ámbito, la idea de hacer este trabajo se basa en otro hecho concreto. La ciencia de la historia en el Ecuador ha sido asimilada por las clases sociales dominantes para configurar una visión de la realidad que se ajuste a sus necesidades e intereses y, a la vez, les permita mantenerse en el poder. Esto dio lugar a la constitución de una historia fundamentada en la existencia de héroes y personajes propios de dichas clases, así como en un recuento de fechas y hazañas gloriosas en las que participaban para mantener y garantizar su dominio; luego, esta visión distorsionaba la realidad social e ignoraba la tradición de lucha de las clases históricamente dominadas, negando de esta manera la posibilidad de que en este país se afirme una conciencia histórica basada en los diversos sectores del pueblo ecuatoriano.

Frente a esta realidad, y en la medida en que una historia con tales características ha justificado la situación de dominación y explotación, no únicamente de los indios, sino también de afroecuatorianos y mestizos, con el presente trabajo buscamos conocer los acontecimientos y los hechos que cotidianamente vive esta comunidad indígena, sus frus-



Fernando Daquilema, líder del mayor levantamiento indígena del siglo XIX. Fue fusilado en Riobamba. P.J. Vargas, 1871.



Retrato de mujer que, de acuerdo a informaciones contenidas en registros de la época, correspondería a una dirigente de los levantamientos indígenas de 1871. P.J Vargas, 1871.

traciones, sus logros y esperanzas, en la perspectiva de recobrar la dimensión casi perdida de nuestros pueblos, fortalecerla y proyectarla hacia su liberación definitiva.

La formulación y el procedimiento para este estudio recogen los aportes de la Antropología, la Historia y la Sociología. Podríamos decir que hemos hecho historia desde la antropología y la sociología. La combinación de enfoques de estas disciplinas sociales nos ha permitido tener una visión del proceso que se encarna en la realidad de este grupo de familias indígenas. Hemos dado la palabra a la gente, hemos dejado que aflore su propio lenguaje, pues este es portador de una memoria y una conciencia que, con el transcurso de los años y los hechos cotidianos, forja una visión sobre su realidad inmediata y sobre el mundo que la rodea, con pleno convencimiento de lo que le aconteció en su vida. Para esto hemos recurrido a las evidencias textuales, a las historias de vida, a los testimonios, como metodología central de trabajo.

Cronológicamente, los materiales no tienen una secuencia debido a que su recolección ha sufrido interrupciones involuntarias; en cambio, en otras ocasiones tuve la oportunidad de recoger ciertos materiales aun antes de que inicie este trabajo.

Ojalá haya acertado en este empeño por revivir la densa memoria de los imbayas, pues estimo que para conocer los amplios horizontes de la historia no solamente basta con recurrir a los archivos y hechos que pueden despertar resonancia o curiosidad, sino que reivindicó aquella historia que reposa en la mentalidad y conciencia de los hombres sencillos y humildes de la sociedad.

Por eso, lo que se va a encontrar en este trabajo es el desenlace de la historia de este grupo de familias indígenas de Quinchuquí en la "Villa" de Ibarra, en versión de sus propios personajes. Mi contribución se orienta a entrelazar los testimonios y sus aspiraciones de justicia, libertad, fraternidad y reivindicación como pueblo.

Quinchuquí, tejedores, labradores y comerciantes

Al comenzar el siglo XX, los indígenas de Quinchuquí realizan su actividad de tejedores en combinación con el cultivo de la tierra. Por una parte, las haciendas circunvecinas, principalmente Pinaquí, requerían de la mano de obra indígena para la producción agrícola y ganadera; pero, además, demandaban la fuerza del trabajo para la producción textil desarrollada por el obraje, localizado en la misma hacienda. Estas dos formas de trabajo, la agrícola y la textil, se manifestaban interrelacionadas en la hacienda-obraje, posibilitando que los trabajadores, tanto del uno como del otro sector productivo, se sometían a una especialización en la actividad; pero, al mismo tiempo, manteniendo un dominio en los dos campos, dada la experiencia con que contaban los trabajadores indígenas que concurrían a laborar en las haciendas de la zona.

Las familias tenían como ocupaciones principales la producción de tejidos como: frazadas, ponchos, chalinas, bufandas y lienzo; al mismo tiempo se dedicaban al cultivo de la tierra para producir productos tales como maíz, fréjol, cebada, habas, zambos, zapallos, los mismos que se empleaban para el autoconsumo. Estas actividades se complementaban con la crianza de los ganados vacunos, ovinos y chanchos, así como de otros animales domésticos. En cuanto al reparto y propiedad de la tierra, esta se dividía en solares y pequeñas parcelas, además de las tierras de que disponían comunalmente para la crianza y pastoreo de los animales. Estas las tenían localizadas en las pendientes del cerro Imbabura.

Sobre la producción de los tejidos es necesario destacar otros aspectos. Los productores de la comunidad elaboran el tejido con la participación de toda la unidad familiar; sus miembros realizan una parte específica del proceso de elaboración, aunque con cierta flexibilidad; así por ejemplo, la mujer hila y carda la lana, los hijos menores ayudan en la hilatura, el hombre lava y tinte la lana de ser el caso y elabora los tejidos, generalmente, con la participación de los hijos mayores que también manejan el telar de madera, aumentando su producción; al mismo tiempo que produce, también comienza a comercializar los tejidos por sus propios medios, dirigiéndose a diversos mercados locales de la región, preferentemente a las ferias que se realizan en cada zona.

Existen otros factores que incluyen limitaciones estructurales que presenta la comunidad a las nuevas generaciones. Las parcelas de tierra ya no abastecen mínimamente de granos básicos, no existían otras fuentes de ocupación fuera de los tejidos, que tampoco proporcionaba suficientes ingresos, dada la escasa demanda de los mismos ocasionada por la crisis de la hacienda serrana. Esto en la medida en que esta ya no contó con suficiente mano de obra indígena por la abolición del trabajo concierto que se decretó en 1918, y que contribuyó a la constitución de un aparente mercado "libre de fuerza de trabajo", lo cual ciertamente afectó a la economía de la región caracterizada por el desarrollo de la hacienda. Este hecho también nos lleva a pensar que en Quinchuquí se presenta un empeoramiento de las condiciones de vida de la comunidad, como reiteradamente hemos señalado.

La gente tuvo que salir. Algunas familias de Quinchuquí, ante las adversas condiciones de vida, comenzaron a buscar formas de ocupación que permitieran resolver en parte este problema, lo cual solamente era posible dirigiéndose a otra zona de la región, sean estas rurales o urbanas; de esta forma, se originó un proceso de migración interna paulatina, complejo y particular a la vez.

Los indígenas de Quinchuquí tuvimos que salir a diferentes lugares de las provincias de Imbabura y Carchi. Así, por ejemplo, unas familias salieron para Cotacachi, Atuntaqui, Ibarra, Urcuquí, Cahuasquí, Pablo Arenas, Tumbabiro, Pesillo; otros se fueron por Mira, El Ángel, San Gabriel y Tulcán, así es como nos fuimos regando por todos los lados. Nuestros papás trabajaban haciendo ponchos y frazadas, chalinas y bufandas; también tenían un poquito de tierras. Mi abuelo trabajó en la hacienda de Pinsaquí. Entonces nos conversaba que era muy duro el trabajo y que lo que pagaba el hacendado era ocho reales hasta un sucre, trabajando de lunes a sábado y, a veces, hasta los domingos y que con eso no se podía vivir. Al ver esto salieron y dejaron de trabajar en la hacienda (MMJ-1, 1983: 2).

Subíamos avisando por "el carretero", a pies; pasábamos por Caranqui gritando, gritando, llegábamos a San Antonio, de ahí salíamos a Ilumán hasta llegar a Quinchuquí. Hasta las once o doce del día sabíamos vender, de ahí ya nos volvíamos a la casa casi anocheciendo (MCF, 1983: 2).

Otras veces, los tejidos como chalinas, bufandas, llevábamos a vender a Quito, cargando en el burrito cada mes o cada quince días; siquiera unas 120 piezas cargábamos y el burro no se daba cuenta. Así es que saliendo madrugado desde Otavalo ya por la tarde llegábamos a Malchinguí, de ahí cogíamos a San Antonio (de Pichincha). Los dos no más, mi abuelo y

yo. En burro hacíamos dos días a Quito. Otros no iban a vender a Ibarra, solo a Quito iban con los tejidos a vender por donde llega la flota que viene de Ibarra (QMJM, 1982: 2).

En esa época, los tejidos vendíamos regalado, chalinas a cinco sures, bien vendido era a diez sures. En cambio las cobijas, créanme, una cobija vendiendo por las ferias de quien valía solo cinco sures, vendiendo cuatro o cinco cobijas sabíamos volver a la casa; ¡qué barato que era antes y no podíamos vender!; sabía hacer cuenta mi abuelito, ganamos, decía, veinte y cinco sures a la semana, ¡que harto! La lana sabía comprar en la feria de Otavalo, traía en bulto, sabía ir al río y de ahí traía a la casa, primero a cardar, luego sabíamos hilar: yo no sé cuánto valdría el bulto de lana, así no más sabía ayudar a mi abuelo (QMJM, 1983: 3).

Algunas familias en Quinchuquí, ya sabíamos trabajar en otras ocupaciones. Yo trabajaba en el "negocio" de los chanchos y borregos. Buscábamos los animales en Agato, San Pablo; en ese tiempo, yo ya vivía casado aquí en Quinchuquí, mis papacitos ya estaban viviendo en Pesillo, entonces yo también, de vez en cuando, me iba a buscar chanco o borrego en esa zona; en veces mi papá ya me tenía comprado los borregos y yo me iba a traer para acá. Mi papá vivió unos cuatro años por Pesillo, de ahí bajando a Quinchuquí, un poco enfermo, ya murió aquí. En cambio, otros negociantes de Quinchuquí salían a buscar los animales por Natabuela y San Antonio de Ibarra, compraban y volvían otra vez a Quinchuquí, para luego ir a hacer feria a Otavalo; por eso los viernes o el sábado por la mañana faenábamos los animales, sean chanchos o borregos y entonces iban llevando la carne a Otavalo, cada sábado, cada ocho días (MMJ-1, 1983: 3).

Pero por otro lado también, en Quinchuquí, de acuerdo a nuestra costumbre, había gran interés y era una obligación de los indígenas pasar los cargos y fiestas de San Juan, así es que esto a veces causaba un desnivel económico para las familias que pasaban la fiesta. Esta fiesta de San Juan era la más grande para los indígenas, era para el grande, para el chico, para el pobre y para el rico; en esta ocasión todos preparaban sus chichas, sus comidas, se iba visitando de casa en casa, como ahora, bailando, y entonces nos brindaban comida y bebida. Como todo esto era gasto, afectaba a la economía de las familias; de ahí que, por esta razón, unas personas tuvieron que salir para buscar un trabajo que les permita ganar un poco más de plata. Otra cosa (causa) por la cual unas familias comenzaron a salir de Quinchuquí es por los malos entendidos entre algunos familiares, por eso, cuando jóvenes recién casados, tenían que salir, para hacer una vida por su cuenta (VCC, 1983: 2)

Así se comienza a desarrollar un acercamiento paulatino de un considerable número de familias indígenas de Quinchuquí a otros contextos, en medio de condiciones particulares, conforme las características del medio social. Hay que añadir la vigencia directa de instituciones administrativas y políticas, a las que tendrán que someterse los indígenas para desarrollar su actividad, así como el inicio de relaciones sociales adversas con los sectores vinculados al poder local.

Señalemos una nueva relación que nos permita conocer el desenvolvimiento de las familias en el nuevo contexto al que se insertan.

Familias, comercio y vida social

Uno de los cambios sociales de mayor relevancia está constituido por la actividad comercial, fundamentalmente de ganado menor (chanchito y oveja), sobre cuya base girará el desarrollo de su economía. Esto implica el apareamiento de una nueva modalidad de funcionamiento de la unidad familiar, en la cual la función de sus miembros se orienta a atender tareas específicas que demanda esta actividad productiva.

En ambos casos, las unidades familiares optan por la adopción de estrategias que por una parte les permitan garantizar un espacio en la economía local; y, por otra, les asegure su reproducción social. Lo cual solamente es posible recurriendo a la maximización de esfuerzos de los miembros de unidad familiar, en la cual el papel desempeñado por la mujer es determinante. En el presente acápite desarrollo el contenido de los aspectos descritos.

Estando ya un poco alejados de Quinchuquí, nuestras familias acostumbraban visitarnos, estaban uno o dos días con nosotros y luego volvían a la comunidad. Nosotros pues contentos, conversábamos de la gente de Quinchuquí, de nuestra familia; caminando venían desde Quinchuquí a Ibarra. Nosotros dábamos un poquito de comida para que lleven: mantequilla, mapahuirra, patas de chanchito, unas frutas, así agradando mandábamos... (MMM, 1979: 10).

Le gustó venir a la gente a trabajar aquí, porque me parece que en ese tiempo en otras zonas no había carne (comercio), ¿me parece no? Pero yo me he decidido a creer que era así, porque mi padre y mi abuelo han venido por Ibarra para trabajar en esto de la carne, porque era más bueno; pues, en Quinchuquí faenaban los chanchos cada fin de semana, sea viernes o sea sábado para sacar la carne a la feria de Otavalo, o sea, había negocio solo una vez a la semana, mientras que en Ibarra faenaban los

animales diariamente; luego, el trabajo aquí podía reportar más, porque el trabajo se hacía todos los días. Entonces, al ver esta forma de trabajo seguido, ya les gustó; había ferias en los pueblos cerca de las ciudades, entonces todo eso les gustó (MMJ-1, 1982: 4).

Cuando era recién casado, me quisieron llevar a Mira; decían que hay granos, también se puede hacer “cambeos” (trueque), uhhh, que hay de todo, que hay negocio y más, pero me quedé. Así será no, dicen que cuando es de ser, es de ser, cuando no, no. Por ahí vivían taita Antonio Maigua y taita Julián Fuentes (MMJ-1, 1982: 5).

Allá en Mira, nuestros padres compraban en maíz o cualquier grano en hierba, cuando recién estaba la mata. Comprábamos a cuatro o cinco sucres la carga de maíz, hasta en tres sucres comprábamos, la gente del pueblo ya nos fue conociendo y nos venía a avisar a la casa para que les compráramos el maíz, hasta que hubo un tiempo de “hambruna”, de ahí ya se puso a 15 sucres la carga, no había nada de comer; entonces, como alrededor de Mira era puro haciendas, por un lado y otro, y en medio el ranchito que era el pueblo, entonces no tenía donde extenderse (FRE, 1983: 2).

Mi papá también negociaba animales, “pesaba” (faenaba) chanchos; él sabía de todo, era negociante de animales, chacarero, negociante de maíz y toda clase de granos; así mismo, entendía de borregos, de ganado vacuno; cuando no le iba bien con el negocio de animales, se iba a los sembrados; cuando le iba mal en los sembrados, a veces se caía o perdía porque el año no acompañaba, entonces decía ahora voy a tejer, él sabía tejidos también, de manera que así era el sistema de trabajo de mi papá, allá por Mira (FRE, 1983: 3).

Otras familias de Quinchuquí también llegaron a radicarse en Tulcán, con la misma actividad del comercio de animales; así, por ejemplo, tenemos a José de la Torre, Manuel Santillán, José Manuel Vega y Tomás Santillán, que era el que había llegado primerito a Tulcán. Todos con este trabajo de comercializar animales, faenarlos y expender las carnes y mantecas en el mercado local; todos los días se sacrificaban los chanchos en el camal municipal de Tulcán. No había pues problemas con las autoridades cuando comenzamos a trabajar en esa ciudad; después fueron apareciendo dificultades, como resultado de las malas amistades, así como por ciertos desacuerdos que comenzaron a aparecer entre los propios indígenas, por motivo del mismo trabajo, porque como sucedía en ese tiempo, los indígenas comerciantes siempre conversaban de los negocios de la carne para poder colocar un solo precio a los comerciantes colombianos que compraban el producto para después ellos vender en Colombia. Entonces, nosotros muchas veces queríamos aumentarles el precio, porque en verdad ellos se ganaban mucho y nosotros casi nada,

entonces para eso debíamos tener una comprensión tal, que sí la tuviéramos, pero desgraciadamente cuando la gente comienza a tener un poco de plata (VCC, 1983: 4).

Nosotros en Tulcán teníamos muchos contactos con los comerciantes colombianos porque, me acuerdo, creo que era por el año de 1940, el peso colombiano llegó a valer tres sucres; entonces, el comerciante colombiano triplicaba el dinero que traía para hacer negocio en Tulcán. Por ejemplo, el colombiano con mil pesos, con el cambio ya tenía tres mil sucres, tenía una ganancia tal el colombiano, por eso es que venía mucho comerciante colombiano; pero algunas veces hubo una baja del peso que llegó quizá a la igualdad del sucre, automáticamente, el colombiano ya dejó de hacer negocio en Tulcán. No solo que sufría el comerciante de chanchos sino que golpeaba toda la actividad económica (VCC, 1983: 5).

Otras familias hemos hecho el negocio de animales en Urcuquí. Así, por ejemplo, mi papacito primero ha vivido en Ibarra, pero ha nacido en Quinchuquí, y diciendo que ahí no había comida ni alimentación, entonces se ha ido a vivir en Urcuquí, porque era una zona –hasta ahora mismo es– que producía mucho maíz, papas, fréjol, todo grano pues, la comida no era como en la ciudad; entonces se ha ido a enseñarse allá antes de tenernos a nosotros mismo. Mis papás han ido a vivir a Ibarra de una edad de 16 años, ya casados. Mi papá ha casado bien guambrito. Yo también casé de edad de 16 años, mi mujer era mayor, y me dediqué al negocio de borreguitos y chanchos (CTS, 1983: 4).

Al campo salía a comprar los borregos, por allá por Urcuquí, tenía conocidos bastante, entonces cuando quería vender los animales venían no más a avisar a la casa, pero siempre salíamos a buscar. De lo que he vivido en Urcuquí, me he ido con mi primo Rafael Males, mucho me querían no, a San José de Minas, en ese tiempo he de haber tenido pes unos 8 o 9 años. Pero el negocio estaba malo en Urcuquí, ya no valía porque habitantes del mismo ya no había. Por ejemplo, un chancho que se faenaba no se podía acabar de vender ni en tres ni en cuatro días, entonces nos tocaba andar ofreciendo: “no quieren carne, compren la carne...” En ese tiempo, 1938, la libra de carne era a un real o real y medio, se gritaba y se gritaba pero nada de vender, así es que íbamos a la hacienda de San José a ofrecer fiado a la gente morena que trabajaba ahí, para que paguen con la quincena; no podíamos vender aquí, vuelta bajábamos a Salinas, donde las casas de paja no más eran, unas diez chocitas creo que eran (CTS, 1981: 3).

En esta relación testimonial que ofrece el tío Cotacachi (Urcuquí, 1920), podemos apreciar la diversidad de características bajo las cuales se desarrolla el comercio de animales en la región, y que además da

cuenta de los mecanismos a los recurren para adquirirlos. Igualmente, es importante notar la iniciación de la actividad, así como las contingencias que su desarrollo implica: aspectos sobre los cuales señalan los testimonios de otros personajes.

Cuando llegué a vivir a Ibarra, yo no tenía conocidos, recién venidos pues, ahí está, llegué, la honradez dondequiera da. Me casé con mi señora y un año creo que pasamos por Urcuquí, y como estábamos mal, entonces ella dijo: "aquí no más no vamos a vivir nosotros, salgamos a Ibarra, en mi tierra mismo hemos de trabajar nosotros"; entonces salimos. En el primer año principié a trabajar primero con uno o dos borreguitos. Después ya comencé a salir, me fui a Aloburo, ahí me avisó un señor unas dos chivas: un chivo "capón" y una chiva "machorra". Entonces dice: vea hijito tengo unos chivos lindos en Alto Tambo, que quedaba más abajo de Aloburo, yendo por el camino viejo; de ahí ca' había tenido manada de borregos de gusto, al ver eso pues le digo: ¡señor véndame borrego! No hijito me dice, ¡borregos si no vendo! Mi casero es el Ignacio Maygua, pero no avanzó a pagar lo que le dije; entonces le digo, ¿cuánto diciendo no le dio? Ciento diez sucres le pedí, así es que eso cuesta, si es en eso, llévase hijito. O sea, salía a cincuenta y cinco sucres cada uno, pero siendo ahora ca' siquiera unos tres mil quinientos cada uno valdría, así es que compré los chivos. Entonces, dice el señor: ¿quiere que le mande una persona para que le saque los chivos a Aloburo? Muchas gracias, le dije, así es que él manda un peón y juntos sacamos los animales, entonces el que me vendió venía atrás, y le digo pues, sudando estaba ¿no?, porque los chivos no querían caminar, entonces le digo: vea ya que le pregunté su nombre y a mí también ya me había preguntado, que hijo de quién era y así no; le digo vea don Josecito, estoy cansado, muerto de la sed le digo, venga a servirse una cervecita, gracias dice, nos entramos a servir unas dos cervecitas, ahí era cerveza Yuracrucita, de ahí ca' arreglamos pues; dijo, yo ca' vendo cada quince, nada mes, quiere ocho borregos, diez borregos...: si te hace falta plata esta vez, entonces puedes decirme a mí mismo, y así nos vamos haciendo clientero (CTS, 1982: 6).

Ya me conoció, entonces ahí, unos 10 borregos creo que compré, me hizo falta la plata: "llévate no más hijito", me dijo, "pero el día que vas a venir a dejarme la plata, decime no más"; Don Josecito le dije, otro trato hagamos mejor: yo para sacar los borregos cada vez que vaya a sacar usted, no venda a ninguno, me vende solo a mí, los "orejones" a cincuenta sucres, o sea, los borregos que ya eran de faenar, de dos, "tres quilas", entonces le dije hagamos ese trato, hagamos una contrata para un año. Hasta un año sí me vendió los borregos y los chivos, me ajustó el año; pero después, ya no quiso entregarme. ¿Quién había ido a quitarme?, ¡el Con-

terón (apellido) había sido! Sabiendo que yo entro ahí, se había ido una vez a decir: "plata de él no más valdrá, plata mía ca' ¿qué es? ¿no vale? ¡tanto le pagó!" A ochenta sucres por borrego le había puesto, a cincuenta que sacaba... me jodió pues; de ahí, otros que habían entrado a comprar borrego ya habían llegado a pagar cien sucres por cada borrego; entonces, al ver eso, yo también a cien sucres borrego truje, pero a cien sucres ya no alcanzaba... (CTS, 1982: 8).

De ahí, uno que vino a ser compadre de mi hija me avisa unos cuatro chanchos: "tanto trato tienes con el José, que vos que sois bien honrado, vendrán con plata o sin plata, vendrás no más", me avisa cuatro lindos chanchos. Hice el arreglo en mil doscientos creo que era, ¡qué chanco pues!, en mil doscientos sucres, listo estaba teniendo cuatrocientos, entonces me dice: "nada hijito, dígame tal día estoy listo con la plata, eso no más dígame"; entonces, a los ocho días me manda fiando los chanchos sin conocerme siquiera, pues a los cuatro días recogía la plata, me dije, me voy no más a dejar la plata, le pagué anticipado y salí agradeciendo: Así quien quiera rogaba a nosotros para que le compre los animales. Así es como fui cogiendo casería: Yaguarcocha, Cangagual, Santa Rosa, Tejar, Aloburo, todas esas partes... (CTS, 1982: 10).

Muchos (comerciantes) hemos recorrido estas zonas, siempre buscando los animales, los chanchos, los borregos, estos nos dieron la vida, con lo que ganábamos nos podíamos mantener las familias. Primeramente a pies no más andábamos, comprábamos los chanchos sea en Pimampiro, Cahuasquí, Urcuquí, Pablo Arenas, por todos esos lados. De dondequiera que traíamos los chanchos teníamos que salir atardeciendo, o sea, a las seis de la tarde, y caminábamos toda la noche hasta donde avance el animal, y nosotros íbamos atrás, atrás del chanco. De repente, saliendo de Urcuquí solamente avanzábamos hasta la hacienda de Pimán, ahí arriados afuera dormíamos un poco, esto era muy fregado, los chanchos cuando eran gordos no caminaban bien y ya cansados pues, ¡qué va a levantar!, así es que esperábamos hasta que descansase un poco, o nos tocaba buscar agua para refrescar al animal y seguir el camino (MMS, 1982: 4).

Nunca salimos a esos lados solos, siempre íbamos dos o tres (comerciantes), de la misma familia o parientes que teníamos. Había pues asaltadores en los caminos, como en esos tiempos no había nada de carros, entonces, se andaba puro a pies, dondequiera que sea. Cuando de repente se morían los chanchos en esa partes lejanas, chamuscábamos con cualquier paja que encontrábamos por ahí, alquilábamos, sea un caballo o sea un burro, y nos íbamos llevando la carne a la casa; así mismo, salíamos a buscar los chanchos por Tanguarín, Imbaya, Chaltura, Natabuela, Pucará y Conraquí; teníamos que ir adonde había chanchos, donde la gente podía

criar, porque tenían maíz; entonces, engordaban con grano y los chanchos eran buenos, no eran pues como ahora, que solo ceban los chanchos con afrechillo, y claro, se inflan pero no tienen nada de carne. Claro cuando comprábamos los chanchos, en ese rato parecen bien gordos, pero cuando pasan uno dos días, entonces se ponen flacos y es engañoso, y representa una pérdida para los comerciantes. Pero antes no, los chanchos eran bien comidos, había el maíz suficiente y el negocio era bueno como digo, porque más antes el grano había demasiado, había harta producción, todo era al tiempo; ahora veo que hay movimiento de otros negocios; por ejemplo, que hay negociantes que van al campo a comprar maíz, pero antes de hora, cuando esta tierno, el choclo, entonces no dejan el maíz y no queda el alimento para los chanchos (MMJ, 1983: 6).

A continuación, introducimos el testimonio de uno de los varios personajes, y de los pocos que sobreviven en la actualidad. Nos referimos a Taita José "Calape" Males (Quinchuquí, 1905):

Así... salíamos a buscar los animales, a veces encontrábamos y eso pues era un contento, volvíamos con los chanchos de donde sea, a pie, en el sol, en la lluvia, en el polvo. Y cuando no hallábamos nada, nos volvíamos con las manos vacías. Era una tristeza para nosotros, una pena grande que sentíamos, con la sogá al hombro, así solitos regresábamos a la casa. Así es este negocio, a veces da el medio, a veces niega, pero ¡qué vamos hacer!, este camino hemos escogido y hay que contentarnos con lo que nos han dado, porque, para que es también, sí hemos tenido con qué mantenernos, pero trabajando mucho, sea madrugado, sea de día o por la noche, a cualquier hora. Por eso, cuando salíamos al campo, y yendo por esos caminos lejanos para no andar callados y no venga la pobreza, nos poníamos a cantar o a silbar una música. Los mayores, en cambio, han sabido llevar amarrado en la cintura una flauta para tocar pues cuando están bajando por los chaquiñanes, o, a veces, en alguna fiestita que había por el camino, se quedaban es un rato amarraban los animales ahí cerquita de la casa y se ponían a beber una chicha que les brindaban; a veces creo, que hasta perdían también los animales, pero así era pues, teníamos que suavizar este trabajo duro. Así caminábamos fuerte luchábamos la vida, bueno... nos hemos arriesgado mucho (MMJ-2, 1983: 8).

Entre los comerciantes de animales, desde cuando comienza a desarrollarse esta actividad, va presentándose una división social del trabajo, a través de la cual algunos de ellos van tomando partido, y esto se acentúa solamente en los últimos años; por una parte, los compradores de chanchos y, por otra, los comerciantes de ovejas, los tradiciona-



José "Calape" Males, Quinchuquí, 1905.

les "borregueros", como son conocidos en la región.

Para ir a buscar los animales nosotros nos repartíamos: unos tenían sus caserías por un lado, y otros íbamos por otros lados de acuerdo al tipo de animal no, sea chanco, sea borrego, o sea ganado vacuno; entonces nosotros nos íbamos por las comunidades del alto: Olmedo, Pesillo, La Chimba, La Merced, Zuleta, Algochagua, Chirihuasi, La Esperanza, y así.... Yendo más lejos nos íbamos hasta Guanupamba, por Mariano Acosta (cordillera oriental), solo caminando a pies, porque en ese tiempo no había carro. A Guanupamba se hacía un día de camino a pie; íbamos entre dos, no íbamos solitos. Iba con un compañero, mi compañero era Esteban Vega, los dos íba-

mos a buscar los animales. De allá, de Guanupamba, salíamos en la madrugada, dos o tres de la mañana, ya para oscurecer llegábamos a Ibarra. Para que es también, los amiguitos de allí daban posadita y un poco de comida nos regalaban; ya para el regreso, allá en Yuracruz, pasando el páramo, venían a encontrar las mujercitas, ellas ambas, esperaban con comidita (MMJ-1, 1981: 4).

Para regresar, cuando salíamos a buscar los animales, cogíamos chaquiñán, entonces con eso acertábamos el camino. Cuando nos iba bien regresábamos con unos diez animales cada uno entre chanchos y borregos. La plata que llevábamos para comprar los animales, juntando entre los dos llegaba pues a unos dos mil sucres, a veces hasta dos mil quinientos, con eso alcanzaba suficiente. También entrábamos a las haciendas para comprar los animales; por ejemplo, a Zuleta entrábamos a hacer negocio con el patrón de la hacienda y le comprábamos bastante borrego, antes pues tenían bastante borrego, y era buen negocio comprar los animales en las haciendas, cuando se era conocido y sabían que uno era honrado, hasta fiado le daban (MMJ-2, 1981: 6).

Sobre la compra de animales en las haciendas conviene acotar que hasta hace un poco más de dos décadas, los lugares prioritarios para adquirir los borregos eran las haciendas de la región, de las cuales los comerciantes adquirirían manadas enteras, conforme la capacidad de crianza de las mismas.

Cuando encontrábamos ganado vacuno, también lo comprábamos, pero de repente no más, porque casi todos no teníamos la costumbre de comprar ganado, más era chanchos y borregos. Antes ese ganadito valía treinta o cuarenta sucres, pero en los primeros tiempos, en la época en la que negociábamos únicamente las familias que vivíamos cerca de Ibarra; en ese entonces, se vendía en pie el ganado, volvía a vender en cincuenta sucres, ganándome diez; del ganado de repente no más compraba, y eso cuando avisaba, de ahí solo chanco y borrego buscaba recorriendo y vendía en Ibarra a don José Manuel Remache, porque él pues fue el primer pesador en el camal, entonces compraba el ganado en pie (MMJ-1, 1981: 8).

Otros negociantes de animales, en cambio, íbamos a comprar los borregos en las haciendas del Carchi, toditas las haciendas...: Ingueza, Pueblo Viejo, Rinconada, Capulí, Pero uhhh... hartas haciendas andábamos con mi papá Joaquín Quinche. Entonces yo guambra todavía, acompañaba a mi papacito y teníamos clientes patrones, y les comprábamos lo que tenían de borregos... cien, doscientos borregos comprábamos en la hacienda. Esa manada, por lo menos, bien dicho o bien caro costaba a veinte o veinte y cinco sucres cada borrego; luego, siquiera de los cien borregos salía unos dos mil quinientos sucres, y de los doscientos unos cinco mil, harta plata en ese tiempo... Nosotros en cambio, volvíamos a vender los borregos a otros negociantes, teníamos ya conocidos, mandábamos a llamarlos y estos en carro cargaban y se llevaban a Quito, de ahí no sé a dónde sabrían llevar a venderlos. Se ganaba alguna cosita, por ejemplo en los doscientos siquiera se ganaba quinientos o seiscientos sucres, en ese tiempo el negocio era muy bueno, mi papá alguna cosita de vez en cuando me daba, pero cuando me separé de ahí ya no iba juntos con él, entonces ya no me daba nada. Así trabajábamos en ese tiempo, ratos bien, ratos mal, para uno que era guambra era bien duro. A veces acordando, da ganas de llorar de lo que se ha vivido, así teníamos que trabajar bastante para comprar la ropa también uno mismo (QMJM, 1982: 4).

En cambio, Rafael Lechón señala:

Fallecieron mis padres y quedé de seis años de edad; mi papá murió joven, mientras mi madre falleció hace apenas cuatro años. Al quedarme solo salí de la casa a trabajar como peón de la hacienda de Conraquí cuando ya tenía ocho años; trabajaba desde las siete de la mañana hasta las cuatro de la tarde, ya de noche me dormía en el corredor de la hacienda, cobijado con un ponchito viejo que tenía. Que frío era, porque corría mucho viento, la madrugada sobre todo... En la hacienda cultivaban maíz y caña de azúcar, pero más caña porque la producción era para la molienda (elaboración de panela). Después ya me regresé a Ibarra, y me puse a

aprender el negocio de animales, para lo cual era bueno yo, cosa que al verme la gente se reía, yo pues puesto la sogá cruzando el pecho, andando *jariyashca*, iba por los caseríos, preguntando si es que vende borrego, así mismo cuando ya bajaba algún animal era un poco peligroso porque el borrego quería arrastrarme, entonces yo me amarraba la sogá en la cintura, aunque me arrastre, el borrego tiene que parar algún rato decía, pero el caso es que yo no tenía que ver que el borrego se corra, porque entonces yo perdía, de ahí se calmaba el borrego y seguía el camino hacia Ibarra, atrás del borrego... silbando, silbando, ajustando y aflojando la sogá, para que vaya a buen paso y no corra demasiado (LFR, 1982: 6).

Es así como las familias indígenas, hoy radicadas en Ibarra, comienzan un largo proceso de expansión por las diversas zonas de las provincias de Imbabura y Carchi, estos pequeños comerciantes en su mayoría tienden a buscar sus propias zonas geográficas para efectos de realizar el comercio de los animales. Así, por ejemplo, hemos visto que una de ellas comprende la zona productora de maíz, generalmente tierras de valle seco, con regadío, en donde hay una floreciente actividad agrícola, lo cual posibilitaba el uso de residuos de maíz, indispensables para la crianza de animales, áreas en donde las unidades pequeña y mediana agrícolas eran características de la estructura agraria, incluyendo por supuesto a las grandes haciendas que, en número considerable, se encuentran en el noroccidente de la provincia de Imbabura.

De otra parte, observamos cómo otro grupo de comerciantes tiende a desarrollar su actividad en torno a la producción ovejera de la provincia del Carchi, en donde las características del suelo permitían el desarrollo de la crianza de animales en gran cantidad, dada la abundancia de pasto natural y páramos con que disponía. Una zona muy particular representa la comprendida al suroriente de la provincia de Imbabura, que está compuesta de haciendas ganaderas, tanto vacuno como lanar. Es así que en esta zona se encuentran las haciendas de Pessillo, La Merced y Zuleta, con tierras sumamente fértiles, con suficiente mano de obra y agua de riego, razón por la cual la producción ovejera era considerable hasta hace aproximadamente dos décadas.

Las haciendas no han sido los únicos centros para la adquisición de ovejas para estos comerciantes, sino que además las obtenían de las pequeñas y medianas propiedades, y de las comunidades indígenas del páramo. Esta zona ha sido fundamental para la creación del circuito de proveedores de animales dedicado a estos comerciantes, es decir,

para quienes adquirirían ganado vacuno pero, fundamentalmente, para los borregueros.

A continuación presentaremos algunos elementos que nos permitan comprender los mecanismos mediante los cuales este grupo de familias indígenas de Quinchuquí se introducen en el mercado local, una vez que han logrado consolidar una actividad sistemática y permanente a base del comercio de chanchos y ovejas; y, tienden a completar el ciclo de producción-distribución, circulación y venta de la carne y sus derivados para el mercado regional, dado que el mercado local de Ibarra, hasta hace casi unos veinte años, era considerado como uno de los centros principales del norte del país, al cual recurrían los pobladores de las diversas zonas de la región para abastecerse de los productos básicos de consumo. De ahí que su carácter comercial se ha ido transformando paulatinamente hasta la actualidad, por esta razón es de enorme importancia conocer la función que ha cumplido la actividad de estas familias en el conjunto de la economía urbana.

Comenzamos a prepararnos para bajar a la plaza para vender la carne y sus derivados, en ese tiempo pues el mercado era en la Merced, ahí no había parque, solo una plaza grande de tierra no más ni pavimentada ni nada. Ahí algunas mujeres ya vendían la carne por pedazos conforme quería el cliente... una pierna, un brazo, o algunas veces llevaban el borrego entero; me acuerdo, buenos compradores de carne de borrego eran los morenos del Chota y La Concepción, salía bastante gente a la feria, los días sábados; de ahí estas personas se perdieron ya no se les veía seguido; después el mercado se pasó a San Agustín, ahí también era muy buena la venta, bastante gente, salían de todos los lados, a vender y a comprar, no había mucha plata pero, en cambio, las cosas eran baratas y la gente iba bien cargada de cosas a sus pueblos, ahora ya no se ve estas cosas, era pues otro tiempo... después, la venta se hacía en la plaza central, en el Águila que dicen, ahí también era bueno: no había ni por dónde andar y como era pequeño también, entonces no había ni por dónde pasar. Las mujeres vendían adentro de la plaza, pero era de ver, era llenecito de nuestras mujeres, cada una con su covacha. Cuando la venta era buena... dos, tres, hasta cuatro borregos enteros se vendía hasta el mediodía, ya no había nada, todo terminado (CMM, 1982: 4).

Ahora, con otras mujeres también teníamos que buscar el medio (el sustento), así es que nos propusimos preparar y vender la fritada a base de carne de chanco. Más antes la fritada vendían los pesadores (faenadores), hechita, ya preparada. Entonces, yo me compraba una batea de fritada en ciento cuarenta, ciento sesenta, cuando mucho era unos doscientos

sucres. Me ponía la batea en la cabeza y salía a vender por las calles, pero más me paraba en la plaza de La Merced, pero entre mí me decía: ¿dónde voy a vender? ¿Qué hago con la fritada?, ¿dónde también sabrán comprar! ¿dónde también sabrán comer fritada!, me decía entre mí pues; ya en una esquina de la plaza, un poco adentrado me senté, sin atinar a quién vender, nada de gente, ralo, ralo... unito, doscitos, los carros nada, de ahí me senté y comencé a vender poco a poco: cuatro reales, seis reales... tres o cuatro buenos pedazos de fritada; ahora eso se vende por treinta o cuarenta sucres. De esa batea grande que compraba, nos ganábamos cincuenta sucrecitos, diciendo que ganábamos harto, así era en ese tiempo. Pero nadie, ninguno había que vendiera la fritada, yo principié a hacer y vender la fritada, ele, ele, ahora yo primero estoy como botadito mientras otras han puesto salones, ahora hay fritaderías por todo lado, solo de gente nuestra (FTJ, 1982: 6).

Pero hay que aclarar también que, cuando recién comenzamos a salir a la plaza, por ahí en 1920 nosotros no éramos muchos, yo era pequeño, era un grupo pequeño todavía, eran: taita Ignacio Maigua, Jesús Farinango, taita Cachiguango, taita Miguel Pineda, había don Domingo Males, Cecilio Males, Marcelino Morales, Marcelino Vega, Esteban Vega... habían pocos pues. Entonces, todos ellos salían a la feria de los sábados en la Merced, y también iban a la feria en San Agustín, ahí se vendía carne de chancho, carne de oveja, manteca y grasas en general, sea por libras o al ojo, así era; por otra parte también esta actividad del comercio nos permitió tomar contacto con gente de diverso origen, indígenas del páramo, morenos de los valles cercanos a Ibarra, vecinos de las parroquias aledañas, y en general establecimos lazos de amistad teniendo de por medio el trabajo honrado y el servicio de tantos pueblos de la región (JMM. 1981: 12).

Comunidad indígena y medio urbano

En la década de los años veinte del siglo pasado, estas familias se localizan en barriadas, en esa época, ocupando espacios distantes del centro de la ciudad: San Antonio, Caranqui, El Ejido, El Empedrado, la Calle Larga o El Carretero.

Los primeros indígenas que vinieron a vivir a Ibarra son: Marcelo Morales, Marcelino Vega, José Cachiguango, José Manuel Remache, José María Males, Jesús Farinango, Ignacio Maigua, Cecilio Males, José Pineda, Miguel Pineda y Salvador Pineda. Un poco después, llegaron otros familiares, entre ellos: don Joaquín Quinche, José "Calape" Males y don Antonio Males, que vivía en Ajaví. En esta zona de Ibarra a todos los co-

merciantes de chanchos les iba bien, ya enseñados, no querían volver a la comunidad, porque allí carecían del negocio (VCS, 1982: 10).

Primeramente, ellos llegaban pidiendo posada, después ya comenzaron a arrendar sus cuartitos. En ese tiempo pues, cinco, cuando mucho diez sucres costaba el arriendo, y han comenzado viviendo por El Ejido de Caranqui, por El Empedrado, lejitos de la ciudad... (PMM, 1982: 4).

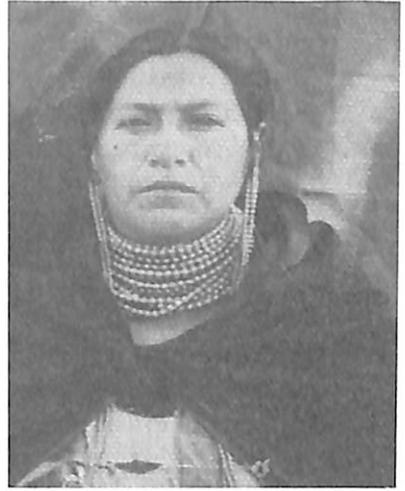
Las primeras familias que arriban a Ibarra son las que posibilitan condiciones básicas para la reproducción de las nuevas unidades familiares domésticas; también es cierto que aquellas unidades incorporan nuevos miembros que les va a facilitar mayor productividad en sus actividades; y, por lo tanto, van a tener capacidad de acumulación y dar lugar a una diferenciación social dentro del conjunto de las familias localizadas en la ciudad.

Fiestas, ceremonias y rituales

La comunidad indígena de Quinchuquí es parte constitutiva del conjunto de comunidades que están en torno a Otavalo ayer, hoy y lo estará mañana. Forma una unidad geográfica, ecológica, comparte una tradición histórica, tiene una organización social y una estructura política y económica semejante; entonces, es natural que sus instituciones culturales también conformen un sistema de valores, representaciones, rituales y celebraciones festivas, íntimamente ligadas a esta unidad mayor. Por eso es que la comunidad, anualmente por lo menos, se prepara para celebrar sus festividades, se realizan ceremonias y se preservan y practican rituales que ponen de manifiesto una viva concepción sobre la comunidad, la naturaleza y la vida de sus hombres y mujeres.

Con mi mujer tuvimos el compromiso de pasar el "cargo" en Otavalo. Esto era una costumbre entre todos los de la comunidad; por lo tanto, éramos algunos tíos los que pasaban cada año. Yo pasé la fiesta a la Virgencita de Santa Lucía, que era la matrona de la comunidad; teníamos que pasar misa en la iglesia de El Jordán, porque pertenecía a esa parroquia y solamente allí debíamos concurrir para los servicios religiosos. Íbamos bastante gente... a pies bajábamos a Otavalo cargando a la Virgen desde Quinchuquí. Se juntaban los capitanes y llevaban a almorzar. El capitán mayor era el que invitaba, bajaban toditos y almorzaban con la banda de músicos en la casa del capitán mayor; lo mismo al otro día, tocaba la banda y nuevamente debíamos ir a la iglesia, ya no en Otavalo sino en Quinchuquí.

Diciendo que mi mamacita es muerta, me llevaron las mujeres de la danza de los capitanes, diciendo: ¿Cómo, porque la mamá es muerta, vamos a dejar a la guagua? ¡Antes ella tiene que estar juntos!; cogiéndome de un brazo me llevaron caminando junto a toda la gente, diciendo que soy la capitana, la dueña de la fiesta; entonces, me iban llevando a la iglesia con un manto y un charol. Yo pues iba rodeada de mujeres, como una especie de corte como dicen ahora. Nosotras las mujeres también nombrábamos a las personas que se hagan cargo de algunas cosas en la fiesta; por ejemplo, nombrábamos una servicia, que se encargaba de servir la comida, y que controlaba que se sirva la comida a todos y en orden; por otra parte, también nombrábamos una ñaupadora, o sea que ella tenía que ir dirigiendo por donde teníamos que caminar, como ocho personas eran las encargadas de organizar la participación de las mujeres en la fiesta (FRE, 1982: 10-12).



Mercedes Males

Para la celebración de estas fiestas religiosas, había pues un cabecilla. Este se llamaba capitán; entonces, el capitán buscaba unos dos más para que lo acompañen, y de esa manera se pueda afrontar los gastos de la fiesta en partes iguales, estos se llamaban pajes y, además, el capitán buscaba a otro acompañante que se llamaba negro capitán; este, a su vez, buscaba a unos bailarines que se llamaban negros, y estos forman grupos grandes de bailarines... cuarenta, cincuenta salían, y era pues muy bonito verles, pero así mismo gastaban. Para estas fiestas siquiera unas ochenta o cien familias, y a toda esta gente se tenía que llamar a dar boda (sendos platos de colada de maíz con cuy o gallina de campo); así mismo ayudaban, contribuyendo con botellas de trago, maltas de chicha, o a veces brindaban tazas de suro llenas de mote, todo este aporte dejaban en la casa del capitán... (FRE, 1982: 14).

La idea de pasar el "cargo" aquí en Ibarra nació del finado José Manuel Remache. Como él siempre pasaba las fiestas en Otavalo, entonces también se empeñó en hacer la fiesta en Ibarra. Recuerdo que me pidió que le acompañe, lo hice, pasamos tres fiestas en un mismo año, era mucho gasto... tres castillos, fuegos pirotécnicos, volatería, de la iglesia de Santo Domingo al Carretero (dos kilómetros, aproximadamente), en donde está la casa del prioste principal; las vísperas en el parquecito junto a la iglesia, nuestro Patrono era San Vicentico... (VCS, 1982: 18).

Crisis, resistencia e identidad

Parafraseando a un pensador oriental, llega a ciertas familias y su descendencia la segunda ola de una crisis social y económica sobrepasando la primera mitad del siglo XX, por varias razones, el alto costo que debieron pagar por su inexperiencia y desconocimiento de la naturaleza del poder local, sus implicaciones y riesgos que desbastó su patrimonio familiar sumiéndolos en una situación social difícil que solamente el tesón y la fe en la vida y en el trabajo los reivindicó en un proceso de largo aliento.

Nosotros teníamos muchas necesidades, y con lo que se logra ganar en el mercado, no era suficiente para la mantención de los hijos, el vestido y la educación que queríamos darles para que sean algo en la vida y no pasen tantos sufrimientos como nosotros. Teníamos ese pensamiento, ¿no? Yo no me alcancé con mis hijos mayores, ellos al ver esa pobreza, se pusieron a trabajar de jornaleros, por aquí cerca, elaborando y cargando ladrillos al horno y venderlos para la construcción; claro, no era negocio de uno, sino que ganaban no más un diario... Muy duro pasaban nuestros hijos, ¿qué teníamos que hacer?, trabajar en lo que sea, con tal de coger algo de plata, para satisfacer las necesidades de la casa y ayudar a sus hermanos pequeños... Yo ni siquiera podía comprarme nada, porque me faltaba la plata, a veces hasta sin alpargatas andaba, para qué voy a negar, pero el pensamiento era salir adelante, trabajando, pensando siempre en que algún día cambiará nuestra vida, por nuestro propio trabajo y encomendándonos a Dios (MMM, 1979: 10).

Nosotros sin plata, sin contar con el capitalito para el negocio de los animales, y sin tener quién nos favorezca, tuvimos que comenzar a trabajar en otra cosa. Me metí a trabajar como vendedor de tejidos al destajo; llegué a viajar a Colombia, cogíamos los tejidos y poco a poco recorríamos algunas ciudades colombianas. No viajaba solo, lo hacíamos entre dos o tres personas, ganábamos buen dinero, doscientos sucres, a veces doscientos sucres diarios, en ese tiempo bastante plata, no faltaban los "amigos" que inquietaban a tomar en los salones... (LFR, 1982: 18).

La tradición vive en el seno de este conjunto de familias sobre las que venimos describiéndolas. Su tradición resiste, pervive, no se deteriora, asume nuevos visos, protagoniza nuevos acontecimientos culturales, sociales y deportivos.

Fundamos el Club Social y Deportivo Imbayas, y nació nuestro equipo de fútbol porque nos gusta el deporte, compuesto solamente por indíge-



Club Social y Deportivo Imbayas, 1948.

nas que vivíamos en Ibarra... solo la gente mestiza de la ciudad jugaba: Alianza, 27 de Julio, 28 de Mayo, más tarde el combinado local. Nosotros formamos un equipo completo, practica- mos, nos vieron jugar algu- nas personas amigas: don Changuán, un señor Aníbal Cabrera, les gustó nues- tro grupo, nos acompaña- ron, hicimos los estatutos, los

enviamos a Quito para su aprobación. Esto fue en 1948 (VCS, 1977: 10).

El señor Cabrera nos dijo: ustedes también pueden jugar, pueden respon- der y son hombres... Practicamos, practicamos, sería el destino de noso- tros de ser deportistas que íbamos a hacer historia, hasta ahora sueño en el fútbol, hemos sido angos, será porque he sentido en mí, de repente que me hacen jugar, aunque mayor, juego, me he quedado con ese amor al de- porte... Después nos federamos, jugamos por el campeonato; antes de ha- cernos conocer por el deporte la gente nos trataba mal, diciendo que ¡so- mos indios!, como todavía sigue siendo ahora, aunque un poco menos. Jugamos con los de Cayambe, Otavalo, Cotacachi y Atuntaqui; a los equi- pos de Ibarra les ganamos; comenzaron a "jodernos", diciéndonos indios, ¡cómo van a poner debajo a los "blancos"... Yo puedo hacer un juramento: Ibarra vivió con nosotros desde que nosotros les quitamos el orgullo que tenían. Ibarra no rendía (en eficacia de juego), solo Otavalo era campeón, pero nosotros sí le hicimos bajar la mano al equipo de Otavalo, cosa que nos tiraban piedras... esto puede contarle cualquiera (MMJ-2, 1977: 8).

Aquí éramos bien unidos, esa era la base, nosotros no vivíamos conven- cidos de que éramos más buenos que el otro, ni creíamos que nosotros éramos futbolistas, sino que nosotros buscábamos la forma de unirnos con los viejos: taita difunto *Urcus*, *Shungurupay*, tantos otros. La comu- nidad ayudaba en todo, compraba pelotas haciendo "rama", en todo as- pecto nos apoyaban. ¡Todo era emoción!, nuestro equipo se hizo nombrar en nuestro país y fuera de aquí. Jugamos en la inauguración del Estadio Olímpico Atahualpa de Quito en 1951, jugamos en Ambato, Riobamba, Cuenca, Guayaquil. Jugamos en Pasto, Popayán, comenzamos a hacer giras por Colombia; además, hemos jugado en Cali, Ibagué, Armenia, Pereira, Manizales... ellos pensaban que jugábamos como "jíbaros", no pudimos llegar a Santa Fe de Bogotá, peor a Estados Unidos adonde nos quisieron llevar a jugar, pensando que por allá hemos de morir..., que

quién va a cuidar de nuestras familias. ¡Uhhh carajo!, más historia hubiera hecho el Club Imbayas (*Ibíd.*, p. 11).

Otra etapa brillante han cumplido los hijos y descendientes de estos pioneros en el campo de las artes, la música, las ciencias, las humanidades y la educación, como aportes que consolidan la presencia de estas personalidades en los espacios regional, nacional e internacional: El trío de música popular Los Imbayas, quienes con sus melodías entrañables recorrieron nuestra América y Europa, e integrado por los hermanos Alfonso, Enrique y Segundo Chiza Maldonado, ibarreños de cepa que dieron gloria a la patria chica y a la patria grande; el trío Ecuador que honrosamente siguió sus huellas; el grupo de danza india Muyacán que irrumpió, de manera contestaría, el *statu quo* tradicional de las artes escénicas; el grupo de música latinoamericana Pucará, convertido en expresión profunda de la voz callada de nuestros pueblos y comunidades, y el aporte de tantos hombres y mujeres que silenciosa e incansablemente trabajan por una sociedad auténticamente nueva, justa, solidaria y fraterna.

Una consideración final

La desestructuración de las comunidades rurales en el Ecuador y en América Latina son estimuladas por la naturaleza y el carácter de las sociedades y los Estados nacionales. Mucho hacen las primeras por esforzarse y luchar con todos los medios a su alcance, para no sucumbir ante las tentaciones del materialismo amorfo y deshumanizado que todo lo quiere transformar en un objeto inanimado o mecanizado, presas del sistema capitalista en crisis irreversible. Queremos dejar de ser nosotros para ser copia de los otros, imitadores de fantasías que nos apartan de nuestra tierra, de nuestra naturaleza, de nuestros orígenes, de las raíces de nuestros pueblos y culturas milenarias. Los viejos, las mamas, los ayllus mayores, las pánicos que han recorrido las calles, las plazas, los cerros, los valles, en las madrugadas, en los crepúsculos de los Andes del norte, los pioneros como ya se dijo, estas familias de Quinchuquí en la villa de Ibarra nos han demostrado con su trabajo y con su propia vida que la fe en ser mejores, sin egoísmos, es el antídoto letal contra la pobreza, la exclusión, la injusticia, la discriminación que cunde todavía en la sociedad moderna y en un supuesto proceso de desarrollo global.

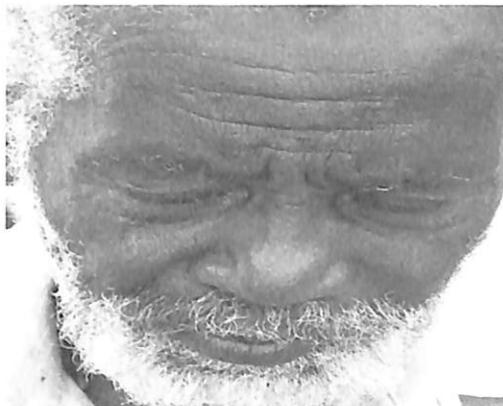
Identidad afrochoteña¹

José F. Chalá Cruz

*Ha llegado el momento de honrar
a los ancestros y a las ancestras que se fueron,
a quienes estamos aquí y a los que vendrán...
al mismo tiempo.*

A modo de entrada

En el territorio ancestral del Valle del Chota-La Concepción y Salinas, enclavado en el límite político administrativo de las provincias de Imbabura y Carchi, al norte del Ecuador- habita una población de origen africano que fue introducida por la orden de Ignacio de Loyola,² a finales del siglo XVI. Llegaron en condición de esclavizados y tenían como tarea principal el cultivo del algodón y la caña de azúcar. Además, desde su llegada, se les negó su condición humana.



Producto del violento proceso “civilizatorio-colonial” aupado por occidente, los africanos y sus descendientes se encontraron en una muy incómoda posición debido a que fueron representados y nombrados por sus captores europeos “blancos, civilizados y cristianos”, como “negros”, categorizándolos como no humanos, incapaces de producir conocimientos-filosofía.

- 1 El presente artículo se fundamenta en el texto del libro publicado en 2013 con el título *Representaciones del Cuerpo, discursos e identidad del pueblo AFROECUATORIANO*, de autoría de José F. Chalá Cruz.
- 2 Religioso español, fundador de la Compañía de Jesús. Declarado santo por la Iglesia Católica, fue también militar español, poeta y se convirtió en el primer general de la congregación por el fundada.

En varias oportunidades esto ha sido argumentado y han insistido, erróneamente, que aquellos pueblos carecíamos de historia, de cultura, incluso afirmaron que estas personas no tenían un sistema religioso que diera sentido en lo espiritual a sus vidas.

Ellos definieron lo que es y no religión; lo que es y no idioma; lo que es y no arte; lo que es y no cultura; lo que es y no historia; lo que es y no conocimiento; lo que es y no ciencia. Además, pretendían decidir quiénes serían las personas “merecedoras” de religión, idiomas, arte, cultura, historia, filosofía, conocimientos y ciencia, entre otras. Asimismo, fuimos representados y tratados como cosas-piezas de indias. En ocasiones, se negó nuestra existencia, secundados por una ideología y prácticas racistas, excluyentes y discriminatorias.

En el ejercicio de la colonialidad del poder y del saber, Occidente se apropió del “derecho” de disponer de los cuerpos y las vidas de millones de seres humanos africanos y afrodescendientes, en sus discursos de representación definieron cómo deberían ser las realidades de aquellas personas y sus historias.

Ecuador no se escapa a aquel proyecto colonial “civilizatorio”. Desde su constitución como Estado-nación, los sectores blanco-mestizos reprodujeron la ideología racista del mestizaje, proclamando al mestizo como el arquetipo de la identidad nacional ecuatoriana, excluyendo deliberada y sistemáticamente del imaginario de identidad nacional a los afroecuatorianos, ubicándolos política, económica y simbólicamente por fuera de la pirámide racializada de la sociedad ecuatoriana.

Metodológicamente, a lo largo del texto, iremos develando cómo el pueblo afrochoteño, a partir de la insurgencia cimarrona contra la colonialidad del poder de manera íntima, casa adentro, y sistemáticamente, ha venido construyendo su identidad individual y colectiva.

Asimismo, analizo al instrumento llamado “Bomba” como símbolo en acción en la que se sintetiza la cosmovisión de la afrochoteñidad, sus letras, el canto, el baile expresión de una cultura vital. A partir de análisis semiótico surge, desde el fondo de nuestro ser afrodiaspórico, la sabiduría cimarrona libre y liberadora para la vida, dada a conocer a las nuevas generaciones, pedagógicamente, a través de la educación cimarrona como práctica de vida.

El pueblo afroecuatoriano visto desde un escenario interno, endógeno-casa adentro

Mirarnos de una manera endógena, casa adentro, desde la intimidad de nuestros conocimientos, de nuestro ser afrodescendiente y nuestro saber hacer como práctica de vida, me remite a mi condición de antropólogo e investigador enteramente definido como afrochoteño, afroecuatoriano, afrodescendiente. El presente trabajo de investigación y reflexión se enmarca en el proyecto de vida de mi pueblo, basado en la libertad, la ciudadanía y la democracia participativa.

Con lo dicho, estoy dejando claramente establecida mi posición y lo hago apelando a las claves de mi cultura e identidad afrochoteña.

Es decir, los antropólogos afrodescendientes, o por lo menos yo, me alejo de lo que dice Ramos: "nosotros los etnólogos hemos desempeñado el papel de traductores para un público de blancos".

Creo que esta es una magnífica oportunidad para que de una manera radical, desde dentro de nuestro ser afrodiaspórico, podamos decir lo que soy y somos como individuos y como pueblo afroecuatoriano, portadores de una cultura, de una historia vívida que da sentido a nuestras vidas.

Todo lo que profesamos, hacemos, creemos, tiene sentido para nosotros, para nuestras existencias en el campo individual y colectivo. Para esto no es necesario que busque un "traductor" o una "traductora de mi propia vida", con lo dicho estoy minimizando el riesgo de llegar a interpretaciones hechas por "otros" desde su mundo de significaciones simbólicas, que ni siquiera se acercan a la realidad de los actores.

Esta nueva mirada de la antropología y los antropólogos es un intento válido para descolonizar una ciencia que estuvo al servicio colonial; además, cuando los sectores y actores sociales históricamente postergados, como en el caso de los afrodescendientes e indígenas, comencemos a recuperar nuestros conocimientos, se alzarán nuestras voces y se comenzarán a escuchar nuestros discursos con mayor claridad, contruidos sobre la base de la cimentación y revitalización cultural. En este marco, estamos frontalmente interpelando al sistema colonial, neocolonial interno y externo opresor; al mismo tiempo, estamos posibilitando el diálogo social y académico encaminado por el respeto que proporciona la interculturalidad efectiva.

Al presentarnos en el actual escenario sociopolítico y decir nosotros estamos aquí, junto a ustedes, con nuestros saberes, con nuestras diferencias socioculturales e históricas, como un pueblo, nosotros somos quienes nos conocemos; y cuando decimos nosotros, nos referimos a todas las diversidades socioculturales e históricas, nos encontramos en una dimensión horizontal, en donde nos miremos por fin a los ojos y dialoguemos desde nuestras propias realidades, fundamentalmente con nuestra propia voz, desde nuestros "propios" universos de significados y significantes simbólicos que han sido construidos a través de los milenios de interacción social en estrecha comunión con la naturaleza y el cosmos, en un acto de vivir legítimamente la vida en sociedad y en pleno goce de los derechos ciudadanos individuales y colectivos, sin sobresaltos.

Insurgencia cimarrona contra la colonialidad del poder, del ser, del saber y del saber hacer

Hijas e hijos de la diáspora africana, para (re)establecer su esencia humana, libraron distintas batallas en varios escenarios, desde el teatro de batalla físico al psicológico; del campo cultural e identitario, al simbólico, mítico y político; una de estas batallas la libraron en contra de la matriz colonial que se les imponía por todos los medios y formas imaginables para el dominio del espacio, del conocimiento, de los saberes, del lenguaje; las prácticas, las subjetividades y los cuerpos crearon mecanismos insurgentes en procura de la libertad psicológica y corporal para (re)establecer al (ser)humano apelando al cimarronaje como estrategia liberadora.

Cimarrones fueron las personas que se liberaron del sistema de explotación esclavista, estos evadieron aquel régimen de opresión buscando refugio en los sitios más recónditos en donde no puedan dar con su paradero fácilmente. A estos sitios se los conoció con el nombre de palenques, ciudadelas, quilombos, cumbes o, como en el caso del Ecuador, al palenque situado en la actual provincia de Esmeraldas (1553), liderado por nuestro héroe nacional, don Alonso de Illescas, se lo conoció como la República de los zambos; en estos lugares construyeron, (re)construyeron y (re)vitalizaron su cultura e identidad, establecieron sus formas de convivencia social, con la naturaleza y el cosmos, acordes al nuevo escenario que les tocó enfrentar.



ALONSO DE ILLESCAS

HÉROE CIMARRÓN AFROECUATORIANO
1528 – 1585 (Siglo – XVI)

En el terreno cultural, las cimarronas y los cimarrones se revelaron en contra del proyecto civilizatorio-colonial, (re)significaron en ella sus propias escalas de valores “cimarroneando” en lo posible los horribles mecanismos asimilacionistas de la “razón occidental” que se les imponía.

La historia sociocultural de la afrodescendencia en las Américas es, de modo global, la historia del *cimarronaje ideológico* que les permitió (re)interpretar a la razón occidental, a la ciencia positivista y la técnica; además, (re)interpretaron a la Europa de la espada, la cruz y el látigo a través de la memoria histórica colectiva, dando muestras de la vital y heroica creatividad, a fin de poder reelaborar nuevos modos de sentir, pensar, amar, nombrar, ser y saber hacer.

Las exigencias concretas de la lucha contra la colonialidad del poder, del ser-humano, del conocer-sabiduría y del saber hacer-prácticas condujeron a los cimarrones y a las cimarronas a la permanente búsqueda de un nuevo equilibrio psicológico, cultural e identitario, simbólico, territorial y político; crearon y (re)crearon sus cosmovisiones, sus significados y significantes, sus patrones y prácticas culturales; gracias a la prodigiosa facultad de la memoria histórica colectiva y de la imaginación, pudieron crear y recrear nuevas reglas de convivencia social, ecológica y ritual.

Esta vital creatividad se manifestó en los más variados terrenos desde los métodos de trabajo agrícola hasta las normas del matrimonio y la familia, desde la religión hasta las expresiones culturales, desde el lenguaje hasta los modos culinarios y de alimentación, desde el ritual funerario hasta la expresión corporal en las tradiciones motrices de la danza y el coito, desde la magia hasta la farmacopea (...) desde la música hasta la literatura oral y los juegos de sociedad, desde la forma de cargar a los niños hasta los peinados de las mujeres, desde la mitología hasta la [insurgencia] armada (Depestre, 1977: 346).

El cimarronaje se constituyó en el primer desafío insurgente en contra de la colonialidad del poder, del ser y del saber. La insurgencia cimarrona se constituye en la primera ruptura ética, política y episte-

mológica con el proyecto político civilizatorio europeo, basado en la negación de la condición humana y de los conocimientos de las personas africanas y sus descendientes. Ellos, los afrodescendientes, se representaron como seres humanos con conocimientos, sentimientos y con historia; en este marco, de negación y (no) existencia, de algo opaco de su esencia humana, pasaron a algo lúcido, a existir con todo su corpus simbólico, cultural e identitario, de la cosificación que se les imponía, se representaron como sujetos sociales e históricos y reclamaron su ser-humano con derechos a la ciudadanía plena.

El proceso revolucionario de liberación cimarrona permitió a los (ex) cautivos revelarse contra la colonialidad del poder y del ser. Al liberar sus cuerpos por sus propios medios, *la razón occidental sufre otra ruptura radical epistemológica* debido a que los esclavizados, al tomar la iniciativa de liberarse, rompieron con la visión europea de ver como natural que los seres humanos de procedencia africana y sus descendientes permanezcan en la trágica condición de esclavizados. Al tal punto que, para estos, los europeos y sus descendientes con discusiones académicas, pseudocientíficas, alegaron que era "natural" que los inventados "negros" sean "esclavizados".

Desde los albores de la colonialidad del poder, del saber y del ser, el concepto de "negro" fue utilizado como sinónimo de "esclavo" y la consecuente naturalización a encadenar y marcar sus cuerpos, a azotarlos, a comprarlos y venderlos, como cosas. Pero no contaron con que los cautivos y las cautivas tenían la facultad humana de razonar sobre la aberrante condición en la que se desenvolvían sus vidas; y, deciden liberarse por su propia cuenta y riesgo, fracturando gravemente a la razón occidental que naturalizó la explotación y la violencia.

Las cimarronas y cimarrones pusieron distancia con la epistemología occidental cuando ejercieron el derecho a nombrarse y a representarse libremente, y, al liberarse, simbólicamente dijeron: "negro" no es sinónimo de "esclavo", como hoy "afrodescendiente" no es sinónimo de "negro". Simplemente, se representaron como lo que fueron, como lo que somos, como lo que seguiremos siendo, seres-humanos.

Sabiduría cimarrona

La sabiduría cimarrona es el saber de la vida, observa la vida como un todo armónico en íntima relación con las fuerzas y las energías telúricas, cósmicas y espirituales que sustentan el mundo; todos somos parte de todo y responsables de todos y todas. La sabiduría cimarrona no admite la individualidad de los seres.

Un sabio de Mali, en África occidental, Amadou Hampaté Ba, señala que:

No nos engañemos en esto, la tradición africana no corta la vida en trozos y el conocedor pocas veces es un especialista. La más de las veces es un sabelotodo. El mismo anciano, por ejemplo, tendrá conocimientos tanto en la ciencia de las plantas (conocimiento de las propiedades buenas o malas de cada planta) como en la ciencia de la tierra (propiedades agrícolas o medicinales de las diferentes clases de tierra), en la ciencia de las aguas, en astronomía, cosmogonía, psicología, etc. Se trata de una ciencia de la vida cuyos conocimientos pueden siempre dar lugar a utilizaciones prácticas. Y cuando hablamos de ciencias iniciáticas y ocultas, términos que pueden desconcertar al lector racionalista, se trata siempre, respecto al África tradicional, de una ciencia eminentemente práctica que consiste en saber entrar en apropiada relación con las fuerzas que sustentan al mundo visible y que pueden ser puestas al servicio de la vida (Ba, 1982: 191-192, en García, 2010: 75).

A este conjunto de saberes y prácticas socioculturales de los africanos y sus descendientes, Occidente los consideró arbitrariamente como no-conocimiento y trataron de destruirlo por todos los medios. Entonces, desde la sabiduría cimarrona contestamos a Occidente que el llamado no-conocimiento es conocimiento, que ha posibilitado la convivencia integral y armónica de los seres humanos con la naturaleza y el cosmos.

Para enfrentar todas las formas de colonialidad del poder, del saber y del ser, y con el propósito de (re)encontrarnos con nosotros mismos y con los otros, rompemos de manera radical con aquel saber colonial que nos negó e invisibilizó. Lo hacemos a través de la sabiduría cimarrona afrodiaspórica.

La sabiduría cimarrona, afrodescendiente, se convierte en la ruptura epistémica que irrumpe, críticamente, en la esfera social y académica, *en el alma mater, que para nosotros fue una mater sin alma* debido a

que nuestros conocimientos, saberes y sentires fueron negados e invisibilizados, reproduciendo la colonialidad del poder, del saber y del ser. Aquí y ahora, nuestra palabra se eleva amparada en la sabiduría cimarrona, en la memoria histórica colectiva que la colonialidad del poder no pudo callar, ni aniquilar, al punto de dialogar con los otros conocimientos incluida la razón, la ciencia y la técnica occidental.

Las ancestras y los ancestros cimarrones lucharon permanentemente por la libertad y la ciudadanía. Lucharon contra la matriz colonial que les deshumanizaba, esto implica que la sabiduría cimarrona va más allá de los procesos de descolonización, que a veces se queda, como dice Guerrero, en la búsqueda de la incorporación. La sabiduría cimarrona emerge desde lo más profundo de nuestra existencia, de nuestro ser, para revelarnos, para transformar radicalmente aquel proyecto político civilizatorio instaurado por Occidente basado en el ejercicio del miedo, de la muerte y la violencia.

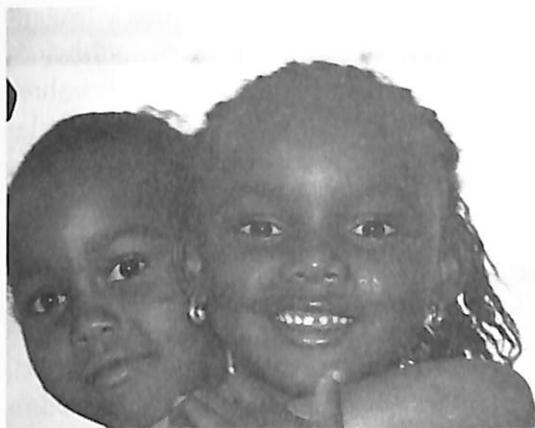
La sabiduría cimarrona es otra forma de ver y relacionarnos en el mundo, planteamos la construcción de sociedades de paz, respetuosas de la majestad de la vida; para que se cristalice este anhelo, es necesario radicalizar las diferencias culturales e históricas liberadoras con una perspectiva de unidad en la diferencia.

Educación cimarrona

Las ancestras cimarronas y los ancestros cimarrones crearon la educación cimarrona, libre y liberadora, para la vida, sobre la base ideológica de la sabiduría cimarrona.

El nacimiento de la educación cimarrona para la vida se convierte en otra ruptura epistémica con la razón, la ciencia y la técnica occidental que pretendió erigirse como universal; hoy, con tranquilidad decimos que aquel conocimiento es uno más entre muchos otros conocimientos. No obstante deben dialogar entre sí.

Metodológicamente, las cimarronas y los cimarrones enseñaron la sabiduría cimarrona transmitiendo a los infantes y a la juventud los conocimientos, saberes y prácticas de una manera lúdica, a través de la narración de los mitos, cuentos, leyendas mediante la música, el canto y la danza, la gestualidad corporal a través del ritmo y la musicalidad de los cuerpos-libres, en la forma de caminar y correr, en el baile, en los juegos de sociedad; sin lugar a dudas, son discursos corporales poten-



tes que dicen y enseñan las verdades de lo que somos, de tiempo en tiempo y de generación en generación.

La educación cimarrona libre y liberadora para la vida, desde siempre ha estado a cargo de las sabias y los sabios guardianes de la memoria histórica colectiva; estas personas generalmente son abuelas y abuelos mayores. No pudo recaer esta inmensa responsabilidad sino en las personas depositarias del conocimiento, quienes aprehendieron de otras sabias y de otros sabios, más el acumulado de conocimientos y experiencias de sus propias vidas; en sus enseñanzas prima la paciencia, la comprensión, el amor y la ternura. Por este motivo, en las sociedades africanas y afrodescendientes, las abuelas y los abuelos son personas respetadas, queridas, son las personas que nos preparan para la vida. Son nuestra familia afrodiaspórica ampliada.

¿Qué abuela o abuelo narra un cuento a sus nietos enseñándonos a despreciar a nuestros congéneres? Lo hacen con amor, con ternura, con alegría, nos enseñan a pensar con el corazón y con la cabeza, como dice Guerrero, a “corazonar” o sentipensar (Guerrero, 2010: 20).



Sabios guardianes de la memoria histórica colectiva.

Fotografía:³ José F. Chalá Cruz, PNUD

3 El autor dicta el seminario: “Fortalecimiento de liderazgos políticos y sociales de las juventudes afroecuatorianas para el desarrollo humano y la construcción del Estado Plurinacional”. CODAE/AECID/PNUD, Chota, Ecuador, 2010.

El proyecto civilizatorio occidental de la razón, la técnica y la ciencia, nos quitó la posibilidad de pensar con el corazón; los “machos” civilizados no pueden darse el lujo de mostrar debilidad, los hombres no pueden ni deben llorar, convirtiéndonos en personas frías y calculadoras, competitivas entre sí, donde prima el individualismo.

Insurgencia cimarrona contra la colonialidad del poder del (no) ser a ser a través del nombre

El territorio ancestral de Valle del Chota-La Concepción y Salinas, enclavado en el límite político administrativo de las provincias de Imbabura y Carchi, al norte del Ecuador, se encuentra habitado desde finales del siglo XVI por personas de origen africano, cuyos apellidos de origen se mantienen como una forma de insurgencia simbólica contra la colonialidad del poder y la negación del ser-humano afrodescendiente, apelando al legítimo derecho de tener un nombre, que nosotros elegimos, nos autodeterminamos; y, es que nadie decide por mí, yo soy, o nosotros somos absolutamente libres para nombrarnos (aunque, en la condición de cautivos, debió ser muy difícil ponerse su propio nombre y [no] la marca del esclavizador como símbolo de pertenecer a alguien).

En este marco, el nombrarse con los apellidos provenientes del tronco familiar ancestral significa otra ruptura a la colonialidad del poder y del ser que se les imponía, al decidir no llevar la “marca” del esclavizador, gracias al prodigio de la memoria histórica colectiva y al aferrarse simbólica y míticamente al referente histórico-cultural, a la patria ancestral.

Y es que mantener los apellidos de origen del tronco familiar ancestral que se quedó en algún reino africano, o de los lugares de donde fueron desarraigados, es un potente testimonio del repudio a la negación del atributo de su (ser) humano, de su pasado y su nuevo presente de su futuro.

Se mantuvieron los apellidos de origen africano, como el cordón umbilical que conecta y otorga sentido a nuestras vidas; nos remite a nuestra historia lejana y presente, nos unge de una identidad cultural que resalta nuestra dignidad de ser-humano, conocer y saber hacer, es un referente simbólico e identitario que nos vincula con nuestra patria

ancestral, tan lejana de la que fuimos secuestrados iniciando un largo viaje forzado sin retorno.

Probablemente mis ancestros pensarían que regresarían a sus hogares, a sus naciones africanas de origen, después de muertos, al liberarse de sus cuerpos cautivos para encontrarse en el panteón de sus dioses y ancestros.

Pero, como legado a la dignidad del (ser) humano, nos dejaron el nombre para que jamás nos olvidemos de dónde provenimos, ni de aquella tragedia humana-histórica vivida.

Los apellidos de origen africano que se mantienen en la actualidad en el territorio ancestral del Valle del Chota-La Concepción y Salinas son los siguientes: Lucumí, Carabalí, Congo, Chalá, Loango, Mina, Anangonó, Minda, Angulo (son una variante del apellido Angola).

Simbólicamente, se reproduce el acto heroico de nuestros ancestros más tempranos al no aceptar la "carimba", la marca del esclavizador, al decir yo me nombro y nombro a mi descendencia Lucumi, Carabalí, Congo, Chalá, Loango, Mina, Anangonó, Minda, Angulo (Angola), porque fui nombrado por mis ancestros más tempranos de mi patria ancestral o para no olvidar jamás o para dejar testimonio en la memoria colectiva del sitio de donde fuimos secuestrados y secuestradas.

Llamarme como se llamaron nuestros ancestros fue un claro desafío al sistema de producción colonial esclavista, a los esclavizadores, al rechazar frontalmente la "marca" de pertenencia de sus cuerpos a "otros". Fue un discurso explícito rechazando la pretendida despersonalización que se pretendió imponer de manera coercitiva, y asumieron su herencia cultural e histórica de pertenencia a...

Esta heroica postura de autodeterminación, asumiendo nuestra herencia cultural e histórica, hace que hoy nos levantemos e interpelemos frontalmente a la colonialidad del poder, del ser y del saber.

Afroecuatorianos y afroecuatorianas, por la constatación de los apellidos que se mantienen hasta la actualidad, provenimos de distintas regiones del África; no obstante, mayoritariamente, encontramos apellidos de las actuales República Democrática del Congo y República de Angola, de los reinos y las provincias de:

Reinos	Provincias	Reinos	Provincias
Bakongo	Bas-Congo	Lunda	Kananga y Bandundu
Luba	Kananga y Kasai	Mongo	Equateur ⁴

Esta región pertenece o tiene influencia de las lenguas Ki-congo y Kimbundo, habladas por los miembros de la familia lingüística *Bantú*⁵ (Más en: Chalá, 2006, 2010).

El Chota

La comunidad El Chota es un ejemplo de la insurgencia cimarrona contra la colonialidad del poder, del ser y del saber, a través de la liberación de los cuerpos cautivos, al nombrarnos con los apellidos de origen del tronco familiar ancestral africano y por la práctica la sabiduría cimarrona.

La comunidad El Chota se funda entre los años 1780 y 1810 por cimarronas y cimarrones que se liberaron del régimen de explotación hacendatario, provenientes de las antiguas haciendas como las de Cuajara, La Concepción, Chamanal, entre otras. Llegaron a lo que hoy es la comunidad El Chota, escapando a las infrahumanas condiciones de sometimiento.

Allí en Chota, los “patrones”, los mayordomos o capataces que acudían con la intención de llevarlos nuevamente a sus haciendas de “origen”, no podían, estos se rebelaban y les respondían: *bájanos la voz... Ahora ya somos libres y nadie pero nadie nos va a querer llevar de aquí y menos vos... Somos los choteños ¡carajo! (...)*; de allí, Chota toma fama de ser un pueblo de gente muy rebelde.⁶

Estos hombres, mujeres y niños cimarrones se *apalencaron*⁷ en Chota. Este se convirtió en el territorio de personas libres.

Los primeros “fugitivos” que llegaron a Chota se apoderaron de pequeñas extensiones de terrenos con el propósito de construir sus viviendas, chozas construidas de bajareque (carrizo y lodo) y la cubierta de paja de caña de azúcar. El poblado en ese entonces era disperso, pero sus asentamientos eran estratégicos, en tal virtud que siempre se podía vigilar a los que venían de fuera y entre ellos.

4 Kapenda, 2001: 121-123.

5 Friedemann, 1999: 49-54.

6 Entrevista: profesor Salomón Chalá Lara, líder y activista afrochoteño, trabajó 30 años como educador en la escuela “José María Urbina”, comunidad El Chota.

7 Apalencar, se define como el agrupamiento de personas libres.

Las primeras familias que se asentaron en Chota fueron: Congo, Chalá, Gángula, Espinoza, Carabalí, Lucumí, Acosta, Lara, Gudiño, y poco a poco fueron llegando nuevas familias.⁸

En suma, Chota se constituyó en el pueblo de hombres, mujeres y niños libres del Valle del Chota-La Concepción y Salinas, en la medida en que sus habitantes guardaron, y guardan hasta hoy, cierta autonomía frente a las haciendas, al no establecer en principio relaciones directas con los hacendados de sus alrededores; ellos tenían, de esta manera, la posibilidad de negociar o rechazar las condiciones de trabajo.

La gente que se fue a vivir en Chota ya no quería estar sujeta a la voz y el mandato del “patrón”, esa gente, en una palabra, quería estar más libre (...), es por esto que se agruparon ahí en Chota, lugar preferido porque comenzaron a tener una vida algo autónoma, aun cuando a vista de los demás ranchos como: Carpuela, Pusir, Caldera, Chalguayacu, Salinas, etc. (...), les veían con gran espanto a la gente de Chota, diciendo que eran gente mala, que solo se ocupaban de hacer daño... y les daban mala fama, tanto es así que en ese entonces decir Chota, era decir infierno (...). Los dueños de las haciendas les tenían tedio y al mismo tiempo *respeto*, los llamaban los negros “ociosos”, negros “ladrones”, el Chota era mal visto en todo sentido (...). Pero ellos estaban felices por cuanto decían, allá es su hacienda, pero aquí nosotros somos dueños de nuestro caserío.⁹

Y le dieron el nombre a su río: Coangue, y a su poblado: Chota

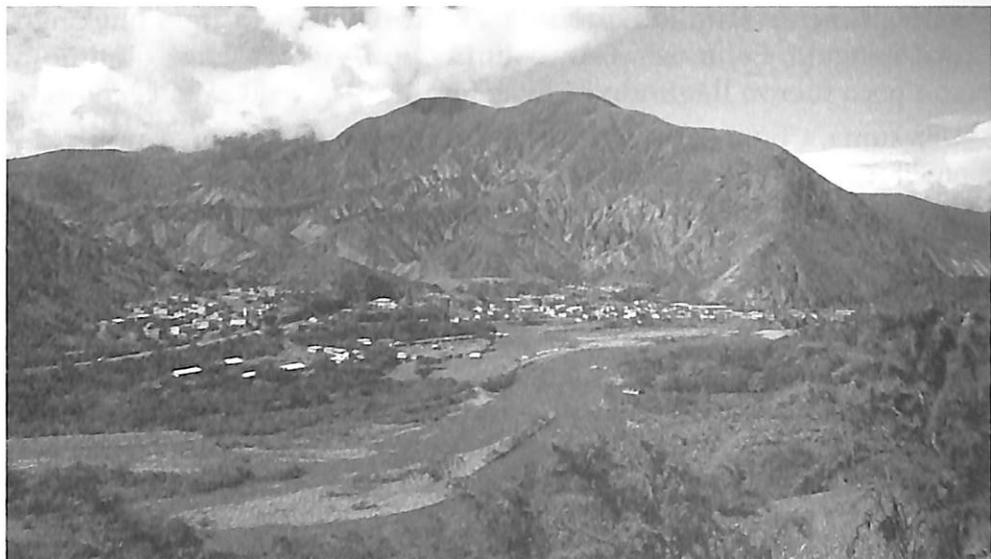
Apelando a la memoria histórica colectiva, los cimarrones choteños bautizaron al río que hoy lo conocemos con el nombre de río Chota, inicialmente, con el nombre de *Coangue*, recordando a su patria ancestral, puesto que este mismo nombre encontramos en la actual República Democrática del Congo en el Reino Lunda.¹⁰ Asimismo, encontramos la palabra *chot* o *chota* que significa *centro de agrupación de personas*.¹¹ Nosotros tenemos la comunidad cimarrona llamada Chota,

8 Entrevista: profesor Salomón Chalá Lara, líder y activista afrochoteño, trabajó 30 años como educador en la escuela “José María Urbina”, comunidad El Chota.

9 *Ibíd.*

10 Entrevista: Yav Mwant y Jean Kapenda, investigadores, originarios de la República Democrática del Congo.

11 *Ibíd.*



Río Chota, conocido inicialmente, con el nombre de *Coangue*, dialecto del Congo. José F. Chalá C.

en definitiva, los apellidos de origen, el nombre del río y del pueblo, nos remiten a la patria ancestral.¹²

Para comunicarse casa adentro, los afrochoteños crearon palabras. Dichas palabras probablemente tienen raíces lingüísticas Bantú, no proceden del español ni del quichua; a este código lingüístico, los afrochoteños les nutrieron de significados y significantes. Desde la sociolingüística hasta la actualidad, no se ha realizado ningún estudio comparativo con las lenguas del continente africano, para establecer su relación hace falta continuar investigando sobre el tema. Aquí les señalo algunas palabras que se escuchan hasta hoy:

Palabra	Significado
Magulli	No
Gualí	Ven (para llamar al sol)
Corota	Vagina
Culata	Tras de la casa

12 Más sobre el tema en: Chalá, 2006: 126.

Cosmovisión afrochoteña: La Bomba de El Chota, símbolo en acción

La Bomba de El Chota es la expresión de la vida para vivir la vida. Es el instrumento-símbolo en acción de la afrochoteñidad; es un instrumento musical de percusión hueco cilíndrico cubierto de cueros, sin pelo, de chivo y chiva para que produzca un sonido claro y armónico, se toca directamente con las manos.

Simbólicamente, la Bomba de El Chota representa a la madre naturaleza, a la mujer embarazada que parirá la vida; en ella se encuentran condensados los símbolos que, juntos y en equilibrio, originan la vida como son: aire, agua, fuego y tierra.

Las sociedades comunitarias, de composición holística, a decir de Le Breton, en las que:

El individuo es indiscernible, el cuerpo no es objeto de una escisión y el hombre [la mujer] se confunden con el cosmos, la naturaleza, la comunidad. En estas sociedades las representaciones del cuerpo son, efectivamente, representaciones del hombre [de la mujer], de la persona. La imagen del cuerpo es una imagen de sí mismos, nutrida por las materias primas que componen la naturaleza, el cosmos, en una suerte de indiferenciación. Estas concepciones imponen un sentimiento de parentesco, de una participación activa del hombre [de la mujer] en la totalidad del mundo viviente (Le Breton, 2002: 22).

La cosmovisión de la afrochoteñidad es analizada en el contexto arriba señalado en cuanto y tanto todos y todas somos parte del todo y responsables de todo, *somos un granito de universo* que nos hermana en el cosmos; la manera de ver el mundo de la afrochoteñidad se representa sabiamente en el símbolo en acción llamada "Bomba".

La Bomba de El Chota es un juglar que relata, mediante el canto, los eventos trascendentales del colectivo afrochoteño. Musicalmente



Instrumento musical de doble parche llamada Bomba. Foto: José F. Chalá C.

nos retrata los eventos significativos de la cotidianidad; en la “Bomba” se expresa la vida diaria, en ella se sintetiza las formas de ver el mundo de la afrochoteñidad; en otras palabras, decimos que en la manifestación cultural de la Bomba se expresa el espíritu de los afrochoteños, en esta se representa simbólicamente el mundo, nuestro mundo, el ser afrochoteño, el saber y saber hacer en el cosmos; en perfecta armonía nos cobijamos con el cielo-aire, la tierra, el agua, el fuego, los animales en parejas, macho y hembra y, por supuesto, los seres humanos afrochoteños mujer-hombre, con todo el cúmulo de la sabiduría cimarrona, como expresión de la fuerza vital del pueblo afrochoteño en íntima comunión con la madre naturaleza.¹³

Le Breton menciona que:

El hombre [y la mujer] africano tradicional está sumergido en el cosmos, la comunidad participa del linaje de sus antepasados, de su universo ecológico y todo esto está en los fundamentos de su ser. Es una especie de intensidad, conectada con diferentes niveles de relaciones. De esta trama de intercambios extrae el principio de su existencia (Le Breton, 2002: 25).

La cosmovisión de la afrochoteñidad tiene mucha relación con lo arriba señalado; a través de la materialización cosmogónica representada en el instrumento musical símbolo en acción denominado “Bomba”, el pueblo afrochoteño se encuentra en íntima comunicación con los diversos elementos que yacen en la naturaleza, percibidos como entes vivos que, junto a las dimensiones culturales, simbólicos, al amor y la ternura colman de sentido a la existencia colectiva de la afrochoteñidad.

La afrochoteñidad está profundamente emparentada con la tierra, representada como la matriz, en donde inicia y florece la vida en íntima relación entre el agua, comparada con la sangre y los líquidos del cuerpo humano, animal y vegetal; el aire, entendido como la respiración de la vida; el fuego representa la luz, el calor, el amor y la ternura.

El agua es vida, se repite sabiamente en el lenguaje de los pueblos; está asociada al consumo humano, animal y vegetal mediante las prácticas agrícolas.

13 La descripción más detallada del juglar llamado Bomba -símbolo en acción- y el análisis de otros textos, podemos mirar en: Chalá, *Chota profundo: antropología de los afrochoteños*, 2006, pp. 156-189.



Fotografías: José F. Chalá Cruz

En la cosmovisión de la afrochoteñidad, el agua tiene mucho que ver con el río Chota, este es tratado como un ente viviente que participa de la cotidianidad de la vida de la comunidad.

El fuego, a más de ser el elemento que nos ayuda a purificar a la comunidad como dijimos anteriormente en la parte que hablamos sobre el personaje mítico "Cholo-fo", en general, representa la fuerza vital del pueblo afrochoteño; el calor, la luz y el conocimiento hacen que la vida nazca con amor en la tierra.

El fuego representa a la mujer, al amor y la ternura, como podemos advertir en la siguiente letra de música "Bomba":

Bomba loca

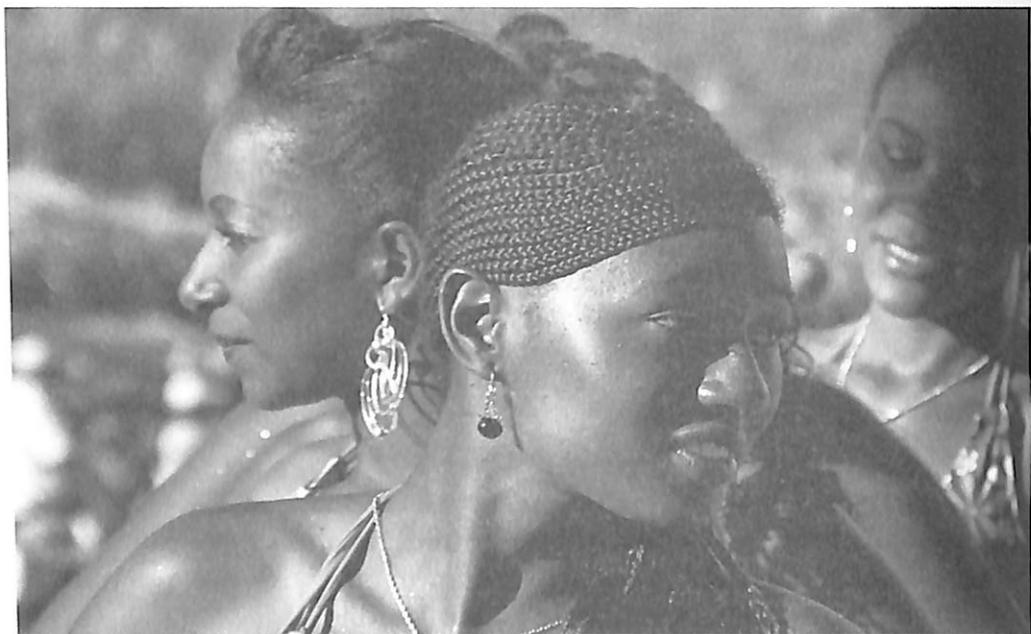
Dicen que la bomba es loca, porque se baila *meniao*,
 dicen que la bomba es loca, porque se baila *meniao*.
 Vayan al Valle del Chota, los que quieran comprobar,
 vayan al Valle del Chota, los que quieran comprobar.
 Allá sí se baila, muévelo, ahí se baila sin parar.

II

Pero miren, pero vean ¿cómo mueven la cinturita las negras?,
 pero miren, pero vean ¿cómo mueven la cinturita las negras?
 Del Valle de mi tierra, de allá son las más bellas,
 del Valle de mi tierra, de allá son las más bellas.
 Los que las miran, las prefieren, porque son como sirenas.
 Los que las miran, las prefieren, porque son como sirenas.

Coro

Son-son, son como el fuego,
 son-son, son como el fuego.



Fotografía: José F. Chalaí Cruz

III

A Dios le agradezco por crear a la mujer,
 a Dios le agradezco por crear a la mujer.
 Las rosas son hermosas, pero más lindas las negras.
 Las rosas son hermosas, pero más lindas las negras.
 Son-son, son como el fuego,
 son-son, son como el fuego.¹⁴

El aire con su infinita fuerza vital, “soplo de vida”, hace que los seres se alienten para vivir en la madre naturaleza, cada vez que respiramos es la constatación de que estamos vivos, gracias a él.

En la *tierra y el territorio* florece y se materializa la existencia de la afrochoteñidad, como un granito de universo, todos somos parte de todo y responsables de todos; por ello, debemos coexistir en íntimo equilibrio con las fuerzas cósmicas, naturales y comunitarias, en la tierra se cristaliza la solemnidad de la vida.

La Bomba, como expresión cultural, define e identifica al pueblo afrochoteño, a través de ella reproducen musicalmente sus condiciones de vida. Es una manifestación que, a pesar de su inmensa riqueza liberadora, aún no ha sido potencializada como tal, fruto de las condi-

14 Conjunto musical: “Oro negro” / Título: Bomba Loca: Nelson Congo / Arreglo y Dirección: Mario Diego Congo / Coros: Fabiola, Rubí, Nelson Congo.

ciones en que los afrochoteños han tenido que vivir; su expresión, para la mayoría de los afrochoteños, aún no es del todo consciente de los alcances que pueden lograr como un mecanismo de articulación socio-política (Chalá, 2006: 158).

Los músicos cantan al amor, narran musicalmente los hechos históricos trascendentales para el pueblo y las personas. Sus letras son esperanzadoras, pugnan por la transformación de la situación de abandono y postergación, protestan ante las injusticias sociales, también a través de sus letras recrean la "picardía-lúdica".

La Bomba de El Chota es el instrumento-símbolo en acción que sintetiza la manera de ver el mundo de la afrochoteñidad. Con acierto, Fernando Ortiz señala que la música de los afrodescendientes, conjuntamente con el canto, el baile y la música, es arte para algo socialmente trascendental. Tiene un propósito de función colectiva, una acción no una distracción. No es música de "diversión" al margen de la vida cotidiana, es precisamente una estética versión de toda la vida en sus momentos trascendentales. Música que no solo dice, música que hace, para llevar a las gentes por el camino de la vida y no para desviarlas de sus funciones comunamente humanas.¹⁵

Los temas para la composición de versos de Bomba están basados en los eventos trascendentales de la vida cotidiana de las comunidades, hechos históricos locales, regionales, nacionales o transnacionales, cantan al amor y a la picardía lúdica. Los poetas de la vida afrodescendiente, a ritmo de Bomba, se revelan ante la colonialidad del poder.

Análisis del texto de la Bomba "El ausente"

Cuando examinamos el texto de la Bomba "El ausente" decodificamos el potente mensaje liberador e insurgente que interpela frontalmente a la colonialidad del poder, del ser y del saber, levantándose como la genuina voz y discurso contestatario al proyecto civilizatorio de la "razón, la ciencia y la técnica de la cultura occidental y criolla". La letra de la Bomba "El ausente" dice así:

15 Fernando Ortiz, 1985.

El ausente

Me despido de mi Chota,
me voy rumbo a la capital,
tengo la esperanza de alcanzar
lo que mi padre no alcanzó,
por culpa de su esclavitud.

II

Decidido estoy y triunfaré,
y él [afrochoteño] al fin libre será,
tengo la esperanza de alcanzar
lo que mi padre no alcanzó,
por culpa de su esclavitud.

III

Pero algún día volveré,
con mucha alegría festejar,
con mucha alegría gritaré:
el pueblo [afroecuatoriano] ya triunfó,
qué viva nuestra libertad.¹⁶

El discurso manifiesto en la letra de la Bomba “El ausente” es el firme cuestionamiento político que realiza el pueblo afrochoteño; en general, los hijos y las hijas de la diáspora africana a la colonialidad del poder, en todas sus manifestaciones, rechazamos la deshumanización y cosificación instituida por los esclavizadores.

Las ancestras y los ancestros cimarrones en su proceso de liberación rompieron las cadenas y grilletes que aprisionaban sus cuerpos en un claro mensaje de ruptura con la colonialidad del poder, del ser, del saber y del saber hacer. Se reclamaron genuinamente como personas, con todas sus facultades.

El discurso expresado en la composición de la Bomba “El ausente” nos invita a superar los graves efectos que produjo la colonialidad del poder, pobreza, negación, exclusión; nuestros legítimos derechos ciudadanos, desde aquella época colonial, los hemos ejercido de manera limitada. Ante esta infamia nos revelamos, a través del

16 Letra compuesta por el grupo musical de Bomba “Llamarada”, entrevista al mejor intérprete de guitarra en ritmo de Bomba, *Plutarco Viveros* (fotos), actual director del grupo musical Marabú-Comunidad de Mascarilla-Valle del Chota, julio de 2010. Los corchetes son del autor.



potente discurso de la letra de la Bomba “El ausente”, y es que hemos estado ausentes del ejercicio de la ciudadanía plena. “Decidido estoy y triunfaré y él [afrochoteño] al fin libre será, tengo la esperanza de alcanzar lo que mi padre no alcanzó por culpa de su esclavitud”.

Nos revelamos a continuar ausentes del imaginario social ecuatoriano, no queremos ser más los “últimos otros”, excluidos, negados nuestros derechos de participación democrática en esta sociedad racista, discriminadora, nos revelamos ante la naturalización de la injusticia, estamos decididos a “conquistar” nuestros derechos civiles individuales y colectivos como pueblo.

Por nuestra decidida lucha, que ya he mencionado en párrafos anteriores, en la vigente *Constitución de la República del Ecuador* somos reconocidos como pueblo afroecuatoriano titular de 21 derechos colectivos; en la misma *Constitución* se señalan los “Consejos nacionales para la igualdad”, encargados de la planificación de políticas públicas y su seguimiento para nivelar las asimetrías sociales al resto de la sociedad ecuatoriana, se ha legislado en la lucha contra el racismo como política de Estado y de gobierno, a través del “Plan plurinacional contra la discriminación racial” y el Decreto Ejecutivo No. 60 que implementa dicho plan. Existen numerosos instrumentos internacionales que reconocen los derechos de los afrodescendientes y que el país es signatario.

Pero algún día volveré,
con mucha alegría a festejar,
con mucha alegría gritaré,
el pueblo [afroecuatoriano] ya triunfó,
qué viva nuestra libertad.

El mandato del juglar “bomba” es claro; el pueblo afroecuatoriano y afrodescendiente debe entrar a la arena política en el juego democrático para acceder al poder político real, para ser artífices del cambio de nuestro destino como pueblo afroecuatoriano y en general del destino de la sociedad ecuatoriana. Todos estamos invitados e invitadas a construir la sociedad de paz, de todos, para todos y para todas.

Con poder político real, nos liberamos de la colonialidad del poder, del saber, del ser y del saber hacer. Libres los afrodescendientes del viejo paradigma civilizatorio occidental de la “razón, la ciencia y la técnica-universal” y del ejercicio del poder colonial; liberamos a la sociedad ecuatoriana e iberoamericana, en su conjunto, de ese peso histórico que deberá ser reparado a través de la implementación de políticas públicas focalizadas hasta que las sociedades alcancen la igualdad real en el disfrute de los derechos.

Como en la gesta libertaria contra el poder colonial, en aquel glorioso 24 de mayo de 1822 en las faldas del Pichincha, nuestra participación fue determinante.

Bibliografía

- Almeida, José, (1999) “Racismo, construcción nacional y mestizaje”, en José Almeida, Coord., *Racismo en las Américas y el Caribe*, Departamento de Antropología, PUCE/Ediciones Abya-Yala.
- Álvarez, Freddy, (2005) ¿Cómo se construye un problema científico?, documento de trabajo, Quito, UPS.
- Barth, Fredrick, 1976 *Los grupos étnicos y sus fronteras*, México, FCE.
- Barthes, Rolan, (1976) *Mitologías, siglo XXI*, Madrid.
- Bordieu, Pierre, (1995) *Razones prácticas*, España, Anagrama.
- Cervone, Emma, (1999) *Ecuador racista. Imágenes e identidades*, Quito, FLACSO.
- Chalá, José, (2006) *Chota profundo: antropología de los afrochoteños*, Quito, Abya-Yala.
- (2010) “Conocimiento desde adentro: los afrosudamericanos hablan de sus pueblos y sus historias”, vol. II, Sheila Walker, comp., en José Chalá Cruz, *Los afrochoteños: Legítimos guardianes de la memoria histórica y del conocimiento*, La Paz, D.R. Fundación PIEB.
- Chalá, Óscar, (1993) *Tertulia sobre la Bomba de El Chota*, Quito, (conferencia).
- Depestre, René, (1997) “Salud y despedida a la negritud”, en Manuel Moreno Fraginales, relator, *África en América Latina*, México, UNESCO.
- De la Torre, Carlos, (2002) *Afroquiteños, ciudadanía y racismo*, Quito, FLACSO.
- Eliade, Mircea, (1993) *Lo sagrado y lo profano*, Madrid, 2da ed.
- García, Jesús, (2010) “Conocimiento desde adentro: los afrosudamericanos hablan de sus pueblos y sus historias”, vol. I, Sheila Walker, comp., en Jesús García, *Afroepistemología y afroepistemología*, La Paz, D.R. Fundación PIEB.

- Geertz, Clifford, (1989) "El impacto del concepto de cultura en el concepto del hombre", en Clifford Geertz, *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, pp. 43-59.
- Godelier, Maurice, n/d., *Cuerpos, parentesco y poder. Perspectivas antropológicas y Críticas*, Quito, Centro Cultural PUCE-Q/Ediciones Abya-Yala.
- Guerrero, Patricio, (2002) *Mitos de la modernidad (material de trabajo)*, Quito, UPS.
- Guerrero, Patricio, (2002) *La cultura, estrategias conceptuales para comprender la identidad, la diversidad, la alteridad y la diferencia*, Quito, Abya-Yala.
- Guerrero, Patricio, (2010) *Corazonar, una antropología comprometida con la vida. Miradas otras desde Abya-Yala para la decolonización del poder, del saber y del ser*, Quito, Abya-Yala/UPS.
- Hernández, Kattya, (2010) *Discursos hegemónicos y tradición oral sobre los cuerpos de las mujeres afroecuatorianas*, Quito, Abya-yala.
- Hollenstein, Patric, (2009) *La reproducción de la dominación racial. Experiencias de una familia indígena en Quito*, Quito, FLACSO.
- Le Breton, David, (2002) *Antropología del cuerpo y modernidad*, Buenos Aires, Ediciones Nueva visión.
- Milanesi, J., (1993) *Sociología de la religión (documento de trabajo)*, Quito, UPS.
- Ortiz, Fernando, (1985) *El baile y el teatro de los negros en el folklore de Cuba*, La Habana, 2a. ed.
- Pizza, Giovanni, (2005) *Antonio Gramsci y la antropología médica contemporánea. Hegemonía, "capacidad de actuar" (agency) y transformaciones de la persona*, Università di Perugia, Sezione Antropología del Dipartimento Uomo el Territorio.
- PNUD. Proyecto Regional, "Población afrodescendiente de América Latina", programa de las Naciones Unidas Para el Desarrollo 2010", en Carlos de la Torre y Patric Hollenstein *Los medios de comunicación afroecuatoriana. Período considerado: 1996-2009*, Panamá.
- Quijano, Aníbal, (2000) *Qué tal raza. América Latina en movimiento*, ALAI.
- Ramos, Alicia, (1999) *Voces indígenas: el contacto vivido y contado (material de trabajo)*, Quito, UPS.
- Rahier, Jean Muteba, (1999) "¿Mami qué será lo que quiere el negro?: representaciones racistas en la revista vistazo, 1957-1991", en Enma Cervone y Freddy Rivera (eds.), *Ecuador racista. Imágenes e identidades*, Quito, FLACSO, pp. 73-109.

Rivera, Freddy, (1999) *Ecuador racista*, Quito.

Rueda, Marco Vinicio, (1994) *Mitología*, Quito, Universidad Católica (PUCE).

Torres, Alicia, (2001) *De Antropólogas y antropología: un diálogo con Laura Rival*(material de trabajo, maestría antropología y cultura), Quito-UPS.

Trujillo, Patricio, (2011) *Etnografía del pueblo sueco. Un acercamiento crítico a los*

civilizados. Antropología y poscolonialismo, Quito.

Wade, Peter, (2000) *Raza y etnicidad en Latinoamérica*, Quito, Abya-Yala.

Walker, Sheila, (2001) *African Roots/ American Cultures: Africa in the Creation of the Americas*, Lanham, MD, Rowman & Littlefield Publishers.

Walker, Sheila, (2010) "Conocimiento desde adentro: los afrosudamericanos hablan de sus pueblos y sus historias", vol. I, Sheila Walker, comp., en *Recolocando los pedazos de Osiris/Recomponiendo el rompecabezas. La diáspora africana en la América del Sur hispanohablante*, La Paz, D.R. Fundación PIEB.

Windengren, Geo, (2000) *Fenomenología de la religión. En mito, rito y símbolo*, Quito, Instituto de Antropología Aplicada.

Racismo y vida cotidiana en el mercado de Ibarra¹

Samyr Salgado Andrade

Para cristal te quiero, espejo nunca
Pedro Salinas

La discriminación étnico-racial en el mercado de Ibarra no se presenta abiertamente, los actores sobreponen el fin pragmático -comprar o vender- en las relaciones cotidianas de intercambio. Las actitudes racistas hacia indígenas y afrodescendientes se expresan de manera encubierta, en comportamientos, actitudes y representaciones que manifiestan el sentido de superioridad étnico-racial de los blanco-mestizos. El racismo en la vida cotidiana es complejo y está determinado por múltiples factores -étnico raciales, económico sociales, de género, generacionales, de lugar- que influyen en el análisis. Al intercambiar los productos se establecen relaciones de poder por lo que también los grupos subalternos pueden ser racistas en algún momento.

El mercado: espacio de interacción social

El presente estudio está basado en una investigación etnográfica de campo, llevada a cabo en 2000 en el mercado Amazonas de la ciudad de Ibarra. El objetivo principal de la investigación fue analizar el racismo en la vida cotidiana en la ciudad, las tácticas y estrategias que elaboran los discriminados para defenderse y alcanzar espacios de empoderamiento social. También se propuso examinar las percepciones que tienen los sectores dominantes y subordinados sobre sí mismos y sobre los "otros", como una forma de comprender las relaciones étnico-raciales en la ciudad.

Para realizar un análisis del racismo y la vida cotidiana en la ciudad de Ibarra, se procedió a identificar un espacio en el que interactúa

1 Este artículo en su versión original apareció publicado en *Racismo y Vida Cotidiana en una ciudad de la sierra ecuatoriana* (Carrillo y Salgado, 2002). La presente es una versión modificada en parte para esta Monografía.

ran los distintos sectores étnicos, y donde se pudieran evidenciar prácticas racistas. El mercado Amazonas de la ciudad de Ibarra, constituye un espacio de confluencia étnica donde los diversos grupos culturales concurren a intercambiar bienes y servicios². Dentro de este universo de estudio se consideró también conveniente tomar en cuenta a los vendedores de la Estación del ferrocarril, quienes desde muchos años venden frutas y productos provenientes de la cuenca del río Mira, Valle del Chota y Salinas, y se encuentran cercanas al mercado³.

El mercado no es un todo homogéneo, se caracteriza por la heterogeneidad de sus componentes culturales y por la confluencia de diversos sectores geográficos urbanos y rurales. La composición étnica mayoritaria del mercado es la sociedad blanco-mestiza dominante, existiendo también presencia de indígenas y afrodescendientes, quienes se ubican en sectores determinados. Los indígenas en particular han constituido “nichos étnicos” al interior del mercado, es decir, espacios diferenciados, en los que se dedican a actividades económicas específicas: la venta de carne de choncho y sus derivados en el mercado cerrado; las de frutas y verduras en el mercado abierto, y la venta de ropa en las partes laterales del mismo. A esta última actividad se dedican en especial indígenas provenientes de las provincias centrales de la Sierra. Igualmente, se encuentran grupos de vendedoras afrodes-

- 2 En las primeras décadas del siglo XX, el actual parque Pedro Moncayo y la plaza La Merced hacían las veces de mercado. Para mediados del siglo, la ciudad contaba con dos espacios para el comercio que funcionaban en la plazoleta San Agustín, donde se vendía carbón, zapatos, entre otros, y al que acudían indígenas y afrodescendientes del Valle del Chota a vender sus productos y también blanco-mestizos. La utilización frecuente del carbón, incrementó la presencia de los afrodescendientes, los que fueron desplazados -junto con los demás comerciantes- por las autoridades municipales a inicios de los sesenta. En este lugar, -señala Enrique Ayala- se ubicó un “kiosko” que se mencionaba era una biblioteca. El reclamo de los afrodescendientes por continuar en este espacio fue interpretado por las autoridades como una oposición a la cultura (EAM: 15.03.014). El otro mercado, estaba ubicado en la plazoleta de El Águila -ahora plaza Francisco Calderón-, adjunto al mercado de las comidas, que funcionó en un espacio interior, en el actual edificio del exBanco Central y del museo. En la década del sesenta, con el proceso de modernización se construyó el mercado “Santo Domingo” en la parte norte y el “Amazonas” en el sur de la ciudad, este último empezó su funcionamiento en 1964.
- 3 La Estación, pertenece a la Empresa de Ferrocarriles del Estado, es el lugar donde se ubican un conjunto de vendedoras afrodescendientes y mestizas, a partir de la llegada del ferrocarril a Ibarra en 1929. Muchas de ellas fueron antiguas usuarias del ferrocarril y son procedentes de la zona de la cuenca del Río Mira, Valle del Chota y Salinas. Estas vendedoras, no disponen de ninguna infraestructura, utilizan los andenes de la estación, y se dedican a la venta de frutas y productos subtropicales: cañas, yucas, entre otros. Este espacio, se lo toma en cuenta por ser un lugar donde se establecen también relaciones de intercambio.



Mercado de la Plazoleta de San Agustín, en la década de 1950. Foto de Miguel Ángel Rosales (Archivo Alex Shlenker).

cientos de tomate y yuca, y algunas familias que se dedican a la preparación de comida.

En este espacio diferenciado se pueden encontrar representadas las contradicciones estructurales existentes. La marginación social y étnica se reproduce de manera parecida a la de la sociedad. Así, un sector de blanco-mestizos disponen de puestos con muchas condiciones favorables para la venta, en cambio otros sectores de indígenas, afrodescendientes y mestizos pobres se ubican en sitios de poca concurrencia o en los alrededores del mercado. Muchos de ellos compiten en condiciones muy adversas y desiguales. Esta situación está en relación con el tiempo de permanencia en el mercado, la capacidad económica de los comerciantes y las influencias que ejerzan en el gobierno local para poder conseguir un puesto de venta. Los vendedores que no disponen de puestos fijos viven una situación de inseguridad e inestabilidad permanente, porque para vender sus productos deben cuidarse de los policías municipales y así evitar ser expulsados de las aceras y pagar las multas respectivas. Por otro lado, se presenta también un intercambio desigual entre el campo y la ciudad. Los productos de los grupos étnicos diferentes son subvalorados, existiendo un permanente engaño y abuso a estos sectores por parte de comerciantes y compradores urbanos.

En la parte sur del área, se ha constituido también un mercado laboral, especialmente indígena; allí los primeros días de la semana

alrededor de doscientas personas venden su fuerza de trabajo para la agricultura y la construcción, mano de obra considerada más barata en relación a otros lugares.

El mercado está compuesto principalmente por comerciantes pertenecientes a los sectores medios y bajos, en cambio los usuarios del mercado provienen de los sectores de bajos ingresos hasta los sectores de ingresos medios altos⁴. Los comerciantes están agrupados en organizaciones, por sectores y en relación al producto de venta, que procuran mejorar las condiciones de venta en el mercado y defender los derechos de sus asociados.

Este estudio, a más de la aplicación de una encuesta, se basa principalmente en entrevistas a los actores y en observaciones de las interacciones comerciales y cotidianas. Para la aplicación de las observaciones se procedió a dividir el área de estudio en tres grandes bloques: mercado cerrado, mercado abierto y la Estación. A continuación se realiza un acercamiento conceptual a la noción de raza, cultura e identidad, y posteriormente se procede a analizar cómo se expresa el racismo en la vida cotidiana en el mercado Amazonas de la ciudad de Ibarra y las interacciones que establecen los diversos grupos étnicos.

La noción de “raza”

Partimos de que la noción de *raza* es una construcción social por cuanto, desde el campo de las ciencias naturales se afirma que, biológicamente, las razas no existen. A pesar de esta constatación, para algunas personas las razas existen como categorías sociales clasificatorias y jerárquicas que se utilizan para incluir y excluir. Estas identificaciones raciales elaboradas sobre la variación fenotípica o las variaciones de la apariencia física, supuestamente muestran diferencias naturales, transmitidas a través de las generaciones. Igualmente, hay quienes pueden proclamar una identidad racial que represente para ellos aspectos esenciales de sus personas (Wade 2000, Kottak 1994).

El concepto de *raza* es el resultado de procesos históricos particulares que tienen sus raíces en la colonización europea y se relaciona

4 El mercado “Amazonas” es de propiedad del Municipio de Ibarra, institución encargada de su administración, a través del Comisario Municipal, el Administrador de Mercados y los policías municipales. Según la Administración de Mercados (2000), la población aproximada que concurre diariamente a este mercado, es de tres mil personas.

más con esta historia colonial de pensar sobre la diferencia, en lugar de ser un concepto que describa una realidad objetiva independiente del contexto social.

Otro término que se utiliza vagamente para referirse a la *raza* es el de *etnicidad*. La palabra *etnicidad* empezó a utilizarse a partir de la segunda guerra mundial, pero el término *étnico* es más antiguo. Etimológicamente se basa en la palabra griega *ethnos* que significa pueblo o *nación*. Con el desmantelamiento del racismo científico se empezó a utilizar la expresión *grupo étnico* para referirse a grupos (que todavía se consideraban agrupaciones biológicas, sin ser razas biológicas) considerados como minorías dentro de las naciones estado.

La *etnicidad* es una construcción social para las identificaciones de las diferencias culturales y la igualdad, mientras que la *raza* se refiere a las diferencias fenotípicas. Para Peter Wade (2000), la *etnicidad* trata de la diferenciación cultural pero tiende a utilizar un lenguaje de lugar o se expresa de manera concreta mediante una forma espacializada, así, la referencia en las relaciones sociales a la localización permite establecer *diferencia* y *similitud* (24-26). Por tanto, más que tener una identidad étnica única e inequívoca, se presentan múltiples identidades según con quien se interactúe y en qué contexto. En el mercado de Ibarra la referencia al lugar de procedencia establece una diferenciación entre los diversos grupos culturales. Ser indígena de las comunidades de la parroquia La Esperanza o de Otavalo, marca una diferencia entre ellos, pero estos mismos asumen una identidad genérica o colectiva si se relacionan con los blanco-mestizos y los afrodescendientes, quienes también nos remiten a un espacio determinado.

La perspectiva espacial, de lugar, también ayuda a explicar por qué la *etnicidad* puede haberse convertido en un fenómeno común en mundo moderno donde la relevancia de la cuestión de origen constituye un aspecto definidor de la *diferencia* y la *similitud*. Desde esta perspectiva, la *etnicidad* y la categorización étnica son parte, como la *raza*, de una historia particular (26). En las relaciones entre indígenas, afrodescendientes y blanco-mestizos en Ibarra, también se categorizan las diferencias culturales, se redefinen las identidades y la forma cómo deben comportarse con los otros.

De la Torre (1996), al referirse a la *etnicidad* señala que también esta categoría aparece como una esencia cultural que determina los comportamientos de los actores sociales. "La visión de *etnicidad* (ba-

sada en el esencialismo cultural) es tan cercana a la noción de raza (basada en los esencialismos biológicos y/o culturales) que se las puede utilizar recíprocamente” (pp. 21-22). El uso cambiante de las categorías de raza y de etnicidad también da cuenta de cómo los actores sociales dominantes y subordinados comprenden y viven su realidad social. Al superponerse las identificaciones raciales y étnicas tanto analítica como prácticamente, en el presente trabajo se emplean al mismo tiempo las nociones de raza y etnicidad (cf. Wade, 2000: 29-30).

Diversos hechos que suceden en el mundo contemporáneo, muestran que el racismo no está en regresión, sino en una progresión creciente. Algunos autores⁵ que han abordado el tema del racismo, coinciden en que este puede entenderse como una ideología -expresada en sistemas de ideas o representaciones que legitiman un orden social existente- y como un conjunto de prácticas sociales.

El racismo como ideología se refiere a las ideas sobre la superioridad y la inferioridad racial. Se sustenta en argumentaciones teológicas y religiosas, en el uso de la ciencia (la biología y la genética), y hasta en razonamientos culturales, elaboraciones que “comparten argumentos esencialistas, reduccionistas y deterministas sobre la superioridad y la inferioridad de grupos humanos” (De la Torre, 1996: 16-17). De acuerdo a estas visiones existen esencias humanas reales que están por fuera de la influencia de los contextos históricos y sociales.

El racismo se entiende también como un conjunto de prácticas sociales, actitudes e ideologías en base a las cuales quienes pertenecen al grupo étnico racial dominante niegan a las personas diferentes la dignidad, oportunidades y libertades que se brindan a los miembros del grupo dominante. El racismo incluye discursos y representaciones, sentimientos y prácticas (formas de violencia, de desprecio, de intolerancia, de humillación, de explotación) que se “articulan en torno a estigmas de la alteridad” (coloraciones de la piel, rasgos físicos, prácticas religiosas y culturales) (Balibar, 1991: 32). De la Torre (1996), al diferenciar los prejuicios raciales del racismo, señala que si bien, todos pueden tener prejuicios, en sociedades dependientes “sólo los blancos tienen el poder para imponer un sistema basado en la dominación y en la subyugación racial”. Por tanto, siguiendo a este autor, entendemos al racismo como un elemento que forma parte de la estructura social y

5 Véase, Balibar, E. (1991), De la Torre, C. (1996), Almeida, J. (1996, 1999).

de las identidades de los actores sociales. "El racismo es un 'fenómeno social' total que se manifiesta en ideologías, sentimientos y prácticas sociales de dominación" (17).

El racismo contemporáneo recurre cada vez más a argumentos culturales antes que al discurso científico. Por ello, Etienne Balibar (1991), sostiene que el nuevo racismo de la época de la "descolonización" toma la forma de "un racismo sin razas [...] un racismo cuyo tema dominante no es la herencia biológica, sino la irreductibilidad de las diferencias culturales". Este racismo aparentemente no postula la superioridad de determinados grupos o pueblos, sino "simplemente" la nocividad de la desaparición de las fronteras, la incompatibilidad de las formas de vida y de las tradiciones, lo que se ha dado en llamar un racismo diferencialista (37)⁶. De acuerdo a lo anterior, la "cultura puede funcionar como una naturaleza, especialmente como una forma de encerrar *a priori* a los individuos y a los grupos en una genealogía, una determinación de origen inmutable e intangible" (De la Torre, 1996: 18). Es decir, el diferencialismo concibe la cultura bajo aspectos étnicos absolutos, y de una manera estática. Desde otra perspectiva, el racismo es un fenómeno cambiante que tiene muchas manifestaciones, y sus análisis hacen relación a coyunturas históricas y sociedades particulares.

El racismo aparece ligado a procesos coloniales, y a las conformaciones de los Estado-nación, por lo que es parte constitutiva de los procesos de modernización capitalista (De la Torre, 1996) y por tanto es "un fenómeno constitutivo de la nacionalidad ecuatoriana" (Almeida, 1996, 1999), por lo que está presente en todo el tejido social y en sus instituciones. Es decir, según Almeida y otros autores⁷ el sentimiento de identidad y unidad nacional se estructura a partir de la exclusión de "lo indio" y "lo negro", conformándose una identidad conflictiva y ambigua. Así, desde el inicio de la vida republicana, la élite blanco-mestiza, ha reproducido la ideología del "mestizaje", que

6 Balibar (1991) sostiene que las teorías racistas de los siglos XIX y XX se construyeron dentro del campo del humanismo, y cuestiona a Lévi-Strauss, quien demostró que todas las civilizaciones son igualmente complejas y necesarias para la progresión del pensamiento humano. El "relativismo" cultural -dice Balibar- voluntariamente o no, "es racista", se encuentra al servicio de la idea de que la "mezcla de culturas", la superación de las "distancias culturales", sería la muerte intelectual de la humanidad y podría incluso poner en peligro las regulaciones que garantizan su supervivencia biológica (37-38).

7 Véase, Whitten (1981); Stutzman (1981); Guerrero (1993, 1994), Silva (1995); Muratorio (1994), entre otros.

en su trasfondo implica el denominado “blanqueamiento”, es decir, la negación de la descendencia a las culturas primordiales, donde el sector denominado blanco-mestizo es presentado como el prototipo de “ser” ecuatoriano. El mestizaje, lejos de amalgamar a sus diversos componentes étnico-raciales dentro de un todo armónico e igualitario, los ha puesto en confrontación en forma encubierta, contrariando incluso la misma noción de igualdad ciudadana.

En la actualidad, el discurso contemporáneo del mestizaje busca incorporar de manera formal y discursiva los planteamientos de la pluriculturalidad y plurinacionalidad. La plurinacionalidad, es el argumento central con el que el movimiento indígena y los afrodescendientes interpelan a la sociedad homogeneizante que pretende negarlos. El planteamiento de la pluriculturalidad y plurinacionalidad son muchas veces utilizados también por el poder dominante, como una forma de usurpación discursiva que, si bien reconoce superficialmente la existencia de grupos culturales diversos, está lejos de traducir esta propuesta en una democracia plural y distinta. La propuesta de “Estado Plurinacional”, apunta contra las bases estructurales de dominación étnica, propugna una transformación integral del modelo de estado nación de origen colonial, y la construcción de una sociedad plurinacional e intercultural, respetuosa de la existencia de la diversidad de pueblos y la diferencia.

Cultura e identidad

Un concepto que permitirá acercarnos a una comprensión del racismo es el de cultura. La cultura surge de la praxis del hombre, por cuanto este tiene la capacidad de transformar la naturaleza que lo rodea y de extraer de ella sus condiciones materiales de existencia. Por tanto, la cultura es una construcción social presente en toda la sociedad humana, por lo que no puede entenderse al margen de la sociedad y de los sujetos sociales que la construyen (cf. Guerrero A., 1996: 4).

En esta línea interpretativa, Godelier (2000), entiende por cultura “el conjunto de representaciones y de los principios que organizan conscientemente los diferentes aspectos de la vida social, así como el conjunto de normas, positivas o negativas, y de los valores ligados a estas formas de actuar y pensar” (290-291). Para él, la “cultura” pertenece al campo de lo “ideal” el cual está asociado con prácticas materiales. Por “ideal” comprende el pensamiento en todas sus funciones,

presentes y actuando en todas las actividades humanas. Godelier concibe como funciones del pensamiento el representar, interpretar, organizar y legitimar las relaciones que los hombres mantienen entre sí y con la naturaleza. En suma, la cultura hace referencia a las representaciones simbólicas y al sistema de manifestaciones materiales, es decir, "comprende las formas de pensamientos propios y diferentes, a las que corresponden ciertos tipos de manifestaciones" que son fácilmente perceptibles y que pueden ser: hechos, prácticas, objetos, discursos y relaciones sociales, comportamientos, actitudes, sujetos, entidades, entre otras (Endara, 1991: 78). La cultura, es entonces, un conjunto de diferencias significantes y de significaciones, a través de las cuales una sociedad, un grupo humano, se reconoce, y diferencia de otros (cf. Guerrero A., 1996: 5).

Para Geertz la cultura comprende "un sistema organizado de símbolos" construidos por el hombre, que "proporciona esquemas o modelos para percibir, entender, significar y actuar en su realidad" (cit. por Almeida, 1999: 47). Esta conceptualización permite entender una sociedad a través del significado que sus miembros asignan a su existencia. Esta "trama de significación" en la que se encuentra inserto el comportamiento del ser humano, es preciso entenderla en la contrastación con las otras culturas. Es en la relación de alteridad, en el encuentro dialogal con el otro, en este "proceso de influencias recíprocas, donde a la vez que una cultura piensa a otra, es pensada por ella" (Endara, 1998: 18)⁸.

En síntesis, la cultura debe entenderse como "una producción permanente dentro de procesos históricos, sociales y políticos atravesados por la desigualdad y el conflicto, en los cuales, por lo mismo, los poderes de dominadores y subordinados (o subalternos) se encuentran enfrentados permanentemente echando mano, entre otras cosas, de su capacidad de simbolizar" (Botero, 2000:13).

Identidad

Generalmente se asocia este término al concepto de cultura, sin embargo, aunque están relacionadas, es importante precisar la especificidad de cada una de ellas. La cultura, puede no tener conciencia identitaria, en tanto que las estrategias identitarias pueden manipular

8 Cf. tb. Guerrero A. (1993:20).

e inclusive modificar una cultura. "La cultura, como construcción simbólica de la praxis social, es una realidad objetiva", en cambio, la identidad construida a partir de la cultura, es un discurso (Endara, 1996: 14).

La identidad cultural remite en un primer momento a la cuestión más amplia de la identidad social, de la que forma parte. Desde la psicología social, la identidad constituye una herramienta para reflexionar la articulación de lo psicológico y lo social en el individuo, expresa las interacciones del individuo con el entorno social.

La identidad social corresponde también a los grupos. Esta comprende relaciones de inclusión y de exclusión: de identificación al grupo o de distinción de otros grupos cuyos miembros son diferentes al primero. De esta manera, "la identidad cultural aparece como una modalidad de categorización de la distinción nosotros/ellos, basada en la diferencia cultural" (Cuche, 1999: 108).

Desde una perspectiva situacional y relacional, partimos de que la identidad es una construcción social originada en representaciones, esta se produce en el interior de contextos sociales que determinan la posición de los agentes y orientan sus representaciones.

La identidad se construye y reconstruye constantemente en las relaciones entre grupos sociales. Para Frederick Barth, quien propicia esta concepción relacional, los grupos no son percibidos como determinados absolutamente por su pertenencia etnocultural por lo que atribuye una significación a esta pertenencia en función de la situación relacional en la que se encuentran. Es decir, para este autor, la diferencia identitaria no es la consecuencia directa de la diferencia cultural. Una cultura particular no produce por sí misma una identidad diferenciada: ésta solo puede ser el resultado de las interacciones entre los grupos y de los procesos de diferenciación que instauran en sus relaciones (111-112).

La identidad es siempre una relación con el otro. Identidad y alteridad tienen una parte en común y están en una relación dialéctica. La identificación se produce junto con la diferenciación. La identidad es siempre un compromiso, una confrontación y negociación entre una "autoidentidad" definida por sí misma y una "heteroidentidad" o una "exoidentidad" definida por los otros (112).

La identidad es lo que se pone en juego en las luchas sociales. Los grupos tienen distinto "poder de identificación", el cual depende de la

posición que ocupan en el sistema de relaciones. De acuerdo con Bourdieu sólo aquellos que disponen de una autoridad legítima, -conferida por el poder-, pueden imponer sus propias definiciones de ellos mismos y de los otros. El poder para clasificar lleva a la estigmatización y etnización de los grupos subalternos. La asignación de diferencias culturales no significa de ningún modo el reconocimiento de especificidades culturales sino la afirmación de la única identidad legítima, la del grupo dominante (114).

En el proceso de construcción de las identidades colectivas, “la sociedad presenta en negativo las representaciones de sí misma cuando se refiere al otro y, a la vez, en positivo las creencias sobre lo que considera constituye su ser o los modelos ideales de lo que le gustaría llegar a ser” (Endara, 1998: 15). Más aún, cuando se mantienen procesos de dominación económica e ideológica, existe la tendencia a desvalorizar la cultura propia y a sobrevalorar la cultura dominante.

La construcción de este imaginario sobre el otro, se puede explicar por el carácter etnocéntrico de las sociedades. El etnocentrismo, principio básico para la conformación de la identidad, “asegura una función positiva de preservación de la propia existencia” de toda colectividad (Cuche, 1999: 148). Para Endara (1998), es el mecanismo a través del cual un grupo “logra autoafirmarse y consolidar su cultura e interiorizarla en sus miembros” (16). Es sobre la base de este principio que se construye la representación del ‘otro’. La pérdida de todo etnocentrismo conduce a la asimilación cultural, por lo que este es un “fenómeno sociológicamente normal”, en cambio, el racismo constituye una forma de perversión social (Cuche, 1999: 148).

Toda identidad comprende al mismo tiempo un proceso de identificación y diferenciación. En el proceso de identificación un individuo o grupo establece y mantiene una “frontera” social, simbólica, que marca el límite entre “nosotros” y los “otros”. Cada sociedad selecciona social e inconscientemente ciertos rasgos culturales o “hitos” como marcadores de identidad específica (cf. Endara, 1998: 19). Los significados de estos hitos son almacenados en símbolos que se estructuran en sistemas simbólicos. Los hitos simbólicos se relacionan entre sí y se reformulan de manera dinámica y cambiante en la sociedad.

De esta manera, la frontera es concebida como una demarcación social que puede ser constantemente renovada en los intercambios. Todo cambio en la situación social, económica o política puede produ-

cir desplazamientos de las fronteras, los que explican las variaciones de la identidad (cf. Cuche, 1999: 123). Es decir, un aspecto característico de la identidad es su carácter fluctuante, por lo que resulta difícil definir la identidad.

Para dar cuenta de la dimensión cambiante de la identidad, algunos recurren al concepto de "estrategia identitaria". Desde esta perspectiva, la identidad es un medio para alcanzar un fin, esto no implica necesariamente una plena conciencia de los fines perseguidos por parte de los individuos. La identidad es, por lo tanto, relativa. El concepto de estrategia -explica también las variaciones identitarias- indica también que el individuo, como actor social, utiliza de manera estratégica sus recursos identitarios en función de su apreciación de la situación. En la medida en que "la identidad es un lugar en el que se ponen en juego luchas sociales de "clasificación", según la expresión de Bourdieu, cuyo objetivo es la reproducción o la inversión de las relaciones de dominación, la identidad se construye a través de las estrategias de los actores sociales" (Cuche, 1999: 120). Estas estrategias son a su vez el producto y el soporte de las luchas sociales y políticas.

En síntesis, la identidad colectiva "es el discurso de la sociedad sobre lo que considera constituye su ser y que genera el sentimiento de adscripción al grupo del que forma parte, aunque los límites del mismo sean fluctuantes" (Endara, 1998: 22).

Racismo y vida cotidiana en el mercado

Algunos autores⁹ que han abordado el tema de la identidad y el racismo, a fin de superar cualquier reduccionismo integran al análisis las variables étnica y de la estructura económica¹⁰. Este enfoque que integra ambas variables muchas veces se expone en términos lineales en base a una división binaria: centro/periferia; opresores/oprimidos, culturas dominantes/culturas subordinadas que, si bien dan cuenta de una realidad estructural, en el estudio de la cotidianidad presentan una multiplicidad de aspectos -de clase, lugar, género, edad y étnico raciales-, desde los cuales se constituye lo social y se forjan identidades

9 Almeida (1992, 1996, 1999); Guerrero (1994); De la Torre (1996); Endara (1996, 1998); Wade (2000).

10 Al respecto, Wallerstein relaciona el análisis del racismo, las clases en el capitalismo y las contradicciones del Estado-nación. Véase, (Wallerstein y Balibar, 1991).

individuales y colectivas. Estas múltiples relaciones evidencian la persistencia de una realidad compleja y un descentramiento de lo social¹¹.

Consideramos que en la vida cotidiana el racismo va más allá de la oposición cultura dominante vs. cultura dominada, por lo que se intenta superar esa visión unilineal del análisis al tener en cuenta los múltiples factores determinantes que operan en ese "microespacio" de la realidad. Por tanto, esta perspectiva de análisis permite desagregar la mentalidad racista.

El fin pragmático

Entendemos por "vida cotidiana" la realidad eminente que la persona encuentra dada de manera directa en la actitud natural donde participa y transforma continuamente, en formas que son al mismo tiempo inevitables y pautadas (normadas). Esta actitud natural de la vida cotidiana está determinada totalmente por un "motivo pragmático" que sirve para la solución de problemas prácticos, por lo tanto, el mundo de la vida cotidiana, puede entenderse como el ámbito de la práctica, de la acción (Schutz y Luckmann, 1977: 25).

En las relaciones de compra-venta en el mercado de Ibarra, existe una tendencia a sobreponer el fin pragmático, por lo que la disputa simbólico-política es postergada, a pesar de que las relaciones estructurales se mantengan. El racismo no se presenta de una manera abierta, sino que se expresa bajo la forma de una "educada frialdad", en actitudes, gestos y miradas despectivas, que ilustran como los blanco-mestizos retienen su sentido de superioridad étnico-racial (De la Torre 1996: 54).

Los vendedores del mercado Amazonas de Ibarra, no expresan abiertamente un trato discriminatorio hacia los miembros de los grupos culturales subordinados por cuanto su interés básico es vender. Este "motivo pragmático" explica las relaciones abiertas e indiferenciadas que establecen en la vida cotidiana con sus compradores. Las diferencias étnico-raciales son postergadas o relegadas para otro momento.

[...] Un poquito es un problema atenderlos a ellos [los indígenas]. Son de un carácter más fuerte, pero ahí se aplica otra técnica para ellos, más dócil uno, ellos son... más con coraje, vienen bravos, las mujeres, al menos morenas, alzan la voz, impresionan a uno, pero se las maneja bonita-

11 Cf. Ramírez Gallegos, 1999; Radcliffe y Westwood, 1999: 202.

mente, la intención aquí es lograr la venta, sea quien sea, conseguir una venta (OS, 2000 :2).

El anteponer el motivo pragmático en las relaciones de compra-venta, puede hacer afirmar que no existe discriminación en este espacio:

Todo el mundo trata de vender, porque lo fundamental es vender y coger nuestro dinero para poder traer nuestra mercadería, tiene que atender al que sea. Por mi parte, atiendo a todo mundo, no hay discriminación (CCh, 2000: 2).

Algunos vendedores mestizos manifiestan actitudes racistas encubiertas hacia indígenas y afrodescendientes, expresadas en determinadas preferencias por los miembros de su grupo cultural: entrega de la mejor presa en el caso de la comida, asignación de espacios especiales al comer, calzarse los zapatos sin funda plástica, entre otras.

Al mestizo se lo dice “señor, venga para acá”, se le da otro tono de voz, otro privilegio [...] Por ejemplo viene un indígena, a él le pongo la costilla de la gallina, pero viene un mestizo a él le pongo la pechuga, ahí venimos a dar ese trato [...] Bueno cuando es un indígena –por ejemplo los de Otavalo– que su presentación es buena y educado, él pide la presa [...] Ellos tienen más apertura [...] Muchas veces vienen también indígenas que no tienen el agua vital, entonces no hay aseo, no hay higiene, ahí se lo trata de meter donde hay menos gente, para que coma, se sirva rápido y se vaya [...] Eso es, si viene otros indígenas que tienen su cultura [...] es muy diferente, a él le avisamos hasta que cola hay, y si quiere cerveza le ponemos en un vaso [...] Bueno, al negro es igual también, si no viene bañado, apesta su parte de él, y se lo atiende aparte porque el moreno tiene racismo [...] Tiene su hábito, su costumbre de fumarse un cigarrillo, un Full por ejemplo, él come y fuma, y el medio ambiente lo daña y tratamos de [...] y la gente mismo no se sienta de plano ahí al lado [...] Su color, su piel caliente que lo tiene y su forma que expresa su sudor es muy fuerte, la gente trata de obviar, y uno trata de hablar con la que pone, con la que cocina: “pónele poco para rápido, acabe y se vaya”. Esa es la lógica [...] como tendrías que funcionar. Por lo general el negro no te escoge, lo que le dan, accede (LV, 2000: 1)

Al calzarse los zapatos los indígenas si están sucios los pies les damos una media sintética o una fundita plástica [...] como están con botitas de caucho sabemos que el pie está sucio; tome una fundita póngase en el pie y cálcese. Algunos tienen recelo [...] Dicen si me queda, si me queda y me voy. Se les hace probar para con seguridad se lleven el zapatito y no vuelvan después a cambiar sucio (OS, 2000:1).

Un asunto que hay que resaltar de las afirmaciones anteriores, es el que la discriminación es menor si los miembros de los grupos culturales subordinados disponen de solvencia económica.

Las relaciones sociales entre los miembros de un mismo grupo cultural son más fluidas y cercanas; existe una identificación étnica y una cierta familiaridad entre ellos. En cambio, los grupos culturales diferentes al grupo cultural mestizo dominante son vistos como extraños, por lo que se mantiene una distancia cultural latente, expresada en un recelo y desconfianza mutuas. Las relaciones que mantienen entre mestizos, indígenas y afrodescendientes, son muy breves, se limitan al acto de compra, por lo que no profundizan la comunicación con el "otro"¹².

Esta situación se puede explicar en base al principio del etnocentrismo, fenómeno social normal, mediante el cual el grupo logra autoafirmarse y consolidar su cultura, por lo que constituye un mecanismo de defensa interior –que garantiza el proceso de endoculturación– frente a lo externo, de ahí la cercanía entre miembros del mismo grupo cultural. Es a partir de este principio que el grupo construye las representaciones referentes al "otro", a la vez que permite comprender la actitud por la cual juzgamos a la cultura ajena como extraña.

Las vendedoras indígenas, afrodescendientes y mestizas entrevistadas manifiestan tener una buena relación entre sí, sin embargo habría que tener en cuenta que además de esta relación de identificación, se presenta también un proceso de diferenciación, es decir la utilización de ciertos rasgos culturales que actúan como marcadores de identidad específica, "frontera" imaginaria que marca el límite entre "ellos" y los "otros" (Cuche, 1999: 122).

Por otra parte, existe un comportamiento pautado, social y culturalmente, para dirigirse a los diferentes sectores que concurren al mercado, el cual está dirigido principalmente a alcanzar el fin pragmático o la venta. Así, entre mestizos se tratan de *señor*, *señora*, de *don* y *doña* para dirigirse a una persona adinerada, y el de *mija*, para expresar cierta familiaridad. Los afrodescendientes en un sentido de respeto y confianza se reconocen entre sí como *familia*, *primo* y los indígenas mayores llaman a los afrodescendientes de *compadre* o *comadre*. Los indígenas se identifican a sí mismos como *tíos* y con los mayores como *mamas* o *taitas*.

12 Para un análisis más detallado véase las observaciones y entrevistas en la versión original de este trabajo.

Los vendedores mestizos nombran a quienes tienen rasgos característicos indígenas como *caseros*. También los indígenas –de escasos recursos económicos– se dirigen a los vendedores de esta forma, a pesar de que este término es utilizado también para referirse a un cliente permanente de cualquier vendedor.

Para alcanzar el fin pragmático, es común por parte de los vendedores mestizos utilizar “inversiones simbólicas” en el lenguaje para dirigirse a los compradores. Tratar a una compradora indígena de *patrona* invierte la relación de poder existente en el sistema de hacienda.

Actualiza simbólicamente la relación patrón-servidumbre, en la cual ella pasa a constituirse en “servidora” en el acto de compra-venta. Estas expresiones del lenguaje son también utilizadas por los indígenas, quienes reproducen simbólicamente una antigua relación de poder.



Pequeños vendedores indígenas y negros en la plaza de San Agustín.

La complejidad de la interacción

En el mercado Amazonas de la ciudad de Ibarra la interacción cotidiana entre los sujetos está permeada por distintos factores no únicamente étnicos sino de género, de lugar, generacionales, económicos, de relaciones de poder, entre otros aspectos determinantes, que influyen en las prácticas racistas y evidencian la complejidad de esta problemática. Esta complejidad “alude a fenómenos múltiples y a diversos niveles de análisis [...] impidiendo cualquier posibilidad de reducir las representaciones de hechos y acontecimientos naturales y sociales a esquemas conceptuales vinculados a una lógica lineal” (cit. por Restrepo, 1993: 36).

Relaciones de poder

Un concepto importante para analizar el racismo, es el del poder. La noción de poder hace referencia no solo al poder estatal, sino a la multiplicidad de poderes que se ejercen en la esfera social. Foucault (1979) define al poder “como una red productiva que atraviesa todo el cuerpo social”; a la vez que considera al subpoder, como “una trama de poder microscópico, capilar”, es decir el conjunto de pequeños poderes e instituciones situadas en un nivel más bajo (183). Para él, no existe un poder único y homogéneo. “En la sociedad se dan múltiples relaciones de autoridad situadas en distintos niveles, apoyándose mutuamente y manifestándose de manera sutil” (Chihu, 2000). Foucault propone analizar el poder a niveles microscópicos, articulados al poder estatal, el cuál es determinado por el micro poder.

En la vida cotidiana entre hombre y mujer, comprador y vendedor, al interior de una familia y de un grupo existen relaciones de autoridad que no son proyección directa del poder estatal, sino, más bien, condicionantes o determinantes que posibilitan el funcionamiento y afianzamiento de ese poder. El sistema-poder está inmerso en todas las actividades del sujeto, el cual se relaciona reproduciendo las propias relaciones de poder. Una relación de poder es un modo de acción –que no opera directa o inmediatamente sobre los otros– que consiste en determinar o “conducir las conductas” de los individuos o de los grupos, pero nunca de forma completa o definitiva, por cuanto hay formas de resistencia contra las diferentes formas de poder (Lee Teles, s.a). Las relaciones de poder son juegos estratégicos que implementan las personas entre sí, por lo que Foucault (1983: 5) propone analizar las relaciones de poder a través del antagonismo de las estrategias y los intentos hechos para disociar estas relaciones.

En las relaciones cotidianas se evidencia la permanencia de “microespacios de poder” que invierten momentáneamente las relaciones tradicionales de hegemonía, donde el actor dominante de la relación de compra-venta expresa ese poder “capilar” y ejerce una actitud racista. Desde esta perspectiva, la cultura dominante no necesariamente es racista, pudiendo también los dominados ejercer poder, aunque sea este “infinitesimal”.

La manera de atender de las morenas [...] ellas tienen sus tomates, ellas dicen: “Van a comprar o no, o sino deja ahí”, su estado de ánimo es muy

alterado, toca estarse a la vanguardia antes que provocar o decirles algo a ellos (LV, 2000: 3).

Las vendedoras y los vendedores mestizos, indígenas y afrodescendientes ejercen una relación de poder sobre las y los compradores, que se manifiesta de una manera sutil y mantienen una relativa autonomía respecto de las relaciones estructurales.

Algunos comerciantes [...] no tienen la paciencia suficiente para atender a la ciudadanía en general, viene, le pregunta sobre el precio de un producto y hay gente que no tiene [...] Le dicen: "tanto cuesta así que lleve, o si no deje ahí" (CG, 2000: 1).

Por tanto, el actor dominante en la relación de compra-venta tiende a expresar actitudes discriminatorias. De acuerdo a esto, los dominados también hacen evidente en la vida cotidiana actitudes racistas hacia los "otros".

Las tácticas

Para tratar este apartado es importante definir los conceptos de tácticas y estrategias. Las estrategias "se basan en el cálculo o manipulación de las relaciones de fuerza, necesitan de un cuerpo visible que las produzca y defina sus ámbitos de acción, y son finalizadas en la postulación del poder". Las estrategias "por ser productos de un cuerpo visible que dispone de su propio territorio para preparar y lanzar ofensivas, son conscientes de los objetivos perseguidos" (Cervone, 1999: 137, 139). Las estrategias se encuentran organizadas por el principio del poder, las tácticas -en cambio- se encuentran determinadas por la ausencia de un poder (De Certeau, 1996: 44). Asumimos también como estrategia a la acción concertada por un grupo, para implementar o mantener el poder de forma efectiva.

Las tácticas, "se insinúan en el campo del otro de manera fragmentaria", dependen del tiempo por lo que esperan se presenten las ocasiones para manipular el orden establecido y transformar los eventos en oportunidades. Las tácticas o "arte de hacer jugadas en el campo del otro" alimentan la práctica de la vida cotidiana y son consideradas como "el arte de los débiles" (43, 46). Las tácticas por su dependencia del tiempo no siempre son conscientes de sus fines. "Las tácticas se desarrollan de acuerdo a las mismas características que Bourdieu

describe para el habitus, es decir, *sin suponer la búsqueda consciente de fines y el dominio expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlos*¹³ (Cervone, 1999: 139).

Una de las hipótesis planteadas para esta investigación partía de considerar que frente a la exclusión y discriminación étnico-racial de los sectores dominantes, los grupos subordinados elaboraban estrategias de impugnación al poder que buscan modificar estas relaciones. No obstante, durante el tiempo de realización del trabajo de campo no se lograron observar estas estrategias, que pueden presentarse en algún momento. Por ello, nos centraremos en explicar a continuación las tácticas que se desarrollan en el mercado de Ibarra.

Los grupos subalternos hacen un uso social del imaginario étnico-racial. En el caso de los afrodescendientes, el imaginario construido de agresividad y temor les sirve para defender el espacio de venta como para demandar e imponer un trato igualitario y de respeto.

Las de las yucas vienen del valle, son de raza morena. Ellas tienen días especiales, los días de feria. Ellas acuden al Mercado Mayorista y lo que no han podido vender allá vienen a vender acá al mercado [Amazonas], a ocupar puestos ocasionales, comercio informal como se dice. Se les trata de ordenar, pero hay gente que no comprende o no quiere, y dice: "Aquí se vende". Ellos ya saben los sectores en que se vende, pero justamente donde ellos quieren vender es prohibido, porque hay normas aquí en la ciudad. Entonces ellas dicen que a ellas nadie les ha puesto la mano, y ellas no quieren saber de nada [...] Por ejemplo, si uno dice "levanten, levanten, levanten". Ellas se resienten también, enseguida se acaloran porque así somos la gente de raza negra [...] "A mí nadie me va a mandar aquí", dicen. Ahí, "vayan a molestar a otro lado" ... (CG, 2000: 2).

[Los empleados municipales] [...] son abusivos porque sabían venir "ya que quiten esto de aquí", que muevan, así sabían venir antes [...] -ahora ya no--[...] Pisoteaban, regaban las cosas [...] y empujándonos a nosotras. Pisoteaban los tomates en el suelo, ahí nos parábamos nosotras y les dábamos puñetes, no nos dejábamos, ese es el problema. Aquí les quitan a todas [los productos], llevan a la Comisaría [...] Nosotras no nos dejamos quitar [...] Nosotras dijimos que nos íbamos a portar bien siempre y cuando nos respeten [...] Ahora los guardias son más tranqui-

13 Bordieu formula el concepto de habitus, resultado de la internalización de las estructuras objetivas, éste se refiere al "sistema de disposiciones, que integrando las experiencias pasadas, funciona al mismo tiempo como una matriz de percepciones, apreciaciones y acciones" (cit. por Crain 1989: 61).

los, ya se han compuesto, y ahora no tenemos ningún problema, ni nada (AyCh, 2000: 1).

El imaginario de temor hacia el “otro”, infunde cierto respeto y atenúa cualquier acción que desde las autoridades municipales se quiera ejercer:

Las morenas del Valle que vienen con las yucas a ponerse un poquito prepotentes donde ellas desean, no les gusta que las reubiquen, las acomoden, parece bastante difícil. Como usted ve, nosotros no tenemos armas de defensa, nosotros les pedimos de favor especial que se retiren de ahí, en cambio ellas tienen cuchillos, entonces, es un poquito difícil ponerse a discutir con ellas, porque ellas están con cuchillo en mano, no sé si es con la mala intención contra nosotros, o por el mismo producto que tienen que estar partiendo o pelando las yucas, los plátanos (WT, 2000: 2).

En lo que respecta a los indígenas, el imaginario social de pobreza, “sumisión”, “inocencia”, le permite conseguir rebaja a los productos o una posición favorable en las relaciones de compra-venta. El uso social del imaginario étnico-racial, puede considerarse una táctica a través de la cual los subordinados tratan de manipular los eventos a su favor. Por otra parte, si bien los grupos subalternos han aprendido a convivir con la imagen que tiene el “otro” sobre ellos, también en algunas ocasiones rechazan este imaginario dominante.

Para tener estos puestos, nosotras fuimos las primeras que invadimos esto, por nosotros están sentadas todas [...] porque siempre nos han puesto a nosotras de por medio [...] Cuando hay algún pleito ahí están buscando a las de acá [a las vendedoras afrodescendientes] para que les defiendan, pero cuando una se necesita, ahí nadie se acerca. Nosotras cuánto luchamos para que se mantenga esta fila de aquí, dormimos aquí, porque querían desalojarnos [...] Por eso a mí me sabe dar iras que nosotras que hemos luchado, y cuando es de hablar con los empleados están hechas las mosquitas [muertas] no hablan nada, solo dejan que uno se pelee por ellos, para que a nosotras nos vean la cara de pelearingas, de malas (AyCh, 2000: 4).

En la relación de los indígenas ambulantes con las autoridades municipales, se presenta un “juego con el poder”, mediante el cual los sectores subalternos burlan continuamente a la autoridad y manejan un doble lenguaje. Manifiestan que se van a mover de un sitio no permitido de venta, se marchan y nuevamente vuelven al mismo lugar a

vender sus productos. Mediante este “juego” táctico que se desarrolla dentro del espacio del “otro” manipulan las ausencias momentáneas del poder a su favor, pero en ningún momento se cuestiona al poder. Por su parte, los policías municipales interpretan esta actitud de intentar vender en los puestos como de “terquedad” propia de los indígenas.

Los indígenas en cambio, lo que tienen de malo es que son un poquito “tercos”. Aquí me quedo, y de aquí no me muevo, esa es la terquedad que ellos tienen, sin embargo se ha hecho todo lo posible para corregir eso y han entendido no todos, pero si algunos. Ellos andan en grupos de cuatro o cinco de las vendedoras ambulantes. Ellas se sientan ahí su grupito, pero ya saben cuando nosotros nos aparecemos, antes de que lleguemos ya salen corriendo, entonces no hay manera ni de quitarles los productos, ni de decirles ya no vuelvan. Pero igual nosotros pasamos por ahí, regresamos a los cinco minutos y ellas ya están ahí nuevamente, esa es la “terquedad” que ellos tienen (WT, 2000: 2).

Una de las tácticas que utilizan los grupos culturalmente diferentes, es la venta en equipo o en grupos, muchos de los cuáles tienen relaciones de parentesco entre sí. La venta en equipo tiene como fin pragmático, defenderse de los policías municipales, mantener los espacios de venta e intercambiar favores entre vendedores. Asimismo, la compra en familia, que realizan los indígenas adultos, tiene como “motivo pragmático” básico, ayudar a elegir los productos y lograr un precio más bajo, pero, los jóvenes realizan las compras solos, lo que evidencia una autovaloración más positiva de sí mismos.

Los indígenas en particular han constituido “nichos étnicos” al interior del mercado, es decir, espacios diferenciados, donde se dedican a actividades económicas específicas: la venta de carne de choncho y derivados en el mercado cerrado; las de frutas y verduras en el mercado abierto, y la venta de ropa en las partes laterales del mismo. A esta última actividad se dedican en especial indígenas provenientes de las provincias centrales de la Sierra. Igualmente, se encuentran grupos de vendedoras afrodescendientes de tomate y yuca, quienes también se distribuyen de manera dispersa por el mismo sector.

En el mercado, se utiliza el castellano como lengua oficial en las relaciones interétnicas. Entre los indígenas, la utilización del kichwa, al momento de realizar las compras constituye una de las tácticas a las que ellos recurren, mediante la cual establecen una distancia con el vendedor, a la vez que crean espacios de poder a través de la negación

de la comunicación con los "otros". El actuar en el espacio del otro con sus particularidades, permite conversar con los suyos acerca de la conveniencia de la compra y maniobrar a su favor en un territorio ajeno¹⁴.

Una de las tácticas que utilizan los grupos culturales subordinados en el mercado de Ibarra, es el "arrimaje", consistente en poner un puesto de venta ambulante al lado de uno más grande, o de otros puestos establecidos. Las vendedoras y vendedores -indígenas y afrodescendientes- intercambian una serie de "favores" con el propietario del puesto, por compartir este espacio. Esta práctica, reproduce una antigua relación existente en la hacienda, -la de los *apegados*- la que con sus debidas proporciones y diferencias, aparece refuncionalizada en un contexto urbano¹⁵.

Por otra parte, los indígenas vendedores de la carne -que se autoidentifican como Imbayas y que habitan en su mayoría en la avenida Atahualpa-, expresan también sus contradicciones con las instancias reguladoras de los precios del Estado, a quienes ellos demandan continuamente la revisión de precios para sus productos. Persiste el criterio de que el poder estatal -mestizo- no escucha las demandas de este sector y que en ocasiones se cometen atropellos y abusos de autoridad, como los allanamientos de las que fueron objeto, para investigar si faenaban carne en sus casas. Con la Empresa Municipal de Rastro, que proporciona el servicio de faenamamiento de la carne, establecen una negociación permanente para evitar el alza de la tasa de costo de este servicio¹⁶.

Relaciones de género

En base a los resultados de las encuestas se evidencia que los hombres construyen una imagen más positiva de indígenas, afrodescendientes y mestizos. Las mujeres en cambio, mantienen una representación o imagen más negativa del "otro", es decir, tienden a ejercer una mayor discriminación étnico-racial hacia los grupos culturales diferentes¹⁷.

14 Véase las observaciones y entrevistas; cf. tb. Cervone, E.(1999:144).

15 Sobre los "apegados" en la hacienda, véase, Crain, M. (1989: 111), y Guerrero (1991).

16 En agosto del 2000 realizaron un paro por cerca de un mes para evitar el alza de las tasas de faenamamiento, estas sin embargo subieron pero no en las proporciones establecidas por la empresa, no obstante los precios de la carne se congelaron.

17 La encuesta estuvo compuesta por una escala de actitudes y un cuestionario que buscaban "estimular" una respuesta a cada una de las preguntas. Una actitud se entiende "una predisposición aprendida para responder consistentemente de una manera favorable o desfa-

Esta tendencia de las mujeres a tener una actitud más discriminatoria podría explicarse si se toma en cuenta el papel que tradicionalmente la sociedad y el pensamiento occidental asignó a mujeres y hombres en relación a lo público y lo privado. Las mujeres fueron confinadas socialmente al espacio privado-doméstico, a ellas correspondía la responsabilidad de la reproducción social, la procreación, el cuidado de sus hijos y la educación. A los hombres, en cambio, se les asignó el espacio público, ámbito donde se toman decisiones y se establecen las interrelaciones sociales.

Producto de esta división público/privado, las mujeres tienen una relación más intracomunitaria, su espacio de actuación es más restringido por lo que tienen menos posibilidades de interactuar con los otros. Por otra parte, las formas de socialización están diferenciadas por género. A las mujeres les enseñan a ser cuidadosas y a cuidarse (de los otros grupos étnicos), al hombre le exigen una apertura hacia los demás. Todas estas pautas de comportamientos influyen al momento de relacionarse con los grupos culturales diferentes, y hacen que las mujeres adopten una actitud defensiva y discriminatoria frente al otro. Además, se podría afirmar también que sobre las mujeres de los grupos culturales subalternos se ejerce más racismo, debido a la subordinación de género de la que son objeto como por su pertenencia étnica.

Si bien, en los últimos tiempos se han impulsado cambios que promueven la transformación de estas relaciones tradicionales que propician la incorporación progresiva de la mujer al espacio público, se observa que los cambios en la subjetividad de las mujeres no son mecánicos e inmediatos y no implican necesariamente un respeto a la diversidad étnica.

vorable ante un objeto". Hernández S. (1998), señala que las actitudes son sólo un indicador de la conducta, más no la conducta en sí, por lo que recomienda interpretar las actitudes como 'síntomas' y no como 'hechos' (255). La información fue sistematizada según el género y de acuerdo al grupo étnico, lo que permitió relacionar la autoimagen y la imagen de los otros.

Relaciones generacionales

La discriminación étnico-racial hacia *jóvenes, adultos y mayores* tiene sus matices. Algunos indígenas mayores se conciben como “indefensos”, que necesitan de alguien que les guíe o aconseje. Cuando este acompañar al “otro” se lo realiza desde una posición de superioridad, puede contribuir a reproducir las relaciones de dominación y subordinación existentes. Esta posición podría variar si se la compara con el discurso de las nuevas generaciones de indígenas que tienden a una mayor autovaloración acerca de su identidad étnica. Así, las jóvenes y los jóvenes indígenas que realizan las compras solos en el mercado, expresan una mayor autoestima y autovaloración a sí mismos. Por otra parte, las y los jóvenes mestizos evidencian menos prejuicios raciales hacia los afrodescendientes en comparación con los mestizos adultos y mayores.

La gente joven pasa, no le importa, puede ser indio, o sólo mira si está bien vestido o tiene un mal olor o no se ha bañado, ven esas cualidades la gente, pero la gente mayor que tiene ya unos treinta años a cincuenta y sesenta, teme. Por ejemplo, si pasa con una cartera, se hace a un lado pensando que le van a pasar arranchando y siempre hay el temor de que uno siempre es ladrón, mucha gente es así, no debería juzgar a la ligera esas cosas (CG, 2000: 5).

Mestizos y afrodescendientes asumen una actitud paternalista cuando se refieren a los indígenas. La utilización de los apelativos *hijo, hija, hija, hija, mija*, para dirigirse a personas adultas busca infantilizarlos. De acuerdo con Andrés Guerrero, se trata de transformar al indígena en “un ser estático, que jamás alcanzará la madurez” y, tampoco el ejercicio de los derechos ciudadanos (cit. por De la Torre, 1996: 44). Además con el uso del paternalista *hijo*, el indígena no es solo visto y tratado como un ser inferior sino también es despojado de su virilidad (43). Esta actitud paternalista se dirige en particular a los jóvenes y hacia los *mayores* o personas de edad avanzada, en cambio hacia los indígenas adultos existe una tendencia a un trato más igualitario.

Asimismo, algunas y algunos jóvenes indígenas y afrodescendientes tienden a rechazar las prácticas discriminatorias:

Una vez la señora del puesto de adentro nos insultó y nos dijo: “indias sucias, indias puercas, váyanse de aquí” [...] Nosotras le contestamos: No-

sotras somos indias “puras” y no como ustedes ya mezcladas [...] Entonces, así ellas se quedan calladas, y por eso nos tiran el agua (VAI, 2000: 2).

De esta manera las y los jóvenes cuestionan individualmente la superioridad étnico-racial y, desde una posición social subordinada, defienden el derecho a ser diferentes. No obstante, también hay indígenas y afrodescendientes jóvenes que asumen una actitud de indiferencia por cuanto consideran que estas relaciones discriminatorias son normales.

Por otra parte, las jóvenes y los jóvenes indígenas y afrodescendientes adoptan patrones culturales extraños a su grupo cultural. Los indígenas de Otavalo –o los que poseen recursos económicos– buscan estar “a la moda” o tener acceso a “ropa moderna”:

[...] el negro igual, para ser aceptado usa cortes de pelo, como en la *Uniteds* para que le digan se viste al estilo rapero, con zapatos altos, bien desodoreantado, que líneas en la cabeza, usa perfumes para llamar la atención y así ser más acogido (CG, 2000: 5).

Estas pautas de comportamiento y consumo, pueden expresar un proceso de “modernización” e integración al mercado de indígenas y afrodescendientes, pero también una persistencia por asimilar algunos patrones culturales dominantes –del modo de vida urbano–, que le permitan ser aceptados por la sociedad blanco-mestiza y le den un mayor estatus y prestigio social en su grupo cultural. Esta tendencia a adoptar algunos aspectos del estilo de vida moderno no impide mantener su “cultura propia” y a la vez diferenciarse de la cultura oficial (Lentz, 1997: 234).

Relaciones de lugar

Los entrevistados y entrevistadas hacen evidente una diferenciación entre quienes provienen del campo y los que viven en la ciudad: los primeros son considerados “sin costumbres”, incultos; en cambio los segundos se consideran “educados”, civilizados:

El negro, trata la mayoría de veces con respeto porque es humilde, a veces por desconocimiento, por su bajo nivel de estudios, si no sabe, trata de, como son del monte de Chota, Carpuela, pero la gente que ya ha estudiado es más abierta, ellos ya tratan “muy buenos días, como está”, ya es un dialecto suelto, pero los que vuelta están ya en el Valle, que siem-

bran terrenos y no tienen un buen nivel de estudios, ellos también son recatados, están a la defensiva, no están tranquilos, según cómo me tratan, trato yo, si le tratan bien ellos son muy amables, pero si les tratan mal, ellos también ya chocan y son capaces a veces de cualquier cosa, de alzarle la mano, o qué se yo, o contestarle con una mala palabra, y igual somos todos, pero eso no se ve con la gente de aquí de la ciudad, ellos tienen un nivel de cultura, ellos también de acuerdo al nivel social tratan (CG, 2000: 4).

Olvidar ser del campo, presentarse como un “ser educado”, hacer uso de los patrones culturales de acuerdo al sector social con el que se relacionan, son también algunas de las tácticas que indígenas y afrodescendientes adoptan para ser aceptados en la ciudad.

Según Rahier (1999) la ideología ecuatoriana de la identidad nacional elabora una lectura racista del mapa del territorio nacional, un “orden racial/espacial ecuatoriano”, donde “los centros urbanos son asociados con la modernidad y la población blanca y blanco-mestiza, mientras las áreas rurales son vistas como lugares caracterizados por una inferioridad racial, violencia, retraso de todo tipo” (75). En esta “topografía cultural” los afrodescendientes e indígenas se encuentran en los escalones más bajos de la jerarquía social y del orden racial. Siguiendo a Rahier (1998) podemos afirmar que las etnicidades afrodescendientes e indígenas son vistas negativamente cuando no se quedan en sus “lugares” aparentemente tradicionales (362, 368).

Estas diferenciaciones espaciales, se expresan también a nivel urbano: afrodescendientes e indígenas ocupan un espacio particular en la ciudad. Los indígenas Imbayas se encuentran ubicados espacialmente dentro de la ciudad, y los afrodescendientes –en su mayoría– en la periferia¹⁸. Pese a que los indígenas ocupan un espacio al inte-

18 Unas pocas familias provenientes del Valle del Chota –en su mayoría– desde aproximadamente mediados del siglo XX se ubicaron en los márgenes del denominado casco urbano de la ciudad, en los barrios La Merced, Santo Domingo, San Francisco y cerca de la Estación. En la década de los ochenta, los trabajadores del ingenio azucarero emprendieron una lotización en la parte sur de la ciudad, actual urbanización Yacucalle. Algunas familias afrodescendientes se quedaron en este lugar, y otras, vendieron sus terrenos y se ubicaron en el sector de Azaya. En los últimos años, para disminuir la discriminación racial y por acceder a mejores servicios, algunas familias afrodescendientes jóvenes de Alpachaca y Azaya, se trasladan a vivir en otros sectores y urbanizaciones de la ciudad. En las conversaciones –especialmente si es por trabajo– las y los afrodescendientes evitan mencionar la pertenencia a estos lugares, por temor a no ser aceptado y por la construcción de un estigma social negativo hacia estos sectores (Entrevistas a Jorge Lara, 2009 y Carlos Andrade, 2010).

rior de la ciudad, está es considerada un espacio fundamentalmente blanco-mestizo. En la imaginación geográfica ellos son asimilados y se homogenizan las diferencias culturales. Los afrodescendientes, en cambio, se encuentran ocupando los barrios marginales de Alpachaca y Azaya de la ciudad de Ibarra. En las interacciones del mercado las diferencias culturales remiten al lugar de procedencia de estos grupos. Radcliffe y Westwood (1999) denominan “geografías de identidad” a esta imaginación geográfica presente en los discursos oficiales “que espacializan a las poblaciones, racializando ciertas áreas de distintas maneras y localizando los grupos raciales en áreas específicas” dentro de una jerarquía de valor, de acuerdo a la cual algunos lugares son menos valiosos que otros (126).

Diferencias económicas y sociales

Los indígenas ocupan las posiciones inferiores o de subalternidad en el mercado, a ellos están asignadas socialmente una serie de actividades consideradas de menor valoración: pelar granos, cargar, entre otras¹⁹. Sin embargo, no todos los indígenas y afrodescendientes ocupan posiciones inferiores, por cuanto existen diferencias relacionadas a la procedencia, niveles de instrucción y de ingreso.

Un proceso de diferenciación económico-social se presenta entre los indígenas. Los indígenas otavaleños –vinculados a la comercialización de artesanías– al comprar en el mercado intentan imponer el precio a los productos, otros, en cambio no piden rebaja alguna de los productos, haciendo evidente su solvencia económica en la relación de compra-venta. Los indígenas con actividades vinculadas a la agricultura, que venden su fuerza de trabajo en la construcción, o en las empresas agrícolas, en cambio, son sectores con menos recursos económicos y su posición al comprar en el mercado es más modesta y humilde: procuran negociar o lograr una rebaja de los vendedores comúnmente mestizos. Los afrodescendientes intentan igualmente imponer los precios desde una situación económica desfavorable, por lo que comúnmente desisten de su objetivo. En otros casos, el mejora-

19 En la parte occidental a la Estación del ferrocarril, plaza Monseñor Leonidas Proaño, existe un mercado laboral, donde los afrodescendientes venden su fuerza de trabajo, sea como estibadores, jornaleros, obreros de la construcción, plomeros, entre otras actividades. A esta plaza acuden también –en menor proporción–, blanco mestizos que buscan ser contratados.

miento de la situación económica de un sector de afrodescendientes, como los futbolistas, profesionales, entre otros, hace a las vendedoras y vendedores mestizos atenuar la discriminación. Algunas y algunos afrodescendientes manifiestan que en los almacenes existe un trato diferente y un cierto temor de los blanco mestizos hacia ellos: *están a la expectativa, a la defensiva* ante su presencia²⁰ (VT, 2009). Una subjetividad histórica construida acerca del Otro, como un ser *extraño, violento*, les persigue, reactiva temores y establece distancias, percepción que puede entenderse como expresión de las relaciones coloniales de dominación existentes.

En este proceso de diferenciación étnica y económico-social se presentan diversas percepciones en cuanto al uso y la estética. Los indígenas pobres al comprar muestran básicamente su interés en la utilidad de una prenda de vestir y que sea de bajo precio, en cambio, los mestizos, indígenas y afrodescendientes con recursos económicos, ponen más atención en la combinación estética en relación al color de su piel, a la ropa que llevan puesta, o a su relación con la moda que impone la sociedad de consumo.

Indígenas y mestizos recurren a la práctica cultural andina de la *yapa*, que consiste en obtener un producto adicional por la compra. Para conceder la *yapa*, se tienen en cuenta las relaciones de parentesco, la pertenencia al mismo grupo cultural, la amistad o afinidad, la frecuencia de compra y la cantidad de productos que adquiere el comprador, por lo que esta no es generalizada. La práctica de pedir y otorgar *yapa*, se observa también en los grupos culturales afrodescendientes. Los mestizos establecen cierta distancia y frialdad cuando les solicitan *yapa* y a veces la otorgan si se insiste en ella, por lo que esta práctica cultural no es recíproca y es manipulada por ellos a su favor.

En los mestizos a veces hay mucha exageración, abuso o grosería. A los mayores en tiempo de las moras dicen: "Vos traes y me das caro". Ellos exigen la *yapa* que ellos quieren, así también es con las papas, mellocos y los granos. "Si vos tienes en tu casa y ves lo que me estás dando", "Toma 5000 sures y poneme un poco más de *yapa*". Viendo que son indígenas

20 La afrodescendiente, Viviana Torres, relata esta situación: "Tú ves en la calle, la manera de las personas, te miran como si fueras rara, son mezquinas hasta el trato, tú vas a una tienda, a un almacén, no es el mismo trato que le dan a un mestizo, Sí, *signa señor, señora, ¿qué desea?*, sino ¡¡*Qué desea!!?*, están a la expectativa, están a la defensiva [...] cuando nos ven a nosotros entrar a un almacén" (VT, 2009: 2).

dicen: “Tomá, te doy tanto”, hay mucho abuso. Se ve la explotación, ellos teniendo su posibilidad se niegan a pagar, quieren que les pongan más por una mínima cantidad (Olguita Carlosama, conversación personal, 2000).

La *yapa*, concebida de manera unilateral en el mercado, constituye una práctica disfuncional por lo que algunas vendedoras indígenas recurren a una serie de mecanismos que simulan o aparentan la entrega de un producto adicional o vendaje. Es decir, las relaciones de reciprocidad y de intercambio en el mercado tienden a ser desiguales, y en muchas de ellas se evidencia un abuso y discriminación hacia los grupos subordinados.

Otra práctica cultural andina es la *probana*: consiste en entregar una pequeña cantidad del producto antes de la compra. Esta se ha reducido en el mercado a los pocos puestos de venta de chochos, mote, fritada de res y, muy ocasionalmente, en los de cuero. La *probana* permite agradar a los compradores a la vez que mantener y ampliar la clientela. Los mestizos hacen manifiesta cierta “confianza” para probar los productos indígenas, en cambio, los indígenas y afrodescendientes evidencian un “respeto”, al ser mirados con desconfianza. La “frontera” simbólica en este caso se mantiene, mientras los mestizos la atraviesan.

Parentesco y organización política

Los grupos culturales subordinados tienden a establecer relaciones de parentesco ritual, preferentemente con el grupo cultural dominante, de manera que les permita relacionarse con los miembros de la sociedad blanco-mestiza, alcanzar un mayor reconocimiento social, como también desentenderse de algunos compromisos y obligaciones al interior de la comunidad –en el caso de los indígenas–. Los blanco-mestizos tienden a establecer relaciones de parentesco ritual dentro de su mismo grupo cultural.

Los afrodescendientes establecen relaciones de parentesco ritual preferentemente con su mismo grupo cultural, pero también mantienen relaciones interculturales de compadrazgo con los blanco-mestizos, por cuanto esto ayudaría a alcanzar algunos favores de ellos y, en algunos casos, a mejorar su situación económica.

Los indígenas mantienen ambos tipos de relaciones de parentesco ritual: intracultural e intercultural. El compadrazgo con miembros del mismo grupo cultural permite afianzar las relaciones de parentesco

con la comunidad o grupo de pertenencia étnica y sus consecuentes compromisos y obligaciones. Por otra parte, el compadrazgo que se establece con los blanco-mestizos permite ampliar las relaciones sociales con los miembros del grupo cultural dominante. Las relaciones económicas de intercambio entre indígenas y blanco-mestizos tienden a ser recíprocas en su mayoría, aunque también una parte de los mestizos encuestados aseguran no intercambiar.

Los blanco-mestizos, aceptan que los grupos subordinados establezcan con ellos relaciones de compadrazgo, pero no acostumbran hacer compadre a un indígena o a un afrodescendiente, por lo que este tipo de relaciones de parentesco en los blanco-mestizos son más intraculturales. Valoraciones de estatus, prestigio social y otros aspectos, podrían explicar por qué no sean habituales estas relaciones. Entre las razones para la elección de compadres, indígenas, afrodescendientes y mestizos coinciden en que esta se establece básicamente por asuntos de amistad. Asimismo, un número reducido de indígenas consideran que también se hace para conseguir trabajo.

Algunos vendedores del mercado otorgan crédito a los compradores y establecen facilidades de pago, lo que les permite mantener e incrementar la clientela. Los compradores de escasos recursos económicos a veces establecen una relación de parentesco "aparente", al denominar *comadre* a quien conceden estos favores.

Por otra parte, la organización política relativiza la discriminación étnico-racial de la que pueden ser objetos los grupos subordinados y permite alcanzar espacios de reconocimiento y legitimidad. Sin embargo, los indígenas vendedores de las carnes, a igual que los de frutas y verduras, pese a que su número es considerable dentro de cada una de sus organizaciones, prefieren no disputar el control de las mismas. Los representantes de estas organizaciones son mestizos: ellos, posiblemente, permiten negociar con mayor facilidad las demandas con las instituciones del Estado.

Los argumentos expresados a lo largo de este capítulo evidencian que la discriminación étnico-racial en el mercado de Ibarra no se presenta abiertamente y que los actores sobreponen el fin pragmático en las relaciones cotidianas de intercambio. Las actitudes racistas hacia indígenas y afrodescendientes se expresan de manera encubierta, en comportamientos y representaciones que manifiestan el sentido de superioridad étnico-racial de los blanco-mestizos. Por otro lado, se consi-

dera que el racismo en la vida cotidiana es complejo y que está atravesado por factores étnicos, de género, de lugar, generacionales, económicos, de parentesco, por relaciones de poder, variables determinantes que influyen en el análisis. En base a este argumento se constata que también los grupos subalternos pueden ser racistas en algún momento de acuerdo a las relaciones de poder que se presentan al intercambiar los productos. Por este motivo en la vida cotidiana el racismo no es entendido únicamente como conflicto étnico.

En el mercado de la ciudad de Ibarra, los subordinados no se plantean estrategias de impugnación al racismo, sino que desarrollan juegos tácticos, que les permiten establecer una interacción con el "otro". Es decir, se establecen "relaciones de dominación negociadas" (Gue rrero, 1991: 211). Los sectores dominantes de ninguna manera se sienten amenazados por los sectores culturalmente diferentes. Esto sucede cuando en la interacción cotidiana el miembro del sector subordinado ejerce momentáneamente el micropoder.

Epílogo: Más allá del mercado y más antes...

Una lucha por igualdad y dignidad

La relación con la ciudad para mi, *fue muy triste*, dice, Galo Pupiales, profesor indígena Karanki. "Al ingresar a la ciudad fue donde fuimos tal vez mal vistos como indígenas, maltratados por los maestros". Desde el dolor y sufrimiento, cuenta: "...me daba recelo inclusive de que mi mamá vaya a las sesiones. Porque me trataban de *indio*, de *longo*, entonces me ultrajaban así, en la escuela". El profesor, "nos trataba mal, como a indios", dice. En el mercado, en las calles, los niños y niñas indígenas debían estar atentos, *pasar por un lado* para evitar ser discriminados. Algunos jóvenes en el colegio, eran muy inquietos, preguntaban el nombre de las cosas en kichwa, y a veces *pasaban encantados*. *Hoy ya hay respeto*, menciona, "en las oficinas o en el mercado, porque nosotros ya tenemos el derecho, vendemos nuestras cositas ahí, nuestras mayores venden las cosas, y por ejemplo la gente blanco-mestiza compra directamente a ellos porque saben que tipos de productos están vendiendo. Entonces más bien, si hay un poco más de respeto, ya nos ven como gente organizada" (GP, 2010: 1 y 9). La discriminación *ya no es como antes* dice, Rafael Pupiales, su padre, uno de los mayores de la comunidad San Clemente. *Actualmente hay un poco de respeto*. Y a continuación, acla-

ra: “Todavía como iguales no podemos considerar pero vamos en proceso [...] porque la lucha se hace es para conseguir toda esa igualdad” (RP, 30.01.2010). Desde otro lugar, su hijo, acompaña su palabra: “La dignidad como pueblo para nosotros, –dice– es el respeto que debemos tener de los demás, ahí está nuestra dignidad, en cualquier parte que estemos, que nos respeten tal como somos” (GP, 2010: 10).

Memoria del ferrocarril

La sabiduría de Doña Enma Minda enseña “con quien hay que confiarse, hay que confiar, con quien hay que conversar, hay que conversar, lo que es de conversar no más, lo que no, no” (EMG, 2009). Ella mira a su hijo, Milton, y el también encuentra los ojos de ella, y mirándose, conversan su historia:

Mi padre [Samuel Gudiño] trabajó en el ferrocarril toda la vida. Él primero fue jefe de trabajadores, después perforaba los túneles del ferrocarril, le daban los trabajos duros [...] pura dinamita, arriesgando la vida; entonces con eso nos mantenía a nosotros acá [en la ciudad]. Después fue contratista haciendo los canales de riego en el Pisque, luego la acequia para la central hidroeléctrica [del Ambi] que aún tenemos en Ibarra. Yo recuerdo cuando tenía 13 años que hicieron los túneles desde la Magdalena, túnel 1, 2, 3, 4, el 5 hasta el 7 para esta estación hidroeléctrica, o sea *le daban* solamente los contratos y él tenía que buscar la gente, el conocido terraplén que hizo para la planta, el reservorio fue hecho a puro brazo de gente y de eso nos manteníamos. De cierta manera el afro y el indio tenían que arriesgar su físico, su vida para poder tener una manutención, para poder mantener a la familia (MG, 2009).

Mientras El y Ella se encuentran con la memoria, el sol esa mañana de diciembre, empezó a calentar un poco más fuerte y de la tierra el vapor también empezó a salir...

“Aquí no es el mar...”

Los estibadores afrodescendientes del parque Monseñor Leonidas Proaño de la ciudad de Ibarra, cuentan que

Los animalitos que viven en el agua, se llaman focas y son negritas, y diciendo que los negros aquí parados en busca del pan de cada día para nuestros hijos, nos vienen y nos ponen el *parque de las focas*. El estibador Hector Torres, contesta airadamente, “cómo pueden decir *parque de las focas*, si aquí no es el mar. En el mar, allá existen las focas, aquí no hay agua

para que hayan focas. Entonces, a quién se están refiriendo, a nosotros, y verá que hay de todo, hay negros y hay blancos” (EST, 2010).

La población blanco mestiza nombra y se burla de lo que la memoria y el poder olvidan y niegan.

“El principio y el fin son una trampa si se buscan separados”²¹

El análisis de las relaciones de discriminación racial contemporánea en la ciudad puede constituir una trampa si se lo entiende de manera separada en la historia. En un Auto o documento expedido, el 23 de septiembre de 1606, el Presidente de la Real Audiencia, Miguel de Ibarra ordena al Juez Poblador, Cristóbal de Troya, a quienes se debe repartir la tierra, a la vez que asigna el sitio y función que tendrán los “indios” en la naciente ciudad:

Dareis títulos de los solares que así repartiéredes y señalarédes a las dichas personas [a los españoles]; y por la misma forma señalaréis a los indios que hubieren de acudir, por el orden que yo diere, a servir en dicha población (*Monografía de Ibarra*, Sociedad Cultural de Amigos de Ibarra, Tomo I, 1995: 179, v. tb. Subía, 1985: 12-3).

La fundación española legitima el despojo ancestral de la tierra a las poblaciones originarias, a la vez que asigna a los indígenas a la servidumbre²². A quienes el acta fundacional no-los-nombra, los afrodescendientes, son vendidos abiertamente en la plaza traídos desde Cartagena, y están asignados o *condenados* por las leyes coloniales a ser esclavos y también sirvientes. La explotación, dominación y exclusión son constitutivas a la conquista española de los territorios de los pueblos originarios de la sierra norte en 1534, y son refrendadas de manera simbólica con la fundación en 1606.

El argumento de “raza”, constituye el fundamento ideológico de clasificación social de la población que asigna superioridad a los unos,

21 Ezn. “Inauguración del Foro para la Reforma del Estado, 30 de junio de 1996”. En *Ezn. Documentos y comunicados 3*. México: Ediciones Era, 1998, p. 292.

22 En el cuadro de la Fundación de la ciudad de San Miguel de Ibarra (28 septiembre de 1606), del pintor Rafael Troya, realizado en 1906, se puede observar claramente a los españoles, quienes ejercen el poder de “fundar” y nombrar el territorio, a aquellos que miran desde los márgenes, y también evidenciar a quienes no constan en esta representación y construcción de sentido acerca de la ciudad.

e inferioridad a los otros, el cual permitió justificar la dominación social, la desigualdad y el despojo²³. Esta idea de raza no se refiere solamente a lo que se llama etnocentrismo, o a la idea de superioridad e inferioridad que se presenta siempre en donde se establece poder, sino, se refiere a algo específico. La discusión a mediados del siglo XVI en la reunión de Valladolid, en España, tuvo como protagonistas de los debates principales a Gines de Sepúlveda y Bartolomé de Las Casas. Se debate, una pregunta, si los habitantes de las nuevas tierras son humanos, y si tienen alma. Después de un largo periodo, el Rey de Castilla y Aragón, y una bula papal deciden que si son humanos, pero que son paganos, y que por lo tanto tienen que ser cristianizados (Quijano, 08.2010). Con la esclavización y dominación de los habitantes originarios de esta tierras –que trancurría mientras continuaba el debate–, la idea de inferioridad “natural” de la población diferente a la española penetró profundamente en las prácticas sociales. Los *Otros* son admitidos como humanos pero en el más bajo nivel posible de humanidad, y se impone en consecuencia un nuevo horizonte de sentido histórico. Las primeras víctimas de esto son los que se llamaron desde ese momento *indios*, y posteriormente los llamados en términos coloniales *negros*²⁴. Sus identidades originarias, sus conocimientos y sabidurías les fueron siendo expropiadas y fueron sometidos a las más distintas formas de esclavitud, servidumbre y explotación social.

- 23 Aníbal Quijano (2000) sostiene que a fines del siglo XV y con la conquista de América se constituyó un nuevo patrón de poder global de la historia. Quijano define la colonialidad, como “uno de los elementos constitutivos y específicos del patrón mundial de poder capitalista” (342). Este patrón de poder se basa en cuatro ejes fundamentales. A este patrón mundial de poder denomina con el término de *colonialidad del poder*, para referirse al aspecto político-económico de este patrón mundial de poder. La idea de “raza” es el fundamento de este patrón universal de clasificación social básica de dominación social. Otro de los ejes fundamentales, es el capitalismo como patrón universal de explotación social y la articulación estructural de todas las formas históricas conocidas de control del trabajo o explotación, esclavitud, servidumbre, pequeña producción mercantil, reciprocidad y salario. Además, el Estado como forma central universal de control de la autoridad y el moderno estado nación. El eurocentrismo, como forma hegemónica de control de la subjetividad e intersubjetividad en el modo de producir conocimiento (colonialidad del saber y del ser). A partir de América, el emergente poder capitalista se hace mundial, eurocentrado y la colonialidad y la modernidad se instalan asociadas como ejes específicos de su patrón de dominación.
- 24 En torno a la idea de “raza” se producen las nuevas identidades histórico sociales de la colonialidad: indios, negros, blancos, mestizos. También se construye la primera identidad geocultural del colonialismo, denominada América, para designar al territorio que los indígenas Kuna denominaban *Abya Yala*, o “tierra en plena madurez” (Muyolema, 2001: 329).

La estructura estatal actual y las relaciones cotidianas discriminatorias de la sociedad ibarreña, evidencian que estas relaciones no han sido desarticuladas. La globalización neoliberal, a fines del siglo XX, promovió un discurso multicultural, que puede ser considerado como la ideología cultural del capitalismo contemporáneo. El discurso actual de la diversidad a nivel local, constituye una modernización del proyecto del mestizaje, el cual [que] mantiene el predominio y la hegemonía blanco mestiza en la estructura estatal, y asigna a los diferentes como único camino, la inclusión subordinada a una estructura que reproduce la desigualdad. La instauración de relaciones de dominación a partir de la conquista y fundación de la ciudad no han sido olvidadas por los pueblos subordinados. Desde la memoria, mujeres y hombres mayores Karankis, acostumbran designar a los blanco mestizos de la ciudad de Ibarra como *virajuchas*²⁵. *Virajucha*, está conformada por dos vocablos kichwas. *Vira* se traduce como manteca, luz, pero también se refiere a un extraño o extranjero. En cambio, el término *jucha* hace mención a culpa y pecado. El termino kichwa refiere a los extranjeros, -los españoles/blancos/mestizos- tienen culpa o han cometido delito²⁶. Un señalamiento histórico profundo, de larga duración, contiene este nombrar de los Karankis. Con el término se cuestiona a la historia de dominación y exclusión colonial. Los blanco mestizos -señalan- tienen una “deuda” histórica pendiente, y con este nombrar, con su existencia y luchas, plantean una reparación histórica, un reconocimiento de su presencia milenaria y de la posibilidad de construir entre distintos otros mundos y sociedad distinta.

El proyecto de arriba no es el mismo de los de abajo

El Auto o documento fundacional mencionado, emitido por el Presidente de la Real Audiencia, Miguel de Ibarra (23 de septiembre de 1606), señala que “convenía mucho se poblase una villa en dicho valle [de Carangue], tres cuartas de legua más abajo del pueblo de los Indios donde comenzaba la fuerza de las estancias y estaban los conventos

25 Véase, entrevistas a Manuel Guatemal (MG, 2010), de la comunidad San Clemente, y Aquiles Churuchumbi (ACH, 2010), de la comunidad El Chilco.

26 Una ampliación de este tema, véase, en S. Salgado, *Representaciones raciales y coloniales en la ciudad de Ibarra. La construcción social del imaginario de ciudad “blanca”*. Cap. IV. Tesis Doctoral. Quito: UASB, 2015.

de La Recoleta y San Agustín, por ser sitio muy cómodo, porque en contorno de él había muchos españoles". Y más adelante se señala: "el dicho sitio es abundantísimo de comidas, leña y agua, y se podía por dicho paraje abrir el camino más breve para Panamá"²⁷ (*Monografía de Ibarra*, Sociedad Cultural de Amigos de Ibarra, Tomo I, 1995: 176-7). El propósito de llegar al mar, considerado por las elites dominantes blanco mestizas como "objetivo histórico", constituyó el eje del proyecto hegemónico moderno colonial durante estos cuatrocientos años.

Este proyecto fue retomado en distintos momentos de la historia por las elites blanco mestizas. Durante el siglo XX, el objetivo se centró en la construcción del ferrocarril Quito-Ibarra-Esmeraldas, y posteriormente de la carretera Ibarra a San Lorenzo que culminó en el 2002²⁸. Hay sectores blanco mestizos que sostienen la necesidad de redefiniciones o readecuaciones de este proyecto al nuevo contexto global del capital²⁹. Actualmente, a nivel estatal una nueva "obra salvadora" y "redentora", ha empezado a difundirse, acompañada de una reactivación del ferrocarril, pero este ya no es el eje central sino complementario al proyecto gubernamental centrado en la producción de conocimiento y la innovación. Si antes el objetivo de la construcción de una vía al mar era alcanzar el progreso y acceder al mercado, ahora

- 27 La fundación de la villa de San Miguel de Ibarra (1606), como un centro urbano estratégico intermedio -hacia Popayán por el norte y por el sur, hacia Quito-, fue parte del "proyecto vial" que promovieron las autoridades coloniales quiteñas para conectar la región centro-norte de la Sierra con la costa del Pacífico o "mar del sur" por la provincia de Esmeraldas y por esta vía llegar a Panamá y España (Rueda, 2006:25-6). Con la construcción de esta vía se pretendía reducir las distancias entre la Corona y los espacios conquistados, y asegurar un intercambio comercial.
- 28 Algunos sectores blanco mestizos, basados en el objetivo de la fundación española de la ciudad, plantean que la construcción del puerto de San Lorenzo -como eje de relaciones comerciales- aún está pendiente, a la vez que insisten en retomar la construcción de la ruta interoceánica que conduzca a Manaos, al río Amazonas y al Atlántico, propuesta que posterior a la inauguración del ferrocarril de San Lorenzo-Ibarra (1957), empezó a promoverse por el gobierno de Camilo Ponce Enríquez (1958). Véase, entrevista a José Luis Nieto y Miguel Madera (*La Verdad*, 28 septiembre 2007. Suplemento Especial); Jacinto Salas M. (*Diario El Norte*, 27.09.2010) y Marco Chuquín (*La Verdad*, 26.12.2011).
- 29 El propósito de la fundación, de llegar al Pacífico y con ello abrir las puertas para la exportación, según el periodista Jacinto Salas, "se ha diluido". Para él, "otros intereses y nuevas visiones geopolíticas quitaron a Ibarra su preeminencia como ciudad punto de partida y enlace y a los ibarreños la esperanza de cumplir el mandato histórico" (*Diario El Norte*, 28.09.2009). La propuesta que propone Salas, es "redefinir el gran proyecto, el noble y ambicioso propósito de Ibarra-Ciudad, Ibarra-región, Ibarra-futuro" (*Diario El Norte*, 27.09.2010).

la nueva ilusión y objetivo estatal que se propone, es el desarrollo y el conocimiento³⁰.

Desde los márgenes de la ciudad, el proyecto que emprendieron *los condenados* y olvidados, no siempre coincidió con el del poder, y fue distinto al de la salida al mar que propugnaban las élites blanco mestizas. En el espacio de la hacienda colonial y republicana, indígenas y afrodescendientes recurrieron a una multiplicidad de estrategias para impugnar y acabar con el sistema de explotación y dominación. La lucha por la libertad, la igualdad, la autonomía, y la vida, constituyeron el eje central de sus sueños o aspiraciones. Desde la memoria, las mayores y los mayores indígenas y afrodescendientes relatan el dolor y sufrimiento de la dominación colonial, y como desde la cotidianidad lograron resistir, y “desmonturar” el sistema colonial de la hacienda³¹ y emprender sus proyectos de vida³². Este proceso continuó posterior a las transformaciones agrarias de la década del sesenta y setenta, – por tierra, educación y cultura– y con el levantamiento indígena de junio de 1990, se cuestionó la estructura mestiza hegemónica del Estado, su sistema de autoridad basado en la ciudadanía y se planteó la plurinacionalidad. La crítica a la estructura estatal excluyente produjo una afirmación y re-emergencia identitaria de indígenas y afrodescen-

30 “Ecuador ha iniciado una nueva etapa: la Revolución del Conocimiento y la Innovación, para pasar de la economía de recursos finitos a la economía de recursos infinitos, aquella basada en el talento humano, la ciencia, la tecnología, las ideas”, *Discurso del Presidente de la República, Rafael Correa en el Informe a la Nación* (Quito), 24 de mayo de 2015. Un año antes, en la Inauguración del Campus Patrimonial de Yachay Ciudad del Conocimiento, se manifiesta: “Gran parte de nuestra segunda y definitiva independencia es convertirnos en generadores de conocimiento [...] Está naciendo la Patria Nueva, el Ecuador que se proyecta hacia el futuro como un país soberano que ha decidido fundamentar su desarrollo en la única fuente inagotable de riqueza, que es el talento humano, el conocimiento [...] Estamos superando la economía extractivista, de forma inteligente, humana, soberana, sin el absurdo de rechazar el aprovechamiento de nuestros recursos naturales” (Correa D., 31.03.2014). Véanse, En, <<http://www.presidencia.gob.ec/discursos/>>.

31 Al interior de la hacienda existieron distintos proyectos de vida contra la dominación hacendataria. Uno de ellos fue salirse fuera del control de la hacienda y constituir comunidades autónomas. Marco Arellano (2011), de la comunidad de Guanupamba (parroquia Mariano Acosta), menciona que las migraciones indígenas al páramo iniciaron en 1911 (Véase, en Minga Social Comunicación, 2011). El otro proyecto, fue resistir al interior de la hacienda a través de distintas estrategias cotidianas que impugnaban la dominación, y liberarse de la servidumbre del hacendado y alcanzar la tierra y la autonomía comunitaria.

32 Véase entrevistas a Rafael Pupiales (2010); Juan Guatemal (2010), José Domingo Farinango Pupiales (2010); Zoila Espinosa y Germán Lara V. (2010); Barbarita Lara (2011), Alvita Mosquera (2010), César Barahona (2010), José Chala (2010), Renán Tadeo (2009), entre otras.

dientes que se reconfiguraron y definieron –estas dos últimas décadas– como pueblos originarios y ancestrales³³. Estos pueblos diferentes demandan su reconocimiento y modificación de la estructura estatal y construcción del Estado plurinacional, el respeto de sus sistemas de autoridad, cosmovisiones y cosmovivencias particulares que les ha permitido su existencia. El proyecto de salida al mar que impulsaron históricamente las élites de arriba, de ninguna manera, constituyó el mismo para los sectores dominados y subordinados, que construyeron sus proyectos de vida y existencia en sus territorios.

El discurso de la ibarreñidad

El historiador Roberto Morales recoge algunos planteamientos del jurista Ricardo Cornejo Rosales (n. 1905), que se adentró en el análisis de la personalidad de Ibarra e Imbabura, en el ensayo denominado, “En la ruta de un pueblo” (1954):

Pocos son los pueblos como Ibarra con propia entelequia, rodeados de toda suerte de posibilidades, desde su nacimiento. Pocos pueblos pudieron contar una unidad racial, unidad de costumbres y de afectos, unidad de aspiraciones e inclusive unidad de nostalgias y unidad de tradiciones; pocos estuvieron rodeados de una naturaleza, si ubérrima [muy abundante y fértil], no absorbente ni sojuzgante como la tropical; pocos tuvieron desde el principio abierta las puertas hacia la esperanza; pero, a la vez, pocos pueblos se sometieron tan pacientemente a lo tradicional, y asidos a la estructura colonial se encerraron entre los paredones andinos, conformándose con la admiración deleitante del azul de su cielo, de la variada flora, del subyugante paisaje, o con el gozo tierno de su clima [...] Los hechos

33 En el año 1997 se constituyó la Federación de Comunidades y Organizaciones Negras de Imbabura y Carchi, FECONIC, que promueve un proceso de afirmación de la identidad como pueblo afrodescendiente y la reconstitución del territorio ancestral del Valle del Chota-La Concepción y Salinas. En el 2001, los indígenas urbanos, ubicados mayoritariamente en la Avenida Atahualpa de la ciudad de Ibarra, se definen como pueblo Imbaya. La constitución del Pueblo Karanki se realizó, el 13 de noviembre de 2003, y está conformado por comunidades karankis y kayambis y asentado en las parroquias La Esperanza, Angochagua, Caranqui, San Francisco, Sagrario y Ambuquí, en el cantón Ibarra; y en la parroquia Mariano Acosta, en el cantón Pimampiro. Los indígenas identificados como Natabela, asentados en la parroquia de San Antonio de Ibarra, se definieron como pueblo en la primera década de este siglo. Los Awá, mantiene su forma organizativa de Federación de Centros Awa, FCAE, con la que se constituyó en 1986. Están asentados en las provincias de Esmeraldas, Tulcán e Imbabura. En esta última provincia, están ubicados en las riberas de los ríos Verde, Lita Buenos Aires. A partir de la aprobación de la constitución del 2008, adoptó formalmente la denominación de nacionalidad.

son así: y los elementos fundamentales y primarios que hallamos en Ibarra para ensayar una interpretación son la cuenca suave y ubérrima [fértil] en que está ubicada, y su población, originalmente blanca (Cornejo R., 1954: 7, 8; cit. tb. por Morales, 1995: 297-8; 1997: 362; 1999: 3-4)³⁴.

Morales asume esta visión particular de la identidad de Ibarra como "ibarreñidad"³⁵. La ibarreñidad es concebida por Morales como una "entelequia", es decir, esta expresa un fin u objetivo "que lleva en sí el principio de su acción", y es considerada como "un alma colectiva," que le da vida y constituye su principio vitalizador³⁶ (Morales, 1997: 362). La entelequia o "alma" de la sociedad ibarreña en permanente perfección, significa "ese impulso de querer y buscar lo mejor para el cumplimiento de un destino histórico", que las elites españolas/blancas/criollas/mestizas definieron como la construcción de una vía que permita llegar al mar, y alcanzar la civilización y el progreso (Morales, 1999: 6).

La construcción identitaria de la ibarreñidad hace mención a lo telúrico (amor a la tierra), lo étnico, la geografía, el ambiente, lo cultural³⁷, y se presenta como la síntesis del mestizaje³⁸. Esta visión recono-

- 34 "El ambiente y la herencia –según Morales– son los dos hegemónicos factores que plasman la identidad de las colectividades y de sus integrantes individuales" (*La Verdad*, 11.mayo.2010).
- 35 Para el tiempo en que se publica este ensayo, este término "ni siquiera había aparecido" (*La Verdad*, 2.10.2005). El término ibarreñidad, como construcción identitaria, fue introducido posteriormente por Roberto Morales entre la década de los ochenta y noventa, en que la ciudad experimentaba un proceso de urbanización, y un incremento de la presencia étnica y regional. Algunos sectores blanco mestizos buscaban dar continuidad a las ideas dominantes del mestizaje en un contexto de modernización, y generar sentidos de pertenencia y adscripción al lugar. El pensamiento acerca de la Ibarreñidad, fue difundido fundamentalmente por Roberto Morales Almeida en el Diario *La Verdad*, y en la *Monografía de Ibarra*.
- 36 El "alma profunda", que configura este sentido de pertenencia se considera "es el resultado del encuentro de muchos parámetros: el medio telúrico, la presencia étnica, el influjo religioso, las costumbres o moral privada y pública, el sistema económico, la capacidad cultural, las leyes y su aplicación en el convivir colectivo y hasta los fenómenos ambientales y de la realidad geológica" (Morales, 1997: 125).
- 37 Morales, retoma algunas características de la población ibarreña descritas por el sacerdote jesuita, Mario Cicala, en su escrito denominado "Descripción Histórico Topográfica de la Provincia de Quito de la Compañía de Jesús" (1771). Los rasgos distintivos de la identidad que resalta el padre Cicala se dirige a un sector de la población ibarreña: "Las personas nobles y civiles son muy urbanas, educadas y atentas; pero la plebe es basta, rústica y de poca urbanidad; de algunos oí decir que era igualmente audaz, imprudente y malcriada. Al presente no hay mucha nobleza, pues muchas familias nobles se han trasladado a Quito" (Cicala, 1999: 21).
- 38 Según Morales A., quienes conforman la naciente ibarreñidad colonial, son "gente de rai-gambre castellana, criollos que se identifican con sus raíces terrígenas, mestizos insatisfe-

ce que la ibarreñidad está integrada por distintos componentes étnico sociales, sin embargo, solo el sector de característica blanco/mestizo, notable, letrado, que ha accedido a la cultura se considera capaz de aportar a la realización del fin u objetivo que la completa y perfecciona, con lo que –de acuerdo a esta visión tradicional dominante– deviene en una construcción identitaria excluyente de otros sectores –de indígenas y afrodescendientes– que también conforman la ciudad y el cantón (RM, 10.12.2009). Morales (1997) resalta el origen de la fundación española/blanca de la ciudad y construye una visión evolutiva y lineal de la historia, en la que el mestizaje constituye el aspecto más avanzado del desarrollo³⁹, a la vez que considera a este como la fuente o las raíces de la ibarreñidad (cf. p. 125)⁴⁰.

Para los pueblos originarios y afrodescendientes el referente identitario de origen es distinto. El pueblo Karanki⁴¹, referido al pueblo originario asentado en las faldas norte y nororiente del monte Imbabura no nace con la conquista, sino que es un pueblo que tiene una presencia milenaria en esta parte de la sierra norte⁴². El pueblo afrodescendiente por su parte también tiene como origen África y su presencia en la historia de las Américas está en relación a la política colonial de esclavización. Uno de los primeros profesores afrodescendientes de Ibarra, Don Federico León, fue muy conciso, y contundente, al inda-

chos de su situación, caciques principales que añoran sus remotos orígenes, indios y negros que constituyen la fuente de riqueza explotada por el sistema de extorsión colonialista. Con el aporte de todos esos elementos se plasmó [...] la ibarreñidad” (Morales, 1997: 362).

- 39 Los personajes blancos/criollos que “destacan” –en su mayoría– en la historia de la villa, durante la colonia, son denominados por Morales (1999) como “plinto egregio [o base ilustre] de la ibarreñidad” (9). Esta visión de predominio de los blanco mestizos sobre indígenas y afrodescendientes continuó también en la República.
- 40 Morales Almeida (1997) se propone “rescatar los paradigmas de la ibarreñidad”, el manantial u “hontanar inagotable” de perfiles principalmente de sectores blanco mestizos que “dejaron una estela perdurable” en distintos momentos del proceso histórico a partir de la conquista española en el territorio, y que estuvieron vinculados a la institucionalidad colonial y republicana (362). Este propósito planteado, se expresó en la *Monografía de Ibarra* que se empezó a publicar en 1995.
- 41 Rodrigo Villegas Domínguez, autor de *Historia de la Provincia de Imbabura* (1988), en sus primeros escritos denomina “la Nación Caranqui”, al pueblo originario que pobló este territorio “entre las dos cordilleras de los Andes, cuya máxima avanzada por el Sur estuvo en el cerro Ilaló, y por el Norte, en la tierra de los tusas” (Villegas D., 1959: 45), v. tb (Villegas D., 1957).
- 42 Judith Chiza, del pueblo Imbaya, señala: “Yo me siento ibarreña pura por haber nacido aquí [...] la ibarreñidad no nos agrupa a nosotros a la clase media, a los indígenas, a los afros [...] no somos incluidos nosotros [...] [es] defender solo a la visión de la clase que decimos alta” (JChM, 2010: 13-4).

gar acerca de la ibarreñidad. Con la mirada fija hacia el frente de la habitación, que no se sabía si estaba perdida o viendo a su pasado, respondió: *a mí no me dice nada*, y concluyó (FL, 10.12.2009)⁴³. Esta afirmación, no significa de ninguna manera, negar la identificación con la ibarreñidad, esta es particular a la matriz blanco mestiza, existiendo otras formas de adscripción identitaria como la que señalan indígenas y afrodescendientes que hacen mención a orígenes históricos distintos. Por tanto, en el cantón, y en la ciudad existen una diversidad de pueblos que comparten un espacio territorial y tienen derecho a una identidad particular y existencia diferenciada.

La visibilización de la diversidad y la diferencia no ha significado de ninguna manera su reconocimiento como pueblos, la actual estructura estatal es excluyente, y las políticas estatales –nacionales y locales– buscan una inclusión subordinada individual. Los Otros son visibilizados únicamente como manifestación cultural y folclórica, como “atractivos” –naturales y culturales– para el mercado. La “deuda” y reparación histórica a indígenas y afrodescendientes es postergada. El reconocimiento de indígenas y afroecuatorianos como pueblos en la estructura estatal y la construcción del Estado Plurinacional y la interculturalidad⁴⁴ son objetivos y planteamientos que buscan construir una democracia distinta.

- 43 “Para el afrodescendiente la ibarreñidad, entre comillas, es solamente el mestizaje” dice, Maritza Minda (2011). Similares críticas, a esta construcción identitaria como exclusión, fueron expresadas por entrevistadas y entrevistados afrodescendientes de Ibarra. Véase, entrevistas a Milton Gudiño (2009), Jorge Lara (2009), Barbarita Lara (2011), Eliana Ayala Delgado (2010), César Barahona (2010), Carlos Andrade (2010), entre otros y otras.
- 44 Catherine Walsh (2012), plantea entender la interculturalidad, como un proceso y proyecto político, social, ético y epistémico, propuesto en sus inicios desde los movimientos indígenas. Esta interculturalidad que la denomina, *crítica* parte de que la diferencia, “se construye dentro de un una estructura y matriz colonial de poder racializado y jerarquizado”. Desde esta perspectiva, la interculturalidad se entiende como una herramienta y como proceso, un proyecto que se construye desde la gente que ha sufrido un histórico sometimiento y subalternización. Esta perspectiva plantea transformar las actuales estructuras, instituciones, crear nuevas relaciones sociales a través de nuevos ordenamientos sociales, y construir relaciones y condiciones de poder, saber, ser, sentir y vivir distintos. La interculturalidad es entendida como un proceso a construir. Esta perspectiva interpretativa plantea por una parte, romper con la historia hegemónica de una cultura (poder, saber y ser) dominantes y otras subordinadas (91-2).

La blancura

La construcción identitaria de la ciudad identificada con la blancura, ha sido comúnmente justificada por el color de las fachadas de sus casas⁴⁵, por cuestiones de higiene ante la proliferación en algunas épocas del paludismo⁴⁶, y también desde la literatura, Gonzalo Zalumbide en su novela *Egloga Trágica* (1953), la describe como una “villa silenciosa y blanca”, y expresa su admiración del lugar y su tranquilidad. Estas construcciones discursivas que se limitan al aspecto arquitectónico, a la higiene⁴⁷ y al paisaje, invisibilizan el conflicto constitutivo colonial derivado de la conquista: la violencia, el despojo del territorio, la dominación, el sometimiento a la servidumbre, la explotación y esclavización de indígenas y afrodescendientes.

La construcción de la “blancura” se asocia también a un criterio de “raza” vinculado únicamente a la presencia española, en el territorio originario del pueblo Karanki. Se sostiene, que “la ciudad de Ibarra o ciudad blanca se le llamó porque aquí se establecieron solo familias de blancos, es decir, de españoles o de descendientes de los conquistadores” (RM, 2009). Sin embargo, este argumento es homogenizador, por cuanto invisibiliza la presencia de indígenas y afrodescendientes en la ciudad.

Roberto Morales, considera que “no hay, pues, una tradición fija que diga se llamó ciudad blanca por esto” (*Ibid.*). Es decir, podemos afirmar que la construcción del carácter “blanco” de la ciudad, puede tener varias significaciones o ser polisémica. Sin embargo, el argumento racial, es fundamental, por cuanto constituye el justificativo ideológico utilizado por los dominadores para clasificar a las poblaciones –en superiores e inferiores– por el color de la piel, apropiarse de sus recursos y para el sometimiento de las poblaciones originarias y de los afrodescendientes. La idea de raza posibilitó la construcción de jerarquías, el mantenimiento de privilegios y la desigualdad, y la exclusión.

45 “Muchos se preguntan la causa o razón de tan singular designación [de ciudad blanca]. Y al respecto se dice una serie de leyendas o invenciones, plagadas de mera imaginación. La realidad es que desde la época colonial las fachadas de la Villa de Ibarra, a la cual el historiador P. Juan de Velasco la llama hermosa, agraciada, gentil, se mantenían de una blancura de nitidez admirable” (Morales Almeida, en *La Verdad*, 1.febrero.2009).

46 Véase Morales Mejía (1999: 7).

47 El historiador Roberto Morales, afirma que a partir del siglo XVIII “las fachadas de las casas, de las iglesias y demás, se les pintaba de cal” como una forma de higiene para evitar la propagación de enfermedades (RM, 2009).

El historiador Enrique Ayala sostiene que la identidad de Ibarra está configurada en base a dos elementos que se señalan claramente en el Acta de la Fundación: constituir una *ciudad de blancos* que posteriormente se convirtieron en criollos, *para que pueda ser el centro administrativo de un Corregimiento nuevo segregado del de Otavalo*, y ser un lugar intermedio de la ruta desde Quito al mar (EAM, 2012: 1). Estas razones de constitución de la ciudad hacen mención a la “raza”, y a abrir una ruta para articularse al comercio global, y que tiene como ideal el progreso y la civilización⁴⁸. Ayala afirma que es indudable la existencia de una *connotación racista* en llamarla *ciudad blanca* (EAM, 2012: 9).

Según Ayala Mora, el proyecto de las élites blanco mestizas de la ciudad *era la ciudad blanca*, es decir, *una ciudad de predominio blanco*⁴⁹ (EAM: 6, 12 marzo 2014). Así sugiere que el proyecto de las elites blanco mestizas estaba atravesado por lo racial. No obstante, Ayala considera que actualmente *Ibarra ya no es una ciudad blanca* por la diversidad étnico racial existente y por el aspecto arquitectónico, por lo que la define como *una ciudad intercultural* (EAM: 4, 12 marzo 2014).

Renán Tadeo, afrodescendiente de La Concepción que vive en la ciudad de Ibarra, considera la construcción social de la blancura como parte del proceso de dominación colonial a indígenas y a afrodescendientes:

La Colonia no sólo aquí sino en diferentes países de América lo que querían eran prácticamente arrasar con las culturas tanto indígenas como afroecuatorianas, muchos de los países diezmaron a los indígenas, diezmaron a los afroecuatorianos, y eso también creo que en un principio fue la idea del país y de Ibarra que esta sea una ciudad sólo para los blancos, no para los negros, pero la realidad ha dicho que no era posible tener una

48 El himno de la ciudad, es una expresión de la construcción de esta identidad “blanca” de Ibarra. En este, se caracteriza a la ciudad como una “hermosa sultana de gente blanca”, de “noble linaje”, que administra el territorio (EAM, 2012: 1).

49 Cristóbal Tobar Subía, autor de la primera *Monografía de Ibarra* (1929), menciona la existencia, durante el periodo colonial, de un criterio de pureza racial en la designación de las autoridades del Cabildo, que exigía ser de “sangre limpia” y de pertenencia a una clase noble y distinguida, con lo que se excluía de la participación en la administración pública a los grupos diferentes: “Más de una vez el Cabildo de Ibarra dio pruebas de independencia y de carácter [...] rechazando alguna vez Regidores que no eran de sangre limpia; pues pocos Cabildos como aquel fueron tan aristocráticos y celosos de sus prerrogativas, no permitiendo que ninguno de sus miembros, inclusive el Escribano, formaran parte de su seno sin el informe de nobleza e hidalguía, considerando como requisito sustancial y fiscalizado con esmero” (Tobar Subía, 1985: 104-5; cit. tb. por Morales, 1997: 367).

Ibarra sólo para blancos sino una Ibarra para todos los grupos étnicos y esa es la riqueza que ahora estamos aprovechando en esta ciudad. Ibarra es una ciudad en ciernes, una ciudad pequeña donde tenemos varios grupos étnicos, tenemos desde indígenas kichwas, tenemos afroecuatorianos, tenemos awás, tenemos diferentes grupos étnicos que hace imposible seguir pensando en que Ibarra sea una ciudad sólo para blancos (RT, 2009: 7-8).

Para Tadeo, el proyecto de blancura en la ciudad tiene una imposibilidad histórica, es inviable. “No era posible tener una Ibarra sólo para blancos sino una Ibarra para todos los grupos étnicos”. Tadeo resalta el papel que cumplieron los pueblos subordinados y excluidos en esta historia: “los pueblos –dice– han resistido y eso ha permitido que esa idea de blancura cada vez vaya perdiendo piso” (8). Es decir, la resistencia, y re-existencia de los pueblos indígenas y afrodescendientes condujeron a fracturar el proyecto hegemónico dominante.

Luego del levantamiento indígena de 1990 –que cuestionó las bases mismas de la formación del Estado-nación ecuatoriano excluyente– y la campaña de resistencia de los pueblos a la celebración del quinto centenario del “descubrimiento” de América, y también, posterior al acceso del socialismo a la alcaldía de Ibarra durante dos periodos (1988 a 1996), a mediados de esta década, se generó una ofensiva neoconservadora desde el gobierno municipal, que levantó el discurso de “Ibarra, una blanca tradición”. Este discurso no tuvo una ordenanza específica, sino que se expresó en un conjunto de expresiones discursivas institucionales y prácticas cotidianas, que fueron construyendo un sentido acerca de la identidad de la ciudad. A través de este discurso, la municipalidad se propuso retomar una “tradición” considerada “blanca”, que remite al momento constitutivo de la ciudad. Indígenas y afrodescendientes, son presentados de manera folclórica, complementarios o residuales en este discurso. Las representaciones identitarias de “Ibarra una blanca tradición”, o la de “Ibarra ciudad blanca” promovidas desde la institucionalidad municipal local, realizan una reinterpretación del pasado, a la vez que reproducen y actualizan un imaginario racial colonial excluyente que apunta a legitimar el proyecto blanco mestizo.

Esta propuesta identitaria, levantada por un sector de las elites blanco mestizas locales, resultó un planteamiento ahistórico, por cuanto construyó la idea de una tradición que atraviesa la historia sin cambiar, al tiempo que delataba su carácter excluyente y discriminatorio

hacia los pueblos indígenas y afrodescendientes asentados también en este territorio. Estas construcciones identitarias dominantes son impugnadas por los pueblos diferentes desde su existencia, quienes buscan cambiar estas representaciones y la realidad de negación y exclusión históricas.

El discurso de la “blanca tradición” se mantuvo durante esta Alcaldía (1996-2000). Posteriormente las otras administraciones no lo acogieron, por cuanto el contexto operaba en contravía a esta propuesta. A nivel internacional la globalización neoliberal difundía su visión multicultural funcionalizada al mercado, y en lo nacional, la Constitución de 1998, definió al Ecuador como un estado “pluricultural y multiétnico” a la vez que reconoció los derechos colectivos. La visibilización de la diferencia cultural empezó a ser acogida a nivel local, no tanto en políticas institucionales específicas sino a nivel discursivo, sin afectar o transformar la estructura del Estado monocultural.

El proyecto del mestizaje, que se fundamenta en la ibarreñidad y la blancura, en su versión actual incorpora la diversidad en su discurso, y a las y los diferentes en forma individual. Mientras tanto, en la cotidianidad práctica, los pueblos indígenas y afrodescendientes son subordinados y permanecen en la exclusión. Más allá de la visibilización institucional, los pueblos diferentes demandan su reconocimiento y respeto, a sus culturas, sus formas de autoridad, sus sabidurías y dignidad.

La mayoría de entrevistadas y entrevistados indígenas y afrodescendientes señalan que la ciudad no debe ser excluyente y reconocer la diversidad. Sin embargo, algunos, aclaran su posición y marcan distancias con el proyecto del mestizaje. El indígena Karanki, Lauro Farinango, manifiesta: “El trabajo de los pueblos indígenas, la razón de ser no sería la inclusión sino exclusivamente del reconocimiento de la vida de las comunidades con las características que han mantenido hasta ahora”. Por tanto, afirman, no se trata de “que nos incluyan” al proyecto blanco mestizo sino del reconocimiento como pueblos diferentes (LF, 14.08.2014).

Para concluir, podemos afirmar, que la ibarreñidad y la blancura son constitutivas a la conquista y consolidación de la dominación europea que se expresa en la fundación de la ciudad. El discurso hegemónico construido acerca de la ibarreñidad y la blancura hace un lado que esta es parte de una estructura de poder que implicó la dominación

colonial. Esta construcción identitaria dominante, legitima toda identificación con lo europeo/blanco/criollo/mestizo, a la vez que, excluye, niega e inferioriza a los pueblos originarios y afrodescendientes. La ibarreñidad y la blancura son parte del proyecto del mestizaje, que desde la década de los noventa, ha ido perdiendo su hegemonía, y es cuestionado por los pueblos indígenas y afrodescendientes. En los últimos años, el proyecto estatal blanco mestizo –a nivel nacional y local- busca la inclusión subordinada individual de indígenas y afrodescendientes. Sin embargo, los pueblos negados y olvidados, desde la existencia y resistencia, reivindican su identidad originaria y ancestral, se afirman en la diferencia, fortalecen sus formas comunitarias de vida, y plantean sus demandas de reconocimiento y de construcción del Estado Plurinacional. “Nuestra presencia en este territorio es milenaria –dicen los jóvenes Karankis-, no somos indígenas *de* la ciudad, porque nosotros estamos antes de [la constitución de] la ciudad”⁵⁰.

Epílogo Otro: “debajo de las piedras”

En las comunidades afrodescendientes de la cuenca del Valle de La Concepción, hay quienes reflexionan sobre la existencia de otros caminos, distintos a los de la inclusión subordinada y de la ciudadanía, y que pueden considerarse como proyectos de vida “otros” que buscan construir autonomía y libertad, y afirmarse desde abajo como pueblos, y comunidades. Al respecto, las y los integrantes de la Escuela de la Tradición Oral la Voz de los Ancestros, ETHOVA, comentan que una de sus estrategias “es quedarse en la orillita, en el margen, retroalimentándose como un cimarrón en su palenque [...], en dónde se construye a su dictamen su identidad, y así construida salta de la banda del palenque hacia afuera, esa es la idea” (BL, 2011: 22). El trabajo que hace esta Escuela de Tradición oral “es un trabajo desde debajo de las piedras, con ese lenguaje que se habla todavía debajo de las piedras del río Chota, con esa forma de ser de debajo de las piedras, [...] es pensar en una forma apalencada, sí, aquí adentro, fortalecidas”. Barbarita Lara menciona que “las piedras son las más fieles para guardar” la palabra y la memoria, y cuenta que cuando se encarajina Doña Florinda Minda, ella dice: “¡Dejémen, dejénmen –habla- todavía, como que estuviera viviendo todavía debajo de las piedras de mi Valle, dejémen, no me controlen, dejémen... porque yo todavía sigo siendo como las piedras de mi río!” (23-4). “La memoria es como esas piedras” –dice

Barbarita- que aunque intenten destruirlas “esas piedras siguen quedándose en pedacitos, [...] sigue manteniéndose ahí en ese lugar”, en el camino, en el río, en la comunidad (24). Hay quienes en el abajo, se resisten a subordinarse al proyecto estatal dominante de ciudadanía y se afirman como pueblos y comunidades que defienden un proyecto de vida distinto, y desde debajo de las piedras, con la memoria que ellas guardan, se empeñan en construir su autonomía y libertad.

Los sueños por soñar...

Cuenta, Fernando Birri (2007), que cada mañana cuando abre los ojos, se presenta así “Cumplir el sueño y soñar un sueño nuevo”. Esa es su interrogante y preocupación: “¿cuáles son los sueños que todavía no hemos soñado?”, “¿cuáles son los sueños por soñar?”... Los pueblos negados y olvidados, recurren a su memoria para traer los sueños primeros: reciprocidad, igualdad, comunidad, y también otros que han ido emergiendo en este proceso de existencia: libertad, justicia, dignidad, democracia, autonomía, plurinacionalidad, interculturalidad, son parte de sueños que están por soñar y que esperan ser realidad en el mañana...

Bibliografía

- Almeida, José. “Fundamentos del racismo ecuatoriano”. En *Ecuador Debate*, No. 38. Quito: CAAP, 1996.
- . “Racismo, construcción nacional y mestizaje”. En José Almeida Vinuesa (Coord), *El Racismo en las Américas y el Caribe*. Quito: Departamento de Antropología de la PUCE, Ediciones Abya-Yala, 1999a.
- . “Identidades en el Ecuador. Un balance antropológico”. En *Antropología. Cuadernos de Investigación*. Quito: Departamento de Antropología, PUCE, 1999b.
- Balibar, Etienne. “Prefacio”. En Immanuel Wallerstein y Etienne Balibar, *Raza, nación y clase*. Madrid: Iepala, 1991, pp. 11-30.
- . “La forma nación: historia e ideología”. En Immanuel Wallerstein y Etienne Balibar, *Raza, nación y clase*. Madrid: Iepala, 1991, pp. 135-167.
- . “Existe un neorracismo”. En Immanuel Wallerstein y Etienne Balibar, *Raza, nación y clase*. Madrid: Iepala, 1991, pp. 31-48.
- Birri, Fernando. “Los sueños no envejecen”. Intervención en la XXXIV Jornada Internacional de Cinema da Bahía 2007. Brasil: Salvador de Bahía, septiembre de 2007. En <https://www.youtube.com/watch?v=7Jo4QZyQQ34>
- Botero, Luis Fernando. “Se me borró la cinta”. *Economía, subalternidad y cultura*. El

- caso de los ecuatorianos en Murcia (España)*. Quito: Ediciones Abya-Yala, 2000.
- Carrillo, Ricardo y Samyr Salgado. *Racismo y vida cotidiana en una ciudad de la sierra ecuatoriana*. Quito: Ediciones Abya-Yala y Escuela de Antropología Aplicada-Universidad Politécnica Salesiana, 2002.
- Cervone, Emma. "Racismo y vida cotidiana: las tácticas de la defensa étnica". En Emma Cervone y Fredy Rivera, (eds.), *Ecuador racista: imágenes e identidades*. Quito: Flacso, 1999.
- Cicala, Mario, S.I. "Descripción histórica topográfica de la provincia de Quito de la Compañía de Jesús" [1771]. En, Grupo "Amigos de Ibarra". *Monografía de Ibarra*. Volumen III. Ibarra: Taller Offset Diario "La Verdad", 1999, pp. 17-44.
- Chihu Amparam, Aquiles. *El concepto de poder en Foucault*. Buenos Aires: Antroposmoderno, 2000. En http://www.antroposmoderno.com/antro-articulo.php?id_articulo=646
- Cornejo Rosales, Ricardo. "En la ruta de un pueblo". En *Revista del Núcleo de Imbabura*. Casa de la Cultura Ecuatoriana. Diciembre de 1954, No. 2. Ibarra: CCE-Núcleo de Imbabura, pp. 5-23.
- . "En la ruta de un pueblo". En, Grupo "Amigos de Ibarra". *Monografía de Ibarra*. Ibarra: Grupo "Amigos de Ibarra", Volumen I, 1995, pp. 297-310.
- Correa Delgado, Rafael. *Discurso del Presidente Constitucional de la República del Ecuador. Informe a la Nación*. (Quito), 24 de mayo de 2015.
- . *Inauguración de los Cursos de Nivelación y del Campus Patrimonial de Yachay "Ciudad del Conocimiento"*. (Urcuquí), 31 de marzo de 2014.
- Crain, Mary. *Ritual, memoria popular y proceso político en la sierra ecuatoriana*. Quito: Corporación Editora Nacional, Ediciones Abya-Yala, 1989.
- Cuche, Denys. *La noción de cultura en las Ciencias Sociales*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 1999.
- De Certeau, Michel. *La invención de lo cotidiano*. México: Universidad Iberoamericana, 1996.
- De la Torre Espinosa, Carlos. *El racismo en Ecuador: experiencias de los indios de clase media*. Quito: Centro Andino de Acción Popular, CAAP, 1996.
- Endara Tomaselli, Lourdes. *Investigación Aplicada*. Quito: Corporación Educativa Macac, Edic. Abya-Yala, 1991.
- . "La identidad". En Patricio Guerrero y Lourdes Endara, *Notas sobre cultura, identidad, tradición y modernidad*. Quito: Asociación Escuela de Antropología Aplicada, UPS, 1996.
- . *El Marciano de la Esquina. Imagen del indio en la prensa ecuatoriana durante el levantamiento de 1990*. Quito: Colección Antropología Aplicada No. 14, Ediciones Abya-Yala, 1998.
- Foucault, Michel. "Verdad y poder". En *Microfísica del poder*. Madrid: Ediciones La Piqueta, 1979, pp. 183.

- . *El sujeto y el poder*. Publicación electrónica, s.l.e., 1983. En <http://www.campogrupal.com/poder.html>.
- Godelier, Maurice. *Cuerpo parentesco y poder. Perspectivas antropológicas y críticas*. Quito: PUCE, Ediciones Abya-Yala, 2000.
- Grupo "Amigos de Ibarra". *Monografía de Ibarra*. Volumen I. Ibarra: Grupo "Amigos de Ibarra", 1995.
- Guerrero, Andrés. *La semántica de la dominación: el concertaje de indios*. Quito: Ediciones Libri Mundi-Enrique Grosse-Luemern, 1991.
- . "La desintegración de la administración étnica en el Ecuador". En *Sismo étnico en el Ecuador*. Varias perspectivas. Quito: CEDIME, Ediciones Abya-Yala, 1993.
- . "Una imagen ventrilocua: el discurso liberal de la 'desgraciada raza indígena' a fines del siglo XIX". En Muratorio, Blanca (edit.), *Imágenes e imagineros. Representaciones de los indígenas ecuatorianos, siglos XIX y XX*. Quito: Flacso-Sede Ecuador, 1994.
- Guerrero Arias, Patricio. *El saber del mundo de los cóndores. Identidad e insurgencia de la cultura andina*. Quito: Ediciones Abya-Yala, 1993.
- . "Notas para una aproximación al concepto de cultura". En Patricio Guerrero y Lourdes Endara, *Notas sobre cultura, identidad, tradición y modernidad*. Quito: Asociación Escuela de Antropología Aplicada, UPS, 1996.
- Hernández Sampieri, Roberto, et. al. *Metodología de la Investigación*. México: Segunda Edición. Mc Graw Hill, 1998.
- Kotakk, Conrad Phillip. "La construcción cultural de la raza". En *Antropología, una exploración de la diversidad humana*. Madrid: Sexta edición. Mc Graw Hill, 1994.
- Lee Teles, Annabel. "El problema de la subjetividad: Michel Foucault". En Revista virtual *Espacio de Pensamiento*. Buenos Aires, s.a.
- Lentz, Carola. *Migración e identidad étnica. La transformación histórica de una comunidad indígena en la Sierra ecuatoriana*. Quito: Ediciones Abya-Yala, 1997.
- Minga Social Comunicación. *Guanupamba, nuestra historia, nuestra vida* [Audiovisual]. Guanupamba: Minga Social Comunicación, Consejo Nacional de Cinematografía del Ecuador, 2011. CD Video.
- Morales Almeida, Roberto. "Breve enfoque de la estructura colonial en el Corregimiento de Ibarra". En *Monografía de Ibarra*. Sociedad Cultural "Amigos de Ibarra". Volumen II. Ibarra: Taller Offset Diario "La Verdad", 1997, pp. 124-130.
- . "Panel de valores de la Ibarreñidad". En *Monografía de Ibarra*. Sociedad Cultural "Amigos de Ibarra". Volumen II. Ibarra: Taller Offset Diario "La Verdad", 1997, pp. 361-372.
- . "Visión panorámica de la Villa de Ibarra en el Siglo XVIII". En *Monografía*

de Ibarra. Sociedad Cultural "Amigos de Ibarra". Volumen III. Ibarra: Taller Offset Diario "La Verdad", 1999, pp. 1-10.

- Morales Mejía, Juan Carlos. *Leyendas de Ibarra*. Tomo I. Ibarra: Ediciones Astrolabio, 1999.
- Muratorio, Blanca. "Introducción: discursos y silencios sobre el indio en la conciencia nacional". En Muratorio, Blanca (edit.), *Imágenes e imagineros. Representaciones de los indígenas ecuatorianos, siglos XIX y XX*. Quito: Flacso-Sede Ecuador, 1994.
- Muyolema, Armando. "De la cuestión indígena a lo indígena como cuestionamiento. Hacia una crítica del latinoamericanismo, el indigenismo y el mestiz(o)aje," en I. Rodríguez (editora). *Convergencia de tiempos: estudios subalternos/contextos latinoamericanos. Estado, cultura y subalternidad*, Ámsterdam/Atlanta, GA: Rodopi, 2001, 327-364.
- Quijano, Aníbal. "Colonialidad del poder y clasificación social". Artículo en homenaje a Immanuel Wallerstein. En *Journal of World-System Research*, VI, 2. New York: Department of Sociology - Binghamton University, 2000, pp. 342-386.
- . Colonialidad/Descolonialidad del Poder. Conferencia realizada en Asunción, Paraguay. Agosto de 2010. En, <http://www.youtube.com/watch?v=sID-iPiGmY&feature=related> (Quijano, 08.2010).
- Radcliffe, Sara y Westwood, Sallie. *Rehaciendo la Nación. Lugar, identidad y política en América Latina*. Quito: Ediciones Abya-Yala, 1998.
- Rahier, Jean. "Estudios de negros en la antropología ecuatoriana: presencia, invisibilidad y reproducción del orden "racial" / espacial". En Cristóbal Landázeni N. (Comp.), *Memorias del Primer Congreso Ecuatoriano de Antropología*, Vol II. Quito: Departamento de Antropología PUCE, Asociación Escuela de Antropología PUCE, MARKA-Instituto de Historia y Antropología Andinas, Edic. Abya-Yala, 1998.
- . "Mami, ¿que será lo que quiere el negro?: representaciones racistas en la revista Vistazo, 1957-1991. En Cervonne, Emma ; Rivera, Fredy (eds.), *Ecuador racista, imágenes e identidades*. Quito: Flacso, 1999.
- Ramírez Gallegos, Franklin. "Identidades nacionales, regionales y étnicas en el Ecuador: ficción, nomadismo y discontinuidad". En Barrera, Augusto (Coord.), *Ecuador un modelo para [des]armar. Descentralización, disparidades regionales y modo de desarrollo*. Quito: Grupo de Democracia y Desarrollo Local, Ediciones Abya-Yala, 1999.
- Restrepo Riaza, William. "Crisis política y Alternativa democrática". En *Estudios Políticos*, fasc. 4. Medellín: Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia, 1993, pp. 29-42.
- Rueda Novoa, Rocío. "La ruta a la Mar del Sur y la fundación de Ibarra, siglos XVII-XVIII". *Procesos*, Revista Ecuatoriana de Historia, No. 24, II semestre 2006, Quito, pp. 25-44.

- Schutz, Alfred y Luckmann, Thomas. *Las estructuras del mundo de la vida*. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1977.
- Silva, Erika. *Los mitos de la ecuatorianidad. Ensayo sobre la Identidad Nacional*. Quito: Ediciones Abya-Yala, 1994.
- Stutzman, Ronald. "El Mestizaje: una ideología de exclusión". En Whitten, Norman E. (Editor), *Transformaciones culturales y etnicidad en el Ecuador contemporáneo*. Colección Pendoneros, No. 32. Otavalo: Instituto Otavaleño de Antropología, 1981.
- Tobar Subía, Cristóbal. *Monografía de Ibarra*. Ibarra: Municipalidad de San Miguel de Ibarra y Centro de Ediciones Culturales de Imbabura, 1985.
- Villegas Domínguez, Rodrigo. *Historia de la Provincia de Imbabura*. Ibarra: Centro de Ediciones Culturales de Imbabura, 1998.
- Villegas Domínguez, Rodrigo. "La Nación Caranqui". En *Revista del Núcleo de Imbabura*. Casa de la Cultura Ecuatoriana. Agosto de 1957, No. 5. Ibarra: CCE-Núcleo de Imbabura, pp. 21-33.
- . "La Nación Caranqui". En *Revista del Núcleo de Imbabura*. Casa de la Cultura Ecuatoriana. Octubre de 1959, No. 6. Ibarra: CCE-Núcleo de Imbabura, pp. 45-65.
- Wade, Peter. *Raza y etnicidad en Latinoamérica*. Quito: Edic. Abya-Yala, 2000.
- Wallerstein, Immanuel y Balibar, Etienne. *Raza, nación y clase*. Madrid: IEPALA, 1991.
- Walsh, Catherine. *Interculturalidad crítica y (de)colonialidad. Ensayos desde Abya Yala*. Quito: Ediciones Abya Yala, Icci, 2012.
- Whitten, Norman E. "Introducción". En Norman E. Whitten (Editor), *Transformaciones culturales y etnicidad en el Ecuador contemporáneo*. Colección Pendoneros, No. 32. Otavalo: Instituto Otavaleño de Antropología, 1981, pp. 15-26.
- Zaldumbide, Gonzalo. *Egloga Trágica [1953]*. Sexta edición. Quito: Imprenta del Colegio Técnico "Don Bosco", 1980.

Fuentes documentales

Diario *El Norte* (Ibarra). 28 septiembre 2009; 27 septiembre 2010.

Diario *La Verdad* (Ibarra). 2 octubre 2005; 1 febrero 2009; 28 septiembre 2007; 26 diciembre 2011; 11 mayo 2010.

Entrevistadas y entrevistados (2000)

(ALQ) Adolfo Luis Quilumba;

(AyCh) Digna Aguas y Mariana Chalá;

(CCh) Carlos Chancusi;

(CG) Carlos Gonzalón;

(DR) Delfina Recalde;

(ER) Elena Rivadeneira;

(FIO) Familia indígena-Otavalo, vendedoras de frutas;

(JV) Judith Victoria;

(GMyAL) Gloria Minda y Alicia Lara;

(GL) Gilbert Lastra;

(LV) Luis Vaca;

(MLC) María Laura Cañaris;

(MM) Mercedes Males;

(NNP) Prestamista NN;

(OC) Olguita Carlosama

(OS) Oswaldo Salazar;

(RA) Rocío Aguilar;

(REM) Rosa Elena Maigua de Chiza;

(VP) Virginia Pillajo;

(VAI) Vendedoras ambulantes indígenas, de granos;

(WT) Wilson Tito.

Entrevistadas y entrevistados (2009-2014)

(AM) Alvita Mosquera, Ibarra, 11-01-2010;

(ACH) Aquiles Churuchumbi, El Chilco, 12-04-2010;

(BL) Barbarita Lara, La Concepción, 13-11-2011;

(CA) Carlos Andrade, Ibarra, 3-02-2010;

(CB) César Barahona (CB), Ibarra, 9-01-2010;

(EAD) Eliana Ayala Delgado, Ibarra, 29-01-2010;

(EAM) Enrique Ayala Mora, Quito, 29-10-2012; 12-03-2014; 15-03-2014;

(EMG) Emma Minda de Gudiño, Ibarra, 15-12-2009;

(EST) Estibadores de la Plaza Mons. Leonidas Proaño, Ibarra, 13-03-2010;

(FL) Federico León Meneses (+), Ibarra, 10-12-2009;

(GP) Galo Pupiales, Ibarra, 26-01-2010;

(JL) Jorge Lara, Ibarra, 2009;

(JCH) José Chala (JCH), Ibarra, 23-01-2010;

(JDFP) José Domingo Farinango Pupiales, Ibarra, 30-01-2010;

(JG) Juan Guatemal, Ibarra, 5-03-2010;

(JChM) Judith Chiza Maigua, Ibarra, 21-02-2010;

(LF) Lauro Farinango, Ibarra, 14-08-2014;

(MG) Manuel Guatemal, San Clemente, 3-03-2010.

(MGM) Milton Gudiño Minda, Ibarra, 15-12-2009;

(MMM) Maritza Minda Maldonado, Ibarra, 18.11.2011;

(RP) Rafael Pupiales, Ibarra, 30-01-2010;

(RM) Roberto Morales (+), Ibarra, 10-12-2009;

(RT) Renán Tadeo, Ibarra, 19-12-2009;

(VT) Viviana Torres, Ibarra, 22-12-2009;

(ZE-GL) Zoila Espinosa y Germán Lara Vinueza (+), Ibarra, 21-05-2010.

Tercera parte

**Hitos, testimonios
y personajes**

El valor histórico de Pílanquí¹

Sede en Ibarra de la Casa de la Cultura de Imbabura

Pedro Manuel Zumárraga

Un monumento histórico nacional

El 14 de enero de 1987, en beneficio de la Casa del Cultura Ecuatoriana, Núcleo de Imbabura, se legalizó la compraventa del predio Pílanquí, que fue de la antigua hacienda del mismo nombre. La adquisición, entre la casa antigua y el terreno adjunto, abarca una superficie de 5.666 metros cuadrados.

Situada a 300 metros en dirección oeste de la plaza principal de la Villa de San Miguel de Ibarra, Pílanquí fue, ciertamente, en el inicio de Colombia la Grande, una hacienda de considerable extensión, rica de mieses para sustento del hombre y de pastos para el ganado. Su propietario fue el señor Joaquín Gómez de la Torre, prestigioso ciudadano, amante de la libertad, con cuya amistad honrose el Libertador Simón Bolívar.

En Pílanquí estuvo el Libertador las siete veces que pasó por Ibarra. Suficiente, poderosa razón para que la Casa de la Cultura de Imbabura haya adquirido este predio, testimonio fehaciente de aquel tiempo de heroicidad libertaria y para que Pílanquí fuese considerado, en la actualidad, como "monumento histórico nacional". Con el objeto de acercarnos hacia el campo de la verdad histórica y de encontrar los hitos para su demarcación, van los siguientes renglones.

1 El texto está tomado de un folleto publicado con el mismo nombre por la Casa de la Cultura, Núcleo de Imbabura, Ibarra, 1987.



Primeras visitas de Bolívar

Poco después de la Batalla de Pichincha, con la cual el general Sucre consiguió la libertad para nuestra patria, el Libertador Simón Bolívar visitó por primera vez Ibarra el 14 de junio de 1822. Los ibarreños lo recibieron con pompa y esplendor. Aturdido de gozo, dice el distinguido historiador carchense Carlos Emilio Grijalva, su primer cuidado fue atraer a la causa de Colombia a sus principales dirigentes, entre otros a don Joaquín y don Teodoro Gómez de la Torre, uno de los principales ciudadanos de Ibarra, propietario de Pilanquí. Tal aseveración se confirma más aún con lo que dice el mismo coronel Teodoro Gómez de la Torre en sus *Memorias autobiográficas*: “En junio de 1822, tuve la gloria de conocer al gran Bolívar, que al alojarse en nuestra casa tuvo un lúcido y suntuoso recibimiento que le hicieron mis padres”.

El distinguido investigador de la *Historia de Imbabura*, prof. Roberto Morales Almeida, con relación al mismo asunto, expresa lo siguiente en su trabajo biográfico denominado “El coronel Teodoro Gómez de la Torre”: “La amplia casa y la hacienda de Pilanquí eran, en ese año de 1822, de don Joaquín Gómez de la Torre, padres del Coronel. Verdaderamente, se trataba de un tambo, pues allí llegaron los arrieros y consiguieron forraje para sus acémilas. Conocida es la costumbre de Bolívar de acampar junto a sus soldados y vigilar personalmente para que se cuide bien a los caballos, que formaban la columna vertebral de su ejército, siempre en marcha. Lo probable es que Bolívar, después de las manifestaciones de la suntuosa recepción en la casa de los padres del coronel, pasase a Pilanquí a atender los detalles para el alojamiento del

escuadrón de Granaderos que le acompañaban". El doctor Jorge Villalba F., SJ. expresa que en esta primera vez estaba acompañado de bizarros oficiales triunfadores en tantos combates y recientemente en Pasto.

Sea lo que fuere, la verdad es que a los once días de su paso por Ibarra y habiendo estado en Pílanquí, Bolívar decretó, llegando a Quito, la apertura del puerto de Esmeraldas y se afirma que de este asunto y otros, como el de levantar la esclavitud de los negros, ya trató con los principales señores de Ibarra, tales como los Gómez de la Torre, los Gangotena, los Posse, los Tinajeros.

El 29 de octubre del mismo año, 1822, se sublevó Pasto contra la República de Colombia al grito de "Viva el Rey". Sucre se hizo cargo de la campaña para reducirla al gobierno colombiano y pidió al Juez Político de la Villa de Ibarra consiguiera víveres para mil hombres de tropa y forraje para los caballos. El juez político era don Joaquín Gómez de la Torre, propietario de Pílanquí quien, en su calidad de comandante militar de la Plaza, ya había convocado y acuartelado milicias. Después de algunos combates, Sucre logró franquear el Guáytara y entró en Pasto, victorioso el 24 de diciembre de 1822.

Bolívar, ante la posibilidad de seguir más de cerca las operaciones de Sucre, llegó a Ibarra por segunda vez el 12 de diciembre de 1822 y permaneció en ella hasta el 29 del mismo mes. Desde la Villa, con fecha 23 del mismo diciembre, escribe a Santander describiendo, según su mirada avizora, el panorama político de la Gran Colombia. Y durante su estadía, el Libertador atendió con solicitud varios problemas de la Villa, tales como la información de la Junta de Manumisión de Esclavos y la atención al problema de los desocupados que Ibarra los tenía. "En medio de las atenciones de la población, Bolívar andaba sumido en amarguras, inquietudes e incertidumbres sobre el futuro de Colombia", dice el doctor Jorge Villalba F., SJ. Lo cierto es que, para entonces, el Libertador estableció estrecha amistad con don Joaquín Gómez de la Torre, juez político y comandante militar de la Plaza.

"El tercer viaje del Libertador a Ibarra lo hizo del regreso de Pasto, a fines de enero de 1823, cuando volvió dejando de gobernador, en esa ciudad, al coronel Juan José Flores y de jefe del ejército al señor general Salom", dice Carlos Emilio Grijalva, y agrega el mismo historiador: "Nada sabemos de este viaje del Libertador a su paso por Ibarra, que pudo ser entre el 25 de enero de 1823, ya que en Pasto estuvo el 14 de enero y en Quito el 30 del mismo mes" (Vicente Lecuona, *Cartas al Li-*

bertador, tomo III, p. 137)". "No obstante, a este viaje debemos referir un Decreto de Bolívar, en virtud del cual agregó el Cantón Tulcán a la Provincia de los Pastos", agrega el mismo historiador Grijalva.

Bolívar y la Batalla de Ibarra

El siguiente viaje del Libertador fue para batir al insurrecto y aguerrido coronel Agustín Agualongo que victorioso avanzaba con dirección a Quito. Y aquí, en el suelo de la ciudad de Ibarra, en la cuenca del Tahuando, tuvo lugar la Batalla de Ibarra el 17 de Julio de 1823, con la cual Bolívar desbarató completamente a las fuerzas de Agualongo en el Tahuando y en los trigales de la Victoria, campo este en el cual hoy se asienta la Universidad Católica y la ciudadela adjunta. Demasiado sería reiterar que con esta batalla se consolidó la independencia de la Real Audiencia de Quito, hoy República del Ecuador.

Después de la batalla, es muy probable que el mismo Bolívar y su caballería victoriosa habrían descansado en la acogedora Pílanquí de don Joaquín Gómez de la Torre. Luego siguió el Libertador hacia el Sur, llegando a Quito el 31 de julio de 1823.

Por aquel tiempo pasaban por Imbabura repetidas expediciones que marchaban al Norte a sojuzgar las interminables sublevaciones de los pastusos y "los ibarreños tenían que proveerlas de hospedaje, víveres, caballos, mulas y dinero. Una y otra vez se decretaban contribuciones y empréstitos que terminaron con dejar exhausta a la provincia", expresa la *Historia del Ecuador*, de Salvat Editores (vol. V, p. 32). Y nosotros expresamos que el aporte de los imbabureños para consolidar la independencia de la Real Audiencia de Quito fue considerable, digno de ser analizado con detención en la historia.

Otras visitas del Libertador

En el quinto viaje, el Libertador permaneció en Ibarra por cuarta vez, regresando al Perú, en la primera semana de octubre de 1826. Hasta entonces ya se había dado la ley de División Territorial de la Gran Colombia, por la cual desde el 25 de junio de 1824 se creó la Provincia de Imbabura. Venía el Libertador ciertamente victorioso, coronado de relucientes laureles, por cuando había rematado la independencia de la América Española con las Batallas de Junín y Ayacucho, esta última ganada por el general Antonio José de Sucre. Además, Bolí-

var, el estadista, había hecho del Alto Perú una nueva república que se llamó Bolivia con su capital Sucre, en honor del Gran Mariscal.

Anteriormente, en septiembre 8 de 1826, el Municipio de Ibarra junto con todos los notables, eclesiásticos y pueblo en general pidieron que "S.E. el Libertador no solo tome la investidura de Dictador sino otra más ilimitada si fuese posible como la de Ángel Tutelar de Colombia". Antes únicamente habían solicitado lo mismo las ciudades de Guayaquil y de Quito (*Archivo Histórico del Banco Central en Ibarra*).

En Ibarra, y seguramente desde la casa de don Joaquín Gómez de la Torre, escribió al vicepresidente Santander ocupándose de los problemas del Estado. Y esta vez, y desde este año 1826, a petición del Libertador, el joven Teodoro Gómez de la Torre entra al servicio de las armas en calidad de subteniente primero y edecán del genio de la guerra.

Ibarra aplaudió el ideario político y la Constitución Boliviana formulada por el mismo Bolívar. Los ibarreños le pidieron normas, decretos y leyes en beneficio del comercio y la industria y, entre otros asuntos, que atendiera a las circunstancias propias de los indígenas. Bolívar aceptó y se los dio, dice el doctor Jorge Villalva F.

Despierta curiosidad, dentro del aspecto romántico, la carta que escribió Bolívar a su encantadora Manuelita Sáenz, con fecha 6 de octubre de 1826, precisamente desde Ibarra, en la que le dice: "Tu carta del 12 de septiembre me ha encantado: todo es amor en ti. Yo también me ocupo de esta ardiente fiebre que nos devora como a dos niños...".

De Ibarra siguió el Libertador hacia Bogotá, sede del Gobierno de la Gran Colombia. Ya se advertía entonces el descontento en los distritos del Centro y Norte que formaban la gran República. Llegando a Bogotá, encontró fortificado y embravecido el partido antibolivariano encabezado por el vicepresidente Francisco de Paula Santander; pero el Sur, el Ecuador, apoyaba unánimemente la política de Bolívar. Ibarra se hizo presente con su adhesión al Libertador mediante un cabildo ampliado, precisamente bajo la presidencia del gobernador don Joaquín Gómez de la Torre, el distinguido amigo de Bolívar y propietario de Pilanquí.

Ya en Bogotá, Bolívar escapó de ser asesinado dos veces: la primera en un baile de disfraces dedicado al héroe y la segunda mediante el asalto a su habitación por algunos conjurados al mando del teniente coronel Pedro Carujo, en la noche del 25 de septiembre de 1828. En ambos intentos parricidas, Manuelita Sáenz salvó al Libertador, por lo cual desde allí fue llamada "La Libertadora del Libertador". Mas el

instinto separatista o de disgregación de la Gran Colombia aumentaba considerablemente. El mismo Bolívar lo reconoció pronunciando esta célebre frase: "Los hombres y las cosas claman por la separación".

No obstante el descontento antibolivariano, desde Bogotá, visto el informe del gobernador de Imbabura, comandante Basilio Palacios Urquijo, Bolívar decretó la fundación del primer Colegio ubicado en el Norte ecuatoriano, el 16 de febrero de 1828, denominado "Colegio de Imbabura", plantel que más tarde se denominó "San Diego" y que hasta hoy funciona con el mismo nombre en esta bella ciudad de Ibarra, habiendo realizado, ciertamente, fecunda y extensa labor educativa en ciento cincuenta y ocho años de funcionamiento hasta el momento actual.

Dos meses después del fracasado asesinato, el ejército peruano al mando del general José de la Mar, hijo de Cuenca y presidente del Perú, invadió el distrito del Sur de la Gran Colombia, hoy Ecuador, con el ánimo de anexar Guayaquil y las provincias interandinas del Sur a esa naciente pero ambiciosa nación. En diciembre de 1828, el ejército peruano entraba en Loja. Adivinó el encuentro guerrero. La Mar fue derrotado por el Mariscal de Ayacucho Antonio José de Sucre en el Portete de Tarqui el 27 de febrero de 1829.

Sin embargo, los peruanos no quisieron entregar Guayaquil que lo retenían en su poder. Bolívar tuvo que venir de Bogotá a batirlos. Pasó por Ibarra en marzo de 1829. Abrió la campaña de Buijo que duró cinco meses, al cabo de los cuales se firmó el Tratado de Paz de Guayaquil, el 22 de septiembre de ese mismo año.

Con tales antecedentes, Bolívar pasó por sexta vez por Ibarra. Al respecto nada nos dice nuestro historiador consultado, Carlos Emilio Grijalva. Pero nosotros expresamos que con muchas probabilidades encontró generoso y seguro alojamiento en casa de la familia Gómez de la Torre, con cuya amistad hubo de honrarse y ser honrado.

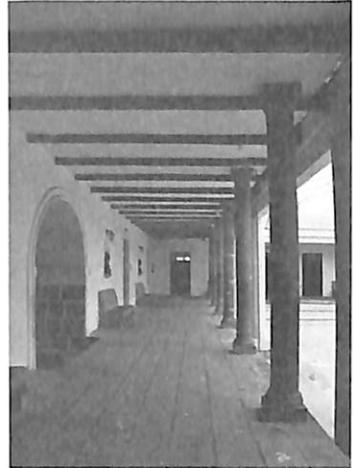
La séptima y última vez que Bolívar visitó Ibarra fue el 2 de noviembre de 1829. Venía del Sur, quizá viejo y cansado de tanto guerrear. Tal vez ya decepcionado de su obra libertadora. Pero aún en tal estado de ánimo venía atendiendo las necesidades de los pueblos que lo vitoreaban. La villa de Otavalo lo recibió con palmas y, como correspondiendo a tanta generosidad, la elevó a la categoría de ciudad el 31 de octubre de 1829. A los dos días, llegando de Ibarra, decretó para esta villa también el ascenso al rango de ciudad, aunque Ibarra ya lo

tuvo en virtud del decreto de la Junta de Gobierno de Quito, en noviembre de 1811.

El valor de Pílanquí

Si todo cuanto se ha dicho no fuese suficiente para considerar a Pílanquí como un reducto histórico con signo nacional porque Bolívar lo enalteció sobremanera, me permito agregar lo que el mismo historiador Carlos Emilio Grijalva expresa en *Monografía del pueblo de Bolívar*:

Dn. Joaquín Gómez de la Torre ejerció el cargo de Juez Político y Comandante Militar de Ibarra en el Ejército Patriótico, cargo que ejerció hasta la organización de la Provincia de Imbabura, a mediados de 1824 hasta enero de 1829 y después como Gobernador titular hasta agosto de 1834. Fue la primera autoridad de Imbabura en la época de la Gran Colombia y primeros años de la República del Ecuador y en El Puntal, dueño de la hacienda Cuesaca... (*op. cit.*, p. 139).



Corredor principal a la entrada de lo que fue la hacienda Pílanquí.

Y don Joaquín Gómez de la Torre, fuerza es repetirlo, fue propietario de Pílanquí: si noble de sangre, noble por su patriotismo; si acaudalado agricultor, célebre también por los servicios importantes que prestó primero a la causa de la Independencia, y luego en tiempos de la Gran Colombia y en los primeros años de la República. Además, para rematar con letras áureas, agregamos: el coronel Teodoro Gómez de la Torre, hijo de don Joaquín y edecán del Libertador fue también, más tarde, propietario de la hacienda Pílanquí, entonces casa de Bolívar y de su edecán; su propietario, don Joaquín, un ilustre patriota.

Por todo lo expuesto, Pílanquí es un solar sagrado en el que Bolívar y su oficialidad, y su Escuadrón de Granaderos, y su tropa, todos con el sello grandioso de la libertad, descansaron de las fatigas que, como secuela, tuvo la Guerra Magna. Pílanquí es el solar con el perfume derramado por el Libertador. Constituye, en verdad, patrimonio histórico nacional. Y honrar al Libertador Simón Bolívar, Genio del siglo XIX, es deber ineludible de la Casa de la Cultura Ecuatoriana "Benjamín Carrión", Núcleo de Imbabura.

Autódromo de Yahuarcocha: el sueño que transformó a Ibarra

Jacinto Salas

Una fecha memorable

El 2 de mayo de 1970 Ibarra era un caos. Miles (algunos calculan en alrededor de 20 mil, otros 30), hombres y mujeres, procedentes de muchas provincias del país, se dieron cita en la Ciudad Blanca y la convirtieron en escenario de la velocidad y el vértigo. Ese día, a casi 20 años del inicio del sueño, se inauguraba la “autopista de Yahuarcocha”, un hito para el desarrollo turístico de la provincia de Imbabura.

Los relatos periodísticos de la época, los testimonios de quienes vivieron ese día, recuerdan la verdadera “invasión” de aficionados al automovilismo que llenaron las calles de la ciudad. El objetivo: presenciar la inauguración de la primera autopista construida para vivir las emociones de la velocidad, experimentar la adrenalina de la competencia, cambiar la rutina de la vida diaria por la experiencia del vértigo y la emoción. Este es un breve recuento de cómo se llegó a ese día.

El inicio de un sueño

Pocos conocen el inicio de lo que se convertiría en el sueño de una generación de ibarreños. Como en ese principio filosófico de “el hombre y sus circunstancias”, en la vida de la pequeña ciudad ocurrió un acontecimiento que marcó profundamente la imaginación de un sector. Sería precisamente en su entorno donde surgió la idea de buscar un espacio en el que se probarían a sí mismos la capacidad de vivir el riesgo de la velocidad. Ese evento fue la realización del Gran Premio de la América del Sur, una épica competencia automovilística que, saliendo de Buenos Aires, llevaría a 138 tripulaciones a recorrer 9.575 kilómetros de desiguales carreteras, entre octubre y noviembre de 1948,

hasta llegar a la lejana Caracas, capital de Venezuela.

Ecuador fue uno de los siete países sudamericanos cuyas polvorientas y, en algunos casos, casi inexistentes carreteras serían parte del recorrido de la gran competencia que puso a prueba la calidad y la preparación de las máquinas y de las tripulaciones. La competencia cuyo nombre inicial se simplificó para pasar a ser la "Carrera Panamericana Buenos Aires-Caracas" conmocionó a los habitantes del país que, durante 19 días, siguieron, jornada tras jornada, las incidencias del exigente desafío.

Los ibarreños no fueron ajenos a la emoción y cuando el 2 de noviembre de 1948 más de 120 vehículos cruzaron las calles centrales de Ibarra (otros ya habían desertado), el anecdotario urbano y el de la prueba se enriquecieron.

Lo relata Gilberto Borja, en entrevista de 30 años más tarde, al periodista Oswaldo Hernández. Borja era propietario de uno de los dos talleres mecánicos automotrices de Ibarra en esa época:

Ese 2 de noviembre se realizaba la novena etapa entre Quito y Pasto. El día anterior, el país había quedado paralizado cuando los Gálvez entraron primeros a Quito y también los vimos pasar primeros por Ibarra. Me acuerdo de Domingo Marimón, Eusebio Marcilla, Ricardo López y, en especial, de los hermanos Poveda cuyo carro se dañó en El Olivo, con la caja de cambios rota. Yo, por ese entonces tenía uno de los dos talleres para automotores que funcionaban en Ibarra, fui a socorrerlos.

La anécdota tiene un final feliz porque en palabras de Gilberto Borja: "Gracias al pueblo pudieron seguir la carrera... los ibarreños les regalaron la caja completa... El carro era un Ford modelo 47. Cuando nosotros empezamos a trabajar eran las 11 de la mañana y se fueron en carrera a eso de las dos de la tarde. Es como si los estuviera viendo...". Borja no recordaba quién o quiénes obsequiaron a dos pilotos extraños, pero ya famosos, la caja de cambios. ¿A cambio de qué? A cambio de nada. Hubo otro vehículo que requirió la atención de los mecánicos



Los vehículos de la carrera Buenos Aires-Caracas en el puente de Los Molinos.

ibarreños. Lamentablemente, el vehículo se accidentó en ese difícil camino, cerca de El Ángel.

La población se volcó a las calles centrales de Ibarra para ver el paso de las tripulaciones de esta singular competencia que muchos vivieron por primera vez. Los pocos segundos que cada vehículo era visible marcaron una profunda huella. Para los jóvenes mecánicos ibarreños que trabaron fugaz amistad con los pilotos detenidos en la ciudad, experimentar la tensión, casi su desesperación, por volver a la competencia, fue una experiencia inolvidable. Para ellos, las emociones del vértigo y la velocidad, el paso del "Gran Premio de América del Sur" por la tranquila Ibarra de mediados del siglo XX, fue el inicio del sueño. "Por eso -como lo señala la *Crónica de los 50 años del Club de Automovilismo y Turismo de Imbabura*- no andaría descaminado quien asevere que la afición al automovilismo de ibarreños e imbabureños nació en esa época, creció en la década de los 50, se consolidó en los 60, hasta alcanzar el mayor logro: la construcción de la autopista de Yahuarcocha concluida en los 70".

Del sueño a la realidad

La pasión por el automovilismo deportivo originada por la espectacular competencia de 1948 no se limitó a Ibarra. Fue generalizada en las provincias que miraron el paso de tripulaciones y vehículos. Contagió no solo a mecánicos sino a muchos aficionados. Tuvo, además, otro resultado: la conformación de la Asociación Nacional de Automovilismo y Turismo del Ecuador. Precisamente pocos meses después de la competencia internacional, ANETA convocaría a la primera prueba que enlazaría dos ciudades serranas: Ambato y Quito.

En Imbabura no había pasado todavía un año de la Buenos Aires-Caracas cuando el Sindicato de Mecánicos y Afines ya organizó la primera carrera. Lo hizo en un circuito urbano singular: el estadio de Ibarra. Esa competencia pionera se realizó, con todo éxito, el 4 de mayo de 1949. Participaron 20 corredores, entre mecánicos y choferes sportman invitados. El triunfo fue para Mario Lalama. No fue, como es lógico, una carrera de velocidad, sino de habilidad.

La primera prueba de ruta entre Quito y Ambato se corrió el 6 de diciembre de 1949. ANETA dio otro paso. Se afilió a la Federación Interamericana de Touring y Automovilismo Clubes, FITAC, que invitó a

participar en la "Carrera Grancolombiana" Quito-Caracas. Ibarra e Imbabura vivirían una vez más las emociones del automovilismo. Eso sucedió el 21 de enero de 1950, cuando se corrió la primera etapa Quito-Pasto. Ocho pilotos ecuatorianos fueron parte de la partida. Sus nombres hicieron historia en el automovilismo ecuatoriano: Salomón Dumani, que ocupó el décimo lugar en la general, Emilio Kronfle, Segundo Santoliva, Luis Larrea, Joel Muela, Alfredo Recalde, Alberto Harb y Jorge Castro. La efervescencia por el automovilismo deportivo se incrementaba. Se conformaron clubes y asociaciones de automovilistas. En Imbabura, el animador era el Sindicato de Mecánicos y de Choferes de Ibarra.

A finales de 1950, ANETA organizó la competencia Tulcán-Quito. Fue la primera en la que participaron tripulaciones imbabureñas. Lo recuerda la *Crónica de los 50 años del CATI*: la prueba sería como partida de nacimiento de la participación, con mucha frecuencia protagónica, de los equipos de Imbabura en las competencias automovilísticas nacionales. Tres equipos de la provincia se inscribieron. "Fue entonces, recuerda Pepe Hidrobo, que los pilotos imbabureños cumplieron el sueño de casi dos años antes, en noviembre de 1948, cuando en la carrera Buenos Aires-Caracas, vimos pasar la caravana de pilotos rumbo al norte y nos nació la idea de prepararnos para competir..." Esa participación despertaría una movilización popular que surgió para apoyar a las tres tripulaciones que representarían a Imbabura: de los hermanos Bucheli, los hermanos Torres y la dupla Luis Silva Buitrón-Gilberto Borja.

En su debut, el equipo de Imbabura, comandado por Luis Silva Buitrón, piloto, y por Gilberto Borja Villacís, mecánico, alcanzó el segundo lugar. Su vehículo fue un Dodge 1940. Esto motivó a los ibarreños. Desde entonces, tripulaciones de pilotos imbabureños, casi todos mecánicos, participarían en competencias, contando siempre con el apoyo de ibarreños e imbabureños que contribuían económicamente para que sus corredores representaran a la provincia. Los triunfos, particularmente de Luis Silva y los hermanos Acosta, mantuvieron la pasión automovilística provincial que sería clave cuando comenzó a hacerse realidad el sueño de una autopista.

Los recuerdos de Gilberto Borja recogidos por Silvio Morán, por Oswaldo Hernández, los de Pepe Hidrobo, Hernán Almeida, Raúl Acosta, Jorge Guerrón, Renato Portilla marcan, para la memoria colectiva de Ibarra e Imbabura, que "así fue como comenzó el automovilismo en la provincia, con Luis Silva Buitrón como el mejor exponente de

la época. Y los hermanos Bucheli, Torres y Acosta, cuatro parejas de imbabureños que, en aquellos lejanos años 50, fueron los primeros en pasar el nombre de la provincia por todo el país". (Osvaldo Hernández)

Los años 60

En 1960, para festejar su fecha clásica, el Sindicato organizó "una verdadera competencia automovilística" que sería una expresión "de la habilidad, del trabajo de los mecánicos", confesaba Hidrobo. La competencia se realizaría en la avenida Mariano Acosta, entonces "toda empedrada. El circuito llegaba a El Ejido, hacienda Santa Inés de la familia Rosales". La avenida era como un paseo de doble vía, con veredas en el parterre central, rodeado todavía de campos agrícolas, rezagos de las viejas haciendas. Las carreras se iniciaban a la altura de Radio Equinoccial, a 50 metros del Obelisco, inaugurado en 1952. Los pilotos y sus copilotos tomaban el carril norte, avanzaban hasta la plaza de El Ejido, daban la vuelta y retornaba por el carril sur hasta el Obelisco, que circunvalaban para avanzar nuevamente por el carril norte y pasar por la sede de la radio, sitio en el que se encontraban los jueces.

La avenida se mantuvo como un circuito urbano hasta cuando algunos accidentes trágicos obligaron a suspenderlo lo que significó, igualmente, la suspensión de las competencias. Esta obligada pausa no mató la afición, sobre todo entre los grandes animadores como Pepe Hidrobo y Hernán Almeida que, en un viaje a Cali tras escuchar el eslogan "Cali tendrá su velódromo" y visitar el sitio "el Yumbo", gestaron la idea de construir una autopista alrededor de Yahuarcocha. La iniciativa tomó fuerza cuando al realizar una reparación de maquinaria agrícola en el sector de El Abra admiraron el grandioso paisaje de la ciudad y, en sus inmediaciones, la laguna de Yahuarcocha. La idea que había nacido en Cali revivió con fuerza, convirtiéndose en la motivación constante de los aficionados.

Una competencia especial

Los inicios de los años 60 fueron especiales para Ibarra. Se promovieron tres proyectos importantes: la instalación de telefonía automática, la nueva planta hidroeléctrica y la instalación del Ingenio Azucarero de Tababuela. A ellos habría que añadir el asfaltado de la Panamericana y el proyecto para la construcción del nuevo abastecimiento de agua

potable de Ibarra. A esos proyectos se uniría otro que logró unir a los ciudadanos: la construcción de la autopista de Yahuarcocha.

Como en años anteriores, en 1961 el Sindicato de Mecánicos y Artesanos Afines preparó una competencia automovilística para el 1 de mayo. Esta, como característica especial, fue autorizada por ANETA, lo que la convertía en prueba oficial. Ello obligó a nombrar comisiones, directores de la carrera, jueces y aplicar un reglamento con estrictas normas. Entre los colaboradores aparece, por primera vez, el nombre de Pepe Tobar quien tendría un papel relevante en el automovilismo imbabureño.

El éxito de la prueba, realizada en la avenida Mariano Acosta, revivió una aspiración que venía casi de diez años: la organización del Club de Automovilismo. El 4 de junio, gracias a las gestiones de Tobar, se logró la constitución del "Automóvil Club de Imbabura, filial de Aneta" que más adelante se llamó Club de Automovilismo y Turismo de Imbabura, CATI. Al evento de creación concurren los principales de ANETA: Manuel de Guzmán Polanco, Estéfano Isaías, Segundo Fraga Muñoz.

El 4 de junio fue también del nacimiento oficial del proyecto de la construcción de la autopista. Manuel de Guzmán Polanco, presidente de ANETA, al comprometer el apoyo dijo: "Para llevar a feliz término el anhelo de los ibarreños, de ver convertida en autopista la carretera de circunvalación de la laguna de Yahuarcocha". A partir de la fecha muchos se sumarían al proyecto. Se iniciaron gestiones ante el municipio de Ibarra, que se comprometió a realizar las expropiaciones necesarias. El consejo provincial ofreció la ayuda de maquinaria. El ministerio de Obras Públicas y ciudadanos particulares prestaron tractores. Entre los miembros del CATI se reunió la cantidad inicial de s/. 537,00 con la cual se iniciaron los trabajos.

Se hizo indispensable conseguir más recursos. Se promovieron diversas iniciativas, como una contribución en la revisión vehicular, pagos de inscripción en el club y cuotas mensuales. Aneta realizó eventos en Quito. Con todo ello y la maquinaria prestada comienza la gran aventura de construir la autopista. El 16 de agosto el club publicó un llamado a la ciudadanía que explica los propósitos del proyecto:

La Autopista de Yahuarcocha constituirá el orgullo de los ibarreños y la demostración de su capacidad de trabajo, unión y progreso. En ella tendremos la grata satisfacción de abrazar a nuestros hermanos, cuando a su

alrededor todas las provincias se hallen representadas en una competencia automovilística de invalorable emociones. El Club de Automovilismo invita a todos los ibarreños de corazón que amen a su tierra, para que cooperen de acuerdo a su capacidad en la construcción de dicha autopista.

Todos unidos haremos progresar este bello e histórico rincón ibarreño. Todos unidos haremos de Ibarra el lugar turístico más acogedor del país. Todos unidos construiremos la Autopista de Yahuarcocha.

El tiempo demostraría que el Club e Ibarra cumplirían su palabra.

Un apoyo generalizado

A partir de esa fecha, José Tobar y los integrantes del directorio inician una tarea titánica: contar con el apoyo de la ciudad, convencerla de la importancia de la obra para potenciar su desarrollo. Se usaron todas las iniciativas. Una competencia automovilística en la capital, que se realiza en el hipódromo de Quito y deja un saldo de 27.818 sucres. La elección de "Señorita Automovilismo", que recauda 53.665 sucres. Los esfuerzos se suman, se emiten bonos; el Consejo Provincial de Pichincha presta un tractor; lo propio hace el ministerio de Defensa. El ferrocarril los transporta gratuitamente. Hay aportes de dinero del Banco del Pichincha, de asociaciones de ibarreños residentes en otras ciudades, se integran comités de ayuda, como el de San Antonio. La ciudad vive la efervescencia de la construcción del autódromo.

El 27 de agosto de 1961 se inician oficialmente los trabajos de construcción ante la presencia de cientos de ciudadanos que acuden a Yahuarcocha en buses cedidos por las empresas. Poco después, San Antonio organiza una gran minga con más de mil personas. Fue tan importante su trabajo que el diario local asevera: "está terminada la mitad de la obra".

El proyecto prendió en el espíritu de los ibarreños. Como si despertara esa sensación profunda que Roberto Morales definió como "ibarreñidad". Pronto, el club ya tiene más de 70 miembros, no todos de Ibarra, también de Quito; algunos tan importantes como el embajador de los Estados Unidos, Maurice Bernbaum. Todos pagan su inscripción y sus cuotas que, de alguna manera, permiten a la organización solventar gastos elementales. Las mingas se repiten y los estudiantes del Teodoro y del Sánchez trabajan unidos por la obra, atendidos por las chicas del Ibarra.

Surgen otras iniciativas, como la donación de ladrillos. Los ministerios se interesan por la obra. Al de Defensa se une el de Obras Públicas. Se consiguen más aportes de los ibarreños ausentes, de empresas y empresarios. No falta la ayuda oficial.



Trabajos de movimiento de tierras en la construcción del autódromo, 1960-61.

La más importante, una partida de medio millón de sucres en el ministerio de Obras Públicas y otra de 100 mil, esta sí efectiva, en el Presupuesto General del Estado, que maneja el consejo provincial. A finales del año 62 una auditoría revela que los ingresos en firme para la construcción han sido de 233.918 sucres y los egresos de 223.312. Con todo, los recursos siempre serían escasos y llegan a cuentagotas, pese a las gestiones del directorio, particularmente de Tobar. Surgen también dificultades como la decisión de ciertas entidades de exigir la devolución de la maquinaria. Hay que extremar las influencias para que permanezcan uno o dos meses, pero no más.

Para diciembre del 62, la pista está virtualmente abierta en su totalidad, en tierra. Paralelamente a la apertura, se ha venido construyendo el muelle bar de Yahuarcocha, que inicialmente es administrado por el municipio y luego lo cede en arrendamiento al CATI.

Llega el año 1963. Se ve la necesidad de otras obras, entre ellas la construcción del acceso, la avenida Paccha, que será empedrada. En el interín, el presidente, José Tobar ha sido electo alcalde de Ibarra y presenta su renuncia al club. Este la rechaza. Pepe Tobar, luego de



una gran asamblea de socios, aunque renuente, acepta continuar al frente del club. Esto sucedía el 14 de julio de 1963. Llegan otras noti-

José Tobar Tobar, José Vásquez Madera y trabajadores al comenzar los trabajos, 1961.

cias positivas como el préstamo de la Caja Nacional del Seguro Social y la intervención de Acción Cívica, de las Fuerzas Armadas. El directorio acepta la iniciativa de empedrar toda la autopista, es decir los 10 kilómetros. Confía inaugurarla el 28 de abril de 1965.

No obstante, hay también dificultades de carácter jurídico. La apertura de la autopista afecta terrenos colindantes y, a pesar de que el municipio habló inicialmente de expropiaciones, nada se ha hecho al respecto. Buena parte de los espacios pertenecen a escuelas y comunidades religiosas. Las hermanas carmelitas ceden gratuitamente todo el terreno indispensable. Con otras entidades, el problema se prolongará hasta cuando el tiempo olvida los reclamos. La construcción, quiéranlo o no, está también sujeta a los vaivenes de la política nacional, que cambia radicalmente. Se instaura una Junta Militar que dispone cambios administrativos importantes. Esta transición y otras razones determinan un receso en las actividades del club, que espacia sus reuniones, pero sigue con las actividades orientadas a conseguir fondos. Bingos, un concierto, competencias automovilísticas, la campaña "sucre por Yahuarcocha", o la del "saco de cemento" tienen éxito porque los ibarreños ven en la construcción una alternativa para el desarrollo, principalmente del turismo.

El espíritu competitivo se mantiene en todo lo alto. El año verá tres competencias. El Sindicato de Mecánicos y Afines organiza una competencia. La hará en Yahuarcocha, en la pista de tierra recientemente abierta. El evento constituye un éxito, hasta en lo económico. La ciudadanía concurre y paga "el sucre por Yahuarcocha". 40 días más tarde, el club organiza la primera "Vuelta al Imbabura", con 18 pilotos, los más destacados del Ecuador. La tercera será en octubre, con la participación de los pilotos del Automóvil Club de Quito.

El nuevo año 1964 llega una buena noticia: el gobierno militar incrementa el impuesto al cigarrillo "Frontera", del cual un importante porcentaje se entregará para la construcción de la autopista. La transferencia del impuesto no siempre es oportuna, lo que complica la situación económica que acusa un déficit, que impide el desarrollo de más obras. No obstante surge algo más grave al interior del club, Pepe Tobar convoca a una asamblea en la que presenta su renuncia, que es rechazada de manera unánime. Convocada otra asamblea, también la niega. Se hace indispensable una nueva reunión que insiste a Pepe Tobar retirar su renuncia. El presidente mantiene su posición pero al final cede.

Seguirá dirigiendo el club. Pese a los nubarrones se dan también signos positivos. El municipio logra un crédito del Seguro Social. Una parte del mismo será para la construcción de la autopista. También el programa de Acción Cívica de las Fuerzas Armadas promete su apoyo.

1965 llega con noticias positivas, pues se estima que el impuesto al cigarrillo generará una asignación anual de 130 mil. Sin embargo, hay algo mucho más importante para la provincia y la región: se inicia la construcción y asfaltado de la nueva carretera Panamericana a cargo de la compañía INCA. El Municipio de Ibarra pide que en el contrato de construcción se incluya la terminación y asfaltado de la autopista. El ministro de Obras Públicas propone se termine primero la Panamericana y solo después se proceda al asfaltado de la autopista.

De forma increíble, la propuesta genera polémica. Hay quienes prefieren que la pista sea empedrada. Otros apoyan el asfaltado. Incluso se realiza una encuesta entre autoridades del MOP, incluido el ministro, el Colegio de Ingenieros, los pilotos, empresas de transporte. Transcurrirán dos años para que se tome la decisión: pista asfaltada. Mientras tanto la falta de dinero siempre es un limitante para la ejecución de obras complementarias. El directorio piensa en un crédito que podría ser fácilmente cubierto con los réditos del impuesto al cigarrillo que se calcula en 130 mil anuales. Se acude al Seguro Social, con el respaldo de uno de los miembros del gobierno militar. Pero el Seguro niega el préstamo. Las ilusiones de un año de realizaciones se diluyen. Se hizo necesaria la intervención directa de uno de los miembros del gobierno, Marcos Gándara, para que el ministerio de Finanzas transfiera los 130 mil sucres del impuesto al cigarrillo.

Lo que se ha logrado ha llegado con esfuerzo propio y, sobre todo, con el apoyo popular: el de las mingas. El pueblo sigue considerando al autódromo su obra, la que provocará cambios en la vida social y económica de la ciudad. En febrero de 1966 llegan malas noticias: el ministerio de Finanzas niega la asignación de 130 mil, provenientes del impuesto al consumo de cigarrillo de frontera. El ministro niega una orden expresa del general Marcos Gándara. Hay que acudir ante el presidente del gobierno militar para exponer el caso. El contralmirante Ramón Castro y el general Marcos Gándara dan la razón y ordenan la transferencia. El ministro de Finanzas, qué ironía, transfiere con una nota: "será la primera y la última transferencia porque el Gobierno carece de recursos". El impuesto en lugar de servir a la región

donde se genera, engordará las arcas fiscales. Poco después, la Junta Militar abandona el poder. El presidente interino, Clemente Yeroivi, aplica "una terapia de choque" a las finanzas del país. En esa gestión, Yahuarcocha no recibirá un centavo del gobierno nacional.

El club trabaja como puede para cumplir su compromiso con el automovilismo ecuatoriano, con Ibarra y el turismo de Imbabura. No hay maquinaria. Las entidades no la prestan, por lo que se trabaja a pico y pala, sobre todo en la conformación de taludes, drenajes y el alcantariado, para lo cual se necesita tubería de 600 y 800 milímetros. El CATI emprende la campaña del saco de cemento para Yahuarcocha. El aporte constituye un éxito y se consiguen cerca de mil sacos de cemento.

El motor de la obra es el equipo liderado por Pepe Tobar que incluye, entre otros, a Pepe Hidrobo, Hernán Almeida, Renato Portilla, Oswaldo Saá Jaramillo, Hernán Daza, Jaime Orquera. El gran animador es Tobar quien con sus gestiones permanentes logra apoyos, transitorios, ciertamente, pero que contribuyen al avance en la construcción, entre ellos los del ministerio de Obras Públicas y del batallón Chimborazo. Se logra interesar en la obra a la recién conformada Corporación Ecuatoriana de Turismo, CETURIS. Se inicia la gestión de un crédito de un millón de sucres de la Caja del Seguro.

Entre tanto, el interinazgo concluye y el país cuenta con un nuevo presidente: Otto Arosemena. Termina 1966. La situación política ha impedido un mayor avance en la construcción de la autopista que, pese al tiempo transcurrido, sigue pendiente en la mente de sus promotores y en la aspiración ciudadana. Sin embargo, casi al finalizar el año, hay buenas noticias como la entrega de una mina de arena al CATI, la asignación de 500 mil por parte del ministerio de Obras Públicas para la terminación de la autopista y una noticia importante: se conoce la propuesta del batallón Chimborazo para las obras de conformación de la autopista. El batallón trabajará la base y la subbase y dejará lista la autopista para la imprimación asfáltica.

De autopista a autódromo

Con estos vaivenes, en los que juega también la política nacional, el CATI llega a 1967. Al iniciar el año, el directorio del club aprueba la contratación de obras con el batallón Chimborazo. En 1961, en un arranque de audacia, el club inició las obras casi sin recursos, solo con la esperanza de financiarlas en el camino con el aporte ciudadano. Seis

años más tarde se está a las puertas de un cambio notable: la contratación de una compañía, el batallón Chimborazo para la construcción técnica de la autopista. Quedarán atrás años de "ir haciendo camino al andar", para pasar a una etapa de construcción profesional. El club entrega un anticipo de 150 mil sucres. La maquinaria del Chimborazo comienza a llegar en los primeros días de marzo, en plena etapa lluviosa, lo que obliga a postergar la iniciación de los trabajos. Allí surge un proyecto polémico cuyo desenlace nunca fue previsto por el CATI.

La construcción de la Panamericana, confiada a la compañía INCA, incluye la construcción y asfaltado de la vía de circunvalación a Ibarra, con una condición previa: el municipio pagará el costo total de las expropiaciones. El cabildo no está en condiciones de hacerlo, por lo que acepta una propuesta, no sin el rechazo de algunos sectores que prevén una pérdida para la ciudad: INCA, a cambio de una hipotética vía de circunvalación, pavimentará la autopista de Yahuarcocha. Días después, el presidente Otto Arosemena Gómez está presente en la suscripción de los contratos con el batallón Chimborazo y la compañía INCA. En adelante, la terminación de la autopista será asumida por el Estado.

Este hecho marca un cambio fundamental en la visión histórica del grupo de soñadores ibarreños. De la aspiración inicial, que se limitaba a la apertura de una vía de circunvalación a la laguna, construida con la suma de esfuerzos de la colectividad, se llega al compromiso formal del gobierno que mira en el proyecto un objetivo de desarrollo turístico. El compromiso, aun cuando no soluciona totalmente los problemas de la construcción, constituye una garantía de seguridad del financiamiento estatal que, tarde o temprano, cristalizará en la realidad el sueño de los ibarreños. La presencia del presidente permitió una mañana de festejos que incluyó una "carrera romana", con las carretas Marañón, una competencia de motos y una travesía natatoria de la laguna de Yahuarcocha.

El batallón Chimborazo inicia las obras. Trabaja cunetas de coronación, realiza movimientos de tierra, alcantarillas. Agilita la construcción de la subbase, aun cuando no recibe los pagos. El CATI demanda las transferencias proporcionales. El ministerio de Finanzas dice no. Además se necesita ampliar la longitud de la pista, pues no pasa de los 9.280 metros y hay que alcanzar los 10 mil. El club acepta, pero deberá financiar 200 mil más.

Dice el refrán que quien insiste alcanza. El Instituto Nacional de Previsión autoriza el crédito de un millón. No obstante otra llave se cierra en el ministerio de Finanzas, que apenas acepta transferir 40 mil sucres de los 200 mil asignados. El tira y afloja con el ministerio se prolongará, lo que traerá severas dificultades con el batallón Chimborazo que se queja de estar financiando la construcción.

Al finalizar el año, pese a todos los logros, el presidente del club José Tobar presenta por cuarta ocasión su renuncia. El argumento es que no ha logrado consolidar el club. La entidad no acepta la renuncia y muestra su confianza a Tobar reeligiéndolo. Este acepta seguir al frente con la ayuda de Renato Portilla como vicepresidente y de Fernando Madera, secretario. Llega 1968 pero el autódromo sigue inconcluso.

El año 1968 se abre con expectativas. Comienza a fluir el crédito del Seguro. El legislador Germán Grijalva ha conseguido una asignación de 380 mil sucres para la construcción. El ministerio de Finanzas hace pagos atrasados. Los trabajos del batallón Chimborazo dan una nueva vista de la obra y se comienza a hablar ya no de autopista, ni de pista de circunvalación, sino de autódromo. Esto cambia totalmente la visión del club que convoca a los colegios de ingenieros y arquitectos de la provincia para diseñar la "casa social" que incluye *pits* y torre de control, que deberán estar concluidos a tiempo para la inauguración. El club vive una etapa de euforia, como a inicios de la construcción. Los aspectos positivos se suman: crédito del Instituto Nacional de Previsión por un millón de sucres, apoyo del Estado que asume el asfaltado; la presencia del Batallón Chimborazo que trabaja en la construcción.

Sin embargo, los nubarrones no se alejan. La falta de un supervisor hace que los trabajos del batallón de ingenieros sufran retrasos, aparentemente injustificados. El club tampoco transfiere puntualmente los pagos. Se impone una reunión para zanjar diferencias. Más tarde vendrán nuevos problemas, esta vez técnicos. La compañía INCA no acepta las obras realizadas por el Chimborazo por mal hechas. Habrá que mediar para salvar los desentendimientos, incluso con la presencia de los jefes del batallón. Entre tanto en la siempre vidriosa vida política del país, se produce un nuevo relevo presidencial. El nuevo presidente es José María Velasco Ibarra.

En Yahuarcocha, un análisis técnico explica que los problemas que afectan las obras de base y subbase, se derivan de la humedad provocada por la cercanía del espejo de agua. La solución estaría en limitarlo.



Cientos de ibarreños y moradores de las parroquias rurales participaron en la minga que coincidió con la visita del presidente Velasco Ibarra, 1969.

El club asume el trabajo con la construcción de un túnel de desfogue y obras complementarias. El año 68 termina, la autopista, no.

1969 se inicia con el anuncio de la visita del presidente Velasco Ibarra. Pero la visita se aplaza. Entre tanto, la iliquidez del club lleva a la paralización de las obras. El batallón Chimborazo no puede seguir financiando la construcción. Otra dificultad proviene de los propietarios colindantes de la autopista, que reclaman indemnizaciones sobre la ocupación, aparentemente unilateral por el club, de las propiedades. El reclamo pasa casi inadvertido y sin solución a la vista. Pero la visita del presidente Velasco se concreta, vendrá a Ibarra a finales de abril.

El CATI prepara una gran minga para demostrar al presidente que la obra es de los ibarreños. El trabajo de cientos de ciudadanos impresiona al mandatario que pocos días después asigna un millón de sucres para la terminación de la autopista. Se suscribe un convenio con el MOP pues la asignación gubernamental se entregará mediante una cédula, que el batallón Chimborazo la acepta como parte de lo que le adeuda el club. Pero los recursos escasean, por lo que se propone solicitar un nuevo crédito al Instituto Nacional de Previsión, esta vez por 2 millones 481 mil sucres. En medio de todo, el ministro de Obras Públicas, Miguel Salem Dibo, ordena el retiro de la maquinaria de Yahuarcocha. La medida es una chispa. Se declara un paro provincial y hasta se produce un fallecido. Diputados del Congreso Nacional intervienen para encontrar una solución inmediata, la que llegará con la revisión de la medida.

El 30 de septiembre, el batallón Chimborazo comunica al CATI que su trabajo en Yahuarcocha ha terminado. Ahora la responsabilidad de concluir la obra es de la compañía INCA, encargada del asfaltado. La empresa quiere hacerlo lo más pronto pues debe trasladar

su planta a la zona de Cayambe. El 8 de diciembre de 1969 INCA coloca la última volqueta de asfalto. Los trabajos terminan. Un pergamino, enterrado con la última carga de asfalto guarda, “para la posteridad”, la memoria del esfuerzo de un grupo de soñadores y de la contribución del pueblo ibarreño. El pergamino dice: “Este autódromo es obra del pueblo de Ibarra para el Ecuador”.



El Presidente Velasco Ibarra en la inauguración, acompañado del Gobernador y el Alcalde de Ibarra.

La inauguración

Concluida la construcción, el club piensa en la inauguración. Las obras complementarias no están listas. Faltan *pits*, torre de control, parqueaderos, mallas de seguridad. No importa. Se fija la fecha: 2 de mayo de 1970. Aspira contar con la presencia del presidente Velasco Ibarra, quien dio el último empujón a la obra. Se publicita el evento y hasta se piensa en lo que representará la presencia de miles de personas y aficionados al automovilismo en Ibarra y Yahuarcocha.

Luego de ocho años, la utopía se hizo realidad. El programa inaugural superó todas las expectativas. Miles de aficionados, algunos calculan en 20 mil, llegaron a Ibarra. El desbordamiento fue tal que fue imposible lograr un mínimo control. Los ibarreños fueron los invitados de honor. La Policía fue impotente para ordenar la presencia del público. José Tobar Tobar, en representación del CATI, hizo la entrega simbólica del autódromo a la ciudad, en la persona del Alcalde, Galo Larrea Torres. Ibarra, a su vez, la entregó al país, representado por el presidente Velasco Ibarra y la primera dama de la nación doña Corina del Parral. Luego vendría la bendición de la autopista y la primera competencia oficial, con la presencia de 33 pilotos. Ibarra fue una fiesta y más, cuando el primer triunfador de la prueba fue Fernando Madera, “el desconocido volante de Ibarra”, que provocó “el júbilo indescriptible que se vivió en esos instantes, porque los fanáticos imbabureños celebraron con estrépito esta inesperada victoria...” Ibarra había cumplido su sueño.

San Antonio de Ibarra

visto por un testigo del tiempo¹

Oswaldo Villalva

Pórtico

Mientras en el mundo transcurría el agitado siglo XX, en muchos rincones del planeta, como San Antonio, la vida transcurría plácida y tranquila, haciendo del trabajo un canto diario de sentimiento y de belleza, expresado en los trabajos de tallado y escultura en madera, como también en pintura. Una entrega espiritual en la concepción de las formas que invitan a solazarse y al goce contemplativo de los objetos con estética, trabajo que San Antonio desarrolló durante el siglo pasado.

San Antonio de Ibarra se encuentra recostado plácidamente en las arrugas de la parte norte de nuestro monte tutelar, el Imbabura; en el centro de la provincia, que lleva su nombre. Los pobladores de este pueblo tenemos la sensación de estar protegidos por las formas armoniosas del Imbabura, parecidas a un león vigilante.

Los primeros rayos del sol, al comenzar un nuevo día, tocan la corona de este rey, e iluminan su silueta, que pasa a ser fondo del escenario de este gran panorama. La luz del amanecer va dando forma a la hermosa silueta de nuestro cerro, dibujando los contornos que separan la tierra del cielo. El volcán parece modelado por los escultores gigantes de este suelo y coloreado por mágica paleta de sus pintores colosales; de formas insinuantes y voluptuosas, como la loma redonda que parece en el seno de una diosa; de colores atractivos como el tiempo de maduración de los frutos: verde amarillento de tonalidades bronceas, que no cambian ni con el paso de los años. Pensando que a sus pies se recuesta un pueblo de gente contemplativa.

1 Este texto ha sido preparado por Oswaldo Villalva para esta *Monografía de Ibarra*, a base de su obra ya publicada *Testigo del tiempo*. El editor realizó varios ajustes y sugerencias que el autor aceptó. Esta debe considerarse como una nueva versión.



Parque de San Antonio de Ibarra con el *Taita Imbabura* de fondo.

El canto de los gallos es el prelude del amanecer que termina con el sueño de los vecinos del lugar. Un concierto instrumentado por los trinos de los pajaritos anuncia alegremente el comienzo de un nuevo día. El dique de la quebrada San Antonio nos entregó siempre del agua más cristalina y pura para la vida de sus habitantes. La luz cambiante nos aclara los colores y los vuelve más intensos y brillantes.

Los rayos de la aurora matinal delinean y colorean a la montaña y a las casitas blancas que despiertan todos los días. El pueblo entona una canción, una sinfonía orquestada por el ritmo del golpeteo de las herramientas, del alba al crepúsculo. Aldea de casitas, talleres durante el día; descanso por las noches, como las colmenas; arquitectura horizontal y provinciana de tejados, poyos y corredores de pilares. Cada casa es un taller, cada taller un conjunto ordenado desordenadamente de formones, gubias, bancos y cepillos, madera y figuras en proceso, imágenes que se exhiben.

Escenario de trabajo y búsqueda permanente de nuevas técnicas del saber y perfección. Entre bancos y herramientas juega el niño dentro y fuera del país, que comienza a vibrar al compás del ritmo que dirige el escultor. Corredores de poyos y pilares; privados y públicos, tibios y

acogedores, sala de encuentro de paisanos, lugar de animada tertulia, de recuerdos y esperanzas. Conjunto de viviendas rodeadas de maizales de color verde esperanza. Caserío abrazado por múltiples pedazos de terreno, llamados cuadras, cuyos bordes estaban delimitados por hileras de nogales, guabos y aguacates. Terrenos cultivados con esmero que guardan el perfume de guayabas, guabas, granadillas, higos y taxos.

San Antonio, de calles sinuosas recorriendo hacia arriba, como buscando llegar al cielo. Quebradas y caminos zigzagueantes, trazados en dirección de la cúspide de la montaña. Desde su corazón, el parque, igual que una arteria, parte el camino viejo que nos lleva muy lejos en direcciones norte-sur; no sabemos desde cuándo. El pintoresco ferrocarril, a su paso por el Barrio Caliente, llenaba de alegría y romanticismo a los habitantes de esta tierra.

Ventana abierta de cristales transparentes y límpidos desde donde captamos lindos rincones. Balcón andino, mirador permanente que nos permite contemplar el paisaje de ensueño. Por sus pies, recorre una larga e interminable serpiente azulada que nos empuja hacia la modernidad.

Al norte, después del valle Imbaya, las montañas en un delicado gris azulado tenue forman una gama salida de la paleta de Troya. En este goce, contemplativo diario, nuestras miradas se pierden en el infinito. A nuestro alrededor, todo es un paisaje hermoso. Lagar solariego, taller de grandes artistas, pintores y escultores. Este pueblo es una composición armoniosa de aire limpio, agua cristalina y pura, cielo azul transparente, suelo fecundo y generoso, clima tibio y acogedor, casitas de adobe y pared de mano, calles empedradas de líneas asimétricas, montañas imponentes, paisaje encantado; pueblito acariciado en el regazo del Imbabura, trazado por el viento, columpiándose del firmamento.

San Antonio en un brochazo

Ubicado al filo de la carretera Panamericana Norte, San Antonio está a 5 km del centro de Ibarra y a 100 de Quito en dirección sur. Es de una configuración urbana alargada de Norte a Sur, se encuentra limitado a sus costados por la quebrada La Cacho al oriente y la Quebrada San Antonio al occidente.

Comenzando por el norte, calles de este a oeste: Camilo Pompeyo Guzmán, en homenaje y memoria al primer profesor de escuela que

formó parte del Liceo Artístico en 1880, maestro de la sección primaria. Nació en la provincia de Esmeraldas, vivió en San Antonio hasta su muerte. Calle Fernando Terán en honor del sacerdote que se encontraba al frente de la parroquia y actuó a favor de los patriotas en la batalla del 27 de noviembre de 1812. La siguiente calle parte de la Iglesia y se denomina García Moreno, en memoria del presidente conservador y católico. A continuación, la calle Luis Enrique Cevallos, reconocimiento a un maestro querido del pueblo. La calle Hermanos Mideros, por los grandes artistas: el pintor Víctor, el escultor Luis, el arquitecto Jorge y el hermano Jonás, de la comunidad dominicana, también pintor de extraordinario estilo. Hacia el sur la calle Eloy Alfaro, el mejor ecuatoriano y el mejor presidente del Ecuador. Le sigue la calle Comandante Ezequiel Rivadeneira. Guardando la memoria de un hijo predilecto que llegó a ejercer las funciones de director del Instituto Geográfico Militar y uno de los hombres más cariñosos y generosos de esta tierra. A continuación forma una especie de calle el cruce de la línea férrea. La última calle, al sur, Gullón y Pontón, en homenaje a un oficial francés que dirigía el ejército patriota en la batalla de 27 de noviembre.

Al oriente, antes de la quebrada La Cacho, se está comenzando la apertura de una calle. De oriente a occidente: la calle Bolívar, en homenaje al Libertador. La calle 27 de noviembre, en recuerdo de la batalla librada en San Antonio el 27 de noviembre de 1812. La calle Sucre, por el General que ganó la Batalla del Pichincha que nos dio la independencia. La Ramón Tenga, honrando al primero y destacado músico del pueblo, comparable a don Daniel Reyes en la escultura.

La última calle al occidente, antes de la quebrada San Antonio, la famosa calle Oscura, lugar de anécdotas y vivencias, hoy llamada 10 de Agosto, recordando el Primer Grito de la Independencia del Ecuador. En la parte norte, en los últimos años, se abrió una calle de dos manzanas que parte de la Bolívar al Daniel Reyes, todavía no tiene nombre. Al inicio del pueblo, también existe una callejuela que cruza la Panamericana en ángulo muy cerrado, que tampoco está bautizada.

Tiene dos plazas: el parque Francisco Calderón, en cuyo centro se encuentra el monumento al coronel Francisco Calderón, cubano, que dirigía el ejército patriota en la batalla del 27 de noviembre de 1812, murió fusilado en Ibarra; está situado en el centro del pueblo entre las calles Bolívar al oriente, 27 de noviembre al occidente, Luis Enrique Cevallos al norte y Hermanos Mideros al Sur; y la plaza Heleodoro Ayala está entre

las calles Camilo Pompeyo Guzmán, Fernando Terán, 27 de noviembre y Bolívar, en proceso de cambio en esta fecha. En los últimos tiempos se han formado muchos barrios que se encuentran organizando su nomenclatura. La iglesia parroquial se encuentra en una calle, en un rincón del pueblo, no ocupa como en otros lugares el centro de la plaza principal.

Hitos históricos

La población de San Antonio fue fundada el 24 de marzo de 1693. De ello existe un extenso testimonio, del que transcribimos una pequeña parte inicial:

Demarcación del pueblo de San Antonio de Carangue.- En el pueblo de San Antonio de Carangue y último de la provincia de villa y su jurisdicción por la parte de arriba que tiene por linderos por el un lado del pueblo de Tontaqui jurisdicción del pueblo de Otavalo y por el otro la jurisdicción de dicha villa por arriba con el erro que llaman San Pablo y por abajo del valle de Santiago también jurisdicción de dicha villa - en veinte y cuatro de marzo de mil seiscientos noventa y tres se vista de ojos de dicho pueblo y su jurisdicción y no se halla razón de que hubiese habido cacique principalidad ni parcialidad ni tampoco de la visita que hizo el general Antonio de Santillana ojos de la demarcación que hizo de dicho pueblo y tierras de la comunidad en el tiene por Gobernador a Don Luis Cabezas natural del pueblo de Urcuquí y también cinco indios principales los tres que sirven de cobradores de tributo y los dos de alguaciles y cuatro indios naturales que con los cinco principales son nueve los que están dentro de la demarcación del pueblo con cuatro reservados para el servicio del cura y en las estancias de la dicha jurisdicción son veinte y ocho que con los referidos son treinta y siete los que están dentro de la jurisdicción tributarios: y aunque en las cartas cuentas se hace cargo el dicho gobernador de ciento ochenta y siete indios los ciento cincuenta están ausentes en diferentes pueblos fuera de la jurisdicción de la jurisdicción de San Antonio y los vecinos en hacendados en ella ciento ochenta indios adquiridos para la labor de su hacienda porque conste por diligencia lo firmamos con asistencia del reverendo Padre Frai Antonio Ortiz cura doctrinero en el y algunos vecinos y el gobernador (f) Miguel de Aguinaga.- Joseph Recalde y Aguirre.- Antonio Ortiz de Cevallos.- Medardo d Almeida. Gregorio de Ayala.- D/. Luis Cabezas.- Dr. Jerónimo de la Torre.

Se escogió este lugar para establecer el sistema de reducción que consistía en determinar el centro de poblados indígenas importantes, para enseñar el idioma y acristianar a los indígenas: al oriente Caran-

qui, al occidente, Atuntaqui, y al norte Imbaya. La tarea de cristianización a cargo de los padres franciscanos que tenían su convento en Otavalo. Por eso bautizaron como San Antonio de Padua a este lugar.

El destino le negó tierras para cultivo, que han sido fuente de trabajo de todos los asentamientos rurales, a cambio alimentó su espíritu con la sensibilización ante las cosas bellas, del paisaje, dotándole de mente y habilidad prodigiosa a sus manos. Todos los pueblos fundados por los españoles se establecían en lugares donde existían fuentes suficientes de agua para la supervivencia, pero San Antonio no ha tenido el líquido en cantidad necesaria para su desenvolvimiento.

La gente de San Antonio

La gente que llegó a la región engrosaron la mano de obra que utilizaban las haciendas y pedazos de suelo de más de una hectárea. No es que nos avergoncemos de nuestro origen indígena, ni que nos sintamos orgullosos de los españoles, especialmente de los que llegaron a América. Nuestro San Antonio es mestizo por los apellidos que aquí se encuentran: León, Cevallos, Almeida, Rivadeneira, Durán, Rivera, García Santacruz, Velasco, Reyes, Placencia, Venegas, Suárez, Cisneros, Viteri y muchos otros.

A pesar de sus limitaciones físicas, San Antonio creció como una parroquia en el siglo XX. El pueblo de Antonio Ante consiguió la cantonización y se llevó los barrios que pertenecían a San Antonio, elevándolos a parroquias del nuevo cantón: Chaltura, Natabuela e Imbaya.

En la actualidad, San Antonio cuenta con 25 barrios: Tanguarín, Santo Domingo, Bellavista Alto, Bellavista Bajo, Loma de Soles, Guayllabamba, Pucahuayco, San Vicente, Gustavo Pareja, Moras, Santa Marianita, La Cruz, Santa Clara, Vista Hermosa, Compañía de Jesús, Los Nogales, José Tobar, Andrea Tobar, Chorlaví, Israe, San Agustín y en el centro Barrio Sur, Barrio Norte, Barrio Este, Barrio Central. A propósito de los barrios del centro que se denominan con los puntos cardinales, sería bueno que se vuelvan a bautizar con el nombre que identificábamos en forma tradicional. Dándoles nombre propio: como el Barrio Sur, Barrio Caliente; el Oeste, el Chorro; El Barrio Norte, La Delicia o Chinchinal; el Barrio el Este, el Canal o el Cementerio.

Está gobernada por la Junta Parroquial elegida por votación popular, un presidente y cuatro vocales, dura en sus funciones 4 años,

maneja un presupuesto participativo que se distribuye entre barrios, escuelas, colegios y otras instituciones. Dispone de ordenanzas y leyes que le conceden atribuciones para administrar y atender las necesidades de la comunidad; en los barrios existe un representante que forma parte de la asamblea parroquial que decide las obras que necesita la población, menos en los aspectos legales y judiciales. Tiene un teniente político, autoridad nombrada por el gobernador de la provincia con funciones de juez de paz. Antes de que la Junta Parroquial sea nombrada por voto popular, el teniente político era la autoridad máxima en las parroquias rurales. Funcionan en el lugar diez escuelas primarias y dos colegios, el Víctor Mideros de bachillerato, y el Daniel Reyes, bachillerato en Artes Plásticas y Tecnológico.

Sanantoneños notables

Según el último censo, San Antonio tiene 16.000 habitantes repartidos en el centro y los barrios. No existen estadísticas sobre la ocupación de trabajo, pero se calcula que hay unos 2.000 artesanos talladores y escultores que trabajan la madera. Los primeros realizan trabajos en bajo o alto relieve ornamental con elementos tomados de la flora o la fauna, aplicando en marcos repisas, altares, retablos. La escultura es el arte expresado y plasmado en dos dimensiones, en volumen. Pero en la práctica no es lo mismo elaborar un "mendigo" que un "Cristo". En la apreciación de estas obras entran en juego las consideraciones estéticas. Se ha ganado la fama de pueblo de artistas por los grandes cultores que han nacido en esta tierra: pintores como Víctor Mideros, Gilberto Almeida; escultores como Daniel Reyes, Luis Mideros, Carlos Rodríguez.

En las primeras décadas del siglo anterior, San Antonio fue conocido por la vocación de sus hombres al servicio religioso, el que dio ejemplo fue el sacerdote Jorge Eduardo Villacís que llegó a ejercer las funciones de vicario de la Curia de Ibarra, destacado y dedicado a la literatura. Sobresalieron en este campo, llegando a la jerarquía de obispos: monseñor Leonidas Proaño y monseñor Clímaco Jacinto Saráuz. El reverendo padre fray Enrique Almeida OP quien, además de cultivar las virtudes delineadas por Santo Domingo, dentro de la comunidad ocupó puestos importantes; y, sobresaliendo por su dedicación a la filosofía, participó en muchos eventos internacionales en los que tuvo actuaciones destacadas. Por algún tiempo se mantuvo como editorialista del diario *El Comercio* de Quito.

Militares destacados que ostentaron puestos de máxima jerarquía: el general Marco Tulio León, comandante general del Ejército, coronel Tito León, ministro de Educación, coronel Bayardo Tovar, primer comandante general de la FAE, comandante Ezequiel Rivadeneira, director del Instituto Geográfico Militar, general Lenín Vinueza, comandante general de la Policía.

Educadores ilustres como el señor Juan Francisco Cevallos, que desempeñó las funciones de director nacional de Educación, director provincial de Educación de Imbabura, presidente de la Casa de la Cultura de Imbabura, rector del colegio Teodoro Gómez de la Torre, rector del Colegio de Señoritas Ibarra, rector del Colegio Daniel Reyes, diputado por la Provincia de Imbabura. El señor Luis Enrique Cevallos fue un profesor inteligente y distinguido por el sentido humano de servicio a los demás. Las personas de su época conversaban que era una especie de consejero del pueblo.

El señor Leonardo Cevallos (hijo) fue por largos años teniente político, el cargo más importante del pueblo en ese entonces; ejerció la función de juez de lo Civil, jefe de Estancos; era agrimensor y, en este campo, realizó varios encargos, como la parcelación de la hacienda Chorlavi para su venta. Era un verdadero líder del pueblo, siempre estuvo en asambleas, haciendo escuchar su voz orientadora. Estuvo al frente de las obras que se realizaban en San Antonio. Los tres, hijos de esta tierra, eran hermanos. Néstor Cevallos, líder patriota, presidente de los comités que consiguieron el primer sistema de agua potable y el servicio de luz eléctrica Alfredo Dalgo, maestro destacado, llegó a ejercer altas funciones en el Ministerio de Educación, director Provincial de Educación y rector del colegio Daniel Reyes. Don Alfonso Montesdeoca, colaborador en todos los aspectos que significaban progreso de San Antonio, especialmente en la organización de las mingas. El sacerdote Fernando Terán intervino al lado de los patriotas el 27 de noviembre de 1812.

Don Heliodoro Ayala, propietario de la hacienda de Santo Domingo, barrio de San Antonio. Su vida estuvo muy relacionada con el pueblo, apoyando los proyectos de progreso. Teodoro Miguel Egas que impulsó decididamente la formación de la Hermandad Funeraria de San Antonio.

En la actualidad, esta parroquia debe ser una de las más importantes del Ecuador en todos los sentidos: poblacional, desarrollo urbano, económico, ocupacional, educativo, cultural y turístico.

Paisajismo e ilustración científica en Ecuador

Rafael Troya y Alphons Stübel¹

Alexandra Kennedy Troya

... es excitante arrancar a las nubes lo que le pertenece a la tierra
Stübel, *Las montañas del Ecuador*, 1897

El siglo XIX supone para América Latina un momento extraordinario de reconocimiento de sus cualidades naturales y beneficios económicos, así como de los habitantes y sus costumbres. Sin embargo, cabe señalar que si bien inaugura este periplo de la investigación científica americana, el naturalista Alexander von Humboldt (1769-1859), quien vendrá junto al médico y naturalista francés Aimé Bonpland (1773-1858) y se quedará desde 1799 hasta 1804 en América, muchos más exploradores y científicos seguirán sus pasos, ampliando los conocimientos, rectificando o introduciendo importantes innovaciones.

Cada región o nación atraerá la atención de los viajeros extranjeros -en su mayoría europeos- de diversa forma; a veces, por las impresionantes ruinas arqueológicas de culturas como la azteca o la inca, o por los importantes depósitos de minerales como el cobre en Chile; en otras, por la fauna y flora de una región tropical como el Brasil. Es indudable, y así lo demuestran la mayoría de publicaciones, apuntes o diarios de viaje, fotografías u óleos de la época, que el Ecuador fue especialmente atractivo por el elevado número de volcanes tanto activos como dormidos, situados en pleno trópico. Este país se convirtió en un extraordinario laboratorio para la obtención de los más variados datos sobre la formación de la corteza terrestre y en general sobre la función de los volcanes, complementados por el estudio de la flora tropical.

1 Una versión larga de este ensayo fue publicada como uno de los ensayos introductorios de la obra traducida del alemán al castellano: *Las montañas volcánicas del Ecuador retratadas y descritas geológica-topográficamente por Alphons Stübel*, Federico Yépez, trad., Quito, Banco Central del Ecuador/UNESCO, 2004.

Es interesante subrayar que prácticamente todos los científicos que de alguna u otra manera trabajaron sobre la vulcanología ecuatoriana fueron alemanes; pero no fue sino hasta 1870 en que el primer geólogo y vulcanólogo especializado –Alphons Stübel (1835-1904)– coordinó un proyecto de gran envergadura con respecto al tema y publicó, posteriormente, junto con su compañero de viaje el geólogo alemán Wilhelm Reiss (1838-1908), sendas contribuciones en alemán. También realizó el montaje de museos y aulas de estudio en Alemania destinadas al público europeo. Su meta principal fue describir las estructuras volcánicas ya que en estas, según los científicos, se había materializado la actividad prehistórica de las fuerzas volcánicas.

La publicación más importante de Stübel, según el vulcanólogo contemporáneo Minard Hall, fue *Die Vulkanberge von Ecuador (Los volcanes del Ecuador, 1897)*. En el prefacio de este libro se señala que el propósito del mismo era enseñar las formas de la configuración del terreno del altiplano ecuatoriano y las estructuras tectónicas de sus distintas partes de tal manera que se pudiesen extraer conclusiones sobre sus orígenes. En suma, se trataba de *observar los volcanes en la diversidad de sus formas externas y en su estructura interna, según la variedad petrográfica de sus rocas y en relación a su edad y posición respecto de las formaciones rocosas que las subyacen y rodean*, según palabras del mismo Stübel en la presentación de estos textos.

Para poder cumplir su cometido, Reiss y Stübel se vieron obligados a elaborar documentos cartográficos, hasta entonces inexistentes, y dibujos topográficos. La división de su trabajo precisamente tomó en cuenta estas dos grandes áreas del trabajo. Reiss, entonces, haría la medición trigonométrica de cada una de las regiones vulcanológicas y Stübel, en cambio, estaría a cargo de realizar las representaciones pictóricas de las montañas volcánicas, en perspectiva. Este último trazaría los dibujos complementarios ajustándolos al detalle *mediante la inscripción de los nombres [dándoles], en cierto modo, la forma de mapas de perspectiva*. Para ello, no fue suficiente sus dibujos a plumilla, iluminados algunos, o sus acuarelas; Stübel resolvió que la mejor manera de captar una real panorámica con el esplendor del color y las luces y los detalles de las rocas era posible únicamente a través de cuadros al óleo, la fotografía en este caso en particular era inútil. *La cámara no puede individualizar, decía, ni dar color, perspectiva y vida.*

En consecuencia, resultó central a sus investigaciones el material visual que iban recogiendo a costa de muchos sacrificios. Era esta constancia visual la que serviría para probar con mayor rigurosidad sus hipótesis científicas y lo que permitiría mostrar sus descubrimientos didácticamente, tanto a un público culto como a sus propios colegas investigadores. Como vimos, él tuvo a cargo esta parte del trabajo ya que había sido entrenado como dibujante, tal como acostumbraba la rigurosa formación de los geólogos. Cuando la pareja de alemanes llegó a San Agustín, al sur de Colombia, zona selvática peligrosa, fueron casi devorados por los *chupasangres*. A pesar de ello, relata Stübel el 13 de febrero de 1869, *logré hacerme de algunos dibujos, con las manos ampolladas*.

En marzo de 1870 llegaron a Ecuador. En él permanecieron hasta noviembre de 1874 ya que según palabras del mismo Stübel, en este país nacían los volcanes *como hongos en el suelo* (Riobamba, 2.VIII.1872). Debido a ello, sus viajes se centraron en las provincias de la Sierra Norte, desde Carchi hasta Chimborazo, con incursiones esporádicas a la Amazonía por la población de Baños en la provincia de Tungurahua, o a las provincias del sur como la del Azuay. Fue en el único país donde Stübel –por razones científico-pedagógicas– vio necesario contratar los servicios de un pintor local, como veremos más adelante.

El material que retornó por separado en manos de Reiss y Stübel fue verdaderamente inmenso comparado con el volumen de sus publicaciones. Estas, desde el punto de vista del constructo visual del Ecuador o constitución de narrativas visuales y la generación de una tradición de pintura paisajística en el país, fueron cruciales. Especial mención ha de hacerse a *Skizzen aus Ecuador* (*Bocetos del Ecuador*, Berlín, 1886). Este *informe provisional* como lo llamó Stübel, estuvo dedicado a los miembros del VI Congreso de Geografía Alemana que se celebró en Dresden el mismo año de su publicación, y fue de alguna manera completado por la obra de Stübel en *Die Vulkanberge van Ecuador* (*Las montañas volcánicas del Ecuador*, 1897 [2004]). *Skizzen aus Ecuador* fue profusamente ilustrado con grabados realizados por el alemán Max Georg Vetter, en base a los grandes óleos del pintor ecuatoriano Rafael Troya (1845-1920) contratado por Stübel entre 1871 y 1873.

Es importante recordar que a partir del viaje que hiciera Humboldt entre 1799 y 1804, y del sinnúmero de sus publicaciones ilustradas –*Atlas Pictoresco* (1810) o *Cosmos* (1845)– proliferaron las expediciones científicas del tipo de las que habían nacido con la Ilustración.

Desde entonces, el arte y la ciencia iniciaron un estrecho recorrido, generando la idea de que una comprensión y difusión más cabales de la ciencia y los fenómenos científicos debían necesariamente servirse de imágenes que la ilustraran. Más allá de los libros científicos que pudieron haber llegado a un público más especializado y por ende reducido, estas publicaciones fomentaron el que las crónicas de viajeros fuesen complementadas con apuntes hechos por los mismos expedicionarios o mediante obras pictóricas realizadas por artistas extranjeros o locales contratados para el efecto; o, como en muchos casos sucedió, provocaron la compra de imágenes pintadas o fotografiadas de otros colegas viajeros o fotógrafos, tanto extranjeros como nacionales.

Lo cierto es que la imagen resultó un complemento fundamental del acopio científico, fuese a través del medio que fuere –acuarelas, dibujos, óleos, grabados o fotografías– y con ello empezó a proliferar un imaginario visual de América que incluía predominantemente: paisajes rurales y urbanos, tipos étnicos, oficios y costumbres del lugar o grandes monumentos de las civilizaciones americanas.

Entre el rigor científico y la fantasía romántica, el europeo ávido de recibir noticias de este mundo lejano y exótico, capaz de ser redescubierto y probablemente recolonizado, iba perfilando su propio imaginario sobre estas tierras vastas e ignotas. Tanto el hombre de ciencia europeo, como el viajero curioso o artista, evidentemente configuraban un mundo americano bajo su propia luz y destinado a un público muy particular. Gracias a esta significativa demanda, muchas imágenes se volvieron íconos estereotipados de los tipos de la tierra o de los paisajes y aparecieron en publicaciones tanto europeas como americanas, repitiéndolas durante décadas hasta hacernos perder la noción de para quién y en qué contexto original se habría publicado tal o cual imagen.

Más allá de ello, propone Jorge Cañizares-Esguerra, a través de los lenguajes pictóricos creados por muchos artistas latinoamericanos se buscaba una construcción deliberada de un imaginario visual que tenía puentes con la pintura del Atlántico Norte que había tratado la narrativa visual del Nuevo Mundo, creando a la vez narrativas alternativas para sus propias naciones. Es precisamente la tensión y dicotomía de miradas e intereses que se crea entre las observaciones de un científico alemán como Stübel y un artista ecuatoriano como Rafael Troya –*después de su contacto con este extranjero*– lo que me interesa explorar

a modo de caso de estudio que podría contribuir para ampliar lo que hemos denominado como narrativas visuales de la naturaleza, y que nos sirven para aportar en la comprensión más general sobre la construcción de naciones en el siglo XIX.

Si bien Stübel viene a Ecuador en compañía de Wilhelm Reiss, ambos trabajarán durante largos períodos por separado y se reunirán periódicamente para cotejar sus descubrimientos. Reparamos en esto debido a que fue Stübel, no Reiss, quien contrató los servicios del joven pintor Rafael Troya, quien entonces tenía 26 años. Además, fue Stübel quien le entrenó en un género de paisaje novedoso en el medio, el paisaje científico.

Su interés se centró en el estudio del altiplano andino y las regiones aledañas de las cordilleras Oriental y Occidental, además de la flora de altura. Muy tangencialmente llamaron su atención los aspectos etnológicos y etnográficos del Ecuador. Como dijimos anteriormente, Stübel vino guiado por los descubrimientos y narraciones de Humboldt. Al poco tiempo de llegar a tierras americanas criticó duramente al sabio prusiano por sus apreciaciones ligeras y la falta de profundidad científica.

A Stübel le movía la belleza de la naturaleza y los éxitos de su tarea investigadora. En el camino encontró corrupción y deficiencia en el planteamiento y la conducción de los estados americanos. Al parecer ajeno a la realidad latinoamericana, su principesca educación en Leipzig le impidió ver más allá, era un eurocentrista al cual le faltó la capacidad o disposición para identificar el *genuus propium*, según Schrader, y resaltar las diferencias específicas de las condiciones humanas.

Él se consideró un profesional de la ciencia, *un experto*, que no debía guardar consideración alguna con lo que veía y experimentaba. A pesar de la xenofobia y racismo claramente detectables en sus escritos, no solo en la correspondencia privada de Stübel sino también por la de Reiss, según Hans Meyer, la expedición de éstos resultó "el viaje investigativo más fundado y productivo en la historia del descubrimiento de toda América". Efectivamente, fueron los autores de la clasificación genética de los volcanes y quienes divulgaron una serie de conocimientos sobre la región noroccidental de los Andes sudamericanos mediante sus publicaciones, conferencias y reuniones públicas y privadas. Stübel formó un importante museo de sus viajes y descubrimientos en Leipzig. Su inclinación por la pedagogía y la divulgación

general fue puesta en práctica ya en Ecuador, donde dictó varias conferencias en la Universidad Central, publicó en revistas locales algunas de sus ascensiones a modo de comunicaciones -informes al presidente- y entrenó prolija y disciplinadamente al pintor Troya.

Además de sus diarios, el enorme material que se llevaron de vuelta a Alemania consistió de dibujos de paisajes, óleos, mapas, fotografías compradas, material geológico, colecciones botánicas y zoológicas, tumbas y objetos precolombinos, artesanía y arte, cerámica, tallas, adornos e instrumentos indígenas recogidos en Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia predominantemente. La mayor parte de este material actualmente se halla en el Institut für Uinderkunde de Leipzig.

Como dijimos, el material visual era clave. En efecto, según Reiss (1921), "La belleza de los escenarios naturales no es posible describirla con palabras". Por ello recurrieron a acumular un material visual extraordinario. Stübel era un notable dibujante. Hizo decenas de dibujos a lápiz de vistas panorámicas de paisajes, de hasta cuatro metros de ancho, estupendos detalles y reproducción a escala. Pero su exigencia estético-científica necesitaba de color, razón por la cual contrató a Troya en 1871, lo instruyó puntillosamente en lo que él deseaba mostrar y en su obsesivo espíritu por hacer un verdadero muestrario científico llegó a talar "toda una falda de montaña para garantizar al pintor [Troya] una vista óptima y despejada de todo el paisaje. Nadie -recalcó orondo Stübel- ha emprendido antes de mí un torneo gimnástico con cuadros de más de un metro de ancho a través de los Andes". (26 de noviembre de 1872).

Stübel fue uno de los primeros científicos extranjeros en Ecuador en contratar a un pintor local como ilustrador. Lo hizo seguramente a través del apoyo irrestricto que recibieron él y su compañero de labores, del entonces presidente Gabriel García Moreno, quien desde joven tuvo un gran apego por el estudio de las montañas ecuatorianas. Con su profesor de matemáticas, Sebastián Wisse de la Universidad Central ascendió al volcán Sangay y luego -en 1844- se introdujo al cráter del Pichincha por primera vez en la historia del país. Su interés por la geología y las ciencias naturales y exactas fue creciendo y por ello no es difícil comprender el apoyo brindado a la constitución de la primera Escuela Politécnica del país en Quito, la contratación de profesores extranjeros y el apoyo a misiones científicas independientes como la de Stübel y Reiss.

García Moreno tuvo vínculos estrechos con Ibarra –ciudad al norte de Quito– tras su directa intervención en la restauración de la misma tras el fatídico terremoto de 1868. Troya había vivido en aquella ciudad antes de ir a Quito y haber trabajado en el taller de Luis Cadena (1830-1906), sobresaliente pintor neoclásico que fue becado a Roma por el citado mandatario. El mismo historiador y arzobispo de Ibarra y Quito, Federico González Suárez (1844-1917) podría haber servido de importante vínculo entre los científicos y el joven pintor ya que había laborado en ambas ciudades y conocía a su gente. Lo cierto es que este hábil joven, quien había concentrado su trabajo en los géneros más demandados por entonces, el religioso y el retratismo, se vio avocado a incorporar en su repertorio el paisajismo científico. Stübel le enseñó a pintar paisajes –a los que llamó “pinturas panorámicas”– en base a sus propios dibujos y bocetos *en perspectiva* realizados *in situ*.

El conocimiento de Troya sobre la pintura de paisajes al inicio de esta gran aventura había sido escaso, si no nulo. Como vimos, el mismo científico y buen dibujante se encargaría de transmitirle las formas de hacer, de “construir” paisajes que ilustraran clara y sistemáticamente la topografía del país.

Una tarea artística tan grande –decía Stübel– no estaba a la altura de mi capacidad. La simpleza del dibujo, si bien es suficiente para la composición tectónica de un paisaje, no lo es, con todo, para transmitir la totalidad de la impresión, para lo cual el color y los efectos de iluminación son ambos factores determinantes (...)

Le propuse [a Troya] –dice el geólogo que intentase realizar pintura de paisajes.

Al principio lo dejé comenzar copiando algunos de mis bosquejos a color y luego le permití prepararlos cromáticamente según el dictado directo de la naturaleza. Después de pocos intentos bastó para que despertara en él el entendimiento de la naturaleza; un buen ojo y la capacidad para copiar la perspectiva y el color apoyaban su técnica y entrenado pincel... Y desde entonces... el señor Rafael Troya... nos acompañó dos años en el viaje por Ecuador y pintó en las oscuras chozas de los indígenas, en carpas peladas, aterido de frío y cansado de largas caminatas...

En noviembre de 1872 Stübel ascendía con su equipo al Altar, “el más bello de todos los volcanes que hasta ahora hemos conocido y científicamente también es sumamente interesante, aunque al mismo tiempo el más inaccesible, pero aquí está en las inmediaciones de Rio-

bamba”, escribía el alemán. Por aquellos días se había sentido una de las más fuertes avalanchas de nieve, casi como un terremoto. A pesar de ello, Stübel no dudó en llevar a Rafael Troya “a quien le fue posible –continuaba– pintar dos cuadros imponentes del Altar y Tungurahua”, y añadía que el hombre “tiene talento, pinta rápido y está dispuesto a seguir mis órdenes, de manera que mis cuadros son a medias mi creación”.

Joven, pícaro y adicto a la copa, don Rafael en muchas ocasiones no comprendió el espíritu meticuloso y perfeccionista del alemán. Stübel despertaba temprano en busca del nevado despejado. Sin total visibilidad, el estudio se hacía imposible. Largos días de espera se sucedían y nada... “¡Así nomás vive el cerro todo el año!”, decíanle sus acompañantes nativos acostumbrados a que el más caprichoso de éstos, el Chimborazo, coqueteara con los curiosos observadores. La desesperación de los científicos hacía que, por regla general, todo el equipo tuviese que estar en pie muy temprano en la mañana. La disciplina escapaba al carácter bohemio y errático de Troya.

Cansadas y prolongadas caminatas... y en este recorrer de la Sierra y parte del Oriente o selva ecuatorianos, Troya aprendió a componer un tipo de paisaje que jamás olvidaría. Sus paisajes debían proveer una lectura geológica de la naturaleza –una visión panorámica clara– y este tipo de composición estaría presente en obras posteriores. La naturaleza confrontada directamente y trasladada en el acto al lienzo impidió en ocasiones que el pintor tuviese tiempo para hacer estudios preliminares y en base a éstos ejecutase la composición final.

Para la realización de los paisajes más grandes –escribía Stübel en la Introducción del libro *Skizzen aus Ecuador*– se ha mantenido siempre el punto de vista geológico. El centro visual ha sido escogido sin considerar las incomodidades que pueden causar el transporte del campamento, de carpas, o la perseverancia a un punto apropiado, hasta la entrada de un momento lumínico adecuado. Estos cuadros fueron pincelados en los tamaños aquí presentados en el mismo lugar, frente al paisaje que representan, no de pequeños bocetos trasladados al lienzo. Y por supuesto, fue muy incómodo transportarlos mientras estaban frescos; por ello se tomaron especiales precauciones en bosques tupidos y en alturas donde el viento soplabá fuertemente. Al regreso de una excursión, el pintor dio solamente los últimos toques a la obra.

Y de esta manera se llegó a completar una magnífica colección de más de 80 óleos. En ésta se hallaban representados los volcanes principales de Ecuador; la selva tropical, el páramo, distintas regiones de vegetación de las zonas altas de clima templado, haciendas de tierra fría y caliente que los hospedaron, los campamentos de la expedición, las chozas solitarias de los indios.

Una vez en Alemania, la obra de Troya fue utilizada en la ejecución de los zincograbados que ilustraron la obra de Stübel *Skizzen aus Ecuador* (1886). Los óleos pasaron a conformar el *Museum für Völkerkunde* ("Museo Etnográfico") o Museo Grassi (332 m² de superficie de salas), organizado por el mismo Stübel, en la ciudad de Leipzig. Así fue como muchos otros viajeros y científicos tuvieron contacto más directo con nuestro país y prepararon sus viajes de exploración años más tarde.

La peculiaridad de esta colección de pinturas estribaba esencialmente en que formaba un conjunto que mostraba gráficamente la región volcánica del altiplano del Ecuador en toda su extensión, según dice Stübel en la presentación de este libro. Treinta de los óleos de Troya de diversas dimensiones –que oscilaban entre 160x70cm. y 31x21cm.– habían sido expuestos permanentemente junto con algunos dibujos de Stübel y otros suplementos cartográficos, en el "Museo Etnográfico" de Leipzig. Era un primer intento por fundar un museo de geografía de modestas proporciones, con una muestra muy representativa: los volcanes del Ecuador. La intención de Stübel fue siempre la de promover nuevas investigaciones en el área de las ciencias naturales en general, de *regiones extrañas*, así como investigaciones geológico-topográficas, en particular. La colección petrográfica estaba íntimamente relacionada con las pinturas. Ambas colecciones fueron acogidas por el museo en mención en una sección que se denominó "Geografía Comparada". No sabemos hasta cuando permanecieron allí, lo cierto es que hasta la fecha se desconoce el paradero de los óleos.

En este período de aprendizaje de Troya, cabe remarcar que Stübel convierte al paisaje ecuatoriano en lugar de estudio, en *objeto* de estudio, distinto a los paisajes heroicos que el grabador Koch realizara de los apuntes de Humboldt. No es una arcadia griega la que realizan Stübel y Troya durante estos años; tampoco son paisajes cultivados y habitados, es decir, con una expresa presencia humana, son más bien paisajes ilesos, asépticos, constancias visuales de un descubrimiento geológico extraordinario en donde se combinan los principios de la

ilustración científica ante todo y sobre todo, y una dosis importante de sensibilidad y cromática romántica siguiendo los consejos del teórico francés Jean Baptiste Deperthes (1761-1833) en su *Teoría del Paisaje*, obra que fuera traducida y publicada en Quito en 1874, por solicitud del mismo Stübel con el fin de promover una generación de pintores paisajistas en Ecuador.

Una vez separado Troya de Stübel, el pintor siguió durante los primeros meses realizando obras paisajistas en el mismo formato y con los mismos temas que había preparado para el científico. Una obra fechada en 1874 y perteneciente al Museo del Banco Central del Ecuador en Quito *Vista de la Cordillera Oriental desde Tiopullo* da fe de ello. Sin embargo, a través de esta obra podemos señalar que Troya debió haberse quedado con bocetos a lápiz o al óleo de los 80 cuadros finales preparados para la expedición, ya que la obra mencionada es prácticamente idéntica a aquella grabada para ilustrar el libro de 1886, *Skizzen aus Ecuador*. Eso sucede con su *Cascada de Agoyán antes de la erupción del Tungurahua* de 1875 (Museo de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito) y con *El Pastaza* de 1886 (Museo Municipal Alberto Mena Caamaño, Quito). En estas obras el pintor no tuvo el libro de Stübel ya que este debió haber llegado a sus manos después de 1887. Lo interesante es destacar que si bien la composición es similar, casi idéntica, a la obra encomendada por Stübel, Troya incorporará personajes ecuatorianos: una indígena hilando en la primera obra, unos visitantes locales en vez de expedicionarios, en la segunda; y los personajes principales de la obra magna del Romanticismo ecuatoriano, Carlos y Cumandá, de *Cumandá* (1879), novela escrita por Juan León Mera (1832-1894).

Troya empieza a apropiarse de sus personajes queridos y vividos cotidianamente; más adelante, a su vuelta de un largo autoexilio en Pasto (Colombia), a fines del siglo XIX, y según la demanda expresada de sus coterráneos, políticos, comerciantes y agricultores, ampliará el repertorio de temas y localidades, sobre todo con vistas nuevas de su propio terruño de Imbabura y fondos para ambientar con mayor veracidad hitos históricos como *La Fundación de Ibarra* de ca. 1906 (Salón Máximo del Municipio, Ibarra). Las chozas o casas de adobe otrora lejanas y casi inexistentes en la obra para Stübel también se convierten en elementos testigo de la presencia de su propio entorno. Los fenómenos de una naturaleza activa, amenazante y fascinante a la vez, también son motivo de su curioso y amplio pincel. Existen tres vistas del Tungurahua en erupción, en distintos momentos del día.

Finalmente, la ilustración científica resultó imprescindible en los estudios no solo geográficos o botánicos sino también arqueológicos. Un sobresaliente caso de un pintor ilustrador fue el de Joaquín Pinto, contratado por el historiador y religioso Federico González Suárez. Siguiendo el tipo de clasificación e incluso ilustración humboldtiana, González Suárez realizó el *Estudio histórico sobre los cañarís, antiguos habitantes de la provincia del Azuay en la República del Ecuador* (Quito, 1878), *Historia de la República del Ecuador. Atlas arqueológico* (Quito, 1892) y *Los aborígenes de Imbabura y del Carchi. Investigaciones arqueológicas... Láminas*, (Quito, 1910). En todos estos trabajos participó Joaquín Pinto, quien se destacó por sus preciosas acuarelas costumbristas de tipos de la tierra, y cuya versatilidad como pintor y estudioso le permitió convertirse en el mejor ilustrador de piezas arqueológicas y otros objetos de uso de los indígenas. Fue autor de una colección sobresaliente de la malacología del país, contratado entre 1893 y 1897 por el médico y naturalista francés Auguste Cousin. Se cumplía en tierras ecuatorianas y con necesidades detectadas localmente aquello que el teórico inglés John Rurkin mencionara en su obra *Modern Painters* (1860), sobre el papel del paisaje para el nacionalismo decimonónico, en donde a través de éste, los países se reconocerían y se mostrarían ya no solo en retratos de sus gobernantes y de su aristocracia, ni en las grandes escenas mitológicas e históricas del neoclasicismo, sino más precisamente en la representación de su territorio, de sus campos, de los labradores y gente humilde que los habita y obtiene de ellos su sustento.

Bibliografía

- Acosa Solís, Misael, "Científicos alemanes que han contribuido a la geografía e historia natural del Ecuador", en *Revista Cultura*, No. 13. Quito, Banco Central del Ecuador, mayo-agosto, 1982, pp. 3-79.
- Bergt, Walter, *Alphons Stübel als Forscher und Mensch*, Manuscrito. Archiv Für Geographie, Institut für Landeskunde, Leipzig, 1936.
- Brockmann, Andreas y Michaela Stüttgen, eds., *Tras las huellas: dos viajeros alemanes en tierras latinoamericanas*, Santa Fe de Bogotá, Banco de la República. Biblioteca Luis Ángel Arango, 1996.
- Brockmann, Andreas, "Las Sociedades Latinoamericanas vistas por Stübel y Reiss", en Andreas Brockmann y Michaela Stüttgen, *Tras las huellas: dos viajeros alemanes en tierras latinoamericanas*, Santa Fe de Bogotá, Banco de la República, Biblioteca Luis Ángel Arango, 1996, pp. 107- 118.

- Cañizares-Esguerra, Jorge, *Nature, Empire, and Nation: Explorations of the History of Science in the Iberian World*, Stanford, Stanford University Press, 2006.
- Cruz de Amenábar, Isabel, "¿Arcadia en el confín del mundo? El paisaje romántico de Chile en la pintura de los artistas viajeros (1820-1850)", en *Vida rural en Chile durante el siglo XIX*, Santiago de Chile, Academia Chilena de la Historia, 2001, pp. 107- 139.
- Eichler, Arturo, *Ecuador. Nieve y selva. Snow Peaks and Jungles* [1952], introd. Alfredo Pareja Diezcanseco, Quito, 1970.
- Estrella, Eduardo, "Ciencia ilustrada y saber popular en el conocimiento de la quina del siglo XVII", en Marcos Cueto, edit., *Saberes andinos, ciencia y tecnología en Bolivia, Ecuador y Perú*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1995, pp. 37- 57.
- González, Beatriz, "La escuela de paisaje de Humboldt", en *El regreso de Humboldt*, Catálogo de la exposición en el Museo de la Ciudad de Quito, junio-agosto del 2001, pp. 87-99.
- Hall, Minard L., *El volcanismo en el Ecuador*, Quito, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1977.
- Hartup, Cheryl, *Artists and the New Nation: Academic Painting in Quito during the Presidency of Gabriel García Moreno (1861-1875)*, Masters Thesis, The University of Texas at Austin, 1997.
- Honsch, Ingrid, "Los viajes de investigación de Alphons Stübel por Suramérica. 1868-1877. A través de su correspondencia", en Andreas Brockmann y Michaela Stüttgen, *Tras las huellas: dos viajeros alemanes en tierras latinoamericanas*, Santa Fe de Bogotá, Banco de la República, Biblioteca Luis Ángel Arango, 1996, pp. 21- 36.
- Kennedy-Troya, Alexandra, "La percepción de lo propio: paisajistas y científicos ecuatorianos del siglo XIX", en *El regreso de Humboldt*, catálogo de la exposición a cargo de Frank Holl, Quito, Museo de la Ciudad de Quito, junio-agosto de 2001, pp. 113- 127.
- *Rafael Troya (1845-1920). El pintor de los andes ecuatorianos*, Quito, Banco Central del Ecuador, 1999.
- "Artistas y científicos: naturaleza independiente en el siglo XIX en Ecuador (Rafael Troya y Joaquín Pinto)", *Memoria 6* (Quito, 1998), pp. 85- 123.
- *Rafael Troya (1845-1920). Un paisajista ecuatoriano*, Tesis de maestría, Department of Art, Tulane University, Nueva Orleans, 1984.

- "Identidades y territorios: paisajismo ecuatoriano del siglo XIX", en Francisco Colom González, edit., *Relatos de nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*, vol.II, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Veuvert, 2005, pp.1199-1226.
- López-Ocon Cabrera, Leoncio, "El Nacionalismo y los orígenes de la Sociedad Geográfica de Lima", en Marcos Cueto, edit., *Saberes andinos, Ciencia y tecnología en Bolivia, Ecuador y Perú*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1995, pp. 109 - 125.
- Meyer, Hans, "Alphons Stübel", *Mitteilungen des Vereins für Erdkunde zu Leipzig für 1904, 1905*, pp.57-58.
- *In den Hoch-Anden von Ecuador*, Berlín, Dietrich Reimer, 1907.
- Navarro, José Gabriel, *La pintura en el Ecuador del XVI al XIX*, Quito, Dinediciones, 1991.
- Núñez, Estuardo, *Viajes y viajeros extranjeros por el Perú: apuntes documentales con algunos desarrollos históricos-biográficos*, Lima, Talleres Gráficos P.L. Villanueva, 1989.
- Paladines, Carlos, "La conformación del Estado Nacional desde la perspectiva del pensamiento ilustrado y romántico ecuatoriano", en Jorge Núñez, comp., *Antología de Historia*, Quito, FLACSO, 2000, pp.213- 225, Tornado de: Procesos 6 (Quito, 1994).
- Reiss, Wilhelm, *Ein Besuch bei den Jivaros - Indianern*, Verhandlungen der Gesellschaft für Erdkunde zu Berlín, tomo VII, 1880.
- *Ecuador 1870-1874. Petrographische Untersuchungen*, Berlin (vease Elich, E.; Tannhauser, F), 1901-1904.
- Carta del Dr. W. Reiss a S.E. el presidente de la República sobre su viaje a las montañas Iliniza y Corazón, y en especial sobre su ascensión al Cotopaxi. *Mitteilungen der Gesellschaft für Erdkunde zu Leipzig*, 1910.
- *Reisebriefe aus Sudamerika*, Traducido al castellano por A. Martínez 1929. Anal. Univ. Centr. XLIII No. 270, 1921.
- *Reisebriefe aus Südamerika*, 1868-1876, Editado por Karl Dietzel, München y Leipzig, 1926.
- "Carta del Dr. W. Reiss a S.E. el presidente de la República sobre su viaje a las montañas Iliniza y Corazón, y en especial sobre su ascensión al Cotopaxi.", *Museo Histórico* 30 (1958).
- "Carta del Dr. W. Reiss a S.E. el presidente de la República sobre su viaje a las montañas Iliniza y Corazón, y en especial sobre su ascensión al Cotopaxi.", Quito, Imprenta Nacional, 1873.
- Reiss, Wilhelm y Stübel, Alphons, *Indianer-Typen aus Ecuador und Colombia*, Berlin, Druck von H.S.Hermann, 1888.

- *Das Hochgebirge der Republik Ecuador 1: Petrographische Untersucrun- gen. Westkordillere*, Berlín, 1892-1898.
- *Das Hochgebirge der Republik Ecuador 11: Petrographische Untersuchun- gen. Ostkordillere*, Berlín, 1892-1898.

Schrader, Joachim, "Alphons Stübel- el hombre experto, anotaciones a sus im- presiones sobre los habitantes de suramérica", en Andreas Brockmann y Michaela Stüttgen, *Tras las huellas: dos viajeros alemanes en tierras la- tinoamericanas*, Santa Fe de Bogotá, Banco de la República, Biblioteca Luis Ángel Arango, 1996, pp. 119-124.

Stübel, Alphons y Wilhelm Reiss, *Indianer Typen aus Ecuador und Colombia*, Berlín, 1888.

Stübel, Alphons, *Die Vulkangerge von Ecuador*, Geologisch-Topographisch au- fgenommen und beschrieben, Mit einer Karte des Vulkangebietes in swei Blattern, Verlag A. Asher, Berlin, 1867.

- *Alturas Tomadas en la República del Ecuador en los años de 1870, 1871, 1872 y 18 73*, Quito, Imprenta del Gobierno, 1885.

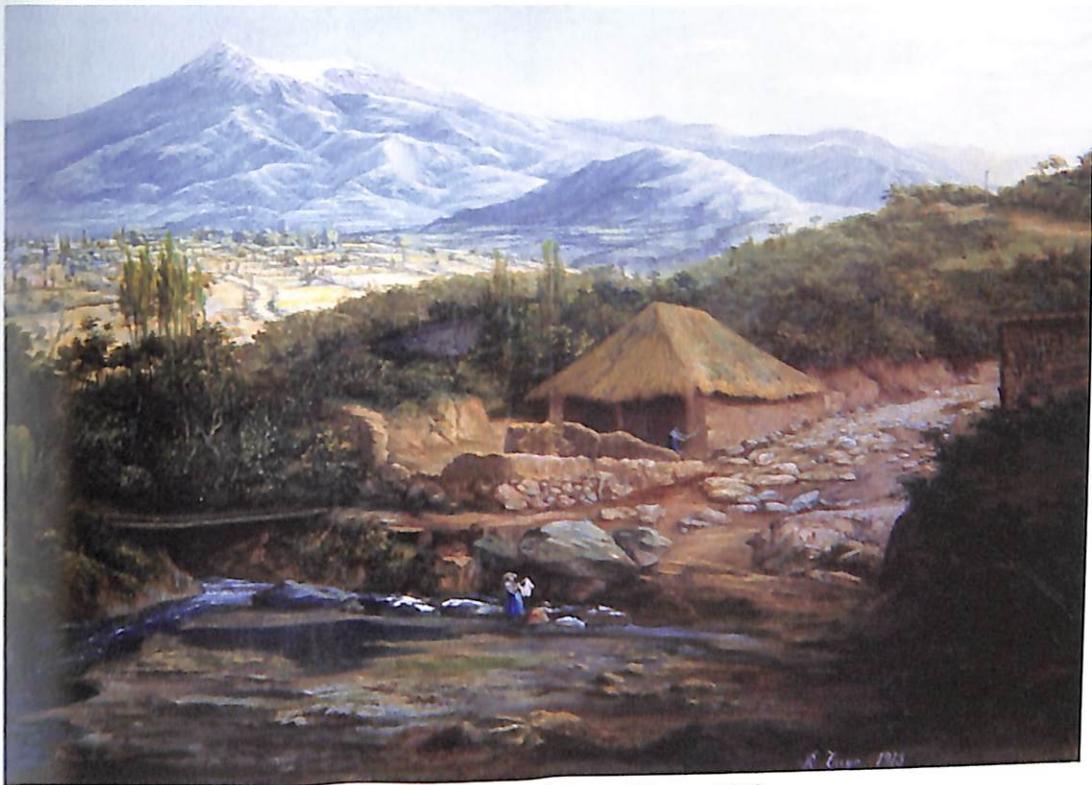


Figura 5. *El Cotacachi, vista tomada de Chorlavi*. Rafael Troya, 1913.



Figura 6. *Vista general de Ibarra*. Rafael Troya, s.f.



Figura 1. *Antisana*. Alphons Stübel, 1872.



Figura 2. *Illizas*. Alphons Stübel, c. 1872.



Fig 3. *El Tungurahua*. Rafael Troya, 1915.

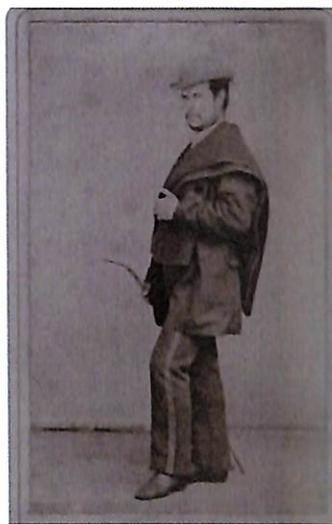


Figura 4. *Rafael Troya*, 1872.
Foto: P.T.Vargas, Quito.

Daniel Reyes

Oswaldo Villalba

Sus raíces y formación

Constituye el punto de partida del desenvolvimiento artístico-artesanal de San Antonio. Nació en el seno de una familia católica. Su padre fue don Mariano Reyes y su madre doña Delfina Guamán. Vio la luz por primera vez el 22 de septiembre de 1860 y fue bautizado en la iglesia de San Antonio, como consta en la fe de bautismo del archivo de la iglesia parroquial.

Llegó a nuestra tierra el escultor Xavier Miranda y conoció a Daniel, quien muy contento trabajaba ayudando y aprendiendo el oficio, así se convirtió en su discípulo. Xavier atizó la llama del amor por el arte. Desgraciadamente, después de dos años de permanencia murió aquí en San Antonio. La semilla estaba echada y la nueva planta tierna necesitaba del cultivo adecuado para crecer. Así lo comprendió Daniel quien, venciendo dificultades, emprendió una nueva etapa de su vida, cuando decidió viajar a Quito para ingresar en el taller de don Domingo Carrillo. Este maestro dejó en él una huella profunda y llegó a ser su verdadero guía y conductor.

Continuó su peregrinación por los estudios de artistas consagrados, su sed de aprender lo llevó a prepararse en el taller del maestro Luis Cadena quien, en definitiva, le entregó conocimientos avanzados de pintura y escultura, que le servían para su desenvolvimiento a su regreso a la tierra. Su última estadía en Quito duró 6 meses.

La difícil situación económica familiar le obligó a retornar a San Antonio, pero ya con un valioso caudal de conocimientos sobre la escultura. Instaló su taller propio en el que trabajaban también sus hermanos Luis y Fidel. Se relacionó con el obispo de Ibarra, monseñor

Pedro Rafael González Calisto, y más tarde con monseñor González Suárez, preladados que descubrieron cualidades espirituales y artísticas en el joven soñador cuando comenzó a despuntar en el campo de la escultura. Los obispos en referencia gestionaron ayuda ante los presidentes Caamaño, Cordero y Alfaro para concretar el ideal de Daniel, que consistía en formar una escuela-taller donde enseñar a sus coterráneos.

El Liceo Artístico

En 1880, se logró en San Antonio este modelo de Centro de Educación Integral, a cuya tarea se suma don Camilo Pompeyo Guzmán en calidad de maestro de escuela. Él fue un quiteño ilustre que vivió en nuestro terruño hasta su muerte. El "Liceo Artístico", así lo llamaron, comprendía dos niveles de educación: el primero dedicado a los niños para el aprendizaje de las primeras letras y todo lo relacionado a la escuela primaria; y, el segundo, una especie de escuela de artes y oficios donde los jóvenes podían aprender pintura, escultura y carpintería, enseñanza media de índole técnica. El equipo de maestros estaba integrado por don Camilo Pompeyo Guzmán, con funciones en la escuela primaria; y, por don Daniel y sus hermanos Fidel y Luis, en el nivel de artes y oficios.

Una obra visionaria y de beneficio social incalculable. Allí aprendió a trabajar toda la juventud de nuestro pueblo como también de los lugares aledaños. Desgraciadamente, esa gran institución desapareció después de algo de más de dos años de fructífera labor. Sin embargo, los hermanos Reyes mantuvieron por separado sus talleres que siguieron siendo centro de trabajo y aprendizaje y, a la vez, continuaron su brillante trayectoria artístico-pedagógica, enseñando a todos aquellos que amaban el arte.

Un buen grupo de estos jóvenes que más tarde se convirtieron en destacados maestros en el ámbito de las artes eran discípulos de los hermanos Reyes, entre los que podemos mencionar a: Luis Aguirre, Antonio y Carlos Montesdeoca, Leonidas Rivadeneira, Carlos Guzmán, Daniel Reyes Ruiz, Segundo Antonio Díaz, Mariano Reyes, Enrique Guzmán, José Dávila, Segundo Calderón, Constantino y Sergio Fiallos, Zenón Villacís, Constantino, Cristóbal, Eugenio y Alfonso Reyes (hijos de Daniel), Isaías Carrillo, Carlos Miño, José Elías Velasco, Manuel Almeida y Flavio Orbe, los más recordados.

A los 28 años de edad, Daniel Reyes contrajo matrimonio con doña Margarita Realpe Paredes, quien le dio 7 hijos: Constantino, María Ester, Alfonso, Mariano, Cristóbal, Margarita y Eugenio. La familia vivió en San Antonio. Todos los varones fueron altos exponentes de las artes plásticas. A Daniel Reyes hay que juzgarle desde dos ángulos diferentes: como artista y como hombre. Analizaremos esos dos ángulos en los siguientes párrafos.

El artista

Como artista, su actividad creativa la dedicó a la escultura en la cual demostró capacidad en el dominio de la forma; era un clásico intérprete de imágenes religiosas, descubrió todos los grandes secretos de los grandes escultores de la llamada "Escuela quiteña". Sus Cristos son de una expresividad dramática barroca. Consiguió un acabado a la policromía que formó parte de su estilo y que le da carácter a sus realizaciones en madera. Trabajó en piedra, bronce, etc. Las campanas de la iglesia de San Antonio se fundieron en su taller. Cuando hizo retratos y elaboró composiciones no religiosas, demostró un virtuoso realismo encaminado hacia conceptos establecidos en lo clásico.

Sus obras sobrepasan los linderos de la patria y sus admiradores en otros países. Su taller fue visitado por grandes y distinguidos hombres públicos. Como resultado de su calidad plástica recibió honores, reconocimientos y premios en exposiciones, como los que señalamos a continuación: Nacional de Quito en 1882; Universidad de París en 1900; Panamericana de Búfalo, EUA 1901; Provincial de Imbabura, Ibarra 1906; Internacional de Quito en 1909; Nacional de Guayaquil en 1904 y en 1922; Junta de Fomento Agrícola Ibarra, 1923; Mariano Aguilera, Quito, 1928. Desempeñó la cátedra de Dibujo en un colegio de Tulcán y en el San Diego de Ibarra.

Algunas de sus creaciones escultóricas se conservan aún y se encuentran en lugares cercanos a nuestra población: *Jesucristo en agonía con María Magdalena*, Cementerio de Ibarra; *San Miguel*, Guayaquil; *Santa Mónica y San Agustín*, Ibarra; *La Virgen del Carmen*, San Pedro, *Santa Mariana*, San José y *La Inmaculada*, Catedral de Ibarra; la efigie de Pedro Moncayo, Biblioteca Municipal de Ibarra. En piedra: *La Virgen del Carmen*, Monasterio de Ibarra; *La Virgen María*, Gruta de la Paz; bustos de Juan José Flores y García Moreno, en poder de su familia; retrato de Camilo Pompeyo Guzmán, en el Instituto Daniel Reyes. Ade-

más existen muchas de sus obras en las ciudades de Quito, Guayaquil y en Colombia.

El famoso poeta colombiano don Guillermo Valencia, en una de sus visitas a San Antonio, dedicó a este rincón encantado un poema que en 1944, cuando se inauguró el Colegio Daniel Reyes, se adoptó como himno de esta institución y se lo canta todos los días lunes al iniciar la semana de trabajo educativo.

Su producción artística es grande; sin embargo, en su tierra natal no existe por lo menos una colección de sus trabajos. Es de desear que su glorioso nombre sea apreciado en toda su magnitud al admirar parcial o totalmente un conjunto de sus mejores obras. Hoy las generaciones actuales saben que Daniel Reyes es el patrono de nuestro establecimiento de artes plásticas, pero desconocen sus invalorable aportes al arte escultórico que inmortalizaron su recuerdo y justifican su liderazgo.

El hombre

Como hombre fue un ser talentoso que con visión de servicio a la comunidad materializó su ideal cuando consiguió el funcionamiento del primer "Liceo Artístico". A pesar de sus triunfos era modesto y sencillo. Sembró la simiente que produjo, produce y producirá una cosecha abundante en San Antonio. Gracias a este cultivo, la población es ahora un emporio y cuna de grandes artistas y artesanos que, con sensibilidad y destreza, tallan figuras de madera y despiertan así la admiración en ecuatorianos y extranjeros, transformándola en un lugar geográfico excepcional único en América.

Después de haber transitado por la vida con el signo de los grandes hombres de esta tierra nuestra y haber logrado sus ambiciones artísticas y espirituales y triunfos para él y su pueblo, Daniel Reyes murió en su solar nativo el 22 de diciembre de 1939. Su tumba está cubierta de una placa de mármol que lleva impresa estas palabras dedicadas a su memoria, escritas por el célebre vate caucano Guillermo Valencia:

*Vivió para el bien y la belleza
fulge su fama en sus discípulos,
su gloria, en la patria;
su memoria en el corazón
de su pueblo.*

Víctor Manuel Peñaherrera

Julio César Trujillo Vásquez

Neocolonialismo en derecho

Si hay alguna materia jurídica en la que el Ecuador está retrasado es el estudio de la Historia del Derecho Ecuatoriano. Incluso en la cátedra universitaria se ha puesto interés en la revisión de la Historia del Derecho Universal y apenas algunas notas sobre lo que ha sucedido en la evolución de los diferentes cuerpos normativos que han surgido en el país. Carecemos de un estudio realmente científico de las instituciones y normas jurídicas (principios y reglas), de las reflexiones teóricas y de la práctica al respecto, que forjan la cultura jurídica de un pueblo. Contamos sí con los ensayos de Juan Larrea Holguín y de su hermano de religión el doctor José Reig Satorres que se limitan a la época colonial, a la síntesis de las leyes expedidas en el Ecuador y a la cita de los nombres de los juristas que se han destacado en los diferentes períodos de nuestra historia.

Esta falta la atribuyo al neocolonialismo que, en materia de Derecho prevalece en la mente y en el corazón de los ecuatorianos, porque si por neocolonialismo hemos de entender la creencia generalizada de que lo realmente valioso y, por lo mismo digno de imitación, es lo que nos viene de fuera, sea de Europa, de los Estados Unidos de América y, en su momento, de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviética, URSS. Esta es la creencia que prevalece en las mujeres y hombres cultos del



Ecuador, que con el nombre de revolución no se dan el trabajo de averiguar lo que tenemos o de lo que necesitamos y ni siquiera de lo que podemos sino que, al estilo más bochornoso del neocolonialismo que algunos llaman dependencia cultural, trasplantamos lo que suponemos está de moda en el extranjero o contratamos personalidades del extranjero que, a pretexto de científicos, nos entregan instituciones y normas que rigieron o rigen, bien o mal, en otros países, con necesidades, recursos y hasta culturas distintas a las nuestras.

Cuando salgamos de esta dependencia o cuasi minoridad intelectual y hagamos un examen de cómo se ha construido el Ecuador que tenemos y a partir del cual debemos avanzar al país que queremos, nos hemos de encontrar, con sorpresa, que nuestro pasado no es casa vacía en espera de que cualquier aventurero venga y la ocupe, sino que así como las desventuras tiene páginas heroicas y luminosas, figuras no solo magistrales sino pioneras de instituciones y normas que revelan el respeto que siempre tuvimos hombres o mujeres por la dignidad de la persona y a la integridad de la naturaleza, y no a la garrulería hegemónica del momento.

Peñaherrera, jurista comprometido

Entre esas figuras ha de sobresalir más de un imbabureño o imbabureña y uno de ellos ha de ser, sin duda alguna, Víctor Manuel Peñaherrera, como jurista comprometido con todas las causas justas, como legislador visionario del Ecuador, avanzado en la creación de instituciones utópicas para la hora en las que las promovió pero reales en los años que vivimos; como maestro modelo de la ciencias jurídicas que lo mismo escudriña el sentido de las normas vigentes que las razones en las que se sustentan. Por todo ello, sus enseñanzas sirvieron a los alumnos a los que las impartió lo mismo que a los juristas de aquí y de cualquier lugar del universo, a los de su tiempo y también a los de ahora que buscan las condiciones para que rijan, en la práctica y en la teoría, los principios y las reglas del debido proceso.

Peñaherrera además es el hombre, ciudadano y caballero íntegro, una persona intachable, de probidad reconocida y probada en su vida privada y en su vida pública, en cuyas manos se podía confiar, como efectivamente confiaban sus clientes y sus conciudadanos, los problemas tanto sencillos como los complejos, seguros de que los manejaría con solvencia y rectitud ejemplares.

Otros más autorizados han ponderado sus virtudes domésticas y cívicas, yo me contraeré a escribir algunas líneas sobre el jurista, legislador, maestro sobresaliente en su tiempo, y modelo de las generaciones presentes. Con razón Juan Larrea Holguín dice de Peñaherrera que, en su hora, fue el jurista más profundo y sabio del Ecuador.

Efectivamente, Víctor Manuel Peñaherrera escribió libros, pronunció discursos, dictó conferencias en el país y fuera de él. En calidad de embajador del Ecuador al Congreso Científico Panamericano, reunido en Washington el año de 1916, por ejemplo, tuvo oportunidad de hablar, y de lucirse, en representación de las delegaciones de esta región del universo al desarrollar dos ideas centrales, utópicas en ese momento de la historia humana: la creación de organismos internacionales que, a nivel regional y mundial, promovieran la unión de los pueblos y crearan condiciones para que la amistad reemplace al odio entre los hombres, la diplomacia a las armas y a la guerra, y así fuera posible la paz como fruto de la justicia y la fraternidad entre las naciones.

Sus palabras y conceptos merecieron entonces el aplauso de las delegaciones internacionales allí reunidas, incluso fueron acreedoras de palabras de aprobación. No fue casual la conformidad con las palabras del orador ecuatoriano, del pensamiento de Wilson, entonces presidente de Estados Unidos de América. No puedo dejar de destacar esta coincidencia del pensamiento del Presidente norteamericano con el discurso de Peñaherrera porque no fuera sino por mera coincidencia, poco tiempo después el jefe de Estado de la emergente potencia mundial promovía la organización de la Sociedad de Naciones, antecedente de la actual Organización de las Naciones Unidas. Esto revela que nuestro compatriota estaba al tanto de las ideas y sentimientos que agitaban a sus contemporáneos del mundo entero.

Su sabiduría pudo lucirla en los centros universitarios que, en sabiendo de la modernidad de su pensamiento, le invitaron para que diera conferencias sobre los problemas más controvertidos del momento; y, así, habló de la emancipación jurídica de la mujer casada y otros temas igualmente debatidos allá y aquí, en este apartado rincón del mundo. Y no por compromiso político sino como reconocimiento de sus méritos y virtudes, la Universidad de Yale, que no regala títulos ni tiene por qué regalarlos, le confirió el título de su profesor honorario. Tan honrosas distinciones no envanecieron al jurista ecuatoriano que regresó a su patria a seguir sirviéndola en la cátedra y en el honra-

do ejercicio de su profesión de abogado de las causas de sus clientes, y como hombre público de las causas de los débiles, que entonces eran, como lo son ahora, los indígenas, la mujer y los asalariados.

Maestro y escritor

Como maestro ocupó lúcidamente la cátedra de Economía Política, pero fue en la de Derecho Procesal en la que alcanzó singular prestigio. Sus múltiples servicios a la universidad le catapultaron a las funciones de Decano de la Facultad de Jurisprudencia y a las de Vicerrector de la Universidad Central del Ecuador; labores que no le impidieron atender con la solvencia de siempre la cátedra en la que había alcanzado merecida fama y prestigio reconocido por la academia y la sociedad de consumo.

Fruto maduro de su cátedra son las *Lecciones de Derecho Práctico Civil y Penal* que formaron a los abogados, quienes tuvieron la fortuna de escucharlas en su cátedra; lo mismo a los abogados, que no tuvimos esa suerte, pudimos contar con los libros que sobre ellas se publicaron y nos guiaron en el ejercicio de la profesión hasta el fin del siglo XX, mientras el Derecho era una ciencia al servicio de la justicia y no mera herramienta para medrar y complacer a los poderosos de cualquier especie.

Las *Lecciones del Derecho Práctico Civil y Penal* no solo demuestran que el maestro conocía el Derecho positivo contenido en la ley o en los reglamentos, tampoco son la mera transcripción del pensamiento de los grandes juristas de Europa o Latinoamérica, que revelan plausible erudición, sino que son además reflexiones críticas que penetran al fundamento de esas leyes y reglamentos, que valen aquí y ahora lo mismo que en cualquier lugar y tiempo en que ocurran las circunstancias de facto y de iure a las que responden los principios y las reglas que constan en esas leyes y reglamentos.

Para Peñaherrera, el Derecho Procesal es una ciencia tanto como lo es para Chiovenda o Carnelutti, los grandes del Derecho Procesal con quienes se habría legítimamente hombreado de haber nacido en Europa; o, con Couture, otro de los gigantes en la materia, si es que los ecuatorianos supiéramos apreciar lo que somos y tenemos, de la misma manera que Eugenio Espejo estaría a la altura, si no por encima, de Pasteur, de haber nacido en Francia; y, entre hombres que enaltecen lo suyo tanto o más de lo que aplauden al extranjero sin chauvinismo alguno.

Sus *Lecciones de Derecho Práctico Civil y Penal* fueron recibidas por la opinión pública del momento en que se publicaron con beneplácito tanto de los entendidos de esta rama del conocimiento lo mismo que de las gentes cultas de esa hora y de los *mass media*, y es así como en el diario *El Día* se decía: "Sus conferencias diarias sobre la práctica civil y penal son admirables; poseemos el libro completo que dictó sobre Procedimiento Penal en uno de los últimos cursos escolares, y afirmamos que bien cabrían en un solo tomo esas soberbias disertaciones sobre el citado Código de Procedimiento en materia criminal, tomo del que formarían parte los estudios que sobre el jurado publicó el Dr. Peñaherrera, que fueron presentados en el Congreso Panamericano celebrado en Washington, y que merecieron unánime aplauso".

Pero nuestro autor no se agotaba en un solo libro, en una sola materia, no; el doctor Peñaherrera se prodigaba en libros, artículos de revistas, conferencias universitarias y tantas otras expresiones de su rico e ilustrado conocimiento sobre "El cuerpo del delito", "La competencia por razón de las personas se determina al tiempo del hecho punible", "Reformas al Código de Procedimiento Penal", "Reorganización Judicial", "Promulgación de la Ley", "Garantía Constitucional", y tantas otras materias, muchas de tanta actualidad como las que dejamos mencionadas y que se publicaban, sobre todo, en la *Revista Forense*.

Un gran renovador

Peñaherrera no se contentaba con la crítica a la legislación vigente, sino que además se nutría de la savia con la que la gente de su tiempo deseaba construir la sociedad justa de la que desapareciera en instituciones infames, como el concertaje o modalidades de discriminación que, aunque muy aceptada en el medio, repugnaban a la conciencia de los hombres y mujeres modernas, como era la incapacidad jurídica de la mujer casada o la desigualdad de los seres humanos, ya no por su ser ontológico, que todavía estaba en boga aunque ya se la encontraba insuficiente en el mundo jurídico con la igualdad ante la ley, sino que ya se percibía, aunque no en forma clara, que las condiciones económicas, sociales y aun culturales en las que se desenvolvía la existencia de los menos afortunados, requería de la igualdad real mediante la entrega de instrumentos jurídicos que suplieran esa desigualdad real, tal era la de los asalariados en sus relaciones con sus empleadores.

Le repugnaba la especie de servidumbre a la que había sido reducido el trabajador agrícola a través del *concertaje*; y, en contra de lo que le aconsejaban sus amigos y le criticaban sus adversarios políticos, se empeñó, con la bravura y meticulosidad que le caracterizaba, a luchar por su eliminación de esta lacra que todavía afeaban la faz de la patria.

El concertaje era una suma de instituciones que garantizaban eficazmente la propiedad de los poseedores de la riqueza, tal era el sistemático endeudamiento de los pobres y la otra el "apremio personal", en virtud del cual se podía exigir el cumplimiento de una obligación patrimonial reconocida en sentencia mediante la prisión del deudor moroso. Por la primera, el terrateniente proveía de "socorros" y "anticipos" a los indígenas con el declarado propósito de ayudarles a cubrir sus necesidades de subsistencia personal y familiar sin necesidad de elevar, como habría sido lo menos injusto, la remuneración siquiera hasta que cubra su déficit ante el costo de la modestísima existencia del indígena y de su familia, sin condenarle a permanecer toda su vida sujeto al dogal que la deuda impagable le mantenía ligado al terrateniente. Como, de otro lado, los descendientes heredaban, según el Código Civil, el patrimonio del fallecido compuesto de sus haberes y también de sus deudas, el dogal se transmitía de generación en generación.

Heredamos de la Colonia el apremio personal, la prisión por deudas, en virtud de lo cual el deudor que no podía pagar sus obligaciones económicas reconocidas en sentencia por juez competente podía ser reducido a prisión, desde donde salía a trabajar para imputar su remuneración al pago de la deuda. Al término de la jornada de trabajo no iba a su paupérrima casa a descansar en compañía de los suyos, sino que regresaba a la prisión para al día siguiente reiniciar una nueva jornada de trabajo, y en razón de que la remuneración de esta jornada no le alcanzaba para pagar la deuda, volver a endeudarse para la subsistencia suya y de su familia en un círculo vicioso infernal que no se terminaba ni con la muerte del infeliz deudor, sino que continuaba vigente con sus deudos.

Romper ese círculo planteó el doctor Víctor Manuel Peñaherrera y con tenacidad de cruzado y paciencia benedictina propuso: primero, prohibir la transmisión de las deudas a los herederos, en especial la contraída mediante al engañosa institución de los "socorros" y "anticipos" que va a ampliarse a favor de todos los trabajadores en sus re-

laciones con el empleador, llamado patrón en ese entonces; y, más tarde, se va a prohibir la prisión por deudas provenientes de obligaciones meramente civiles. El mismo Peñaherrera preveía la necesidad de extender la supresión del apremio personal para todas las obligaciones como, con orgullo, enseñan nuestros maestros en la cátedra.

Pese a la prudencia con la que recomendaba la aplicación de esta medidas su propuesta no fue bien recibida por sus contemporáneos; ahora, sin embargo, y desde 1929, fue elevada a la jerarquía de norma constitucional (art. 151.4), extendida en beneficio de todas las obligaciones civiles con las siguientes palabras: “Prohíbese el reclutamiento que no se haga de acuerdo con las leyes militares, **así como la prisión por deudas provenientes de obligaciones meramente civiles**” (Las negrillas son mías para resaltar la institución de que estamos hablando).

Este salto hacia la libertad se conquistó gracias a la lucha valerosa y tenaz de Víctor Manuel Peñaherrera. Sus instrumentos subsistieron como conquistas de la civilización hasta la legislación del siglo XXI. Así queda probado que las tesis verdaderamente progresistas no son las que aplaude el vulgo en la hora en la que se las enuncia, sino las que resisten el paso del tiempo y ganan el aplauso aun de los que inicialmente reprobaron o, por lo menos, de sus descendientes. La institución del concertaje quedó abolida en 1918.

El pionero

Las reformas promovidas por el doctor Víctor Manuel Peñaherrera formaban parte de un proyecto que miraba a la expedición de leyes laborales desconocidas, hasta esos años en nuestro medio. Y es que, como he dicho, nuestro jurista no era el artesano del Derecho que se limita a comentar, bien o mal, la legislación vigente, sino el hombre que oteaba de los tiempos que vivía y con perspicacia preveía los caminos que debía recorrer el Ecuador para salir del atraso en que se mantenía.

A comienzos del siglo XX creía él, y tenía razón, que era necesaria una ley a favor de los jornaleros, por lo que con razón sostiene uno de sus ilustrados biógrafos que debe ser considerado como uno de los precursores de la Legislación Laboral del país, pues él mismo denominó a su proyecto “Ley de Jornaleros”. Casi una década va a ser necesario que pase para que este tema llegue a ser preocupación del legislador ecuatoriano y empezase a dictar las primeras leyes laborales; pero,

entre tanto, ha sido necesario que las y los trabajadores, al igual que la gente humilde de Guayaquil, derramara torrentes de sangre en las calles de la ciudad heroica y a mano de las Fuerzas Armadas que obedecían a los testaferros de la bancocracia, adueñada del poder político. Fue menester también que los oficiales jóvenes, avergonzados de que sus jefes sirvieran a la naciente oligarquía, se sublevaran e iniciaran con la reconocida "Revolución Juliana" el nuevo Estado social de derecho y dieran comienzo, con el aporte del recién fundado socialismo, el nuevo Estado social de derecho.

Mas no era la suerte de los "conciertos" y de los "jornaleros" lo única que le preocupaba al jurista imbabureño, sino también la de la mujer casada de la que en el año 1908, en el informe, decía: "La reforma de las instituciones jurídicas, en sentido favorable a la condición de la mujer, es uno de los caracteres más marcados de la orientación de las ideas modernas; mas yo he abrazado ardorosamente la opinión de la necesidad de estas reformas, desde antes de que el influyente de esas ideas, general en el mundo civilizado, se dejara sentir entre nosotros, y la he abrazado tanto por consecuencia de mis estudios jurídicos, cuanto por la experiencia profesional en la que, como dijo el doctor Vela en la sesión anterior, quizá lo que más ha fatigado nuestro espíritu ha sido la dificultad de remediar la desgraciada condición de muchísimas casadas, con solo los medios que establece el sistema legal que nos rige".

No es el abogado que se contrae a aplicar la ley y, acaso, con eso ganar los juicios, es el jurista que reflexiona sobre el Derecho vigente y su justicia, buscando los caminos para enmendar lo que haya de inconveniente o injusto en él y situar al país a la altura de los tiempos y de la civilización en la que nos toca vivir.

El proyecto de ley que se discutía en 1912 se denominó: "Ley de Emancipación Económica de la Mujer Casada". Con ese nombre fue aprobado en el Congreso y luego sancionado por el presidente de la República, Plaza Gutiérrez. Sin embargo, no era tan ambicioso como sugería su nombre, porque de lo que se trataba era reconocer a la mujer la facultad de excluir de la sociedad conyugal todo o parte de sus bienes propios y el derecho de administrar los bienes excluidos con toda libertad y, en consecuencia, realizar actos y celebrar contratos de toda clase, inclusive los de venderlos, hipotecarlos y, en su caso, comparecer en juicio para defenderlos.

Para superar los prejuicios reinantes en la sociedad no bastan las leyes, y esto fue lo que sucedió respecto a la capacidad de la mujer casada, establecida en 1912, gracias a la ley expedida por el trabajo del doctor Peñaherrera. En primer lugar, dio lugar a discusiones sobre si la reforma comprendía la capacidad para celebrar otros contratos, como eran los de trabajo; y, luego, si esa capacidad comprendía también la de litigar. Hubo que esperar largos años hasta que la *Constitución* de 1967 dispusiera la igualdad de los cónyuges y luego las reformas al Código Civil que sirvieron para dilucidar todas estas y otras dudas acerca de la capacidad de la mujer casada; y, por fin, el *Decreto Supremo* 1482 que, en calidad de Ley Aclaratoria, se promulgara en el *Registro Oficial* No. 355 de 10 de junio de 1977.

Víctor Manuel Peñaherrera veía lejos. Sus ideas y proyectos tuvieron que esperar más de medio siglo para lograr plena aplicación, en virtud de reformas e interpretaciones que, por disolver todos los obstáculos, crearon los temores y prejuicios, y terminaran por ser de aceptación general.

El abogado

Sus preocupaciones académicas, legislativas y políticas no distrajeron al abogado del ejercicio de su profesión. Peñaherrera supo armonizarlas con talento y rectitud gracias inclusive al hecho de que, en ese tiempo, las labores legislativas no ocupan todo el año, sino únicamente dos o tres meses anuales, salvo la reunión del Congreso Extraordinario que, de una parte, no eran frecuentes y de otra no tenían mucho tiempo de duración. Como abogado sirvió al gremio de diversas maneras, en esto también fue pionero, y gracias a su iniciativa y empeño se creó el Colegio de Abogados de Quito, el 28 de julio de 1912; y, desde ese año, fue elegido su presidente, cargo en el que sirvió hasta que, por razones de salud, tuvo que trasladarse a vivir en la ciudad de Guayaquil, en donde continuó prodigándose en sus múltiples actividades en provecho de sus conciudadanos, de sus colegas los abogados y de la patria toda.

El Colegio de Abogados le debe su magistral “Decálogo” en que dejó lecciones de rectitud profesional, que valen para los tiempos en los que lo elaboró y para siempre. ¡Cuánto valdría que los abogados de ahora, como los de ayer, inspiraran en ese Decálogo el trato con los

clientes, el estudio de las causas que les toca conocer ya como abogados litigantes o ya como jueces, y no se diga como gobernantes; así como en el análisis de la ley y sus diversas interpretaciones, en el juicio de los hombres y las circunstancias que explican sus decisiones, ya, en fin, en la abstención de medios ruines para ganar los juicios, porque jamás el fin justifica los medios inmorales entre gentes honradas y de bien!

No sería completo el perfil de Peñaherrera si omitiéramos decir, no sean sino pocas palabras, de su entrega a la causa del Ecuador, su patria, en condición de Miembro de la Junta Consultiva del Ministerio de Relaciones Exteriores o en su calidad de Consultor de los gobiernos en los delicados y complejos problemas limítrofes. En todas esas condiciones, Peñaherrera habló con sincera y honrada convicción, según él dijera en alguna ocasión, de lo que convenía al Ecuador por encima de las banderías partidistas; y, no se diga de los traficantes de la muerte que promueven la guerra, sin antes habernos preparado para la matanza ni estar listos para morir en los campos de batalla. Peñaherrera era hombre de paz, como él mismo se confiesa de acuerdo con su públicamente declarada y conocida confesión religiosa, la religión católica.

El maestro fue miembro de la Real Academia de Legislación y Jurisprudencia de Madrid, y de la Academia de Jurisprudencia de Bogotá. Aquella dijo que lo hacía en honor a los méritos del doctor Peñaherrera y esta, en cambio, lo designó por unanimidad y en votación secreta, en reconocimiento a los méritos e ilustración del maestro.

Quito, 2013

Mariano Suárez Veintimilla (1897-1980)

Enrique Ayala Mora

Raíces y formación

Mariano Suárez Veintimilla fue uno de los políticos ecuatorianos más influyentes en la primera mitad del siglo XX. Fue abogado, profesor y periodista, pero sobre todo político activo. Católico y conservador, expresó en su acción pública el proyecto de poder de la derecha ecuatoriana, orientado por la consigna: "Dios y Patria".



Nació en Otavalo, provincia de Imbabura, el 8 de junio de 1897. Fueron sus padres el Dr. Rafael Suárez España, conocido médico ambateño, y doña Matilde Veintimilla García, miembro de una tradicional familia imbabureña. La pareja vivía en Otavalo y se radicó posteriormente en Ibarra, en donde nacieron sus hijos menores. Varios de los hermanos Suárez Veintimilla fueron personas destacadas. Francisco hizo carrera militar en España desde muy joven y murió en una guerra colonial. Carmela fue figura local de las organizaciones femeninas y la primera diputada electa en las urnas que llegó al Congreso Nacional (1958-1959). Carlos fue sacerdote, activista de la Acción Católica y quizá el más notable poeta religioso del país. Rafael fue abogado y legislador.

Mariano Suárez estudió las primeras letras en Ibarra, pasando luego al Seminario San Diego de esa ciudad. Estuvo luego un tiempo en el Colegio San Gabriel de Quito, pero regresó a graduarse en el Colegio Teodoro Gómez de la Torre de Ibarra. Volvió a la capital para estudiar Derecho en la Universidad Central. Durante sus años de estudiante

participó activamente en la Federación Universitaria y el Club de estudiantes, y organizó el "Centro Universitario del Norte", que presidió por algunos años. En 1924 obtuvo el grado de Doctor en Jurisprudencia y Abogado con la tesis sobre cuestiones fiscales, cuando los temas de tipo económico eran considerados una novedad en el país.

La lucha conservadora

Graduado de abogado se instaló en Ibarra, donde fundó con Luis Eduardo Dávila el periódico El Clarín, que combatió durante al gobierno liberal plutocrático de Córdova. Semanas de producida la "Revolución Juliana", se opuso al nuevo gobierno, por lo que tuvo que soportar las primeras prisiones. Para entonces había fundado un nuevo periódico, junto con Manuel Enrique Pasquel Monge, La Estrella Polar. Desde entonces tuvo especial interés en impulsar la construcción del Ferrocarril Ibarra-San Lorenzo.

En esos años participó de un grupo interesado en la formación de una compañía de producción textil en Imbabura. En 1926 viajó a Francia y realizó un curso de ingeniería textil en Lile. Visitó varios países de Europa, entre ellos Bélgica y Alemania. Estuvo luego varios meses en Roma, donde asistió a varios cursos de derecho. De regreso al Ecuador, continuó el ejercicio profesional y se dedicó a administrar la hacienda de la familia. En 1928 se afilió al Partido Conservador, que se había reorganizado en 1925 bajo el liderazgo de Jacinto Jijón y Camacho, con quien Mariano Suárez mantuvo larga y estrecha amistad. En 1930 fue electo diputado conservador suplente por la provincia de Imbabura. Actuó en el Congreso de 1931 y otros de años siguientes. En 1932 era ya concejal de Ibarra y, luego, para 1935, se desempeñaba como presidente del Concejo Municipal.

En 1936 contrajo matrimonio en Ibarra con Blanca Lucía Pasquel, quiteña perteneciente a una tradicional familia de la capital imbabureña. Pero tuvo que partir de inmediato al exilio al que le condenó la dictadura de Federico Páez. Marchó a Chile en compañía de su flamante esposa y de su compañero de partido Luis Alfonso Ortiz Bilbao. Durante su estancia en Santiago se relacionó con el grupo político dirigente de la "Falange", liderada por Eduardo Frei, que luego se transformó en el Partido Demócrata Cristiano.

Las experiencias de Chile, así como su formación católica tradicional, el contacto intelectual con Jacinto Jijón, Julio Tobar Donoso y

los ideólogos jesuitas de la derecha como Aurelio Espinosa Pólit, Jorge Chacón y Luis Mancero, marcaron su pensamiento y acción política. Siempre reconoció que en el desarrollo de sus ideas y posturas tuvo mucha influencia su coprovinciano, el Dr. Moisés Luna, también dirigente conservador. Fue un gran admirador del caudillo español Francisco Franco y de sus ideas políticas corporativistas.

Del exilio al poder

En 1939 concurrió al Congreso como diputado. En un arreglo entre liberales y conservadores, se le designó vicepresidente de la Cámara de Diputados. En 1940 fue directivo de la campaña presidencial de Jijón y Caamaño y fue nuevamente electo diputado por Imbabura. Una vez que en ese año, gracias al fraude electoral, Arroyo del Río llegó a presidente y ofreció dos ministerios a los conservadores, Suárez, secretario nacional del partido, junto con el director Jijón y Caamaño, se opusieron a esa posibilidad, pero se impuso la voluntad de la iglesia, que logró que se diera esa colaboración.

Mariano Suárez, sin embargo, mantuvo desde el principio una postura crítica al gobierno de Arroyo desde las columnas del diario *El Debate*, que se publicaba en Quito bajo su dirección. Sufrió por ello nuevas persecuciones y prisiones. Luego de la suscripción del Protocolo de Río de Janeiro en 1942, los conservadores pasaron a la oposición y el año siguiente Suárez fue delegado a las conversaciones para una candidatura opositora única. En 1944 representó a su partido en la dirección de la Alianza Democrática Ecuatoriana, ADE, que lanzó la candidatura de Velasco Ibarra. Fue uno de los dirigentes del movimiento del 28 de mayo de 1944 que derrocó al arroísmo y el 29 de ese mes dirigió la toma del Palacio Nacional por el gobierno provisional.

Velasco Ibarra se hizo cargo del poder lo designó Ministro de Agricultura en 1944 y luego Ministro del Tesoro en 1945. En ese mismo año fue candidato para consejero provincial de Pichincha, siendo electo como primer presidente del Consejo Provincial, recién creado por disposición constitucional. Cuando en 1946 Velasco Ibarra disolvió el Congreso y se declaró dictador, el Partido Conservador aceptó el llamado a una nueva Asamblea Constituyente y obtuvo, aliado al velasquismo, el control de ese cuerpo, que se reunió ese mismo año. Suárez Ventimilla fue electo presidente de la asamblea, que dictó una carta política que tuvo larga vigencia hasta 1963.

En 1947, al concluir sus labores, la Asamblea eligió a Velasco presidente y a Suárez vicepresidente de la República. En agosto de 1947, el ministro de defensa depuso a Velasco y lo expatrió. Mariano Suárez Veintimilla se negó a renunciar a la vicepresidencia y al derecho a remplazar al presidente. Resistió el golpe, apeló a un acuerdo nacional de todas las tendencias y consiguió que las Fuerzas Armadas garantizaran la continuidad constitucional. El 2 de septiembre se posesionó como presidente constitucional de la República, pero renunció voluntariamente el 16, debido a que había ofrecido excusarse a fin de lograr consenso para la continuidad legal. En todos los sectores políticos se reconoció su esfuerzo por defender la constitucionalidad.

Una larga vida política

Desde 1948 se mantuvo activo en la política nacional. Ejerció en algunas ocasiones la dirección del Partido Conservador y estuvo largos años como vocal de su directorio nacional o consejero. Entre 1956 y 1960 fue Procurador General del Estado. Fue en varios períodos vocal de Tribunal Supremo Electoral, del que fue vicepresidente en 1966 y presidente en 1972. Su preocupación constante por la construcción del Ferrocarril del Norte lo llevó a realizar un intenso trabajo en la "Junta Autónoma" que dirigió la obra, inaugurada en 1957. Fue su presidente en algunos períodos. En los años sesenta y setenta colaboró como columnista ocasional del diario El Tiempo de Quito.

Dimensiones humanas

Su última función pública fue la presidencia del Tribunal Supremo Electoral, que ejerció en 1971 a 1972, por pedido del Dr. Velasco Ibarra, que estableció un "plan de retorno" a la constitucionalidad, detenido por el golpe militar de febrero de 1972. Desde entonces se retiró a la vida privada cada vez más afectado por una larga enfermedad. Murió el 23 de noviembre de 1980. Está sepultado en el panteón de los presidentes de la Basílica del Voto Nacional en Quito.

Suárez Veintimilla fue hombre de profundas convicciones católicas, que las trasladó a la acción política. Fue un lúcido seguidor de la propuesta de Jacinto Jijón y Caamaño por un régimen de orden, garante de la propiedad privada y la justicia para los pobres, orientado por doctrinas católicas, conservadoras y nacionalistas, con propuestas

de reforma social y política, libertad de elecciones y de expresión, pero autoritario, con rasgos corporativistas y una postura de enfrentamiento al laicismo, al que combatió con energía toda la vida. Sin embargo, fue también un político práctico y eficiente, que siempre prefirió los acuerdos al enfrentamiento. Prueba de ello es que en la Constituyente de 1946, que presidió, pese a su mayoría conservadora, se optó por mantener el Estado Laico y sus garantías, con educación oficial laica y educación particular permitida y a veces auspiciada por el fisco.

Fue un gran admirador de García Moreno y dirigió varias campañas nacionales de promoción de “El hombre que honra al hombre”. Tuvo una estrecha relación con la jerarquía eclesiástica y participó en varias organizaciones católicas. En 1950 se lo designó presidente de la delegación del Ecuador a la canonización de Santa Marianita de Jesús en Roma. Fue prefecto de la Congregación de Caballeros de la Inmaculada, presidente del Consorcio de Abogados Católicos y de la Conferencia de San Vicente de Paúl. Fue uno de los impulsores de la fundación de la Universidad Católica del Ecuador y miembro de su Cuerpo Gubernativo por varios años. Apoyó a los “obreros católicos” y combatió a las organizaciones de tendencia de izquierda, socialista y comunista.

Mariano Suárez Veintimilla fue una persona comunicativa, de carácter sencillo y abierto, de costumbres muy austeras y patriotismo profundo. Fue honrado y nunca abusó de los recursos públicos. Por ello, su fortuna personal fue siempre modesta. Su definida militancia de derecha no le impidió cultivar amistades con personas de ideas opuestas.

Se conservan sus manifiestos, discursos, informes políticos, artículos de prensa y apuntes personales, entre ellos sus memorias hasta 1947. Una parte está en el archivo del Ministerio de Cultura. Su retrato se colocó en los “salones de los presidentes” del Palacio Nacional y el Palacio Legislativo, consta también su retrato como primer Presidente del Consejo Provincial de Pichincha, y en locales de instituciones de Ibarra y Quito. Una institución educativa de Ibarra lleva su nombre.

Mariano Suárez Veintimilla fue un hombre austero y poco aparente para recibir homenajes. Sin embargo, le fueron otorgadas importantes condecoraciones de gobiernos extranjeros como La Legión de Honor de Francia y las órdenes de Isabel la Católica y Alfonso X el Sabio de España. El Papa le confirió la Orden de San Silvestre. En el Ecuador

recibió la Orden Nacional al Mérito y numerosas condecoraciones y homenajes de municipalidades, asociaciones de artesanos y agrupaciones políticas.

Católico practicante, oía misa y comulgaba varias veces por semana. En su matrimonio con Blanquita Pasquel cultivó las prácticas religiosas tradicionales y una vida retirada. Tuvo siete hijos: Alejandro, que murió en 1949, siendo niño, Lucía, Francisco, María Teresa, Berenice, Antonio, que murió recién nacido en 1947, y Mariano Alejandro, quien nació luego de la muerte del primogénito. Era completamente abstemio, tocaba el piano, pero desde la muerte de su primogénito no volvió a bailar nunca. Conservó hasta su avanzada edad la afición por el juego del "tresillo", pero su principal ocupación fue siempre la política.

Cuatro pensadores socialistas de Imbabura

Germán Rodas Chaves

Pensamiento de dimensión nacional

La historia de las ideas en el Ecuador del siglo XX está marcada por la extraordinaria contribución que hicieron varios imbabureños que ya no están entre nosotros, cuya vigencia es innegable. De su aporte fundamental al pensamiento sobre temas que han permitido una seria reflexión en la tarea de construir la identidad colectiva nacional, me referiré en estas páginas no sin dejar de señalar que más allá del carácter ideológico común de los mentados personajes, su huella tiene la trascendencia de haber contribuido a la cultura nacional ecuatoriana de manera relevante y fundamental. Ellos: son Fernando Chávez Reyes, Humberto García Ortiz, Gonzalo Rubio Orbe y Alfredo Albuja Galindo.

Estos cuatro imbabureños están entrelazados en su quehacer; corresponden a dos generaciones distintas, pero su concatenación está construida por su adhesión a las convicciones del cambio estructural que deben producirse "sin calco ni copia".

Fernando Chávez Reyes y Humberto García Ortiz nacieron en 1902 y en 1903, respectivamente. El primero en Otavalo y el segundo en Ibarra. Mientras que Gonzalo Rubio Orbe, oriundo de Otavalo, vino al mundo en 1909; en tanto Alfredo Albuja Galindo nació en Cotacachi en 1910.¹ Cada uno de ellos cumplió un rol que debe ser exami-

1 Fernando Chávez Reyes murió en 1999; Humberto García Ortiz falleció en 1998; Gonzalo Rubio Orbe nos dejó en 1994 y el deceso de Alfredo Albuja Galindo ocurrió en 1993. Todos ellos nacieron en la primera década del siglo XX y murieron en la última del mismo siglo. Por ello bien se puede decir que son personajes del siglo anterior y que coparon al mismo con enorme intensidad, dejando una huella invaluable para nuestros tiempos.

nado independientemente, más allá de que estos ilustres imbabureños provocaron una especie de sinergia histórica que contribuyó a la modificación del andamiaje político y cultural del Ecuador.

Cuando en la década de los años veinte del siglo anterior las ideas socialistas fueron prendiendo en la colectividad ecuatoriana, entre otros factores como producto de la estructuración de una sociedad vinculada al naciente capitalismo que traía consigo toda clase de pauperizaciones, hubo un importante sector de intelectuales que optaron, frente a la nueva realidad, por un método crítico y analítico para comprender el mundo y que, paralelamente, discernieron cómo enrumbar su tránsito vital en ese mundo. Definieron, por lo tanto, su postura de clase frente a la realidad social del país. Asumieron, además, un compromiso de vida que no estuvo disociado con las luchas de la sociedad ecuatoriana. A estas circunstancias se pertenecieron los cuatro imbabureños a quienes pretendo acercarme en estas páginas.

Chávez y Ortiz



Fernando Chávez Reyes

Fernando Chávez Reyes fue hijo de uno de los primeros normalistas del país, Alejandro Chávez Guerra.² Recibió la instrucción primaria en su casa; luego vino a vivir en Quito con una de sus tías al poco tiempo de la muerte de su padre e ingresó inicialmente al Colegio Mejía. Debido a una asignación mensual concedida por el Municipio de Otavalo, cursó, luego, sus estudios en el normal Juan Montalvo en donde se graduó en 1920. En esta institución, el pensamiento radical y el laicismo dejaron profunda huella en su conciencia social. Volvió entonces a su patria chica y dirigió la escuela que fuera fundada por su progenitor, donde puso todo el entusiasmo y la pasión para hacer de este centro educativo un referente de la vida de la ciudad.

Entre 1922 y 1923 trabajó la novela *La Embrujada*, que luego de obtener un premio fue publicada en el diario *El Telégrafo*. Este hecho

2 Alejandro Chávez Guerra fue rector fundador del colegio 10 de Agosto de Otavalo. Fue de los primeros graduados en el normal Juan Montalvo. Sus alumnos lo recordaron siempre como un profesor enérgico, laico y anticlerical.

fue antecedente para su extraordinaria producción *Plata y bronce*, que puso en circulación en 1927. La crítica nacional la recoge como la novela indigenista de mayor trascendencia en la década de los años 30 del siglo XX.

En el propio año de 1923 había ya una oleada para que germinara el pensamiento socialista.³ En ese año, Chávez fundó el periódico *Germen* que, a su vez, se constituyó en la antesala de la conformación de la "Liga José Vasconcelos", fundada en 1924.⁴ Bajo su orientación se organizó el periódico *Adelante*, en cuyas páginas se publicó en 1926 parte de la Declaración de Principios del PSE, y la revista *Imbabura*. Fueron los tiempos de la conformación en algunos lugares del país de núcleos de intelectuales desde los cuales se promovía el socialismo como corriente doctrinaria, en la perspectiva, además, de fundar una organización partidaria.⁵

Fernando Chávez fue de esta manera involucrándose en lo que sería la constitución del Partido Socialista. En septiembre de 1925 fue uno de los fundadores del núcleo "Sociedad amigos de Lenin", organizado por el embajador mexicano en Quito, Rafael Ramos Pedrueza. Sus ideas de cambio le llevarían a promover la fundación del Partido Socialista en mayo de 1926, en cuyo congreso constitutivo participó en representación de la provincia de Pichincha. Este congreso le designó miembro del Consejo Ejecutivo Central del Partido, máximo organismo de dirección.

Cuando el Partido Socialista vivió la división interna, en 1931, luego de la ruptura que se produjera a causa de la adscripción de un

- 3 La influencia de la Revolución Rusa de octubre de 1917, así como los acontecimientos alrededor del "bautizo de sangre" de la clase obrera ocurridos en Guayaquil, en noviembre de 1922, deben ser considerados también como antecedentes fundamentales para la construcción del pensamiento socialista.
- 4 La "Liga José Vasconcelos" fue impulsada, entre otros, por Fernando Chávez, Aurelio Ubidia, Víctor Alejandro Jaramillo y Miguel Valdospinos. Formaron parte de ella, casi de manera inmediata, Víctor y Enrique Garcés Cabrera, Humberto Moncayo, Luis Enrique Cisneros, Enrique Álvarez, Carlos Almeida, Rafael Balseca Guillermo Garzón, Carlos Chávez y Luis Gómez Bravo (Germán Rodas Chaves, "El grupo lojano La Vanguardia y otros grupos que confluyeron en la fundación del Socialismo", en *Clotario Maldonado Paz, centenario de su nacimiento*, Quito, Comisión Permanente de Conmemoraciones Cívicas, 2008, pp. 21-31).
- 5 Entre 1924 y 1926 se constituyeron núcleos de orientación socialista. Así, en Tulcán apareció el grupo "La Reforma", en Ibarra el grupo "Lenin", en Loja "La Vanguardia", en Guayaquil el "Centro socialista doctrinario", y en Portoviejo el "Núcleo revolucionario de Manabí" (Germán Rodas Chaves, *Partido Socialista. Casa adentro*, Quito, Ediciones La Tierra, 2006, p. 25).

sector de la organización política a la Tercera Internacional, Fernando Chávez contribuyó al proceso de reconstitución del Partido Socialista que en mayo de 1933 se refundó en Quito y en cuyo Congreso participó Chávez en representación de su provincia natal.



Humberto García Ortiz

Humberto García Ortiz hizo sus estudios primarios y secundarios en el seminario San Diego.⁶ Sus estudios universitarios de Derecho los realizó en la Universidad Central. Fue un eje importante en el proceso organizativo del socialismo desde 1933, cuando adhirió a la “Célula Socialista Universitaria”.⁷ En efecto, García Ortiz, en su formación universitaria, había hecho amistad con el profesor de Derecho Luis Felipe Chávez, quien tuvo una activa participación en los años inmediatos a la ruptura partidaria, reorganizando las fuerzas socialistas que se habían dispersado, las mismas que al reconstituir el PSE, en mayo de 1933, lo eligieron Secretario General.⁸

Chávez organizó la Célula Socialista Universitaria y convocó a que militaran en ella a muchos estudiantes. Este núcleo socialista se mantuvo activo hasta 1945.

Humberto García Ortiz, mientras estudiaba en la Facultad de Jurisprudencia, ejerció la cátedra en la Escuela de Artes y Oficios. Luego, cuando obtuvo su licenciatura en Derecho, fue profesor de la propia Universidad Central. En 1935, publicó *Breve exposición de los resultados obtenidos en la investigación sociológica de algunas parcialidades indígenas*

6 El título de bachiller lo obtuvo en la ciudad de Pasto pues la legislación liberal determinaba que los alumnos de los colegios particulares debían graduarse en colegios públicos (Enrique Ayala Mora, Estudio introductorio al libro *Forma Nacional*, tomo 1, de Humberto García Ortiz, vol. 15 de la Colección Pensamiento Socialista, Quito, Ediciones La Tierra, 2011, p. 11).

7 Dato entregado por el militante socialista Plutarco Naranjo Vargas al autor de estas páginas, en entrevista del mes de marzo de 2005 y que sirvieron, entre otras fuentes testimoniales, para la construcción del libro de mi autoría *Partido Socialista. Casa adentro*, publicado en 2006 por Ediciones La Tierra.

8 Luis Felipe Chávez en el mismo año de 1933 fue electo vicerrector de la Universidad Central. En 1934 fue electo rector.

de la provincia de Imbabura. Su presencia dinámica en el socialismo se produjo en 1938 cuando el general Alberto Enríquez Gallo convocó a Asamblea Constituyente, que debía constituirse en forma proporcional e idéntica con la presencia de los partidos Liberal, Conservador y Socialista. Ante tal circunstancia, la comisión interna del Partido Socialista propuso a su militancia algunos nombres en diversas provincias del país para que fueran considerados como precandidatos de la Constituyente.⁹ Entre las precandidaturas constó la de Humberto García Ortiz, cuya dinámica intelectual en ese año produjo dos ensayos de notable importancia: *La sociología del nacionalismo moderno* y *Ensayo sobre la democracia*.

En el mismo año 1938, cuando el socialismo convocó a su quinto congreso, que se reunió entre el 11 al 20 de noviembre en Quito, con la finalidad de tratar sobre la nominación del candidato presidencial a la República, Humberto García Ortiz fue designado, por unanimidad, secretario general del Congreso. Desde entonces y por varios años consecutivos, debido a la tradición socialista mantenida durante varias décadas de reunirse en Congreso en el mes de noviembre de cada año, García Ortiz formó parte de la delegación socialista imbabureña. En 1939, inclusive, fue parte de la Dirección Nacional del Partido cuando Luis Maldonado Tamayo lo dirigió.

De esta manera, la continuidad de las acciones militantes entre Chávez Reyes y García Ortiz son extraordinarias como lo fueron, particularmente, dos libros: *El hombre ecuatoriano y su cultura* y *La forma nacional* de Chávez y García, respectivamente. En efecto, entre los años 40 y 50 del siglo XX, Fernando Chávez escribió varios ensayos que fueron reunidos en 1990 bajo el nombre *El hombre ecuatoriano y su cultura*, publicados por el Banco Central.¹⁰ La reedición del libro la hizo en 2007 Ediciones La Tierra.¹¹ Es una obra en la cual "...se encuentran presentes dos ejes vertebradores: las condiciones impuestas por la estructura económico-social de la Colonia, derivadas de la Conquista Española, y

9 La comisión la integraron Luis Fernando Chávez, Antonio Borja y Juan Genaro Jaramillo.

10 Si bien estos ensayos forman parte de una estructurada producción, su actividad educativa, cumplida en la década de los 30 y 40, le permitió producir una serie de artículos sobre la educación en el país, muchos de los cuales luego aparecieron, en 1955, formando parte de la *Revista Ecuatoriana de Educación*, órgano de la Sección de Ciencias Filosóficas y de la Educación, de la matriz de la Casa de la Cultura Ecuatoriana.

11 *El hombre ecuatoriano y su cultura* es el volumen 6 de la Colección Pensamiento Socialista, la misma que se halla constituida de 20 volúmenes y que ha sido publicada por Ediciones La Tierra.

el antagonismo violento entre los dominadores y los dominados, destacándose, entre estos últimos, el indio".¹²

Por otro lado, *La forma nacional* de Humberto García Ortiz, que fue su trabajo de tesis doctoral, es una de las piedras angulares de la nascente sociología ecuatoriana. El libro tuvo su primera edición en 1942 en la Imprenta Universitaria. Fue también reeditado en dos volúmenes por Ediciones La Tierra, en el 2011. Enrique Ayala Mora dice en su estudio introductorio de esta nueva edición: "La obra no solo refleja la elaboración intelectual de su autor y la influencia del pensamiento socialista sobre lo nacional, sino que nos hace ver también el contenido de la enseñanza en nuestra educación superior de entonces y los contenidos del debate académico".¹³

Estos libros de Fernando Chávez y de Humberto García Ortiz son dos reflexiones de largo aliento que se preocupan del Ecuador y lo atraviesan en su análisis desde prismas diferentes pero complementarios en la búsqueda de darle un sitio al sujeto individual y al social que forman el Ecuador, así como constituyen esfuerzos académicos para decirnos, en el primer caso, donde están nuestras raíces culturales; y, en el otro, hacia dónde marcha la construcción de la nación ecuatoriana.

Rubio Orbe y Albuja

La fuerza intelectual de Chávez y de Ortiz, así como sus enseñanzas y preocupaciones sobre la patria, se reflejó luego en dos posteriores figuras conspicuas: Gonzalo Rubio Orbe y Alfredo Albuja Galindo.

El otavaleño Gonzalo Rubio Orbe hizo sus primeros estudios, a partir de 1917, en la escuela 10 de Agosto. Alfredo Albuja Galindo aprendió sus primeras letras directamente de su madre Eloísa Galindo Proaño, la única profesora de la parroquia Quiroga, del cantón Cotacachi, de donde fue oriundo este notable ecuatoriano.¹⁴ Luego siguió sus estudios en Ibarra en el Seminario San Diego. Posteriormente, casi al

12 Marcelo Villamarín, en el estudio introductorio del libro *El hombre ecuatoriano y su cultura*, de Fernando Chávez, volumen 6 de la Colección Pensamiento Socialista, Quito, Ediciones La Tierra, 2007, p. 19

13 H. García Ortiz, *La forma nacional*, tomo 1.

14 Enrique Ayala Mora en el estudio introductorio del libro *El periodismo: en la dialéctica política ecuatoriana*, de Alfredo Albuja Galindo, volumen 18 de la Colección Pensamiento Socialista, Quito, Ediciones La Tierra, 2013, p. 54.

mismo tiempo, Rubio y Albuja ingresaron en Quito al normal Juan Montalvo. Rubio Orbe inició sus estudios en 1926 y Albuja Galindo en 1927. Aquellos años corresponden a los primeros momentos de la influencia que en diversos espacios venía propiciando el recientemente fundado Partido Socialista, al cual adhirieron algunos profesores del normal Juan Montalvo, entre ellos César Silva.¹⁵ En el tercer congreso del PSE, efectuado en enero de 1937, Silva fue designado vocal suplente de su dirección nacional,¹⁶ mientras en su décimo congreso, efectuado entre el 15 y el 20 de noviembre de 1943, dirigió varias y trascendentales sesiones.¹⁷



Gonzalo Rubio Orbe

En el normal Juan Montalvo “se constituyó una célula socialista que apoyaba la lucha del partido y que en 1931, con la división interna, también se dividió, pero tenían entre ellos buenas relaciones y cada uno de los núcleos, el comunista y el socialista, hacían su trabajo y hasta compartían tareas comunes... Esto nos ocurrió en varios lugares y centros de trabajo... pero primaba la amistad y, si bien habían opiniones diferentes, no se dieron enfrentamientos de otra naturaleza... teníamos una militancia ideológica...”¹⁸

Si bien lo referido es importante, no cabe la menor duda que el espíritu institucional del normal Juan Montalvo, como ocurrió con la educación en la década de los veinte, estuvo vinculada ante todo con los principios del laicismo y, luego, con la presencia de las ideas socialistas. Este espíritu no solo se redujo a la confrontación anticlerical, sino que encontró un soporte para explicarse adecuadamente los problemas

15 César Silva fue profesor de Gonzalo Rubio como lo señala Galo Ramón en el estudio introductorio al libro *Los indios ecuatorianos: evolución histórica y política indigenista* de Gonzalo Rubio Orbe, vol. 20 de la Colección Pensamiento Socialista, Quito, Ediciones La Tierra, 2013 p. 12.

16 Germán Rodas Chaves, *Partido Socialista. Casa adentro*, p. 81.

17 Germán Rodas Chaves, *Ibid.*, p. 112.

18 Transcripción textual tomada de la entrevista que le hiciera a César Endara, fundador del Partido Socialista y militante comunista. La parte citada corresponde a la reunión del 15 de mayo de 2005. Su testimonio contribuyó a la elaboración del libro de mi autoría, *Partido Socialista. Casa adentro*.

sociales, desarrollándose así una visión de libertad de conciencia y de compromiso social que permitieron una nueva óptica educacional.

Este es el entorno de la formación de Rubio Orbe y de Albuja Galindo, quienes comprendieron que el socialismo se había constituido en el nuevo referente político e intelectual de la educación pública. Por ello se adhirieron a sus filas, luego de la refundación partidaria de 1933, tanto más que estuvieron muy atentos al debate partidario y a los esfuerzos de la refundación socialista emprendida por sus paisanos Juan Genaro Jaramillo, Fernando Chávez y Humberto García, entre otros. Por ello puedo afirmar que Rubio y Albuja constituyen una posta generacional imbabureña en la construcción del pensamiento crítico ecuatoriano a partir de un compromiso intelectual que se ha expresado en su amplia producción bibliográfica.

Efectivamente, Rubio Orbe fue un apasionado del problema indígena toda su vida, tanto así que el trabajo que presentó, en 1931, para su egresamiento del normal Juan Montalvo versó sobre "La escuela modelo indigenista para la comunidad de Peguche", iniciando de esta manera una permanente preocupación por los temas indígenas al punto que, años más tarde, en 1964, fue fundador del "Instituto Indigenista Ecuatoriano" y de su revista *Atahualpa*, en la cual promovió el debate sobre indigenismo y culturas nacionales, temas que los había tratado ya en la revista *América indígena* del Instituto Indigenista Interamericano, con sede en México, del que fue director en 1971.

Además, Gonzalo Rubio tuvo un compromiso fundamental con la educación, que le llevó a la docencia en varias escuelas y colegios así como a la cátedra en la Universidad Central. En esos años, en forma paralela a su actividad docente, puso en circulación una importante producción que incluyó las biografías de Rumiñahui, Espejo y de Luis Felipe Borja (década de los años 40), así como la producción de sus obras *Educación fundamental* (1954), *Punyaro* (1956), *Antropología social y la preparación de los maestros* (1956), entre otras publicaciones.

Su obra *Los indios ecuatorianos: evolución histórica y política indigenista* fue publicada en 1987.¹⁹ Es una síntesis y un esfuerzo por dialogar con los nuevos enfoques, propuestas y acontecimientos políticos protagonizados por el ascendente movimiento indígena de la década

de los ochenta. Esta obra es complementaria con las preocupaciones de Chávez Reyes y de García Ortiz en la atención histórica que estos imbabureños dieron a la construcción del Estado nacional.

Alfredo Albuja Galindo a su vez, luego de sus estudios en el normal Juan Montalvo y graduado como normalista en 1935, optó por la formación como educador. Ingresó inmediatamente a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central, de donde egresó con la especialización de Historia y Geografía. En las aulas universitarias conoció de cerca a Humberto García Ortiz, quien para entonces activaba en la Célula Universitaria Socialista; pero si bien este fue un factor para su acercamiento al socialismo, lo que contribuyó a su determinación política fue una circunstancia. García Ortiz, cuando inició su actividad docente en la Universidad Central (enseñando Educación Cívica en la Facultad de Filosofía y Letras), pudo conocer del talento y capacidad de su alumno el joven Albuja Galindo a quien le invitó insistentemente para que formara parte de las filas partidarias. Esta circunstancia selló entre ellos camaradería y respeto. Corría entonces el año de 1938.

En Ibarra, años más tarde, Albuja Galindo ejerció la Cátedra en el Colegio Teodoro Gómez de la Torre. Fue también rector del Colegio Nacional de Señoritas Ibarra y ocupó, por varias ocasiones, el cargo de director nacional de Educación. Su vida política militante le permitió ser concejal de Ibarra y consejero provincial, así como dirigente de la Unión Nacional de Educadores de Imbabura. Fue maestro de juventudes, formador de conciencias críticas y un incansable estudioso de la realidad educativa. Un intelectual de enorme prestigio que comprendió que su labor no podía estar alejada de la estructura de su pensamiento y que al propio tiempo propició espacios para que las culturas imbabureñas tuvieran vigor y presencia. A su esfuerzo se debe la fundación de varios periódicos locales, entre ellos *El Imbabureño*, cuyo primer número circuló en 1950; o a su rol como creador, en 1953, del Núcleo de la Casa de la Cultura en Imbabura, y a su presencia fecunda, cuando vivió en Quito, en las Academias de Historia y de Educación de las cuales fue miembro activo.



Alfredo Albuja Galindo

Su producción bibliográfica fue muy amplia, entre ellas debe destacarse su *Estudio monográfico del cantón Cotacachi* (1962), *Imbabura en páginas de Historia y Letras* (1970), *Imbabura en la cultura nacional* (1979) y *El periodismo en la dialéctica política ecuatoriana* (1979), con la cual nos lleva a conocer la historia del periodismo nacional a partir de las circunstancias políticas ocurridas en el país.²⁰

Esta es una obra fundamental para los comunicadores sociales, para los estudiantes, para los académicos y los políticos. La lectura del texto nos acerca a figuras de la prensa nacional y nos abre el horizonte para entender el rol del periódico en la estructura socioeconómica del Ecuador, como mecanismo que replica y confronta el orden, o que simplemente opina sobre los momentos de la vida del país. Su lectura nos enseña las distancias y cercanías de la opinión pública frente al poder y la necesidad de equilibrar esta relación en el ejercicio de la información plural, equidistante de las censuras y de los atachamientos del pensamiento.

Estas cuatro figuras trascendentes del país, a cuya formidable trayectoria vital y académica nos hemos acercado en este ensayo, no solo honran a la provincia de Imbabura y al pensamiento crítico nacional, sino a los anales de la historia del siglo XX en lo referente a la construcción de la identidad nacional y al conocimiento de nuestra realidad. La vigencia de su pensamiento sigue siendo una realidad; y, haber recordado su valía no solo es una forma de rendirles homenaje, sino de expresar al Ecuador la importancia de estudiar sus ideas en la siempre interminable tarea de conocernos profundamente para avanzar hacia la construcción de una patria diferente, como aquella por la cual soñaron y lucharon en estos ilustres imbabureños.

Quito, enero de 2014

20 En el año 2013, Ediciones La Tierra reeditó esta obra en dos volúmenes (los números 18 y 19 de la Colección del Pensamiento Socialista). El primer volumen vino acompañado de un estudio introductorio de 64 páginas del historiador Enrique Ayala Mora, que nos permite conocer la historia del periodismo en el Ecuador. El segundo volumen tiene un posfacio del periodista Fernando López Romero, cuyas páginas nos dejan entrever el rol del periodismo y de la comunicación en los actuales momentos.

Cesar Dávila Torres, poeta y jurista

Ramiro Dávila Grijalva

Germán César Alberto Dávila Torres nació en Ibarra, el 1 de enero de 1932. Su padre, don Pedro Rafael Dávila Peñaherera, el "Rafico", era un comerciante que distribuía repuestos y la cerveza "Victoria" (cuando lo conocí tenía su conocido almacén frente al parque Pedro Moncayo). Sobrino del gran Víctor Manuel Peñaherrera, hombre de gran cultura, don Pedro había sacado bachillerato en Humanidades Clásicas en el Seminario San Diego, regentado por padres franceses (actualmente, por desgracia, se ha convertido en academia militar). Más tarde siguió en el Seminario Mayor hasta terminar Filosofía, acrecentado su sabiduría.

César Alberto se crió en una casa donde había sabiduría. La biblioteca de don Pedro y de sus hermanos, Amador y Alfonso, estuvo provista de importantes libros. Su madre, Paulina Torres Hinojosa, era emparentada con la familia de los Noboa de Guayaquil. Era mujer de su casa, piadosa señora enteramente dedicada a la educación de sus ocho hijos y apoyaba el negocio de su marido.

Un día, hacia 1934, una hermana menor de César, llamada Guadalupe, estaba muy enferma. Paulina se había dedicado exclusivamente a cuidar de la niña, por lo que nuestro biografiado se sentía muy solitario. Su abuela paterna, María Peñaherrera Madera, decidió llevarlo a vivir en casa con el abuelo Francisco Dávila Sandoval. César guardó un recuerdo entrañable de esta época que se extiende hasta la muerte de la abuela en 1938. Entonces, volvió al hogar paterno. En enero de 1946 tuvo un nuevo sufrimiento por la muerte de su abuelo.

En 1939 fue a la escuela de los Hermanos Cristianos de Ibarra, el Instituto Rosales, donde aprendió sus primeras letras y sobre todo ortografía, como primer paso para el dominio del idioma. Don Pedro, su

padre, tenía la idea de que los hijos varones fueran a estudiar en Quito. Francisco, el primero, y Gonzalo fueron matriculados en la Academia Militar Ecuador dirigida por monseñor Miguel Enrique Romero. Posteriormente, César viajó a Quito, viviendo siempre algo distante de su familia más cercana. Hacia 1945, terminada la escuela, por el trabajo piadoso de Jorge Villalba, también ibarreño, a los 12 años, César, inclinado por la vida religiosa, ingresó al Colegio Seminario de los jesuitas en Cotacollao. Allí fue alumno de letras y latín del famoso humanista padre Aurelio Espinosa Pólit, quien daría impulso a su afición por las letras. Parece, según el testimonio de algunos de sus compañeros, que no fue tan bien visto en ese aristocrático colegio, en especial por ser provinciano y tez algo morena. Los efectos en su alma sensible de artista tal vez fueron profundos.

En el tercer curso pasó al colegio San Gabriel, donde se entusiasmó más por las letras. Quizá de esta época proceden sus primeras poesías. A inicios de los años 50 viajó a Roma para la canonización de Santa Mariana de Jesús. En ese año, el último de César, su cuarto hermano, Jorge, por deseo de su padre, se matriculó también en el colegio San Gabriel. De allí en adelante, vivieron juntos los cuatro hermanos. Alquilaron un departamento en la casa de la familia Guerrero Bueno que, al pasar de los años, serían parientes políticos de los hermanos Dávila Grijalva. Este departamento estaba en el mismo grupo de departamentos donde vivían los tíos Páez Dávila, que eran como sus tutores y representantes de sus padres.

Su relación con sus hermanos no era muy cercana por la diferencia de intereses, pues César estaba inmerso en los estudios legales y los hermanos preocupados por sus propios estudios. De todos modos había momentos de gran fraternidad, según nos cuenta Jorge, especialmente con ocasión de sus viajes a Ibarra en los períodos de vacaciones, en los cuales disfrutaban de la calidez y tranquilidad de la Ciudad Blanca. Recuerdo, dice Jorge, los estudios de César y en especial un poco de su etapa bohemia, pues se dedicó a la poesía y fue parte del Grupo "Umbral" que, según Walter Franco, se sitúa entre "Presencia" y "Camino". Vale la pena recordar que "Presencia" estuvo integrada por Carlos de la Torre Reyes, Renán Flores Jaramillo, Claudio Mena Villamar, Gonzalo Pesantes, Francisco Paredes, Francisco Mera, Lalo Crespo, entre otros que cursaban la Universidad Católica. Junto a ellos estaban Paco Tobar y Filoteo Samaniego. En "Umbral" estaban Alfonso Barrera Valverde, Eduardo Villacís Meythaler, César Dávila Torres,

Eduardo Félix, Walter Franco Serrano, César Huerta Manosalvas, Alicia Yáñez Cossío, Luis Ortiz Terán, Carlos Pérez Borja, el padre Eloy Soria Sánchez, Fabián Vásconez Román, César Ayala Paredes, Claudio Aizaga, Fausto Palacios, todos inquietos buscadores de la verdad estética, médicos varios de ellos, diplomáticos, periodistas, sacerdotes, novelistas, historiadores, funcionarios cuyo gran aporte no ha sido analizado todavía y en la que César tuvo amplia participación. De esta época debe destacarse su amistad con el otro César, César Dávila Andrade, con quien compartió inolvidables momentos de amistad, y quien le reconocía como el tocayo perfecto. En sus estudios en la Universidad Central se empapó de las corrientes izquierdistas y marxistoides a las cuales en principio se adhirió.

En el año de 1959 se casó con una distinguida dama, doña Jenny Jervis Troya con quien logró César, como parte de su gran amor, la segunda conversión a la religión hasta tal punto que la revista *Calle* señaló que César Dávila Torres había claudicado de su socialismo y que incluso había comulgado.

En 1955 había publicado *Los hijos de la tierra*; en 1957, *La sangre gozosa*; en 1962, *Otra vez Eurídice*; en 1963, *Cuatro poemas terroristas*, y *Poesía Junta*, en 1969. A partir de 1963 se relaciona con grupos más jóvenes como Diego Oquendo, el poeta, y los jóvenes de la revista *Ágora* donde también colaboraba su antiguo condiscípulo, el humanista Hernán Rodríguez Castelo, autor de numerosos libros y ensayos. Vladimiro Rivas Iturralde dirigía esa revista y le acompañaban Bruno Sáenz, Diego Araujo, Ramiro Dávila y Javier Ponce. Sin duda le atrajo su posición independiente de estos escritores y, en varias ocasiones, les envió sus colaboraciones. Hasta tal punto llegó su confianza en el grupo, que encargó a Diego Araujo Sánchez escribir su sabio prólogo a su *Poesía junta*.

Vale la pena recordar, en este momento, las valiosas críticas de Diego Araujo y de Hernán Rodríguez Castelo que nos permiten percibir a qué alto grado de poesía había llegado César. Por su parte, el joven Diego destaca que la poesía de César debía ser ubicada "de acuerdo a su apariencia verbal", no se trata de una poesía expansiva "de palabra exuberante y ancha inspiración", sino poesía contenida, despojada de cualquier brillo engañoso, que recupera aquella "poesía adánica de la más espontánea inspiración"; en poesía, el poeta ha depurado la palabra hasta darle cierta gracia íntima, muy pocas veces alcanzada en la poesía actual (sigue siendo válida la observación). En su libro dice que

mira el trayecto recorrido y *es una suerte de testamento* de toda su obra, palabras premonitorias porque Dávila Torres no volvería a publicar ninguna poesía más. Cosa que parece ya recoger en su poesía "Proceso lírico", donde se expresa:

Las palabras, antes de nacer,
causan dolor en la boca del estómago,
nos tiran de un lado a otro lado
hasta que nos deshacemos en ellas
escribiéndolas.

Para esto utilizamos la mano derecha.
Comprometemos la izquierda
y lo demás del cuerpo y del alma,
lo habido y lo por haber.
Y la luz de la mañana
y el cómo tropezaremos con ella.

Ser poeta siempre fue mal suceso

César, en su poema *Un transeúnte en Nueva York*, reconoce la esencial soledad humana, luego se detiene en los orígenes ancestrales con *Los hijos de la tierra*. Clama por la liberación de las servidumbres del presente, y en *Sangre Gozosa y Otra vez Eurídice*, escribe poesía para la restauración de los valores que introducen júbilo en la vida humana, y en ella encuentra la sencillez, la ternura, la búsqueda y el afán de descifrar el misterio de la vida humana:

Orfeo construye con arena
sus cabellos y cambia las cuerdas
de su lira con algas azules:
El mar llega sus dientes- y sonrío.
Pero el sexo de Eurídice
es archipiélago de tucanes:
arde y se derrama
y se derrama y arde.
Orfeo canta con el sol sobre las rodillas
respirando por las narices y los pechos
busca una piedra roja al fondo de los peces.
Eurídice viene con sandalias húmedas.
Una profunda luz
perfora su ombligo, pero viene.
Ya camina por la arena.

Ya enreda las brazos con las algas de la lira.
 Ya sube con la lengua por las espaldas de Orfeo.
 Este levanta las amorosas uñas
 y cuando su boca persigue la transparente nuca de Eurídice,
 ella hace una mueca - y se deshace de caracola en caracola.

Hernán Rodríguez Castelo, en *Lírica ecuatoriana contemporánea*, destaca su trayectoria desde el ingreso al Grupo Madrugada y sus primeras publicaciones en suplementos en diarios de Quito y Guayaquil, donde publica cantos intimistas, redondeados en precisas unidades estróficas, que tratan de lograr lo antilírico en lo formal y a lo social en lo temático. Indica que en su búsqueda de la perfección formal y voluptuoso disfrute lírico del goce sexual; pero, después del clímax, notas graves los ensombrecen; aparecen las imágenes de noche, muerte y vacío. Posteriormente como para dar, en suma, una de las voces más personales de su generación escribe los *Cuatro poemas terroristas*, hace un alegato de cáustica ironía contra la que el poeta cree que es una inocua y falsa fauna pseudorevolucionaria de pequeños, mediocres, alejados de las grandes causas del hombre. Sin duda, para Rodríguez Castelo, la poesía de madurez de César Dávila Torres se inicia con el formidable "Los personajes del café Águila de Oro", donde con un lenguaje desnudo, directo, fustigante, como latigazos, adquiere resonancia de apóstrofe profético o de salmo.

Lastimosamente, César no volvió a publicar nada después de *Poesía junta*. Por mi parte, años antes de su muerte, tuve el gusto de escuchar un poema formidable *A la muerte de Agamanón*, dentro de su recuperación irónica de relatos mitológicos, con tono actual y libre juego de registros temporales. Un testimonio semejante ha dado Hernán Rodríguez Castelo quien cuenta que un día le visitó y le leyó un poema de esas características. Tengo la esperanza de que una vez que se ordenen los papeles de César, se puedan encontrar muy valiosos manuscritos con una gran obra de uno de los mayores poetas de Imbabura, junto a otro grande como Suárez Veintimilla, aunque con una poesía totalmente diferente. Este, también, fue un muy notable poeta del Ecuador.

Para hablar del jurista que fue César Dávila Torres no he encontrado nada mejor que el testimonio de uno de sus grandes amigos, el doctor Gustavo Medina López, quien lo recordaba como una persona honesta y un abogado ilustrado. Y, en sus clases en la Facultad de Jurisprudencia de Universidad Central del Ecuador, sabía decir que César Dávila Torres:

Era un ciudadano de prosapia, por su valor intelectual y moral. Su sólida formación intelectual le hace un exquisito poeta del amor y un relevante catedrático en Facultad de Jurisprudencia, de la centenaria Universidad Central, en que por décadas impuso sus sabias enseñanzas en materias sustanciales de las ciencias jurídicas como el Derecho Mercantil y Societario y de Propiedad Intelectual. Sus libros son un legado invaluable a la cultura jurídica ecuatoriana, de obligada consulta para estudiantes y abogados. Fue ubdecano de esa Facultad, persistentemente preocupado por reivindicar el rol de orientador de la conciencia jurídica nacional. Como director del Instituto Ecuatoriano de Propiedad Intelectual combatió la piratería de los derechos de autor, de marcas y patentes. El concurso de su talento se hizo presente en varias instituciones públicas y empresariales. Como presidente del Colegio de Abogados de Quito salió por los fueros de la dignidad profesional de los abogados. Su partida inundó de profundo dolor a su ejemplar hogar formado con doña Jenny Jervis, a quien tuve el privilegio de conocerles. La cultura perdió a uno de sus enjundiosos exponentes.

Para finalizar, quiero también recordar algunos pensamientos expuestos por su hermano, Alfredo Dávila Torres, en su sepelio:

Hay personas que nacen para liderar y servir de ejemplo a sus hermanos y vecinos, probablemente uno de estos fue César Dávila Torres. Él fue en nuestra familia el primero en salir de la casa paterna, el primero en dejar el país, el primero en publicar un libro, el primero en formar familia y procrear hijos y, quizá, por ello, el primero en pasar a la eternidad.

Su vocación le llevó a altos cargos en la administración pública y privada lo mismo que a la docencia. Siendo estudiante ya era un profesor de un colegio y cuando se graduó como doctor en Jurisprudencia no dejó jamás de ejercer la cátedra, siendo apreciado y admirado por sus estudiantes que se beneficiaron de sus conocimientos y sabiduría. Se jubiló hace algo más de un año en la Universidad Central, luego de más de medio siglo de cátedra. Publicó libros de poesía y jurisprudencia, artículos suyos han aparecido en revistas especializadas y sus poemas fueron traducidos a varios idiomas.

De ceño adusto y aspecto severo, se derretía en afecto con su familia, comulgando por igual su formación en valores con la pasión por sus hijos y sus sentimientos de poeta y soñador que en las aulas llenaban de ciencia y de humanidad a sus alumnos. Su esposa Jenny, sus dos hijos, muchos nietos y un bisnieto recogen el legado de este marido, padre y abuelo que, seguramente desde el cielo, seguirá impartiendo sus clases magistrales secundadas por una vida ejemplar, plena de realizaciones.

Julio César Trujillo: luchador incansable por la justicia

Ramiro Ávila Santamaría

Julio César Trujillo recibió, en julio de 2013, un justo homenaje en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador. Como parte del homenaje, se realizó un ciclo de conferencias alrededor de su pensamiento y se publicaron tres libros.¹ En uno de ellos, *El silencio ante un atropello es imposible: estudios sobre el pensamiento jurídico de Julio César Trujillo* (UASB-CEN, 2012), se encuentran una entrevista extensa y un ensayo analítico realizados por el historiador ibarreseño Enrique Ayala Mora.



En la entrevista y en su lectura histórica, Ayala Mora aborda la vida del doctor Trujillo desde sus orígenes ibarreseños, su familia, la escuela, el colegio, la universidad, hasta sus luchas políticas, jurídicas y docentes. En lo laboral, se refleja la opción preferencial del doctor Trujillo por los pobres, los trabajadores y las personas perseguidas. En lo político, su relación con el partido Conservador, la Democracia Popular y Pachakutick, sus luchas por la democracia, la persecución y el exilio, su candidatura a la presidencia de la República y su vida pública. En lo docente, su rol como profesor, decano y vicerrector de la Pontifi-

1 Julio César Trujillo, *Constitucionalismo contemporáneo: teoría, procesos, procedimientos y retos*, Quito, UASB-E/CEN, 2013; Ramiro Ávila Santamaría, comp., *Estado, derecho y justicia: estudios en honor a Julio César Trujillo*, Quito, UASB-E/CEN, 2013; Ramiro Ávila Santamaría y Enrique Ayala Mora, comps., *El silencio ante un atropello es imposible: estudios sobre el pensamiento jurídico de Julio César Trujillo*, UASB-E/CEN, 2012.

fica Universidad Católica del Ecuador (PUCE), que fue importante en la reforma universitaria de los años setenta. En lo jurídico, su importante rol como asambleísta constituyente en la elaboración de las *Constituciones* de 1967 y de 1998, su perfil como tratadista, abogado laboralista, experto en derecho de integración y teoría política. Ayala Mora analiza con detalle la vida del doctor Trujillo hasta la Constituyente del año 1998, y enuncia la participación del doctor Trujillo en la Comisión de la Verdad y en las luchas de las organizaciones sociales.

Me encantaría en este breve ensayo seguir compartiendo la vida del doctor Trujillo, con particular énfasis en los últimos años, que he tenido la maravillosa oportunidad de seguirle de cerca. Para este ensayo he realizado una entrevista a profundidad al doctor Trujillo en noviembre de 2013, le he acompañado en algunas reuniones con movimientos sociales y he tenido varias conversaciones sobre diversos temas de coyuntura política. Tengo la limitación de ser jurista y no historiador. A pesar de ello, quisiera complementar el estudio del profesor Ayala Mora, no reiterar hechos ya analizados por él y enriquecer la biografía de este gran maestro del siglo XXI.

Comienzo mi narración a finales del siglo XX. El doctor Trujillo intervino en la Constituyente que elaboró la *Constitución* del año 1998. En esa *Constitución* tenemos ya, por primera vez, el reflejo de las luchas por el reconocimiento de la diversidad. El doctor Trujillo apoyó decididamente el reconocimiento de esos derechos. El debate no fue pacífico. Al final, tuvimos derechos colectivos, derechos de los pueblos indígenas, la declaración del Estado como pluricultural y multiétnico. ¿Dónde estaba el doctor Trujillo en esa época y por qué? El doctor Trujillo militaba en el movimiento político Pachakutik, que fue el primer partido organizado a partir del movimiento indígena y que participara exitosamente en política partidista. Poco usual en políticos de su trayectoria, se involucró en Pachakutik por solidaridad (no por la ambición de un cargo público) y por una razón histórica: la justicia, que tanto tiempo había negado, invisibilizado y aniquilado al indígena. Apoya la inserción de los indígenas en la política y su participación en el Estado. Algunos temas va a ir trabajando desde esa época: la consulta previa a los pueblos indígenas, el Estado plurinacional, la organización del poder desde la diversidad.

El 21 de enero de 2000 se derroca al presidente Jamil Mahuad. Ese día el presidente de la CONAIE, Antonio Vargas, participa activamen-

te en dicho golpe. Aunque no se logró consolidar el intento de golpe y la instauración de un triunvirato con la participación del movimiento indígena, se destacó la figura del coronel Lucio Gutiérrez, que llegó al poder con el apoyo de Pachakutik en el año 2002. El doctor Trujillo se alejó del movimiento indígena estos años, aunque siempre estuvo abierto a dar consejos a la dirigencia indígena cuando le pedían. En el gobierno de Gutiérrez, tuvo dos ofrecimientos para participar institucionalmente. La primera fue cuando le ofrecieron ser contralor. El doctor Trujillo afirma que asistió a esa reunión sin aspiraciones políticas, y solo porque miembros de Pachakutik le insistieron. "Acepté ir por cortesía". Escuchó la oferta de trabajo y cuando oyó que le pedían "un lotecito", cortés pero enfáticamente dijo que él no acepta cargos para deber favores y que nunca permitiría ser maniatado. Se fueron. "Por hacer así las cosas, estamos tan mal en este país", terminaría diciendo el doctor Trujillo.

La segunda ocasión fue en el año 2003, el presidente Gutiérrez intentó formar un comité de notables para reformar la *Constitución* de 1998. Le invitaron a participar. En esa reunión había conocidos juristas. El doctor Trujillo aceptó ir a la primera reunión con el ánimo de excusarse. Las razones fueron dos: no se consideraba un notable jurista y su opinión era respetar la *Constitución* que estaba vigente.

A finales del año 2004, sucedió la crisis institucional del Estado, que comenzó con la destitución de todo el Tribunal Constitucional (TC), y continuó con la destitución de toda la Corte Suprema de Justicia (CSJ) y la destitución de todo el Tribunal Supremo Electoral (TSE). Para evitar un juicio político contra el presidente Gutiérrez, este conformó una nueva mayoría. El pacto fue evitar el juicio político a cambio de anular el juicio penal en el que se había ordenado la prisión del expresidente Bucaram. Para cumplir ese pacto, se violaron los derechos humanos de los vocales y magistrados y se generó una crisis institucional, que terminaría destruyendo toda la estructura orgánica del país. Por muchos meses estuvimos sin cortes de Justicia, se destituyó al presidente y la inestabilidad política fue la regla. "La crisis era de tal magnitud que el pueblo que se encontraba en las calles pedía que se fuera el presidente y el congreso a sus casas".

A la par de esos acontecimientos, se formó el movimiento que se llegaría a conocer como "forajidos". En más de una marcha, y por más de una calle de Quito, transitaría el doctor Trujillo. Me acuerdo verle



Julio C. Trujillo (de pie, cuarto desde la derecha) en 1948 con sus compañeros del Sánchez y Cifuentes.

multitudes que caminaban hacia la Plaza Grande, el aire de tensión y también la represión, le hicieron pensar que si el panorama empeoraba, no podría cuidar de doña Martita. Le pidió, con un tono ingenuo, que Martita vaya a retirar el auto porque después sería difícil hacerlo y que luego se vaya para la casa. “Huir de las bombas, correr en medio de la confusión, se hace mejor solo”. Y así siguió en la marcha.

Años más tarde, en 2013, el doctor Trujillo sería el principal perito que tendría que analizar, desde la perspectiva del ordenamiento jurídico ecuatoriano, la violación de la *Constitución* y de los derechos humanos de los vocales y jueces destituidos. Efectivamente, en la audiencia ante la Corte Interamericana de Derechos Humanos, que conoció el caso de los vocales del TC y de la CSJ, el doctor Trujillo rindió testimonio sobre los hechos y el derecho violado en esa época. Finalmente, la Corte acabaría condenando a Ecuador por haber violado la independencia judicial, los derechos humanos y atentado contra la democracia.²

Volvamos a la crisis de 2005. El país estuvo durante varios meses sin cortes. El relator de Naciones Unidas para la independencia judicial, Leandro Despouy, tuvo una participación decisiva en la conformación de la nueva CSJ. Para conocer la realidad del país, más de una vez conversó con el doctor Trujillo. Despouy consideraba que la fuerza de la nueva corte debía venir del prestigio de sus magistrados. Le pidió al doctor Trujillo que interviniera en el concurso para nom-

caminar en una apoteósica marcha de estudiantes de la PUCE desde la universidad hasta un parque de Quito. Cuenta el doctor Trujillo que en la marcha decisiva, la del 20 de abril de 2005, cuando el coronel Gutiérrez saldría en helicóptero del Palacio de Gobierno, salió con Martita, su esposa, a protestar. La presencia policial, las

2 Corte Interamericana de Derechos Humanos, Caso Quintana Coello contra Ecuador, Sentencia 23 de agosto 2013, en http://www.corteidh.or.cr/docs/casos/articulos/seriec_266_esp.pdf

brar jueces. En alguna otra reunión, que el Relator tuvo con otros juristas, Despouy nos pidió que propusiéramos a Trujillo como magistrado. El doctor Trujillo no aceptó. Esta vez la razón era que le parecía que la Corte iba a ser inestable, como efectivamente sucedería pocos años más tarde, y que el ser magistrado de la Corte no era un cargo que le llamaba la atención.

En el año 2006, el economista Rafael Correa, con el apoyo de varios partidos de izquierda y movimientos sociales, gana las elecciones presidenciales y llega al poder. En este gobierno, el doctor Trujillo recibe algunas ofertas de trabajo en el sector público. El presidente Correa lo llama y lo convoca a la presidencia para ofrecerle la Procuraduría General del Estado. El doctor Trujillo se excusó explicando que tenía conflicto de intereses. Años atrás, el doctor Trujillo había ganado un juicio contra el Estado y este aún no se ejecutaba. Se trataba de un monto bajo. El Presidente insistió y dijo que ese caso se resolvía de una forma simple: ordena el pago y el doctor Trujillo ya no tiene conflicto de intereses. Al doctor Trujillo le pareció que no era adecuado y que eso se podría considerar como una injerencia indebida en la justicia.

A finales del año 2006, el Presidente le propuso al doctor Trujillo formar parte de una comisión de juristas encargada de escribir un proyecto de Constitución. La Constitución se conocería más tarde como la *Constitución del CONESUP*, por ser el lugar donde se reunían. Hay una anécdota que merece ser contada. A la instalación de la comisión, se discutió sobre quiénes debían presidirla. El doctor Trujillo propuso y defendió que María Paula Romo, la única mujer y la más joven, sea una de las autoridades. Al inicio, todos se opusieron. El argumento del doctor Trujillo era sencillo: "Nosotros ya hemos participado de la política y no hemos cambiado nada. Ahora es el turno de la juventud y de las mujeres". Después de varias discusiones, logró que Romo sea nombrada vicepresidenta. La comisión se subdividió en grupos de trabajo. El doctor Trujillo trabajó junto con el doctor Santiago Andrade y el doctor Patricio Cordero Ordóñez. Tuve la suerte de ser uno de los asesores de este grupo. Ahí asistí a muchos debates ideológicos y jurídicos, y puedo testificar sobre la profundidad de las argumentaciones del doctor Trujillo y también sobre su compromiso con un cambio de estructuras de poder. En este espacio fue la primera vez que le escuché sobre la propuesta de pasar de un sistema político presidencialista a uno semipresidencial. También el doctor Trujillo discutió sobre la ne-

cesidad de expandir los derechos y perfeccionar las garantías, sobre la importancia de declarar intangible el territorio de los pueblos indígenas y de los pueblos no contactados, sobre la superación del extractivismo como principal fuente de recursos públicos, la necesidad de establecer un Estado que sea democrático y constitucional y un sistema económico sustentado en el conocimiento. El doctor Trujillo fue considerado como una persona radical. Aunque muchas de sus propuestas no tuvieron eco, el proyecto se publicó, se basó en la *Constitución* de 1998 y corregía algunos de sus defectos.³ El Proyecto fue un punto de partida y un insumo importante para las discusiones que tendría la Asamblea Constituyente del año 2008.

En mayo de 2007, el gobierno del presidente Correa le propone ser parte de la Comisión de la Verdad, que estaría conformada además por Elsie Monge, Pedro Restrepo y monseñor Alberto Luna Tobar. Trujillo aceptó por el ruego de las víctimas. El mandato de la Comisión fue investigar y presentar un informe sobre las violaciones a los derechos humanos cometidos entre el año 1984 y 2008. Los resultados fueron contundentes. En seis tomos,⁴ se contó una historia que aún no consta en la historia oficial, y muchos casos que estaban en la impunidad por lo menos salieron a la luz. Como consecuencia de ese informe, se dictó una ley de reparaciones y se creó una unidad especializada en la fiscalía.

En octubre del año 2007, la CONAIE publica su propuesta de *Constitución*.⁵ Esta *Constitución* recoge las aspiraciones del pueblo indígena y sería escrita por el doctor Trujillo. El doctor Trujillo, cuando recibió el encargo de escribirla, estaba dictando clases en Bolivia. Le llamaron por teléfono y le encomendaron la tarea. Muchas de las ideas eran de la CONAIE y otras tantas las propuso el doctor Trujillo. En esta *Constitución* tenemos con claridad la declaración del Estado como plurinacional, el bosquejo de una institucionalidad plurinacional, un sistema semipresidencial de organización del poder estatal, el Consejo de desarrollo con participación indígena, la justicia indígena constitucionalizada, un perfeccionamiento del reconocimiento de derechos.

3 Comisión de Juristas del CONESUP, *Proyecto de Nueva Constitución Política del Ecuador*, Quito, CONESUP, 2007.

4 Comisión de la Verdad, *Informe de la Comisión de la Verdad*. Ecuador 2010. *Sin Verdad no hay justicia*, Quito, Comisión de la Verdad, 2010.

5 CONAIE, *Nuestra Constitución por un Estado Plurinacional*. *Construyendo la revolución de los pueblos*, Quito, CONAIE, 2007.

En esta misma época, a través del actual presidente de la Corte Constitucional, le ofrecieron al doctor Trujillo candidatearlo para que sea miembro del Comité de Derechos Humanos de Naciones Unidas. Al doctor Trujillo le parecía ya que el Gobierno era poco inclinado a los derechos humanos y no aceptó.

En el año 2008 se instaló la Asamblea Constituyente. La organización ILDIS ofreció un espacio para conformar un grupo de abogados que pueda asesorar y atender requerimientos específicos de los asambleístas. Este grupo de abogados estuvo encabezado por el doctor Trujillo y eventualmente me convocaba para participar y opinar. El doctor Trujillo redactó el borrador de primer Mandato constituyente que hacía de la constituyente un órgano fuerte pero democrático. Nadie lo consideró. En este documento se aceptaba el Mandato popular y se autocondicionaba a respetar los derechos y los avances constitucionales. En su lugar, dando un mal primer paso, la Asamblea expidió un mandato prepotente que, en lugar de autolimitarse, condicionaba a todo el poder público y hasta casi amenazaba. Este grupo de trabajo se reunió varias veces con asambleístas. También editó aspectos importantes, como el capítulo de Garantías Constitucionales y el de Control de Constitucionalidad, que serían insumos que tendrían impacto en la *Constitución* de Montecristi aprobada. También el doctor Trujillo visitó Montecristi con los trabajadores para presentar la propuesta laboral, a la que poco caso hizo. El doctor Trujillo es un convencido de que había que hacer una actualización al sistema laboral, sin menguar los derechos. Finalmente, el nombre del doctor Trujillo sonaba para presidir la Comisión de Redacción, que estaba preparando el entonces presidente de la Asamblea Constituyente, Alberto Acosta. Nunca se materializó esta propuesta porque le pidieron a Acosta dar un paso al costado. ¿Cómo hubiese sido una *Constitución* editada por la pluma de Trujillo? Seguramente mucho mejor que la actual y más consistente.

En el año 2009, en el Ministerio de Justicia y Derechos Humanos, se discutió el borrador de la Ley Orgánica de Garantías Jurisdiccionales y Control Constitucional. Artículo por artículo, el doctor Trujillo comentaba, editaba, criticaba o apoyaba. No quería cobrar por ese trabajo, al que acudió puntual y religiosamente los días que era requerido.⁶

6 Por supuesto que las inconstitucionalidades de dicha ley no se le pueden atribuir al doctor Trujillo y son responsabilidad exclusiva de los políticos encargados de discutirla y aprobarla.

En el año 2011, cuando el Presidente convocó a una consulta popular, la primera para reformar la *Constitución*, el doctor Trujillo pidió audiencia ante la Corte Constitucional, que tenía que resolver sobre la constitucionalidad de las preguntas. Se opuso a la consulta. La consulta vulneraba derechos y alteraba la organización del Estado. En los derechos, se estaba consultando sobre la privación de libertad de las personas procesadas; en la organización del Estado, se estaba preguntando sobre el control del Ejecutivo sobre el órgano disciplinario de la Función Judicial y administrador de la carrera judicial, que es el Consejo de la Judicatura. Ante la Corte, hizo un alegato jurídico sobre la impertinencia de la enmienda constitucional y pidió que se declare la inconstitucionalidad de las preguntas. La Corte avaló el pliego de preguntas y las reformas que, según la *Constitución*, solo podían haberse hecho mediante Asamblea Constituyente.

El doctor Trujillo se ha jubilado como profesor y también ha dejado ya su oficina a su fiel pupilo, Julio Michelena, a quien conoció como estudiante, luego como pasante y finalmente como colega. Sin embargo, no ha dejado de ejercer su profesión, que ha sido siempre defender a los más vulnerables.

En algunas de las causas que el doctor Trujillo ha patrocinado o asesorado, he podido acompañarle y doy fe de ese luchador incansable por las causas perdidas o en las que se está en juego la justicia. Menciono algunas, que ahora se me vienen a la mente, y a manera de ejemplo sobre su activismo jurídico. El caso Mónica Chuji, quien fuera acusada y condenada por calumnias en contra del Secretario de la Administración Pública. Chuji afirmó que este era nuevo rico. A pesar de haberse probado que en sus tareas de funcionario público, por las declaraciones de impuesto a la renta, se había enriquecido, se le condenó. El juicio está pendiente en cortes internacionales. El caso de la British Petroleum (BP). En este caso, que se trataba de uno de los peores desastres ecológicos en la historia del planeta, la BP contaminó el Golfo de México. El doctor Trujillo patrocinó a muchas personalidades del mundo, entre otras Vandana Shiva, y denunció ante cortes nacionales la violación a los derechos de la naturaleza. No admitieron a trámite la petición. En el año 2013, el Ministerio de Ambiente comenzó a difundir una propaganda sobre los transgénicos. El doctor Trujillo patrocinó una queja ante la Defensoría por la amenaza al derecho a la salud y por la violación de la Constitución.

En septiembre del año 2013, el doctor Trujillo fue solicitado por los movimientos sociales para que conforme, junto con Elsie Monge y Raúl Moscoso, un tribunal ético para conocer los casos de criminalización de la protesta pública. El doctor Trujillo aceptó. En la audiencia que tuvo lugar en el salón del exsenado de la Asamblea Nacional comparecieron personas que, por protestar, han sido condenadas penalmente por sabotaje, rebelión y terrorismo. El tribunal escuchó a la profesora Mery Zamora, sentenciada a 8 años, acusada de sacar a los alumnos de un colegio a las calles el 30 de septiembre; a José Acacho y Pedro Mashiant, condenados a 12 años por terrorismo organizado; a Cristina Campaña, una de las personas sentenciadas en el caso conocido como los "10 de Luluncoto", condenados a un año por tentativo de actos terroristas; a Paúl Jácome, una de las 7 personas de Cotopaxi, sentenciado a un año por protestar por la reducción del presupuesto de la universidad; y a Rosaura Bastidas, quien es acusada por terrorismo por querer entrar a un enlace ciudadano y protestar contra funcionarios públicos. El tribunal resolvió que la criminalización a la protesta es una violación al derecho a la resistencia, a la asociación y a la libertad de expresión, que el uso del tipo penal de terrorismo es inconstitucional, que se está condenando a las personas sin prueba ni motivación, que el uso del derecho penal genera miedo y pretende controlar a la población; y, terminó haciendo un llamado para que la Asamblea derogue los tipos penales inconstitucionales y para que la Función Judicial sea independiente y garantice los derechos de las personas.

En septiembre de 2013, el Presidente de la República y la Asamblea Nacional han autorizado explotar el petróleo que se encuentra en el Parque Nacional Yasuní. Todo el poder del Estado se prepara para irrespetar los derechos de la naturaleza. La única vía jurídica para frenar este acto es una consulta popular. Para ello hay que recoger firmas, obtener el dictamen de la Corte Constitucional y convocar a la consulta. En el Ecuador se ha formado un grupo de apoyo denominado "Yasunidos"; en lo jurídico, dando la cara en cada reunión y trámite, vemos al doctor Trujillo rodeado de jóvenes. La lucha en este caso, y en los enunciados, no será la única ni tampoco son cortas. Como buen litigante, escucha, hace estrategias, escribe, da la pelea. Es maravilloso saber y sentir que se puede contar con él.

Durante estos años, el doctor Trujillo aparece constantemente en los medios de comunicación y no ha dejado de opinar de forma valien-

te y decidida. Incluso, por sus pronunciamientos, ha recibido ya algunas burlas del Presidente en sus sabatinas, a pesar de toda su colaboración desinteresada en algunos momentos de este Gobierno. También da charlas en Quito y en todo el país.

¿Cuánto cuesta todo ese saber acumulado del doctor Trujillo? El doctor Trujillo no cobra ni un centavo por sus asesorías, opiniones o patrocinios. Me consta. Su saber no cuesta dinero. Su lucha es por un mundo mejor y más justo. Solidario como él solo, sensible ante todo dolor humano y presto a colaborar con lo que sabe y puede. Nunca, ante una causa injusta, el doctor Trujillo se ha negado a participar ni ha condicionado su participación. El doctor Trujillo es, sin duda, un luchador incansable por la justicia. Un ejemplo a seguir.

Quito, 2013

Hugo Larrea Benalcázar

Memoria de un destacado político
y periodista ibarreño

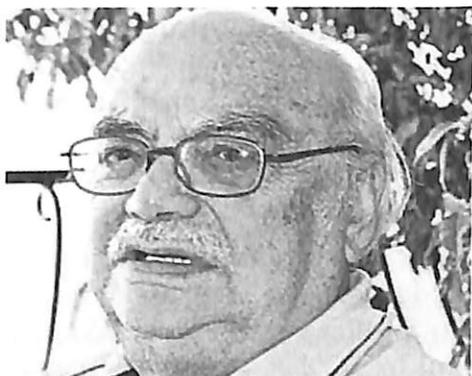
Enrique Ayala Mora

Hace un año, la muerte de Hugo Larrea Benalcázar fue la ocasión para rendir homenaje a un notable ciudadano que debe ser recordado, por muchos motivos. No solo como amigo y paisano, sino como el gran político, periodista, escritor, jurista y patriota que fue.

Hugo Larrea Benalcázar nació en Ibarra en 1926, en el seno de una familia de imbabureños profundamente enraizados en su tierra y en la tradición de rebeldía del pueblo ecuatoriano. Fue hijo de Hugo Larrea Andrade, un maestro, periodista y escritor a quien la identidad y la memoria de Ibarra deben tanto como a su hermano Rafael Larrea Andrade. Los Larrea Andrade fueron una estirpe de luchadores que heredaron su vocación de ancestros que participaron en las luchas por la democracia y la libertad desde el siglo XIX.

En varios sentidos, Hugo fue continuador de la obra de sus antecesores. Tuvo una educación laica en el Colegio Teodoro Gómez de la Torre y en la Universidad Central, y fue leal al laicismo en la educación y la vida pública toda su vida. Desde las aulas del colegio y en la universidad comenzó su larga trayectoria de periodista. Se formó como militante de izquierda y no renunció nunca a sus ideas, defendiéndolas dentro y fuera del país.

En su juventud abrazó la militancia socialista y en ella se mantuvo activo por décadas. Fue un brillante organizador y orientador intelec-



tual del Partido Socialista Ecuatoriano. Por muchos años formó parte del grupo de quijotes que sostuvo el diario socialista "La Tierra", único periódico de izquierda que llegó a constituirse en referente cotidiano de la militancia y la opinión democrática del país. Las páginas de ese periódico están llenas de su lúcida producción.

En la época en que se dividió el socialismo y se dispersó, Hugo Larrea hizo la controvertida opción de apoyar a Velasco Ibarra y formar parte del quinto gobierno velasquista. Hecho contradictorio, desde luego, pero, al fin y al cabo, la realidad se explica por sus contradicciones. Sin embargo, se debe observar que, indiscutiblemente, fue un alto funcionario y ministro en las carteras de Educación y Gobierno, lúcido y progresista, que empujó varias medidas reformistas importantes de ese régimen en el campo agrario y de la integración, que ahora, a la distancia, se aprecian mejor cuando el caudillo de turno, con todo su poder y su discurso, no se atreve a tomar decisiones ni siquiera parecidas.

Lugo vino la dictadura y los reveses de la vida política le llevaron al destierro en Venezuela, donde con sacrificios logró establecerse con su familia y hacerse respetar como escritor y profesional. Fue perseguido por las dictaduras con verdadera saña durante casi una década. Pocos casos habrá en el país de una persecución como la que sufrió Hugo en los setenta. Pero se mantuvo combatiendo a los gobiernos de facto y denunciando sus atropellos. Nunca dio descanso a su pluma de crítico sin compromisos. Fueron quizá esos años en los que se probó más nítidamente su calidad humana y política.

El periodismo fue para Hugo Larrea una pasión y una vocación, que inició, como se ha dicho, en las aulas colegiales y mantuvo hasta sus últimos días en las columnas del diario Expreso. Creía en serio en la libertad de expresión y en ella murió creyendo. Uno de los compromisos que tenemos con su memoria es recoger esa producción y darla a imprenta, porque no solo es testimonio de la historia nacional, sino reflexión válida para el porvenir.

A veces se lo dice de balde, pero en el caso de Hugo Larrea Benalcázar, las palabras corresponden estrictamente a la verdad. Fue un patriota. Quiso a su tierra y no solo volvió a ella con devoción cada vez y cuando, sino que le dedicó, allí presente o a la distancia, sus mejores esfuerzos y sus energías de creadoras. Su novela, uno de los pocos textos publicados de su inmensa producción intelectual, está ambien-

tada en Ibarra y refleja mucho de su espíritu e identidad. "Cuando tu te hayas ido" expresa también la experiencia de la juventud militante de Quito que enfrentó al autoritarismo de Arroyó del Río y participó en la "Gloriosa", esa revolución que no fue, pero movilizó como nunca antes al pueblo rebelde de la patria, que no perdona a los verdugos, sobre todo cuando al abuso lo cubren con arrogancia y desprecio por la gente.

Otro de los grandes compromisos de Hugo fue con la educación. No solo por inclinación heredada, sino por imperativo militante, se dedicó al magisterio en varios establecimientos de la capital. En un momento llegó a dirigir el Colegio Nacional Teodoro Gómez de la Torre de Ibarra con notable éxito. Como Ministro de Educación tomó varias iniciativas para el crecimiento del sistema público, destinando recursos para su desarrollo, especialmente para la Educación Técnica. Los maestros recuerdan su gestión ministerial por sus esfuerzos para llegar a ellos, escucharlos y mejorar su condición y capacitación.

No debemos olvidar, por fin, que tuvo particulares dotes de jurista, como se pudo constatar en sus funciones como magistrado de la Corte Suprema de Justicia y de la Corte Superior de Ibarra. Su paso por la judicatura fue reconocido a nivel nacional y local. Por desgracia, la vena del periodista, que escribe rápido y para el día a día, pudo más en él que la paciencia del tratadista, y su producción jurídica no se concretó en un texto extenso y sistemático, sino en piezas de diversa naturaleza que han quedado muy dispersas.

Hugo Larrea Benalcázar fue siempre un referente intelectual de su tierra de nacimiento. Por ello, cuando se inició la publicación de la "Monografía de Ibarra", se le encargó su presentación que él expresó en las "Primeras palabras" del primer tomo. Allí escribió: "Largas son las hazañas de toda índole que tuvieron como protagonistas a los ibarreños. Con el propósito de recordarlas y dejar un testimonio de la presencia de Ibarra en destino nacional, un grupo de 'amigos de Ibarra', integrado por prestigiosos escritores, historiadores, educadores y científicos de nuestra tierra se propuso acometer de escribir este testimonio y entregarlo al conocimiento de nuestro pueblo".

El mensaje que nos dejó en esas "primeras palabras" quedará para el porvenir como la introducción a la ambiciosa obra editada en ocho volúmenes, siete de los cuales están ya publicados. Se prepara ahora el volumen octavo y final de la Manografía, que esperamos circule en

este años 2015. Su contenido es una razón más para incluir este texto que me permitido escribir sobre Hugo Larrea en el tomo octavo y final de la Monografía de Ibarra, cuyo objetivo fundametal es redescubrir, como el propio Hugo lo dijo, “con justificada pasión creadora, el mundo esplendoroso de la ibarreñidad.”

Habiendo permanecido como luchador, dedicado al periodismo hasta sus últimos días, Hugo Larrea Benalcázar murió un 15 de marzo de 2014 en esta ciudad de Quito. Entonces lo acompañamos en su despedida final y le dimos a su querida esposa y compañera, a sus hijos y a toda su familia, el abrazo de pésame y al mismo tiempo el testimonio de nuestra admiración por la vida de un gran amigo y un gran señor.

Su muerte fue la oportunidad para recordar al gran comunicador y escritor, para renovar el cariño a la tierra imbabureña, para encontrarnos y hablar de política, es decir de la patria, para conspirar contra el autoritarismo que combatió siempre con energía, para pensar en el futuro de justicia y libertad que queremos para el Ecuador y América Latina, que fueron los valores fundamentales que alentaron la vida de Hugo Larrea Benalcázar.

Quito, 15 de marzo de 2015

Cuarta parte

**Sociedad Cultural
Amigos de Ibarra**

Crónica de la Sociedad Cultural

“Amigos de Ibarra”

José Albuja Chaves

Indiscutible resulta que para referirse a los pueblos, necesariamente, debe hacérselo localizando su territorio, su geografía, su paisaje y su entorno físico y vital en integridad y contexto. Y, a sus hombres y a sus actividades. A sus costumbres y tendencias. A sus tradiciones, propias desde sus más remotas raíces, o insertadas como un hecho o un acontecer iatrogénico. Como cuñas que hacen fuerza de afuera para adentro y se quedan como parte integrante de un mismo y particular tronco humano y social.

El hombre no es un ser solitario y aislado. Estático, enhiesto. Tras su piel se tejen ilusiones, reacciones y sentimientos. Y se vuelve social para compartir o para influenciar. Para recibir. Y, social, para amar como expresión espiritual profunda. Y para amar también, como expresión orgánica, cumpliendo funciones biológicas que van aparejadas con su desarrollo somático.

De esta manera, el hombre, es quien hace y escribe la historia. Y la reunión de hombres: la historia de los pueblos y de las sociedades. El proceso cultural se gesta en el tiempo y, poco a poco, va tomando forma e identidad. Va sellando y signando a los pueblos e impulsándolos a la generación de valores con fuerza espiritual que se vuelven normas morales implantadas en el tiempo y el espacio. Y con sus habilidades, y en el medio ambiente que le rodea, a más de lo manual y artesanal, va desarrollando ideas, actitudes, va enhebrando y configurando mentalidades a base del intelecto, del análisis social. Percibe y discrimina con sentido moral y se agrupa con seres similares para la tertulia y el coloquio. Y va tomando partido para defender los hechos injustos que se vuelven excluyentes.

De tal suerte que todo el acontecer humano de un pueblo o de una gran nación pasa a constituir un gran inventario social sobre el cual se asienta la historia, la misma que no puede convertirse ni concebirse como la simple narración de los hechos consumados. Bien se ha dicho, como Villar, la historia “no es hacer revivir el pasado, sino comprenderlo”.

Por ello, nuestra historia nacional no debe ser solo de conquistadores, sino también de conquistados y dominados. Historia de la servidumbre en cuanto sirva de estímulo para la independencia mental. No solo la historia de los que mandan y dominan, sino también de los que sufren. No solo de los ricos y poderosos, sino también de los pobres, humildes y oprimidos. Porque la historia la hacemos todos, los que mandan y los que padecen. Los que gozan y los que sufren, los que oprimen y los que luchan por liberarse—advertía Alfredo Albuja Galindo, un ilustre imbabureño en la segunda mitad del siglo pasado.

Felizmente ha sido superado hace ratos el absurdo criterio de que la historia ecuatoriana comenzó con la conquista española por lo cual se la dividía en “etapas congeladas”, casi yertas y cúbicas, aisladas del concepto de trabajo, perseverancia y desarrollo. Hasta de tradiciones, leyendas y mitos. La aberración oficial de los tiempos coloniales ubicó al indio con la molición del blanco con todos sus defectos. La tónica y la dinámica era la del indio trabajando hasta el cansancio y la muerte, y poco se citaba que este ser humano fue precipitado a la rebelión con todas sus fuerzas ancestrales, y que igualmente luchó con heroísmo ejemplar. “La historia indígena está llena de caudillos, de héroes y hasta de mártires, que no cuentan en ella” decía.

Hemos de convenir, entonces, que la historia no es un hecho aislado ni puede ser un embrollo de falsedades. Hay un escenario y unos actores que le confieren testimonio, primero. Pero, hay otros componentes que son vistos a la distancia de los años y con prismas diferentes. Mientras un investigador se acerque más a documentos primigenios, a las huellas impregnadas y de evidencias, y más se compenetre y deshilvane el ovillo de los capítulos trazados por un pueblo, más fluida será la realidad social e histórica y la comprensión del pasado, y aún, la validación de muchos acontecimientos que suelen entrar o bordear por la leyenda y el mito.

En la última década del Siglo XV Cristóbal Colón, el ingenioso genovés, muy diestro en cartografía y navegación, siguiendo la ruta para

llegar a las “Indias Occidentales”, descubre América el 12 de Octubre de 1492, cuando sus fuerzas físicas casi flaqueaban, sus provisiones se habían terminado y su tripulación se resignaba a cerrar los ojos y esperar la muerte por inanición y por confortación ante el designio fatal

Si bien no comparto el criterio de que los españoles “nos descubrieron”, porque el actual continente denominado americano siempre existió, con sus pueblos, sus imperios, sus organizaciones, sus clases sociales y económicas; sus dominios y sus propiedades, su territorio circunscrito, sus ciencias, sus conocimientos, sus creencias, su fe y sus peculiares culturas. Por accidente Colón llegó a lo que hoy es América, en su afán de buscar una nueva ruta para acceder a las Indias Occidentales. Y Colón era un navegante por esencia y no un conductor de un gran ejército dispuesto a generar campañas de conquista mediante la lucha persistente en batallas acorazadas e interminables. Colón no era un caminante de valles, riscos y montañas. Fue un visionario y hasta tildado de orate y ambicioso, lleno de fantasías en su cabeza. El mar era su aliado y le entregó la sorpresa de otras tierras, muy diferentes a las que se proponía llegar en la búsqueda de las especias, telas finas, productos exóticos, abriendo una nueva vía de comercialización, y claro, de conquista de tierras para el imperio español. Solamente que en camino, y cuando se encontraba al borde de la desesperación y muy cerca del amotinamiento de la gran plebe que conducía, unos seres con lanzas y taparrabos, con pájaros en sus hombros y bellas mujeres mostrando sus erguidos pechos, se atravesaron en su ruta para siempre.

Por accidente llegaron los ibéricos en galeones cargados de aventureros y hasta de delincuentes excarcelados con misión de conquistadores. La tripulación se componía de grupos de vagos, indigentes sociales, dispuestos a medrar de una riqueza fácil como el sueño. Gran parte de aquellos intrépidos provenían especialmente de Extremadura, provincia española de las más pobres y atrasadas, con analfabetismo prevaleciente y contrastante. Hubo misioneros, así como gente preparada, y hasta con cierta nobleza de títulos que nada demostraban tampoco en lo humano y, muchos más, de espíritu renovador y profundo que le confirieron a la aventura un rasgo como de excepción y de valía y hasta de distinción, naturalmente. Indudablemente fueron ciertos misioneros y adoctrinadores quienes marcaron la diferencia e introdujeron los rasgos culturales necesarios para alumbrar generaciones posteriores a la manera de nuevas sociedades sobre las bases étnicas ya consolidadas de antemano.

Empero, el coloniaje, la dominación y la explotación material y territorial, fueron de un franco barbarismo no exento de histrionismo, fanatismo y desenfado. Con los años, una vez consolidado el asentamiento inicial y, dados los primeros pasos por organizar sus "nuevas" tierras, los españoles iban migrando al Nuevo Continente en grupos identificados y con ánimos renovados para establecerse buscando nuevos derroteros y oportunidades para una convivencia diferente. La nueva sangre, por lo menos, iba gestándose con atenuantes o por cascadas fluidas.

Ubicados ya a nueve años del año jubilar que exultó la celebración del cuarto centenario de la fundación española de la primigenia villa de San Miguel de Ibarra, obra de visionarios españoles, sin lugar a dudas, y de la disposición real de establecer una salida al mar de Balboa, así como la determinación de conectarse a Pasto y Popayán al Norte, para el cumplimiento más expedito de las misiones de avanzada, que a la par que adoctrinaban en la religión católica también abrían espacios fluidos de colonización y conquista de pueblos y regiones todavía no incorporados al proceso, bien cabe recordar que fue quizás nuestra hoy hermosa Ciudad Blanca la última en este sentido fundacional de lo que fuera el territorio de Quito, y de lo que mucho después tomaría el nombre injusto de Ecuador, que nada significa que no sea una línea imaginaria que nos cruza, atravesada de babor a estribor, y dura como impertérrita, cual eje estigmático engarzado, para recordarnos, por siempre y para siempre, que moramos en la panza misma del globo terráqueo.

Entonces, la historia de Ibarra que no comienza, propiamente y en rigor, con la tradicional ceremonia española y con el enclave del sable del capitán Cristóbal de Troya y Pinque en la húmeda y generosa tierra, sino que como antecedentes y orígenes se remonta a la consolidación misma del pueblo Carangue que arrastra consigo siglos recónditos, incluyendo después, y ya más cercanamente, el despiadado arribo de los incas que no demostraban en su palmarés histórico el ser sanguinarios pero que en Yahuarcocha se ensañaron a más no poder con el degollamiento de casi 30 mil habitantes, incluyendo integrantes de los Pastos, ante la sorpresa atónita como desconcertante de los guambra cunas, testigos presenciales de semejante espectáculo terrenal, pero francamente diabólico y endemoniado; así como de las huellas impregnadas por los Caras y aún a través mismo del idioma lejano

trasmitido por los Chibchas como se sostiene, es historia de largos y anteriores procesos, de luchas, de conquistas, de defensa, de rupturas y de injertos culturales enhebrados con el tiempo para ir progresivamente generando una nueva identidad afianzada en la diversidad etnocultural en camino a la unidad de un país de nuevas fraguas sociales. Diverso pero unitario.

Caranqui, ciudad historia, ciudad ceremonial, cuna de Atahualpa por afirmaciones señaladas de varios historiadores serios, será por lo mismo parte importante del Reino de Quito, así como del gran Tahuantinsuyo, e Ibarra, la naciente villa, iniciaría su destino y su proyección histórica a través de los siglos recorridos. Pero Ibarra es también el mestizaje y el enclave colonial pausado y procesado. Y es España con sus instituciones, con sus regulaciones y con la forma de administrar sus recursos humanos tanto como económicos. Y sus recursos naturales. Así estarán el municipio, los alcaldes, los regidores, los oidores, los alguaciles, los ediles, los comisarios, los notarios, como estarán presentes también los ejidos, las campiñas, los vergeles, las alamedas, las plazas, los templos, las cárceles, los caminos reales. Y por otro lado estarán las mingas, los tributos, las mitas, los obrajes, que convivirán con los asientos, los partidos, los corregimientos, como premonitores también de nuevas realidades urbanas, administrativas y políticas que después desembocarán en lo que serán las parroquias, los cantones y las provincias. Es decir que asistimos, irremediablemente, a la consolidación y a la identidad propia de nuevas sociedades y de nuevas culturas que recogen los espacios más notables de cada una de ellas, incluyendo, desde luego, las tradiciones, los mitos, las fábulas y las leyendas que obran articuladamente de herramientas de la historia oral y relatada.

Refiriéndonos ya a Ibarra como Villa inicial y luego con el rango de Ciudad, creo que se pueden advertir dos etapas muy definidas en su devenir histórico. La primera desde su fundación española hasta el fenómeno telúrico que la devastó el 16 de agosto de 1868 y, la segunda, desde El Retorno hasta la actualidad. De todas maneras coincide el hecho particular de que el Terremoto es un punto de final y de nueva partida de nacimiento de la urbe, a la vez. Semejante conflagración obra, de esta manera, de un reimpulso de sus habitantes para reasentarse en el mismo suelo y en el mismo barro, junto a las tumbas abiertas e improvisadas forzosamente por la naturaleza en furor a sus familiares. Junto a sus recuerdos, sus vivencias y sus sueños.

Es así que se descubre que el ibarreño también era solidario, reflexivo y guardaba en su intimidad personal y social una querencia arraigada a la tierra. Borraba, así, aquella tara social de más de dos siglos de existencia en la que demostraba una división marcada en su población con la presencia de dos clases sociales y económicas. El hacendado, terrateniente y pudiente muy cercano a las riendas del poder político, junto a la iglesia, con bienes e influencias claramente definidas y, desde luego, con costumbres, tendencias y exclusiones. Y el pueblo llano dado a la borrachera a falta de fuentes de trabajo, descuidando su potencialidad para la artesanía, las manualidades y la creación en diferentes facetas humanas que escondía a sus adentros. Apenas una clase media depauperada hacía de puente entre los extremos buscando sobrellevar a sobresaltos sus actividades para la manutención.

Por ello es que Ibarra no da muestras claras de una actividad cultural definida, auténtica, en muchos años, pues la influencia de esta vocación la llega casi exclusivamente desde afuera. Solamente El Retorno constituye, a mi entender, el punto de partida para una Ibarra nueva, identitaria y en un nuevo eje prometedor de desarrollo. Así pues, empiezan las inquietudes por la expresión escrita que no solamente orales y de tradición, de leyendas, y se advierten corrientes de pensamiento hasta antagónicas y de contradicciones que van forjando una historia cercana a base de la publicación de hojas sueltas, folletos y periódicos, generalmente orientados a la lucha política, pero también con indicios de una producción cultural en la poesía y la literatura.

Se dice que al referirse al pasado humano lo estamos haciendo en realidad a las acciones mismas, así como al pensamiento y a las obras trascendentes modificadas, alteradas o impulsadas mediante un proceso social. "No cualquier proceso humano es historia. Los hechos del hombre de ayer serían hechos muertos al ser separados del historiador y de los testimonios de los que él se vale".

Se diría, de una manera simplificada, que los historiadores ubican a los pueblos y sus acciones trascendentes en el tiempo remoto y en forma documentada para recrearlos en el presente mediante procesos disciplinados y científicos. Un mecanismo usado es, pues, el de la monografía, documento definido como "de extensión variable y elaborado sobre un tema determinado desde una perspectiva que respeta las convenciones de la disciplina que se trata y siguiendo en lo posible los pasos de la actividad científica."

Los pueblos y sus hombres, así como sus instituciones y sus obras trascendentes en la sociedad que demoraron pueden ser abordados y traídos al presente para conocimiento de las nuevas generaciones a través de las monografías históricas y de los tratados sociales y aún económicos. Así, la herramienta histórica para revelarnos el pasado constituye la monografía como fuente misma, analítica y crítica, de información. Son los archivos, las actas, los testimonios orales, las tradiciones, las leyendas, las fábulas, las costumbres nuevas o injertadas, los libros, la música, las artes en general, el desarrollo urbano y físico de los propios pueblos, los datos demográficos, la tecnología adoptada, la comercialización de productos, el consumo de los mismos, las instituciones creadas, la superación de sus hijos con su aporte físico e intelectual, sus artesanías, el enlace y comunicación con los demás sectores vecinos y distantes, el intercambio e interrelación con los mismos y su integración a un sistema mayor que adopta el nombre de patria, los que confieren los insumos verdaderos de la historia de los pueblos. Su tejido y trama social. Su inserción con el mundo real y mensurable, y con el mundo de los sueños y las fantasías, acordes con nuevas y renovadas visiones en los tiempos y en los espacios definidos. Y sobre estos datos trabajan los historiadores, verdaderos asimiladores de los procesos que caracterizan a los pueblos en sus seculares procesos vivenciales.

Hurgando un poco más acerca de la producción bibliográfica dedicada al estudio de la historia de Ibarra a través de trabajos monográficos amplios o parciales, tanto en el tiempo analizado como en el contenido mismo que se aborda, nos sorprende la existencia de obras poco difundidas y aún completamente desconocidas, así como es absolutamente injusto el hecho de que numerosas de ellas se encuentren en franco y soterrado peligro de la desaparición física definitiva.

Es más, las entidades de cultura y la propia municipalidad ibarreña deben presidir y auspiciar estos procesos tanto de rescate de obras que por sí mismas se han vuelto históricas ya a través de los tiempos, como por su contenido y su rareza, impulsando además nuevas ediciones de las mismas, para insertarlas en los tiempos actuales como testimonios y documentos de nuestra identidad. Hay bibliotecas como las del propio municipio ibarreño y del colegio "Teodoro Gómez de la Torre", para citar solamente dos casos, que también disponen de valiosas y numerosas obras de la disciplina histórica y monográfica de Ibarra y de Imbabura, y que igualmente se encuentran en riesgo de

desaparición, si antes ya no lo han hecho, y que deben entrar en el inmediato rescate, si se habla, por ejemplo, de fundar un gran museo local como muestra de la potencialidad de nuestros pueblos y de su cultura particular y consolidada. Semejante proyecto, por indispensable, necesario y justo, no debe oler a demagogia y oferta para salir del apuro. Debe constituir una estrategia con signos de obligación a mantenerla en el tiempo como una verdadera vitrina ibarreña.

También a nivel particular hay indicios claros de la existencia de libros y obras arrumadas en los rincones y bodegas de hogares distinguidos, otrora caracterizados por sus jefes de hogar cultivando la lectura y la investigación así como el enriquecimiento y acopio cultural de la familia, que si ya no han desaparecido lo serán de a poco o muy brevemente. Ahí, precisamente, se puede medir la gestión de la Comisión de Cultura y Educación del Municipio de Ibarra como del Departamento correspondiente y de los propios alcalde y concejales, en proyectos casi sin costos pero de gran intuición armando una cruzada por la recuperación de libros y material bibliográfico que formaría parte de la sección monográfica y bibliográfica de la historia de nuestra ciudad. Qué tal!

Una rápida investigación personal me permite concluir que hay un inventario ibarreño interesante de obras que se refieren a temas monográficos de carácter histórico relacionadas directamente o indirectamente con Ibarra. Así, hay trabajos de carácter nacional que incluyen Imbabura e Ibarra. Otras que se refieren a otros cantones de esta provincia pero que parten de Ibarra o llegan a ella. Y también hay obras que se han dedicado al estudio de ciertas parroquias del cantón Ibarra, algunas de las cuales como Urcuquí y Pimampiro, por ejemplo, constituyen hoy cantones promisorios del desarrollo provincial.

Hay a finales del siglo IX y comienzos del XX evidencias concretas de una actividad cultural ibarreña que deja huellas y hace historia cercana. Citaremos solamente una eclosión progresiva de periódicos de todo signo, la creación de la Escuela de Artes y Oficios y la fundación de la Sociedad de Artesanos. Todos, a su manera. Con sus objetivos y fortalezas. Pero eso sí, no puede dejar de citarse dos espacios ocupados ya con alto significado. En primer lugar, toda la vasta y permanente como nunca interrumpida producción del Núcleo de Imbabura de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, en sus más de 60 años, a través de su revista anual ordinaria, de sus revistas extraordinarias,



Algunos Miembros de la Sociedad Cultural Amigos de Ibarra con ocasión de la Sesión Solemne del Cuadragésimo Aniversario de la Ciudad de Ibarra, realizada el día martes 26 de Septiembre de 2006, en el Auditorio de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo de Imbabura: Prof. Roberto Morales Almeida; Sr. Fausto Yépez Almeida y Dr. José Albuja Chaves.

de sus colecciones especiales, de los libros de autoría de sus miembros o de invitados especiales, de las obras auspiciadas, y de publicaciones varias como su periódico actual "Letras de Imbabura", constituye de por sí uno de los inventarios más completos de la historia y de la expresión cultural de Ibarra y la provincia, respetando todas las vertientes, la diversidad, pero trabajando en la convergencia por la unidad. Claro que también despliegan interesante actividad instituciones como la Fundación "Pedro Moncayo", la "Sociedad Bolivariana" de Ibarra, el "Centro Femenino de Cultura Ibarra", y otros.

Finalmente, la Sociedad Cultural "Amigos de Ibarra" nacida de la inspiración de doctos ibarreños, bajo la conducción y el esfuerzo intelectual de don Abelardo Morán Muñoz, inicialmente, y de Roberto Morales Almeida y de varios colaboradores a continuación, del cual ya han visto la luz los siete primeros volúmenes, obra magna que será mantenida hasta llegar al enfoque de los días presentes en los volúmenes que sean menester. Siendo así, su análisis y su impacto en la colectividad debe ser materia de un estudio especial que valore su contribución al análisis histórico y sociológico de la Ciudad Blanca del Ecuador.

Precisamente Roberto Morales Almeida, en la presentación del volumen V de la Monografía de Ibarra editada por la Sociedad Cultural

“Amigos de Ibarra” relataba los primeros esfuerzos por consolidarla como grupo, como un núcleo orientado a escribir la historia de nuestra ciudad y a actualizarla, pues habían serios riesgos de perder sus huellas, así como era indispensable volcarla al conocimiento de sus actuales generaciones como impronta para marcar en presente y advertir un futuro con raíces sólidas y unimismadas. Así, a finales de la década de los 80s inquietos elementos del quehacer cultural ibarreño, como Carlos Suárez Veintimilla, Abelardo Moran Muñoz, Juan Viten Durand y otros más, advirtieron que era un imperativo ineludible rescatar del olvido y la minimización de hechos y personajes que habían realizado un aporte muy significativo, de incuestionable valía a la “ibarreñidad”, con cuyas vivencias esenciales estuvieron identificados a permanencia. Y con esa inquietud, que crecía al paso del tiempo, se plasmó la génesis de la Sociedad Cultural Amigos de Ibarra, nos dice.

Era el Diario *La Verdad* donde se habían publicado muchos trabajos históricos, numerosos ensayos, en los cuales se expusieron esbozos de la vida y la labor de destacados personajes y episodios del devenir de la ibarreñidad. Y así surgió el anhelo de sistematizar la historia de nuestra Ciudad, por cuanto la “Monografía” del egregio investigador, Dr. Cristóbal Tobar Subía, quizás la más conocida y difundida hasta aquellos días había, sido elaborada hace mucho más de medio siglo, y no enfocaba ya para nada muchos asuntos del devenir siguiente y eventos históricos notables surgidos en más de medio siglo, tanto como ciudad misma, así como capital provincial y, claro, como parte integrante de la nación ecuatoriana.

Y pasaron los años, recuerda Morales Almeida, y se puntualizó la necesidad de que un número cierto de miembros integren la Sociedad, y que tenga la calidad de legalmente constituida. Y se formularon los Estatutos y la petición al ministerio de Educación, solicitando la respectiva aprobación, la misma que fue expedida el 8 de octubre de 1999, con la firma de la ministra Rosángela Adoum Jaramillo. Como integrantes de la Sociedad Cultural Amigos de Ibarra constan: Carlos Suárez Veintimilla, Roberto Morales Almeida, Enrique Almeida, Rodrigo Villegas Domínguez, Edmundo Recalde Granda, Fernando Moreno Almeida, Amílcar Tapia Tamayo, Edmundo Carrión Noboa, Ronald Mosquera Almeida, Nelson Dávila Cevallos, Amílcar Várela Jara, Mariano Machado Arroyo, Silvio Moran Madera, Fausto Yépez Almeida. Infortunadamente, fallecieron en el transcurso de aquel tiempo ya el egre-

gio poeta telúrico Carlos Suárez Veintimilla; el jurista, poeta, ensayista Juan Viten Durand. Y el insigne mentalizador de la Sociedad, Abelardo Morán Muñoz, docente destacado y hombre público muy acatado que partió a la Eternidad en 1995, mucho antes de que se lograra la aludida aprobación jurídica del insigne ideal de ibarreño. Un destino semejante impactó en la personalidad del ex alcalde Nelson Dávila Cevallos. Y con el tiempo se darían más ausencias vitales como las de Edmundo Recalde, Juan Viteri, Enrique Almeida, Rodrigo Villegas, Mariano Machado. Una verdadera y lamentable sangría de valores humanos y personalidades de ibarreños identificados con profundos ideales por mirar y concretar una ciudad con basamentos de valores morales y espirituales, y de franco e inexcusable respeto a su propia historia como escuela, como referente para las generaciones sucesivas.

Se nos relata que se concreta de esta manera la más cimera aspiración de todos los socios, incluido el recordado Maestro Abelardo Moran, con la publicación del I Tomo de la proyectada "Monografía de Ibarra", cuyo obvio contenido se centraba en la fundación de la Villa de San Miguel de Ibarra. Se concretaba la gran finalidad del proyecto que se planificó en varias reuniones dirigidas por el Sr. Moran, pues la edición se lanzó el 28 de abril de 1995, como un homenaje a El Retorno.

En ese Primer Tomo hay aportes notables sobre la fundación como, por ejemplo, la etimología vasca del nombre Ibarra; el "Diario de viaje de la Villa al mar", del Cap. Cristóbal de Troya. Hay artículos, trabajos, ensayos históricos y colaboraciones de mucha valía que abren el camino a la nueva monografía de Ibarra, destacándose las autorías del propio Roberto Morales, de Abelardo morán, y de Hugo Larrea Benalcázar con sus "Primeras Palabras", a la manera de prólogo del libro nuevo. Y en adelante están presentes Víctor Alejandro Jaramillo, el propio Cristóbal tobar Subía, Jorge Salvador Lara, Rodrigo Villegas, Francisco H. Moncayo, Alfonso Jerves, Carlos Emilio Grijalva, Jorge Villalba Freire, Jorge A. Garcés, Mariano Machado, Cristóbal de Troya Pinque, Ricardo Cornejo Rosales. Todos llenos de un bagaje de experiencias y conocimientos de las etapas primigenias y del recurrir histórico del hombre, la sociedad y el suelo patrio ibarreños. Pero hay que, por justicia, señalar, que gracias a las eficaces gestiones del distinguido socio Fausto Yépez Almeida, se consiguió el auspicio económico de esa edición, de parte del I. Concejo Municipal, dirigido por el Ec. Marco Tafur. No obstante también hay un agradecimiento al Directorio de



Roberto Morales Almeida y Hugo Yépez. En el acto de homenaje de la Municipalidad de Ibarra.

la “Mutualista Imbabura”, entidad que aparece también con un aporte importante para dicha publicación.

A raíz del deceso del Sr. Abelardo Moran, fue electo Presidente el Prof. Roberto Morales Almeida, quien realmente planificó la publicación no solamente de los cinco primeros volúmenes sino que lo hizo en plena capacidad de sus facultades mentales hasta el Tomo VII, para también partir a la eternidad en agosto de 2013 luego de una vida ejemplar y de dejar sus huellas indelebles en la sociedad ibarreña con su legado cultural, literario e histórico inmenso y perdurable.

“En una apretada síntesis, queremos presentar los aspectos más notables y novedosos del histórico devenir ibarreño, siguiendo las perspectivas trazadas por la pluma sapiente y castiza del ensayo “En la ruta de un pueblo” del Dr. Ricardo Cornejo Rosales, con cuya visión lúcida se cierra el I Tomo” decía en la ocasión Roberto Morales.

En el II Tomo ya se refiere y se involucran sucesos de la realidad colonial del siglo XVII. y se otorga prioridad al trascendental ideal de la fundación de la Villa de San Miguel de Ibarra: la salida al Océano para acercar a Panamá la Real Audiencia de Quito. “El llamado Camino a Malbucho constituye una preocupación de las autoridades y la población del Corregimiento de Ibarra. La demografía, la tenencia de la tierra y la realidad de la esclavitud, que fomenta la producción y la riqueza, se enfocan en ensayos de mucha sapiencia”.

En este tomo, como en el anterior y los siguientes, se acopian interesantes aportes de estudios de imponderable seriedad expositiva y didáctica. Se suman destacados investigadores de la historia nacional como Fernando Jurado Noboa, Jorge Salvador Lara, Jorge Villalba

Freiré, César Dávila Torres. Y se perfilan las siluetas de personajes que crearon organizaciones que impulsaron el desarrollo de Ibarra, en un ambiente de notable bienestar económico, gracias al cultivo de la caña de azúcar en el Valle del Chota y a la elaboración de azúcar, panela, aguardiente, miel y de la intensa actividad comercial que en torno a esta producción se desarrolla.

En el III Tomo, como en el IV, se continúa en la tarea de enfocar el devenir histórico del Corregimiento, a través de estudios muy serios de hechos constatados en los archivos nacionales y ciudadanos como evidencias inobjetables. Objetividad, datos estadísticos, búsqueda de eventos de autenticidad incuestionable, valorados en el lúcido criterio de conocidos investigadores, como los antes aludidos, y de integrantes de la Sociedad que se suman para integrar el cuerpo cierto de la publicación.

Se rescatan personajes marginados quizás involuntariamente y se rubrican acontecimientos que estaban como opacados en las páginas de la historia nacional. Así, se transcribe el enfoque de Ibarra en las obras de Juan de Velasco y Mario Cicala, quien exulta, por ejemplo, con naturalidad y relevancia, la valía de la primera figura femenina, una religiosa, Francisca Viten, que plasmó una fecunda verdad terrígena al enfatizar: "Yo nací aquí en Ibarra, pero no sabía que existía este paraíso en la tierra". Pero el IV Tomo se cierra con un escorzo del trágico final de la Patria Heroica, como dice Salvador Lara, en el ámbito geográfico de Ibarra, al pie del milenario Imbabura, acontecimiento de enorme relevancia en la vida de la nacionalidad, al que no se le ha otorgado su rol trascendental.

El V Tomo, está como centrado al amargo acontecer del terremoto de Imbabura, 16 de agosto de 1868, uno de los flagelos más pavorosos en el Ecuador y América en aquellos años. Se lo enfoca en su magnitud dantesca, no con leyendas ni imaginarios diseños, sino con vivencias de testigos de la catástrofe o de objetivas visiones. Así, se transcribe, por primera vez, la magistral descripción del, entonces, Gobernador de Imbabura, Manuel Zaldumbide. Y también se destacan las semblanzas de los personajes eminentes de esa etapa trágica, en la cual, pese a la agonía de la situación, se dinamizó el alma del pueblo golpeado y adolorido, hacia cimas de anhelo grandioso de superación, que hizo de Ibarra la reencarnación del Ave Fénix. "Imposible resumir, en toda su extensión, una labor de selección histórica que sobrepasa

las mil páginas, que se proyectará en más vastos horizontes, porque la ibarreñidad tiene una lúcida connotación de hondo arraigo terrígeno y fecundas proyecciones en el quehacer humano”.

El VI Tomo sale a luz en el año 2006, a la manera de una presencia cívica recordando los primeros 400 años de la fundación española de la Villa. Su presentación es muy elocuente y nos permitimos transcribirla integralmente dada la importancia de la fecha histórica que pudimos vivirla a la manera de un privilegio de gratísima recordación.

Si el Tomo V de la Monografía de Ibarra enfoca, en sus múltiples aspectos, la relación y las proyecciones del imponderable terremoto del 16 de agosto de 1868, este VI volumen se concreta a puntualizar, con la mayor objetividad posible, esa hazaña tan valiosa como singular de El Retorno, admirable por muchos motivos, señeros y hasta desconcertantes, que le valieron a nuestra amada Ciudad el lúcido calificativo de Ave Fénix, evocando la similitud con la ficción lírica de la alada criatura mítica que “revive de sus propias cenizas”.

Por la reciedumbre y el amor entrañable a la terrígena maternal bondad y hermosura de la heredad de primigenia fundación, los ibarreños sobrevivientes a la catástrofe de magnitud imponderable, lograron el prodigio excepcional de El Retorno.

A Ibarra la definió, hace muchos años, el ingenio visionario de uno de sus hijos más preclaros, Ricardo Cornejo Rosales, como la “entelequia rodeada de toda clase de posibilidades, desde su nacimiento”. Y, ciertamente, como enfatiza el insigne relatista Julio Cortázar: “La ciudad es un inmenso código que espera ser descifrado a descodificado”. Entonces, en la descodificación de esta entelequia admirable, la ibarreñidad, en su más vasta y múltiple vitalidad nos empeñamos en la elaboración de la Monografía, especialmente desde la segunda fundación iniciada con El Retorno, acontecimiento de eficaces proyecciones hasta este momento de evocación de los cuatro siglos de la nacencia de Ibarra.

EL Retorno es un evidente fenómeno de notable complejidad que lo vitaliza una generación de privilegiadas aptitudes: varones de recia personalidad de acción que implementan el desarrollo de servicios colectivos, docentes de profunda vocación, artistas magníficamente dotados, poetas de lúcida inspiración, juristas de prestigio nacional, y toda una promoción de virtudes, talentos, labores de trascendentales secuencias en el medio ambiente ciudadano, que lo plasman con entrañable predilección. Por eso, en este Tomo VI, los distinguidos colaboradores, insignes conocedores del devenir histórico de la “Ibarreñidad”, a quienes la Sociedad Cultural “Amigos de Ibarra” agradece fervorosamente, han enfocado los

temas de más significación para descodificar o analizar los perfiles de la reciedumbre creativa de los ibarreños, que han plasmado la entelequia de sus sueños, vivencias, anhelos y valores generados en el hontanar terrígeno de la ibarreñidad.

Y así, con este recorrido vital y apolíneo, se llega a los albores del año 2008 en plena primera década del siglo XXI, a un ambiente diferente social, políticamente y económicamente particular, pues el país había entrado ya en una suerte de cambios tildados de revolucionarios arrinconando a lo que se dio por llamar "partidocracia" y enarbolando principios y nuevas visiones de un país diferente, asunto que culminaba con la expedición y aprobación consiguiente de una nueva Constitución Política gestada en Montecristi bajo la mirada del "Viejo Luchador", y llena de garantías, derechos y postulados sociales y humanos que constituyeron toda una avanzada en el camino recorrido por el país en este sentido, aunque dicha Carta demuestra una dicotomía y hasta contradicciones entre la parte dogmática y una sección orgánica tendiente al hiper presidencialismo y al centralismo público mediante la concentración del poder y la suigéneris aparición de nuevos poderes cuyo papel, en la práctica, los vuelve dependientes y sumisos a uno solo.

Este año señalado, el 2008, en la celebración de las festividades de abril por El Retorno ve la luz el Tomo VII de la Monografía de la Sociedad Cultural "Amigos de Ibarra" el mismo que en lo medular exulta esa tónica de desarrollo multifacético, en justipreciaciones de las personalidades de los ibarreños egregios que se entregaron a cabalidad a plasmar la grandeza de su amada tierra, una de las más dotadas de posibilidades en el Ecuador. En este último volumen de la colección hasta aquí publicada, encontramos el informe del gobernador en tiempos del terremoto, Juan Manuel España, muy revelador y objetivo. Siguen trabajos como "La Diócesis de Ibarra", "su devenir histórico; los "Obispos Titulares o Residenciales"; "El Ecuador de 1825 a 1875"; "Pedro Moncayo, fundador del periodismo de combate", "Decreto de creación del Primer Colegio"; "Un Sesquicentenario glorioso", "El carismático impulso después del El Retorno", "El numen poético de José Domingo Albuja", y trabajos sobre la personalidad de Luis F. Madera; Francisco Javier Suárez; Elías Liborio Madera; Leonidas Proaño y, finalmente, Carlos Suárez Veintimilla, con el cual concluye la señalada publicación.

Injusto sería no valorar el esfuerzo extraordinario desplegado, en primer lugar por los mentalizadores del proyecto histórico y sus fundadores, empresa hecha realidad hasta aquí parcialmente, entre los años 1995 y el presente 2015, en especial el profesor Abelardo Morán Muñoz inicialmente, y después en forma dilatada por Roberto Morales Almeida, quien al fallecer, dolorosamente en 2013, ya no pudo plasmar su sueño de ver culminada la tarea, pero a cambio dejó abierto el ancho camino de su esfuerzo, de su perseverancia, señalando un meta clara hacia donde culminarla, para que quienes tomen la posta la culminen y la exhiban como una muestra y un ícono de lo que Ibarra ha constituido en el tiempo, hasta impregnar en los ciudadanos de aquí y de allá el signo indestructible de la “Entelequia de la Ibarreñidad”.

Para culminar esta Crónica refresco en mi memoria que un distinguido amigo otavaleño, un valor de las letras imbabureñas y de la cultura provincial, Marcelo Valdospinos, nos decía:

A nosotros nos toca investigar y calificar esas hazañas, esos heroísmos, esas vidas entregadas a la acción de colonizar y abrir nuevos surcos a la historia. Y también nuestro homenaje a las muertes de tantos antepasados que fueron semillas de la grandeza que ahora Ibarra muestra como blasón de nobleza, espiritualidad y patriotismo. Muchas, muchísimas son las páginas que la ciudad y sus habitantes, han escrito en los fastos de la historia nacional, dentro de las más disímiles disciplinas, como la jurisprudencia, las artes, la literatura, la ciencia, la milicia, el comercio y el gobierno de lo terrenal y lo divino. Y como la ibarreñidad –ese conjunto de acciones cívicas y sentimentales que se entretajan a favor de su devenir– no excluye sino integra, aquí están hijos propios con raíces milenarias; hijos nuevos que han llegado a nutrir su porvenir; e, hijos temporales; con el fin de acariciar su adelanto.

La casa de la ibarreñidad

Antiguo hogar de la familia Ayala,
actual Centro Cultural del Municipio de Ibarra

Enrique Ayala Mora

Nota editorial

Además de esta *Monografía*, uno de los logros más destacados de la Sociedad "Amigos de Ibarra" ha sido la preservación de la "Casa de la Ibarreñidad". Fueron los dignatarios de esta entidad quienes gestionaron ante el presidente de la República, Gustavo Noboa Bejarano, un aporte que permitió primero adquirir y luego restaurar la antigua casa de la familia Ayala, para convertirla en Centro Cultural.

Roberto Morales me pidió que escribiera un artículo sobre la Casa de la Ibarreñidad para ser publicado en el volumen VIII de la *Monografía*. El año 2008, antes de que se publicara mi libro sobre la casa, escribí esta suerte de resumen que presenté a Roberto. A él le gustó mucho y advirtió que debía ser publicado con ilustraciones a color. Me he permitido incluir este artículo en la sección correspondiente a la Sociedad "Amigos de Ibarra", precisamente porque, por lo que ya he indicado, la obra de la Casa de la Ibarreñidad es una obra inspirada y alentada por la entidad, especialmente por Roberto Morales y Fausto Yépez, a quienes está especialmente dedicado este trabajo.

Ibarra entre los siglos XIX y XX

A fines del siglo XIX se activó el movimiento económico de Ibarra, que se reponía del terremoto de 1868. La ganadería de leche, la producción de granos y caña de azúcar destinada a la elaboración de panela y alcohol se dinamizaron. Con ello se produjo una aceleración en las transacciones de tierras y predios urbanos a mejores precios.¹ Un

1 Una revisión de los registros de escrituras públicas del cantón Ibarra revela una enorme elevación del número de transacciones de compra-venta de terrenos y casas: 1892 (155),



Plaza Central de Ibarra, hoy parque Pedro Moncayo. Alrededor de 1915.

sector de medianos terratenientes acumulaba propiedades. En la ciudad comenzaron a construirse casas de dos pisos y el escenario urbano fue cambiando. En la primera década del siglo XX, Ibarra crecía. La llegada del ferrocarril a Quito, y la expectativa de su construcción a Ibarra y al puerto de San Lorenzo, articularon un objetivo con que las élites locales movilizaron a la población por más de medio siglo.²

A inicios del siglo XX, Ibarra adquiría un nuevo perfil urbano. Las calles y plazas centrales se empedraron, se construyeron edificios públicos y privados. En 1915 llegó la luz eléctrica.³ Se trajeron los primeros automóviles y la gente comenzó a concurrir a “las vistas”, películas de cine mudo. El vestido de las élites y clases medias seguía los patrones europeos y norteamericanos. A las procesiones religiosas, que no podían realizarse en las calles por prohibición de las autoridades liberales, se sumaron “veladas”, actos artísticos, “juegos florales” y desfiles

1896 (241), 1900 (366), 1904 (295), 1908 (276), 1912 (238), 1916 (325). Como se ve hay una significativa elevación de 1892 a 1900, un descenso de allí a 1912 y de nuevo un ascenso en 1916 (Cfr. Enrique Ayala Mora, “Cacao, capitalismo y Revolución Liberal”, en *Cultura*, Revista del Banco Central del Ecuador, vol. 5, No. 13, Quito, mayo-agosto, 1982, pp. 99 y 121).

2 “La salida al mar, anhelo de ayer y siempre”, en Cristóbal Tobar Subía, *Monografía de Ibarra*, Ibarra, Centro de Ediciones Culturales de Imbabura, p. 181.

3 El salesiano Jacinto Pankeri construyó una planta hidráulica en el río Tatuando (Mons. Jorge Eduardo Villacís G., *El alumbrado en Ibarra*, Ibarra, Imprenta Vaca Jr., 1984).

cívicos. Se activó la organización artesanal. Se incrementó el número de periódicos, aunque la mayoría tuvo vida corta.

Heliodoro Ayala y su familia

Heliodoro Ayala Burbano nació en Tulcán, hijo de Juan Esteban Ayala, propietario rural y “arriero”, con un próspero negocio de transporte de carga. Su familia, que antes había vivido en Ibarra, se trasladó a la actual Colombia, moviéndose entre Popayán y Barbacoas. Luego los Ayala se establecieron en Tulcán. Heliodoro estudió en el Seminario, pero lo abandonó y se trasladó a Ibarra. Allí casó con Margarita Guerrero, que murió pronto. Su hija Mariana profesó como carmelita con el nombre de Ana María de Jesús.⁴ Así comenzó una estrecha relación con esas religiosas.



Heliodoro Ayala Burbano

Heliodoro Ayala se casó nuevamente con Delfina Leoro Almeida, perteneciente a una familia de artesanos y pequeños propietarios, con parientes sacerdotes. Uno de ellos, el canónigo José Miceno Leoro, vendió a Heliodoro una casa con terreno en el “carretero” a Caranqui (actual calle Bolívar y Pérez Guerrero), donde se instaló con su familia. A la propiedad se la llamaba “La Cuadra”.

Ayala fue escribano.⁵ Tenía habilidad para los negocios, se dedicó a la actividad agropecuaria. Entendió la expansión económica y el mercado. Frente a los tradicionales hacendados tenían grandes latifundios con cultivos poco rentables, prefería haciendas pequeñas cultivadas intensivamente y con acceso al mercado de alimentos. Sus hacien-

4 En 1930, el padre recordaba la profesión de Marianita tres décadas antes: “Tu profesión fue solemne por la asistencia de muchos sacerdotes y distinguidos caballeros y por la presencia del Ilmo. y Rvmo. Sr. Federico González Suárez, el cual te hizo el honor de tomar la palabra, cuyo eco impresionó hondamente a los concurrentes. La dote para ingresar era de mil suces, pero por ti se dio dos mil, de los cuales yo di mil y los mil restantes los diste tú del haber materno que te pertenecía, según la hijuela divisoria que se practicó después del fallecimiento de tu santa madre”. “Hermosa y sentida carta del señor Heliodoro Ayala a su hija carmelita” (19 de mayo, 1830). *Reseña histórica del Carmen de Ibarra. Contribución al cuarto centenario teresiano*, Ibarra, 1983, pp. 48-49.

5 La Notaría Primera de Ibarra conserva los protocolos del escribano Heliodoro Ayala. Esta documentación se halla bajo custodia del Archivo Histórico del Banco Central del Ecuador en Ibarra.

das, empero, seguían siendo trabajadas por peones y huasipungueros vinculados a la tierra con endeudamiento y recursos represivos. Formó sociedad con Segundo Pérez para administrar haciendas arrendadas a la curia de Ibarra: "El Abra", "Cochecaranqui" y "Yacucalle". Fue hombre de confianza del obispo González Suárez que gobernó la diócesis de 1895 a 1906. El prelado quitó las propiedades eclesiásticas a arrendatarios conservadores tradicionales, y las arrendó a católicos emprendedores como Ayala y Pérez, que pagaban arriendos muy superiores y las mantenían en buen estado.

En la primera década del siglo XX, Heliodoro Ayala era uno de los hombres más ricos de Ibarra. Tenía varias "cuadras" en el carretero a Caranqui y tres haciendas: "Chorlavicito", en El Ejido de Caranqui; "Santo Domingo", junto a Tanguarín, en San Antonio; y, "El Milagro", en la entrada noroccidental de Ibarra. Tenía lotes de terreno rural en los alrededores de la ciudad. En la urbe poseía varias tiendas y dos casas. Una, ubicada en el centro de la cuadra entre las calles Bolívar y Olmedo, es ahora del Club Imbabura. Otra, en la esquina de las calles Oviedo y Olmedo. Tuvo una destilería de aguardiente y fábrica de panela, una fábrica de cerveza y una "tejería". En los primeros años, luego de la fundación en 1906, adquirió algunas acciones del Banco del Pichincha.

En su matrimonio con Delfina Leoro, Ayala tuvo diez hijos. José Miguel formó extensa familia con Mercedes Carrión. Lucinda murió niña con "alfombrilla", una agresiva viruela. Víctor Manuel murió niño. Zoila Rosa permaneció soltera. María Delfina se casó con Amador Sandoval; no tuvo hijos. Segundo Heleodoro estudió en el Seminario de Ibarra y luego ingeniería en la Univer-



Familia Ayala Leoro (de derecha a izquierda) Zoila Rosa, María Delfina, Teresa, Rodrigo, Sergio Enrique, Miguel Ángel y Segundo Heleodoro. Aprox. 1911.

sidad Central y el Instituto Tecnológico de Massachussets (MIT), en Boston, USA. Casó con una canadiense. De vuelta al Ecuador se radicó en Quito con una exitosa carrera profesional y pública. Una calle de Ibarra lleva su nombre. Sergio Enrique estudió en el Seminario y se graduó en la Universidad Central. Fue médico del Hospital de Ibarra. Fue concejal y presidente del Concejo de Ibarra en 1941.⁶ Casó con María Teresa Pasquel. Años después contrajo matrimonio con Magdalena Hierro, con quien tuvo numerosa familia. Rodrigo, luego de una estancia en Estados Unidos, en Ibarra se dedicó a la agricultura y la construcción. Casó con Isabel Russo, con quien tuvo larga familia. César Alfonso murió ahogado mientras jugaba en la “cocha de los patos” de la hacienda Santo Domingo. María Teresa, la última, también permaneció soltera y vivió con su hermana Zoila Rosa.

Heliodoro Ayala entabló relación en Ibarra con los Leoro, Pérez, Peñaherrera, Yépez Terán, Gómez Jurado, Merlo, Rosales.⁷ Pero se vinculó especialmente con la familia Pasquel Monge.⁸ En ella se destacó Alejandro, el mayor, que fue sacerdote cercano a González Suárez, impulsor del ferrocarril y alto dignatario eclesiástico. Fue obispo de Ibarra entre 1932 y 1934. Manuel Enrique fue abogado, orador y poeta.

Las celebraciones de los “santos” u onomásticos congregaban a toda la familia y amigos en una fiesta que podía durar dos o tres días. Los Ayala iban a recibir la *Rama* en las haciendas. Allí los peones y sus familias venían bailando, llevando regalos que los entregaban a los patrones. Luego se prendía la fiesta, en que el hacendado ponía comida, licor y chicha para todo el mundo.⁹ El festejo podía durar hasta ocho días.

- 6 Fue Director del Hospital de Ibarra y primer Subdirector de Asistencia Pública de Imbabura, miembro fundador y presidente del Centro Médico de Imbabura, de la Cruz Roja Provincial y del Club Rotario (Miguel A. Gomezjurado, *Galería de ibarreños notables*, Ibarra, Tipografía Proaño e hijos, 1972, p. 70).
- 7 Referencias sobre estas familias puede encontrarse en la monografía local: Juan de Dios Navas, *Ibarra y sus provincias*, tomos I y II, Quito, Imprenta del Clero, 1934.
- 8 El padre de esa familia fue el maestro ibarreño Manuel Pasquel Saa, cuyos apuntes se recogieron en el libro *Memorias de un maestro, para que lean mis hijos* (Quito, Corporación Editora Nacional/Centro de Ediciones Culturales de Imbabura, 1992). Casó con Mercedes Monge Burbano con quien tuvo ocho hijos.
- 9 El libro *La cultura popular en el Ecuador* describe el “ritual que se realiza en la casa de hacienda denominado ‘la Rama’ o el ‘paso de la rama’, consiste en una ofrenda que los campesinos rinden al patrón”. Aunque la fiesta resulta muy costosa para los cabecillas y sus familias, “se inserta en el ámbito de las relaciones de reciprocidad y, por tanto, en la ideología indígena, pues ella supone una contrapartida personal” (Marcelo Naranjo Villavicencio, coordinador de la investigación, *La cultura popular en el Ecuador*, tomo V, Imbabura, Cuenca, IADAP, 2002, pp. 227-229).

Heliodoro Ayala impulsó la reconstrucción del monasterio del Carmen. Decía a su hija carmelita: "Por el inmenso amor que mi esposa Delfina Leoro y todos los míos teníamos a las religiosas carmelitas, resolvimos ayudar a la reconstrucción de la iglesia y el convento".¹⁰ El nuevo monasterio quedó listo en 1913. Ayala fue benefactor de la Catedral, primer presidente de la Hermandad Funeraria de San Antonio.¹¹ Apoyó a la iglesia de esa parroquia y a sus barrios Santo Domingo y Tanguarín. En los años treinta, la población de San Antonio puso su nombre a la plaza de deportes, luego de que su hijo Segundo Heleodoro gestionó la entrega del terreno en que se construyó.

Construcción de la casa

A inicios del siglo XX, en medio de la expansión de la economía local y su éxito personal, Heliodoro Ayala resolvió construir una nueva vivienda familiar. Compró un terreno esquinero, entre las calles Flores y Bolívar, a doña Mariana Almeida, a quien llamaban "la Cajonera".¹² También compró un lote adyacente, para completar una superficie de alrededor de ochocientos metros. Mientras se planeaba la casa nueva, doña Delfina había enfermado gravemente y murió a fines de 1908.

Planeó una casa de tres pisos, la primera de la ciudad. Contrató a José Domingo Albuja para el diseño. La construcción se asentaría sobre arcos de cal y canto. Las paredes combinarían piedra, ladrillo y adobe.¹³ Los entresijos serían de madera y las divisiones de bareque. Los trabajos se iniciaron a fines de la primera década del siglo. La obra sería un adelanto en una ciudad donde las huellas del terremoto se veían aún en la plaza principal, en cuyo rededor estaban modestos edificios, "tiendas pobrísimas" y terrenos vacíos. Un visitante de comienzos del siglo dijo: "¿Esta es una ciudad en construcción o en ruinas?".¹⁴ Para la construcción, Ayala contrató a los mejores albañiles de la ciudad y

10 *Reseña histórica del Carmen de Ibarra*, carta citada de Heliodoro Ayala a su hija, p. 49.

11 Oswaldillo Villalba, *Testigo del tiempo*, Noción Imprenta, s/f, pp. 29-30.

12 Como era común en los pueblos tradicionales, todos tenían apodo. "Cajonera" era el de doña Mariana, quizá porque sería vendedora en la plaza principal. El apodo de Heliodoro, por cierto, era "Patón Ayala", en referencia a su alta estatura y pies grandes, satirizados por el sobrenombre, que heredó la familia.

13 Los ibarreños, con la experiencia del terremoto, tenían recelo de construir casas de dos, peor aún de tres o más pisos. En todo caso, solían colocar paredes de más de un metro de ancho y arcos de cal y piedra.

14 Luis F. Madera, *Cabos sueltos*, Ibarra, Imprenta Municipal, 1977, p. 25.



Heliodoro Ayala en el balcón de la casa en construcción. Foto tomada entre 1913 y 1915.

trajo “cuadrillas” de peones de sus haciendas. Los ladrillos y las tejas vinieron de su tejería y la madera de un bosque de Santo Domingo.

En 1915, la familia se trasladó a vivir en la “casa del parque”. Tenía tres tiendas que daban a las calles Bolívar y Flores, alquiladas para fines comerciales. Atravesando el portón principal por un amplio zaguán, se llegaba a un jardín cuadrangular rodeado de una arcada. En la parte interna se construyó solo la primera planta. Allí se ubicaban la cocina, comedor, despensas, trojes y habitaciones del servicio. Adentro quedó un segundo patio con la lavandería y el corral donde se ubicaban las letrinas, las gallinas y chanchos. Un pozo de agua abastecía las necesidades. Pero el agua para uso humano era filtrada en el “pondo”, que recibía el líquido desde un recipiente de “piedra pómez”.

En el segundo piso se ubicaban tres cuartos: el “escritorio” de don Heliodoro, el salón de recibo, con balcón a la plaza principal. Sus muebles fueron los de de la antigua casa hasta que en los años veinte se compró un juego de muebles vieneses, cortinajes y espejos a un cónsul de Francia que dejaba Quito. En 1915, Luis Reyes, artista de San Antonio, pintó al óleo el tumbado, con la ayuda de Nicolás Gómez. En el salón se “entronizó” un cuadro del Corazón de Jesús de Rafael Troya. Con ventanas a la calle Bolívar se ubicaba el “cuarto del piano”. Allí instaló el fonógrafo. En el tercer piso estaban los dormitorios, cuarto para peinador y costura, de huéspedes y planchado.

En 1915 se inauguró la luz eléctrica en la ciudad y se la instaló en la casa. Allí se celebraban los matrimonios y otros acontecimientos sociales. En el salón se bailaba “cuadrilla”. Se servía champaña y coñac. Luego venían otros brandis, las mistelas y el anisado. Para amenizar se contrataba una orquesta. También se daban fiestas para recibir a parientes importantes que venían por temporadas.

El impulso constructor de Heliodoro Ayala se extendió a la obra pública. Leonidas Plaza, su amigo, presidente de la República entre 1912 y 1916, lo nombró Intendente de Imbabura. Ayala construyó la “Casa de Gobierno”, sede de la Gobernación, la Corte Superior de Justicia y otras dependencias oficiales. Diseñada por José Domingo Albuja se levantó, desde 1913, un edificio de dos plantas en las calles Flores y Bolívar, adyacente al Municipio. La obra se inauguró el 24 de mayo de 1916. Ayala donó, para que se colocara en la Gobernación, una escultura de la Justicia de Zenón Villacís. Su gesto fue reconocido en un diploma que dice:

Al Señor Don HELIODORO AYALA, Intendente General de la Provincia de Imbabura, a cuya decidida y entusiasta cooperación se debe la Casa de Gobierno entregada solemnemente en esta fecha: dedican este recuerdo los padrinos de la **Estatua de la Justicia** colocada en dicho edificio público. Ibarra, mayo 24 de 1916. *Rafael A. Rosales, Luis F. Madera, Agustín Rosales, Tobías Mena, Alejandro Almeida Terán, Virgilio Tamayo.*¹⁵



Don Heliodoro se casó con Rosario Rosales. Antes del nuevo enlace repartió los bienes a sus hijos.¹⁶ Las dos hijas solteras, Zoila Rosa y María Teresa, recibieron la casa del parque. El padre vivió en la hacienda Santo Domingo con su esposa, que murió en poco tiempo. En unos años contrajo un cuarto matrimonio con Mercedes Judith Leoro, sobri-

15 Este diploma con las firmas originales, lo conservó la tía Zoila Rosa. Ahora está en la pared del salón adyacente a la ventana desde donde se puede observar la estatua de la justicia, en la Casa de Gobierno.

16 La partición de los bienes del matrimonio Ayala-Leoro entre sus hijos se dio el 29 de septiembre de 1913. Fue protocolizada en la notaría de Modesto Andrade Oña el 14 de diciembre de 1922.

na de su segunda esposa. A inicios de los treinta su salud se deterioró y vino a la casa del parque. Entonces logró que los religiosos capuchinos, expulsados en 1897, pudieran volver a la ciudad.¹⁷ El primero fue fray Clemente de Tulcán, su sobrino. Cuando murió, el 4 de diciembre de 1933, fue velado en la casa del parque. Sus restos descansan, junto con los de su segunda esposa Delfina, en la cripta de la catedral.

Al inicio de los años treinta, las hermanas Ayala Leoro levantaron el segundo piso interior. La obra dio mayor comodidad y armonía a la casa. Se dispusieron las nuevas habitaciones del segundo piso para “peinadores”, oratorio, cuarto de plancha, comedor, despensa y cocina equipada con una estufa de hierro que funcionaba con leña y tenía un tanque para calentar agua que se llevaba por tubo al “cuarto de baño”, uno de los primeros construidos en la ciudad. Se instaló allí un servicio higiénico *Niágara* de “tanque alto”, que metía un ruido infernal, haciendo honor a su marca. Había lavabo y una tina de baño que solo podía usarse cuando la presión permitía que el líquido llegara al segundo piso. Las innovaciones dieron a la casa un aire de modernidad.

Un centro social y familiar

La privilegiada ubicación de la casa en la esquina más transitada de la ciudad hizo que sus locales comerciales fueran solicitados. En el esquinero funcionó en los años veinte la agencia del Banco Comercial y Agrícola. Luego, por décadas, estuvo allí “El Primer Almacén” del inmigrante libanés Xavier Abedrabbo, cuyo hijo Bolívar lo mantuvo hasta su muerte. El local frente a la Casa de Gobierno fue ocupado durante años por el “Bazar Imbabura” de don Alejandro Páez, que luego fue atendido por su hija Imeldita. Doña María Erazo de Madera y sus hijos ocuparon el local de la calle Bolívar.

El 1 de enero de 1925 la casa albergó al matrimonio de Sergio Enrique Ayala y María Teresa Pasquel.¹⁸ Teresita murió en 1926 al dar a luz a Enrique, su primogénito. El padre encargó la crianza del niño a sus hermanas solteras. Enrique vivió en la casa desde entonces.

Entre los veinte y cuarenta, la casa de los Ayala, como otras, se utilizaba como “sala de recibo” de la ciudad. Albergaban banquetes en honor de altos funcionarios y huéspedes notables. Allí llegó el ex presi-

17 Fray Clemente de Tulcán, *Historia del convento de capuchinos de Ibarra* (sin pie de imprenta), p. 14.

18 *El Clarín*, año I, No. 34, Ibarra, enero 4 de 1925, p. 4.



Los balcones de la casa lucen engalanados en la inauguración del ferrocarril, 1929.

pocos años se llenó de la bulla de los niños y sus travesuras. En las gradas se pusieron barandas, los maceteros fueron protegidos de la irrupción de los triciclos, el patio de la lavandería fue permanente exhibición de pañales. La joven pareja tuvo un nuevo hijo casi cada año.

La casa y la familia en los cincuenta y sesenta

Ibarra de los años cincuenta ocupaba solo el espacio cubierto por el “damero” que conformaban sus calles regulares, desde Santo Domingo en el norte hasta Sanjuancalle, el cementerio y la “Calle Nueva”

dente Leonidas Plaza. Cuando llegó el ferrocarril a Ibarra, en 1929, la casa estuvo atestada de huéspedes. Segundo Heleodoro Ayala fue ingeniero de la Junta de Embellecimiento de Quito, del Saneamiento de Guayaquil, del ferrocarril Sibambe-Cuenca y director general de Obras Públicas.¹⁹ Fue promotor del Ferrocarril a San Lorenzo y dirigió la obra.²⁰ En 1936-37 el dictador Federico Páez, que lo había nombrado Ministro de Obras Públicas, viajó a Ibarra. Fue huésped de la casa. Desde el balcón central recibió el homenaje de la ciudad.

En 1950, la casa y la familia experimentaron cambios. Enrique se casó con Fanny Mora Bonilla y las tías los invitaron a vivir en el tercer piso. Ese año nació yo, el primogénito de los Ayala Mora. El hecho trajo nuevo ritmo a la casa, que en

19 “Los que dirigen al país: Ingeniero Civil Sr. Dn. Heleodoro Ayala, Ministro de Obras Públicas y Fomento”, *Guayaquil Gráfico, Revista mensual ilustrada*, marzo de 1936.

20 En reconocimiento a su aporte a la obra del ferrocarril, la casa de su hacienda Santo Domingo, junto a Tanguarín, por donde pasa la vía, fue declarada “Estación Ayala”. Una calle de Ibarra lleva su nombre.

(actual Obispo Mosquera) en el sur. Y desde las riberas del Tahuando en el este hasta la “Cruz Verde” en Ajaví, la hacienda Pilanquí y la Estación del Ferrocarril, al inicio de la Avenida Mariano Acosta, al oeste. Caranqui era parroquia rural, separada de Ibarra por el “carretero”. En Alpachaca había unas pocas casas. Azaya era todavía hacienda en producción. La urbe tenía 14.031 habitantes en 1951.²¹ En 1959, el número se había elevado a 19.110, agrupados en 3.509 familias que vivían en un perímetro urbano de 125 manzanas, con 2.053 casas.²²

Esos años vivíamos en la casa: las dos tías Ayala, Zoilita y Teresita, el tío Amador Sandoval, mis papás y nosotros los seis niños. A inicios de los sesenta éramos catorce en la mesa del comedor. La familia transitaba en toda la casa, pero estaba distribuida entre el segundo y el tercer piso. Las tías tenían su dormitorio en el segundo piso. Allí se instalaban a la tertulia y a “ventanear” con vista a la Casa de Gobierno. En el tercer piso vivían mis papás con el “rondador” de niños. En el “cuarto de la esquina” existía una mesa con los “reverberos” de gasolina en que se calentaban las “tetas” de los guaguas y la “dieta” de cuarenta días de gallina para los alumbramientos de mamá. Allí estaban también los baldes en que se traía el agua desde el primer piso.

En el primer piso estaba la oficina de papá, que distribuía películas. También vivían las señoritas Proaño, amigas de las tías a quienes les prestaban tres cuartos: mama Rosa Merchán, robusta, enérgica y hábil cocinera; María Imelda Negrete, que se había criado con las tías; y, las bodegas donde Teresita tenía las gallinas que estaban “abarcando” y cuidaba a sus pollos. Atrás estaba la “cocina de los cuyes”, sacrificados en ocasiones especiales, y las piedras para moler café, morocho y el arroz para la chicha. Al fondo el corral, con el “tendal” para las gallinas, varios “pilones” de piedra para agua y los alambres para secar “ropa grande” y lavar alfombras.

La vida cotidiana

Los días empezaban temprano en casa. Las tías y las empleadas estaban en pie antes de las seis para ir a misa. Mamá madrugaba para mandar a los niños a las escuelas. Mama Rosa llegaba como a las nue-

21 Hugo Larrea Andrade, *Monografía sintética del Cantón Ibarra*, Ibarra, Edit. La Victoria, 1961, p. 29.

22 De esas casas, 1.670 eran de un piso, 362 de dos, 20 de tres y una de cuatro. La población estaba compuesta así: mayores de quince años, hombres 5.042, mujeres 6.059. Entre seis y quince años, niños 2.417, niñas 2.598. Infantes menores de seis años 2.994. Población escolar 5.015 (*Ibid.*).

ve con las compras y “paraba” las ollas. Zoilita organizaba la limpieza, lavado y planchado. Luego limpiaba la jaula de su jilguero, que colgaba de la pared del corredor. Teresita bajaba al primer piso a ver a los cuyes y curar a las gallinas. En Ibarra de entonces la luz eléctrica “venía” a las seis de la mañana y se “iba” a la una de la tarde, para volver a las seis e irse a media noche.²³ Solo entonces se podía oír radio y usar la plancha eléctrica.

A mediodía, antes del almuerzo, debíamos lavarnos las manos y tomar la “Emulsión de Scott”, reconstituyente nauseabundo a base de aceite de hígado de bacalao, que nos daba el tío Amador para “criarnos fuertes y sanos”. En el comedor cada quien tenía su plato, su jarro y su cuchara con las iniciales grabadas. A las dos y media de la tarde volvíamos a la escuela hasta las cinco. A veces traíamos amigos a la casa para jugar; otras, las tías nos llevaban a la catedral o rezábamos en el oratorio el Rosario y las letanías. Entre las siete y las siete y cuarto pasábamos a la merienda.

Después venía la batalla por los deberes. El tío Amador era exigente, pero a él le debemos nuestra educación elemental. A las ocho se cerraba la puerta de calle. Entre nueve y diez íbamos a la cama. Los radios estaban encendidos en los dormitorios. Las empleadas venían a pedir la bendición a Zoilita y se iban a acostar. Cuando era muy niño, recuerdo que una de ellas traía chocolate al dormitorio. A los niños nos daban un vaso de agua después, pero las tías se tomaban una copita de aguardiente “anisado”. Esa costumbre se suprimió, pero se institucionalizó el reparto de caramelos y galletas.

Los viernes y sábados, papá o el tío Amador nos llevaban al cine. A la salida íbamos a tomar café donde la “Bermeja”, a los hot dogs del Club Imbabura o churrasco del Hotel Berlín. Cuando venía la Compañía Gómez-Albán o daban películas como *El manto sagrado* o *Quo vadis*, crecía el grupo. El sábado era día de baño. Cuando había presión de agua al segundo piso nos bañábamos por turno. Cuando no había, mamá nos hacía sumergir en “agua asoleada” del jardín. La práctica era impopular. Los domingos íbamos a misa de la escuela o el colegio, luego a la “vermouth” del cine. Cuando crecimos íbamos a la “matiné”. Las tardes de domingo teníamos que hacer los deberes.

23 La planta eléctrica hidráulica de Ibarra no tenía suficiente agua. Por eso había luz solo por horas. En los sesenta se inauguró la nueva planta del Ambi y la energía se mantenía ininterrumpidamente.

Cuando nos daba gripe o problemas estomacales, nos sometían a procedimientos terapéuticos como “comida liviana” y “hacer cama”. Cuando la cosa parecía seria nos llevaban al médico. Con sus recetas, o con el “buen ojo” de los mayores, nos ponían inyecciones. Para ello estaba don Telésforo Almeida o Rubencito Durán.

La casa era grande y tenía bastantes cuartos, amplios corredores, jardín, patio, corral y recovecos donde podíamos jugar a “las escondidas”, “las cogidas”, la pelota, “la candelita” o rayuela. Dábamos rienda suelta a la imaginación y organizábamos desfiles, procesiones y misas. Repetíamos el Congreso Nacional, que oíamos por radio. Jugábamos al “hotel”, a la “tienda” o al “hospital”. Las películas que habíamos visto se reproducían en casa. El corral servía para selva de Tarzán. En el salón funcionaba la corte del Rey Arturo. Aunque había pleitos, no duraban mucho. Siempre jugábamos juntos los seis hermanos de entonces. Pronto se unió a nuestros juegos el primo Vinicio Benavides.²⁴ Para incentivar el deporte, papá adaptó una cancha de voley, un aro de basket y una barra en el corral, y la mesa de ping-pong en el corredor del segundo piso.

Nuestra vida se desenvolvió en esa familia tradicional que estaba cambiando por la transformación de la sociedad y por nuestra propia presencia. La casa era grande y vivíamos con la seguridad y apoyo del tío y las tías; pero, pese a que se podía considerar a la nuestra como una “familia acomodada”, la vida era austera y limitada. La comida era sencilla y tradicional. Desperdiciar comida era inconcebible. No tomábamos “colas” sino en las fiestas. El jugo o la “güitig” eran nuestro lujo cotidiano. Las ropas pasaban de mayores a menores. A mí me “achicaban” y “viraban” los ternos de papá o del tío Amador. Mi ropa quedaba para mis hermanos menores. Muchas prendas de vestir no estaban “a la moda”, habían sido remendadas. Nos daban un juguete en Navidad y duraba años. Viajábamos a Quito en “flota” o en “autocarril” y llegábamos a hospedarnos en casa de parientes. Cuando papá se quedaba sin ocupación, teníamos que limitarnos. Pero, justo es reconocerlo, tuvimos una vida alegre y sana en esos años.

24 Un día con mis hermanos construí una “taravita” que cruzaba el jardín, entre dos pilares del segundo piso. Una gran canasta iba de lado a lado en un grueso alambre, tirada por dos sogas. Todo marchó bien hasta que embarcamos en la canasta al primo, que llegó hasta la mitad y se rompió la soga que servía para halar del otro lado, quedando la canasta con su pasajero suspendida sobre el jardín. María Imelda fue a darle la alarma a Sarita, que trabajaba en el Telégrafo, y vino desesperada con el refuerzo de dos reparadores que rescataron al primo.

Celebraciones y fiestas familiares

En casa, la Novena del Niño se rezaba en el oratorio con sahumero y chisperos. La víspera del 24 de diciembre, la tía Zoilita dirigía la preparación de los tamales en una inmensa paila de bronce. La noche de Navidad íbamos a la “Misa del gallo” con villancicos, pitos, pande-retas y chisperos. De vuelta a casa se servía la cena e íbamos tarde a la cama, pero el sueño era corto, porque amanecíamos a ver qué nos “había traído el Niño”. El 31, teníamos la *rifa*, la *quina* y el velatorio del *año viejo*. Había *viudas*, *truenos* y *diablillos*.²⁵ A medianoche quemábamos al muñeco en la calle. Luego venía la cena con tamales. En enero, eran los “pases” del Niño. El más grande era el de Mama Rosa, que duraba hasta el domingo.

Jugar carnaval desde nuestra casa era toda una experiencia. Pasábamos horas inflando “bombas” para lanzarlas desde el segundo piso. En Semana Santa, el miércoles acudíamos a la “batida de la bandera” y el jueves por la noche a visitar los “monumentos”. El Viernes Santo veíamos o participábamos en la procesión de la noche. El domingo de Pascua visitábamos a la tía Victoria en el monasterio del Carmen.

En una familia fiestera había muchas ocasiones para festejar los “santos”. Con anticipación se molía el arroz para la chicha, que se preparaba en dos grandes pondos. Zoilita preparaba las “mistelas”.²⁶ La víspera, las empleadas mataban las gallinas para el día siguiente. Las amigas de las tías venían por la tarde. A inicios de los sesenta, el tema de conversación eran los cambios del Concilio Ecuménico. A las visitantes les parecía escandaloso que los curas se quitaran la sotana y dijeran misa en castellano. “Desde que dejó de ser en latín ya no se entiende”, comentaban. Se servía a los visitantes la chicha, que todos ponderaban como habilidad de Zoilita. Luego se pasaba el “vermouth” con galletas. Al fin era la copa de mistela, que también recibía alabanzas.

Para el festejo de papá, sus amigos traían orquesta y el baile iba hasta la madrugada. Mis papás nombraban compadres de bautizo a familiares o amigos cercanos y organizaban “fiestones”. Se llenaba

25 Los tíos no nos dejaban jugar con artefactos de pólvora, pero les ganamos la batalla y al fin nos daban plata para comprarlos, con la condición de que tuviéramos cuidado y los quemáramos en el jardín.

26 Las “mistelas” eran unas cremas que se preparaba con alcohol y esencias, con un procedimiento casero de filtración por un embudo. Zoilita preparaba unas excelentes mistelas de café, vainilla y mandarina.



El salón de la casa, centro de visitas y celebraciones.

vacaciones largas", de julio a septiembre, los corredores de la casa se trasformaban en campo de preparación de las excursiones, con botas, mochilas, carpas, bolsas de dormir, ropas abrigadas, reverberos de campaña y otros adminículos que usábamos para nuestras aventuras.

Cuando crecimos, nuestra casa se transformó en centro de reunión de varias generaciones de alumnos del Colegio Sánchez y Cifuentes. En el salón organizábamos fiestas algún sábado tarde. Como era "casa conocida", las mamás mandaban a las chicas, pero máximo hasta las ocho o nueve de la noche.²⁷

Las campañas velasquistas

El presidente Velasco Ibarra (1952-1956) nombró a papá primero Jefe Político y luego Gobernador de Imbabura. En otras administraciones lo volvió a nombrar. Entonces nuestra casa estaba llena de tenientes políticos con pedidos de sus parroquias, palanqueadores que solicitaban cargos, delegaciones que gestionaban los más diversos asuntos. Siendo joven dirigente político, papá se ganó el respeto de los mayores que tenían larga trayectoria en la vida pública. Era un hombre de consensos. En la casa se reunía mucha gente para concertar en medio de la conversación amigable.

Desde 1956, los velasquistas promovieron al "Gran Ausente". Papá sufrió un accidente de tránsito en 1959. Dirigió el velasquismo

el salón, los cuartos adaptados y los corredores de la casa. El baile duraba hasta el día siguiente. Los "finalistas" decían que se debía "hacer que valga la pena el viaje" desde Quito o Guayaquil.

Desde que salíamos de las escuelas y colegios para las "va-

27 Los organizadores nos proveíamos de garrafas de vino "oportó" y colas. Preparábamos también "bocaditos" con trozos de queso y pasas, galletas "saltinas" con paté, y salchichas con mostaza. Cuando las damas se habían ido, seguíamos en la conversa hasta altas horas de la noche.

provincial desde su lecho. En la casa se realizaban las “concentraciones”. En 1960, Velasco triunfó y “don Enrique” fue electo diputado. En 1961 cayó Velasco y el año siguiente terminó la diputación de papá, que pasó una época de “vacas flacas”, pero siguió velasquista.

Cerca del “Ceibo”

Vivíamos a pocos metros del “Ceibo”, hermoso árbol que se levantaba en el parque Pedro Moncayo frente a la Casa de Gobierno.²⁸ Pero vivir en el centro de la ciudad tenía limitaciones. No podíamos jugar en la calle y teníamos pocos vecinos de nuestra edad, a excepción de los Durán Rosero. Nuestra relación era con las oficinas y almacenes circundantes. En los bajos de la Casa de Gobierno funcionaban los correos y telégrafos. Allí trabajaba la tía Sarita y nos permitía ver la central de teléfonos, una maravilla tecnológica. A propósito de tecnología, esa esquina fue la primera en que se instaló un semáforo, aunque no habían muchos carros.



En la esquina, Luz María tenía su charol de caramelos y cigarrillos. Al frente funcionaba la cooperativa de “carros de plaza”. En la calle Bolívar estaba el almacén de doña María de Madera. Al frente, el Hotel Imperial en cuyos bajos, en una tienda de las tías Ayala, tenía su peluquería el maestro Vásquez. A continuación estaban la tienda y vivienda del maestro Morales, los almacenes de la familia Saúd, la papelería e imprenta de don Rafael Vaca, y la casa y papelería de doña Rosa de Rosero.

A pocos pasos de casa estaba la “Agencia de Publicaciones” de don Fidel Torres Hinojosa. Doña Inesita, sus hijas y su empleada Estelita Ruiz nos querían mucho. Casi todo lo que leímos cuando niños lo compramos allí. En la esquina estaba la heladería de doña Rosita Real-

28 El famoso “ceibo” era un hermoso árbol que se levantaba en la esquina noroccidental del parque Pedro Moncayo. Bajo sus ramas se realizaban los actos públicos. En los noventa se desplomó. Hubo que retirar su tronco ya seco. Hay un “hijo” en la esquina opuesta del parque. En la Avenida del Retorno, en el barrio “Los ceibos”, crecen varios árboles. Pero ninguno ha alcanzado el tamaño y belleza del original.

pe, artista para los “salpicones” de fruta, que servía con “cepillos” de hielo picado. Desde niños jugábamos con los triciclos en el Ceibo. Tenemos fotos de los fotógrafos del parque, que operaban sus cámaras de manga y proporcionaban al cliente un caballo para captar escenas. También dábamos vueltas por el parque de La Merced, donde se instalaban en diciembre las “rifas”. Allí comprábamos alguna golosina, especialmente “algodón de azúcar”, entonces una novedad tecnológica.

Los balcones de la casa eran palco de primera para desfiles, procesiones, carreras de autos, manifestaciones políticas, “corsos de flores”, comparsas y huelgas. Muchas amistades los pedían. No pocas veces nos topamos con que desconocidos se habían tomado el balcón, que habían desaparecido adornos del salón, o que los muebles habían sido rotos. Pero las tías no cambiaron su costumbre de abrir sus puertas.

Aires de cambio

En los sesenta se modernizó la casa, que las tías entregaron a sus siete sobrinos Ayala Mora.²⁹ Papá se hizo cargo del mantenimiento de la casa para hacerla más cómoda, preservando su estructura, muebles y enseres tradicionales. Fue un esfuerzo largo y costoso. En 1968, el presidente Velasco Ibarra vino a Ibarra y llegó al “cuarto de huéspedes”.

En los setenta se introdujeron innovaciones como la refrigeradora, la cocina de kérex y extensiones del teléfono. El cuarto del piano se adaptó como “comedor grande” para 22 personas. En su trabajo de mantenimiento y reconversión de la casa, papá colocó pisos de piedra, rediseñó el jardín con adoquines, bloques de piedra y una pila. En el primer piso instaló la librería “Pomaire”. La casa se lució en las fiestas de matrimonios que congregaron a muchos amigos y a la familia, que se había extendido.



Miriam Ayala, su padre y el presidente Velasco Ibarra de visita en la casa.

29 La escritura se firmó ante el notario Fidel Torres Hinojosa, el 27 de mayo de 1969.

En 1970 papá fue electo Concejal de Ibarra y luego fue nombrado nuevamente Gobernador. Estuvo en esa función hasta el “carnavalazo” de 1972, en que cayó el “Profeta”. Ese día, papá sufrió un nuevo accidente de tránsito y se retiró de la política. Cuando Velasco volvió a Quito y luego murió en 1979, estuvo entre los leales admiradores. Colgó su retrato en el cuarto donde había dormido en la casa y siempre tuvo el orgullo de haber sido no solo su partidario, sino también su amigo.

Con las carreras en Yahuarcocha y las fiestas, la casa se inundaba de huéspedes que venían los fines de semana. Había disputas por el “cuarto de Velasco Ibarra”. La casa fue también lugar del “Café Cultural” que organizamos con César Morales, las reuniones de *La Verdad*, las que hubo para organizar la primera universidad de Ibarra, la Católica, y el Centro de Ediciones Culturales de Imbabura. En 1986 fui candidato socialista a diputado y salí electo. La casa era ideal para reuniones y para apoyar las concentraciones bajo el “Ceibo”. En casa había apoyo para el socialismo y las organizaciones populares, cuya influencia en Imbabura ha sido importante.³⁰

Patrimonio histórico

La pasión de papá por mantener y conservar la casa como patrimonio de la familia y la ciudad se concretó cuando fue declarada “patrimonio histórico” de la ciudad. Para otros era un problema, porque no podían “modernizar” las construcciones y volverlas “comerciales”. Restaurar y pedir permisos es caro y complicado. El precio de los inmuebles baja y se vuelve difícil venderlos. Muchos consideran un desastre que su casa sea declarada patrimonio. Pero papá estaba contento.

Los esfuerzos de preservación fueron interrumpidos por el terremoto del 5 de marzo de 1987. Se cuarteó una pared y cayeron varios tumbados. Pero la estructura quedó intacta. Los arcos de cal y canto resistieron. El sismo interrumpió el servicio eléctrico y causó confusión. Mis papás, que estaban solos en casa, tuvieron que esperar que los rescataran. En la reconstrucción se renovaron tumbados y se cambiaron instalaciones eléctricas. Myriam y Wilson vinieron a vivir en el tercer piso.

30 Cf. Enrique Ayala Mora, *Imbabura en el corazón. Nuestra propuesta socialista*, Ibarra, Consejo Provincial Socialista de Imbabura, 1991.

En los noventa, la casa siguió siendo centro de reunión familiar para cumpleaños y primeras comuniones. La Navidad congregaba a abuelos, hijos, hijas, nueras y yernos, nietos y bisnietos, que encendían “truenos”, “chisperos” y “diablillos” en el jardín. Frente al nacimiento rezábamos la *novena* con villancicos. Después venía el reparto de regalos y la cena. A eso de la una “caían” amigos y parientes a “probar los tamales”.

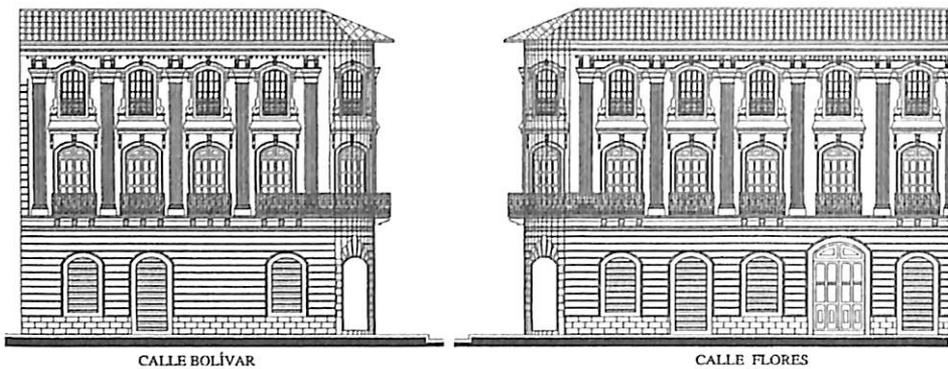
La salud de papá se deterioró en los años noventa. En 1996, el Municipio de Ibarra le otorgó la máxima condecoración. Sabía que su fin estaba cerca y pidió insistentemente morir en su casa. Recibimos sugerencias de venderla o formar una compañía que la transformaría en centro comercial, pero él pensaba que la casa debía ser mantenida como “patrimonio histórico”. Determinó que solo podríamos deshacernos de ella si se la destinaba a fines culturales. Murió el 25 de abril de 2003.

Adquisición de la casa por el municipio y restauración

En el año 2001, la Sociedad Amigos de Ibarra solicitó que el Gobierno adquiriera la casa para el Municipio. El Municipio declaró la casa de utilidad pública. Los hermanos Ayala Mora no nos opusimos. Aceptamos vender la casa si se cumplía el anhelo de nuestro padre, que se le diera un destino cultural. Como se indicó que así sería, aceptamos el precio del avalúo, pese a que tuvimos ofertas por precios mayores.³¹ El alcalde Mauricio Larrea y el gerente del FONSALCI, Fausto Yépez Collantes, realizaron gestiones por los fondos. Los hermanos Ayala Mora propusimos que se mantuviera el segundo piso de la casa en su condición original, con los muebles, cuadros y otros bienes, para que se conservaran como parte de la tradición de la ciudad. Conformamos la fundación cultural Enrique Ayala Pasquel y le donamos los bienes mencionados.³² En diciembre de 2004 se firmó la escritura de

31 El precio establecido por los avalúos fue de \$ 291.000. Los dueños no objetamos ese precio, pese a que llegamos a recibir ofertas de hasta cuatrocientos cincuenta mil dólares. Además de la voluntad de papá y de nuestro deseo de mantener la palabra, estaba nuestra preocupación de que un patrimonio histórico que había estado en manos de la familia por un siglo, podía pasar a ser un centro comercial.

32 La Fundación se estableció en Ibarra como entidad cultural sin finalidad de lucro. Sus estatutos fueron aprobados por el Ministerio de Educación mediante Acuerdo Ministerial No. 1301 de 27 de mayo de 2003.



compra-venta y mamá dejó la casa donde había vivido 55 años. El 12 de marzo de 2005 hicimos una última reunión familiar de despedida. En mayo entregamos la casa al FONSA LCI.

El alcalde Pablo Jurado continuó la restauración. El gerente del FONSA LCI, César Guerrero, completó el proyecto técnico. Fue la obra de mayor envergadura que se ha realizado en la ciudad de Ibarra. Los trabajos fueron dirigidos por el gerente del FONSA LCI, asistido por Xavier Jaramillo.³³ Las obras fueron de fines de 2006 a fines de 2008. El 16 de septiembre de ese año, el edificio fue inaugurado con los muebles del segundo piso, entregados por la Fundación Enrique Ayala Pasquel.

Distribución actual

El objetivo de la obra fue preservar la casa como patrimonio histórico, manteniendo su apariencia original y sus enseres tradicionales. Una parte de la casa se destinará a atenciones protocolarias, otra a restaurante, y a un aula de uso múltiple. El tercer piso se destinó a oficinas de la Dirección Cultural. Para ello se hizo una total remodelación.

33 Los rediseños fueron desarrollados por los arquitectos Alberto Rivadeneira y Xavier Alarcón. La fiscalización estuvo a cargo del Ing. Hugo Rivera. La obra se realizó bajo supervisión del Instituto Nacional de Patrimonio. Fueron contratistas Alfonso Cevallos, Ramiro Alarcón y Marcelo Viteri Llerena.

El segundo piso conservó su estructura original con varios cambios funcionales. Conforme al convenio del Municipio y la Fundación Ayala Pasquel, allí se conservan los muebles, obras de arte y enseres de la casa, para ofrecer una visión de sus cien años de trayectoria. En el primer cuarto está el antiguo escritorio de Heliodoro Ayala. Se colocó una secuencia de fotografías de la vida familiar en la casa, un cuadro del Corazón de Jesús de Nicolás Gómez, y un retrato de Enrique Ayala Pasquel de Jaime Obando. Allí están una antigua caja fuerte, varios muebles originales de la casa y testimonios familiares. El tumbado es original. Las cortinas rojas son originales.

El salón principal fue restaurado. Las réplicas de los muebles de 1915 se fabricaron con el modelo original.³⁴ Son originales las mesas esquineras, las consolas y el brisero de cristal de bohemia fabricado para usar velas y luego adaptado para bombillos eléctricos. El tumbado pintado al óleo por Luis Reyes se conservó. Las galerías son originales. Se colocaron cortinas azules. El papel tapiz sigue el modelo del original. El cuadro del Corazón de Jesús de Rafael Troya es el que fue entronizado en el salón. Los retratos de Heliodoro Ayala y su esposa Delfina Leoro son de Nicolás Gómez. La tarjeta de homenaje a Heliodoro Ayala por la construcción de la "Casa de Gobierno" y la donación de la estatua de la Justicia es original. Por la estrecha relación con los Ayala están los óleos de Manuel Pasquel Saa, su esposa Mercedes Monge Burbano y sus hijos, el obispo Alejandro Pasquel Monge y su hermano Manuel Enrique.

El comedor mantuvo su composición y distribución, con la lámpara de metal dorado y los apliques decorados con figuras de cupido, adquiridos en los años veinte. El tumbado fue pintado con el modelo del antiguo comedor. El papel tapiz es similar al original. Allí están la estatua de la Virgen Inmaculada que la familia tuvo por casi cien años, y el cuadro panorámico de Ibarra de Rafael Troya, que pertenece al Municipio.

En el antiguo oratorio se instalará una muestra de arte religioso de Ibarra. El cuarto de huéspedes se mantuvo. La cama, el velador de madera tallada y otros muebles son originales. Están allí el retrato de Velasco Ibarra, el de Teresa Pasquel y una copia de un paisaje de Troya. El tumbado fue repintado como el original. El papel tapiz reproduce

34 Una silla conservada por más de cien años, que había sido parte del mobiliario de la sala en la "casa del carretero", y fue traído a la "casa del parque", sirvió como modelo para la fabricación de esos muebles.

el que estaba en la habitación. Los dos cuartos del sur formaron en un solo espacio. La cocina se transformó en oficina auxiliar, la despensa y el baño en baterías sanitarias.

Las gradas fueron ampliadas y se dejó espacio para ascensor. En el primer piso se mantuvo la estructura cuadrangular con corredores, arcadas y pisos de piedra tallada. En el jardín se reinstaló el piso adoquinado y la pila. Allí está el restaurante. Una sala múltiple que se construyó en el corral. El zaguán, con piso y zócalo de piedra, fue conservado. La puerta principal reproduce el diseño original. La fachada tiene un muro de piedra en el primer piso y un diseño de ventanales, con frontispicios y cornisas, combinado con columnas griegas, en el segundo y tercero. Las barandas de hierro forjado de los balcones fueron conservadas y repintadas.

La casa restaurada sigue siendo referente de la esquina sur occidental del parque Pedro Moncayo, y el monumento, de origen privado, patrimonio histórico de la ciudad más importante de la urbe. Es pionera en restauración y un modelo local y para el país.

Conclusión

La casa fue preservada por cinco generaciones de nuestra familia. Los hermanos Ayala Mora cumplimos un compromiso con la ciudad al venderla al precio de los avalúos oficiales, luego de tres años de espera y desechando compradores que pagaban más. Pudimos obtener más plata y ningún comentario negativo aislado, si la hubiéramos vendido para centro comercial. Pero preferimos la consecuencia al lucro. Felizmente la ciudadanía ha reconocido nuestro aporte al rescate de la identidad ibarreña. Cuando la casa restaurada fue abierta oficialmente, entregamos el patrimonio de muebles, obras de arte y enseres de la Fundación Ayala Pasquel en perfecto estado de conservación.

Durante la restauración, como en otros lugares, se denominó a la casa con el apellido de sus antiguos dueños. Se la llamaba "Casa Ayala" o "Casa Ayala Mora", "Centro cultural". Pero era necesario darle un nombre, ya que es local de reuniones sociales y culturales, que contiene testimonios de nuestra ciudad. Como las autoridades han ofrecido, allí tendrá un lugar la "Sociedad Amigos de Ibarra". Entre muchas alternativas se adoptó: "Casa de la ibarreñidad", que expresa su vocación y su destino.



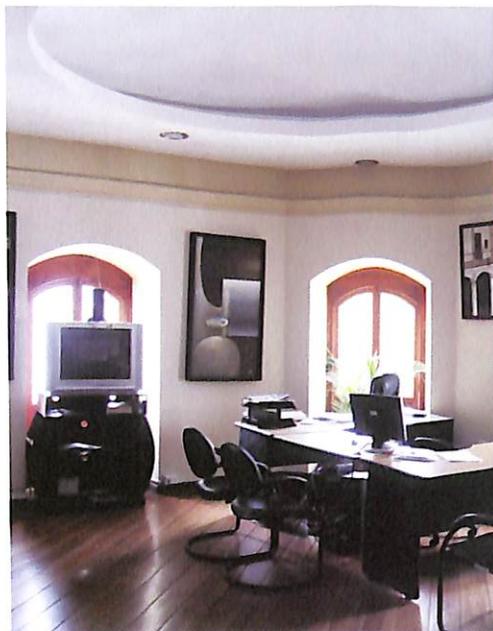
Casa de la Ibarreñidad.



patio central, el corredor de piedra y la pileta.



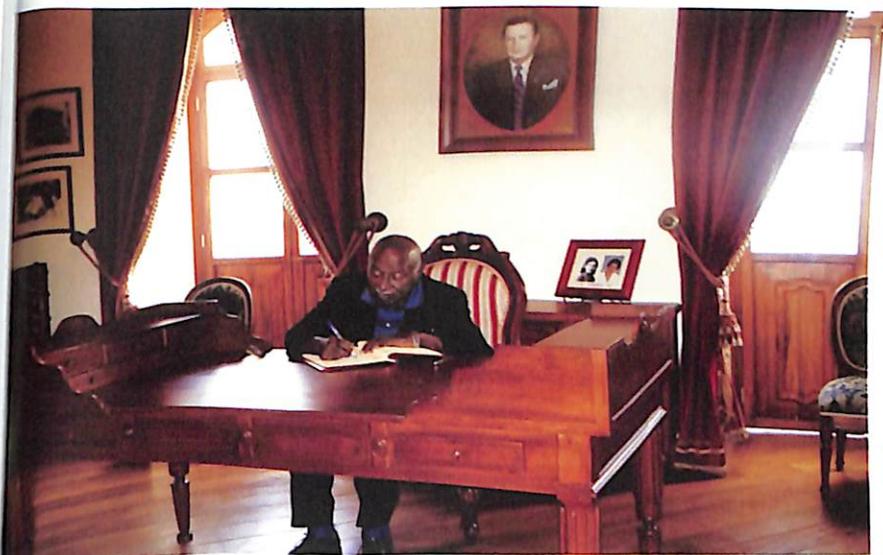
Visión panorámica de los dos primeros pisos.



Despacho del tercer piso.



Corredor del segundo piso.



Ex presidente de Haití, Leslie Manigat firma el libro de visitantes distinguidos de la Casa de la Ibarreñidad en el escritorio principal del segundo piso (julio, 2009).



Vista panorámica con la exposición de fotografías históricas del segundo piso.



Vista del salón principal.



Corredor del segundo piso.



El antiguo comedor.



Esta panorámica del salón principal.



El cuarto de huéspedes que se ha conservado en su apariencia original luego de la restauración. Allí llegaron varios visitantes distinguidos de la ciudad, entre ellos el Presidente José María Velasco Ibarra.





Enrique Ayala Mora recorre la exposición de fotos históricas ubicada en los corredores del segundo piso, que preparó el año 2009.



Candidatas a Reina de Ibarra en los corredores de la casa.



Vista general de una recepción en el restaurante.

Quinta parte

**Homenaje a
Roberto Morales Almeida**

gio Nacional Teodoro Gómez de la Torre, donde ejerció la cátedra por muchos años y el rectorado por un período, recuerdan sus brillantes clases, sus exigencias y también sus excentricidades, pero sobre todo lo reconocen como un profesor solvente y dedicado de Historia, Literatura, Sociología y Cívica que, sin dejar de preocuparse por la calidad de la enseñanza, ponía los valores por delante. Era a veces cáustico, a ratos ríspido. Enseñaba a criticar, a ver las diversas dimensiones de la vida y de las cosas. Pero su intención fue siempre positiva.

Desde su juventud se comprometió en la agrupación ARNE, organización política en la que militó toda la vida. Defendió el nacionalismo en varios frentes y participó en las contiendas electorales con pasión y radicalidad, pero al mismo tiempo con lealtad a la gente, incluso a sus adversarios de izquierda, que siempre lo apreciaron por su seriedad, talento y preocupación por la justicia social y la lucha contra la corrupción. Fue diputado por la Provincia de Imbabura y ejerció esa función con brillantez en los agitados años sesenta. Pero su principal función fue la del observador y censor de la vida pública.

Desde los primeros años de la Sociedad de Cultura Cardijn, fundada por el entonces joven sacerdote Leonidas Proaño, se convirtió en uno de sus más asiduos colaboradores. Fue por más de cincuenta años redactor y editorialista del diario *La Verdad*, fundado por monseñor Proaño en 1944. Escribió crónica, columnas sobre la vida local y, sobre todo, los editoriales cotidianos del periódico ibarreño que, desgraciadamente, suspendió su edición hace un tiempo. Roberto es quizá el periodista imbabureño con mayor producción. Su inmensa obra debe ser recogida, seleccionada y publicada.

Habiendo compartido la vida institucional y periodística, así como el compromiso social, Roberto Morales fue toda la vida leal a la persona y a la obra de su amigo monseñor Leonidas Proaño. Sobre todo en los duros momentos del hostigamiento y persecución de que fue víctima el gran obispo ibarreño, Roberto salió al frente con frontalidad en defensa de su persona y su obra.

Fue activo miembro de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo de Imbabura, en la que participó sistemáticamente con aportes literarios e históricos. Fue, por ejemplo, un gran promotor de la novela *Plata y bronce* de Fernando Chávez, pionera del relato indigenista. Estudió la historia de la Literatura, la Educación y el Periodismo de Imbabura. Investigó sobre la Batalla de Ibarra, especialmente sobre la acción de

Simón Bolívar y Agustín Agualongo. Se empeñó a rescatar la memoria de imbabureños notables como Calixto Miranda y Suárez, Pedro Moncayo, Teodoro Gómez de la Torre y Mariano Acosta.

Cofundador de la Sociedad Cultural "Amigos de Ibarra", la presidió por largos años y asumió la responsabilidad de editar la *Monografía de Ibarra*. Con gran esfuerzo, preocupación académica y persistencia logró publicar siete volúmenes de la Monografía, que agrupa más de cien estudios sobre la ciudad y la provincia, sobre su historia, cultura; sobre sus valores y sus gentes. Esta Monografía se ha transformado en la obra de mayor envergadura que existe sobre la ciudad y el cantón. Con la muerte de Roberto Morales queda pendiente la edición de su último tomo que, por pedido de los "Amigos de Ibarra", asumí como homenaje a su memoria.

Hace ya varios años, la Academia Nacional de Historia había elegido a Roberto Morales como su miembro correspondiente y luego de número, participó en ella con dedicación, ganándose la simpatía y el respeto de sus colegas académicos. La corporación resolvió designarlo como miembro honorario. Con su lamentada muerte, el acto se convirtió en tributo póstumo.

Al recordar a Roberto Morales Almeida, le dedicamos esta obra y rendimos homenaje al gran promotor de la cultura imbabureña, al periodista, maestro e historiador que se constituyó en artesano de la conciencia y la memoria de su tierra adoptiva.

Ibarra, septiembre de 2014

El profesor Roberto Morales Almeida

Uno de los más preclaros gestores
de la “Entelequia de la Ibarreñidad”

José Albuja Chaves

El 21 de agosto de 2013 falleció, a los 96 años de edad, en pleno uso de sus facultades mentales, no obstante afectado somáticamente de una enfermedad grave y terminal, quien fuera uno de los exponentes más sobresalientes del acontecer cultural, del periodismo, la educación, las letras, la investigación histórica, especialmente en la segunda mitad del siglo pasado y en lo que transcurrió del presente hasta sus últimos y vitales días existenciales: el maestro y académico don Roberto Morales Almeida.



Este personaje marca un acontecimiento raro, esporádico, y no muy frecuente, en la vida cotidiana de hombres y pueblos que todavía mantienen intactas sus tradiciones y su querencia a la tierra que los miró nacer. Pues, nacido en Tulcán, la Centinela del Norte ecuatoriano, capital de la heroica tierra carchense, devino en uno de los más importantes gestores de las más acendradas acciones para cimentar y posicionar a Ibarra como una verdadera “entelequia”, al igual que otros valores que se ausentaron antes y ya lo habían advertido en base a sus fortalezas y a sus raíces primigenias. Entonces, con su accionar multifacético, dio claras muestras de su grandeza y profunda personalidad para desmentir aquel criterio de que patria es el lugar donde se nace, pues sin renegar un centímetro de sus sentimientos terrígenos de origen, hizo de su vida una tarea completa y dilatada de ibarreñidad absoluta, por encima de valores u hombres nacidos en esta hermosa

ciudad, pero que, desafortunadamente, no la han sabido honrar a plenitud, ni retribuir en proporción a lo que han recibido por la sociedad en la que han demorado y a la que han pertenecido. Hay, lamentablemente, sectores y generaciones, especialmente de última data, que no han aprehendido, ni han percibido siquiera, su historia, sus valores, sus tradiciones, su identidad, por lo cual todo esfuerzo por rescatar este todo integral merece profundo reconocimiento, tal el caso en tratándose de un hombre como al que nos estamos refiriendo.

En Morales Almeida se advierte al crítico, al investigador, al editorialista con decenas de miles de apariciones diarias en el infelizmente fenecido Diario La Verdad. Así que referirse a su dilatada trayectoria es para exultar a una figura cimera de las letras imbabureñas y nacionales.

Miembro fundador del Núcleo de Imbabura de la Casa de la Cultura Ecuatoriana e impulsor y conductor de la Sociedad Cultural "Amigos de Ibarra", usó estos espacios, entre muchísimos otros, como trincheras de creación erudita para exponer y difundir sus investigaciones, sus propuestas, sus trabajos literarios, las biografías de prohombres citadinos y provinciales. Su personalidad y su consistencia moral e intelectual, así como su valía académica acrecentada por los años transcurridos en su devenir existencial, nos hacían mirarlo impertérrito y señero, en la cúspide dilatada de una labor desplegada con vocación, tenacidad y ambrosía, por el contenido profundo y transparente de sus objetivos para rendir permanente homenaje a su Ibarra y a sus valores terrígenos, así como a su entorno natural, a idílico su paisaje.

Hombre hecho –el profesor Morales– para compartir sus inquietudes y para explicitarlas en cualquier espacio y coloquio, virtual o real, valientemente y con la frontalidad condigna a su propia formación y a los objetivos de un maestro que no termina aún, y hasta hoy mismo luego de su alejamiento terrenal, en sus obras con su tarea incansable, disciplinada, fervientemente vocacional, eternamente testimonial, honradamente elaborada con la paciencia del hurgar de los documentos como evidencias de la veracidad de los hechos, y de las obras humanas gestadas en el recorrido vital de los pueblos y sociedades de su querencia, sino cuando designios supremos establezcan aquellos límites ponderables de los hombres mortales y de los hombres-espíritu.

Hay que reiterar, sin rodeos y dilaciones, que hubo en Roberto Morales la brillante conjunción del periodista, del escritor castizo y

elegante; del orientador social; del literato, del crítico honesto y valiente; del académico llegado por las anchas puertas de la dignidad y los hechos de su impronta social; del historiador e investigador paciente, lúcido y revelador de sus trabajos. En fin, del maestro conductor de juventudes por la senda de la gestación de valores éticos supremos que reivindicuen los hechos y propósitos por ser mejores y eficientes para bien de toda una sociedad, comenzando por la familia misma. Y, finalmente, hay y hubo en este hombre el esposo y padre; el amigo y el buen vecino, dirigiendo las instituciones culturales o formando parte activa de ellas, tomando para sí la obligación de entregar productos que sirvan de herramientas para que los que vienen puedan emularle y sentar orientaciones de hondas repercusiones sociales y colectivas.

Algún momento de su acontecer vital Ibarra, Imbabura y el Carchi, el país quizás, “perdieron”, inesperadamente, en Morales al político sin trinchera sectaria, -fue electo Diputado por Imbabura pero la dictadura no le permitió su aporte- no obstante, a la par recuperaron al hombre, al sujeto permanente, a uno de sus guías, al ilustre maestro, al erudito escritor que nos regalaba su presencia física y anímica para estrechar sus manos un tanto débiles, pero para sentir su alma y su espíritu palpitantes, confundidos en un solo haz de congratulaciones en actos públicos que en su momento se dieron en su reconocimiento

Este hombre buscando siempre la verdad por 67 años en el Diario la Verdad, mereció con blasones la Condecoración del Centro Cultural Mayor del Ecuador como la Casa de la Cultura Ecuatoriana, así como honró a la Academia Nacional de Historia y una forma de honrarlo también sería reabriendo las páginas del periódico, de su periódico, para compartir con los ibarreños los postulados de que “solamente la verdad nos hará libres” a los hombres y a los pueblos.

Su vida y sus obras

Nació en Tulcán el 24 de febrero de 1917. Fueron sus padres Roberto Morales y Mariana Almeida. Cuando frisaba sus primeros seis años de edad su familia se traslada a Ibarra, y desde aquel entonces se quedaría para siempre, convertido con los lustros y las decenas de su frondosa vitalidad, en acérrimo y persistente como persuasivo ibarreño, con esposa ibarreña e hijos de la misma cuna terrígena.

En la capital carchense iniciaría sus estudios en la escuela Colón, luego ingresaría al Seminario Menor San Diego. Hizo un paréntesis para cursar estudios secundarios en el colegio Bolívar de Tulcán y luego ingresaría al Normal Juan Montalvo de la capital ecuatoriana y a la Universidad Central del Ecuador. Se advertía, entonces, su vocación acendrada de maestro desde su juventud y fresca adultez, pues apenas obtenido su título se iniciaría en la cátedra en el colegio "Teodoro Gómez de la Torre", plantel con una trayectoria prestigiosa en el ámbito educativo laico.

Se conoce que su primera obra la escribió en 1950 y la tituló "Aquí Imbabura", la misma que ha devenido en una verdadera rareza bibliográfica, pues no es posible localizar un ejemplar de la misma en ninguna biblioteca local ni provincial, asunto que obliga a rescatarla por la valía que representa al ser el inicio de su largo periplo de escritor y maestro.

A su autoría se deben las biografías de Teodoro Gómez de la Torre, Mariano Acosta y Luis Toromoreno. En 1960 nos regala como fruto de sus investigaciones "Pedro Moncayo, el periodista" y "Obra literaria de Julio Zaldumbide". El 2011 nos entrega "Ibarra el 17 de Julio de 1823".

Su vitalidad y su lúcida mentalidad se demuestra en muchas revistas, folletos, artículos, periódicos; en los miles de editoriales ininterrumpidos en el Diario La Verdad, rotativo ibarreño que se adelantó cerrando su existencia vital de una manera triste, injusta con la sociedad ibarreña, la misma que siempre la respaldó, pero que se condujo a una quiebra económica por gestiones posiblemente erróneas.

La Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo de Imbabura, se honró con su presencia como miembro fundador, presidente y se constituyó en el último de sus fundadores en partir a la eternidad, siendo el que más años acumuló con su presencia, pues hasta poco antes de su fallecimiento seguía en actividad, pese a su enfermedad y sus débiles músculos que no su lúcido pensamiento.

Un resumen compendiado de sus cargos desempeñados es:

- Docente y fundador del colegio "Sánchez y Cifuentes".
- Docente y rector del colegio "Teodoro Gómez de la Torre"
- Docente en el Seminario Mayor "Nuestra Señora de la Esperanza".
- Presidente de la Unión de Periodistas de Imbabura.

- Miembro de la Academia Nacional de Historia del Ecuador.
- Diputado de Imbabura.
- Concejal de Ibarra.
- Miembro de la “Fundación Pedro Moncayo”.
- Miembro de la Sociedad “Bolivariana” de Ibarra.

Roberto Morales Almeida alcanzó en vida el reconocimiento ciudadano e institucional en las preseas al Mérito Educativo del ministerio de Educación; la Medalla “Pilanquí” de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo de Imbabura; la Condecoración “Cristóbal de Troya” del Municipio de Ibarra y, finalmente, la Orden Nacional al Mérito por parte del Gobierno Nacional.

No obstante, cabe resaltar que el Proyecto de la Monografía de Ibarra, dirigido personalmente por el profesor Morales, con las colaboraciones de distinguidos autores e investigadores, se concretó felizmente hasta el VII Volumen, al que lo pudo hojear y acariciar personalmente, como a una especie de vástago testimonial, asunto que se constituye en el acontecimiento más completo que pudo presidirlo hasta dejarnos para siempre.

Autores del volumen VIII

JOSÉ ALBUJA CHAVES, Médico internista, Diplomado en dirección y administración hospitalaria. Ha dirigido varias entidades de Salud locales y provinciales. Concejal de Ibarra y consejero provincial de Imbabura. Columnista del diario *La Verdad* de Ibarra por 35 años. Actualmente es columnista en el diario *La Hora*. Autor de varios libros de carácter biográfico e histórico. Miembro de varias entidades culturales de Ibarra, presidente de la Sociedad Cultural Amigos de Ibarra.

EDUARDO ALFREDO ARIAS, Profesor, ensayista y autor de varias publicaciones: *Atahualpa Shyri-Inca*, *Otavalo apodos*, *Otavalo tradiciones y leyendas*, *Otavalo juegos populares*, *Inventores ecuatorianos*.

RAMIRO ÁVILA SANTAMARÍA, doctor en Jurisprudencia, Pontificia Universidad Católica del Ecuador, Master en Derecho, Columbia University, Nueva York, Master en Sociología Jurídica y candidato a doctor en Sociología Jurídica, Universidad del País Vasco. Docente del Área de Derecho de la Universidad Andina Simón Bolívar Sede Ecuador, coordinador la maestría en derecho Penal. Autor y editor de varias publicaciones, entre ellas, *En defensa del neoconstitucionalismo andino*, *La injusticia penal en la democracia constitucional de derechos*, *Neoconstitucionalismo transformador*, *Derechos y garantías*, *Ensayos críticos*.

ENRIQUE AYALA MORA, Licenciado y Doctor en Educación, PUCE; Curso de Maestría en Historia, Essex, Gran Bretaña; Doctor en Historia, Oxford. Rector y Profesor de Historia de América Latina de la Universidad Andina Simón Bolívar Sede Ecuador; Director de *Procesos*, *Revista Ecuatoriana de Historia*. Editor de la *Nueva Historia del Ecuador*; coordinador de la *Historia de América Andina*. Ha publicado más de cuarenta libros. Militante socialista. Ha sido diputado varios períodos, Vicepresidente del Congreso y miembro de la Asamblea Constituyente 1997-98.

EMMANUELLE BOUISSON, académica francesa, docente e investigadora del instituto de Altos Estudios de América Latina (París).

JOSÉ F. CHALÁ CRUZ, Antropólogo-Investigador, Magíster en Antropología y Cultura, Diplomado Superior en Gobernabilidad y Gerencia de Recursos, licenciado en Antropología Aplicada, licenciado en Ciencias de la Educación, especialidad decencia técnica. Actualmente cursa el Doctorado en Estudios Culturales Latinoamericanos en la Universidad Andina Simón Bolívar.

RAMIRO DÁVILA GRIJALVA, Abogado y doctor en Leyes, diplomático de carrera con el cargo de embajador. Ha publicado varios libros de teatro como *La tragedia de la prisión y muerte de Atahualpa*, *Un drama indígena y algo más*, de poesía como *Jugar rayuela*, *Mi voz y otros delirios*. Ha dirigido la revista de

AFESE en varias oportunidades. Tiene obra poética y teatral inédita. Ha ejercido funciones diplomáticas en Japón, Brasil, México, Argentina, Venezuela y Estados Unidos.

JOSÉ ECHEVERRÍA ALMEIDA, Licenciado en Historia y Geografía. PUCE-Quito. Doctorado en Ciencias de la Educación, UTPL. Maestría en Antropología Andina. FLACSO. Maestría en Arqueología e Identidad Nacional. Universidad Central del Ecuador. Autor de 50 artículos y 10 libros en Educación, Arqueología y Antropología. Miembro de varias Instituciones Profesionales del país y del extranjero.

INÉS MARÍA FLORES, Estudios previos en la Escuela de Bellas Artes de Guayaquil y de Museografía en el Instituto Paul Coremans de Méjico. Miembro de AICA, Asociación Internacional de Críticos de Arte, y del ICOM, Consejo Internacional de Museos de la UNESCO. Perito oficialmente autorizado en Artes Plásticas. Curadora de numerosas exposiciones en el Ecuador y otros países.

ALEXANDRA KENNEDY TROYA, Historiadora cultural, investigadora, curadora y docente en la Universidad de Cuenca. Ha publicado un sinnúmero de libros y artículos académicos a nivel nacional e internacional. Con respecto a su contribución en esta obra destacamos: con Rodrigo Gutiérrez Viñuales (eds.), *Alma mía. Simbolismo y modernidad en Ecuador. 1900-1930*, Quito, Fundación Museos de la Ciudad, 2014 y, *Rafael Troya (1845-1920). El pintor de los Andes ecuatorianos*, Quito, Banco Central del Ecuador, 1999.

ANTONIO MALES M., vive en Ibarra desde su infancia. Estudió en el colegio Teodoro Gómez de la Torre. Antropólogo de la Universidad Católica del Ecuador, estudió Sociología y Ciencias Políticas en la universidad Central del Ecuador. Fue cursante de la I Maestría en Historia Andina de FLACSO-Ecuador. Ha sido consultor de la OIT, OEA y CODENPE. Fue profesor de la universidad de Santa Elena. Hoy es docente del Tecnológico Luis Ulpiano de la Torre de Cotacachi; es miembro del Consejo Consultivo de Cultura del Municipio de Ibarra; miembro fundador del Centro Cultural Imbayas. Como investigador y ponente ha visitado varios países de América Latina y Europa.

JUAN CARLOS MORALES, Escritor y magister en Estudios Latinoamericanos, mención cultura, Especialista en Historia del Arte, Universidad Andina Simón Bolívar; comunicador social por la Facso, de la Universidad Técnica del Norte, fotógrafo del Centro de Imagen de la Alianza Francesa, miembro de la Academia Nacional de Historia, preside el Consejo Consultivo de Cultura del Municipio de Ibarra y ha sido becario de la UNESCO, director de la Editorial Pegasus y del proyecto "Mitologías del Ecuador".

ROBERTO MORALES ALMEIDA, Profesor, escritor y periodista. Fue Rector del Colegio Teodoro Gómez de la Torre, diputado por la provincia de Imbabura, editor del diario *La Verdad*, Presidente de la Sociedad Amigos de Ibarra, Editor de la *Monografía de Ibarra* (7 volúmenes), autor de varias obras sobre la ibarreñidad, especialmente sobre Pedro Moncayo, Teodoro Gómez de la Torre

y Carlos Suárez Veintimilla. Recibió numerosos homenajes y distinciones y la condecoración de la Orden Nacional al Mérito.

GERMÁN RODAS CHAVES, Docente de la Universidad Andina Simón Bolívar. Miembro de la Academia Nacional de Historia, de la Asociación de Historiadores Latinoamericanos y del Caribe (ADHILAC). Profesor Invitado de la Universidad de La Habana. Premio "Isabel Tobar", Municipio de Quito, 2102. Autor de varios libros sobre la realidad nacional y latinoamericana. Presidente de Ediciones La Tierra. Ex secretario general de la Coordinación Socialista Latinoamericana (CSL). Militante socialista.

ROCÍO RUEDA, Licenciada en Historia por la PUCE, Magister en Historia Andina por la Universidad del Valle, Cali, y Doctora en Historia por la Universidad Andina Simón Bolívar. Es profesora titular de la misma universidad y actualmente miembro del Consejo Nacional de Educación Superior.

JACINTO SALAS MORALES, Licenciado por la Escuela de Ciencias de la Información de la Universidad Central del Ecuador. Corresponsal de Ecuatoradio, Diario El Comercio para la provincia de Imbabura. Periodista *freelance* de la Revista *Vistazo*. Presidente de la Unión Nacional de Periodistas, núcleo de Imbabura. Miembro del Colegio de Periodistas. Director de Cultura y Comunicación del Consejo Provincial de Imbabura. Integrante de la Sociedad Bolivariana, de Ibarra. Sociedad Amigos de Ibarra. Corrector Diario *El Norte*.

JULIO CÉSAR TRUJILLO, Doctor en Jurisprudencia por la Universidad Católica del Ecuador, abogado en libre ejercicio, asesor de organizaciones sociales, profesor de la Universidad Andina Simón Bolívar y de la PUCE. Ha sido diputado y asambleísta constituyente, presidente del Tribunal de Garantías Constitucionales, defensor del pueblo y candidato a la presidencia de la República. Es autor de varias obras de Derecho Laboral y Derecho Constitucional.

OSWALDO VILLALBA, artista plástico y escritor. Estudió en el colegio Daniel Reyes. Autor de la *Monografía de San Antonio, Historia del arte y artesanías de San Antonio*.

PEDRO MANUEL ZUMÁRRAGA, Profesor normalista nacido en Atuntaqui. Fue docente en varios establecimientos, especialmente en el Colegio Nacional Teodoro Gómez de la Torre y Director Provincial de Educación de Imbabura. Publicó la *Monografía del Cantón Antonio Ante, Atuntaqui Progresista* y varios libros de poemas. Fue miembro de la Casa de la Cultura Núcleo de Imbabura y su presidente por varios períodos.

Contenido general de la Monografía de Ibarra, volúmenes I a VIII

Volumen I

Primeras Palabras, <i>Hugo Larrea Benalcázar</i>	
La Hoya de Ibarra: Escorzo de su devenir geológico, <i>Roberto Morales A.</i>	1
La Hoya de Ibarra: Orografía, <i>Abelardo Morán M.</i>	17
Datos geológicos de la región imbayá, <i>Víctor Alejandro Jaramillo</i>	35
Topónimos y antropónimos básicos, <i>Víctor Alejandro Jaramillo</i>	40
Primeros pobladores de Imbabura; dialectos, costumbres, conquistas e instituciones, <i>Cristóbal Tobar Subía</i>	67
Los caras según la moderna arqueología, <i>Jorge Salvador Lara</i>	82
La cultura de las tolas, <i>Rodrigo Villegas D.</i>	91
Primeros pobladores de Imbabura, <i>Francisco H. Moncayo</i>	113
Atahualpa, <i>Alfonso A. Jerves</i>	127
Nasacota Puento, <i>Aquiles Pérez</i>	155
Hernán González de Saa, precursor de la fundación de Ibarra, <i>Carlos Emilio Grijalva</i>	159
Fundación de la Villa de San Miguel de Ibarra, <i>Jorge Villalba Freire S.J.</i>	165
Ibarra: Origen y etimología de su egregio nombre, <i>Roberto Morales A.</i>	200
Primeros pobladores de Ibarra, <i>Cristóbal Tobar Subía</i>	211
Primer Cabildo Ibarreño, <i>Jorge Villalba Freire S.J.</i>	217
Personajes que participaron en la Fundación de la Villa de San Miguel de Ibarra, <i>Mariano Machado</i>	223
Apertura del camino a la Mar del Sur, 1607, <i>Jorge Villalba Freire SJ.</i>	237
Diario de viaje al Puerto del Sur, <i>Cristóbal de Troya Pinque</i>	245
En los inicios del devenir ibarreño, <i>varios autores</i>	283
En la ruta de un pueblo, <i>Ricardo Cornejo Rosales</i>	297

Volumen II

Prólogo, <i>Carlos Suárez Veintimilla</i>	I
El siglo XVII y la Villa de San Miguel de Ibarra, <i>Roberto Morales Almeida</i>	1
Palabras liminares, <i>Roberto Morales Almeida</i>	7
Miguel de Ibarra: Un magistrado en la evangelización, <i>Jorge Villalba Freire SJ.</i>	9
Etapas de transición, <i>Roberto Morales Almeida</i>	35

El Padre Maestro Fr. Pedro Bedón, <i>Enrique Almeida</i>	42
Descripción de los pueblos que fueron incluidos en la jurisdicción de la Villa de San Miguel de Ibarra cuando esta se fundó, <i>Amílcar Varela Jara</i>	73
El camino Quito - Ibarra - Esmeraldas en el siglo XVII, <i>Amílcar Tapia Tamayo</i>	131
Acotaciones en torno a un importante documento histórico de comienzos del Siglo XVII, <i>Roberto Morales Almeida</i>	145
Otros enfoques del camino de Malbucho, <i>Jorge Villalba Freire SJ.</i>	157
Demografía de la Región y tenencia de la tierra, <i>Jorge Villalba Freire SJ.</i>	165
Esclavitud y negritud en la provincia de Imbabura: Pasado y presente, Conferencia en la Universidad de París, primera parte, <i>Emmanuelle Bouisson</i>	209
La etnia negra en el Valle del Chota, <i>Roberto Morales Almeida</i>	213
El comercio en la Villa de San Miguel de Ibarra, 1606-1650: Los protagonistas, <i>Andrea Ayala Flores</i>	217
Los Orbe: Una típica familia ibarreña del siglo XVII, <i>Fernando Jurado Noboa</i>	237
La instrucción pública en la Villa de San Miguel de Ibarra en el Siglo XVII, <i>Jorge Villalba Freire SJ.</i>	247
La educación en la Villa de San Miguel de Ibarra, <i>Amílcar Varela Jara</i>	281
Fundación del Monasterio de Conceptas, <i>Jorge Isaac Cazorla</i>	299
Los caciques en el Corregimiento, <i>Roberto Morales Almeida</i>	337
Anansuyo y Uransuyo, <i>Roberto Morales Almeida</i>	361
355Panel de valores de la ibarreñidad, <i>Roberto Morales Almeida</i>	361
El insigne misionero P. Raimundo de Santa Cruz, <i>César Dávila Torres</i>	373
Don Manuel de la Chica Narváez, <i>Cristóbal Tobar Subía</i>	379
Mons. Bartolomé García González, <i>Roberto Morales Almeida</i>	383
La historia inasible, <i>Roberto Morales Almeida</i>	387
Volumen III	I
Prólogo, <i>Carlos Suárez Veintimilla</i>	1
Visión Panorámica de la Villa de Ibarra en el siglo XVIII, <i>Roberto Morales Almeida</i>	11
Necesario preliminar, <i>Roberto Morales Almeida</i>	11
Descripción histórica topográfica de la provincia de Quito de la Compañía de Jesús, <i>Mario Cicala SJ.</i>	17
Los Barrios de Ibarra en el Siglo XVIII, <i>Fernando Jurado Noboa</i>	49
Aportes para la historia social de Ibarra colonial, <i>Javier Gomezjurado Zevallos</i>	91
Vida cotidiana en Ibarra entre 1724 y 1752, <i>Fernando Jurado Noboa</i>	113

Búsqueda y rescate de raíces de la ibarreñidad, <i>Roberto Morales Almeida</i>	137
La Familia de Santa Marianita de Jesús en Ibarra, <i>Cristóbal Tobar Subía</i>	161
El Colegio de los jesuitas en Ibarra, <i>Jorge Villalba Freire SJ.</i>	175
Los estamentos sociales en Ibarra colonial, <i>Javier Gomezjurado Zevallos</i>	213
Habitantes de la Villa de San Miguel de Ibarra, en el último cuarto del siglo XVIII, <i>Amílcar Varela Jara</i>	247
Gobernadores y Alcaldes de naturales, <i>Amílcar Varela Jara</i>	267
El comercio entre Ibarra y Popayán en el siglo XVIII, <i>Amílcar Tapia Tamayo</i>	277
El Corregimiento de Ibarra en el siglo XVIII y la salida al mar, <i>Rodrigo Villegas D.</i>	289
Un cabildo abierto de trascendental significación, <i>Roberto Morales Almeida</i>	303
Enfoques de la Villa de San Miguel de Ibarra en el Siglo XVIII, <i>Amílcar Varela Jara</i>	309
Esclavitud y negritud en la provincia de Imbabura: Pasado y presente, Conferencia en la Universidad de París, segunda parte, <i>Emmanuelle Bouisson</i>	339
Juan de Velasco y la Villa de San Miguel de Ibarra, <i>Roberto Morales Almeida</i>	345
Nuestra Señora Madre Santísima de la Luz, <i>Julián G. Bravo SJ.</i>	357
El Precursor Espejo y la Villa de San Miguel de Ibarra, <i>Roberto Morales Almeida</i>	363
Expulsión de los jesuitas del Colegio de Ibarra, destino de sus bienes, <i>Jorge Villalba Freire SJ.</i>	379
Panel de valores de la ibarreñidad II, <i>Roberto Morales Almeida</i>	387
Eximios valores: Pinceladas biográficas, <i>Roberto Morales Almeida</i>	395
El constitucionalista Dr. Calixto Miranda y Suárez, <i>César Dávila Torres</i>	403
Volumen IV	
Presentación	
Panorama del devenir Histórico del Corregimiento, <i>Roberto Morales Almeid</i>	1
La Villa de San Miguel de Ibarra a comienzos del siglo XIX, <i>Amílcar Varela Jara</i>	23
La apertura de la vía Ibarra-Esmeraldas y sus promotores, <i>Rodrigo Villegas D.</i>	83
La Patria Heroica, <i>Jorge Salvador Lara</i>	125
Como nació la Patria, <i>Alejandro Carrión</i>	217

Una Resolución trascendental del Primer Congreso, Información de servicios de Dn. José Zaldumbide y otros documentos, <i>Roberto Morales Almeida</i>	223
Bolívar, Aqualongo y la batalla de Ibarra, <i>Roberto Morales Almeida</i>	239
La egregia presencia del Libertador en Ibarra, <i>Amílcar Varela Jara</i>	309
El Maestrescuela Calixto Miranda, Prócer ibarreño de la independencia, <i>Jorge Salvador Lara</i>	345
A propósito de la casa donde llegó Bolívar, <i>Roberto Morales Almeida</i>	412
Tradiciones y conjeturas, <i>Elías Liborio Madera</i>	422

Volumen V

Proemio

Enfoque del devenir histórico de Ibarra en esta V Parte de la Monografía, <i>Roberto Morales Almeida</i>	1
La formación de las milicias de Ibarra a partir de la independencia, <i>Fernando Jurado Noboa</i>	7
Los comercios de Ibarra y Otavalo en el momento álgido de la independencia, <i>Fernando Jurado Noboa</i>	13
Pedro Moncayo y Esparza, <i>José Miguel Leoro Velásquez</i>	17
Rasgos biográficos de Pedro Moncayo, <i>Rodrigo Villegas Domínguez</i>	27
Pedro Moncayo y Esparza, <i>Rodolfo Pérez Pimentel</i>	47
El fundador del periodismo de combate, <i>Roberto Morales Almeida</i>	57
Perfil de la vida ejemplar del Sr. Coronel don Teodoro Gómez de la Torre Gangotena, <i>Roberto Morales Almeida</i>	91
Carrera de la vida, Memorias autobiográficas del coronel Teodoro Gómez de la Torre	113
El terremoto de Imbabura, <i>Juan Montalvo</i>	147
Una aproximación a la llamada carta de Montalvo a Víctor Hugo, <i>Roberto Morales Almeida</i>	155
Ibarra y el terremoto de 1868, <i>Luis F. Madera</i>	177
Catástrofe del 16 de Agosto de 1868, <i>Federico Cornelio Aguilar SJ.</i>	201
La catástrofe de Ibarra, <i>Joseph Kolberg</i>	211
Relación histórica del terremoto del 16 de agosto de 1868 en Imbabura, <i>Remigio Germán Pascal</i>	225
El terremoto de Ibarra, <i>Jorge Salvador Lara</i>	241
Vindicación del Gobernador de la Provincia de Imbabura, <i>Manuel Zaldumbide</i>	259
Informe de las secuencias del terremoto en los pueblos del Cantón Tulcán, <i>Luis Genaro Arciniegas</i>	287
Lista de vecinos y señores notables de 1819 a 1868, <i>Teodoro Gómez de la Torre</i>	295
Ibarra en 1875, Comentario sobre el informe del Gobernador de la Provincia de Imbabura, <i>Enrique Ay ala Mora</i>	323

Renacimiento de la ciudad de San Miguel de Ibarra, <i>Carlos Alfredo Rivadeneira Flores</i>	345
--	-----

Volumen VI

Presentación	
Retrospectiva del habitat ibarreño. La nueva ciudad de El Retorno, <i>Francisco Morales Villota</i>	1
La señora personalidad del maestro, sacerdote y líder Mariano Acosta, <i>Roberto Morales Almeida</i>	41
Un magnífico testimonio, <i>Mariano Acosta Páez</i>	53
El Pintor don Rafael Troya, <i>Luis F. Madera</i>	64
La personalidad del artista Luis Toromoreno, <i>Roberto Morales Almeida</i>	83
La visión de un notable viajero, <i>Ed. André</i>	103
Iglesias y conventos de Ibarra, <i>Amílcar Tapia Tamayo</i>	
113 Los Fundadores del Colegio Nacional, <i>Jorge Salvador Lara</i>	145
Galería de Rectores del primer siglo del Colegio "Teodoro Gómez de la Torre", <i>Mariano Machado</i>	151
Microbiografía de personajes vinculados a la ibarreñidad, <i>Javier Gomezjurado Zevallos</i>	167
Algunos forjadores de la ibarreñidad, <i>José Albuja Chaves</i>	178
Rosales, un apellido sinónimo de ibarreñidad, <i>Marco Avila</i>	217
La trayectoria del "San Diego", <i>Elías Liborio Madera</i>	227
La Vieja Calle Real, luego Calle del Comercio o Calle Bolívar e Ibarra, Una visión entre 1606 y 1950, <i>Fernando Jurado Noboa</i>	242
Presencia de la mujer en el desarrollo de Ibarra, <i>Rosa Beatriz Reascos Egas</i>	254
Fundación de la Sociedad de Artesanos, <i>Marco Martínez Flores</i>	274
Imbabura en la Filatelia Ecuatoriana, 107 años de Historia a través del Sello Postal, <i>José Luis Valdivieso Aguirre</i>	303

Volumen VII

Presentación	
La personalidad de Juan Manuel España	
Un magnífico Informe, Situación de Imbabura en tiempo de El Retorno, <i>Roberto Morales Almeida</i>	1
Informe del Gobernador de la Provincia de Imbabura, 1871, <i>Juan Manuel España</i>	3
La Diócesis de Ibarra, su devenir histórico, <i>Roberto Morales Almeida</i>	19
Bula de erección de la diócesis	23
Administradores apostólicos de la diócesis de Ibarra	31
Los obispos titulares o residenciales de la diócesis de Ibarra	45

El Ecuador de 1825 a 1875, Notas para su análisis historiográfico, <i>Guillermo Bustos</i>	77
Pedro Moncayo, fundador del periodismo de combate, <i>Roberto Morales Almeida</i>	87
Decreto de erección del primer colegio, <i>Simón Bolívar</i>	133
Colegio San Diego, <i>Luis F. Madera</i>	136
Un centenario glorioso, <i>Roberto Morales Almeida</i>	153
Recuerdos, <i>Carlos Suárez Veintimilla</i>	158
El carismático impulso después del terremoto, <i>Roberto Morales Almeida</i>	163
El numen poético de José Domingo Albaja, <i>Victor Manuel Guzmán y otros</i>	165
Antología de José Domingo Albuja	174
Cronología del periodismo en Ibarra, <i>Roberto Morales Almeida</i>	191
Datos biográficos del Dr. Luis Francisco Madera Negrete, <i>Luis Madera Grijalva</i>	205
El Señor Dean Francisco Javier Suárez, <i>Luis F. Madera</i>	227
Elías Liborio Madera, <i>Luis F. Madera</i>	231
Leonidas Proaño, Perfil de un profeta, <i>Enrique Ayala Mora</i>	245
En torno a la personalidad y la labor de Monseñor Leonidas Proaño, <i>Roberto Morales Almeida</i>	262
Pastor y profeta, <i>Luis Gómez Izquierdo</i>	265
Carlos Suárez Veintimilla, Cura, poeta y siete oficios, <i>Enrique Ayala Mora</i>	271
Volumen VIII	
Presentación, <i>José Albuja Chaves</i>	7
Introducción, <i>Enrique Ayala Mora</i>	11
Primera parte: perspectivas generales	
Breve enfoque histórico de la producción literaria de Ibarra, <i>Roberto Morales Almeida</i>	27
Literatura en Ibarra a inicios del siglo XXI, <i>Juan Carlos Morales Mejía</i>	47
Artistas plásticos de Imbabura a finales del siglo XX, <i>Inés Flores</i>	56
Historia de Imbabura en el último período.	
Una perspectiva general, <i>Enrique Ayala Mora</i>	73
Segunda parte: estudios específicos	
El Caranqui Inca, atractivos económicos que motivaron la expansión incaica en el área septentrional andina norte y datos que aporta la investigación del sitio incaico de Caranqui, <i>José Echeverría-Almeida</i>	115
La ruta a la Mar del Sur y la fundación de Ibarra, <i>Rocío Rueda</i>	133
Esclavos de la tierra, los campesinos negros del Chota-Mira, siglos XVII-XX, <i>Emmanuelle Bouisson</i>	154

La batalla de San Antonio de Ibarra. 27 de Noviembre de 1812, <i>Eduardo Alfredo Arias</i>	179
Villamanta ayllucunapac punta causai. Los migrantes imbayas de Quin- chuquí en Ibarra, <i>Antonio Males M.</i>	187
Identidad afrochoteña, <i>José F. Chalá Cruz</i>	211
Racismo y vida cotidiana en el mercado de Ibarra, <i>Samyr Salgado</i>	235
Tercera parte: hitos, testimonios y personajes	
Valor histórico de Pilanquí. Sede en Ibarra de la Casa de la Cultura de Imbabura, <i>Pedro Manuel Zumárraga</i>	289
Autódromo de Yahuarcocha. El sueño que transformó a Ibarra, <i>Jacinto Salas</i>	296
San Antonio, visto por un testigo del tiempo, <i>Oswaldo Villalva</i>	311
Paisajismo e ilustración científica en el Ecuador. Rafael Troya y Alphons Stübel, <i>Alexandra Kennedy Troya</i>	319
Daniel Reyes, <i>Oswaldo Villalba</i>	335
Víctor Manuel Peñaherrera, <i>Julio César Trujillo Vásquez</i>	339
Mariano Suárez Veintimilla, <i>Enrique Ayala Mora</i>	349
Cuatro pensadores socialistas de Imbabura, <i>Germán Rodas Chaves</i>	355
César Dávila Torres, poeta y jurista, <i>Ramiro Dávila Grijalva</i>	365
Julio César Trujillo: luchador incansable por la justicia, <i>Ramiro Ávila Santamaría</i>	371
Hugo Larrea Benalcázar, Memoria de un destacado político y periodista ibarreño, <i>Enrique Ayala Mora</i>	381
Cuarta parte: Sociedad Cultural Amigos de Ibarra	
Crónica de la Sociedad Cultural "Amigos de Ibarra", <i>José Albuja Chaves</i>	387
La casa de la Ibarreñidad, antiguo hogar de la familia Ayala, actual Centro Cultural del Municipio de Ibarra, <i>Enrique Ayala Mora</i>	403
Quinta parte: homenaje a Roberto Morales Almeida	
Roberto Morales, artesano de la conciencia y la memoria de su tierra adoptiva, <i>Enrique Ayala Mora</i>	433
El profesor Roberto Morales Almeida, uno de los más preclaros gestores de la "Entelequia de la Ibarreñidad", <i>José Albuja Chaves</i>	436
Anexos:	
Autores del volumen VIII	441
Contenido general de la Monografía de Ibarra	444
Colaboradores de la Monografía de Ibarra	451

Colaboradores de la Monografía de Ibarra Volúmenes I a VIII

- Acosta Páez, Mariano,
Un magnífico testimonio, VI, 53
- Aguilar S.J., Federico Cornelio
Catástrofe del 16 de Agosto de 1868, V, 201
- Albuja Chaves, José,
Algunos forjadores de la ibarreñidad, VI, 178
Presentación, VIII, 7
Crónica de la Sociedad Cultural "Amigos de Ibarra", VIII, 387
- Albuja, José Domingo
Antología, VII, 174
- Almeida, Enrique,
El Padre Maestro Fr. Pedro Bedón, II, 42
- Arciniegas, Luis Genaro,
Informe de las secuencias del terremoto en los pueblos del Cantón Tulcán, V, 287
- Arias, Eduardo Alfredo,
La batalla de San Antonio de Ibarra. 27 de Noviembre de 1812, VIII, 179
- Avila, Marco,
Rosales, un apellido sinónimo de ibarreñidad, VI, 217
- Ávila Santamaría, Ramiro,
Julio César Trujillo: luchador incansable por la justicia, VIII, 371
- Ayala Flores, Andrea,
El comercio en la Villa de San Miguel de Ibarra, 1606-1650: Los protagonistas, II, 217
- Ayala Mora, Enrique,
Ibarra en 1875, Comentario sobre el informe del Gobernador de la Provincia de Imbabura, V, 323
Leonidas Proaño, Perfil de un profeta, VII, 245
Carlos Suárez Veintimilla, Cura, poeta y siete oficios, VII, 271
Introducción, VIII, 11
Historia de Imbabura en el último periodo. Una perspectiva general, VIII, 73
Mariano Suárez Vientimilla, VIII, 349
Hugo Larrea Benalcázar, Memoria de un destacado político y periodista ibarreño, VIII, 381
La casa de la Ibarreñidad, antiguo hogar de la familia Ayala, actual Centro Cultural del Municipio de Ibarra, VIII, 403
Roberto Morales, artesano de la conciencia y la memoria de su tierra adoptiva, VIII, 433
- Bouisson, Emmanuelle,
Esclavitud y negritud en la provincia de Imbabura: Pasado y presente. Conferencia en la Universidad de París, primera parte, II, 209

Esclavitud y negritud en la provincia de Imbabura: Pasado y presente. Conferencia en la Universidad de París, segunda parte, III, 339

Esclavos de la tierra: los campesinos negros del Chota-Mira, siglos XVII-XX, VIII, 154

Bravo S.J., Julián G.,

Nuestra Señora Madre Santísima de la Luz, III, 357

Bustos, Guillermo,

El Ecuador de 1825 a 1875, Notas para su análisis historiográfico, VII, 77

Carrión, Alejandro,

Como nació la Patria, IV, 217

Cazorla, Jorge Isaac,

Fundación del Monasterio de las Conceptas, II, 299

Chalá Cruz, José,

Identidad afrochoteña, VIII, 211

Cicala S.J., Mario,

Descripción histórica topográfica de la provincia de Quito de la Compañía de Jesús, III, 17

Cornejo Rosales, Ricardo,

En la ruta de un pueblo, I, 297

Dávila Grijalva, Ramiro,

César Dávila Torres, poeta y jurista, VIII, 365

Dávila Torres, César,

El insigne misionero P. Raimundo de Santa Cruz, II, 373

El constitucionalista Dr. Calixto Miranda y Suárez, III, 403

De Troya Pinque, Cristóbal,

Diario de viaje al Puerto del Sur, I, 245

Echeverría, José,

El Caranqui Inca, atractivos económicos que motivaron la expansión incaica en el área septentrional andina norte y datos que aporta la investigación del sitio incaico de Caranqui, VIII, 115

Ed, André,

La visión de un notable viajero, VI, 103

España, Juan Manuel,

Informe del Gobernador de la Provincia de Imbabura, 1871, VII, 3

Flores, Inés,

Artistas plásticos de Imbabura a finales del siglo XX, VIII, 56

Gómez de la Torre, Teodoro,

Lista de vecinos y señores notables de 1819 a 1868, V, 295

Carrera de la vida, memorias autobiográficas del coronel Teodoro Gómez de la Torre, V, 113

Gómez Izquierdo, Luis,

Pastor y profeta, VII, 265

Gomezjurado Zevallos, Javier,

Aportes para la historia social de Ibarra colonial, III, 91

Los estamentos sociales en Ibarra colonial, III, 213

Microbiografía de personajes vinculados a la Ibarreñidad, VI, 167

- Grijalva, Carlos Emilio,
Hernán González de Saa, precursor de la fundación de Ibarra, I, 159
- Guzmán, Víctor Manuel
El numen poético de José Domingo Albuja, VII, 165
- Jaramillo, Víctor Alejandro,
Datos geológicos de la región imbayá, I, 35
Topónimos y antropónimos básicos, I, 40
- Jerves, Alfonso A.,
Atahualpa, I, 127
- Jurado Noboa, Fernando,
Los Orbe: Una típica familia ibarreña del siglo XVII, II, 237
Los Barrios de Ibarra en el Siglo XVIII, III, 49
Vida cotidiana en Ibarra entre 1724 y 1752, III, 113
La formación de las milicias de Ibarra a partir de la independencia, V, 7
Los comercios de Ibarra y Otavalo, en el momento álgido de la independencia, V, 13
La Vieja Calle Real, luego Calle del Comercio o Calle Bolívar e Ibarra, Una visión entre 1606 y 1950, VI, 242
- Kennedy Troya, Alexandra,
Paisajismo e ilustración científica en el Ecuador: Rafael Troya y Alphons Stübel, VIII, 319
- Kolberg, Joseph,
La catástrofe de Ibarra, V, 211
- Larrea Benalcázar, Hugo,
Primeras Palabras, I, s/p
- Leoro Velásquez, José Miguel
Pedro Moncayo y Esparza, V, 17
- Machado, Mariano,
Personajes que participaron en la Fundación de la Villa de San Miguel de Ibarra, I, 223
Galería de Rectores del primer siglo del Colegio "Teodoro Gómez de la Torre", VI, 151
Madera, Elías Liborio,
Tradiciones y conjeturas, IV, 422
La trayectoria del "San Diego", VI, 227
- Madera, Luis F.,
Ibarra y el terremoto de 1868, V, 177
El Pintor don Rafael Troya, VI, 64
Colegio San Diego, VII, 136
El Señor Dean Francisco Javier Suárez, VII, 227
Elías Liborio Madera, VII, 231
- Madera Grijalva, Luis,
Datos biográficos del Dr. Luis Francisco Madera Negrete, VII, 205
- Males, Antonio,
Villamanta ayllucunapac punta causai. Los migrantes imbayas de Quinchuquí en Ibarra, VIII, 187

- Martínez Flores, Marco,
Fundación de la Sociedad de Artesanos, VI, 274
- Moncayo, Francisco H.,
Primeros pobladores de Imbabura, I, 113
- Montalvo, Juan,
El terremoto de Imbabura, V, 147
- Morales Almeida, Roberto,
La Hoya de Ibarra: Escorzo de su devenir geológico, I, 1
Ibarra: Origen y etimología de su egregio nombre, I, 200
El siglo XVII y la Villa de San Miguel de Ibarra, II, 1
Palabras liminares, II, 7
Etapa de transición, II, 35
Acotaciones en torno a un importante documento histórico de comienzos del Siglo XVII, II, 145
La etnia negra en el Valle del Chota, II, 213
Los caciques en el Corregimiento, II, 337
Anansuyo y Uransuyo, II, 355
Panel de valores de la ibarreñidad, II, 361
Mons. Bartolomé García González, II, 383
La historia inasible, II, 387
Visión Panorámica de la Villa de Ibarra en el siglo XVIII, III, 1
Necesario preliminar, III, 11
Búsqueda y rescate de raíces de la ibarreñidad, III, 137
Un cabildo abierto de trascendental significación, III, 303
Juan de Velasco y la Villa de San Miguel de Ibarra, III, 345
El Precursor Espejo y la Villa de San Miguel de Ibarra, III, 363
Panel de valores de la ibarreñidad II, III, 387
Eximios valores: Pinceladas biográficas,, III, 395
Panorama del devenir Histórico del Corregimiento, IV, 1
Una Resolución trascendental del Primer Congreso, Información de servicios de Dn. José Zaldumbide y otros documentos, IV, 223
Bolívar, Agualongo y la batalla de Ibarra, IV, 239
A propósito de la casa donde llegó Bolívar, IV, 412
Enfoque del devenir histórico de Ibarra en esta Quinta Parte de la Monografía, V, 1
El fundador del periodismo de combate, V, 57
Perfil de la vida ejemplar del Sr. Coronel don Teodoro Gómez de la Torre Gangotena, V, 91
Una aproximación a la llamada carta de Montalvo a Víctor Hugo, V, 155
La señera personalidad del maestro, sacerdote y líder Mariano Acosta, VI, 41
La personalidad del artista Luis Toromoro, VI, 83
La personalidad de Juan Manuel España, VII, s/n
Un magnífico Informe, Situación de Imbabura en tiempo de El Retorno, VII, 1
La Diócesis de Ibarra, su devenir histórico, VII, 19
Pedro Moncayo, fundador del periodismo de combate, VII, 87
Un centenario glorioso, VII, 153
El carismático impulso después del terremoto, VII, 163

- Cronología del periodismo en Ibarra, VII, 191
En torno a la personalidad y la labor de Monseñor Leonidas Proaño, VII, 262
Breve enfoque histórico de la producción literaria de Ibarra, VIII, 27
- Morales Mejía, Juan Carlos,
Literatura en Ibarra a inicios del siglo XXI, VIII, 47
- Morales Villota, Francisco,
Retrospectiva del habitat ibarreño. La nueva ciudad de El Retorno, VI, 1
- Morán M., Abelardo,
La Hoya de Ibarra: Orografía, I, 17
- Pascal, Remigio Germán,
Relación histórica del terremoto del 16 de agosto de 1868 en Imbabura, V, 225
- Pérez, Aquiles,
Nasacota Puento, I, 155
- Pérez Pimentel, Rodolfo,
Pedro Moncayo y Esparza, V, 47
- Reascos Egas, Rosa Beatriz
Presencia de la mujer en el desarrollo de Ibarra, VI, 254
- Rivadeneira Flores, Carlos Alfredo,
Renacimiento de la ciudad de San Miguel de Ibarra, V, 345
- Rodas Chaves, Germán,
Cuatro pensadores socialistas de Imbabura, VIII, 355
- Rueda, Rocío,
La ruta a la Mar del Sur y la fundación de Ibarra, VIII, 133
- Salas, Jacinto,
Autódromo de Yahuarcocha: El sueño que transformó a Ibarra, VIII, 296
- Salgado, Samyr,
Racismo y vida cotidiana en el mercado de Ibarra, VIII, 235
- Salvador Lara, Jorge,
Los caras según la moderna arqueología, I, 82
La Patria Heroica, IV, 125
El Maestrescuela Calixto Miranda, Prócer ibarreño de la independencia, IV, 345
El terremoto de Ibarra, V, 241
Los Fundadores del Colegio Nacional, VI, 145
- Suárez Veintimilla, Carlos,
Prólogo, II, I
Prólogo, III, I
Recuerdos, VII, 158
- Tapia Tamayo, Amílcar,
El camino Quito-Ibarra-Esmeraldas en el siglo XVII, II, 131
El comercio entre Ibarra y Popayán en el siglo XVIII, III, 277
Iglesias y conventos de Ibarra, VI, 113
- Tobar Subía, Cristóbal,
Primeros pobladores de Imbabura; dialectos, costumbres, conquistas e instituciones, I, 67
Primeros pobladores de Ibarra, I, 211
Don Manuel de la Chica Narváez, II, 379

- La Familia de Santa Marianita de Jesús en Ibarra, III, 161
- Trujillo Vásquez, Julio César,
 Víctor Manuel Peñaherrera, VIII, 339
- Valdivieso Aguirre, José Luis,
 Imbabura en la Filatelia Ecuatoriana, 107 años de Historia a través del Sello Postal,
 VI, 303
- Varela Jara, Amílcar,
 Descripción de los pueblos que fueron incluidos en la jurisdicción de la Villa de
 San Miguel de Ibarra cuando esta se fundó, II, 73
 La educación en la Villa de San Miguel de Ibarra, II, 281
 Habitantes de la Villa de San Miguel de Ibarra, en el último cuarto del siglo XVIII,
 III, 247
 Gobernadores y Alcaldes de naturales, III, 267
 Enfoques de la Villa de San Miguel de Ibarra en el Siglo XVIII, III, 309
 La Villa de San Miguel de Ibarra a comienzos del siglo XIX, IV, 23
 La egregia presencia del Libertador en Ibarra, IV, 309
- Varios autores,
 En los inicios del devenir ibarreño, I, 283
- Villalba Freire S.J., Jorge,
 Fundación de la Villa de San Miguel de Ibarra, I, 165
 Primer Cabildo Ibarreño, I, 217
 Apertura del camino a la Mar del Sur, 1607, I, 237
 Miguel de Ibarra: Un magistrado en la evangelización, II, 9
 Otros enfoques del camino de Malbucho, II, 157
 Demografía de la Región y tenencia de la tierra, II, 165
 La instrucción pública en la Villa de San Miguel de Ibarra en el Siglo XVII, II, 247
 El Colegio de los jesuitas en Ibarra, III, 175
 Expulsión de los jesuitas del Colegio de Ibarra, destino de sus bienes, III, 379
- Villalva, Oswaldo,
 Daniel Reyes, VIII, 335
 San Antonio, visto por un testigo del tiempo, VIII, 311
- Villegas Domínguez, Rodrigo,
 La cultura de las tolas, I, 91
 El Corregimiento de Ibarra en el siglo XVIII y la salida al mar, III, 289
 La apertura de la vía Ibarra-Esmeraldas y sus promotores, IV, 83
 Rasgos biográficos de Pedro Moncayo, V, 27
- Zaldumbide, Manuel,
 Vindicación del Gobernador de la Provincia de Imbabura, V, 259
- Zumárraga, Pedro Manuel,
 El valor histórico de Pílanquí, Sede en Ibarra de la Casa de la Cultura de Imbabura,
 VIII, 289



Sale a luz el tomo VIII de la Monografía de Ibarra, proyecto gestado por la Sociedad Cultural "Amigos de Ibarra" y alentado por tres distinguidos ibarreños que ya no están entre nosotros: Abelardo Morán Muñoz, Juan Viteri Durand y Roberto Morales Almeida. El tomo I tuvo la conducción de Abelardo Morán, y fue editado en abril de 1995. Tomaría la posta Roberto Morales, que condujo el proyecto hasta publicar el tomo VII de la colección que fuera presentado el año 2008.

Hoy llegamos con el último tomo y el maestro Roberto Morales no está junto a nosotros físicamente. Dejó trazado el camino del libro final, y se despidió, tierna y amicalmente, de este suelo telúrico al que le honró en alto grado. El libro que hoy se entrega, a más de la presentación y una importante introducción, contiene cinco partes que resumen todo el panorama del devenir histórico de Ibarra, desde los antecedentes de su fundación española, pasando revista al fatídico terremoto de 1868 y llegando desde *El Retorno* de 1872 hasta nuestros días.

En la ruta final ha sido factor determinante y decisivo el aporte personal de Enrique Ayala Mora, con su experiencia, sus conocimientos y, sobre todo, por su apego a esta su ciudad de origen, respondiendo al requerimiento de editar el colofón de la colección en que deviene hoy este libro. Tras bastidores, siempre ha estado Fausto Yépez Almeida, estimulando y acompañando en las tareas orientadas a concretar la publicación de todos los tomos.

Los trabajos y colaboraciones de los diferentes autores en toda la colección han sido básicos y determinantes para lograr un cuerpo cierto de credibilidad y para trasladarlo a las nuevas generaciones como basamento para las acciones que se sucederán con el paso de los nuevos lustros.

Que los ibarreños y ecuatorianos todos, se apropien de estas publicaciones y las aprehendan, especialmente aquella juventud y niñez que camina con una hoja de ruta diferente generacionalmente, pero que debe llevar bajo el brazo el arma de su historia y de su grandeza.



9 789942 963161